REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO IX



BIBLIOGRAFIA
DE CHILE

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A
—
1887

Imprenta Cervantes, calle de la Bandera, núm. 73.—1887

FLOR DEL CAMPO

(Continuación)

XIII

Cuando el cura supo que Manuel se había ido de «Renaico», dió gracias á Dios y fué á ver á Menita.

La encontró en el cuartito que le habían destinado. Estaba cosiendo, y cuando entró el cura, levantó hacia él los ojos preñados de lágrimas. Se las enjugó con presteza y disimulo, y se adelantó á recibir al cura.

—Buenos días, hijita—dijo éste con la suavidad que pudo.—¿Se te ha pasado algo la pena?

—Se me pasa á ratos, pero vuelve, señor cura—dijo Menita sollozando.

—Confía en Dios, hija, y pronto no volverá.

Menita continuaba sollozando, y el cura, que comenzaba á sentir que se le removían las entrañas, temió que le faltase ánimo para decirle que Manuel había partido, y antes que tal sucediera le espetó la noticia.

—Ahora, Menita, no debes pensar más que en purificarte. Don Manuel se fué hoy, y seguramente no vendrá á poner á prueba tu arrepentimiento.

Menita se lo quedó mirando.

—¿Es cierto? ¿Hoy se ha ido? Ó me lo dice por engañarme...

—Por engañarte, es claro. Como soy hombre tan embustero...

—No se ofenda, señor: lo dije sin ninguna mala intención—interrumpió Menita con voz trémula.—Conque ¿hoy se ha ido?

—Hoy, esta mañana.

—Entonces ¿para qué me tienen aquí? ¿Por qué no me llevan á mi casa?

—Te llevarán. No tengas cuidado por eso.

—Hágase la voluntad de Dios—dijo Menita con resignación y profundo abatimiento.

Después agregó de improviso:

—¿Tal vez sería por algún negocio?

—Déjate de esperanzas, Menita—dijo el cura con cierta severidad.—En vez de alimentarlas, procura acabar con ellas, y vuélvete á Nuestro Señor á quien tanto has ofendido. Te lo diré con franqueza: yo mismo fuí ayer á hablar con don Manuel: le puse de manifiesto el peligro que corría la salvación de su alma y la tuya con seguir en unos amores que no podían acabar bien, y le aconsejé y supliqué que renunciara á verte, que se marchase de «Renaico» por algún tiempo, y te olvidara. Amargo es, Menita, lo que te estoy diciendo. Quizá me cobres mala voluntad; pero era obligación mía.

—Lo comprendo, señor, y desde el principio sospeché lo que ha pasado. No tema que le cobre mala voluntad.

No puedo dejar de sentir lo que usted ha hecho y, sin embargo, se lo agradezco—dijo Menita con una serenidad que el cura no esperaba.

—Más vale así. Ahora reconozco más que nunca que eres muy acreedora al cariño y estimación que siempre he tenido por ti.

—Mil gracias—dijo Menita con cierta sequedad que no escapó al cura.

—Querría—dijo éste—ayudarte desde luego en la obra de arrepentimiento que, no lo dudo, has de comenzar desde ahora; pero veo que te hallas conmovida, aunque procuras ocultarlo. Iré pronto á tu casa y espero que te encontraré más tranquila.

—¡Ojalá!—exclamó Menita dando un suspiro.

—Adiós, hijita—dijo el cura levantándose.—Piensa, reflexiona y encomiéndate á la Santísima Virgen, que aún podría ser que sacaras provecho de la desgracia que ahora te aflige.

—Adiós, señor cura, y no se olvide de hacerme sacar de esta casucha en que me ahogo.

—Voy á mandar recado á Facundo—dijo el cura saliendo.

No fué menester mandar el recado, porque el cura encontró en la puerta de su casa á Facundo en persona.

Después de darse mutuamente los buenos días, dijo Facundo:

—Acabo de saber que don Manuel tomó el tren del norte. Como ya no hay cuidado por Menita, vengo á llevarla.

—¡Hombre! ¡Qué prisa te corre!—exclamó el cura.

—En la casa todo anda patas arriba. No hay quién vista á los chicuelos, ni quién disponga la comida, ni...

—Está bien; llévatela.

—Pero si usted desea que Menita se quede algunos días para aconsejarla, no tiene más que decirlo.

—Has apuntado bien—dijo el cura sonriéndose.—Me parece muy acertado dejar á Menita algunos días para prepararla á una buena confesión.

—Entonces, señor cura ¿piensa dejar á Menita?

—Por cierto.

—Pero ya está aquí la carreta para llevar los trastos. Además, la Josefa no tiene quién la acompañe. Menita me hace muchísima falta para escribir mis cartas...

—Llévatela, hombre, llévatela. Como me viste sin intenciones de dejar aquí á Menita, pensaste quedar, á poca costa, como persona muy comedida y respetuosa... Llévatela, hombre. Adiós—dijo el cura.

Y se entró puertas adentro, y decía para sí, meneando la cabeza:—"¡Qué hombre, señor, qué hombre!"

Facundo se llevó á Menita á caballo, sin dirigirle la menor palabra, como cuando la vino á dejar.

En cuanto llegaron á la casa y se apearon, Menita corrió á su pieza, rebuscó en los rincones y por todas partes el paquetito con el dinero que le había enviado Manuel, y como no lo hallase, se sentó á llorar amargamente.

—¡Mi padre lo ha tomado! ¡Mi padre lo ha tomado!—pensaba la pobre Menita.—Y ¿qué habrá creído? ¿Qué puede creer sino que?... Y ¿cómo sacarlo de ese error? Es imposible. Jamás me atreveré á tocarle este punto. Ni él daría crédito á lo que yo dijese para justificarme.

Esta espina no punzaba menos á Menita que la partida de Manuel.

Menita anteriormente, en los ratos de calma que le

dejaba su amor, había pensado muchas veces que el amor de Manuel no duraría mucho y que la abandonaría tarde ó temprano. Sin embargo, eran tantas las protestas que su amante le hacía, que llegaba á dudar de que se realizaran sus temores, y se imaginaba como predestinada á una dicha sin igual. Ahora palpaba la realidad y veía que su suerte era la común y ordinaria de las muchachas del campo. Esto, empero, no era bastante para infundirle resignación. Ya se abatía, ya se inflamaba en deseos de venganza. Fraguaba imaginariamente extraños proyectos que acababan por horrorizarla. Unas veces se escapaba secretamente, tomaba el tren y se iba á Santiago. No faltaría allá quién le señalase la casa de Manuel, y entraría, y le echaría en cara sus promesas y juramentos con palabras capaces de ablandar las piedras, sin contar con que el espectáculo de una niña bella y desolada interesaría á cuantos lo presenciaran. Quizá Manuel estaría por casarse, y Menita resolvía presentarse á la novia y descubrirle todo. La novia la miraría con envidia, porque no podría ser sino inferior á Menita en hermosura, y le creería cuanto le dijese, y rompería con Manuel. Otras veces, cuando se enardecía mucho la fantasía de Menita, no le acobardaba el entregarse á cualquier hombre, con tal de que la vengara de su seductor; pero de una manera terrible y sangrienta. Y no bien imaginaba Menita á Manuel padeciendo, se le apretaba el corazón, se le llenaban los ojos de lágrimas y se sentía con ánimos para afrontar los mayores sacrificios, á trueque de evitar la menor molestia á su amado. Cuando se enternecía de esta suerte, el amor la rendía por completo: se humillaba mentalmente delante de su ídolo, abominaba los proyectos que poco antes revolvía, lo dis-

culpaba, le hallaba razón en todo. Ella era una pobre muchacha que no podría hacerlo feliz: no era rica, no era educada, no era digna de ser amada por tan hermoso y tan noble joven. Mas todo era representarse á Manuel en brazos de otra mujer, y al punto se encendía de nuevo, se enfurecía y volvía con rabia á la venganza.

Tales alternativas ocupaban el ánimo de Menita. Cuando no había temor de que lo notaran, iba al huerto, se sentaba bajo los castaños, y ahí, contemplando ese sitio, testigo de tantas horas de placer, se extremaba en el dolor que le ocasionaba la felicidad perdida.

En los primeros días, Facundo y Josefa no hablaban á Menita y, cuando había necesidad de hacerlo, la trataban con modo tan rudo y grosero como si ella fuese alguna sirviente torpe á quien no fuese posible despedir. Menita todo lo sufría con paciencia y, lejos de manifestar altanería ó mal humor, ponía especial empeño en servir con esmero á su madre y á Facundo. Estos, al fin, se ablandaron, depusieron el enojo y, casi sin advertirlo, dejaron que Menita fuese para ellos lo que antes era.

Hasta Antonio volvió á sus platónicos amores y se gozaba de nuevo en que Menita lo hiciese objeto de sus bromas.

Los pobladores de Mellico fueron más duros en olvidar; pero también olvidaron.

Cuando se supo de cierto que Menita era la querida de Manuel, las malas lenguas, es decir, casi todas las lenguas de Mellico, se cebaron en la pobre niña.

Los viejos culpaban á Facundo.

—¿No le parece, compadre, que todo ha sido diablura de don Facundo?—preguntó al vaquero Bartolo, Hilario,

el maestro herrero, hombre ya de edad, borracho incorregible y, sin embargo, muy hábil en su oficio.

Platicaban en la herrería. Hilario estaba componiendo una espuela de Bartolo, y éste esperaba la conclusión del trabajo, sentado en la caja de herramientas y fumando un cigarrillo.

—Así debe de ser—contestó Bartolo—porque don Facundo, cuando ve la plata cerca, no la deja irse.

—Ha negociado con la chiquilla—dijo Hilario.—Si no ¿cómo se atrevería á vaciar el canal de «Renaico» para regar la loma del Manzano y todo lo que se le ocurre? Y no le dicen una palabra.

—Y no es nada eso, compadre. ¿No ha oído usted aquello de los dos mil y tantos pesos?

—No.

—Se lo contaré. Don Facundo, según me han dicho, pidió prestados dos mil y tantos pesos á don Manuel. El caballero los franqueó al momento y, cuando se habló de firmar papel, dijo don Manuel:—«Llévatelos, Facundo, y seamos buenos amigos.» No sé qué otras cosas hablarían, pero ello es que don Manuel y Menita se veían en el huerto con mucho sosiego. Don Facundo inventó después un nuevo apuro, y pidió mil pesos más á don Manuel; pero el caballero, como ya tenía asegurada á la muchacha, se echó atrás y no aflojó un centavo. Don Facundo, de puro enojado, se hizo el que acababa de descubrir los amores de Menita, habló con el cura, la llevó donde Mateo Moya, y la trajo cuando supo que don Manuel se había ido á Santiago. Pero á don Manuel no se le dará un pito de todo esto, porque, como es tan generoso, consigue lo que quiere.

—¡Vaya si es generoso!—exclamó Hilario.—Á Meni-

ta debe de haberla tapado de plata. Juan de Dios, el peón que tiene don Facundo en el huerto, andaba contando hace pocos días que Menita le había dado diez pesos por que le llevase un papelito á don Manuel. ¡Diez pesos!...

—También supe eso—dijo Bartolo.—No sé si será cierto lo que le he contado, compadre; pero estas son cosas muy factibles para el que conoce á don Facundo.

—De eso y de mucho más es capaz don Facundo—dijo el maestro herrero, dando en la bigornia repetidos martillazos á la espuela que acababa de sacar de la fragua.

—No me la vaya á echar á perder, compadre—dijo Bartolo siguiendo con ojos temerosos el trabajo del herrero.

—El maestro sabe lo que hace, y no se meta en lo que no sabe—replicó Hilario cogiendo la espuela con las tenazas y poniéndola de nuevo en la fragua.

—¡Dos mil pesos!—exclamó Hilario, bajando con la una mano la palanca que movía el fuelle, mientras con la otra, provista de un hierro encorvado en un extremo, juntaba sobre la espuela y en la boca del fuelle los carbones dispersos en el fogón.

—Plata es—dijo Bartolo—pero no hallo bueno que un padre haga tal negocio. Cierto es que Menita no es hija de don Facundo; pero es hija de su mujer, y él siempre la ha cuidado como padre. Si las chiquillas tienen su descuido, que lo tengan por sus cabales; pero el padre no debe meterse en esos negocios, porque no es de razón hacerlo. Y esto mismo le oí en vez pasada al curita.

—¡Dos mil pesos!—repitió el maestro Hilario.—¡Caramba si es plata! No los he bebido en toda mi vida

junta. ¡Mal haya la suerte de don Facundo! Pero así es la ley: en los ricos llueve la riqueza y en los pobres la pobreza, cuando había de ser al revés para que todos quedasen contentos. ¿No le parece, compadre Bartolo?

—Por cierto. Y dése prisa con la espuela: mire que el sol está muy alto y tengo que ir á buscar unos bueyes que se me fueron al monte.

Por tal estilo eran las conversaciones que los viejos de Mellico tenían sobre la desgracia de Menita. Excusado es advertir que las muchachas culpaban únicamente á ella con tanto más encono cuanto mayor era la envidia.

Los mozos, singularmente aquellos á quienes Menita había dado calabazas, no sólo la vilipendiaban de mil modos, aun inventando y echando á correr especies infames, sino que se propasaron á faltarle al respeto. Cuando la encontraban, la miraban con desvergüenza y le dirigían chuladas groseras.

En cierta ocasión, hubo por este motivo una pendencia de marca mayor.

Era día domingo, y el despacho de Facundo estaba lleno de bebedores.

El corredor de la casa tenía vista al despacho. Menita por algún motivo salió al corredor. No bien la vieron desde el despacho, se adelantó uno de los que allí había, mozo de los calabaceados, y gritó á Menita:

—¡Mira, Menita!

Menita miró. Entonces Luis Guajardo, que así se llamaba el mozo, levantándose la manta descubrió el chaleco, y dió con los dedos golpecitos al bolsillo, haciendo sonar el dinero que dentro llevaba.

—Menita ¿quieres?—le dijo con semblante descarado. —Está bien lleno y no con cobre.

Menita se entró al punto, avergonzada y lacrimosa; pero Antonio, que se hallaba por ahí casualmente, se fué sobre Luis y lo derribó de un puñetazo sin decirle allá va.

Á la bolina, acudieron cuantos en el despacho estaban, y sin más ni más tomaron partido unos por Antonio y otros por Luis. Algunas mujeres procuraron impedir la pelea poniéndose de por medio y suplicando á sus esposos, hijos ó compadres que se retiraran; pero estas nuevas Sabinas no debían de ser tan sufridas como las otras, porque los codazos y empujones que les daban para apartarlas las irritaron de tal modo que, dando al traste con el recato y la decencia, arremetieron á los que tenían al frente, prorrumpiendo en palabrotas de espantable grosería.

Las vociferaciones y los trompis se hallaban en su punto, cuando llegó á caballo Benito Labra, el inspector del distrito, seguido de dos celadores. Habían corrido á llamarlo algunas personas tímidas, en cuanto vieron el principio del alboroto.

El inspector, cuando recibió el aviso, se encontraba bebiendo en una venta cercana. Venía, pues, achispado y muy brioso, y metiendo el caballo en lo más crudo de la refriega gritaba:

—¡Aquí está la autoridad! ¡Aquí está la autoridad ¡Dense presos, ladrones, badulaques, bribones!...

Á estas voces, los combatientes se separaron y comenzaron á retirarse disimuladamente, menos Antonio y Luis que seguían ciegos en la pelea, como toros irritados.

Apenas el representante de la autoridad vió á Luis, lo tiró al suelo de un caballazo y gritó á los celadores:

—¡Llévenme á éste!

De tiempo atrás tenía ojeriza á Luis por cierta jugada que éste le había hecho, y no descuidaba las ocasiones de vengarse, máxime cuando podía hacerlo á mansalva, como ahora.

—¡Bonito!—exclamó Luis.—Y ¿por qué no lleva también preso á Antonio? Él comenzó la pelea.

—¿Cómo es eso?—dijo el inspector alzando el ramal. —¿Vienes con preguntas á la autoridad, atrevido? Tendrás un día más de cepo.

Luis se calló la boca.

Benito miró en torno y, entre los que se retiraban, alcanzó á divisar á tres peones á quienes una vez avió dinero á cuenta de siega de trigo, y ellos nunca salieron á segarlo ni devolvieron lo aviado.

Los llamó y les dijo:

—Ustedes también van presos.

—Pero si yo no me he metido en nada. Estaba mirando—dijo uno de los peones que, en efecto, había sido simple espectador.

—¿Mirando, boquiabierto? En el cepo tendrás tiempo para mirar—replicó el inspector.

Y arreó con todos ellos y los puso en el cepo dos días, y tres á Luis.

Las mujeres de los presos, ó alguno de la familia, fueron al día siguiente á quejarse al juez de subdelegación. Juntamente acudieron allá en demanda de justicia todos los que habían salido con la manta ó la camisa desgarrada, con la cabeza partida ó lastimados de otra suerte. Los heridos se presentaron en el mismo estado en que los dejó la pendencia. Conservaban cuidadosamente las lastimaduras sin lavarlas, para que se enconasen, y pudiesen ellos cobrar mayor indemnización. Con este últi-

mo objeto, los que tenían los vestidos desgarrados, aumentaban también el daño.

El juez de subdelegación vivía á alguna distancia de Mellico.

Cuando vió el grupo de gente les preguntó:

—¿Á demandas vienen?

Una mujer se adelantó con mucha desenvoltura, y anudando y desanudando un vistoso pañuelo de narices, dijo:

—Sí, señor.

—Pues han perdido el viaje.

—¿Por qué?

—Porque hace cinco días terminó el período de mi nombramiento, de lo cual me alegro mucho.

La mujer se desconcertó. Los demás murmuraron.

—Y ¿quién está ahora de juez?—preguntó la mujer.

—Á nadie han nombrado todavía, y lo peor es que en estos nombramientos suelen demorarse por acá meses enteros. Estoy dando gracias á Dios de no ser ya juez: el cargo es harto incómodo y le pagan á uno treinta días al mes. Con este sueldo podían tener un juez para cada diez habitantes, y así sería más llevadero el empleo.

—Y ¿qué podemos hacer?

—Si les parece, pueden ir donde el juez de la subdelegación anterior, don Baltasar Leiva, que vive á tres leguas de aquí. No sé si lo encontrarán, porque hará veinte días que anda en Santiago.

—¡Buena cosa!—exclamaron los demandantes.

—Ó de no—continuó el ex-juez—si es demanda criminal la que aquí los trae, como parece ser, ocurran al juzgado del crimen.

—No dejaremos de ir allá—dijo la mujer lagrimando

de rabia.—El juez del crimen no está más que á seis leguas de aquí, allá en la ciudad, y en viajes, escritos, citaciones y testigos gastaremos los centavos que hemos ganado, y cuando nos vengan á notificar la sentencia, sabe Dios si estaremos muertos y enterrados.

—En tal caso, hagan ustedes lo que les parezca—dijo el ex-juez y se entró á su casa.

Los demandantes se pusieron á deliberar.

—¿Qué haremos? ¿Qué haremos?—se preguntaban uno á otros.

—¡Qué demontres! Yo me voy á trabajar—dijo uno de ellos que venía á querellarse por un chichón que ya casi no se le veía.

—Yo también me voy—dijo otro, doliéndose para sí de haber aumentado maliciosamente la rotura de su manta.

—Y yo también me voy—añadió un tercero, bastante mal herido; pero hombre trabajador y poco amigo de perder tiempo.

Las mujeres eran las más porfiadas en no resignarse; pero hubieron de ceder.

Retiráronse todos, y unos fueron á lavar y vendar sus heridas, y otros á zurcir sus vestidos.

Tres días después, nadie hablaba de ésta pendencia; pero á Menita le dejó impresión más duradera. El noble ímpetu de Antonio la conmovió hondamente y la llenó de gratitud que manifestaba con cierta timidez. Por eso mismo esta gratitud agradaba más á Antonio.

El cura habló varias veces á solas con Menita y tuvo el consuelo de ver que sus exhortaciones no caían en tierra estéril. Menita se resignaba y procuraba sinceramente alejar de sí el recuerdo de Manuel y, aun cuando

no lo conseguía del todo, se acostumbró á mirar esos recuerdos como instigaciones del demonio.

XIV

—Manuel ¿sabes una cosa?—dijo doña Luisa á su hijo después de un largo rato de silencio. Estaban solos tomando el fresco, al oscurecer, en el jardín de la casa.

—¿Qué cosa, mamá?

—Que has llegado muy raro de «Renaico». Hace ya una semana que estás aquí y ni un solo día te he visto alegre, como solías llegar las primeras veces. ¿Te está aburriendo el campo?

—No, mamá.

—Entonces ¿qué tienes?

—Estoy aburrido; pero no del campo. Usted sabe que á veces me coge el esplín...

—Pero no tantos días, como ahora. Hace una semana que has llegado y, en todo ese tiempo, no te he visto un rato alegre, como digo.

—Quién sabe qué será—dijo Manuel encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Debe de ser la falta de sociedad. No me conformo con que estés tan solo en «Renaico», pues nada agria más el ánimo que la soledad. Por lo que te he oído decir, allá no tienes amigos ni hay familias que visitar.

—Amigos no tengo allá; pero hay familias que me gustaría conocer. Los grandes hacendados vecinos son gente respetable: lo malo es que viven tan lejos que cada visita se vuelve un viaje.

—Al principio, Manuel—dijo doña Luisa—me imaginé que te convenía trabajar en el campo, por lo contento

que te mostrabas; pero ahora veo que no te podrás acomodar en "Renaico". Aquello fué, á lo que parece, un entusiasmo ocasionado por el nuevo género de vida. ¿Por qué no te vienes acá, hijo? Vende á "Renaico".

—¡Oh no, mamá! Por nada lo vendería.

—Y ¿por qué? Ayer no más oía hablar á un caballero sobre lo valioso de ese fundo. Decía que tú habías hecho una compra excelente y que cuando quisieras, ahora mismo que fuese, podrías venderlo con mucha ganancia.

—No lo vendo, mamá, no lo vendo—dijo Manuel apresuradamente.

—Pues arriéndalo.

—Eso menos. Realmente me gusta el trabajo del campo; pero, como usted dice, la soledad me pone de mal humor. Sin embargo, luego me acostumbraré á ella.

—Y ¿por qué, hijo, no piensas en casarte?—dijo doña Luisa con frialdad y lentitud.—Me cuesta tocar este punto; pero á tu edad... ya es conveniente...

—¡Casarme!...—exclamó Manuel con un gesto de indiferencia. Después agregó con cierta resolución:—Le confesaré, mamá, que desde hace días estoy pensando en casarme.

—Aunque no puedo menos de sentirlo, Manuel, me alegro—dijo doña Luisa con modo triste.—Es necesario; es lo que debes hacer. Busca una niña buena, virtuosa, modesta, activa...—continuó doña Luisa pausadamente, recalcando las palabras, como si hablara cosas nuevas y en extremo persuasivas.

Doña Luisa era señora muy apreciable, de entendimiento mediocre, y creía cumplir grandes deberes maternales con repetir, en tono apropiado, los más vulgares consejos.

—¡Oh, mamá!—interrumpió Manuel.—Eso es claro... una que sea la *Perfecta Casada*... Pero es el caso que el enamorado siempre se imagina que la ha encontrado, y el que no está enamorado puede estarla mirando y no conocerla. Usted olvida, mamá, que, por lo menos á mi edad, uno ha de ser amante primero que ser marido, y el amante no entiende razones.

—Pero un amante juicioso...

—¡Amante juicioso!—exclamó Manuel con un tonito sarcástico y poco respetuoso, pero natural é inofensivo en un hijo mimado.—¡Amante juicioso!... ¿Dónde los ha visto? ¿Cómo puede haberlos? Sólo del buen marido puede decirse que es amante juicioso.

—Así será...—dijo doña Luisa, á quien como á toda persona de pocos alcances, fácilmente confundía una réplica viva.—Pero considera, hijo. ¿De qué sirven las prendas corporales? ¿Qué duran? ¿De qué sirve la cara? ¿De qué un bonito cuerpo? Son cosas...

—Cosas que pasan, mamá... bien lo sé... pero que mientras están pasando nos llevan tras sí los ojos y el corazón. Mire, mamá: en este punto puede decirse que no caben consejos de palabra, sino consejos... ¿cómo diré?... El mejor consejo, el más persuasivo, sería mostrarme una niña que tenga todas esas cualidades que usted dice y que, al mismo tiempo, pueda agradarme... repárelo bien... que pueda agradarme.

—Pues te voy á nombrar una—dijo doña Luisa vivamente.

—¡Vaya, mamá! Si hubiese comenzado por ahí... Y ¿quién es ella?

—Laura Franco.

—¿Laurita, la hija de de don Antonio Franco? Hace

mucho tiempo que no la veo, desde que la pusieron á educarse en las monjas. Cuando he ido á visitar á don Antonio nunca me ha tocado encontrarla. Conque ¿ya está casadera? Si me parece que ayer no más... Y entonces tenía muy buena cara... Era muy seriecita... Recuerdo que llamaba la atención su modo de andar: sin tener nada de afectado, parecía el de una grave señorita.

—Ahora es una grave señorita de dieciocho años. En diciembre la sacaron del colegio de las monjas. Bien que á primera vista uno la encuentra friona y poco amable, en el trato íntimo descubre mucha sensibilidad, y una firmeza y buen juicio que sorprenden. Así me pasó con ella, y me agrada tanto que, desde el principio, pensé en ti. Toca el piano admirablemente: el profesor que ahora tiene no se cansa de alabarla. Es muy prolija. Ella corre con la casa. En cuanto á su cara y presencia, Laura no es de las vivas y simpáticas, sino que tiene una hermosura... así... agradable... Agradable no es la palabra. Es una hermosura sólida, duradera, como esos brocados antiguos de dibujo serio y monótono, que nunca se acaban, y son más eternos que el cuero. Esas caritas que se ven por ahí tan celebradas por los jóvenes, por lo graciosas y vivarachas, se me figuran como los géneros que llaman «de novedad»: muy pintorescos y elegantes; pero que no duran más que una estación, y eso si se usan con cuidado, y después quedan inservibles. Así son estas niñas que digo. Se ven bonitas mientras están en la fuerza de la juventud, unos cuatro ó cinco años, y eso con tal que anden muy sobre sí en el arreglo de la persona y se oculten en cada enfermedad, por poca cosa que sea, para no desengañar á los admiradores. Y si se

casan, el primer año del matrimonio es para ellas el último de su belleza.

—Así es, mamá, así es—dijo Manuel sonriéndose.

—Por otra parte, Laura nada tiene qué envidiarte, en punto á fortuna y posición social, como no lo ignoras. ¿Por qué, Manuel, no vas á hacer una visita á don Antonio?... Á Laura, por cierto, no le faltan adoradores; pero, hasta ahora, ninguno puede jactarse...

—¿Visita?... dijo Manuel con modo perezoso.—Me aburren soberanamente las visitas.

—Querrás que las niñas vengan á visitarte ¿no es eso?

—No, mamá.

—¡Vaya que estás insoportable!—exclamó la señora algo incomodada.

—Es la pura verdad, mamá. Estoy insoportable. Ni yo mismo me aguanto. Pero ya que usted desea que trate á esa niña, iré á visitar á don Antonio, é iré esta noche misma.

Manuel miró el reloj. Eran las ocho y media, y se levantó para ir á componerse.

—¿Ya te vas? dijo doña Luisa.

—Sí, mamá.

—Te repito, Manuel, que no repares en las exterioridades, porque esas son cosas de quitar y poner.

—Lo tendré presente, mamá.

Un poco más tarde se presentaba Manuel en casa de don Antonio Franco.

En la sala encontró á la esposa de este caballero doña Juana, señora muy discreta y amable, y á Laura que estaba bordando una carpeta. No había nadie más. Don Antonio andaba de viaje con el resto de la familia.

La señora recibió á Manuel con mucho agasajo, como lo recibían todas las señoras, y le presentó á su hija.

Manuel saludó á Laura con despejada cortesía; pero como ella devolvió el saludo con reserva, no se atrevió Manuel á recordarle que la había conocido cuando ella estaba en su infancia, y entabló conversación con doña Juana.

Mientras hablaba con la señora, Manuel observaba con disimulo á la niña. Laura era verdaderamente hermosa. Las líneas de su fisonomía eran nobles, correctas, clásicas; manifestaban el reposo y la firmeza que se advierte en las estatuas de los antiguos. Si bien se le notaba en el cuerpo cierta tiesura, y la ondulación de los contornos carecía de gracia, en su porte, en sus modales había un nosequé digno y estable que infundía respeto y atraía con fuerza.

Como lo dijo doña Luisa, Laura parecía friona, y no se notaban en ella deseos de agradar. Á las preguntas que le dirigía Manuel, contestaba con indiferencia. Doña Juana la miraba de cuando en cuando con ojos muy decidores; pero ella no se inmutaba.

Al natural desagrado que primeramente causó en Manuel la sequedad de Laura, sucedió una viva curiosidad de conocer más á fondo ese carácter frío y desdeñoso. Algunos visitantes que llegaron después, lo dejaron en libertad para acercarse á Laura.

—¡Primoroso bordado!—exclamó Manuel, examinando concienzudamente la carpeta que Laura había dejado al lado en una mesita.

—Bonito es—dijo Laura—y lo alabo porque ni el dibujo, ni la elección del matiz son cosa mía.

—Yo admiro sobre todo la prolijidad del bordado—

dijo Manuel algo turbado por esa franqueza tan poco común.

—Ni aún en esto tengo mucha parte—replicó Laura. —La monja que, en el colegio, nos enseñaba á bordar, principió el trabajo.

—Sin embargo, no distingo la mano de la monja de la suya en esta carpeta... Pasando á otra cosa, supongo que tendría usted muchos deseos de dejar el colegio.

—Al contrario: mi mamá quería sacarme el año pasado y yo le supliqué que me dejara más tiempo. ¡Es tan tranquila y sosegada la vida del colegio!

—Pero monótona; usted no me lo negará. Esa tranquilidad y ese sosiego mal se avienen con los corazones jóvenes que principian á despertar á la vida.

—Seré rara; pero me avenía mucho.

—¿Piensa, acaso, meterse monja?

—Eso es mucho preguntar—replicó Laura sonriendo con benevolencia.

—Si la pregunta es indiscreta, la retiro; pero no habría extrañado una respuesta afirmativa.

—¿Me encuentra cara de monja?—preguntó Laura con coquetería apenas perceptible, pero que no escapó á Manuel.

—No me atrevo á contestarle.

—Y ¿por qué?

—Porque temo que usted se ría de mi poca perspicacia.

—Más claro: porque usted teme engañarse...

—Esa es la verdad—dijo Manuel algo confuso.

En esto, uno de los visitantes, el joven Arturo, filarmónico terrible, se acercó á Laura y le dijo con modo muy relamido:

—Laura ¿no nos hará el favor de tocarnos alguna cosa?

—Si usted lo desea...—contestó Laura sencillamente y se levantó.

Arturo la precedió, y con mucha oficiosidad y modo de quien lo entiende, dispuso convenientemente el banquillo, abrió el piano y se ofreció para buscar la pieza; pero Laura no admitió la oferta. Sabía que Arturo la haría tocar todas las piezas que él conocía de las que se hallaban en el estante, treta inocente de que echaba mano el mancebo para lucirse.

Mientras Laura registraba los cuadernos de música, Arturo tomó una silla, la colocó junto al piano y se sentó en la postura de un hombre que va á entregarse á profundas meditaciones.

—Arturo ¿por qué se pone usted ahí en berlina?—dijo don Roberto, caballero insensible á la música como el que más.

—Voy á gozar. ¡Déjeme usted gozar!—exclamó Arturo, extendiendo los brazos con el entusiasta ademán que usan los tenores al comenzar algún alegro que diga *O gioia! ó delizia!*

—¡Pues, hombre! Me gusta!—dijo don Roberto maravillado.—Y ¿no puede usted conversar aquí y gozar al mismo tiempo de la música?

—Usted lo puede; yo no—replicó Arturo con gravedad, y volvió á su primera posición.

Manuel, en tanto, seguía con la vista á Laura, y revolvía en su interior varios pensamientos. Ya se imaginaba que Laura ocultaba un corazón de fuego bajo las apariencias de frialdad; ya que era realmente fría y que procuraba encubrirlo con casi imperceptibles coqueterías;

ya que no amaba ni era capaz de amar; ya que había entregado á alguno su corazón...

Laura comenzó á tocar la *Fantasía e Sonata* de Mozart.

Arturo arrugó el entrecejo. Aquella obra no se encontraba en su repertorio. Era versadísimo en *potpourris* de óperas italianas; pero, fuera de ahí, era de lo más lego en música. Para él Mozart, Beethoven, Haydn, sonatas, rondoes, todo lo clásico, en suma, no era más que un hacinamiento confuso de armonías graves, de melodías no desarrolladas, de ideas musicales científicas, de disonancias atrevidas, de acordes tan extraños que obligaban al oyente á preguntarse: ¿por qué esto no me choca?

Sin embargo, Arturo no olvidó su papel de aficionado. Bien que no tenía ni idea de lo que Laura estaba tocando, desarrugó el entrecejo muy luego, é hizo un movimiento con la cabeza, como diciendo:—«Ya estoy.» Dió al semblante una expresión de hondo meditar, y llevaba el compás con su afilado pie. Esto pudo hacerlo sin inconveniente, porque Laura no obedecía á semejante batuta.

Manuel, que no era aficionado vulgar, conoció desde el primer compás la *Fantasía* y no pudo reprimir una sonrisa. ¿Cómo Laura se atrevía?.. Pero bien pronto la sonrisa se borró de sus labios. Laura tocaba con seguridad, limpieza y expresión admirables. Manuel cerró los ojos con disimulo: no quería ver artista ni instrumento; no quería que objeto alguno material lo distrajera de la contemplación de la belleza sencilla, severa, religiosa, castamente apasionada que resplandece en las obras del divino Mozart. Laura tocó el sublime adagio de la *So-*

nata, como si estuviese inspirada. Fe, amor, recogimiento, ilusiones perdidas, esperanzas risueñas, imágenes vaporosas, mil afectos delicados, diversos y que se armonizaban, sin embargo, como provenientes de una causa única, eso sentía Manuel. Miró á Laura y la vió que tocaba impasible con la cabeza un poco inclinada hacia el teclado.

Cuando terminó el adagio, Laura, sin seguir adelante, se levantó del piano.

—¿Por qué no continúa?—le preguntó Arturo, asombrado de no haber oído un final bullicioso.

—Es larga la pieza...

—¡Estaba usted tocando tan bien!—exclamó Arturo.—Me hacía usted soñar.

—¿Soñar despierto, supongo?—dijo Laura sonriéndose.

—Nunca me quedo dormido cuando estoy oyendo música—replicó Arturo con seriedad.

—Muy bien, señorita. Bonita la pieza... Toca usted admirablemente—dijo don Roberto interrumpiendo una conversación sobre cierta venta de guano fiscal. Don Roberto aprovechó también la interrupción para encender un cigarro, hecho lo cual siguió conversando.

—¿Ha visto usted—dijo Manuel en voz baja á Laura—nada más imbécil que esas exclamacioncitas:—"¡Bonito! ¡muy bien!", después de oír un trozo de Mozart?.. Si usted hubiese tocado unas cuadrillas, don Roberto habría exclamado:—"¡Sublime! ¡Divino! ¡Esto es música!"

Y Manuel, con gesto despreciativo, añadió:

—¡Qué hombres!

En seguida trabó conversación con Laura sobre música, pintura, poesía. Manuel se expresaba con entusiasmo. Laura le escuchaba sin alterarse y, de cuando en

cuando, emitía opiniones de un gusto verdaderamente artístico, bien que tímido en manifestarse.

Ello es que cuando Manuel se retiró, llevaba muy alta idea de los conocimientos y del buen gusto de Laura; pero no sabía á qué atenerse respecto al carácter de ella. Este misterio mismo en que se le aparecía envuelto, comenzaba á fascinarlo. Esa frialdad lo enardecía.

—¿Qué gozo—pensaba Manuel—hay comparable al de encender la llama del amor en ese corazón de hielo? ¿Qué placer más vivo y deslumbrante que el de hacer temblar ese cuerpo de mármol con un beso apasionado?... Y ¿por qué digo hielo y mármol? Ella es artista, no puede dejar de serlo, y el artista, por fuerza ha de amar, ha de amar... á un ideal, por lo menos. ¿Habrá encontrado Laura la realización de su ideal? ¿La andará buscando?...

Mientras más pensaba Manuel en Laura, más se transfiguraba ella á sus ojos. Como era hombre muy sensible y vehemente, con gran facilidad su imaginación emprendía raudo vuelo y en pos iban los deseos. Quería volver inmediatamente, no á sondear á Laura, sino á mirarla y oirla. Le asaltaban ímpetus de ser esclavo de aquella mujer, de adorarla, de obedecerla con sumisión absoluta. Recordó los consejos del cura Romero acerca de la elección de esposa, y le pareció que eran lo mismo que decirle:—«Cásese con Laura. Laura es la esposa que le conviene.» En efecto, con una esposa como Laura, Manuel se encontraba capaz de arrostrar á mil Menitas y á las hermosuras más provocativas del mundo. En prueba de ello, recordó sin la menor emoción aquellos momentos en que la gentil campesina lo volvía loco con la ingenuidad maliciosa y la gracia natural que poseía.

Doña Luisa aún no se había recogido cuando llegó Manuel.

—¿Cómo te fué, hijo?—preguntó la señora.

—Bien, mamá. He pasado un rato muy agradable. Doña Juana muy atenta... había algunas personas...—dijo con indiferencia Manuel, sacándose los guantes.

—Y de Laura ¿qué me cuentas?

—Que es como usted decía: algo friona; pero muy inteligente, y toca el piano como no habrá dos que la igualen.

—¿Piensas volver?

—Volveré... he pasado entretenido... Como todavía permaneceré una semana más...

—Pudiera ser...—dijo doña Luisa con satisfacción.—Vamos... ya es hora de acostarse.

PEDRO N. CRUZ.

(Continuará)

EL MUNDO

¿Qué es el mundo?... Una posada
donde pasamos los días
de una breve temporada.
Mucha es la gente albergada,
mas aún hay piezas vacías.

Es claro que las mejores
de la casa no son éstas;
los viajeros anteriores
no escogieron las peores,
por cierto, ni las modestas.

¡Oh, no! Quien llegó primero
se instaló cuanto bien quiso.
Así, al último viajero
sólo le quedó el granero,
ó un cuarto en último piso.

Por tanto, la situación
de la fugaz población,
en punto á comodidad,

es, salvo alguna excepción,
el orden de antigüedad.

La nobleza y el dinero,
ó sean, el caballero
de antigua sangre real
y el millonario usurero,
van al piso principal.

Luego vienen el bolsista,
el político intrigante
(mercader de larga vista),
y cuantos siguen la pista
á la fortuna inconstante.

Y al fin en lo más estrecho,
más incómodo y peor,
que está debajo del techo,
se ve algún sabio mal trecho,
un poeta, un inventor.

Del conjunto abigarrado,
yo no sé si el peor lado
no es la gresca y el bullicio
que parece calculado
para trastornar el juicio.

¡Qué pendencias! qué algazara!
Como en orgía de idiotas,
donde quiera se repara,
aquí tajos en la cara,
más allá cabezas rotas.

Á quien más grita y patea,
si ha descrismado al vecino
la turba lo vitorea.
Lo menos, pide que sea
rey por derecho divino.

Así, el viajero que llega
y ve la posada toda
que á tal barullo se entrega,
lo más lejos de la brega
como puede se acomoda.

Y exclama.—"¡Por vida de...!
Ya que me he albergado aquí
sin saber cuando saldré,
al menos me arreglaré
sin que haya gresca por mí.

"Pronto el hospedaje pasa,
y yo no sé si en seguida
me hallaré al dueño de casa;
pues no es contingencia escasa
que me aguarde á la salida.

"Y á ser así, no es de más
que en vez de daño y perjuicio
por las locuras de atrás,
tenga á mi favor quizás
algún pequeño servicio.

"En caso de duda, estoy
siempre por lo más prudente:

Hacer el bien hoy por hoy
tranquila y calladamente;
y á la hora de irme... me voy.»

Y estudia y practica el bien
sin vanidad ni aparato;
y aunque padezca también
del barullo y el vaivén,
no pasa tan mal el rato.

Porque el trabajo aligera
el peso de los instantes,
y cura de la quimera
del corazón, que quisiera
los imposibles brillantes.

Por eso él vive contento,
ó á lo menos, resignado
en el pobre alojamiento
donde, huésped de un momento,
le tocó estar albergado.

J. Arnaldo Márquez

París, 1886

FINANZAS DE ESTADOS UNIDOS

INFORME DEL SECRETARIO DEL TESORO

(Conclusión)

REFORMA DE LA CIRCULACIÓN MONETARIA.—REFORMA DE LAS CONTRIBUCIONES

De esta manera, el Congreso y el progreso creciente de nuestra renta añaden una fuerza abrumadora á los argumentos y al plan de reforma de nuestro circulante, considerado como el primero en orden de importancia y tiempo; y al de la reforma de las contribuciones, que fueron presentadas á la sabia deliberación del Congreso en mi primer informe anual, y que ahora se me permitirá exponer más detalladamente.

Muy corto tiempo después que haya expirado el período del actual Congreso y mucho antes que el 55.º Congreso haya podido, en el orden natural de los sucesos, reunirse, organizarse y ponerse de acuerdo sobre nuevas legislaciones, es probable que las actuales leyes de contribuciones (en una época en que el más activo pedido

comercial y el uso de la moneda en la realización de las cosechas, hace que esta operación tenga las más serias consecuencias) estén retirando de la circulación é inundando el Tesoro con los productos de un impuesto adicional superior á todas las sumas cuya inversión ha sido tomada en cuenta ó prescrita hasta ahora por el actual Congreso. Durante los años de un porvenir inmediato, bajo la influencia de las leyes de contribución vigentes, este impuesto será tan oneroso y excesivo como al presente. El actual Congreso puede contribuir á terminar un trastorno monetario universal. El actual Congreso puede impedir completamente una disminución innecesaria de las ganancias del pueblo en la proporción de 125.000,000 de pesos anuales.

IMPUESTO ADICIONAL DE 125.000,000 DE PESOS ANUALES

Empleo para el producto de nuestro impuesto adicional, y razones para diferir la disminución de nuestro impuesto adicional, no pueden ya encontrarse en un rápido pago de la deuda consolidada. Dejando á un lado el 3 por ciento, casi extinguido ya, y la deuda no consolidada de 346.000,000, el resto de la deuda pública ha sido de tal manera asentado por nuestros predecesores, que no sería posible pagar 250.000,000 de pesos, excepto por compra mediante el pago de un alto premio á los tenedores, antes del 1.º de septiembre de 1891; y que no podrían pagarse 737.776,400 pesos, excepto por compra á un alto premio, antes del 1.º de julio de 1907. En estas fechas y después respectivamente, pero no antes, estos empréstitos son pagaderos á opción de los Estados Uni-

dos á la par y sin premio. El premio actual del 4½ por ciento de 1891, es de cerca de un 11 por ciento. El premio actual del 4 por ciento de 1907, es de cerca de un 28 por ciento. Continuar nuestra actual tasa adicional y emplear sus productos ahora ó durante algunos años venideros, en dar á los tenedores premios iguales ó todavía más altos, por compra anticipada de estos bonos antes de ser exigibles y pagaderos á la par, es una política fiscal tan innecesaria, extravagante y perjudicial á los industriosos cultivadores de nuestra tierra, de cuyos salarios, ganancias ó capital son sacadas todas las rentas del Tesoro, que no puedo suponer que sus representantes en el Congreso dejaran pasar ley alguna que echara tan mezquina tarea sobre la cabeza de este departamento. Dejo también á un lado, como igualmente insostenible, la continuación de nuestra actual tasa adicional y su empleo en objetos extravagantes, en los cuales no incluyo, por cierto, la moderada provisión anual para la obra costosa de profundizar el canal que extrae las aguas del Mississippi, ni la que exige la obra, aún más costosa, de proveer á nuestras ciudades marítimas de obras de defensa permanentes. Éstos no son medios de agresión naval, ni estímulos para el militarismo en el interior ó en el exterior; son prudentes previsiones para la defensa común y el bienestar general, que no requieren falsos pretextos para justificarse ni para disimularlas. Nuestros ingenieros no necesitan sumas extravagantes para ejecutar con la rapidez practicable estas grandes obras que deben ser la labor y el legado de una generación pacífica, en beneficio de los llamados á recoger nuestra herencia. También dejo á un lado, como igualmente insostenible, la continuación de nuestra actual tasa adicional y su empleo

en aumentar los ahorros del Tesoro. Éstos se encuentran ahora en enorme exceso sobre cualquiera necesidad que pudiera presentarse en el caso de pagarse la deuda y de rechazarse finalmente la base de la plata, haciendo desaparecer este temor del espíritu público por la suspensión de las compras de plata. Pero este bosquejo de nuestra situación financiera, sus expectativas y eventualidades, requiere la adición de otro hecho.

EL FONDO DE AMORTIZACIÓN (SINKING FUND) CANCELARÁ LA DEUDA CONSOLIDADA Á SU VENCIMIENTO

Los cálculos del tesorero Jordan en su informe adjunto, manifiestan que las disposiciones de los Estatutos Revisados (secciones 3,694 y 3,695) acerca del fondo de amortización y de la deuda pública, y su inmediato cumplimiento, efectuarán por su acción continuada en adelante, el pago de toda la deuda pública, billetes del Estado y bonos en el año de 1908, dentro de un año después de la fecha en que nuestro gran empréstito consolidado será exigible y pagadero. En otras palabras, según la opinión de este competente empleado, toda la deuda pública puede ser debidamente pagada, sin necesidad de continuar la actual tasa adicional, sin más que el cumplimiento de la ley sobre el fondo de reserva y la regular provisión anual con este objeto, desde ahora hasta 1908, á saber, por compra ó pago del uno por ciento de la deuda total de Estados Unidos dentro de cada año fiscal, que deberá destinarse á fondo de reserva y cuyo interés deberá aplicarse del mismo modo á la compra ó pago de la deuda pública, según determine de tiempo en tiempo

el secretario del Tesoro. Pero con el objeto de trasladar el producto creciente de nuestra actual tasa adicional de las bóvedas del Tesoro á los bolsillos del pueblo; con el objeto también de cumplir en la forma más económica posible la ley arriba citada sobre fondo de amortización, cuando los bonos sin vencerse se hallan muy fuera de nuestro alcance; y con el objeto también de cumplir la ley por la cual la fe de los Estados Unidos está solemnemente comprometida al pago en especies (la redención es prometida separadamente y ha sido practicada desde 1879), ó su equivalente, de todas las obligaciones de Estados Unidos que no ganan interés (E. R. 3,693, marzo 18 de 1869), no es suficiente una simple reducción de nuestra actual tasa adicional. La reforma de la circulación, la reforma de la tasa son igualmente necesarias é inevitables si el Congreso 49.º, durante los restantes tres meses de su vida, llega á percibir cuán poderosamente estamos obligados por nuestro deber, nuestro interés y nuestras necesidades á entrar ahora por el camino abierto á nuestra seguridad. La situación financiera, apreciada en general y en conjunto, indica claramente cual es nuestra mejor política. Deberíamos reducir el impuesto inmediatamente á una renta anual suficiente para pagar nuestros gastos anuales incluyendo el fondo de amortización y excluyendo la compra de plata; deberíamos pagar nuestra deuda no consolidada de 346.681,016 pesos con el sobrante actual, que aumentará antes que pueda realizarse ó produzca sus efectos la reducción total de la tasa, y mientras no pueda pagarse más de la deuda consolidada, excepto con un premio, durante cinco años, desde ahora hasta 1891.

REDUCIR LA TASA DEL IMPUESTO.—PAGAR LA DEUDA DE BILLETES FISCALES CON EL SOBRANTE

Recomiendo, por consiguiente, respetuosamente:

1.º Derogación de la cláusula de la ley de 28 de febrero de 1878 que hace obligatorias al Tesoro las compras de plata, por las razones arriba dadas y con el objeto de reducir la tasa adicional innecesaria en 24.000,000 de pesos por año.

2.º Mayor reducción de la tasa adicional, que se comenzará en la forma indicada más abajo hasta el límite exacto de las necesidades de un gobierno administrado económicamente.

3.º Derogación de la ley de 31 de mayo de 1878 que hace billete legal las emisiones y reemisiones de los certificados forzosos de correos; facilitando de esta manera,

4.º La compra gradual y pago de 346.681,016 pesos en los vales aún existentes de los Estados Unidos, con el actual sobrante y el posterior del Tesoro, emitiendo en su lugar certificados de plata, y en caso de necesidad certificados de oro, sin disminución de la masa actual del circulante, pues, estos billetes fiscales (greenbacks) son ahora la única deuda exigible y pagadera antes de 1891, excepto los bonos del 3 por ciento que probablemente han de ser recogidos todos y pagados á principios del siguiente año fiscal.

La extraordinaria coincidencia de oportunidad y necesidad que hace posible tan completa reforma en nuestra masa circulante y una reforma tan vasta en nuestro impuesto, justificará tal vez, una referencia hacia las con-

diciones y método de su ejecucion expuestos en mi último informe anual, ó una repetición de lo que ya he tenido el honor de insinuar, al informar respetuosamente al Congreso de la facilidad de establecer en el pueblo de Estados Unidos un sistema de circulación superior al mejor que hoy posea cualquiera nación, una circulación en que cada dollar en billete será el certificado que representa un dollar sellado, actualmente existente en el Tesoro y pagadero á la vista; una circulación en que nuestra unidad monetaria acuñada en oro, ó su equivalente acuñada en plata no serán separados nunca. La ley que hace obligatoria la emisión y reemisión postal de billetes de los Estados Unidos, y la ley que hace obligatorias las compras de plata por el Tesoro, son, cada una separadamente, una amenaza contra la pública tranquilidad, y perjudiciales á la moral, la fe y el interés públicos. Pero no aumentan nuestras dificultades. Al contrario, la derogación de ambas leyes y el uso del sobrante metálico del Tesoro en la sustitución de los billetes fiscales (greenbacks) por certificados metálicos, convertirá nuestra peor clase de papel circulante en el mejor de todos; los vales de plazo indefinido, con carácter de moneda legal, quedarán convertidos en certificados representativos de metálico pagaderos inmediatamente. Como en estos últimos días se ha afirmado la competencia del Gobierno federal para hacer sus deudas moneda legal de pago para las deudas de sus ciudadanos, á pesar del absoluto acuerdo de opinión contraria entre sus fundadores y hombres de estado de todos los partidos desde 1789 hasta 1861, me parece un deber, en este conflicto de opiniones legales, recurrir á las conclusiones no discutidas de una sana política financiera.

EL METAL I NO LOS VALES, ES PROPIO PARA MONEDA LEGAL

Al formarse la unión de los Estados en 1789 y al dictarse la actual Constitución, el primero y último objeto declarado por sus fundadores fué asegurar la libertad y establecer la justicia. La filosofía política no ha formulado todavía más elevado ideal. Justicia fué su propósito, y la Constitución como las leyes dictadas por los primeros congresos á que pertenecieron varios de sus fundadores, muestra el propósito fijo de evitar conocidos peligros á la justicia. Entre los principales instrumentos y medios de la justicia, se cuenta una unidad monetaria menos imperfecta, menos variable; el tipo de todos los cambios y moneda legal de pagos. Los autores de la Constitución conservaban fresca la amarga experiencia de las calamidades consiguientes á extender el carácter de moneda legal del metal á las promesas de pago del metal. Por eso ellos edificaron bien alta una doble barrera contra esta calamidad. Limitaron el Gobierno federal á ciertas y delegadas atribuciones. Definieron algunas y prohibieron ciertas otras á los Estados. Y para evitar que el residuo de las no prohibidas ó no delegadas que completaban la suma total de la soberanía, fuesen atribuídas implícitamente al Gobierno federal, las reservaron expresamente á los respectivos Estados ó al pueblo. Ellos dieron entonces al Gobierno federal muchas atribuciones, pero no la de convertir los billetes del Tesoro de Estados Unidos en moneda legal para el pago de las deudas privadas. Prohibieron expresamente entonces á los Estados el futuro ejercicio de semejante poder, usado por ellos hasta entonces con

el más gravoso costo, en medio de las luchas de la fundación ó de las alternativas de la revolución. En ninguna de las quince enmiendas que han ensanchado el poder federal sobre esclavitud, representación, ciudadanía y franquicia electoral, se ha establecido tampoco algún ensanchamiento del poder primitivamente conferido á los Estados Unidos é investido en su Congreso en cuanto á la facultad de «acuñar moneda, regular el valor de ella y de la moneda extranjera.» Y al mismo tiempo que se evitaba así en la Convención, y se prohibía en la Constitución toda disposición que pudiera amplificar ó excusar el abuso de un poder de esa manera especificado y concedido, se ordenaba también que en adelante «ningún Estado... emitirá billetes de crédito; hará moneda legal para el pago de las deudas ninguna especie diferente del oro y plata sellados; dictará... ninguna ley que altere las obligaciones de los contratos...»

Bajo la última cláusula de la sección octava de la Constitución, la autorización así concedida fué sabia y plenamente ejercitada por el segundo Congreso en la ley de amonedación de 1792 como necesaria y propia ejecutoria de dicha autorización. Fué ejercitada sin abuso, sin pretensiones á alguna prerrogativa soberana heredada, sino solamente como una facultad específica y delegada en el Gobierno federal é investida en el Congreso. Fué ejercitada, sin relación con facultad alguna de tomar dinero prestado; pues, la moneda, á más de ser una especie de riqueza, es también la especie que sirve de tipo y medida del valor de toda clase de riquezas; y cambiar el tipo en el acto de tomar prestado, del metálico á una promesa de pago en metálico, habría sido, no simplemente tomar prestado, sino también cometer una estafa para

enriquecer al prestamista. Si semejante prerrogativa fuere en verdad soberana, legítima y hereditaria, pertenece al no menos precioso patrimonio reservado á la soberanía del pueblo, puesto que ha sido prohibido á los Estados y nunca se delegó á los Estados Unidos. El Congreso de 1792 fijó la unidad monetaria de los Estados Unidos en moneda sellada, la denominó *dollar*, hizo de ella la unidad de la moneda corriente en sus oficinas y cortes, especificó también sus múltiplos y fracciones, y en seguida, abriendo su Casa de Moneda, fijó la cualidad de única moneda legal en todo el oro y la plata que en ella se acuñaran. El Congreso pudo, en virtud de su facultad, también delegada, de "tomar dinero prestado" haber recibido el préstamo de todo el oro y plata sellados en dollars que sus dueños quisieran prestar; porque tomar prestado no es tomar, por fuerza de la ley ó de la licencia, contra la voluntad del prestamista. Es tomar, porque el consentimiento del que toma para recibir, concurre con el consentimiento del que presta para entregar. En cambio de cada una y todas estas piezas acuñadas podría haber emitido sus promesas de pago inmediato. Este habría sido el ejercicio del poder concedido para tomar dinero prestado. En caso de necesidad podría haber convenido en pagar la moneda de su entrada ordinaria de impuestos, en principal é intereses, dando por consiguiente sus obligaciones á término. Este habría sido el ejercicio de su facultad para tomar dinero prestado. Pero el poder de cambiar la unidad de valor en la moneda de esa manera tomada ó dada en préstamo, no tiene relación legítima ó lógica con semejante ó cualquiera otra autorización para tomar prestado. No puede derivarse de la facultad para tomar

prestado. Es una facultad ilegítima y sin relación, tanto con la de dar como con la de tomar prestado. La última consiste en usar el crédito que un gobierno tiene por la fe de los hombres en su honor y sus leyes. El poder para levantar ó deprimir la unidad monetaria de valor contribuye á destruir la fe de los hombres en el honor de un Gobierno y de sus leyes. El poder para forzar en la circulación un representante impropio, un falso equivalente ó una deuda de esa unidad monetaria de valor, como su homónima, é igual en cambio, hace igualmente destruir la fe de los hombres en el honor de un gobierno y de sus leyes. Su conciencia del abuso y su percepción del hecho se expresan por la no equivalencia en el cambio, á menudo manifestada entre la moneda no depreciada y la moneda depreciada, entre la moneda sellada y la promesa de pagar convertida en moneda legal, entre la moneda acuñada depreciada y la no depreciada, según que por alguno de estos procedimientos, la unidad monetaria ha sido el instrumento ó el testimonio de este engaño. Pero tales procedimientos no encuentran precedentes, ni tales opiniones, como se hallan aquí expuestas, encuentran creyentes, ni defensores en los primeros 72 años de esta República. Sólo después de 1861, cuando un gran peligro había oscurecido en la mayor parte de los hombres la percepción clara, tanto de las leyes financieras como constitucionales, fué cuando se hizo una moneda legal de las deudas de los Estados Unidos. Y sólo después que se extendió el contagio, se llegó á sostener deliberadamente que podía permitirse con justicia la creación ó subsistencia de un representativo en depreciación de la unidad de valor y en desigualdad con la última. Pero si un no equivalente del dollar metálico puede ó no ser

hecho un dollar legal, y si las emisiones y reemisiones postales de tales promesas pueden ó no ser hechas legalmente, después que 21 años de paz han desvanecido cualesquiera exigencias, reales o imaginarias, de la guerra, es lo cierto que todo argumento de política condena ahora la continuación de esta injusticia legalizada. Si alguna vez se le hubiera concedido, el Gobierno federal deberá ser despojado de tan peligrosa facultad. Ningún poder ejecutivo, ninguna Legislatura es hábil para que se le confíe el dominio sobre las ganancias y ahorros del pueblo. Ningún soberano de la tierra ó ningún súbdito es capaz de hacer un justo ejercicio de tal autoridad con el fin de alterar y pervertir las obligaciones de los contratos. Aplicar el actual é inevitablemente progresivo aumento de nuestra tasa adicional durante los próximos cinco años al pago de la única porción de la deuda pública (fuera del casi extinguido 3 por ciento) que ahora se debe ó será pagadero, excepto á un premio elevado, antes del vencimiento del 4½ por ciento de 1891, á más de ser una vasta medida de reforma de la circulación, servirá también para disminuir y disipar finalmente la censurable y antipática influencia del Tesoro sobre el mercado monetario y sobre los negocios del país. Una diestra administración de este departamento en relación con sus entradas y salidas, puede reducir al mínimun esta influencia que no dejará de ser considerable mientras sus entradas lleguen al promedio de un millón de dollars por día. Pero de ninguna manera puede resultar en beneficio del público, sino que es una clara intromisión en la propiedad privada; y es aquella misión impropia que se impone á cualquier funcionario del Gobierno, cuando el más prudente, fiel é inteligente ejercicio de su razón y el

más discreto uso del poder que fué compelido á aceptar, no puede dejar de influir en ventaja pecuniaria ó causar pecuniaria desventaja á este ó aquel grupo de sus conciudadanos. Decir que estamos habituados á él, no es buena defensa del régimen de cosas que nació con la guerra y que ha convertido gradualmente al Tesoro en tal absorvente poder fiscal que en cada crisis comercial se le invoca. Esas ilegítimas é injustificables intrusiones de la influencia gubernativa, deben ser restringidas y reducidas con inflexible y constante resolución de restaurar la simplicidad, hacer necesaria la frugalidad, y limitar la autoridad tanto Federal como de todas nuestras instituciones gubernamentales. La verdadera función de éstas consiste en guardar nuestras libertades individuales, y no en oprimirlas, ni anularlas, ni dirigirlas. Aun las monarquías están lentamente descartando otras funciones. Las democracias no tienen en qué emplear sus trapos de deshecho. La libertad es quien ha iluminado al mundo, y no el mal necesario de legislaturas, leyes, tribunales, ejércitos y policía, que pagamos con nuestras contribuciones para defender de toda agresión á esa libertad.

REDUCCIÓN DE LA TASA ADICIONAL

Queda por considerar la reducción de la tasa del impuesto á las necesidades del Gobierno económinamente administrado. Todo el exceso que se invierta en pagar la deuda de la emisión fiscal (greenback) disminuirá en otro tanto la inmediata reducción de nuestra tarifa de impuestos; pues, mientras subsista la deuda consolidada, no es prudente suprimir el impuesto sobre el wisky, el

tabaco y la cerveza. En verdad, yo creo que tan pronto como comencemos á desatar las cadenas de la tarifa de guerra sobre las materias primas se producirá tal creciente prosperidad para los patrones que ahora lo temen y tal aumento y seguridad de empleo para los asalariados que lo necesitan, aumentando las ventas para el exterior de nuestras manufacturas, y barriendo de nuestros mercados á los competidores extranjeros, que veremos nuestra entrada por importación de manufacturas desvanecerse tan rápidamente que llegará á obligarnos no solamente á mantener estos items tan convenientes del impuesto—whisky, tabaco y cerveza—sino tal vez á pedir diez millones de renta á una tasa de dos centavos por libra sobre el café y de la mitad sobre el té. Es la reducción de la tarifa de guerra lo que tenemos que considerar.

Bajo nuestro sistema de gobierno por partidos y la regla de la mayoría, no creo impropio, aun en un funcionario público de este tiempo, el recordar ciertas responsables y determinadas promesas con respecto á la suma y método de las contribuciones federales, con sujeción á las cuales el pueblo de Estados Unidos, en el ejercicio de una legítima elección, quitó la administración de su Gobierno al partido investido con ella durante un cuarto de siglo y lo puso en otras manos.

La vida pública dejará de ser el objeto de la ambición de hombres honorables y dignos, si las formales promesas y los principios profesados por los partidos políticos no son una ley para sus jefes. Prescindiendo, si me es posible, de toda la hostilidad de lenguaje (ahora inconducente) que él contiene, deseo referirme al testimonio de una pública obligación así asumida, así aceptada y así hecha obligatoria por el último voto popular.

PROMESA DE DISMINUCIÓN DE IMPUESTOS

"Contribuciones innecesarias son contribuciones injustas... Un exceso de más de 100.000,000 de pesos ha sido cobrado anualmente de un pueblo empobrecido... Acusamos al partido republicano, por no haber aliviado al pueblo de la abrumadora tasa de guerra que ha paralizado al comercio, dañado la industria y privado al trabajo de empleo y justa retribución... Bajo un largo período de gobierno y política democráticos, nuestra marina mercante iba alcanzando rápidamente á la de Gran Bretaña y estaba á punto de sobrepasarla. Bajo veinte años de política y gobierno republicanos nuestro comercio ha sido abandonado á las quillas británicas y la bandera americana ha sido casi barrida de los mares. Bajo el gobierno y política democráticos nuestros buques mercantes, haciendo flamear el pabellón estrellado en todos los puertos, buscaban con fortuna un mercado para los variados productos de la industria americana. Bajo un cuarto de siglo de gobierno y política republicanos, á pesar de nuestra manifiesta ventaja sobre todas las demás naciones en el trabajo bien pagado, clima favorable y suelo generoso; á pesar de la completa libertad de comercio entre todos nuestros Estados; á pesar de su población por las primeras razas de hombres, y á pesar de la anual inmigración de los jóvenes activos y emprendedores de todas las naciones; á pesar de nuestra libertad de las cargas hereditarias que pesan sobre la vida y la industria en las monarquías del Viejo Mundo, sus costosas armadas, sus vastos, agotadores é improductivos ejércitos permanentes; á pesar, en fin, de veinte

años de paz, esa política y gobierno republicanos han conseguido entregar á la Gran Bretaña, junto con nuestro comercio, el dominio de los mercados del mundo... En vez del desacreditado programa del partido republicano y sus falsas pretensiones de estímulo para el trabajo americano manifestadas por el recargo de contribuciones, nosotros pedimos en beneficio de la democracia, libertad para nuestro trabajo, reduciendo los impuestos, á fin de que los Estados Unidos puedan disputar con los países exentos de trabas, la primacía de las naciones en todas las artes de la paz y los frutos de la libertad.»

Estas promesas no podrán ser cumplidas sin una reforma en la suma y sistemas de los impuestos federales. Ni podrá jamás nuestro país aprovechar en su plenitud de sus incomparables ventajas sobre las naciones de la tierra, en población, paz, suelo y libertad, mientras sigamos portándonos como en la infancia y dejemos entorpecidas entre harapos de Edad Media sus victoriosas energías... Son éstas las que necesitan desahogo y libertad. Todas nuestras contribuciones necesarias pueden formar un vestido holgado; pero hemos hecho con ellas una prisión llena de trabas con las rancias discusiones de proteccionismo y libre cambio.

PROLONGACIÓN DE NUESTRA ACTUAL TARIFA DE GUERRA

Vivimos actualmente bajo el mismo avalúo de la tarifa de guerra de la última generación; pues la no discutida ni examinada ley de 1883, obra de un comité, no hizo otra cosa que mantener vivo el conjunto de la tarifa de 1864. El término medio del tanto por ciento de los

derechos sobre las mercaderías importadas y los valores de las mismas ha sido como sigue:

Tarifa Mowill de 1859—61 (anterior á la guerra).	18.84%
Tarifa de guerra, 1862—64 (en 1866 fué más elevada)	48.35%
Actual tarifa de guerra, prorrogada en 1885 .	46.07%

Mi última memoria anual trata de la extraña prolongación de aquel régimen.

Como nuestras leyes sobre circulación, nuestras leyes sobre tarifa son un legado de la guerra. Si este origen excusa sus exigencias, sus efectos son innecesarios después de veinte años de paz. Han sido mantenidas sin discernimiento ni distinción, á pesar de haber sido promulgadas sin examen, crítica ni debate legislativo. Una reducción de 10 por ciento fué introducida en 1872, pero, fué desaprobada en 1875 y rechazada en 1884. Esas leyes exigen en nuestras aduanas un personal suficiente para examinar, apreciar y cobrar los derechos sobre más de 4182 artículos diferentes. Muchas cuotas de derechos introducidas en la guerra han sido aumentadas después, aunque la última comisión de tarifa las declaró perjudiciales á los intereses que se creía beneficiar, y dijo que su reducción contribuiría á la prosperidad general. Han sido conservadas, á pesar de que la larga época de baja de los precios con relación á los derechos específicos ha producido un gran aumento en la cuota del impuesto. Durante el último año esos derechos han sido mantenidos en un término medio de tarifa *ad valorem* de más de 46 por ciento, lo que es

sólo 2½ por ciento menos que la cuota más alta del período de guerra, y cerca de 4 por ciento más que la tarifa anterior á la última revisión. La tasa máximun soportable de derechos adoptados en 1862—64 para suprimir los impuestos internos sobre casi todos los artículos gravables, ha sido mantenida en la mayor parte de los casos, 14 á 20 años después de la supresión de todos esos impuestos interiores. Han sido mantenidos al mismo tiempo que se suprimían derechos exclusivamente de rentas sobre artículos que no hacían competencia á producto alguno en los 38 Estados. Han sido mantenidos sobre artículos usados como materiales por nuestras propias manufacturas (añadiendo en 1884 á su costo 30.000,000 de pesos) que, exportados, tienen que competir en otros países con manufacturas similares elaboradas con artículos no gravados. Algunos derechos han sido mantenidos después de haber arruinado las mismas industrias en cuyo favor se habían establecido. Otros han sido mantenidos después de haber producido un precio más elevado en el país por un producto doméstico que el mismo producto en el exterior. El nivel general elevado de derechos ha sido mantenido por la teoría de contrabalancear los salarios bajos de los otros países, cuando en realidad los grandes salarios del trabajo americano son á la vez el secreto y la seguridad de nuestra capacidad para vencer toda competencia del trabajo pobre *(pauper labor)* en cualquier mercado. Todos los cambios han dejado lo mismo ó empeorado con nuevos planes de clasificación ó de otra manera, un grupo de leyes complicado, voluminoso, confuso, imposible de ser aplicado con imparcialidad á todos nuestros comerciantes. Como en el curso ordinario de los negocios, nada es importado

sin que el precio tanto del artículo nacional como el del importado sea más alto por el monto del derecho y costo del flete marítimo que el mismo artículo en el extranjero, la preferencia del contribuyente por los derechos sobre artículos no producidos en los Estados Unidos está justificada por el hecho de que tales impuestos no le cuestan más que lo que gana el Tesoro de su nación. En cuanto á derechos sobre artículos que también son producidos en los Estados Unidos, los primeros que pueden suprimirse con seguridad son los que gravan materias usadas por nuestros propios fabricantes, y que sujetan á éstos á una competencia desesperada en el exterior é interior, con las demás naciones manufactureras, ninguna de las cuales grava las materias primas.

LAS FUENTES DE LOS IMPUESTOS FEDERALES NO SON LA TIERRA NI LAS RENTAS

La facultad del Gobierno federal sobre contribuciones es casi indeterminada. Debe ejercitarse "para bienestar general," no para un beneficio parcial ó de clase. Las exportaciones no pueden ser gravadas. Los impuestos directos deben ser repartidos entre sus diferentes Estados conforme á su población. Los impuestos indirectos deben ser uniformes en todo el territorio de Estados Unidos. En éstos se incluyen todos los "derechos de aduana, y además impuestos ó contribuciones que aunque son adelantados por el productor nacional ó el importador, en definitiva son pagados realmente por el consumidor. Nuestra experiencia de las dificultades y desigualdad del impuesto directo cuando se aplica al suelo—aquello de que un pie cuadrado en un lugar sea

más costoso que cien millas cuadradas en otro—y en proporción á la población que varía de densidad y cambia continuamente; ó cuando se aplica á la renta de los particulares, que es el impuesto más directo posible, por no ser susceptible de traspasarse una vez pagado, en el actual orden de distribución entre los Estados conforme á la población, nuestra experiencia, digo, nos muestra que su utilidad se reduce al servicio especial de estos últimos y queda excluído del justo empleo de las contribuciones federales.

LAS FUENTES SON LOS ARTÍCULOS DE CONSUMO INTERIOR

El Gobierno federal sólo cobra actualmente impuestos indirectos; á ellos, encontrándose prácticamente restringido por las disposiciones constitucionales, debe acudir para sus rentas y sus remisiones cuando las entradas exceden á los gastos. Del impuesto indirecto nacen las disputas acerca de protección y libre cambio, como surgieron antes de la guerra cuando nuestra deuda era reducida y nuestros gastos tan pequeños que muchos creyeron que el Congreso habría podido abolir las aduanas sin inconveniente.

El libre cambio corresponde exactamente al comercio interior de nuestros Estados. Se aplica al comercio de un Estado con otro, no con los demás grandes estados soberanos. No se aplica á nuestro comercio con los países extranjeros. Ningún hombre de la actual generación verá jamás el «libre cambio» adoptado por los Estados Unidos en su comercio con los países extranjeros, pues, el impuesto sobre las importaciones, ha sido siempre,

desde la fundación de este gobierno, una de las principales fuentes de rentas federales, y continuará siéndolo como hasta ahora. Son impuestos sobre el consumo, como nuestros derechos interiores de simple renta, y el verdadero terreno para la elección de los artículos apropiados para el impuesto, no es la circunstancia de que sean producidos en el país ó importados de afuera, pues ni el productor ni el importador pagan finalmente los derechos. Los paga el consumidor. El lugar de procedencia ú origen no forma un criterio aceptable. Tampoco lo forma el lugar de depósito. El lugar de consumo es donde definitivamente son pagados los derechos y contribuciones; los derechos de aduana é impuestos interiores influyen igualmente en el costo comercial (3 3—10 y 3 6—10 por ciento) é influyen igualmente en que, aunque el importador ó el destilador adelanten el valor del impuesto, ellos mismos se reembolsan en el precio cobrado al consumidor que en realidad es el único gravado por el impuesto. El verdadero punto de partida para la elección está en el hecho que entre los diversos artículos consumidos dentro de nuestros límites territoriales, algunos se prestan mejor que los otros á una equitativa tasación. Ó son consumidos universalmente como el azúcar, ó fáciles, de identificar, como el café, ó su consumo puede ser impedido sin peligro, como los espíritus destilados, ó licores fermentados, ó tabaco, ó son artículos de lujo, como vinos, sedas, diamantes. Pero de estos artículos convenientes para el impuesto, la producción extranjera suministra un número igual ó mayor que la producción nacional. Todas las naciones exigen derechos de importación. En el último año Inglaterra obtuvo una renta de 95.978,583 pesos del impuesto de importación; Fran-

cia 68.616,325; Alemania 47.557,160. Pero ninguna nación grava las materias primas. Tales contribuciones dañan á las industrias nacionales que elaboran esas materias aumentando su valor con el trabajo nacional. Tales contribuciones sobre las materias primas en vez de excluir la competencia extranjera del mercado nacional colocan á nuestros empresarios de trabajo en situación muy desventajosa en el mercado interior y aún más desventajosa en todos los mercados extraños, comparada con la del extranjero que emplea su trabajo en materias primas no gravadas. La protección es también un falso nombre. Implica superioridad en todas partes. Esta superioridad sobre alguna gran industria de las nuestras no existe sobre el globo. Implica infancia aquí y virilidad en los demás países. Y no tenemos, por cierto, tal reputación. Implica que en medio de la competencia universal, según la cual los mejores preparados sobreviven, nosotros pereceremos. Pero, en todas partes fuera de aquí, existe la creencia de que tan luego como nos libertemos nosotros mismos de nuestras malas leyes y entremos á esa competencia libres de trabas, los rivales quedarán sobrepujados y establecida nuestra primacía en los mercados y comercio del mundo. Tal es también mi propia creencia, hecha la salvedad por estas formas equívocas de lenguaje que nos vemos obligados á usar, pero que representan las relaciones industriales en los términos de una contienda militar. Es un error considerarla de este modo. En los conflictos militares uno puede ganar lo que pierde el otro; pero, en el conjunto de relaciones industriales todo cambio deseado es provechoso para las dos partes; y esta reciprocidad manifiesta la naturaleza de la propiedad y es una de las piedras angulares de la sociedad.

EL TRABAJO AMERICANO ALCANZA Y GANA LOS SALARIOS MÁS ALTOS

Ahora, un hecho espléndido da testimonio de la sustancia de nuestra prosperidad, y es la garantía, al mismo tiempo que la prueba de nuestra capacidad para mantener contra cualquiera competencia los mercados de Estados Unidos para cuanto queramos extraer de la tierra, fabricar ó cultivar, y para dominar y gobernar para nuestra producción sobrante, contra todos los rivales cualquier mercado extranjero. Pagamos al trabajo manual los salarios más altos del mundo. El trabajo pagado caro significa el trabajo más eficaz, significa que los salarios altos son los salarios más provechosos, significa que el precio alto es merecido. Así, los más altos salarios pagados al trabajador envuelven é implican el más bajo tanto por ciento del costo de trabajo en el precio del producto. Pero siendo iguales las demás condiciones, el más bajo tanto por ciento en el costo de trabajo de un producto es la garantía de triunfo sobre la competencia. Los proteccionistas han prestado un servicio á la humanidad insistiendo en el hecho de que nosotros pagamos al trabajador los salarios más elevados del mundo. Mientras se empeñaba el debate para saber si nuestros salarios subidos eran á causa del impuesto ó á pesar del impuesto, los economistas han descubierto y demostrado el hecho correlativo de que el costo de trabajo en nuestros productos es el menor del mundo.

LOS SALARIOS ALTOS ASEGURAN EL MENOR COSTO DE TRABAJO EN LA PRODUCCIÓN

Si el comercio fuera tan libre con todos los Estados de

Europa y, entre ellos mismos, como lo es entre los Estados Unidos de América, el gran sobrante de productos de nuestra industria, incluyendo los manufacturados, tendría el primer lugar en los mercados extranjeros, por la razón de que siendo nuestro trabajo el mejor pagado y asegurando el más bajo tanto por ciento de costo de trabajo, en todas partes dominaría las rivalidades. Gran Bretaña vendría en seguida, porque después de nuestro trabajo el suyo es el mejor pagado y por consiguiente el más eficaz, y por consiguiente también, el segundo en realizar un tanto por ciento bajo de costo de trabajo en sus principales productos. Francia y Alemania vendrían después, y dispondrían de los mercados no ocupados, y, último de todos, al pie de la lista y completamente incapaz de competir con un solo rival en cuanto ese rival quisiera producir, vendría el "trabajo pobre" de Europa y de Asia. Los salarios bajos del trabajo pobre significan menor eficacia, lo que no es más que otro nombre del tanto por ciento más alto en el costo del trabajo del producto. En igualdad de condiciones, es obvio que no pueden pagarse salarios altos si no es provechoso su pago; y únicamente puede ser buen negocio el pago de los salarios más altos porque la capacidad de los que los ganan justifica su superioridad por la reducción del costo del trabajo del producto. Salarios altos del trabajo y productos más baratos son términos correlativos. Salarios bajos del trabajo y productos más caros son términos correlativos. Lo uno implica lo otro, siempre que el trabajo compite con el trabajo en terreno igual bajo otros respectos. El grito contra el "trabajo pobre de Europa" es un contrasentido, á no ser en cuanto los impuestos de nuestra tarifa de guerra favorecen el "trabajo pobre" á expensas

del trabajo americano. Sus productos no son coartados por nuestras tarifas. Ellos entran porque nosotros mismos destruimos, aún en nuestro propio mercado, nuestro fácil poder de superior competencia. Por nuestras tarifas de impuesto sobre las materias primas nosotros encerramos nuestros productos sobrantes haciendo que cuesten demasiado para competir dentro del país, y mucho más, por cierto, para competir afuera con manufacturas elaboradas de materias primas no gravadas. En Méjico, América central y meridional, no podemos ciertamente hacer mayor resistencia contra la competencia europea que en nuestro país. La diplomacia no es un sustituto aceptable del comercio y sus leyes. El subido precio de nuestro trabajo asegura el más bajo tanto por ciento de costo de trabajo en el producto; pero, nuestra tarifa de impuesto sobre las materias primas aplasta á los fabricantes americanos con el más alto tanto por ciento de costo de los materiales en el producto. El resultado es que el capital y el trabajo incorporados en nuestros productos industriales americanos, á pesar de nuestra ventaja del trabajo mejor pagado y más eficaz, están sujetos á una competencia desesperada con los productos industriales de otras naciones, ninguna de las cuales grava las materias primas. La ventaja que poseemos en el trabajo más eficaz y mejor pagado del mundo, se halla anulada por la desventaja impuesta por nosotros mismos de la tarifa sobre las materias primas con que es gravado nuestro trabajo.

DAÑOS DE NUESTRA TASA SOBRE LAS MATERIAS PRIMAS

El valor total de nuestras exportaciones nacionales en

el último año fué, casi exactamente, de 666.000,000 de pesos de los cuales un 86 por ciento fué el producto de los campos, bosques, pesquerías y minas; y un 16 por ciento solamente fué la suma total de productos manufacturados en que el trabajo americano se hallaba representado. Durante el último cuarto de siglo, el progreso en telégrafos, trasportes, invenciones ahorradoras de trabajo y artes mecánicas, ha reducido el provecho del capital y la tasa del interés en más de la mitad; ha aumentado el salario del trabajo en todo el mundo; ha aumentado, á lo menos en una tercera parte, el sobrante que nuestros manufactureros pueden producir fuera de las necesidades del consumo interior, para la venta en el extranjero. Prolongando sin necesidad nuestras tasas de guerra sobre las materias primas, hemos sido supeditados, y excluídos de los mercados extranjeros por las naciones que no gravan estas materias. Á pesar de su trabajo inferior y mal pagado y del subido tanto por ciento del costo de trabajo incluído por consiguiente en sus productos, nuestras materias primas gravadas y sus materias primas libres han protegido el denominado «trabajo pobre» de Europa contra la competencia americana. El aumento de nuestra capacidad para producir un sobrante industrial, ha sido acompañado por la tarifa de guerra exactamente calculada para impedir la venta de este sobrante en los mercados extranjeros. Por medio de nuestra misma abundancia actual, la tarifa de guerra ha forzado el instrumento de nuestra mutilación industrial y comercial. Derrotando los esfuerzos de nuestros manufactureros para competir afuera con los manufactureros de materias primas no gravadas, ha introducido una competencia terrible de precios ruinosos en nuestro propio

mercado, en el que se encuentran encerrados y para el cual sus fuerzas productoras son excesivamente superabundantes. Largos períodos de plétora y de exceso de producción se han alternado con breves períodos de renovación, de actividad y de prosperidad pasajera como en el actual. La prolongación de esta tarifa de guerra, ineficaz y torpe como sistema de renta, fatal á la extensión de nuestro comercio extranjero y perturbadora del comercio doméstico, ha obrado y reaccionado en último resorte con la más ruinosa injusticia sobre nuestros trabajadores asalariados. Como la parte más numerosa de nuestra población, los trabajadores asalariados son naturalmente los primeros y los últimos y los más profundamente afectados por las leyes injustas. Todo gobierno dirigido por verdaderos hombres de estado deberá velar atentamente sobre su condición é intereses. Si estos son satisfactorios, ninguna otra cosa puede ser de mayor trascendencia; pero nuestra denominada política protectora, los ha desatendido enteramente. Abrumando con sus extravagantes favores á unos pocos miles de empresarios ha pisoteado millones de a salariados. Durante veintiún años les ha negado aun los apacibles frutos de la libertad.

PLANES DE IMPUESTOS PARA ANULAR LA RENTA FISCAL

Algunos, cuya noción equivocada de sus propios intereses ha prolongado de esta manera nuestra tarifa de guerra, admiten la necesidad de su reducción, y proponen echar abajo las entradas federales, aumentando aún más las tasas de la tarifa de guerra, hasta que, por medio de

su acción prohibicionista, lleguen á producir una exclusión más completa de los artículos importados, que sus conciudadanos desean comprar con los productos de la industria americana. Hay varias objeciones contra semejante plan. Es «protección» en realidad y, como el libre cambio, suprimiría la renta sobre las importaciones. Pero, precisamente, ahora necesitamos obtener 150.000,000 de pesos de los derechos sobre las importaciones. Y lo que es peor, mantendría la exclusión del sobrante de los productos de la industria americana de los mercados extranjeros, impidiendo así la natural diversificación de nuestras industrias. Y, por consiguiente, retardaría ó impediría el empleo á firme y en mayor escala de los trabajadores asalariados en industrias productivas. Echaría al suelo las rentas del Tesoro, pero continuarían las innumerables cargas indirectas é incidentales que gravan á toda nuestra población por medio de los precios aumentados por la tarifa de impuestos más elevada, y sin embargo, inútiles para ser aprovechados por ningún empresario de trabajo en aumentar la remuneración del trabajo; pues sometería á los empresarios mismos á otro curso de fuertes ganancias, atrayendo un exceso de nuevos competidores, producción excesiva, abrumadora para el mercado interior, competencia desesperada, sin una salida establecida para dar desahogo á los productos sobrantes; convenciones para limitar la producción con el objeto de mantener los precios; en seguida, la suspensión de trabajo por los patrones que se arruinan; empleo intermitente y disminuído del trabajo por los empresarios que forman combinaciones para impedir el exceso de producción; y, por fin de todo, competencias desesperadas por trabajo entre los asalariados mismos; huelgas

infructuosas y exclusiones provechosas. Un análisis oficial del último censo (Apéndice E.) manifiesta que de las 17.392,099 personas que se ocupaban entonces en los Estados en trabajos de industria (ahora son 20.000,000) cerca de un 95 por ciento es incapaz de resistir á una competencia extranjera, y cerca de un 5 por ciento es el mayor número de los que podrían, ó más bien, cuyos empresarios podrían soportar esa competencia. En el último año, el aumento de precio sobre los artículos importados y consumidos en el país fué de 192.905,023 pesos, proveniente de los derechos sobre importaciones (excepto el opio, dátiles y algunos escasos productos químicos, etc.), beneficiando incidentalmente á los patrones de 1.000,000 de hombres empleados aquí en producir artículos similares para el consumo general del país, mediante la ventaja del impuesto sobre los competidores extranjeros que los fuerzan á subir sus precios. Por otro lado, 19.000,000 de personas que pagan diecinueve vigésimos de estos precios aumentados por los derechos y que pagan también diecinueve vigésimos de los precios aumentados de la producción nacional, defendida de esta manera contra la competencia, se hallaban ocupados en otros trabajos industriales, independientes por su naturaleza de toda competencia extranjera, y no pudiendo, por lo tanto, obtener el mismo beneficio incidental por causa de los derechos, sino únicamente pérdida. La proposición para ensanchar en provecho de los patrones de 1.000,000 de hombres este beneficio incidental de los derechos sobre las importaciones, inevitable siempre que el impuesto interior *(inland)*, y el impuesto marítimo no son los mismos sobre cada artículo gravado; la proposición de hacer de este beneficio desigual el objeto directo del impuesto

sobre ellos y los 19.000,000 de personas que únicamente sufrirían, sin gozar sus efectos, no es una proposición "para establecer y cobrar impuestos para el bienestar general"; ni es conforme al espíritu de la ley que dispone que "todos los derechos, impuestos y sisas serán uniformes en todos los Estados Unidos".

LOS IMPUESTOS MEJORES Y MÁS BARATOS

Otra proposición consiste en reducir el impuesto disminuyendo los derechos sobre el whisky, tabaco y cerveza y suprimiendo el derecho sobre el azúcar. Nadie paga derechos sobre el tabaco, excepto el consumidor. Pagan de buena gana por darse un gusto, sin pensar en pedir alivio. Cualquiera probable reducción del impuesto sobre el wisky produciría más bien un aumento en la renta en lugar de disminuirla. El precio del azúcar ha declinado hasta una proporción excesivamente baja. Nuestra propia cosecha representa una parte tan pequeña de la cantidad total de azúcar que consumimos, que el azúcar puede colocarse inmediatamente después de los artículos producidos afuera, como el té y el café, en el orden de disponibilidad para el impuesto, por los motivos de ser su consumo universal, que el cobro del impuesto es fácil y económico, que el aumento de precio pagado por los consumidores es una insignificante bagatela, y que lo que se toma á los que pagan el impuesto va directamente al tesoro de los mismos que pagan y no á las cuentas de unos cuantos particulares. De la misma manera que la supresión de la renta sobre el café y el té en 1872, la supresión del impuesto sobre el azúcar, que nos proporciona el más expedito y cerca del

más alto ítem de nuestra renta (51.778,948 pesos), con un costo anual de menos de 90 centavos por cabeza, es ahora solicitada para evitar la supresión de otros impuestos que son deseados con el objeto de obtener un incidental beneficio privado, subiendo los precios á los consumidores nacionales de una extensa producción nacional. Estos beneficios incidentales y privados están de hecho sujetos á todas las deducciones que ya he mencionado y están sujetos á la principal deducción de que el intento de excluir de nuestros mercados interiores la competencia extranjera por medio de nuestras leyes aduaneras, favorece el éxito de esa competencia, además de impedir muy efectivamente la venta de nuestra producción sobrante el producto de nuestro trabajo en los mercados extranjeros. Pero el beneficio incidental del impuesto que favorece á nuestros productores de azúcar de caña, que se hallan expuestos á la competencia del azúcar de betarraga y de las primas de que gozan los productores alemanes que han estimulado la mejora de nuestros procedimientos, reduciendo hasta ahora el precio, más que si se hubiera suprimido totalmente el impuesto, no es obtenido por la exclusión del azúcar extranjera, puesto que el conjunto del azúcar para nuestro consumo procede de climas más tropicales que el nuestro. Ni impide nuestras ventas en los mercados extranjeros de azúcar importada y refinada en el país y aumentada de valor por los procedimientos del trabajo americano.

AUMENTO DE LOS SALARIOS POR LA SUPRESIÓN DE LOS PEORES IMPUESTOS

Los impuestos que deben suprimirse primero son los

que impiden ó estorban la venta de nuestro sobrante de producción en los mercados extranjeros. Su supresión pondrá el capital en movimiento por la expectativa de mayores ganancias, aumentará las ocupaciones permanentes y mejorará la entrada anual de muchos miles de trabajadores asalariados, cuya prosperidad difundirá nueva prosperidad. Estos impuestos son los derechos sobre las materias primas, y el más profundamente perjudicial de todos ellos es el impuesto sobre la lana en bruto. Pero la renta de todos los trabajadores asalariados de los Estados Unidos puede ser aumentada de una vez de una manera eficaz, cierta y permanente, por la reducción en favor de ellos del costo de los artículos de primera necesidad. Nuestra tarifa de impuestos de guerra aumenta sin necesidad el costo de vestido, habitación y alimento de cada familia. El gasto de cada asalariado, el gasto de cada contribuyente para vestirse él mismo y vestir á su familia es casi duplicado, á lo menos en los Estados del norte, centro y oeste, por un impuesto que ahora puede suprimirse, dejando, sin embargo, una renta suficiente al Tesoro. Los derechos sobre la lana cruda produjeron al Tesoro en el último año únicamente 5.126,108 pesos. El costo de los vestidos de lana de nuestros 59.000,000 de habitantes fué, por ésta y otras causas, aumentado en muchas veces más de 90 centavos por cabeza, que es el costo efectivo de los 51.778,948 pesos de renta que produce el azúcar. Fuera de esto, cualquiera impuesto sobre la lana importada en bruto, hará siempre que sea un mal negocio la producción de lana nacional, porque en nuestros climas secos no se producen algunas variedades de lana indispensables para el fabricante. El impuesto impide

que nuestros fabricantes hagan competencia en los mercados extranjeros á todos los fabricantes que pueden comprar su lana libre de derechos. El impuesto impide nuestra manufactura y exportación de tejidos de lana preparados para la competencia, los que requieren el uso ó mezcla de lanas no americanas, lo que también restringe el desarrollo del pedido interior de las lanas nacionales, haciendo de esa manera imposible la exportación de nuestros tejidos de lana nacionales, y produciendo, no obstante, el aumento de precios de los tejidos de lana nacionales y extranjeros. Este mezquino impuesto de 5.126,108 pesos sobre la lana cruda, contribuye á casi duplicar el costo actual de su vestido al pueblo americano, sin ningún beneficio real ni incidental para nadie, excepto para el fabricante extranjero.

LIBRAR DE DERECHOS EL VESTIDO DE SESENTA MILLONES DE HOMBRES

Yo recomiendo respetuosamente al Congreso que se digne conferir á los trabajadores asalariados de Estados Unidos el beneficio de exención de derechos para su vestido, y con este objeto, la aprobación inmediata de una ley que agregue simple y únicamente la lana en bruto á la lista de los artículos libres. Naturalmente, á la supresión de los derechos sobre la lana cruda deberá seguir, aunque no necesita aguardarla, una modificación compensativa de los derechos sobre los tejidos de lana; mientras nuestros fabricantes van aprendiendo la lección de que con el trabajo mejor pagado y más eficaz del mundo, con el manejo más diestro y las mejores aplicaciones del genio inventivo, no tienen por qué te-

mer la competencia de rival alguno en el mundo, ya en el mercado interior ó en los extranjeros, mientras ellos puedan comprar libres sus lanas de toda especie. Pero no hay necesidad de gravar el vestido común diario del pueblo americano; por consiguiente, no debe ser gravado. Librar de derechos el vestido del pueblo equivale en definitiva á reducir á la mitad su gasto para satisfacer una de las tres grandes necesidades de la vida y aumentar, de esta manera, honrada y justamente la renta de cada uno de los trabajadores asalariados de los Estados Unidos.

LA LANA LIBRE DE DERECHOS

Pero no es suficiente esta reducción de impuestos innecesarios y perjudiciales, y sólo muy lentamente contribuirá á la disminución de la renta. El derecho de importación sobre lana en bruto del último año fué un poco mayor que el simple aumento, en el último año, de los derechos sobre el whisky, tabaco y cerveza. La liberación de derechos de la lana puede causar, en definitiva, una pérdida de renta más grande, poniendo á nuestros fabricantes de tejidos de lana en aptitud de poder vender con provecho más barato que los importadores extranjeros, los que introdujeron en el último año por valor de 40.536,509 pesos en manufacturas de lana, de las que hemos obtenido un impuesto por valor de 27.278,528 pesos.

Para no hablar de otros impuestos sobre materias primas (Apéndice F.), existen varios cientos entre los 4,182 artículos que nosotros gravamos, que de una vez deberían pasar de la lista de artículos gravados á la de artícu-

los libres. Impuestos mezquinos, vejatorios, innecesarios y que aumentan considerablemente el costo de la percepción de la renta sobre la importación. Muy pronto redactaré y presentaré al Congreso un informe suplementario sobre la percepción ó cobro de los derechos.

WANDERER

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

En Chile se usa también la palabra *asamblea* en otra acepción que tampoco aparece en el DICCIRNARIO de la Real Academia.

La ley de 10 de octubre de 1845 divide el departamento general del ejército en seis secciones, de las cuales una es la *asamblea instructora*, ó sea el cuerpo de *asamblea* de oficiales de toda graduación á quienes están encomendadas la instrucción y la disciplina de la guardia nacional en toda la República.

ARQUIDIÓCESIS

Esta es una palabra muy usada en los documentos, tanto eclesiásticos como civiles.

Léase como empieza un decreto del arzobispo de Santiago:

«En la ciudad de Santiago de Chile, á 29 días del mes de octubre de 1867, el ilustrísimo y reverendísimo señor arzobispo de esta *arquidiócesis*, doctor don Rafael Valentín Valdivieso, considerando que, según lo dispuesto en el capítulo 18 de la sesión 24 del santo concilio de Trento, debe el obispo nombrar los examinadores para la provisión de las parroquias vacantes, etc.»

Léase como empieza un decreto del presidente de Chile dado en fecha 16 de agosto de 1883:

Teniendo presente:

«1.º Que, según aparece de las prevenciones hechas á los párrocos en el decreto de 7 del mes corriente, expedido por la autoridad eclesiástica de la *arquidiócesis*, y por el obispo de la Serena, dichos párrocossó lo darán el pase á los cadáveres que deben ser inhumados en los cementerios católicos, ó en la parte execrada de éstos».

Mientras tanto, la palabra *arquidiócesis* no aparece en el DICCIONARIO de la Real Academia Española.

Á pesar de esto, creo que puede ser empleada.

Arquidiócesis es una de aquellas palabras que los gramáticos denominan fácilmente formables.

El DICCIONARIO enseña que *archi* es una voz que sólo tiene uso como prefijo de vocablos compuestos, y denota preeminencia ó superioridad: *archiduque*, *archidiácono*.

El prefijo mencionado se transforma á veces, según el mismo DICCIONARIO lo reconoce, en *arce* como en *arcediano*, en *arci* como en *arcipreste*, en *arque* como en *arquetipo*, en *arqui* como en *arquiepiscopal*, en *arz* como en *arzobispo*, en *arc* como en *arcángel*.

De lo expuesto resulta que *arquidiócesis* se halla perfectamente formado, y, por lo tanto, no hay motivo para dejar de usarlo.

«En el estilo familiar, dice don B. Rivodó en el TRATADO DE LOS COMPUESTOS CASTELLANOS, se forman á discreción compuestos con *archi* antepuesto á adjetivos, y aun á sustantivos, para designar un grado excesivo en la cualidad que indica el simple, como *archi-loco, archi-pedante, archi-mentiroso, archi-dama, archi-diablo, archi-poeta.*»

ASCENSOR

El artículo 1.º de un decreto expedido por el ministerio de hacienda de Chile con fecha 13 de diciembre de 1882 dice así:

«Apruébanse los estatutos de la sociedad anónima denominada *Ascensores mecánicos de Valparaíso*».

Son éstos, como se sabe, unos aparatos movidos por un equilibrio de pesos, que sirven para que los habitantes de la parte baja y de la parte alta de dicha ciudad puedan subir ó descender de la una á la otra.

Esta palabra *ascensor* no se encuentra en el DICCIONARIO de la Real Academia; pero como no hay otra para designar el tal aparato, es indispensable.

ASESORARSE

Este verbo, usado muy á menudo en el lenguaje forense, puede regir indiferentemente las preposiciones *con* ó *de*.

En Chile se dice *asesorarse con un letrado.*

Puede decirse también *asesorarse de un letrado.*

ASIGNATARIO

El propósito de que la tecnología fuese en el CÓDIGO

Civil Chileno muy exacta y bien determinada, hizo que don Andrés Bello empleara la palabra *asignatario*, que no aparecía en el Diccionario de la Real Academia y que no se encuentra ni aún en la última edición de 1884.

Bello llama *asignaciones por causa de muerte* las que hace la ley ó el testamento de una persona difunta para suceder en sus bienes.

Asignatario es la persona á quien se hace la asignación.

Las asignaciones á título universal se llaman *herencias;* y las asignaciones á título singular, *legados.*

El asignatario de herencia se llama *heredero*; y el asignatario de legado, *legatario.*

Si no se adopta la palabra *asignatario*, falta una denominación común á los *herederos* y á los *legatarios*, lo que es un embarazo para la conveniente redacción de las disposiciones aplicables á los unos y á los otros.

Á ejemplo de lo que se ha practicado con *coheredero* y con *colegatario*, Bello formó el compuesto *coasignatario.*

Algunos códigos hispano-americanos han adoptado esta tecnología del Código Civil Chileno.

Miguel Luis Amunátegui

(Continuará)

REVISTA LITERARIA

ABROJOS

POR RUBÉN DARÍO

Titúlase así una hermosa colección de versos que acaba de publicar el inspirado poeta centroamericano Rubén Darío.

Alejados desde hace tiempo del campo de las letras, tan árido para aquellos á quienes la diaria *struggle for life* priva de los dulces goces del espíritu, no acometemos la tarea, por demás grata, de examinar la obra de nuestro amigo, con la presunción de que nuestros juicios revistan una autoridad que no tenemos; no, ellos no podrían en caso alguno asumir otro carácter que el de un tributo de admiración y una palabra de aliento al poeta de inspiración rica y entonación robusta, que ha escrito el volumen de poesías donde lucen la *Epístola á Montalvo* y el poema *El Porvenir*,—libro conocido de muy pocos entre nosotros, pero que ha merecido altos elogios de un crítico y poeta como Eduardo de la Barra;—al joven escritor, que tal arte posee para dar energía á la idea, donaire al vocablo y elegancia al corte de su bien modelado verso.

Domina en las estrofas del nuevo libro de Darío un tinte de

profunda melancolía y de amarga decepción de los hombres y de las cosas.

Tal vez hay en algunas de aquéllas los eslabones de una cadena de desventuras que tengan estrecha relación con alguna íntima historia.

Tal vez hay en otras ese agrio escepticismo á que fatalmente nos llevan los primeros desengaños.

Pero podemos asegurar que esa melancolía, esa amargura que rebosan algunos de sus versos, no son la amargura y la melancolía sistemáticamente lloronas de aquellos afligidos de la vieja escuela que á menudo nos fastidian con sus jeremiadas, ecos tristes de amores invariablemente desgraciados y casi siempre falsos, endechas lastimeras, empapadas en lágrimas que acusan una casi extravagante obsesión del espíritu.

Hay en la mayor parte de los versos de Darío un fondo moral ó filosófico.

Ora ataque con merecido encarnizamiento algún vicio social, ora desenmascare al hipócrita con acerada ironía, hallaráse siempre en estos versos un sello especial de originalidad y un cierto *humeur* de la nueva escuela; todo esto exornado por lo castizo de la frase y por lo elegante del giro.

Los versos íntimos, los que algo nos revelan de amores desastrados, tienen á las claras verdadero parentesco con las *Rimas* de Becquer y con el *Intermezzo* de Heine. Otros, parecen haber sido dictados por la misma musa que inspirara sus *Saetas* á Leopoldo Cano y sus *Arabescos* al malogrado Bartrina.

Pero la tendencia más marcada de Darío y que hasta cierto punto justifica nuestro aserto de existir en algunos de sus versos un gran fondo moral ó filosófico, se advierte en aquellos en que, haciendo gala de un realismo que se aviene con la índole del asunto, demuestra con pinceladas magistrales cómo el peor enemigo del alma es la carne...

Somos ante todo partidarios del decoro en la forma, mas no nos contamos entre aquéllos que se cubren la vista ante una estatua desnuda.

Creemos que el arte verdadero no admite los tapujos de una exajerada gazmoñería.

Pero echemos una rápida ojeada al elegante tomo de que nos ocupamos, salido de los talleres del acreditado Jover, que, por lo visto, puede competir con los más afamados editores europeos, colocando su edición á la par con las mejores.

Ábrese el libro con un *Prólogo* dedicado á un compañero de tareas y de sinsabores. En él se leen estas lindas estrofas:

Juntos hemos visto el mal
y en el mundano bullicio,
cómo para cada vicio
se eleva un arco triunfal.
Vimos perlas en el lodo,
burla y baldón á destajo,
el delito por debajo
y la hipocresía en todo.
.....
La poesía con anemia,
con tisis el ideal,
bajo la capa el puñal
y en la boca la blasfemia.
La envidia, que desenrosca
su cuerpo y muerde con maña;
y en la tela de la araña
á cada paso la mosca...
¿Eres artista? Te afeo.
¿Vales algo? Te critico.
Te aborrezco si eres rico
y si pobre te apedreo.
Y de la honra haciendo el robo
é hiriendo cuanto se ve,
sale cierto lo de que
el hombre del hombre es lobo.

Su primer *Abrojo* es un ¡ay! del alma.

¡Día de dolor
aquel en que vuela para siempre el ángel
del primer amor!

Á propósito de *Abrojos*, ¡cuán justificado el título que ha dado á sus poesías este poeta tan joven y que nos regala tan bellas asperezas!

Hay en estas composiciones, casi todas cortas, incisivas, á las veces punzantes, cierto sabor amargo, sabor á ajenjo, que da

testimonio de cómo en la copa de la vida el amargor de las heces es casi siempre lo que subsiste en el labio y en el alma...

He aquí un *abrojo* que se diría una *humorada* de Campoamor:

¿Cómo decía usted, amigo mío?
¿Qué el amor es un río? No es extraño.
Es ciertamente un río
que uniéndose al confluente del desvío,
va á perderse en el mar del desengaño.

Tiene abrojos verdaderamente terribles; abrojos de hiel. Éste:

Bota, bota, bella niña,
ese precioso collar
en que brillan los diamantes
como el líquido cristal
de las perlas del rocío
matinal.
Del bolsillo de aquel sátiro
salió el oro y salió el mal.
Bota, bota esa serpiente
que te quiere estrangular
enrollada en tu garganta
hecha de nieve y coral.

Y este otro:

Cuando cantó la culebra,
cuando trinó el gavilán,
cuando gimieron las flores
y una estrella lanzó un ¡ay!
cuando el diamante echó chispas
y brotó sangre el coral,
y fueron dos esterlinas
los ojos de Satanás,
entonces la pobre niña
perdió su virginidad.

En medio de los más punzadores *abrojos* muestra también el poeta tal cual florecilla delicada, graciosa, heineana:

En el kiosco bien oliente
besé tanto á mi odalisca
en los ojos, en la frente,
y en la boca y las mejillas,
que los besos que le he dado
devolverme no podría

ni con todos los que guarda
la avarienta de la niña
en el fino y bello estuche
de su boca purpurina.

En uno que otro hay asimismo sus chispazos de buen humor, sin que por eso deje de descubrirse el dejillo acedo de *humorada:*

La estéril gran señora desespera
y odia su gentil talle
cuando pasa la pobre cocinera
con seis hijos y medio por la calle.

No resistimos al deseo de seguir copiando los siguientes, tan cáusticos y verdaderos, que más de un tipo de los que por allí andan veráse en ellos fustigado, ó, por lo menos, reproducido de cuerpo entero:

De lo que en tu vida entera
nunca debes hacer caso:
la fisga de un envidioso,
el insulto de un borracho,
el bofetón de un cualquiera
y la patada de un asno.

Á aquel pobre muchacho
le critica una copa y un albur,
ese viejo borracho
que tiene cincuenta años de tahur!...

Soy un sabio, soy ateo;
no creo en diablo ni en Dios...
(... Pero si me estoy muriendo,
que traigan el confesor.)

En otro, cortante como la hoja de un puñal y acre como habrá pocos, dice, refiriéndose á los aduladores, parásitos de todos los tiempos:

Joven, acérquese acá:
¿Estima usted su pellejo?
Pues, escúcheme un consejo
que me lo agradecerá.
Arroje esa timidez
al cajón de ropa sucia,
y por un poco de argucia
dé usted toda su honradez.

Salude á cualquier pelmazo
de valer, y al saludar,
acostúmbrese á doblar
con frecuencia el espinazo.
Diga usted sin ton ni són
y mil veces, si es preciso,
al feo, que es un Narciso,
y al zopenco, un Salomón;
que el que tenga el juicio leso
ó sea mal encarado,
téngalo usted de contado
que no se enoja por eso.
Al torpe, déjele hablar,
sus torpezas disimule,
y adule, adule y adule
sin cansarse de adular.
Como algo no le acomode,
chitón, y tragar saliva;
y en el pantano en que viva,
arrástrese, aunque se enlode.
Y con que befe al que baje,
y con que al que suba inciense,
el día en que menos piense
será usted un personaje.

Hemos dicho ya cómo uno de los objetivos filosóficos que persiguen estas poesías de Darío consiste en demostrar hasta qué punto, de los tres enemigos del alma, *la carne* es el peor:...

El Mundo es un papanatas;
el Demonio ya chochea;
en tanto que la otra vive
siempre joven, siempre fresca;
con las uñas preparadas,
siempre acecha que te acecha.
Conque quedamos, señores,
en que la Carne es la reina ..

Interminable se haría este artículo si cediéramos á la tentación de dar á conocer á nuestros lectores todas las joyas delicadas que encierra el precioso volumen á que venimos refiriéndonos. Baste con lo ya transcrito, que esperamos sirva de poderoso aliciente para los aficionados á la bella literatura, y sobre todo para los que aman la verdadera poesía, la poesía que, abandonando los senderos trillados, tiende animosa el vuelo en busca de horizontes nuevos.

En los versos de Rubén Darío hay tanta novedad, y en su estilo tanto garbo, como soltura en su manera de decir, donosa y galana.

Es poeta de raza y poeta de escuela.

Hay, además, en sus composiciones, lo repetimos, fondo moral y elevada concepción filosófica; realzado todo ello por las cualidades de estilo que hemos tenido ya ocasión de encomiar con justicia.

Si bien podrán ciertos críticos meticulosos reprocharle el realismo de algunos de sus cuadros, quizás los mejores en la obra que analizamos, para los que tengan verdadero gusto estético, tiene nuestro poeta en su apoyo autoridades de la talla de Campoamor, que ya en su *Poética* sostiene y defiende ese realismo con razones de gran peso.

Y, á propósito de Campoamor, queremos hacer aquí mención de un hecho que, por obra de este patriarca de la poesía española contemporánea, honra al joven poeta de que nos ocupamos. En una hermosa carta que aquél ha escrito á encumbrado personaje de la capital, encaminada á manifestar su agradecimiento á los directores de LA ÉPOCA por haberle dedicado un número especial de ese diario, ocúpase de Rubén Darío, á quien sólo conoce por una décima que de él leyera, publicada en el número consabido, y acerca de la cual se expresa, en la buena compañía de otros ilustres escritores españoles, en conceptos altamente lisonjeros para el que, hoy joven luchador, será mañana, no vacilamos en afirmarlo, un poderoso atleta.

No terminaremos este modesto ensayo crítico sin dar nuestros parabienes y desear nuevos triunfos al autor de *Abrojos*, de esos *abrojos* que nos consta han sido hechos sin orden, ni método, ni reposo de ánimo; al azar, en los ratos que le dejaban sus tareas en la redacción de LA ÉPOCA de Santiago, y como él mismo dice que los escribía:

> ... descocado, antimetódico,
> en el margen de un periódico
> ó en un trozo de papel.

Ya nos ha dado *Abrojos;* pues bien, dénos luego *Buen Hu-*

mor, ó cosa por el estilo, y háganos gozar tanto con la nota alegre como lo ha hecho con la nota triste, aunque reveladora de placeres inefables y cuyas hondas amarguras han venido suavemente envueltas en raros dulzores...

EDUARDO POIRIER

Valparaíso, marzo 21 de 1887

FLOR DEL CAMPO

(Continuación)

XV

Manuel despertó al día siguiente mucho más sosegado, sin aquellos transportes impetuosos de la víspera. Antes de levantarse se meció buen rato en las más agradables imaginaciones, impulsado por sentimientos tiernos y suavísimos. Veíase esposo de Laura, la cual ya había descubierto y manifestaba con infinita delicadeza un tesoro inagotable de amor. Veíase en un hogar tranquilo gozando de completa dicha:... rapazuelos que se revolcaban en la alfombra y lo incomodaban de una manera deliciosa; Laura que le interrumpía alguna instructiva lectura para mostrarle tímidamente un bordado, y, en el fondo, su adorada madre que contemplaba apacible y risueña ese grupo encantador. Y así como dicen que en el pedir no hay engaño, tampoco lo hay en imaginar, y Manuel imaginaba de tal modo que amontonaba sobre

sí, sin tasa ni medida, todos los goces del alma y todos los placeres de los sentidos compatibles con aquéllos.

El lavatorio disipó estas ilusiones, en cuya formación tiene buena parte el calorcito de la cama y la laxitud de los nervios, y Manuel volvió á la realidad para aburrirse. Respetos sociales le impedían repetir esa noche la visita. En ese día y el siguiente las horas se le hicieron interminables. La transfiguración de Laura seguía más y más: Laura era un dechado de perfección física y moral. Manuel la amaba ya con todas las fuerzas de su corazón. Á ratos obedecían sus pensamientos á un fatalismo especial y muy común en los enamorados. Entonces Manuel creía que Laura le estaba predestinada para esposa. Recordó que ella, cuando niñita, le había inspirado un afecto singular; recorrió las circunstancias que ahora lo habían llevado á verla de nuevo, y le parecieron maravillosamente encadenadas y como si obedeciesen á un plan. Pero lo que más lo afirmaba en la idea de la predestinación susodicha, era la especie de amor que sentía. «Muchas veces—pensaba Manuel—me he enamorado seriamente, he deseado casarme; pero nunca he experimentado lo que ahora. No es amor como los otros: tiene algo nuevo, raro... Indudablemente, esta vez me caso.» Manuel no se acordaba de que en las otras veces se había hecho exactamente las mismas reflexiones, y había creído sentir ese algo nuevo, raro; pero en casos de amor no vale más que el último.

Por fin, Manuel volvió á casa de don Antonio Franco. Este caballero había ya llegado de su viaje y recibió á Manuel con cariño; doña Juana con gozo y Laura siempre con reserva, si bien en esta ocasión se manifestó un poco más comunicativa. Manuel habló con ella so-

bre diversos puntos; pero ya no estaba en situación de admirar la instrucción y sensatez de Laura, sino que, mientras conversaban, deleitábase Manuel en la graciosa boca, en el torneado cuello, en los dedos afilados, en el breve pie, en el suave mirar de Laura. Á cada momento descubría en ella perfecciones que antes no había notado. La frialdad de aquella niña le pareció timidez encantadora; su reserva, discreción.

Con esta segunda visita, Manuel quedó enamorado perdidamente, y resolvió cortejar á Laura sin embozo ni disimulo, puesto que no había para qué tenerlo. Comunicó sus deseos á su madre, dándole gran gusto con tal determinación, y participó lo mismo á dos de sus más íntimos amigos, para que lo acompañasen y le hiciesen buen tercio.

Cuando don Antonio y su esposa tuvieron certidumbre de lo que sospechaban desde la segunda visita, no cupieron de contento y recibían á Manuel con agasajos extraordinarios y muy significativos.

Laura seguía sin dar señales de correspondencia amorosa; pero Manuel no lo notaba. Se había puesto tímido, ingenuo, contemplativo. Se espantaba de las atrevidas imaginaciones que hace poco había forjado. Miraba á Laura como un sér superior á él, como un ángel, como algo celestial cuyos favores no merecía. Al principio creyó muy hacedero conquistar á Laura. Confiaba en su propio valer, en sus riquezas, en su gallarda apostura; lo envalentonaba la acogida oficiosa que hallaba en todas partes. Después le asaltó la desconfianza: no se encontraba con prendas suficientes para que Laura lo hiciera objeto de su amor, y andaba todo receloso, intranquilo, esperando únicamente en la generosidad de su altiva amada.

Á cada visita seguían conferencias interminables de Manuel con sus amigos, en las cuales se discutían con minuciosidad los actos y las palabras más insignificantes de Laura.

Manuel, de ordinario, le llevaba ramilletitos de flores delicadas y muy decidoras. En las conferencias se procuraba averiguar si Laura había hecho manifestación de amor ó de indiferencia al prenderse el ramillete al lado derecho, al izquierdo, en medio del pecho, al dejarlo como olvidado en la mesa, al tomarlo, al olerlo, al deshacerlo distraída. Á semejantes disquisiciones daban también lugar las piezas que tocaba Laura, la manera como ofrecía á Manuel la taza de té, la respuesta que ella daba á tal observación ambigua, el lugar donde se sentaba, y mil otras pequeñeces que, para el amante, son materias trascendentales.

En las discusiones referidas, Manuel todo lo tomaba por el lado malo y se hacía el que perdía las esperanzas. Los amigos entraban á desvanecerle los temores y le probaban, con gran copia de argumentos, que Laura no hablaba ni se movía sino para manifestar su amor á Manuel. Éste no era tardo en conocer que á sus amigos les sobraba razón, y así lo declaraba con el modo de quien se reconoce indigno de una dicha muy anhelada que le sale al encuentro.

Ocasiones había en que los amigos, por echarla de imparciales, juzgaban que algún acto de Laura era, por lo menos, dudoso. Al momento Manuel les contradecía con viveza, y sutilizaba el punto de tal manera, que convertía el acto dudoso en una de las pruebas más patentes de amor que hasta entonces había dado Laura.

Pasaban los días y, para un observador imparcial,

Manuel no tenía ni el más leve fundamento para creerse correspondido; pero no se desanimaba. El amor lo había cegado y no á medias, sino completamente. En mucho contribuía á ello la conducta obsequiosa de los futuros suegros.

El verano ya estaba encima. Don Antonio se disponía á ir á pasar una temporada en Viña del Mar. Manuel, temiendo la separación, determinó declararse y pedir el sí á Laura. Antes de hacerlo resolvió ir por tres ó cuatro días á «Renaico» para dejar allá dispuestas las cosas en previsión de una larga ausencia. Una vez arreglado el matrimonio, seguiría á su novia á Viña del Mar, y no volvería á separarse de ella.

Manuel partió, pues, á «Renaico». En el viaje y, sobre todo, al llegar al vetusto caserón, recordó varias veces á Menita, pero sin desearla en lo más mínimo. Era aquél un recuerdo de aventura ya pasada, que, junto con ruborizar á Manuel, lo hacía sonreír.

—¿Cómo pude tomar á lo serio esa diablura?—pensaba.—¿Y aquellos fatídicos pronósticos del cura?... ¡Pobre caballero! Y ¡qué poco conoce el mundo! ¡Figurarse que una infeliz muchacha del campo pudiera cautivarme por toda la vida!... Vamos, es cosa de risa.

Manuel llegó á «Renaico» á medio día y, después de conferenciar con su administrador, descansó un rato. En seguida montó á caballo y se dirigió á la éra. Estaban trillando hacía una semana.

El calor era sofocante. El cielo estaba blanquizco y refulgente. El verde manto que ostentaba la primavera en los cerros y secanos, había tomado un color amarillo rojizo, en el cual reverberaba el sol. Las masas de árboles que ahí había parecían manchas verdinegras de

contornos ondulantes. Los charcos lanzaban reflejos deslumbradores. Por todas partes se oía el canto de las cigarras y el zumbido de los moscardones. Y este ruido confuso, monótono, cansado, respondía á la languidez y al aburrimiento que ocasionan las horas de calor excesivo, como al despuntar la aurora de esos mismos días se armonizan el canto alegre y variado de las aves, el vientecillo fresco y oloroso, con los bríos del ánimo y la lucidez del entendimiento.

Al pasar junto á un boscaje, sintió Manuel en la cara el aire frío, y oledero á poleo y hierbabuena. Entróse por la espesura, se desmontó y se tendió á gozar de la sombra. Sus ojos vagaban del sombrío ramaje á los toques de luz de afuera, y de ahí volvían á los troncos caprichosos, á las enredaderas silvestres, á las piedras cubiertas de musgo, á un hilo de agua cristalina que se deslizaba con trabajo por entre las hojas secas y las hierbas, cuyo tallo no alcanzaba á doblegar.

Luego su imaginación de artista buscó una figura de mujer que animase aquel sitio deleitable. Naturalmente evocó á Laura; pero su hermosura arrogante y severa, pedía un fondo magnífico y de lujo: cortinaje majestuoso, muebles ricamente incrustados, sedas y dorados artesones. Donde Laura estuviese no había de oírse el canto de las cigarras ni el murmurio de las hojas, sino sinfonías de Mozart; no había de aspirarse la fragancia de la hierbabuena, sino el perfume de esencias exquisitas.

La ninfa propia de ese lugar era Menita. Manuel, sin quererlo ni buscarlo, veía aparecer aquí y allí la fisonomía graciosamente incorrecta de la campesina, sus ojos vivarachos, su boca fresca y risueña, su cuerpo ágil,

flexible, vestido con sencillez y limpieza. Oía que Menita lo invitaba á retozar en la verdura... De pronto, como el recién confesado que se coge en delectación pecaminosa y aparta de sí con energía la imagen tentadora, así Manuel. Se levantó de prisa, haciendo interiormente protestas de inquebrantable fidelidad á Laura, montó á caballo y siguió á galope hacia la éra.

Manuel muchas veces había visto trillar en los fundos que algunos de sus amigos tenían, pero nunca había puesto atención en el trabajo. La manera como se lo mostraban no era muy propia para despertarle interés.

El dueño de la cosecha, con un entusiasmo que á toda costa quería comunicar á Manuel, ni más ni menos que si la tal cosecha fuese de utilidad pública, lo cansaba á fuerza de decirle:

—Mira, Manuel ¡qué trigo! ¿Has visto grano más lleno y de mejor clase? Aquí tienes un puñado: tómale el peso... como plomo. Y ¿qué me le dices á la máquina trilladora? No hay máquina como la mía. Trilla ciento y más carretadas como nada. Acércate á ver el chorro de trigo: grueso y limpiecito. Sale como aventado y en punto de ensacarlo. Sin embargo, lo aviento, porque no quiero que haya trigo más limpio que el mío. Los molineros mismos lo confiesan... ¡Oh! pero yo trabajo muy bien el terreno. ¡Qué sementera! ¡Qué espigas! De á cuarta y sin falla...

Y el cosechero mostraba á Manuel un manojito de espigas cuidadosamente escogidas y, sin tomar resuello y entusiasmándose cada vez más, continuaba:

—Toda la sementera está pareja. Á entradas del invierno picó la palomilla; pero no hizo daño. Ven acá. ¿Tienes miedo al polvo? ¡Estos caballeritos de Santia-

go!... Ninguna cosecha hay por aquí de más rendición que la mía. ¿Cuántas fanegas te parece que habrá en aquel montón? No hay menos de mil seiscientas. Pregúntale al mayordomo.

Y llamaba al mayordomo.

—Pascual—preguntaba el cosechero—¿cuántas fanegas habrá en aquel montón?

—¿En aquel montón?—repetía el mayordomo mirando el montón con semblante entre estúpido y socarrón, y sobando alguna tira de cuero.

—Sí... en aquél.

—Habrá sus setecientas fanegas.

—¿Setecientas? ¿Estás loco? Te digo en aquel montón. ¿No habrá mil seiscientas?

—¡Ah! ¿En aquel montón? Pensaba que su merced me decía en este otro. En aquél hay bien mil seiscientas fanegas. Hai mil seiscientas de sobra. Es lo que yo le calculo.

—¿Oyes, Manuel? Y este es hombre muy entendido en trillas y de muy buen ojo.

Y volviéndose al mayordomo, le decía:

—Cuéntale, Pascual, á este caballero qué tal es mi máquina.

—La máquina es superior. Anteayer se quebró el...

—Corre, Pascual, á espantar aquellos bueyes que se están comiendo el trigo.

No solamente en la éra tenía Manuel que soportar la charla y la ostentación bonachona y afanosa del huésped, sino que lo propio acontecía en donde éste tenía algo que mostrar: en la bodega, en la viña, en la quesería, en los establos, en los cercados.

Manuel, sin dejar de aprobar lo que le decían y de

felicitar al agricultor, todo lo miraba como quien mira correr el agua por una acequia, pensando en distintas cosas. Así, en la éra, al mismo tiempo que decía:—"¡Qué bonito grano! ¡Qué excelente cosecha!" miraba á hurtadillas, como mozo y como artista á las muchachas que barrían los montones de trigo, ó buscaba un punto de vista para un paisaje, ó bosquejaba mentalmente, con las figuras y objetos que veía, un cuadro que se titularía "La cosecha", concebido según el estilo ideal y poético del famoso cuadro de Robert: "Segadores en los pantanos pontinos".

Tales cosas preocupaban á Manuel en eras ajenas y antes de trabajar en el campo; pero en su éra propia se volvió cosechero. Sin cuidarse del polvo y de la paja volante, inspeccionó minuciosamente el andar y el trabajo de la máquina trilladora; cogía puñados de trigo y los hacía saltar en la mano para tantearles el peso; llamaba al mayordomo para que calculase las fanegas de los montones, y, si hubiese tenido á la mano un amigo complaciente, lo habría también cansado con datos que al otro tal vez le importarían tanto como á un minero.

Al trasmontar el sol, volvió Manuel á la casa. Iba contento, satisfecho, gozando del fresco y de la tranquilidad de la tarde.

Comió con apetito y, en seguida, se paseó largo rato en el comedor, pensando en Laura.

Retiróse á su cuarto y desenrolló el plano de la nueva casa. Vió las rayas que en él trazó su mano febril cuando estaba poseído de un deseo insano; las vió y las borró con prolijidad. Sintió un leve remordimiento, recordó un instante á Menita, la compadeció, y se puso á sacar cuentas del costo del edificio.

Pronto le cargó el sueño, se acostó y se quedó dormido con el mayor sosiego.

Al otro día, luego que bajó del lecho, entreabrió una ventana que daba al corredor de afuera, y divisó á Facundo apoyado en un pilar.

Manuel se desazonó.

—¿Para qué me querrá este bellaco?—se preguntó, y comenzó á vestirse con mucho despacio.

Manuel, cediendo á un vago temor, estuvo dudando si saldría ó no, si se haría el enfermo, si mandaría á decir á Facundo que volviese otro día.

Pero luego se recobró.

—¿Qué me podrá suceder?—se dijo.

Sin embargo, por lo que pudiera acontecer, se echó al bolsillo un revólver que examinó previamente, y salió muy resuelto.

Facundo se dirigió hacia él, y con la humildad de siempre, se llevó la mano al sombrero.

—Buenos días, don Facundo—le dijo Manuel, tranquilizado por el aspecto respetuoso del padre putativo de Menita.

—Para servir á usted—contestó él con modo en extremo reverente.

Manuel perdió todo temor y, como si por esto debiera gratitud á Facundo, se puso muy cariñoso, y le dijo:

—Me alegro mucho de verlo. Siéntese. ¿Qué dice del calorcito?

—Así es; hace mucho calor. Siempre quema mucho el sol en el verano.

—¿Cómo le va de cosecha?

—Así, así... comenzando... Quería pedirle un favor, don Manuel—dijo Facundo con extraordinaria sumisión.

Al punto Manuel se puso en guardia y resolvió no dejarse embaucar.

Con la aspereza y recelo especial del que trata un negocio de dinero, preguntó:

—Y ¿cuál será el favor?

—Me encuentro en grandes apuros. Mis negocios no han salido bien... no he podido vender mis animales gordos... no he encontrado quién me preste... Si usted quisiera prestarme unos mil pesos, ú ochocientos que fueran, me haría un servicio muy grande. Por dos ó tres meses á lo más... Con papel... le firmaré papel... Pagaré intereses...

Manuel se rascó la barba y miró al techo.

—Si usted, don Facundo, conociera los apuros en que yo también me encuentro, no me pondría en mayores con el favor que me pide. Por ahora me es imposible prestarle ese dinero...

—Tal vez con quinientos...

—Aunque los rebaje á ciento, don Facundo. He tenido y tengo la mejor voluntad para prestarle servicios; pero respecto al de ahora... No es que no quiera, don Facundo, sino que no puedo... realmente no puedo. Una fianza... acabo de pagar una maldita fianza... Por ahora no tengo más que lo absolutamente necesario para mis gastos. En tres ó cuatro meses, tal vez antes, podré...

—Si es así... ¡qué le hemos de hacer!—dijo Facundo con cierto tono que manifestaba bien á las claras que no creía palabra de lo que Manuel decía.

Manuel, comprendiéndolo así, no siguió adelante con las excusas, antes bien, se aprontó para contestar á Facundo con rudeza, si persistía en solicitar el préstamo.

Facundo permaneció callado un rato.

—¡Qué le hemos de hacer!—repitió, y siguió callado.

Manuel comenzó á impacientarse.

Facundo, al notarlo, dijo:

—También, don Manuel, quería decirle otra cosa.

—Pues, dígala.

—El señor cura—dijo Facundo haciéndose el turbado —me ha aconsejado que case luego á Menita; pero ella no tiene dote porque no es hija mía. Como usted la ha desacreditado... me parece de razón... su conciencia lo dirá...

Manuel se cortó, no halló qué responder á esta salida imprevista.

—Créame, don Manuel—continuó Facundo—que si hubiese sido otro el que ha perdido á la niña... Más bien no diré nada. Como quiso la suerte que fuese usted, á quien debo tantos favores...

Manuel, avergonzado, confuso, y cediendo á un impulso de generosidad, dijo impensadamente:

—Que por mí no pierda casamiento Menita. Si con dote puede casarse, la dotaré. Es obligación mía. Doy mi palabra de que el día mismo que se case, mañana que sea, recibirá tal dote que... ya la verán. Puede usted afirmarlo así, don Facundo. El cura quedará encargado de entregar la suma.

Facundo se sonrió y dijo humildemente:

—Ya veo, don Manuel, que para Menita hay plata y para mí no hay.

Manuel no era embustero, y esta reflexión de Facundo lo humilló y acabó de confundirlo.

Vaciló un instante y luego exclamó levantándose.

—¡Hombre bien diablo es usted! Ande acá y venga á firmar un pagaré por los quinientos pesos que dijo.

—Señor, si usted...

—Ande, ande le digo—interrumpió Manuel, más enfadado consigo mismo que con el astuto campesino.

Entraron á la pieza de Manuel. Extendióse el pagaré á tres meses plazo, firmó Facundo y recibió un talón por quinientos pesos.

—Muchas gracias, don Manuel—dijo doblando el talón y guardándolo en su viejísima y sucia cartera.

Manuel, sin contestarle, se volvió á otro lado silbando.

—Muchas gracias—repitió Facundo.—Tal vez usted tendrá que hacer... es muy tarde... ya me iré... Adiós, señor.

—Adiós.

No bien salió Facundo, Manuel cerró violentamente la puerta y se tumbó en un sofá, renegando del campo, de los campesinos, de las campesinas y de sí propio que había dejado que le sacaran el dinero del bolsillo contra su voluntad, y que no había tenido ánimos para llamar bribón y bellaco á uno que lo era.

XVI

Tres días no más estuvo Manuel en «Renaico» y volvió á Santiago henchido de ilusiones y esperanzas. Le parecía que hacía un año que no había visto á Laura.

En la misma noche fué á casa de don Antonio.

Nada advirtió de notable, sino que Laura parecía más reservada que otras veces: y aun Manuel creyó notar en ella cierta intranquilidad. Sospechó inmediata- que los padres de Laura, temiendo tal vez que la frialdad de su hija lo acobardara, la habrían reconvenido acerca

de esto. Lo confirmaron en esta sospecha las atenciones casi exageradas que le prodigaron don Antonio y la señora.

Manuel, por este motivo, redobló sus manifestaciones á Laura, trató á sus futuros suegros con la deferencia y confianza de un hijo, y se retiró más contento que nunca.

Don Antonio iba con su familia á pasearse en el Parque Cousiño en la tarde de los días festivos. Tocó que el siguiente al de la visita era domingo, y Manuel se dispuso á hacer entonces su declaración formal á Laura. ¿Qué más esperaba? Conocía á Laura lo suficiente, y él era suficientemente conocido. Pensó, además, que no sería bien visto que un joven de su edad, bienes de fortuna y posición social, cortejase tan abiertamente á señorita tan principal sin haber solicitado su mano.

Si esperaría el momento oportuno ó si lo ocasionaría, y cuáles términos sería conveniente emplear en la declaración, fueron puntos que lo preocuparon hasta encontrarse con Laura en el Parque.

El sol, en su ocaso, teñía de color de oro la copa de las árboles y la cordillera árida y sin nieve. Envolvía al Parque un crepúsculo delicioso que apagaba suavemente el verde de los árboles y del césped, y daba cierto relieve á las flores y á los trajes de color claro que lucían multitud de elegantes señoritas. El aire no estaba fresco ni bochornoso, sino tibio y suave: ocasionaba una somnolencia voluptuosa, predisponía á las amorosas ternezas y á íntimas confidencias. Se había cuidado de cortar las rosas marchitas y cubrir con los pétalos los senderos, y aquello de andar pisando rosas infundía un deleite poético indefinible. Percibíanse á ratos cuchicheos misteriosos, discretas sonrisas y un re-

vuelto perfume de flores y esencias. Ya se oían sonoras carcajadas que partían de algún bote que bogaba en la laguna, ya la risa argentina de niños vestidos de seda y encajes que corrían en el césped.

Don Antonio y su esposa seguían á poca distancia la pareja de Manuel y Laura.

Manuel iba distraído. Hablaba poco. Hacía observaciones vulgares con voz temblorosa. Le asaltaban mil temores. Quería demorar para más tarde la declaración de su amor. En este momento decisivo, su entendimiento se había despejado; conoció con claridad que Laura no le había hecho manifestación alguna de la cual se pudiese inferir que le correspondía. Una declaración prematura ¿no le cerraría las puertas de un corazón que podría tal vez conquistar á fuerza de constancia? Pero ¡Laura era tan reservada! ¿No podría ser que en una manifestación de amor, por insignificante que fuese, viera ella un acto impropio de su sexo? Y en tal caso ¿no sería conveniente que él declarase desde luego sus intenciones sin pedirle un sí inmediato, sino resignarse á esperar lo que ella resolviese más tarde?

Laura observaba con inquietud á Manuel. Estaba más comunicativa que otras veces; pero sus frases eran breves, á menudo las dejaba sin concluir, manifestaba ideas vagas, como una persona que habla una cosa y está pensando en otra.

Dieron algunos paseos tocando varias materias. Sentáronse á descansar y volvieron á pasearse.

La luna llena había desprendido de las cumbres su disco reluciente, y convertía en bruma espesa y blanquizca la mole de granito de la cordillera. Su luz plateada, combatida por los resplandores rojizos que dejaba

tras sí en la atmósfera el sol, oculto ya en el horizonte, cubría el valle como sutilísima gasa, en la cual los árboles arrojaban sombras apenas perceptibles al principio, y que por momentos se oscurecían y distinguían más y más.

Manuel y Laura tomaron una senda estrecha, sombría y apartada.

Hacía rato que andaban silenciosos.

Laura, por fin, rompió el silencio con voz apagada, pero resuelta.

—Triste está usted, Manuel, esta tarde.

—¿Triste yo?... Al contrario...

—Por lo menos anda preocupado.

—De ninguna manera...

—Entonces su apariencia engaña mucho.

—Es decir... le diré... pensaba en el campo, en la soledad del campo. Tengo que irme luego á «Renaico»...

—Y si en el campo se aburre ¿para qué se va allá? Ninguna necesidad tiene usted de molestarse de esa suerte.

—No trabajo en el campo por negocio, Laura. El hombre, en llegando á cierta edad, comprende que el trabajo es cosa necesaria y natural, y entonces ó se ocupa en algo ó se entrega á la ociosidad y abre ancha puerta á los vicios, y en este caso es seguro que se le entrarán de tropel. Me he decidido por el trabajo del campo, porque es el que más bien se aviene con mis inclinaciones. Tal como yo lo tomo, es un trabajo libre, independiente, sano y saludable. Sobre todo, ofrece el espectáculo de la naturaleza, cosa inestimable para el que la ama y sabe gozar de ella. El espectáculo de la naturaleza levanta los pensamientos, infunde nobles aspiraciones y

nobles sentimientos, hace bueno y sencillo al hombre, como la contemplación de las divinas obras del arte.

Manuel calló, asombrado de haber cedido á impulsos tan ajenos de las circunstancias en que se hallaba.

Laura lo escuchaba cabizbaja y luego dijo:

—Pero todo eso no quita que usted se aburra en el campo. ¿Por qué no lleva á «Renaico» amigos que lo acompañen?

—Mis amigos tienen también sus ocupaciones, y de ir allá irían por pocos días, á dar una vuelta...

—Y si es así ¿por qué no busca una compañera? ¿Por qué no se casa?—preguntó Laura con extraña firmeza.

Manuel se sobresaltó. Había llegado el momento decisivo. Estaba perplejo.

—¡Casarme!... Y ¿quién me amará?

—¡Cómo! ¿Nunca ha amado usted?

—Sí; pero amores pasajeros...

—Y en esos, Manuel ¿no ha obtenido correspondencia?

—Sí; mas...

—Ya ve usted—interrumpió la joven.

—Laura—dijo Manuel con sencillez y tímida ternura—¿por qué se empeña en no comprenderme?... Sin usted ¿á dónde podría ir, que no hallase soledad y tristeza? En usted he cifrado toda ilusión, toda esperanza de ventura. ¡Ah! ¡Cuán feliz sería yo si desde ahora pudiese...! Laura, dígamelo: ¿me ama?

Laura inclinó la cabeza.

Un hielo mortal invadió á Manuel.

—¿Nada me dice, Laura? ¿Nada me responde?

—Le responderé — dijo Laura con suave y triste acento—le responderé, puesto que es preciso hacerlo.

Otro posee mi corazón, tengo empeñada mi fe, y por nada en el mundo faltaré á ella. Él es pobre; trabaja en lugar distante; mis padres no lo quieren; pero nada me hará cambiar... Por otra parte, no creo haber dicho ó hecho cosa alguna que pudiera hacerle concebir la más remota esperanza.

—Es verdad—murmuró Manuel.

—Diré más—añadió Laura con dignidad y nobleza que nunca Manuel pudo olvidar.—El temor de que usted interpretase mal mis sentimientos me ha obligado á tratarlo á veces con indiferencia, tibieza y reserva que en realidad no sentía. Desde que lo conocí, su carácter y la semejanza de nuestros gustos é inclinaciones despertaron en mí viva simpatía, que espero ver correspondida alguna vez.

Manuel nada respondió. Había excuchado las últimas palabras de Laura como si fuesen murmullo sin significación alguna. No le parecía cierto, no podía creer que acababa de oír á su amada:—"Otro posee mi corazón," y, sin embargo, no osaba pedirle que repitiera lo dicho. Sentía ansias de llorar, de desahogar un peso que le oprimía el corazón. Tan pronto le venían ímpetus de arrojarse á los pies de Laura y suplicarle, como una víctima al verdugo, que suspendiese ó, por lo menos, demorase la inexorable sentencia; tan pronto quería violentar á esa mujer, cometer alguna locura...

Laura tuvo miedo. Retardó el paso y, cuando sus padres estuvieron más cerca, les dijo:

—Vámonos. Ya es tarde.

Don Antonio y su esposa comprendieron que algo grave había pasado entre ambos jóvenes, y, sin replicar, se dirigieron al lugar donde los esperaba el coche.

Manuel seguía al lado de Laura; despidióse maquinalmente y cuando partió el coche, no se movió del sitio. Le pareció oír voces enojadas, sollozos...

—¡Á un lado, caballero! ¿Está esperando que lo atropellen?—gritó un cochero, torciendo violentamente los caballos.

Manuel miró el peligro con absoluta indiferencia y se apartó muy despacio.

—¡Adiós, Manuel! ¿Voló la paloma? ¿Andas buscando los rastros por el suelo?—gritaron de un faetón que pasó á trote largo.

Manuel ni siquiera hizo ademán de contestar el saludo.

Miraba con dolorosa extrañeza los coches, los paseantes, los alegres grupos de jóvenes, y hasta los árboles inmóviles y las tranquilas aguas de la laguna. Todo estaba como si nada hubiese acontecido.

Manuel sintió que su mente se adormecía, como miembro después de un golpe recio. Á ratos divagaba; pensaba en su cosecha, en sus caballos, en mil cosas.

Buscó un lugar solitario, se tendió en la hierba, y ahí estuvo largo rato mirando... una hoja seca, una rama quebrada. Sentía rumores extraños que lo sobresaltaban, forjaba quimeras...

Ya era tarde cuando montó en coche.

Al entrar en su casa, le vinieron de nuevo las ansias de llorar y el peso en el corazón. Buscó á su madre. Por fortuna la halló sola, y, sin hablarle, se echó en sus brazos llorando como un niño.

XVII

Manuel y su madre hicieron un viaje á Valdivia y regresaron en marzo á Santiago.

El desengaño padecido ya no atormentaba á Manuel, sino que le quedaba un dejo amargo que lo volvía pesimista, un temperamento casi irritable, cierta vaga melancolía que lo apartaba del bullicio y de las sociedades numerosas, cierta sensibilidad mórbida por la cual lo atraía todo lo triste y lo lastimaba todo lo alegre. Pero estos accidentes del carácter íbanse borrando, y en ocasiones, Manuel volvía á ser el joven cortés, desenfadado é ingenioso que antes era.

No tardó en aburrirse en Santiago y determinó ir á «Renaico». Invitó al fundo á dos de sus más íntimos amigos, y también á Arturo, aquel mismo joven que se halló en la primera visita de Manuel á casa de don Antonio.

Arturo era muchacho de condición apacible, de constante buen humor, de paciencia ejemplar, llano, servicial, humilde y abierto con todos. Estas eran sus virtudes. Sus flaquezas y defectos (porque vicios no tenía) eran tales que nadie se los habría quitado, porque no dañaban á persona alguna y divertían á todos. Estaba lleno de pequeñas presunciones. Sin ser feo, se creía bonito, y se jactaba discretamente del supuesto influjo que su buena presencia ejercía en las mujeres. Tenía un regular acopio de seducciones imaginarias, que refería de ordinario con modo tranquilo y un tanto despreciativo, como dando á entender: «Esto es nada... ¡Si les contara yo...!» Pero nunca nombraba la mujer ni daba

datos de ninguna clase, por los cuales pudiera sospecharse quién ella fuese. La echaba de gracioso, y no tenían pizca de gracia sus chistes y chascarrillos; pero daba risa su empeño en hacer reír y pasar por agudo. Era más que medianamente tímido, y se presentaba como héroe de lances siempre más peligrosos que el último que alguno de los presentes acababa de contar; sin embargo, ni por asomos tenía aire de fanfarrón. Poseía muy escasa renta y se bandeaba sabe Dios cómo. Esto, empero, no impedía que tuviese parte en las especulaciones más atrevidas, y se hallase á menudo en vísperas de ser hombre muy rico. Hablaba de que sus numerosas ocupaciones no le dejaban un rato libre, y á donde lo invitaban él iba.

Casi siempre se le veía en el mostrador de los cafees bebiendo piscolabis á costa ajena.

De cuando en cuando se entregaba á la melancolía, y entonces se hacía el romántico, vestía de negro, hablaba de los desengaños de la vida, decía que comprendía el suicidio, y bebía más piscolabis que nunca, porque quería ahogar en el licor sus hastíos byronianos.

Manuel creyó que nadie había más á propósito que Arturo para acompañarlo á «Renaico», y lo mismo pensaron los otros dos invitados.

Yendo Manuel á buscar á Arturo para invitarlo, lo encontró casualmente en la calle.

—¡Hola, Manuel!

—Buenos días, Arturo. ¿Andas en algún negocio?

—Precisamente iba á ver un individuo... cierto negocillo...

—¿Será muy urgente?

—Así así... ¿por qué?

—Porque si no estás de prisa, podríamos ir á beber una copita...

Arturo miró el reloj.

—Sí—dijo—podemos ir. Un cuarto de hora más ó menos... El otro esperará.

Entraron á un café, y mientras bebían á sorbos lo que cada uno quiso pedir, dijo Manuel:

—¿Cómo te hallas, Arturo, para pasar algunos días de campo?

—Voluntad no me falta; pero el tiempo, hijo, el tiempo es lo que me falta.

—Vamos á ver ¿no te gustaría ir conmigo á «Renaico»? Pasaremos muy bien. Estarás allá el tiempo que quieras: me comprometo á no ser cargoso y exigente contigo para que te quedes. La casa es vieja, fea; pero nada falta y llevaré cuanto ustedes deseen... He convidado también á Pedro y á Luis. No iremos más que los cuatro. ¿Qué te parece?

—¿Cómo me ha de parecer? Muy bien, por cierto. Algunos días de campo me vendrían de perlas, porque desde ayer estoy de malísimo humor. Todo me disgusta... no sé qué hastío... ¡qué diablos!... ¡Esta sociedad de Santiago tan monótona! Todas las diversiones son iguales... igualmente tontas. ¡Y aquellas pequeñas intrigas de los salones!... Que Fulano dijo esto, que Zutano dijo aquello, que porque uno mira acá, la Fulanita se pone celosa... ¿Has visto nada peor que una mujer celosa? Anoche no más tuve con cierta chica una explicación... pero le hablé claro. La pobre se quedó muerta. Verdad es que así más lo quieren á uno. Ya me cargan las niñas de Santiago, y querría variar. Alguna Galatea... ¿cómo son las de por allá?

—Te advierto, hijo, que para eso no te convido.

—¡Oh! Si te parece mal, no he dicho nada.

—¿De manera que cuento contigo?

—Hombre—dijo Arturo mordiéndose el bigote y mirando al suelo—hombre, tengo unos compromisos... ¿cuándo es el viaje?

—Pasado mañana.

—Pasado mañana...

Arturo, rascándose la barba y mirando el techo, murmuró entre dientes, pero de modo que se le entendía:

—Pasado mañana... Ahora veo á Pablo y le digo que en esta otra semana...; á Juan, que arreglaremos después... Mañana veo á la señora y á José Francisco y como no hay apuro...

En seguida Arturo, volviéndose á Manuel, le dijo con decisión:

—Te acompañaré. Puedo arreglarlo todo. ¿Nos juntamos en la estación?

—Pasaré á buscarte.

—Excelente.

Y luego se despidieron.

El día designado, los cuatro amigos emprendieron el viaje, bien dispuestos á divertirse; pero cuando bajaron del coche frente al caserón de «Renaico», los invitados perdieron el ánimo.

—¡Qué ruina! ¡Qué vetustez!—exclamaron en coro; y preguntaban á Manuel:—¿Cómo puedes vivir aquí? ¿Cómo diablos puedes enterrarte aquí?

—Á todo se acostumbra uno—replicó Manuel—y déjense de asombros y entren, que la mesa está pronta.

En esto acertó á pasar frente á ellos una mujer que caminaba á la sombra de los álamos. Con la una mano

sujetaba en la cabeza un haz de leña, y con la otra—cuyo brazo arremangado, fuerte y bien torneado, pendía á lo largo del cuerpo—llevaba asido un cantarillo. Su talle era derecho, esbelto, verdaderamente escultural; las facciones toscas, el pelo negro y desgreñado, la tez quemada. Vestía sucia saya de percal, de bordes andrajosos, que le llegaba á media pierna, y una chaqueta gastada y descosida en partes, sin cuello, de modo que dejaba desnudo el pescuezo corto y vigoroso. Iba descalza y pisaba con firmeza. Había tal armonía entre la fisonomía, la actitud, el porte y el vestido de la mujer; respiraba toda ella tal fuerza y vigor de ánimo; daba tales indicios de abrigar pasiones vehementes y sensuales, que suspendió y maravilló á los jóvenes santiaguinos.

Arturo comenzó á guiñar un ojo á los demás y á toser como si tuviese carraspera. La mujer, que bien comprendió lo que aquello significaba, volvió desdeñosamente la cara, como queriendo decir:—«¡Con merengues no me alimento yo!»

—¡Ay, hijos!—exclamó Arturo con modo sentimental.—Esto abre el apetito... ¡Á la mesa!

Como la comida fué abundante y las libaciones copiosas, después quedaron los amigos buenos para nada, sino para embromar á Arturo; y discurriendo cómo pasarían el tiempo, acordaron levantarse de madrugada el día siguiente, é irse á almorzar á un monte muy espeso que había en «Renaico» por el lado de la cordillera.

Si bien habían dudado de que se verificase el paseo por la hora tan temprana á que era preciso salir, lo hicieron como lo habían pensado. Levantáronse al rayar el alba, con la presteza y ánimos del que esto hace una ó dos veces al año, montaron á caballo y emprendieron

la caminata, acompañados de un baquiano que arriaba una mula bien cargada de provisiones.

El amanecer estaba fresco, alegre y muy sereno. Con tiempo tan agradable, nuestros jóvenes se sentían con ánimos de andar hasta el fin del mundo; y como cuando uno va contento y satisfecho, en todo se goza y todo lo celebra, iban ellos admirando cuanto veían, y lanzaban exclamaciones de entusiasmo, ni más ni menos que si estuviesen leyendo versos de sublime poesía. El baquiano, buscando lo que ocasionaba tales exclamaciones, no lo encontraba, y decía por lo bajo:—«¿Qué estarán viendo estos caballeritos?» Los caballeritos, empero, cansados de ver adoquines, asfalto, líneas rectas, estrechas fajas de cielo, artificio y simetría en parques, jardines y alamedas, no podían contemplar sin entusiasmo vastos horizontes, senderos tortuosos, verdura, praderas, la vegetación libre y espontánea, la naturaleza en su bello desorden. Y esto á la hora en que el alba difundía su claridad indecisa y flotante, como neblina sutil y luminosa, suavizando los contornos, igualando los tintes y devolviéndoles en transparencia y poética vaguedad lo que les quitaba de variedad y viveza.

Al principio llamaron la atención de los jóvenes los canelos y arrayanes apiñados en los terrenos vegosos, y cuyo tupido follaje se hacía más impenetrable con las varias enredaderas que lo cubrían, entre las cuales atraía la vista la que llaman *cabello de ángel* por sus hojas y filamentos rubios como el oro. Cuando veían un maitén, no dejaban de aplicarle el epíteto de «bonito», dirigido más bien al hermoso verde de sus hojitas y á la gracia femenina de sus delicadas ramas, que á la forma del árbol, copuda, sin vigor ni atrevimiento. Al pasar

algún manantial, detenían se á mirar las pataguas de torcido y nudoso tronco, que se agrupaban á una y otra orilla, más cuidadosas de ocultar el agua cristalina que de remontarse en busca de aire y de luz. En las laderas contemplaron con curiosidad los boldos y maquis, arbolillos vulgares, pero de sabrosísimo fruto.

Luego comenzó el terreno á presentarse muy sinuoso, con puntos de vistas que abarcaban hondonadas oscuras, vallecitos pintorescos con alguna choza solitaria, de la cual se desprendía una columnita de humo azul; cerros caprichosos; nieves lejanas, y encima un cielo transparente, variado por ligeras nubes que reflejaban el fuego de la aurora.

El camino que seguían, ya se internaba por espesuras de peumos, quillayes y robles, entrelazados por los robustos y desnudos tallos del cóguil, que solían pender de las altas ramas como serpientes que se descolgasen al suelo; ya trepaba por el talud de una quebrada profunda, y se veía el talud opuesto cubierto de gigantescos árboles, y en él aparecían aquí y allí toques de tierra rojiza, ó el lustre ceniciento de algún despeñadero ó el brillo de un salto de agua, cuyo rimbombo acompañaba largo rato á los caminantes.

El sol ya calentaba, é hicieron alto para almorzar, bajo una espesa sombra, al lado de un inmenso peñasco desprendido quién sabe de dónde y que se había detenido junto á una vertiente. Descargóse la mula, hicieron un gran fuego, y al poco rato comían con un apetito que Arturo calificó de «encantador».

Después de reposado el almuerzo, Pedro y Arturo se fueron por un lado á cazar. El baquiano los llevó á una vega donde, según dijo, solían parar muchos patos, y, si

no los había, no dejarían de encontrar bandadas de loros en el camino. Manuel y Luis, que trajeron útiles de pintura, se fueron por otro lado en busca de paisajes.

Hasta la tarde no volvieron á juntarse en el mismo lugar. Los cazadores no trajeron más que media docena de loros; los pintores aprovecharon más bien el tiempo, y mostraron numerosos bosquejos.

Hicieron las onces y, al caer de la tarde, tomaron la vuelta de la casa.

—¡Qué cazadores!—exclamó Luis.—¿No les da vergüenza de haber gastado la pólvora en salvas?

—Despacio—replicó Pedro.—Averigüe primero si hemos gastado la pólvora.

—Pues ¿en qué se han llevado?

—Pregúntenlo á Arturo—dijo Pedro.—Antojósele pasar á un rancho á tomar agua, y, como es tan comadrero, se sentó á buen viaje á conversar con la gente que ahí había.

—Especialmente—interrumpió Arturo—con un par de muchachas ariscas, selváticas y, con eso, vivas y agudas como el diablo.

—Ello es—continuó Pedro—que no pude sacarlo del rancho. De ahí no pasamos. Cuando nos pareció avanzada la hora nos volvimos. Estos loros los casamos de paso.

—Por lo visto—dijo Manuel en tono de broma y señalando á Arturo—este badulaque quiere desmoralizar á mi gente.

—Hombre, tanto como eso no—replicó Arturo.—Algunos requiebros... La verdad es que me entretuve muchísimo con la dueña de casa, una vieja bruja...

—Y ¿qué conversabas con la vieja?

—Le pregunté cómo le iba, y me contestó con una sarta de quejumbres: estaba muy pobre, no tenía qué comer, no le daban ración de tierra, á su marido no lo dejaban parar en la casa, no le permitían tener ni á uno de sus chicuelos para traerle leña, sino que todos habían de salir al trabajo, y qué sé yo qué más. Y todo ¿por qué? Porque el capataz, que es hombre viejo y casado, andaba prendado de una de las muchachas.—«Pobre soy, señor, me dijo la vieja, pero nadie me gana á honrada, ni nadie es más cuidadosa de sus hijas que yo y que lo digan todos los que me conocen. De otras sé yo que dejan alojar forasteros en la casa, y consienten que sus niñas anden solas por donde les da la gana. Esas viven como ricas, y el capataz y los mayordomos no les exigen ni peones, ni nada, y les dan las mejores raciones. En una cargan la mano... ¡Cómo ha de ser! Á la honradez, pobreza, y cargarle la mano. Pero más que así sea: primero está mi conciencia y después lo demás. El capataz me ofrece lo que yo quiera; pero yo sorda como tapia, y él de puro enojado nos pone mal con el administrador y el administrador con el patrón.»

Manuel llamó en este punto al baquiano, y le preguntó:

—¿En qué rancho estuvieron?

—En el de mi compadre Juan Soto.

—Está bien.

Y Manuel, volviéndose a sus amigos, les dijo:

—Pues, oigan ustedes, para que conozcan lo que es esta gente.

—Espera que acabe mi cuento—interrumpió Arturo.—Después que la vieja me hubo referido eso y mil cosas más, me suplicó con gran humildad que consiguiese

del patrón don Manuelito, caballerito el más bueno que había estado en «Renaico», que le aviara una ovejita, y le prestara una yuntita de novillos para el barbecho que tenía que hacer en la primavera, y que le diera una carretadita de carrizo para el rancho que se llovía todo, y que le diera un peoncito para techarlo, y que le diera de ración de tierra una lomita que había junto al rancho y que el patrón no sembraba, y que...

—Basta, hombre—interrumpió Manuel—y déjame hablar. Les advertiré que si hubiesen parado en otro rancho, es seguro que habrían oido las mismas quejas ú otras parecidas. Es una costumbre de esta gente: quejarse cuando hay quien los oiga ó pueden hacerlo con fruto. Si algo consiguen con sus quejas, bueno; si nada sacan, quedan lo mismo: sólo hacen un gasto de mentiras y falsos testimonios, que para ellos es nada. Cuando me hice cargo de «Renaico», los inquilinos venían por docenas con tales quejas: á uno le tenía ojeriza el mayordomo, á otro le habían quitado injustamente su rancho, á éste no le permitían tener sus animalitos en la parte donde siempre los había tenido, á aquél no le querían dar cercado junto á su vivienda. Yo, recién llegado y novicio en asuntos de campo, les prometí atender todos los reclamos. Singularmente me inspiraron compasión la mujer de Juan Soto y otras mujeres que se presentaron con reclamos parecidos al de ella. Entré en averiguaciones y me convencí de que, salvo en uno ó dos casos, no había pizca de verdad en lo que me habían contado. Respecto á Juan Soto, supe y conocí que el tal es un taimado que no pára en la casa por correr la tuna, y nunca cumple sus obligaciones de inquilino; su mujer, la vieja, siempre anda de parranda con las mu-

chachas y sabe cerrar un ojo cuando le conviene. El capataz es hombre excelente y muy formal. Verdad que es un poco aficionado á la fruta del cercado ajeno, pero no abusa de su mando. Sin duda la vieja ha querido que el capataz abusase del mando en provecho de ella; el otro no habrá consentido, y de ahí viene...

—¡Y uno—exclamó Luis—que se imagina á estos campesinos como corderillos inocentes!

Manuel movió la cabeza como vacilando y dijo:

—Lo cierto es que estos infelices son, por lo común, buenos en el fondo, y aun desprendidos y generosos; pero la perpetua necesidad en que viven, ahoga en ellos los buenos sentimientos y desenvuelve sus malos instintos. Entre éstos, los principales son la codicia y el egoísmo. Todo bien considerado, lo natural es que sean codiciosos, egoístas, astutos, rateros, y, si no lo fueran, sería cosa de admirar. Según nuestro rancio sistema de inquilinaje, el patrón puede, el día que quiera, quitar el rancho al inquilino ó despedirlo. ¿Cómo podrá el inquilino cobrar cariño al lugar donde vive, al techo que lo guarece? ¿cómo podrá formar un hogar y darse aquellas comodidades elementales que impulsan al orden y economía, si sabe que un capricho del patrón puede mañana mismo quitarle la miserable choza y el pobre huertecillo, y echarlo á vagar tierras? El que no tiene hogar, ni espera tenerlo, no mira lo porvenir, y el que no mira lo porvenir, una vez satisfechas sus necesidades primordiales, disipa el resto de su haber y adquiere y alimenta hábitos viciosos. Ahora bien, el que apetece dinero para satisfacer vicios no es menos codicioso y sin escrúpulos que el avaro que lo apetece para guardarlo.

"El inquilino—continuó Manuel—no pierde ni gana con que el patrón gane ó pierda. Su condición no cambia en lo más mínimo. ¿Por qué había de interesarse en las cosas del patrón? ¿Por qué le ha de importar que el patrón gane? Y si está viendo en el patrón un ejemplo de supremo egoísmo y, con frecuencia, de rapacidad é injusticia ¿no es natural que el inquilino y el peón sean más egoístas y más rapaces? El patrón suele echar en olvido que los trabajadores de su fundo son hombres como él, y á menudo más inteligentes que él, y por un puñado de trigo y otro de frejoles, se cree con derecho á exigirles, no sólo trabajo, sino también actividad, fidelidad y escrupulosa honradez. Por otra parte...

—Hombre—interrumpió Arturo—suspendamos la dilucidación de este problema. Quedará en tabla para la sesión nocturna. Yo formo incidente previo sobre cierto asuntillo...—agregó carraspeando mucho y mirando á Manuel con ojos picarescos.

—¿De qué se trata?—preguntó Manuel.

—¿De qué? ¿De qué? Adivina—repuso Arturo acercándose á Manuel.

—No adivino—dijo Manuel algo confuso, porque sospechó la broma.

—Mira, bribonzuelo—prosiguió Arturo—nada nos habías contado. Entre amigos... ¿ó se acabó aquello?

—¿Qué cosa, hombre?—preguntó Manuel casi fastidiado.

—Vamos. Si te enojas, no digo nada.

—Ni he pensado enojarme.

—¿Cómo habías de enojarte por tan poco.

—¡Oh!... Di luego—exclamó Luis con impaciencia.

—La cosa nada tiene de particular—dijo Arturo.—Una conquista de Manuel... cierta Menita que es de lo mejor que pueda hallarse en estos contornos.

—Nada...—dijo Manuel siguiendo la broma.—Recién llegado al campo... la novedad... Fué cosa de unos pocas días y ya pasó.

—Y el lugar que ella dejó ¿todavía está vacante?—preguntó Arturo.

—Vacante... y quedará vacante—repuso Manuel con el desgano del que trata de cosas del todo indiferentes.—Fué una niñería...

Á pesar de la indiferencia que Manuel procuraba manifestar, conocieron sus amigos que el asunto le desagradaba, y llevaron la conversación á otro terreno.

Al ponerse el sol llegaron á la casa muy quebrantados por la caminata. Al día siguiente no se movieron, y en los otros se contentaron con breves excursiones por los alrededores; pero Manuel tuvo buen cuidado en no llevarlos á Mellico.

Como á la semana, Pedro y Luis se volvieron á Santiago. Arturo habló de una carta de su agente, en la cual le comunicaba que no había por lo pronto negocios que reclamaran su presencia, y dijo que permanecería algunos días más en «Renaico».

PEDRO N. CRUZ

(Continuará)

EL FARDO

Á LUIS ORREGO LUCO

Has murmurado, Luis, de la prosa de la aduana, y has hecho mal. ¡Si vieras cuántas cosas se miran, además de las aes en triángulo y de los enigmas de las pólizas!

Yo pensaba como tú, al frente de tan claras arideces, y, mira lo que he encontrado ayer, al salir del galpón de avalúos, á los dos días de mi empleo.

Allá lejos, en la línea, como trazada con un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto á otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban á las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado que sopla de mar afuera á la hora

en que la noche sube, mantenía á las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

*
* *

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeara un pie al subir una barrica á un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y, con la pipa en la boca, veía triste el mar.

—Eh, tío Lucas ¿se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviente de la viña.

Yo veía con cariño á aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, conque fué militar! ¡Conque de mozo fué soldado de Bulnes! ¡Conque todavía tuvo resistencia para ir con su rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—Sí, patrón ¡hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

—¿Que cómo se me murió? En el oficio, por darnos de comer á todos; á mi mujer, á los chiquitos y á mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía

sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

*
* *

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo á la escuela desde grandecito; pero ¡los miserables no deben aprender á leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir á llevar qué comer, á buscar harapos, y para eso, quedar sin aliento y trabajar como un buey. Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi una armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo, y, volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartaladas, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda á todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y donde resuenan en perpetua llamada á las zambras de echacorvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros que llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, á emborracharse como cubas y á gritar y patalear como

condenados. ¡Sí! entre la podredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió, y pronto estuvo sano y en pie.

Luego llegaron después sus quince años.

*
* *

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnaza. Volvían á la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz alguna triste, y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre é hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar á tierra. Pesca y todo se fué al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron magullados. ¡Gracias á Dios! como decía el tío Lucas al narrarlo. Después, ya son ambos lancheros.

*
* *

¡Sí! lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que se-

meja una horca; remando de pie y á compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle; gritando: ¡hiiooeeep! cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo; ¡sí! lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos á horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo...

Íbanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar á una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban, al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha. Empezaba el trajín, el cargar y el descargar. El padre era cuidadoso:—«¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¡Que vas á perder una canilla!» Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de roto viejo y de padre encariñado.

*
* *

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, á buscar plata; hoy es sábado.

Y se fué el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, á la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las

poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo, el són del hierro; traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando á toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, sonando como una matraca al correr con la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían á la manera de un pez en un anzuelo, ó del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado á otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Éstos formaban una á modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso á brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todas las prosas de la importación envueltas en lona y fajadas con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos. Letras "en diamante", dije yo al tío Lucas. Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

*
* *

Sólo él faltaba.

—¡Se va el bruto! dijo uno de los lancheros.

—¡El barrigón! agregó otro.

Y el hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir á cobrar y á desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza! mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir á tierra, cuando se vió una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto, quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día, no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver á Playa-Ancha.

*
* *

Me despedí del viejo lanchero, y á pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial que venía de mar afuera, pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

RUBÉN DARÍO

FIDELIDAD

Puisque j'ai mis ma lèvre
à ta coupe encore pleine...

V. Hugo

Pues que á tu copa llena todavía
mis labios he acercado, y en tu pecho
mi frente recliné;
puesto que el vivo y cálido perfume
de tu alma enamorada y soñadora
ansioso respiré;

puesto que las palabras inmortales
de un corazón que ardiente se evapora
un día pude oír;
puesto que vi llorar, sombra querida,
tus ojos en los míos, y en mi boca
tu boca sonreír;

pues que en mis bellas noches de otro tiempo
destelló sus fulgores en mi espíritu
un rayo de tu luz;
pues vi caer en la ola de mi vida

leves hojas de rosa, desgajadas
de tu alma juventud;

puedo hoy decir al tiempo fugitivo:
—¡Pasa! sí, pasa siempre! que no puedes
envejecerme ya.
¡Ah, pasa con tus flores marchitadas,
porque en mi alma una flor querida guardo
que nunca has de secar!

¡Pasa siempre! no puedes arrancarme
este recuerdo que en mi mente vive
con infinita luz;
hay más que en ti cenizas, fuego en mi alma!
¡Mil veces más amor tiene mi pecho
que olvido tienes tú!

JACOBO EDÉN

LA MIGNONE

Á MI AMIGO LINDOR HURTADO C.

En un hermoso país, costanero á un mar donde no existía puerto alguno y sí tranquilas mareas y á veces tormentas admirables, había diseminadas algunas alquerías pajizas, abrigo de otros tantos hogares apacibles.

Una de ellas, asentada en la quiebra húmeda y montañosa que desciende de elevado monte, era la más rica y pintoresca de todas, con sus trojes y cuadras espaciosas, con sus álamos y sauces, y con sus claveles, clavellinas y duraznos que se mostraban en flor, por ser el tiempo de la primavera.

Allí vivía, feliz y tranquila hasta esa época, una muchacha airosa que cautivaba con sus ojos expresivos, así como la florecilla del campo suele, con su hermosura y pureza, atraer las miradas del viajero.

*
* *

Sólo habían pasado para ella los años en que el hom-

bre, como las mariposas, toca levísimamente, y también sin apurar, los encantos que le rodean, y sin que por eso mismo puedan despedazarse los pétalos de cuya miel gusta. La pequeña empezaba entonces no más á tener la fuerza de la vida, y era mucho que en las tardes muy bellas, ó en las mañanas bulliciosas de la montaña se conmoviese un tanto y que destellos de felicidades incomprensibles la alterasen algunas veces.

*
* *

Desde años atrás, al avecindarse las noches, cuando el padre fatigado llegaba á su albergue, ella entonaba, acompañada de su bandola, acordes mágicos que embelesaban al anciano, y cuyos sones debió aprender la niña de las aves de la madrugada.

En estos momentos la mansión feliz transformábase en un santuario, por la paz que se alentaba y por esos sonidos melodiosos, recuerdos del suave viento y del despertar del día, y, acentuados como eran por la inocencia y por los labios perfilados de la bella *mignone*, adquirían existencia prodigiosa, de tal modo que, al extinguirse las canciones, el envejecido dueño atraía á sí á su hija y la estrechaba, besándola en su frente radiosa y tersa.

*
* *

En los días de sementera y de mieses concurría también á la campiña, y bajo una arboleda de grata sombra copiosa, inspeccionaba la preparación de la menestra para los sembradores y cosecheros que ayudaban á su padre en los afanes campestres. Allí se dilataba su vista

contemplando á las faeneras que, alegres y cantando, no lejos de sus novios ó esposos, daban mano á desposeer al sembrado de su precioso producto.

Cavilaba tenuemente en la causa por que el sosiego empezaba á apartarse de ella con los años; apuntaba recuerdos vagos, situaciones... ¡Tal vez rememoraba un otro sér de muy velado mirar que de continuo, en algunas épocas, transitaba cerca de ella!

*
* *

Al otoño, cuando se acumulaban en la granja las simientes recogidas, é iban á ella los labradores para desojar el maíz y desgranarlo, discurría entre ellos nuestra *mignone* ó se sentaba á su vista atareada en alguna labor de mano. En estos casos, no faltó vez en que observase á alguna bella campesina que, junto con trabajar, dejase ir la vista hasta toparla con alguno de los mozos trabajadores y que ambos sonriesen con placidez y dulzura, tal como si fueran sabedores de algún encantador romance ó historia muy sentida que uniera sus miradas así tan simpáticamente.

Veía después á los mismos irse juntos, rendido el uno, y satisfecha y recatada la otra, pero murmurándose bajito palabras que se supondrían interesantísimas por el desasimiento que de los demás jornaleros llevaban.

*
* *

Después de una de estas pocas ocasiones, en las cuales podía ver lo ajeno á su hogar tranquilísimo, y preocupada de indagar lo que sabrían para ellos dos la pareja

agraciada, se lo preguntó á un anciano que cuidaba de todo en la casa de su padre. El viejo, alzando sus ojos maliciosos, y sorprendiendo la curiosidad de la niña, intencionadamente la dijo «que debía ser algo de lo que ella enunciaba diariamente en sus canciones, y mucho de lo que un cierto vecino la diría si no se temiera al padre, sospechado de poco amigo de ceder lo que le pertenece».

*
* *

Así, por estas y aquellas circunstancias, y en materia tan tangible, íbanse aglomerando haces sobrado consistentes para la pira que no tiene en su coronación sino chamizas y plumas delesnables. De una parte había alma y sensibilidad propias; tristeza y solicitud en otra persona; muchos ejemplos, y además música y canto no entendidos en su letra, y ¿de menos? sólo un soplo que condensase el calórico y lo allegase. ¡Quizá lo daría la palabra suspicaz y la experiencia del viejo!

*
* *

Y de este modo corría el tiempo.

Ya en las tardes templadas que sucedieron al invierno, á la hora de las oraciones, cuando clamoreando el esquilón de la iglesita convocaba á los moradores del valle á tributar sus plegarias á la Virgen de los cielos, nuestra niña aceleraba también sus pasos para ir á vaciar sus ternezas á los pies de la que era su Madre doblemente dulcísima desde que descansó la suya terrenal.

Empero, tardes había, de esas de revueltos celajes y pesada atmósfera, en que se siente turbado y débil el

espíritu y en desquicio la razón, no pudiendo ordenarse los pensamientos, y en las cuales el rezo ó la palabra fluyen de los labios apenas, pareciendo que el alma no necesitase de ellos, y sí mejor de cualquier embeleso... flojo y halagüeño, por supuesto. De estas tardes hubo para la piadosa *mignone*, en las cuales veía acortado su vuelo celeste y robada del todo la unción en que bañaba sus preces ordinarias.

Y si en el recinto de la casa santa suspendían su ánimo vaciedades, inquietudes y sutiles preocupaciones, ya afuera y al lado de su padre volvíase á su solar triste y pensativa. ¡Veía en su rededor, ó adivinaba, á lo menos, tantas felicidades, tal vez no consistentes en más que en la realización de ese mundo de indefinidos ensueños que empezaban á enloquecerla!

*
* *

En estas noches tenían otro acento sus cantares; siendo ella el desierto mismo, y perturbada como estaba hasta no tener alma, únicamente el estro de quejoso canto se avenía con su estado. Silabeaba su garganta vibraciones poderosas y sólo lamentos constreñidos, así como los de Ariadna abandonada en su amor del cielo y de la tierra; y ello con razón era así, pues que eran sus cuitas de las más amargas, de esas que se soportan á solas y sin lágrimas y sin amigos... Pues, por lo informe de sus imaginaciones, ó tal vez por un malicioso instinto ó temor infundado, se guardaba bien de comunicar ni aún á su padre, los tormentos escocedores que la cercaban.

¡Ah! y de todo recelaba la pobrecilla: de la luna, que nunca dice sino tristezas á un corazón solitario; veía en

su luz mil sombras desapiadadas, percibiendo aún en el aire ensordecedores ruidos y anestésicos en los mismos aromas de éste.

*
* *

Una de estas veces, aturdida así y pesarosa, en hora avanzada, buscó la soledad de su alcoba y, aunque siempre velando su malestar, rindióla al sueño el propio desconcierto. De este modo, dormida y despierta, ya en los momentos en que toda la noche desvanece su oscuridad en misterios y espasmos, y en los cuales ciertas aves se ciernen fatídicas sobre la morada de los vivos, impulsando desgracias con el aleteo de sus plumas, y en cuyas horas las hadas tienen su dominio, acongojósele á la muchacha el corazón... y, tal vez porque una de estas hechiceras se allegó demasiado á su lecho y la embriagó con su aliento, tuvo la pequeña sueños antes no sentidos, experimentó extremecimientos en su alma y extrañas y tiernas imágenes la hicieron despertarse.

*
* *

Se levantó con el alba, y las armonías de ésta, que otras veces oyó impasible, suscitaron en su corazón un delirio que se descifraba en contento íntimo, en sobresaltos y así como en *exceso de vida*.

—¿Qué me pasa, se pregunta que de este modo se me oprime el pecho, y sueño como si estuviera durmiendo?...

Los pájaros tenían otro lenguaje, otra era la cadencia de las aguas y todo era nuevo y dulce para la pobre

mignone; empero, ella desfallecía en medio de la vida que rebosaba la naturaleza, y los vértigos del corazón aturdían ya su cabeza.

*
* *

Á la hora del sol ardiente se sintió abatida, y fuése á reposar en la sombra de los árboles. Allí, reclinada y dormitando revivía á ratos, agitado con fuerza su pecho.

—¿Qué es lo que presiento? dijo. ¿Es ilusión, locura, felicidad?...

Cerró los ojos para darse cuenta de la visión que la sobrecogía y se transportó á regiones deleitosísimas... complacencia y bienestar eternos, eterna risa y un danzar sin fin; parejas de blanco vestidas y con alas rojas se precipitaban anhelantes y se desvanecían al juntarse... ella también se desvaneció y creyóse en medio de la multitud alada...

Se incorporó, entonces, temblorosa, con sus mejillas inflamadas y sus ojos húmedos, y diciendo:

—Iré hacia el mar donde el fresco siempre me reanima.

Y abstraídamente á orillas de las aguas encaminó sus pasos.

Llegada á unas rocas donde morían las olas, contra una alta peña se afirmó de espaldas, y dejó que las aguas, con su música, reemplazasen á su bandolín, que mudo retenía en sus caídos brazos.

*
* *

Admirábase del contraste que hacía su alma con la impasibilidad del océano; pero fijó en él su mirada in-

tensa, y seguramente lo halló también nuevo en sus ecos, puesto que no estaban muertas esas aguas y tenían su vida propia, sus armonías sublimes y hablaban de grandezas y decían que también realizaban misterios; que existían en su seno fuerzas en combate, aspiraciones, deseos ¡quizás semejantes á los que ella experimentaba!

Y naturalmente, esos peces y esas aves que rompen ó rozan la superficie no sólo para existir habían de vivir; deberían tener sus goces, sus inquietudes y zozobras.

Ella hubo de comparar entonces y decirse:

—Yo no he nacido por nacer ó para morir únicamente; que entreveo felicidades, dichas que en la existencia que hago, no tengo cercanas; un algo más en mí alienta ó echo de menos, que no es sino fascinación que se despierta más y más con todo lo que alcanzo, con las flores, el sol, las aves, el mar y aun el aire. ¡Oh! ¿qué me pasa, Dios mío?

*
* *

Durante sus meditaciones no había cambiado su actitud; sus ropas las mecía el viento, y sus cabellos, sujetos por una pañoleta y caídos sobre el hombro, daban también al aire. Éste, jugueteando á ratos, arrancaba sonidos á las cuerdas y á la caja del bandolín que permanecía abandonado entre las manos de la muchacha, que, así extasiada, interrogaba al mar para que en su grandeza le explicara los impulsos de su pequeño corazón.

Mas ya iba hastiándose, y miraba indolentemente á su superficie, cuando vislumbró, lejísimos, y sobre la mar brillante, algo que parecían las alas de una balandra que el viento arrastrase á aquella costa. Irguióse á

esto, y un ansia y temblor insólitos la hicieron devorar el espacio, clavando la vista en lontananza; afianzó después su pensamiento, velando sus pupilas los párpados, y... ¡era ello seguramente! pues, deteniéndosele el aliento, se le agolpó la sangre al cerebro, vagamente temerosa de que estuviera muy inmediata la explicación de su recóndito y abstruso malestar... y tiritaba y acusaba á las brisas de confidentes y de no tener en sus pliegues sólo vapores del mar, culpando también, ya supersticiosa en demasía, á las aguas de no tener amarguras simplemente, sino de contagiar á los moradores de sus orillas con los pensamientos y pasiones que ellas sorprendían en otros hombres de remotas playas.

*
* *

Y en verdad que todo es anuncio en el corazón del hombre. En él tienen eco anticipado todas las desgracias y aun á veces las felicidades. Cuando un suceso posible, aunque no previsto, ha de sobrevenirnos, adviértelo aquél á nuestra memoria, que se fija y piensa en el amigo ausente ó en la especie alejada y que luego estará á nuestro lado. Si acaso es irreparable y dura infelicidad lo que nos amenaza, también una mano oculta (tal vez la de un cruel sátiro) nos aprehende el corazón y lo entristece y lo atinge, haciendo á nuestros recelos que pregunten y comprendan qué hechos infaustos nos aquejarán presto.

No otra cosa que alguna especie de estos presentimientos, aparte de las situaciones del vivir, fueron preparando el ánimo y llevaron á la ribera del mar á nuestra *mignone*.

Aquella vela alígera que se allegaba del mar corriendo

las profundidades, y destacándose velozmente, traía á su sombra y á la intemperie de la bruma á un joven. Y era quizás para éste calmado el correr de las tablas que le llevaban, pues más prisa querrían sus anhelos, si preñaban su fantasía los contornos y gracias de una morena bellísima que, aun en el despego inocente con que recibió en otro tiempo los agasajos que la había rendido, le había ella más amarrado el corazón. Era por esto que, mejor que cualquier piloto, aquel mozo habría descubierto en medio de la mayor oscuridad el rumbo que lo condujese al remanso que se hacía entre altos farellones de rocas, allí en la costa solitaria y poblada tierra adentro de alquerías dispersas.

*
* *

Anteriormente, en nuestra historieta, cuando la *mignone* pedía al viejo mayordomo que la explicara la causa del ensimismamiento notado en la amartelada pareja que, trabajando en la granja, entonaba cánticos con sus ojos y con sus sonrisas á una deidad secreta y sin duda risueña también, la había dicho el anciano, que los amorosos pimpollos se decían «mucho de lo que á ella diría un cierto vecino si no se temiera á su padre».

Con esto, y con la malicia perspicaz de la edad, ella fué recogiendo sus recuerdos; constándole después con certeza que en algún tiempo alguien siempre solícito asistía cerca de ella; y que, con la mirada cautelosa y arrobada de quien adora humildemente, la seguía en sus idas al campo y á la iglesia.

Tampoco se había olvidado de una noche, en la cual, al salir de su alcoba á la estancia en que ensayaba sus tocatas delante de su padre, su perrillo ratonero, que ja-

más se separaba del ruedo de sus faldas, intranquilo y bravo había arremetido á una sombra que se deslizaba por los rosales del cerco, y que ella lo había sujetado atemorizada no obstante, pero juzgando que no era malhechor quien rondaba su verjel.

Y aún en otra ocasión, en la cual ya los mantos de la noche habían oscurecido los senderos del jardín en cuyos bancos ella había ido á ver morir la tarde, vió á la aparición silenciosa, y oyó, cuando ella pasaba, que decía:—«No temáis, que soy vuestro duende que aquí vengo á recrearme con la soledad y con vuestro canto»; y recordaba que ella había huído, y el perrillo mirado á él y después á ella y ni ladrado siquiera, y sí meneado la cola y continuado tranquilo, como sabiendo que ya no se trataba de enemigos, y tal vez queriendo reír por medio de sus festejos de tan coquetuela circunstancia.

Así todo, todo se compaginó en la cabeza de nuestra muchacha en el rápido momento en que, hasta amainar su vuelo la balandra, se revolvía con tiento entre los riscos porque no la acariciasen y para encontrar un abrigo entre los abruptos flancos de aquella costa escarpada.

* * *

El joven que hemos hecho aparecer en nuestro relato, ó mejor, el padre de éste, rico comerciante en lejana latitud, tenía en aquellos valles una extensa bodega y cortas posesiones en su rededor, donde había construído un pintoresco *chalet* y delineado un cortijo de recreo. Aquí en la soledad, que era alejada sólo por la espléndida vista del mar y de los campos, y de los caprichosos jardines y planteles, pasaba Alicio, que así se llamaba nuestro joven, los más de los meses del año.

Eran sus pasatiempos y ocupaciones alguna lectura y paseos por su estancia, y también algunas excursiones á la vivienda y á los campos de nuestra bella y humilde protagonista, de quien se había prendado con el entusiasmo que tienen los que, cansados de los atavíos y ostentaciones que ofrecen las grandes ciudades, y misántropos casi, gustan de las violetas sencillas é ingenuas, á las cuales ni un defecto ni exceso de civilización han maleado en sus cualidades. Sin embargo, nunca Alicio se aventuró en una demanda formal, sea porque viese una posición distante entre él y su adorable atractivo, y él era generoso; ó porque pensase que el padre de la niña la consideraría aún muy *mignone*, atenta la niñez que siempre las canas asignan á los que vieron pequeños; ó tal vez que el viejo fuese realmente cegado de lo que amaba, y si no, receloso, al menos, de que ciertos afectos nunca son amor, sino únicamente cuando no se puede menos que amar, cual sucede aquello cuando se rozan clases diferentes en la sociedad. Y en todo caso y siempre, el honrado campesino se le presentaba arisco y altanero, como la soledad y la labor constante entre las cuales transcurría su vida.

*
* *

Por esto nuestro joven, que llegaba entonces á tener sus días tranquilos, y aguijoneado tal vez de sus fantasías simpáticas, no había antes sino de lejos atisbado á la virgen de sus encantos, siguiéndola en sus trajines y oyéndole noche á noche sus cantares desde el vallado de rosas que cercaba la más apuesta alquería de aquel valle, de continuo rumoroso y apacible.

Pero entretanto, ya Alicio estaba en la marina, ho-

llando su arena húmeda y cuidando con la vista, como marino experto también, de que se asegurasen las amarras de su barco, para irse después hasta su *chalet* almenado y seguramente tomando de pasada el camino de la casa de nuestra niña.

Y ahí estaba todavía, cuando de improviso sintió el ruido de la titilación de unas cuerdas, y tembló, como si le hubieran sorprendido en delito, dirigiéndose después con fuerzas no seguras á las rocas tras las cuales se produjo el sonido; pero... quedóse turbado ante la tierna *mignone* que se enderezaba á su vista, saliendo del sitio en el cual vacilando se había ocultado, al ver tan cercano á ella al que ya asociaba tal vez á su corazón.

***

Acortado nuestro joven en la presencia de su soñado ideal, de su amor mismo que era, quizo retirarse, no pudiendo modular lo que decía su pecho. Y hacíalo ya trepidante y entristeciéndose, cuando notó que los ojos de su compañera de soledad, anunciando penas, relampagueaban inciertos.

De pronto Alicio, asaltándole remordimiento quizá, se detuvo, cobró ánimo y se allegó donde ella estaba, y apoyado en la piedra, dobló hasta el suelo la rodilla, exclamando á la vez, dudoso de sí mismo:

—¿Eres tú, mi niña, ó acaso un aparecimiento del mar ó del hielo?

La *mignone* arqueó sus labios bellos dándoles un ceño de enojo que se marcó también en sus pupilas para protestar de que se quisiera descubrir sus pasiones, y contestó sencillamente:

—Sí... que siempre gusto del mar que me halaga con sus juegos.

En este punto decimos nosotros: ¿Á qué contestó que «sí» nuestra *mignone?* y ¿por qué su excusa después? ¿Contestaba á sus pensamientos, queriendo decir que sí era ella la que amaba, ó la que era amada? ¿Querría leer en el rostro del mozo la pregunta de «acaso le esperaba á él», cuando respondió que «sólo los juegos del mar ahí la habían llevado»?

*
* *

Alicio estuvo un momento estudiándole la fisonomía y admirándola, mientras á él le latía locamente el corazón á la vista de la delicadísima niña. Después, comprendiendo por las contracciones nerviosas de la *mignone* y por su cambiado semblante, que estaba ella en su hora de ensueños más bellísimos, agregó de pronto:

—¿Nunca, mi niña, has comprendido el lenguaje de esas olas, ni enloquecido tu alma el arrullo de sus notas? ¿Nunca has meditado en la majestad soberbia del mar?

La pequeña sólo se encendía y temblaba. Él, presa de delirio, tomó entre sus manos la que á ellas inmediata abandonada tenía la niña, y desde los adentros de su alma dijo:

—¡Ah! yo tampoco... Desde que á tus vecindades llegué, no ven mis ojos este mar; ni tampoco el sol, alzándose en el término de las aguas, luce para mí... porque ¡ah! está arrobada mi alma por otro mar y otros celajes!... ¡Los de tus ojos, bella mía!... ¿Lo puedes dudar? no ¡que sí es! y que ni oír ni ver me es dado: allá en las almenas de mi casa, nace el día,

cantan las aves y yo siempre destilo lágrimas en mi alma, pues te admiro á ti aquí adentro y veo tu indiferencia que me rodea y burla. Tus cantares, que, tendido en las inmediaciones de tu casa, escuchan mis oídos, son espadas que me hieren, por ser ellos tan divinos y estar tú tan lejos...

Hubo una pausa, pareciendo haberse él calmado y ella puéstose más trémula. La contempla despacio un momento con extraviados ojos y como fuera de sí, y la hiere más todavía diciéndola:

—Mi niña ¿no has sentido jamás, no en la naturaleza sino en tu alma, aquella debilidad y ansia que se posesiona de nosotros, cuando el corazón lleno aspira... aspira... y nada ase de sus delirios? ¿Nunca el rumor de tus cantos te ha arrancado de la tierra en la cual vivimos, y, fantaseando ¡ay! con un mundo tenue, irrealizable, loco, hase anonadado tu corazón y tu inteligencia delante de un imposible? ¡Oh! comprendas ó no esto, déjame besar tu mano, y que concluya el mundo...

Los labios de Alicio, como chispa de un rayo, sobresaltaron á la *mignone*, que lloraba y estaba mustia y sin espíritu al comprender que sus inquietudes y todo el mundo eran sólo amor.

*
* *

En verdad ¿qué son las cascadas, las nieves, el fuego y el mar?

En todos ellos los átomos están unidos por la simpatía de la naturaleza y del mismo origen, y en todos estos hay un corazón que habla á otro, pero intensamente, sin que nada los descarríe, y uniéndose, aún, para for-

mar los torbellinos y producir el vértigo al confundirse.

Y lo mismo en el hombre. Pocas veces un corazón que duerme deja de oír el acento de un otro corazón cuando no se le tiene enfermo ó educado hasta haber perdido la sensibilidad y el sentimiento. ¡Oh! y cuán suave y hermoso es el despertar de dos almas! ¡Qué unción y celos tan celestiales los que nacen del amor! ¡Cuánto el de las palabras que lo preparan, y cuánto es poderosa la impresión...! Para la *mignone* sensible y delicada, fué como el *fiat* del Creador á la luz y la *mano de nieve* de que nos habla Becquer, que arrancó el secreto al arpa silenciosa que yacía en el bosque; y ¡qué de notas dormían en sus cuerdas! Los átomos del aire que las oyeron, despertaron también, estrechándose cariñosamente; se besaron las hojas de la hierba y de los árboles, y aceleraron su curso las savias y toda la naturaleza palpitó porque no se perdiese el ejemplo de vida que había conmovido á aquellos jóvenes corazones.

* * *

Y transcurrido aquel instante que es uno en la vida, cual el de los grandes dolores, y después de las miradas blandas como rayos de la luna que sus almas en consonancia se dieron, juntos en conversación amable, la niña y el mozo se encaminaron á su vallezuelo. Sombreaba ya la tarde, y sus manos entrelazadas al oprimirse ponían el sello á las promesas vehementes que hacía Alicio, y que la ruborosa *mignone* escuchaba muda y anhelantemente.

Llegados al linde de sus cortijos, conmoviéndose sus corazones, se detuvieron bajo un granado para darse el

adiós expansivo de los que se aman. No era de esta tierra el mirar rendido de ella al captor que con sus palabras habíale mostrado la felicidad por ella columbrada en sueños. Fijándose en el movimiento que al hablar hacía el bozo de Alicio, recordaba la *mignone* el viaje de su espíritu al país de los seres de blanco vestidos y con alas de fuego, y ya teniéndoselo las palabras dicho todo y asomadas sus almas... se confundieron en una promesa que los haría uno por siempre.

*
* *

Cuando el padre de la *mignone* llegó ese día de sus tareas, presurosa corrió ella á colgársele del cuello diciéndole:

—Has de saber, padrecito mío, que hay otra persona que me quiere como me quieres tú: hoy Alicio me lo ha dicho, y me ha llorado jurando que así será siempre y que me amará muchísimo. ¿No deseas tú que así también le ame yo?

En esa tarde el tono de sus estrofas tenía una acentuación y un encanto irresistibles. ¡Veía hasta tan lejanos términos su alma, eran tan límpidos y puros los ideales de sus sentimientos y del vivir que se auguraba!

Mientras llegaba Alicio á solicitar del anciano padre que le otorgase el cielo de su amor, la *mignone*, inspirándose en ella misma y parodiando una canción delicadísima, que ella había aprendido de un marinero náufrago á quien, año hacía, habían recogido en la casa, así de esta manera, si no en esta forma, expresaba su situación envidiable.

—«Si estás despierto llámame temprano, padre queri-

do, porque quisiera ver al sol alzarse sobre el alegre día. Es el primero de mis días que he de ver... porque Alicio será mío, así me lo ha jurado, padre queridísimo.

—"En la madrugada, cuando el sol perezoso quiera sorprenderme floja, la torre de la iglesita sombreará ya mi blanco tocado, y dentro de sus murallas el Señor bondadoso y las labradorcitas humildes bendecirán los pasos de esta pobrecilla que va á ser tan feliz con Alicio, padre queridísimo.

—"Y tú, querido, lo querrás mucho ¿no es así? Es Alicio tan tierno y está tan encariñado de tu hija, del pedazo tuyo, como me llamas, que tendrás que llorar de placer al vernos juntos discurriendo por las montañas y sotos de nuestros campos."

*
* *

Después de aquella mañana, ya la vida de la *mignone*, y de Alicio amándose tanto, y alejadas de ellos las penas que jamás se aparejan con el amor, fué modelo que tomaron todos cuantos querían ser felices; y á pesar de que fué corto el vivir de los esposos, como predilectos que eran de la felicidad, siempre hubo de envidiarse la dicha que gozaron, tal vez porque los que mueren amándose y jóvenes aún, mueren ancianos, ya que los lapsos del amor son eternos é indefinibles, por olvidarse en ellos el tiempo.

José C. Larraín

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

ASILAR, ASILARSE

Los verbos *asilar*, dar asilo, y *asilarse*, buscar asilo, son muy usados en Chile. «El ministro plenipotenciario *asiló* en su casa á los revolccionarios.» «El demandado *se asiló* en la prescripción.»

La ley relativa á la casa de locos promulgada el 31 de julio de 1856 dedica el título 4.º á la condición civil de los *asilados* en estos establecimientos.

Las palabras mencionadas no vienen en el DICCIONARIO de la Real Academia Española.

En 1842 y en 1843, don Andrés Bello escribió en EL ARAUCANO tres artículos para refutar dos publicados en EL MERCURIO, que llevaban estos títulos: «Exposición de la conducta seguida con dos bolivianos *asilados* en Chile,» y «Despedida de dos bolivianos *asilados* en Chi-

le»; pero debo advertir que Bello no empleó en esos artículos el verbo de que se trata.

En vez de *asilar, asilarse,* debe, según el DICCIONARIO, decirse *refugiar, refugiarse.*

Sin embargo, existe el sustantivo *asilo,* que tiene dos significados: 1.º «lugar de refugio, de retiro, de amparo»; y 2.º «amparo, protección, favor».

El significado de *asilo* no es precisamente igual al de *refugio.*

Asilo, según el DICCIONARIO, se llama especialmente el lugar de refugio para los delincuentes.

Así, el verbo *asilar, asilarse* sirve para expresar una idea que no es la que se indica con *refugiar, refugiarse.*

Efectivamente, la formación del verbo *asilar* no es ni reciente, ni exclusivamente americana.

Don Juan José López de Sedano, el colector del PARNASO ESPAÑOL, lo empleó en una tragedia titulada JAHEL, que dió á luz en los últimos años del siglo XVIII.

En esa composición, se lee esta frase: «el refugio las *asila*», que don Tomás de Iriarte censuró en el diálogo DONDE LAS DAN LAS TOMAN, negando á López de Sedano el que tuviera mérito bastante bien sentado para ser maestro de la lengua, é introducir palabras nuevas.

ASPA

El DICCIONARIO de la Real Academia Española señala diversas acepciones á la palabra *aspa*; pero no la de latitud de una mina que le señala el artículo 79 del CÓDIGO CHILENO DE MINERÍA, el cual, á la letra, dice como sigue:

«En los criaderos regulares, las pertenencias constarán,

habiendo terreno vacante, ó no ocupado por otras minas anteriormente demarcadas, de doscientos cincuenta metros de longitud, y de ciento á doscientos de *aspas* ó latitud, según sea la inclinación de la veta con relación al horizonte.»

ATRIBUCIÓN, FACULTAD

Don José Joaquín de Mora, en su COLECCIÓN DE SINÓNIMOS DE LA LENGUA CASTELLANA, se expresa así:

«Las *atribuciones* son los actos que debe ejercer el empleado público; sus *facultades* son los usos que puede hacer del poder que la ley le confía. Una de las *atribuciones* del juez es examinar los testigos; una de sus *facultades* es imponer penas al infractor. Los agentes inferiores de la autoridad tienen *atribuciones*, y apenas puede decirse que tienen *facultades*.»

Según lo que acaba de leerse, Mora entendía que los funcionarios públicos están obligados á ejercer sus *atribuciones*; y que pueden ejercer ó no sus *facultades*.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no establece semejante distinción.

Atribución, dice, es «la facultad peculiar, y por lo común privativa, que va con el ejercicio de un empleado ó cargo».

Así, para la Academia, el juez ejerce una de sus *atribuciones*, tanto cuando examina testigos, como cuando impone una multa.

Estas dos clases de actos pueden ejecutarse por el juez en virtud de las *facultades* peculiares y privativas de su cargo.

La definición del DICCIONARIO se halla perfectamente ajustada á la práctica.

Nuestra ley de 15 de octubre de 1875 denomina *atribuciones*, no sólo las funciones que Mora llama así, sino las que llama *facultades*.

Por esto, esa ley se titula *Ley de organización y de atribuciones de los tribunales*, y no *Ley de organización, atribuciones y facultades de los tribunales*.

El significado que la Academia señala á *atribución* debería confirmarse con alguno de los que señala á *facultad*.

Si no sucede así, es porque el artículo que el DICCIONARIO destina á *facultad* está manifiestamente incompleto.

Hélo aquí.

«*Facultad* (Del latino *facultas*). Sustantivo femenino. Potencia ó actividad de las cosas para causar ó producir sus efectos.—Ciencia ó arte. *La facultad de leyes; la facultad de un artífice.*—En las universidades, cuerpo de doctores ó maestros de una ciencia. *La facultad de teología, de medicina, de filosofía.*—Cédula real que se despachaba por la cámara para las fundaciones de mayorazgos, ó para enajenar sus bienes, ó para imponer cargas sobre ellos,ó sobre los propios de las ciudades, villas y lugares. Decíase más comunmente *facultad real.*—Médicos, cirujanos y boticarios de la cámara del rey.—Licencia ó permiso.—Caudal ó hacienda. Úsase más en plural.—(Medicina). Fuerza, resistencia. *El estómago no tiene facultad para digerir el alimento.*—*Facultad mayor.* En las universidades, se llamaron así la teología, el derecho y la medicina.»

Se ve claramente que, entre estas diversas acepciones, no se enumera la que el mismo DICCIONARIO da á *facultad* cuando determina el significado de *atribución*.

La deficiencia del artículo destinado á *facultad* se comprueba leyendo los artículos destinados al verbo *facultar*, y al sustantivo *derecho*.

AUTOR, AUTORA

El artículo 977 del Código Civil Chileno dice textualmente como sigue:

"Á los herederos se trasmite la herencia ó legado de que su *autor* se hizo indigno, pero con el mismo vicio de indignidad de su *autor*, por todo el tiempo que falte para completar los diez años."

La palabra *autor* aparece dos veces en este artículo empleada en una acepción que el Diccionario de la Real Academia no le reconoce.

Sin embargo, jurisconsultos de primera nota se la dan.

Entre otros, don Joaquín Escriche se expresa como sigue en el Diccionario Razonado de legislación y jurisprudencia:

Se denomina *autor* "la persona de quien se deriva á alguno el derecho que tiene en alguna cosa; ó bien, la persona de quien adquirimos alguna heredad, renta, ú otra cualquiera cosa, sucediéndole en sus derechos, sea á título universal, como por herencia, sea á título particular, como por legado, compra ó donación. El *autor* se dice más comunmente *causante;* y así el que posee un mayorazgo llama su *autor* ó su *causante* al que lo fundó".

Á fin de manifestar que el Diccionario debe comprender entre las diversas acepciones de *autor*, *autora*, aquella á que he aludido, voy á apoyarme en la autoridad de un literato español que los doctos individuos de la

Academia son los más solícitos en respetar, cuando se trata de estas materias.

Don Eugenio de Tapia, el ilustre amigo y compañero de Quintana, de Martínez de la Rosa, de Gallego, se dedicó á estudiar la lengua con particular esmero.

Se mostró siempre un severo observante y un decidido defensor de la pureza en el idioma nacional.

Entre sus poesías, se encuentra la siguiente letrilla, que basta para probarlo:

LA NUEVA NOMENCLATURA GALO-HISPANA

Dice, caro amigo,
Fabio el cortesano,
que es el castellano
pobre en la dicción.
¡Mira qué aprensión!

Y él del extranjero
voces nuevas toma,
funde nuestro idioma,
y hácele gascón.
¡Mira qué aprensión!

Clase y *jerarquía*,
voces son del moro;
rango es más sonoro,
dice el fantasmón.
¡Mira qué invención!

Él ha introducido
notabilidades,
y *capacidades*,
y *cotización*.
¡Mira qué aprensión!

Usa *financiero*,
si habla de la hacienda.

No hay quien le comprenda;
todo es confusión.
¡Mira qué invención!

Éntrome en la bolsa;
háblanme de *prima;*
Lucas se me arrima,
pídeme un *cupón.*
¡Mira qué aprensión!

Zoilo, el periodista,
sigue la reforma,
quiere *dar la norma*
en la locución.
¡Mira qué invención!

Llama á sus rivales
seres *refractarios*,
puros *doctrinarios*,
gente de *fusión.*
¡Mira qué aprensión!

Brilla en *la polémica;*
si alguien su honor mancha,
toma la *revancha*,
ruge cual león.
¡Mira qué invención!

Club llama á la junta,
ve la trama *sorda*,
óyele que *aborda*
franco la cuestión.
¡Mira qué aprensión!

Él nada pretende,
los ministros huye,
y *se constituye*
en la oposición.
¡Mira qué invención!

Hay en la política
marcha acelerada,

marcha retardada
y *emancipación.*
¡Mira qué aprensión!

Hay *oscurantismo,*
tabla de derechos;
hay *rampantes* pechos,
hijos de opresión.
¡Mira qué invención!

¡Ves los corazones
cómo *fraternizan!*
todos *simpatizan,*
todo es *efusión!*
¡Mira qué aprensión!

¿Dices que no entiendes
esta algarabía?
Hombre, si es del día,
lengua de fusión.

Ya que la extranjera
hueste allá no asoma,
hay en el idioma
franca intervención.

La simple lectura de la precedente composición, manifiesta superabundantemente que don Eugenio de Tapia no pecaba de indulgente en materias de lenguaje.

En efecto, aparece que rechazaba como extranjerismos insoportables las palabras *club, cotización, prima, cupón, refractario, fusión, polémica, emancipación, fraternizar, efusión, simpatizar,* que el DICCIONARIO de la Academia declara poder usarse en los significados que Tapia reprobaba.

No descubro por qué no podría decirse *trama sorda,* lo cual equivale á *confabulación silenciosa,* á *confabulación que se urde y se lleva á cabo sin ruido,*

Una de las acepciones del verbo *marchar*, según el DICCIONARIO de la Academia, es la de "caminar, funcionar ó desenvolverse con regularidad una cosa. *La acción del drama marcha bien; la cosa marcha bien; esto no marcha*".

Siendo así, puede decirse *marcha acelerada* ó la *marcha retardada* de la política.

Es cierto que el DICCIONARIO no ha admitido hasta la fecha la palabra *rango;* pero muchos literatos de nota, y entre ellos don Vicente Salvá, ó la usan sin escrúpulo, ú opinan que puede usarse á pesar de que tiene en nuestro idioma equivalentes como *clase, jerarquía, calidad.*

Don Andrés Bello, en los PRINCIPIOS DE DERECHO INTERNACIONAL, parte 1.ª, capítulo I, número 2, traduce como sigue un pasaje de los ELEMENTOS DE DERECHO INTERNACIONAL de Enrique Wheaton:

"La igualdad natural de dos estados soberanos puede modificarse por un contrato positivo, ó por la costumbre, para dar á un estado superioridad sobre otros en cuanto al *rango*, títulos y demás distinciones relativas al ceremonial."

El mismo Bello ha redactado como va á leerse el inciso 1.º del artículo 431 del CÓDIGO CIVIL CHILENO:

"Cuando los padres no hubieran provisto por testamento á la crianza y educación del pupilo, suministrará el tutor lo necesario para estos objetos, según competa al *rango* social de la familia, sacándolo de los bienes del pupilo, y, en cuanto fuere posible, de los frutos."

He entrado en esta digresión para manifestar que don Eugenio de Tapia, cuya autoridad he invocado varias veces en este trabajo, era un humanista no sólo muy experto, sino también muy rigoroso en este ramo.

Tapia, como se sabe, dió á la estampa en 1828 y 1829 una obra titulada FEBRERO NOVÍSIMO, de la cual publicó en 1837 una nueva edición notablemente enmendada, mejorada y aumentada con varias adiciones, entre las cuales una de las más importantes es un *Diccionario Judicial que contiene la explicación y significación de las voces que están más en uso en los tribunales de justicia.*

Pues bien, ha de saberse que el *Diccionario Judicial* de Tapia da á *autor* el significado de *causante*, y define *causante*, «la persona de quien se deriva á alguno el derecho que tiene, y así el que posee un mayorazgo llama su *causante* al que le fundó».

El DICCIONARIO de la Academia, aunque señala á *causante* el mismo significado que queda mencionado, no lo hace extensivo á *autor*.

Don Roque Barcia, en el DICCIONARIO GENERAL ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, menciona entre las acepciones de *autor* la de *causante*.

AVALISTA

El CÓDIGO DE COMERCIO de la república de Chile, promulgado el 23 de noviembre de 1865, define en su artículo 623 lo que entiende por *avalista*.

Llámase así (dice) «el que extraño á la realización de la letra, afianza su pago por una obligación particular que le constituye garante solidario con uno ó más de los ya obligados».

Ninguno de los diccionarios de la lengua que conozco trae este vocablo.

Tampoco es usado en el CÓDIGO ESPAÑOL DE COMERCIO, promulgado el 30 de mayo de 1829.

Sin embargo, es un vocablo necesario y formado con sujeción á un procedimiento muy común en nuestra lengua.

Aval, dice el DICCIONARIO de la Real Academia Española, es un sustantivo con que se designa la "firma que se pone al pie de una letra ú otro documento de crédito para responder de su pago en caso de no verificarlo la persona principalmente obligada a él".

El CÓDIGO ESPAÑOL DE COMERCIO destina la sección 6, título 9 al contrato *del aval y sus efectos;* pero no emplea ninguna palabra especial para denotar la persona que contrae la obligación.

Don Joaquín Escriche en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, ha recurrido para ello á la perífrasis *dador del aval.*

Tengo por más acertado lo que el CÓDIGO CHILENO DE COMERCIO ha puesto en práctica, diciendo *avalista.*

AVIENTA

El traductor español de la AGRICULTURA CHILENA por don Claudio Gay, llama *avienta* (tomo II, página 44) la operación agrícola en que se separa el trigo de la paja utilizando el viento para ello.

Durante la época colonial (y seguramente también en el día), la autoridad eclesiástica concedió permiso para que se practicase la *avienta* aun en día festivo cuando el tiempo estaba en calma ó amenazaba lluvia.

El DICCIONARIO de la Academia no da cabida á esta palabra; y admite en su lugar á *aventamiento.*

Aventadura significa "enfermedad de las caballerías,

que consiste en levantarse la carne, y formarse hinchazón y tumor».

AVALUAR Y SUS SINÓNIMOS

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no señala la menor diferencia entre los significados de los verbos *avaluar*, *valuar*, *valorar*, *valorear*, y el anticuado *avaliar*.

Todos ellos, según el DICCIONARIO, equivalen á «señalar á una cosa el valor correspondiente á su *estimación; ponerle precio*».

Quedan aún en castellano otros verbos que tienen significados por lo menos análogos á los de aquellos que acabo de mencionar.

Tales son *apreciar*, *estimar*, *justipreciar* y *tasar*.

Conviene examinar si el significado de éstos se diferencia en algo del de los anteriores, ó no se diferencia en nada.

Principiemos por *apreciar*.

Este verbo puede usarse en dos acepciones muy diversas.

Efectivamente puede significar: 1.º «poner precio ó tasa á las cosas vendibles»; y 2.º «graduar ó calificar el valor ó mérito de alguna cosa».

Tomado en la primera de estas acepciones, expresa exactamente lo mismo que *avaluar*, y aquellos de los sinónimos de este verbo á que el DICCIONARIO da un mismo significado; pero cuando se usa en la segunda, expresa una idea muy distinta.

Así puede decirse: «Pedro *aprecia* este cuadro ó este

reloj en mil pesos»; esto es, lo *avalúa*, lo *valúa*, lo *valora*, lo *valorea*, lo *avalía* en mil pesos».

En el ejemplo precedente, el significado de *apreciar* es enteramente el de los otros verbos que se mencionan, esto es, el de «poner precio ó tasa á una cosa vendible».

Pero con igual propiedad puede decirse: «Pedro *aprecia* mucho este cuadro ó este reloj».

En este ejemplo, *apreciar* significaría, no el valor pecuniario ó de venta, como en el otro ejemplo, sino el del mérito que se le atribuía, ó el de afección.

Don José Joaquín de Mora, en su COLECCIÓN DE SINÓNIMOS DE LA LENGUA CASTELLANA, no ha reparado, al hacer la distinción entre los significados de *valor* y de *precio*, en que estas dos palabras tienen, como el verbo *apreciar* y como tantos otros, dos ó más significados muy diversos.

«*Valor*, dice Mora, es el grado de estimación en que se tiene una cosa según su mérito, su utilidad, los recuerdos que con ella se asocian, ó las ventajas que de ella puedan sacarse; *precio* es la cantidad de dinero en que la cosa se estima en venta. Así hay cosas que tienen *valor* para ciertas personas, y no lo tienen para otras, lo cual no influye en manera alguna en el *precio*. El *valor* depende de un sinnúmero de circunstancias; el *precio*, sólo de las del mercado. Hay producciones del arte de tanto *valor* que no tienen *precio*, y hay otras de mucho *precio* que no tienen *valor* para los que no conocen su mérito».

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

FLOR DEL CAMPO

(Conclusión)

XVIII

Mucho desazonó á Manuel esta resolución de Arturo, no tanto porque á solas con él cansaba su conversación frívola é inocentemente jactanciosa, como por temores de muy diversa especie. Arturo era muy comadrero, como se ha visto; pronto averiguaría dónde vivía Menita, desearía conocerla, iría á casa de Facundo, y con su despejo y llaneza se insinuaría con toda esa gente y podría cautivar á la niña. No hay que decir que Arturo se enamoraría de ella la primera vez que la viese. Y ¿qué podía hacer Manuel para evitar que Arturo la viera? Nada. No podía exigir á su amigo que lo acompañase el día entero. Menita no vivía en «Renaico» ni dependía de Manuel. Y, sobre todo, ¿no había confesado con entera seriedad que lo de Menita había pasado para no volver?

Manuel conmenzó á conturbarse. Sentía celos, despecho. La idea de que Arturo podía tener en sus brazos á Menita, lo asediaba.

Hacía tiempo que no había visto á Menita. ¿Cómo estaría? ¿Habría cambiado? ¿Qué vida llevaba?... Le acudieron vehementes deseos de volverla á ver y, al propio tiempo, de protegerla. Si bien él la había deshonrado, no la había corrompido, y era obligación suya impedir que alguien la empujase del todo al precipicio. Como estos eran sentimientos nobles y honrados, Manuel se entregaba á ellos sin reserva, esforzándose en convencerse á sí propio de que no lo movía más que la honradez y que, por cierto, no se trataba de volver á las andadas.

Arturo no había vuelto á pensar, desde el día del paseo á la montaña, en aquella Menita de la cual le habló la vieja. Se quedó en «Renaico» sin ninguna mala intención, no más que porque ahí lo estaba pasando á maravilla; bien comido, bien bebido, bien dormido, y enteramente dedicado á la caza, su diversión favorita.

Sucedió, empero, lo que Manuel temía.

En una de sus excursiones, Arturo llegó á Mellico y, al pasar frente á la tienda de Facundo, preguntó al mozo que lo acompañaba que de quién era esa tienda.

—Es de don Facundo—contestó el mozo sonriéndose con malicia.

—Y ¿qué tiene ese don Facundo que te da risa?

—Nada, señor.

—¡Hombre!...—exclamó Arturo, asaltado por idea súbita.—¿Esto es Mellico? ¿No vive por aquí una Menita?...

—Aquí vive, señor. Esta misma es su casa.

—Pues, hombre... voy á apearme. Dicen que es muy buena gente. Á ver si me dan algún refresco...

Arturo se desmontó y entró á la tienda.

—Buenos días, señora. Amigo, para servir á usted—dijo saludando cortesmente á Facundo y á Josefa, que estaban contando dinero en un extremo del mostrador. —Sigan no más... no corre prisa...

—Ya vamos á acabar...—dijo Facundo.—¿Necesita algo?

—Sí; un pañuelo de narices... aunque sea de algodón... Acabo de perder el mío...

Mientras Facundo buscaba en los escaparates, Arturo, recorriéndolos con la vista, decía:

—¿Saben ustedes que la tienda está muy surtida? No creía encontrar por acá tiendas como ésta, ni campos tan cultivados como los que he visto por el camino.

—¿Usted no ha andado nunca por estos lugares?—preguntó Facundo, presentando á Arturo algunos pañuelos.

—Es ésta la primera vez. Soy del norte, de Aconcagua. Tengo allá una hacienda... No sé por qué me imaginaba que en estas provincias del sur había mucho atraso. Para quitarme esta idea, me invitó Manuel á «Renaico»... Supongo que ustedes conocerán al dueño de «Renaico»—agregó Arturo con muchísima naturalidad.

—¿No lo hemos de conocer, si es nuestro vecino?—contestó Facundo.—Es caballero muy bueno y muy cumplidor.

—Y muy buen amigo. Me invitó, como digo, y me he convencido de que aquí trabajan... como se debe. Tomaré este pañuelo. Páguese usted—dijo Arturo en-

tregando un billete.—Y no escasea la caza. Soy loco por ella.

—¿Le gusta cazar?—preguntó Facundo, muy relamido.

Desde que oyó que Arturo era amigo de Manuel, dejó cierto mirar desconfiado y tomó un modo de persona dispuesta á complacer y servir.

—Mucho—dijo Arturo—pero es diversión que cansa y acalora... ¿No vende usted uva? Diviso desde aquí un emparrado con racimos que me están tentando.

—Pase usted á la pieza y le serviré.

—Mil gracias, amigo.

Entraron á la pieza, y Facundo, luego que ofreció asiento á Arturo, salió al pasadizo y gritó:

—¡Menita! Trae un plato de uvas.

Arturo, al oír esto, cobró nuevos ánimos.—«Bien va la cosa», se dijo para sí. Del tono semiserio en que había comenzado, pasó á la familiaridad campechana. Cuando entró Menita al rato, los halló conversando como dos amigos.

—Señorita, mil gracias—dijo Arturo, levantándose para recibir el plato de uvas; y volviéndose á Facundo, le preguntó:

—¿Es hija suya?

—Sí.

—Pues, amigo, le juro que en mi tierra no se conoce fruta tan bonita.

—En el huerto—dijo Facundo—hay uva mejor y más bonita; pero...

—¡Qué uva ni qué calabazas! Estoy hablando de su hija. Hágase el que no entiende...

Menita, que se había puesto muy colorada, hizo ade-

mán de retirarse. Arturo, al notarlo, comenzó á hablar del extraordinario parecido de Menita con una señorita muy principal de Santiago, grande amiga suya. Menita, por no interrumpir el examen y la comparación de Arturo, tomó asiento.

Arturo saboreó las uvas una por una y, mientras tanto, contaba cuentos é inventaba mentiras sin pestañear. Lo singular era que daba minuciosas noticias de cómo se hacían las labores agrícolas en Aconcagua. Cuando Facundo le preguntaba por eso, Arturo decía: —"Pues, y aquí ¿cómo hacen este trabajo?"—"De tal y tal suerte", respondía Facundo.—"Allá es casi lo mismo, con pequeñas diferencias"... decía Arturo, y repetía con variaciones insignificantes lo que acababa de oír. Facundo le escuchaba con grande atención y creía que estaba oyendo cosas nuevas.

Arturo no alargó mucho la visita, ni anduvo con miradas á hurtadillas á Menita, ni con requiebros maliciosos, con lo cual se acreditó de caballero franco, llano y alegre.

Al tiempo de subir á caballo, dijo Arturo:

—Han de saber ustedes que en Aconcagua, la gente es más cortés que aquí. Cuando uno va por primera vez á una casa, se la ofrecen...

—Si aquí no ofrecen la casa, en cambio siempre están las puertas abiertas—replicó vivamente Menita, mientras Facundo se sonreía estúpidamente sin saber qué decir.

—Me alegro de saberlo—dijo Arturo—porque he descubierto por aquí cerca un lugarcito donde hay muchos pájaros y, como lo he hecho hoy, vendré estos días á comerle las uvas á don Facundo. Que lo pasen ustedes bien.

—Con tal que no se vuelva zorzal...—le gritó Facundo, riéndose de la gracia con una risa estrepitosa que parecía nacerle del fondo del vientre.

Arturo no salió de la casa de Facundo tan despreocupado como parecía. No creyó que Menita fuese lo que era. Pensó ver á una buena moza provocativa, y se halló con una señorita tras de la cual habría bebido los vientos si la hubiese encontrado en algún paseo.

El desengaño y la tristeza habían dejado huellas en el rostro de Menita; pero sin desmejorarlo. No ostentaba, como meses antes, frescura y lozanía. En cambio, el suave livor de las ojeras y la palidez de las mejillas, daban á la mirada de Menita mayor fuerza de expresión, que ya no era de malicia y viveza sino de melancolía. Nunca la tristeza parece más poética y amable que cuando imprime sus señales en una fisonomía viva y graciosa. Cuando roba los colores y demacra á una cara redonda, llena, que manifiesta principalmente buena salud y vigor físico, le da un aspecto de resignación forzada que sólo infunde lástima. En la primera uno lee el recuerdo de dichas é ilusiones ya pasadas, en la segunda ve dolor por el bienestar perdido y disgustos por las incomodidades presentes.

Arturo se sintió atraído hacia Menita por irresistible simpatía, que él atribuyó á la compasión que inspiraba esa encantadora niña, y se preguntaba:—"¿Cómo Manuel ha podido abandonarla? ¿Cómo ha tenido ánimo para separarse de ella? En su lugar, yo no habría podido"... Y Arturo, sin pararse á reflexionar en lo ilícito de semejante unión, se indignaba con Manuel. Le encontraba un corazón frío y egoísta. Determinó que, en llegando á la casa, le echaría en cara su conducta y le haría una

pintura tan viva de Menita, de su pena, de lo que ella merecía, que lo haría volver á los brazos de la bella campesina.

Como no la tenía delante, la veía imaginariamente diez veces más hermosa y celestial, y otras tantas veces más digna de compasión, de tal modo que, al llegar á «Renaico», Arturo juzgó prudente no decir á Manuel nada de lo que había pasado, ni aun contarle sencillamente que había estado en casa de Facundo. No se encontró con la calma ó, más bien dicho, con la indiferencia suficiente para hablar de esto á Manuel. Temió manifestar demasiado calor en la pintura de Menita, y tener poca paciencia para soportar las bromas de Manuel, porque éste no dejaría de llamarlo «Don Quijote, amparador de doncellas». Y si Manuel le dijese:—«Hombre, tu vienes enamorado de Menita» ¿no es verdad que, si bien eso no era cierto, lo pondría en gran confusión? Era preferible quedarse callado y no dar importancia al asunto.

Cuando Manuel vió á Arturo á la hora de comer, le preguntó, como de ordinario:

—¿Por dónde anduviste?

—Anduve cazando cerca de Mellico. ¡Un hallazgo!... En una vega con lagunillas me encontré una cantidad de patos. Ni un tiro perdido... Voy á volver mañana y pasado mañana... Tengo para una semana. Los patos los dí por el camino...

Arturo comenzó á referir con minuciosidad y entusiasmo sus supuestas hazañas. Manuel lo dejaba hablar: ni una sola vez lo interrumpió y, cuando Arturo no halló más que decir, pasó un largo rato sin que ni uno ni otro hablasen.

Al día siguiente, Arturo volvió á Mellico. No quiso ir con sirviente; dijo que no lo necesitaba y que ya sabía bien el camino.

Demás está decir que Arturo, desde que resolvió no contar á Manuel la visita á casa de Facundo, tuvo que confesarse á sí mismo que no era pura compasión lo que Menita le había inspirado, y cuando iba de nuevo por el camino de Mellico, no veía en la hija de Josefa una criatura digna de compasión, sino digna y muy digna de amor.

Todo pasó como la otra vez. Facundo esperaba al joven. Luego trajo Menita el plato de uvas, y entraron en conversación. Pero Arturo no pudo disimular algunas miradas decidoras y expresivas que dirigió á Menita, y cierta deferencia y particulares deseos de agradarla. Menita no podía menos de complacerse en ello y no ponía mala cara.

Arturo, según queda dicho y se ha visto, era muy ladino para insinuarse; pero, como carecía de penetración, cuando el asunto se volvía delicado no daba en el blanco y perdía la ventaja alcanzada.

Volvió á «Renaico» muy contento después de la segunda visita. Creyó que Menita estaba poco menos que cautivada y Facundo bien engatusado. Por lo que toca á Josefa, desde que la vió conoció que era un sér pasivo incapaz de hacer ó deshacer algo.

El cautivado y engatusado era solamente el pobre Arturo. Á Facundo nada le importaba que el joven tuviese fundos en Aconcagua. Desde allá no le había de mandar agua para regar, ni leña, ni le podía prestar bueyes ó aperos. Menita, por su parte, celebraba las gracias de Arturo y le agradaba que la lisonjease; pero

no lo apreciaba más por eso. Menita no era de alma vulgar; aún tenía instintos aristocráticos. Le caía mal la familiaridad de Arturo con un hombre como Facundo; no podía creerla sincera, y mentalmente la comparaba con el trato de Manuel, despejado y cortés, pero reservado y un poco altanero. Este modo le parecía más franco y propio de un caballero.

Siguió, pues, Arturo visitando diariamente la casa de Facundo. Á su parecer, la conquista adelantaba viento en popa, y tan absorto andaba en esto, que no advertía la aspereza cada vez mayor con que lo trataba Manuel.

Por entonces vencía el pagaré firmado por Facundo. El día del vencimiento, Facundo se echó al bolsillo quinientos pesos y fué á «Renaico» á la hora en que Arturo estaba en Mellico.

Encontró á Manuel en uno de los caminos del fundo y se le acercó.

—Buenos días, don Facundo—dijo Manuel.

—Para servir á usted—contestó Facundo llevándose la mano al sombrero.

Siguió al lado de Manuel sin decir nada, como siempre.

—¿Qué se le ofrece?—preguntó Manuel con sequedad, y manifestando visiblemente que le importunaba aquella entrevista.

—Venía, señor... porque no sé qué hacer... Quién sabe si á usted no le parezca bien... pero...

Facundo, mientras esto decía, tomaba y soltaba los billetes en el bolsillo.

—No le entiendo, don Facundo.

—Don Arturo se va todos los días á mi casa y se lleva en bromas con Menita. Como yo no puedo echarlo...

—¡Echarlo!—exclamó Manuel mirando de alto abajo á Facundo con soberano desprecio.—¡Sería bueno que usted echase de su casa á un amigo mío!

—Es lo que digo yo—replicó Facundo impasible.—Por eso no sé qué hacer. Que usted y Menita se hayan tenido afición... no digo nada; pero que todos...

—Arreglaré eso—interrumpió Manuel.—Ahora hablaré con Arturo.

Siguieron caminando sin hablarse.

Facundo tomaba y soltaba los billetes. Una vez los sacó del bolsillo y los guardó de nuevo.

—Ya es tardecito... Si se le ofrece alguna cosa...

—Nada. Gracias—dijo Manuel distraídamente.

—Si tiene algo que mandarme...—insistió Facundo apretando sus billetes.

—Nada, don Facundo.

—Entonces me iré. Tengo que ver un trabajito... Adiós, señor.

—Adiós—murmuró Manuel.

Manuel llegó á su casa con terrible mal humor.

Pensaba no guardar consideración alguna con Arturo, sino referirle el denuncio de Facundo y afearle con dureza su proceder abusivo y desleal. Después de esto, Arturo, si no había perdido la vergüenza, se iría de «Renaico», y esto era lo que Manuel quería.

Esa tarde llegó Arturo más contento que otras veces. Como Facundo fué á «Renaico», Arturo estuvo casi á solas con Menita, porque Josefa no más se halló presente, y pasó entretenidísimo conversando con la niña, sin preocuparse de Josefa. Ya pensaba en dar por terminada la conquista.

Así que conoció Manuel el contento de Arturo, lo

atribuyó á algún favor que Menita le hubiese concedido, y le vino por esto tal arrebato que, temeroso de propasarse á injurias, formó la resolución de no tocar el punto de Menita hasta el día siguiente, cuando pudiera hacerlo con tranquilidad y sin provocar altercado.

Pero, aun cuando consiguió por corto momento refrenar su rabia, no pudo reportarse del todo y comenzó á embromar á Arturo con rudeza y pesadez. Arturo lo soportaba, y con esto más cargoso é insoportable se ponía Manuel; pero una vez Arturo replicó con acritud. Entonces Manuel le dijo impetuosamente y como provocándolo:

—¡Cállate, imbécil!

Arturo lo miró de frente y le vió los ojos agrandados, la pupila brillante, la nariz dilatada, la boca apretada, en suma con todas las señales de un hombre á punto de estallar. Arturo nada dijo, sino que se volvió á otro lado, como si no hubiese oído la injuria.

La humildad de Arturo hizo volver en sí y avergonzó á Manuel. Su irritación y mal humor se disiparon instantáneamente. Pensó dar explicaciones, pero no halló qué decir. Lo humillaba la falta de educación que había cometido, más grave por ser en mengua de un huésped. Se vió como hombre ridículo al querer disputar á otro una querida ya olvidada.

Le pareció preferible borrar la falta con atenciones y obsequios á Arturo, y dejar que atribuyese aquello á un rato de mal humor.

Después de comer, Arturo se puso á leer los diarios y exclamó de pronto dando un golpe en la mesa:

—¡Hombre! Tengo que irme mañana.

—¿Por qué?—preguntó Manuel.

—Sale aquí un aviso de que, en tres días más, se rematará una propiedad en la cual tengo interés...

—¡Oh! Pero es en tres días más. Puedes irte pasado mañana—dijo Manuel.

Bien conoció que lo del aviso era pretexto, y sinceramente deseaba ahora que Arturo no se fuese.

—No... gracias. Necesito estar allá.

—Vamos. ¡Qué apuro! Te irás pasado mañana.

Arturo vaciló. Luego que lo echó de ver, Manuel se arrepintió de haber insistido. Si Arturo se quedaba el día siguiente, ya no se iría tan pronto é inventaría pretextos, que para eso le sobraba ingenio.

—¿Resuelves irte mañana?—preguntó Manuel con indiferencia.

—No sé si está mi agente en Santiago. Si supiera...

—Entonces voy á dar orden de que esté pronto el coche. Supongo que te irás en el tren de la mañana...

—Sí—dijo Arturo con desgano.

Al día siguiente partió Arturo con harta pena. En la estación, un sirviente de «Renaico» le entregó una boleta y le dió parte de que había embarcado para él un magnífico caballo, obsequio del patrón.

XIX

Después de la partida de Arturo quedó Manuel aliviado de un gran peso. Verdad es que algo lo preocupaba la manera como había despedido á su huésped; pero, á los dos días, recibió de su amigo una carta en la cual le agradecía en los términos más amables el obsequio del caballo, y recordaba con singular complacencia los días pasados en «Renaico».

Hasta una semana duró la tranquilidad de ánimo de Manuel. Parecía que aquel desahogo cuya víctima fué Arturo, le había servido de válvula. Luego volvió á excitarlo el deseo de ver á Menita. Este deseo se le presentó al principio como simple curiosidad; pero no tardó en ramificarse, por decirlo así. Ya no solamente quería ver Manuel si había experimentado algún cambio el aspecto de Menita; sino también si interiormente había ella cambiado. ¿Habría olvidado ella á su amante? Arrepentida de su falta, como debía de estarlo, ¿resistiría con firmeza á nuevos asaltos? Y Manuel, poniéndose en el caso de una resistencia firme de parte de Menita, sentía ímpetus diabólicos de subyugar de nuevo á la pobre campesina, de pervertirla, de obligarla á dejar sus buenas resoluciones.

Poco á poco la soledad del campo hizo convergir á este punto los deseos de Manuel. No se le ocultaba la maldad de su intento, ni dejaba de execrarlo. Sin embargo, aún no se habían borrado en su pecho ciertos instintos vengativos y odiosos que le había ocasionado el rechazo de su amor por Laura, y una avidez, despertada también entonces, de emociones fuertes y trastornadoras, como son las que uno experimenta cuando obra contra su conciencia y contra aquellas reglas de honra que se ha acostumbrado á respetar desde la infancia.

Cansado Manuel de luchas y vacilaciones, tomó un día resueltamente el camino de Mellico. Era un triste día de otoño. El cielo estaba cubierto por una espesa capa de nubes uniformes, muy elevadas y que parecían inmóviles. Su color gris sólo era interrumpido en una parte por una grieta azul. Manuel iba con la vista fija en

la grieta, observando las lentas transformaciones de los bordes. Mientras tanto pensaba en mil cosas, menos en el intento que lo guiaba. No quería pensar en eso.

Había tomado el camino más cómodo, y esta vez no cortó por atajos ni atravesó cercados. El caballo, con la rienda suelta y el cuello lacio, caminaba muy al paso. Manuel evitaba cuidadosamente los barrizales y charcos de agua cubiertos de hojas secas, que continuamente encontraba en el camino.

Al avistar á Mellico, divisó por entre los árboles casi desnudos y amarillentos, el techo rojo de la casita de Facundo que resaltaba con viveza entre la insípida y monótona variedad de grises que encontraba la vista en todas partes.

Manuel vaciló; estuvo por no seguir más allá. En ese momento no sentía en sí propio ninguna vehemencia amorosa, ningún movimiento de curiosidad. ¿Con qué objeto iba á casa de Facundo? ¿Era propio de un alma como la suya, intentar así fríamente lo que habría condenado en otro, aun cuando éste hubiese obrado á impulsos de la pasión? Manuel siguió reflexionando de este modo. Sujetó el caballo y volvió atrás, desandando el camino, siempre al paso. Pero á medida que se alejaba de Mellico, iban flaqueando sus resoluciones. Vaciló de nuevo.

—Si no veo á Menita—pensó Manuel—me acudirán como antes la intranquilidad y los deseos. Lo mejor es salir de esto de una vez.

Volvió rápidamente el caballo y le dió un espolazo. El bruto irguió el cuello, dió un salto y emprendió un precipitado galope hasta la casa de Facundo.

Nadie había en el corredor. Manuel preguntó por

Facundo á un vaquero. Contestóle el vaquero que su patrón se hallaba en la siembra.

—Díle que venga pronto, que yo estoy aquí—dijo Manuel con impaciencia; y desmontándose se sentó en el escaño del corredor.

Pronto llegó Facundo.

—Buenos días, don Facundo. ¿Sembrando?...

—Sembrando, señor—contestó éste, y se llevó respetuosamente la mano al sombrero.

—Siéntese. Conversaremos un rato—dijo Manuel como si fuese el dueño de casa.

Hablaba con modo desenfadado y un tanto despreciativo.

—Y ¿es mucha la siembra?—agregó Manuel.

—Poquita cosa, señor, poquita cosa; pero para nosotros los pobres...

—Ahora que dice «nosotros los pobres»—interrumpió Manuel—¿sabe que ya venció aquel documento por quinientos pesos...

—Pues ¿no lo he de saber? Nunca olvido mis deudas, y que lo digan cuantos me conocen.

—Bueno, bueno. Entonces ¿puedo contar con esa suma?

—Señor—dijo Facundo—yo soy hombre muy honrado, aun cuando no me esté bien el decirlo; y que lo digan...

—Cuantos lo conocen. Siga no más, don Facundo.

—Sí, señor, que lo digan, y usted también lo dirá. El día que se venció mi documento, me eché al bolsillo quinientos pesos bien contados y fuí á pagárselos. Usted se acordará de aquella vez que lo encontré en un camino de «Renaico». Varias veces le pregunté si tenía algo que

mandarme y si necesitaba algo de mí. Como usted me respondió que no se le ofrecía cosa alguna, pensé que usted no necesitaba el dinero y quería hacerme la merced de dejarme más tiempo los quinientos pesos; fiado en esto, los ocupé en otra cosa.

Tan maliciosa candidez hizo disparar en larga risa á Manuel.

—¡Cuando digo, don Facundo, que usted es hombre bien diablo!... ¡Vaya, vaya!... ¿Tiene uvas?

—Sí.

—Pues hágame servir un plato.

—¿Por qué no entra á la pieza? Ahí estará más cómodo.

—Vamos allá.

Entraron á la pieza. Facundo ofreció una silla á Manuel, y salió al zaguán y gritó:

—¡Menita! ¡Menita! Trae uvas.

Facundo volvía á la pieza cuando Manuel le dijo:

—Don Facundo, váyase no más á atender su siembra. Tomaré un racimo... Luego me iré...

—Llamaré á Josefa para que lo acompañe.

—Eso no... no... Váyase no más...

—Entonces, con su permiso...—dijo Facundo.—Tengo un mayordomo muy flojo... Me desocuparé luego. Tal vez lo encuentre aquí.

Saludó y se fué.

Manuel permaneció en la misma postura. Su semblante, entre sonriente y pensativo, manifestaba simple curiosidad.

Sintiéronse los pasos ágiles y breves de Menita. Manuel—y el corazón le latió entonces más aprisa—se le-

vantó con presteza y se ocultó tras una hoja de la puerta que daba al zaguán.

Menita, creyendo que el plato de uvas era para Arturo, á quien no veía hacía tiempo, entró muy risueña á la pieza y, no hallando á nadie, dejó el plato en la mesa y se puso á mirar por la ventana que caía al corredor de afuera, á ver si andaban por ahí Arturo y Facundo.

De improviso Manuel cerró violentamente la puerta y se puso delante. Al ruido, Menita volvió asustada la cabeza y, no bien vió á Manuel, se quedó sin moverse, perdió el color, no halló qué hacer. Quiso sonreír y no se abrieron sus labios. Bajó la vista y maquinalmente se puso á doblar y desdoblar su delantal. Manuel, no muy sereno, murmuró un—"¿Cómo te va, Menita?" que no obtuvo respuesta, y se adelantó hacia ella. La pobre niña, sin poder más, se dejó caer en una silla y, llevándose el delantal á los ojos, se echó á llorar.

Manuel se turbó. Habíase imaginado que esta entrevista sería una escena de negativas preliminares, y luego de quejas, recriminaciones, de ostentación de firmeza, y, para terminar, un leve desmayo seguido de rendición incondicional; pero aquella confusión ingenua é infantil, aquel llanto sincero le conmovieron. Acercóse más á Menita, le tomó con suavidad la cabeza y la besó en la frente. Después le dijo al oído:

—Vendré esta noche... bajo los castaños...

Le dió otro beso y salió.

La noche era bastante oscura. Manuel iba, casi á tientas, buscando los castaños. De repente sintió un rápido

crujimiento de hojas secas, y se paró á escuchar, no sin sobresalto.

Menita salió de entre las sombras, se echó en brazos de Manuel y, abrazándolo apasionadamente, le dijo:

—¡Manuel!... ¡Creí que ya no venías!

XX

Manuel, de vuelta de la cita, tuvo que aguantar en el camino una nubada que lo caló hasta los huesos. Este contratiempo lo llevó á pensar que las noches de otoño son bien diversas de las noches de verano, y que no había para qué estar haciendo el papel de Leandro, el amante de Ero. Seguro de disimulada complicidad por parte de Facundo, echóse Manuel á discurrir algún pretexto más ó menos decente para llevar á Menita á «Renaico», y encontró uno como mandado hacer para el caso.

Dos meses antes había llegado á Mellico, en busca de trabajo, Domingo Inostrosa. Este tal se presentó como tío de Josefa, y lo era en efecto. Ella lo conoció cuando niña; después Domingo salió á vagar tierras, Josefa hizo lo mismo por su parte, y no se habían vuelto á ver. Josefa lo reconoció y, á instancias suyas, proporcionó Facundo á Domingo un rancho donde pudiese vivir con su familia, y le buscó trabajo en el vecindario.

Domingo había sido aprendiz de varios oficios. Sabía levantar una pared á plomo, blanquear, labrar yugos y catres de carretas, hacer riendas, empapelar, herrar, enllantar, y otra porción de cosas. Manuel lo había ocupado varias veces, y le gustaba el carácter de ese hombre ya viejón; pero vivo, ágil, alegre, un poco charlatán

con ribetes de cínico, que en todo entendía y para todo se daba trazas. Resolvió nuestro joven mandarlo llamar y hacerle proposiciones tan ventajosas para que viviese en "Renaico" que no podría dejar de convenir en ello. Le insinuaría después que invitase á su hermana Josefa á visitarlo, y Domingo, como era tan avisado y corriente, luego entendería el plan, y todo saldría á pedir de boca.

Y así salió en efecto. Domingo aceptó las propuestas de Manuel, y tan ventajosas las consideró que, al punto, le asaltaron sospechas acerca del intento del joven, cuanto más que la casita que le ofrecía (que era una recién edificada para el llavero) estaba á menos de una cuadra de la casa del fundo. Notó, por otra parte, que Manuel le hablaba como vacilando, que no se explicaba claramente y demoraba sin objeto el arreglo definitivo.

Aunque no había temor de escandalizar á Domingo, Manuel no podía resolverse á hablar claro, con cinismo, como era menester. Sentía invencible repugnancia para entrar en tales tratos. Domingo, que estaba en autos de las relaciones de Manuel con Menita y que, en su vida aventurera, más de una vez se había encontrado en parecidas circunstancias, juzgó prudente enseñar el vado á Manuel, y descubrir por ahí si sospechaba lo cierto, y le dijo:

—¿Me permitirá su merced tener alojados en la casa?

—Según quiénes sean.

—Pensaba—dijo Domingo con socarronería y poco artificioso disimulo—pensaba convidar á una sobrina mía, hija de la Josefa, para que acompañase á mi mujer que está enferma. Si á usted le parece...

Manuel se puso colorado, se sonrió, miró á otra parte y dijo:

—¿De manera que quedamos convenidos?

—Convenidos—contestó Domingo.

—Pues lleve de aquí carretas y peones para traer sus trastos.

Y Manuel, sin mirar á Domingo, se retiró.

No hay que decir que Domingo consiguió traer á su casa á Menita. Josefa hizo amago de oponerse; pero Facundo le cerró la boca con un par de groserías que la obligaron á bajar humildemente la cabeza.

Antonio, cuando supo que Domingo iba á llevar á Menita, se tomó la libertad de manifestar su desagrado á Facundo y de hacerle algunas reflexiones. Facundo lo escuchó con paciencia, y le contestó que, si no conociera á Domingo, no le habría confiado á su hija; pero que era honrado á carta cabal y no había motivo para negarle el favor de que Menita acompañase por algún tiempo á su mujer.

Muchas tentativas inútiles hizo el cura Romero para remediar el mal. Vió varias veces á Facundo; pero éste le dijo con mucha impavidez que Menita estaba en casa de su tío, y que Domingo era hombre muy de bien. No hubo forma de sacarlo de ahí.

El cura nunca pudo encontrarse con Manuel en «Renaico». El joven se escondió una vez con tal descaro, que el cura hubo de convencerse que nada podía hacer, y se alejó muy afligido, y diciendo para sí:

—Era para visto. ¿En qué otra cosa habían de parar? Y don Manuel lo ha querido... Más claro no pude decírselo. La flaqueza es flaqueza hasta cierto punto, pero aquí pasó la raya.

XX

Transcurrieron algunos meses.

Manuel iba á Santiago deseoso de ver á su madre, de conversar con sus amigos, de asistir á bailes y tertulias, y volvía á «Renaico» deseoso de ver á Menita. Llevaba la vida más tranquila que puede desearse en tales casos; vida que á los demás no ocasionaba escándalo, ni á él molestias de ningún género. La familia de Manuel y la sociedad que frecuentaba ignoraban la vida que llevaba en «Renaico» y, por cierto, no se preocupaban de averiguarlo. En «Renaico», esa misma vida no escandalizaba más á los rústicos que el ver borrachos en días de pago. Menita era sumisa y nada exigente; procuraba evitar á su amado el menor sacrificio, y prevenía sus deseos con singular delicadeza.

Con todo, sentía Manuel cierto malestar moral comparable al que ocasiona, en los habitantes acostumbrados al clima de nuestro hermoso país, una continuación de días nublados. Uno desea entonces rasgar esas nubes que parecen eternas, para ver el cielo puro y azulado, bañarse en torrentes de luz, contemplar colores brillantes y alegres, sin el reflejo gris que los deslustra y oscurece. Manuel ansiaba un amor noble, generoso, ardiente, que lo levantase á sus propios ojos, que lo impulsase al heroísmo; deseaba también un hogar tranquilo y sosegado, en el cual ocupara su madre el puesto que le correspondía.

Y las nubes se espesaban más y más. En los ratos de fastidio, pensaba Manuel hacer un supremo esfuerzo y vender á «Renaico»; pero no podía llevar á cabo su reso-

lución, no podía sacudir el yugo de la suavidad y gentileza de Menita. El trabajo del campo lo tenía ya aburrido: como no le importaba la ganancia ni iba tras ella, pasada la novedad, y viendo que en vez de fortificar en el campo su carácter y aprovechar útilmente el tiempo, se había agravado el mal, acabó por no tener más interés en los trabajos que el que tiene en un juego de naipes una persona que apuesta solamente fichas que ningún valor representan. En Santiago, sobre todo, asaltaban á Manuel estos ímpetus de vender el fundo. Doña Luisa lo alentaba en su propósito. Manuel oía propuestas más ó menos ventajosas, decía que las iba á tomar en consideración y, de vuelta á «Renaico», se apresuraba á escribir que dichas propuestas no le convenían.

Hallándose Manuel en su fundo recibió una carta de su madre. Entre otras cosas le decía lo siguiente:

«He encontrado por casualidad una mujer excelente y de mucha razón, para que reemplace á Juana. Ya es tiempo de que descanse esta pobre vieja. La mujer de que te hablo sabe como pocas manejar una casa, es económica y entendida en guisos y postres como un cocinero de fama. Te aseguro que te llenará el gusto. Ya estamos convenidas, de manera que sólo estoy esperando, para mandarla, que me avises el día en que la vayan á buscar á la estación.»

Manuel acabó de leer la carta y la dejó indiferentemente en la mesa. De pronto, le acudió una sospecha y volvió á leer el párrafo que se ha transcrito.

Juana era una antigua sirviente de la casa: había criado á Manuel y lo quería con la ternura exagerada que de ordinario se encuentra en estas mujeres. Se vino con Manuel á «Renaico», y ella corría con la casa. Era

poco entendida en guisos y postres; pero el que vive solo en el campo no es muy exigente en la comida ni en el arreglo, de modo que, con Juana, Manuel se encontraba suficientemente atendido. La vieja sabía bien toda la historia de Menita; pero nunca se dió por entendida de ello, y ni á golpes habría confesado la verdad á doña Luisa.

—¿Habrá sospechado algo mi mamá?—pensó Manuel.—Ella bien conoce que por Juana nunca ha de saber nada. Esta mujer que ahora quiere mandar, viene sin duda á espiarme. Si me resisto á admitirla, mi mamá se confirmará en sus sospechas é insistirá en mandarla. Si la admito, no pasará una semana sin que mi mamá esté informada de todo, y entonces ni un día más me dejará en «Renaico».

Manuel comenzó á intranquilizarse, y poco á poco llegó á sentir verdadero sobresalto.

Realmente el caso era apurado.

Manuel, era mayor de edad y libre administrador de sus bienes; mas nunca se aprovechó de estas circunstancias para oponerse á los mandatos de su madre. Doña Luisa no dominaba á Manuel. Antes bien podía decirse lo contrario; pero en aquellos puntos que la señora consideraba de trascendencia, no se paraba á reflexionar y discutir con su hijo como si éste fuese persona independiente, sino que ponía en la balanza todo el peso de la autoridad maternal. En tales casos Manuel la obedecía con la sumisión de un niño. Amaba á su madre en extremo, y le parecía crueldad é inhumanidad inconcebibles que un hijo único se pusiese á punto de romper con su madre.

Ahora bien, doña Luisa, señora de conciencia muy

escrupulosa, en todo podría deferir al sentir de su hijo ó disculparlo, menos en asuntos de moralidad. No bien supiese que Manuel tenía una querida, lo pondría inevitablemente en la disyuntiva de renunciar al cariño de su madre ó separarse de la intrusa. Sólo el pensar en esta disyuntiva avergonzaba á Manuel. Miraba en este caso la voluntad de su madre como fuerza invencible, que únicamente se atrevería á desafiar en un rapto de verdadera locura, y de tal rapto no había síntoma el que menor.

Manuel creía firmemente que su madre sospechaba algo de lo que pasaba en «Renaico». ¿Por quién lo había sabido? ¿De qué modo? No acertaba á explicárselo.

Lo cierto era que doña Luisa no abrigaba sospecha alguna. El envío de la mujer susodicha no era más que una simple medida preventiva. Hé aquí cómo la señora determinóse á tomarla.

En esos días había muerto su confesor, sacerdote virtuoso y prudente que la tenía por hija espiritual hacía más de treinta años. Fué ésta una pérdida dolorosa y casi irreparable para doña Luisa, porque, era de conciencia asombradiza y fácil de alarmarse, y se necesitaba un conocimiento especial de esa conciencia para tranquilizarla y sacarla de los enredos y dudas que la conturbaban. Buscó otro director, y lo halló tan prudente y virtuoso como el que había perdido; pero era preciso que pasara algún tiempo para que el nuevo director adquiriese la autoridad suficiente y doña Luisa tuviera en él plena confianza. Mientras tanto, la conciencia de la señora estaba en perpetua alarma y descubría mil responsabilidades que la abrumaban.

Conversando un día con un caballero amigo suyo, le

preguntó por uno de sus hijos, de quien era ella madrina y el caballero le contestó:

—Ahí está... Ahora se le ha puesto irse á trabajar al campo. Casi me saca el juicio... Pero yo no se lo permito. Tengo varias razones; pero, sobre todo... usted comprende... un mozo soltero, tan muchacho y no de mucho juicio... ¡Hum! Yo sé lo que es eso.

La conversación no siguió sobre este punto; pero doña Luisa se quedó pensando en él y recordó otras opiniones de personas experimentadas, parecidas á la que acababa de oír. No fué menester más para que, atendida la docilidad de su hijo, se creyese estrictamente obligada á informarse de la vida que llevaba en «Renaico». En caso que su conducta fuese sospechosa, le ordenaría perentoriamente que se viniese á su lado. Doña Luisa pensaba que su responsabilidad, en este caso, era igual á la influencia que ejercía en su hijo, y como ésta era grande, aquella le parecía lo mismo. En vida de su antiguo confesor, no tuvo ocasión de sentir esta nueva carga, porque aquel buen sacerdote era el amigo de la casa, había bautizado á Manuel y éste le tenía filial respeto. Cuando doña Luisa quería reprender á su hijo ó aconsejarlo, lo comunicaba al confesor, el cual tomaba la cosa como suya y llamaba á cuentas al joven.

Era difícil y delicado vigilar de cerca á Manuel. Felizmente doña Luisa anduvo con mucho tino. Contrató una ama de llaves y determinó enviarla á «Renaico» sin decirle una palabra acerca de Manuel. Bien presumía doña Luisa que el ama sabría pronto cómo vivía su patrón. Pasadas algunas semanas, la llamaría á Santiago por pocos días, con cualquier pretexto, y le sonsacaría todo.

Manuel, que estaba con su pecado escondido, no podía imaginarse sino que su madre sospechaba las relaciones con Menita, ó que había prestado oídos á algún rumor de esta clase. Mientras más pensaba en esto, más claro y evidente le parecía el objeto del envío de esa mujer.

Por lo pronto, y por darse tiempo de reflexionar, contestó al párrafo de doña Luisa transcrito más arriba, lo siguiente:

"Mucho le agradezco esa doña Perfecta que me piensa mandar. Le hallo, sin embargo, un pequeño inconveniente: Juana y ella no podrán avenirse, y será preciso mandar á mi vieja á Santiago. Pero la pobre no consentirá en dejar solo y en manos extrañas al "niño", como todavía me llama. En cuanto á mí, con Juana tengo de sobra. Poco prolija es; pero su abnegación todo lo suple. Si, á pesar de lo que le digo, usted quiere hacer la prueba, no tiene más que decirlo."

Á esto doña Luisa contestó:

"Respecto á doña Perfecta, como la llamas, te repito que es mujer excelente, humilde, y, en las otras casas en que ha estado, se ha avenido muy bien con la servidumbre. No abrigo, pues, los temores que tú. En todo caso, hagamos la prueba, porque esta mujer me agrada mucho y no querría que parase en otra parte."

Cuando recibió Manuel esta respuesta, que esperaba, ya había resuelto vender á "Renaico". Su madre sabía de antemano que deseaba venderlo, y no le tomaría de nuevo la noticia. No halló otro modo de impedir la venida del ama de llaves. ¡Si hubiese dejado á Menita en Mellico!... Habría podido entonces negar sencillamente lo que de él hablasen los sirvientes; atribuirlo á rumores

sin fundamento, á pláticas de comadres. Pero esto era imposible y ridículo después de haber traído á Menita á dos pasos de su casa, y de verla públicamente, puede decirse. Ya no era tiempo de deshacer lo hecho. Y Manuel, en medio de su desasosiego, con rubor sentía cierto contento triste y mezquino, al considerar que una voluntad ajena lo obligaba á romper las suaves cadenas de Menita, cuando él apenas si tenía ánimos para desearlo.

Escribió á uno de los que se mostraban más interesados en comprar el fundo, que, en pocos días más iría á Santiago, bien decidido esta vez á arreglar la venta, sin dejar la resolución para más tarde. Á doña Luisa le comunicó que acababa de recibir una propuesta muy ventajosa y que pronto arreglaría definitivamente el negocio de la venta de «Renaico». Á la carta agregó esta posdata:

«Me parece que ya no hay que pensar en la venida de doña Perfecta.»

Doña Luisa, alegre sobremanera porque su hijo dejaba el campo, no volvió á hablar del ama de llaves.

Resuelta ya la venta del fundo, otras preocupaciones asediaron á Manuel. ¿Cómo hacerla de modo que Menita no lo notase? ¿Qué suerte correría la pobre niña? ¿Á qué extremos podría llevarla su desesperación al verse abandonada cuando lo esperaba menos? Manuel se hallaba perplejo. Resolvió ir á ver al cura Romero. Vergüenza le daba presentarse delante de este buen sacerdote, á quien tan groseramente había desairado; pero las circunstancias eran apremiantes.

Fuése muy de mañana á la parroquia. El sacristán lo llevó á la pieza del cura. Manuel no quiso ser anunciado, sino que él mismo golpeó la puerta.

—Adelante—gritó el cura con sosiego.

Manuel entró.

—¡Cómo!... ¡Mi señor don Manuel!... ¿Qué milagro es éste? Porque realmente es un milagro...—exclamó el cura, saliendo alborozado al encuentro de Manuel.

—Buenos días, señor cura.

—¡Pues hombre!... Siéntese usted. Sin ceremonias... ¡Qué humorada!

—No es humorada, señor—dijo Manuel, queriendo salir cuanto antes de una situación algo ambigua.—No es humorada, y ya que me ha puesto en camino, le manifestaré sin rodeos el objeto de mi visita. He venido, en primer lugar, á darle explicaciones...

—Pasemos al segundo lugar, al segundo lugar—interrumpió el cura con benevolencia.—No hablemos de eso... ni me acuerdo... Son cosas pasadas.

—Mil gracias—dijo Manuel.—Vengo, pues, en segundo lugar... Bien sabe usted que nunca es tarde para tomar el buen camino y poner en práctica los consejos de alguna persona prudente y experimentada. He conocido y palpado que usted tenía mucha razón cuando me pronosticaba lo que sucedería si volvía á tener relaciones con Menita. Pues bien—añadió Manuel bruscamente—he resuelto cortarlas. Voy á vender á «Renaico».

—Bien hecho. Eso se llama ser hombre—dijo el cura con un gesto enérgico.

Manuel se ruborizó. No merecía la alabanza; pero como no se trataba de una confesión, dejó que el cura lo creyese más hombre de lo que era en realidad.

—Ahora bien—continuó Manuel—deseo consultarle sobre dos puntos. Uno es cómo podría vender el fundo sin que Menita lo sospeche. El segundo... Usted com-

prende, señor cura, que para mí es punto de honra asegurar la suerte de Menita. Me echaría encima un nuevo y más grave cargo de conciencia, si dejase á esta pobre niña expuesta á seguir la senda que toman ordinariamente las que se ven abandonadas como ella. Pienso dotarla en tres mil pesos. Espero que usted consentirá en ser depositario de esta suma. Puede disponer de ella en favor de Menita como lo crea más conveniente, y aun no entregarla, si el novio no es de agrado de usted.

El cura, como hombre práctico, no pensó en hacer reflexiones á Manuel ni en abrumarlo con moralejas inoportunas. Veía resuelto al joven, y lo urgente era allanarle el camino. Entrar con él en consideraciones sobre sus actos pasados era obligarlo á mirar atrás, y lo que importaba era que saliese luego del pantano. Tiempo habría después para hablar de la imprudencia y de la escapada.

—Respecto á la manera de vender el fundo—dijo el cura—sin que Menita lo sospeche, no veo otra que la de hacerlo ocultamente, porque pensar en que sería posible alejar á Menita de «Renaico», mientras se llevase á cabo la venta y la entrega, es pensar en lo excusado. Facundo y Domingo serían los primeros en comunicar á Menita la noticia, ella lo sujetaría á usted de la capa, y usted... hablemos claro... no dejaría la capa... Realizar la venta sin que aquí lo noten, es sencillísimo. Su administrador es hombre juicioso y discreto. Comuníquele que va á vender el fundo; pero que le interesa sobremanera que nadie, nadie, ni los sirvientes de más confianza tengan noticias de ello. Para asegurar el secreto, haga un regalito al administrador. En connivencia con él, hace usted el inventario y tasación, separa sus

ganados, los pone en parte donde puedan ser fácilmente vistos y entregados. Hecho esto, y prevenido el administrador de atender á los compradores que se presenten, se marcha usted á Santiago sin decir chus ni mus y sin volver la cabeza. Los sirvientes hablarán de las cuentas tan minuciosas y de la revista general y detallada que se hará; pero, antes que entren en suposiciones, adelántese usted á decir que quiere hacer una cuenta general por tal y tal motivo. Diga usted lo que diga, los dejará satisfechos, porque estos rústicos sólo son maliciosos en los asuntos que les interesan; en lo demás, miran y no ven.

—Aprobado—dijo Manuel.

—En cuanto á Menita, no tenga usted cuidado por ella. Yo mismo le daré la noticia, y tomaré las precauciones necesarias. Como usted lo ha dicho muy bien, es preciso casarla. Sólo así podrá verse libre de peligros y de las marañas de Facundo y Domingo. Pero es el caso que á esta bonita pareja tal vez no le acomodará que Menita se case, ó podría suceder que el novio que yo elija no sea del gusto de ellos, lo cual es casi seguro. Si hubiera algún medio para obligar á Facundo...

—Hay uno—interrumpió Manuel.—Tengo un documento de plazo vencido, firmado por Facundo. Se lo endosaré á usted. Poca es la suma, quinientos pesos...

—La mitad que fuese... Con eso sobra para entrar el resuello á Facundo. ¡Si es un mezquino!... Y me parece que sobre esto no hay más que hablar.

Levantóse el cura, y dando á Manuel golpecitos en la espalda, añadió con modo vivo y entusiasta.

—¡Ánimo, amigo mío, ánimo! Cierre los ojos y clave las espuelas al caballo, y, con el favor de Dios, saldrá

del atolladero. Es preciso ser hombre alguna vez. Le quedarán rasguños, pero en un par de meses, no habrá ni señales.

Y tomando á Manuel del brazo, le dijo:

—Vamos ahora á ver mi altar mayor que, gracias á su limosna, lo tengo como una plata.

XXI

Hiciéronse las diligencias como el cura lo había indicado, y sin que nadie sospechase que se trataba de una venta. Menita ni se imaginaba tal cosa. Veía á Manuel tan amoroso y rendido, y tan convencida estaba de la lealtad de su amante, que le habría parecido locura pensar que él ocultaba designios traidores.

Manuel, como de ordinario, le había prevenido que uno de esos días iría á Santiago á visitar á su madre. Menita, en tales casos, lejos de oponerse á los deseos de Manuel, lo incitaba al viaje, y así lo hizo entonces. Ni siquiera advirtió en Manuel cierta emoción profunda, cierta compasión afectuosa y solícita que él se esforzaba en ocultar. Desde días atrás, Manuel la trataba así, y ya no era cosa que Menita extrañase. Manuel la miraba como se mira á un enfermo minado por enfermedad incurable y próximo á morir. Pero en los últimos días el jóven se volvió brusco y raro. Al ver á Menita tan sin sospecha y llena de confianza, pensaba en la doblez de su propia conducta, y se ensimismaba, se manifestaba indiferente y frío; un disgusto inexplicable se apoderaba de él, cada caricia le parecía una mentira y un nuevo engaño. Otras veces, cuando consideraba que pronto no la volvería á ver más, sentía levantarse en su pecho olea-

das de ternura que desahogaba con locas caricias. Menita, por perspicaz que fuese, sin tener experiencia de la vida, no podía adivinar lo que pasaba en el interior de Manuel. Por otra parte, nunca había olvidado que ella era una pobre campesina. Amaba á su amante con amor humilde, si bien vehementísimo, y lo miraba con cierto respeto que le estorbaba analizar los bruscos cambios de Manuel, cambios que ella no podía menos de notar.

La última entrevista fué fría por parte del joven, y más corta que las otras. Manuel, temeroso de dar algún indicio de su partida, se fingió distraído y con el ánimo ocupado en graves asuntos. Habló de cartas recibidas á última hora, en que se le comunicaban noticias de importancia, entre otras, la enfermedad de un pariente cercano y muy estimado. Poco le costó dominarse. Manuel había ya aceptado como irrevocable la separación: la cadena estaba rota, sólo faltaba separar los pedazos.

Después que Manuel contestó el—"¡Hasta la vuelta!" de Menita con un triste—"¡Adiós!.." y se separó de ella, se miró como un sér despreciable, débil juguete de voluntades ajenas y de sus propios deseos. Seductor sin quererlo, iba á convertirse ahora, también sin quererlo, en amante falso y desleal. Distraíanlo de esto pensamientos angustiosos sobre la desesperación de Menita, temores de lo que pudiera acontecer á la pobre niña, raptos de ternura, y, por fin, venía la resignación forzada y el encogerse de hombros, diciendo para sí:

—¡Bah!... Tonterías... Desde que no tiene remedio... Tarde ó temprano había de suceder... Y luego, más vale que esto haya terminado sin bulla ni escándalo...

Al día siguiente partió de "Renaico" para no volver.

XXII

Cerca de un año después, recibió Manuel la siguiente carta del cura Romero:

"Mi muy apreciado don Manuel:

"Usted me encargó que le escribiese sólo cuando tuviese buenas noticias que comunicarle. Ahora no más puedo complacerlo.

"Pasaré por alto—puesto que son noticias desagradables—la sorpresa, la aflicción desesperada y una enfermedad de Menita que me alarmó realmente. Ni le referiré lo que tuve que batallar para que se conformara con su suerte. Por fin, todo se sosegó y, gracias á Dios, ya estamos al otro lado.

"Esta mañana casé y velé á Menita con un carpintero que me había hecho algunos trabajos en la iglesia, mozo muy cumplido, hábil en su oficio, sin vicios por dentro ni defectos por fuera, y muy digno de ser esposo de Menita. Y vea usted cómo se cumplió lo que yo había previsto respecto de Facundo. Cuando le hablé que el susodicho joven era buen partido para Menita, me dijo: —"Mucho lo siento, señor cura; pero ya hay otro".—"Y "¿quién es?"—le pregunté.—"Antonio Zambrano", me contestó.

"El tal Antonio, don Manuel, es un simplón, apasionado desde tiempo atrás de Menita, y á quien Facundo trataba como sirviente. Sucede que muere el padre de Antonio. Sin contar algunas cuadras de tierra y no pocos animales, dejó un talego con onzas antiguas, cóndores y monedas de plata que sumaban una cantidad res-

petable. Antonio era el hijo mayor. Dos muchachos que lo siguen en edad, andan vagando tierras y no se sabe dónde paran. En la casa no quedaron más que dos chicuelas y la madre, vieja de noventa y tantos años, y demente. El padre de Antonio se casó de diecisiete años con una mujer de treinta. La ocasión no podía ser más propicia para Facundo. Si lograba casar á Menita con el simplón de Antonio, podía incautarse todo el haber de esa familia.

«Hablé con Menita, la cual me suplicó que impidiese á toda costa el matrimonio. Se lo prometí, y me encaré con Facundo. Pero el hombre me salió con un:—«Así «será, señor cura; pero...» Y se plantó en eso. Lo amenacé entonces con el cobro inmediato del documento que usted me dejó. Facundo se asustó al principio; pero luego reflexionó y me dijo:—«No se me da nada el co- «bro; no tengo la plata, pero la dará Antonio».—«Pues «anda á pedírsela, repliqué; y simañana no me la entre- «gas, pongo mi demanda».

«Pensé que si por acaso Antonio largaba el dinero, lo cual yo dudaba, porque en asuntos de dinero los simplones del campo tienen muchos momentos lúcidos, pensé, digo, no cobrar á Facundo los quinientos pesos, sino dejárselos y ofrecerle quinientos más, de la dote de Menita, con tal que desistiese de casarla con Antonio. El caso era para obrar así.

«Al día siguiente llegó Facundo á verme. Estaba mohino y cariacontecido. No traía el dinero y venía á rendir armas. Me contó lo que había pasado y fué lo siguiente. Pidióle el dinero á Antonio y éste le contestó, supongo que con mucha flema:—«Le prestaré los qui- «nientos pesos; pero después que me case.»—«Pues

«¡cómo puede ser eso! replicó Facundo. El dinero lo «necesito mañana mismo y tú no puedes casarte maña- «na».—«Después que me case se los prestaré», replicó Antonio sin inmutarse, y lo repitió cuantas veces tuvo que contestar. Facundo se irritó, injurió á Antonio y le dijo que no pensara más en casarse con Menita ni en ir á la casa.»—Á tal punto ha llegado la desvergüenza de este tonto, me dijo Facundo, que hace poco le encontr en el camino, y acercándose á mí me dijo:—«Don Fa- «cundo, no crea que estoy sentido por lo de ayer. Es- «toy dispuesto á prestarle lo que me ha pedido; pero «después que me case, como se lo he dicho.»

«Hablé, pues, con mi carpintero. Le previne lo que en conciencia debía prevenirle, y lo animé á que visitase á Menita. No quise decirle nada de la dote, porque éste era aliciente que guardaba en reserva y que á nadie había comunicado. El carpintero tenía algún dinerillo economizado y no quería yo que anduviese la codicia revuelta con el cariño. Gustóle Menita; ella supo apreciar lo que el mozo valía y aceptó sus obsequios. Hoy, como he dicho, les puse las bendiciones, y después entregué la dote con la delicadeza que pude. Estoy muy contento, porque tengo la seguridad de haber unido á dos jóvenes dignos el uno del otro.

«Aunque va larga esta carta, creo que no le disgustará saber algunas noticias de estas tierras.

«El nuevo propietario de «Renaico» ha resultado ser de la misma escuela de don José María. Es cicatero y esquilmador como él sólo.

«Facundo ha perdido la tranquilidad por unas aguas cuyo uso usted le había permitido, y que el caballero de «Renaico» le ha quitado.

«Los inquilinos de la hacienda no se conforman con la partida de usted. Hablan de los tiempos de don Manuelito como de la edad de oro. Cuando vienen á la parroquia á bautizos, entierros ó casamientos, les cuesta mucho pagar los derechos, y yo les digo:—«Pero, hijos, no «estamos en los tiempos de don Manuelito. Él era ca- «ritativo, generoso; pagaba por ustedes; pero ya no está, «y si ustedes no dan cómo sostener el culto y sostener- «me yo, tendré que irme.»

«No le haré perder más tiempo con mi charla.

«Que Dios lo haga feliz, son los deseos de

S. S. y C.

JULIÁN ROMERO»

Hacía tiempo que no ocupaba el pensamiento de Manuel aquella época de su vida. Representósele en conjunto después de leer la carta, y le causó una impresión de suave tristeza. Los días de gozo y los de fastidio y luchas consigo mismo se confundían en su memoria, como se confunden en la vista las desigualdades de un terreno contemplado á gran distancia. Y ¡cosa rara! lo que más le conmovió de la carta del cura, fué aquella parte en que hablaba del afecto de los inquilinos de «Renaico», y las palabras «los tiempos de don Manuelito». Los campesinos se transformaron á los ojos de Manuel en los seres bonachones, sencillos y fieles de la tradición. Luego se exaltó: le acudieron sentimientos de generosidad extraordinaria. Resolvió enviar una gruesa limosna al cura Romero, pagar los derechos parroquiales por los inquilinos de «Renaico», doblar la dote de Menita, y aun suministrar á Facundo el dinero necesario para comprar el

agua de la loma del Manzano. Quería que todos fuesen felices, que bendijesen su nombre...

En ese momento, entraron á la pieza de Manuel precipitadamente y con gran bulla algunos amigos suyos. Se trataba de un baile improvisado en casa de una señora. No había tiempo que perder. Nuestro joven, quieras que no quieras, hubo de vestirse apresuradamente y salió con sus alegres compañeros. Los recuerdos de Menita, de «Renaico», del buen cura se disiparon como las imágenes de un sueño al abrir uno los ojos...

PEDRO N. CRUZ

Á ORILLAS DEL RHIN

Á MI AMIGO ROBERTO ALONSO

Como serpiente que ondulante avanza
cruzando el tajo de encumbradas peñas,
destrenza el Rhin su transparente linfa
al través de los bosques y las sierras.

Y cual garzas posadas en la orilla,
á trechos se destacan las aldeas,
y del roto almenar la altiva torre
hiende en la bruma su afilada flecha.

El humo de la audaz locomotora,
que por la margen presurosa rueda,
parece que lamiendo se disipa
de los navíos las hinchadas velas.

Del césped matizado de los montes
despréndese un olor de primavera,

más tibio que el aliento de la virgen
que entre los brazos de su amante tiembla.

El día, descendiendo en el ocaso,
con arreboles á la tarde besa,
mientras el cielo oscurecido y triste
le llora con sus lágrimas de estrellas.

¡De cuánta inspiración y sentimiento
mi desgarrado corazón se puebla
cuando mi inquieto pensamiento expando
en tu seno inmortal, naturaleza!

¡Cuál pienso, contemplando lo infinito,
do encuentra á Dios el que medita ó sueña!
Cómo ansío las cumbres! ¡Cuál mi mente,
del estro en alas, vigorosa vuela!

Para quien lucha persiguiendo en vano,
en medio del zarzal de la existencia,
el idëal, que luminoso surge
alado de su mente de poeta;

para quien lleva la profunda herida,
que el desengaño burlador asesta
al que del ángel del amor arranca
el fementido velo de quimeras;

para quien sufre, como yo, nostalgia
de un sentimiento que á expresar no acierta,
de tu regazo fluyen las imágenes
que revisten de púrpura la idea.

La brisa, que resbala rumorosa
por la gigante lira de la selva
que vibra trinos al nacer el alba,
y zumba en los ardores de la siesta;

el río, la montaña, el firmamento,
la transparente luna que se eleva
iluminando al mundo, como al alma
la aurora del amor, en la inocencia;

todo me habla de mí, de los ensueños
de mi pasada juventud primera,
de mi esperanza y anhelada gloria,
de sonrisas, y besos y promesas;

de todo lo que amaba, y he perdido,
de la serena paz de mi conciencia
turbada por la duda, cuando quiere
de la fe ciega arrebatar la venda.

AMBROSIO MONTT Y MONTT

Schlangenbad, junio de 1886

PROGRESO DE LA HISTORIA

Y SUS CIENCIAS AUXILIARES

En homenaje á la memoria de nuestro malogrado amigo Alejandro Álamos Jara-Quemada, damos cabida en la REVISTA á este interesante estudio, que su joven autor apenas alcanzó á concluir, sorprendiéndole la muerte cuando se preparaba á darle la última mano y entregarlo á nuestra publicación.

Los E. E.

PRÓLOGO

"Jóvenes chilenos, aprended á juzgar por vosotros mismos; aspirad á la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes, á lo menos en los raudales más cercanos á ellas (1)."

Estas palabras, que leí un día de los primeros de mi juventud entre los escritos del "decano de las ciencias y de las letras en Chile", como llama á don Andrés Bello un escritor, (2) se han grabado tan profundamente en

(1) Don Andrés Bello, EL ARAUCANO, año 1848—Modo de estudiar la historia.

(2) Don Enrique Tocornal en su *Discurso de Incorporación* á la Facultad de Leyes, 12 de diciembre de 1861.

mi ánimo, que llega á serme imprescindible su recuerdo cada vez que estudio detenidamente alguna producción histórica de mis compatriotas. Por desgracia, no siempre se encuentra en ellas la práctica de este deseo que sintetiza en tan breves frases las primeras cualidades del buen historiador. Quizá, demasiado joven todavía para juzgar algunos de nuestros escritores, querré exigir de ellos una verdad tan pura, ó esa imparcialidad tan completa, que es difícil alcancen los hombres, á no ser con sus propios desengaños; pero es lo cierto que, mientras no se extingan por completo del suelo americano los rencores que nos legó la guerra de la Independencia, el fanatismo antiguo y la moderna incredulidad, habrá en nuestra historia páginas que borrar, torcidas intenciones, y, más que todo, juicios apasionados que irán modificándose poco á poco con el esclarecimiento de los hechos.

"La investigación prolija y completa de nuestro pasado está apenas comenzada", ha dicho uno de nuestros maestros (1), y en verdad que aún resta mucho para llegar al término de esa obra. Eterno agradecimiento debemos, pues, á los que la comenzaron; las posteriores generaciones no descansarán hasta alzar del todo la olvidada lápida que por tantos años cubrió los sepulcros de nuestros padres, sus costumbres y sus leyes.

Ojalá estas cortas líneas cumplan felizmente con su objeto; él es recomendar el estudio de su tema á los que, por sus conocimientos, quieran hacer algún trabajo serio sobre tan importante cuestión; su ejemplo será, sin duda, un nuevo estímulo para esa juventud inteligente y

(1) Don Diego Barros Arana.—*Historia General de Chile.* Prólogo, página XVI.

estudiosa de nuestro país, que es la esperanza de Chile, porque anhela con entusiasmo todo lo que sea virtud, patriotismo é ilustración.

PRIMERA PARTE

RESUMEN.—§ I. Nuevo carácter dado á los estudios históricos desde la época del *Renacimiento*.—§ II. Progreso de las ciencias auxiliares de la historia y aplicación particular de las principales, á saber: *Arqueología literaria* (ó *Diplomática*, *Paleografía* y *Epigrafía*); *Arqueología artística* (ó *Arquitectura*, *Escultura*, *Pintura*, *Glyptografía*, *Numismática* é *Iconografía*); y *Arqueología de usos y utensilios*.—*Geografía*, *Estadística* y *Cronología*.—*Lingüística*, *Etnología* y *Filología*.—*Mitología*.—*Geología*.—Estudios heráldicos y genealógicos.—§ III. Viajes ó exploraciones científicas y misiones religiosas.—§ IV. Crítica histórica.

§ I

El espíritu de investigación que anima constantemente á la humanidad, desde los días del *Renacimiento*, impulsa hoy por todas partes un sinnúmero de trabajos que los sabios han acometido á fin de proporcionarnos del modo más perfecto la verdadera imagen de los tiempos pasados. La mayor parte de los antiguos historiadores se contentaron con estudiar lo escrito, sin preocuparse siquiera de los errores ú omisiones que pudiera contener. Así, sólo habían legado á las generaciones de la época del Renacimiento la misma herencia que recibieron ellos de sus antepasados, aumentada apenas con el relato de sus días, sucinto, sin crítica é incompleto, como entonces se escribía. Nos pintaban un cuadro de sus reyes y de sus guerras, pero imperfecto y manchado

á cada paso con el incienso de adulación á los poderosos é injusticias para con el pueblo que vivía esclavo y abyecto.

Si consideramos detenidamente la formación de la historia, su estudio será suficiente para convencernos de las omisiones, fábulas y preocupaciones de toda especie que en ella se contenían. Este mal había preocupado ya algunos espíritus emprendedores, pero sólo á fines del siglo XIV estalló en Italia el entusiasmo por las antiguas literaturas y comenzó la historia una nueva éra que meció su cuna entre los sepulcros de la antigüedad. Época feliz, aurora que alumbra y guía nuestra generación, y cuyas ventajas nos legaron los antepasados sin imaginar tal vez lo inmenso de nuestra gratitud para con ellos.

Verdadera locura por adquirir conocimientos se apodera, entonces, de los hombres ilustrados: se abren las bibliotecas, se sacude el polvo de los archivos, estúdianse las lenguas hebrea, griega y latina, y al mismo tiempo que se desentierran manuscritos, medallas y monumentos, los príncipes y los sabios estrechan sus relaciones, y unidos el talento, el poder y los tesoros comienzan entusiasmados á levantar de sus ruinas la inmensa fábrica de la antigüedad.

No fué estéril su primer empuje, y un nuevo invento reanimó sus fuerzas. Como el arca del diluvio salvó en su seno las especies, que creciendo poblaron más tarde el universo, así la imprenta fué el refugio para conservar los restos de la antigua ciencia que, auxiliados con investigaciones y comentarios, nos proporcionan hoy preciosos descubrimientos. Así renació la historia, así ha marchado de triunfo en triunfo durante largos siglos y

pasea todavía sus banderas haciendo nuevas revelaciones, coronados siempre sus trabajos por el éxito.

Día á día se adelanta más, y se estudia con ahinco hasta los menores detalles que dan á conocer la vida de los pueblos, es decir, no la antigua crónica de los soberanos con sus triunfos y ambiciones, sino la de la humanidad en general con sus riquezas y miserias, placeres y sufrimientos. Es la historia en nuestros días «la resurrección más completa del pasado que se pueda lograr», (1) un rayo de luz que, penetrando la oscuridad de los tiempos transcurridos, nos suministra la experiencia, fuente de consuelo para nuestros males.

Este nuevo carácter dado á los estudios históricos por el cambio de teorías, que prescribe hoy acumular materiales que ayer se creyeron ajenos á su objeto, es causa de sus continuos rehacimientos. Y ha llegado á ser tal el número de hallazgos, que los historiadores contemporáneos se ven precisados á mudar sus conceptos ó á rectificar sus relatos y doctrinas en cada edición que se hace de sus obras.

El ilustre César Cantú, pintando con tono magistral el cuadro de las incesantes transformaciones á que está hoy sujeta la historia, dice: «Asuntos que parecían condenados á eterna esterilidad, han fructificado; hase alzado una punta del velo que cubre la historia de los Pelasgos, de las razas oceánicas y africanas, de los primitivos habitantes de Italia, los caracteres geroglíficos y cuneiformes, y de la lengua zenda. La paciencia erudita registra escrupulosamente los archivos y la póstuma imparcialidad publica nuevos documentos. Una crítica

(1) Don Miguel Luis Amunátegui.

confiada, prudente y severa, pero no melindrosa, vuelve á poner en examen opiniones admitidas y hechos aceptados, y hace que hoy sea error ó inexactitud lo que ayer parecía materia de fe. Abiertas las barreras de la China, se disipa la niebla que envuelve la historia de las dos terceras partes del género humano. El que hablase de los egipcios, según Champollión; de los antiguos italianos, según Micali; del Zendavesta, según Anquetil; de la India musulmana, según Róbertson; se mostraría atrasado en noticias; los libros del Neptal nos llevan hasta el origen del budismo, culto seguido por tantos individuos como el cristianismo cuenta. Ayer dijimos que de Nínive no quedaba vestigio; hoy la tenemos descubierta; mañana se probará tal vez que aquellos edificios son modernos. Describimos las batallas de Marengo con los pormenores aceptados, y las *Memorias* del duque de Belluno los impugnan; dijimos que lo interior de la Nueva Holanda se hallaba inexplorado, que eran veintisiete los Estados Unidos de América, que ningún escrito quedaba de Epicuro, que el ázoe era un cuerpo simple... ¡y hemos sido desmentidos! Ahora desaparecen del África los montes de la Luna; agrégase un continente á nuestro globo y cinco nuevos planetas á nuestro sistema solar;.... ¡y todo en tan pocos años! Entretanto la Numismática forma el catálogo de los innominados sucesores de Alejandro Magno en Asia; la Arqueología ordena los monumentos primitivos de Frigia, Lidia, Capadocia, y los de la Alta-Asia que anticipan en muchos siglos la historia de las bellas-artes y de la escultura. Palenque no es ya el más admirable testimonio de una civilización antiquísima en América; nuevas inducciones aduce la Antropología, y hechos nuevos presenta la Geo-

logía, hoy prólogo necesario á los anales del género humano (1)».

Gradualmente hemos ido conociendo los tiempos antiguos, y sólo así se ha despojado á la verdad del sinnúmero de fábulas, errores y preocupaciones que la rodeaban. La investigación que á la vista nos parece insignificante, suele ser el camino para obtener preciosos revelamientos; con razón dice el proverbio inglés: «Una pequeña rendija suele dar gran luz.»

Si tanto influye el más mínimo detalle, ¿qué no habrá progresado la ciencia histórica con descubrimientos como los de América, las ruinas de Herculano y Pompeya, Nínive, Ostia, Talavera y tantos otros que constituyen la gloria de los sabios modernos? ¿Qué adelantos no se ha obtenido con sus excavaciones, desenterrando templos, bibliotecas, termas, arcos, puentes, mausoleos y toda clase de monumentos, inscripciones y utensilios? Cada escombro que se remueve, ó es origen de nuevas rectificaciones ó viene á confirmar una vez más los anales ya hechos de los tiempos pasados. De este modo es como se han originado variadas é interesantes disertaciones que contribuyen poderosamente á dar á la historia un adelanto lento, pero seguro, en la adquisición de la verdad.

El espíritu científico que se despertó en la época del Renacimiento, se renueva por todas partes y seguirá agitando constantemente á la humanidad mientras haya tiempos que estudiar. Innumerables academias se han fundado en diferentes naciones, y se discute con cordura toda materia que arroje alguna luz sobre los sucesos

(1) *Historia Universal*, página XIV.

históricos. La vida de Cristóbal Colón, v. gr., es ahora mismo objeto de acaloradas controversias; Génova, Placencia, Savona, Cogoleto, Cuccaro, Nervo y hasta la pequeña ciudad de Calvi en Córcega se disputan su nacimiento, y dos fechas distintas marcan la época en que esto sucedió: 1436 y 1445 (1).

León XIII, abriendo á los eruditos las puertas del Vaticano, ha dado oportunidad á la publicación de una obra famosa titulada *Mentiras históricas*, cuyo objeto ha sido refutar con nuevos documentos muchos hechos parcialmente referidos en los escritos de los reformadores protestantes.

Tantas variaciones han llegado á turbar algunos espíritus poco perspicaces y, de acuerdo con ciertos filósofos ridículos, pretenden nada menos que negar la certeza histórica, alegando en pro de su tesis estas mudanzas contínuas; pero si es cierto que en los tiempos antiguos es difícil obtener certeza matemática en los hechos, no lo es menos que para todo hombre sensato, relativamente comparadas las verdades con los errores en cuanto al número, sólo pueden quedar de los últimos escasísimas muestras. Además, nos resta como un remedio contra este mal, la crítica histórica que es el único juez llamado á dar á cada acontecimiento el lugar correspondiente, distinguiendo ó conjeturando entre lo verdadero y lo probable, lo inverosímil y lo falso.

§ II

Las ciencias forman un inmenso tejido cuyas partes están íntimamente relacionadas entre sí, de tal modo

(1) Estos datos los he obtenido últimamente de una revista europea.

que, muchas veces, es poco menos que imposible asignar á cada una de ellas un límite fijo, más allá del cual comienza una nueva ciencia. Y es tan estrecha su conexión que se auxilian las unas á las otras, ensanchando cada vez más su horizonte con nuevas cuestiones ó considerando una misma bajo aspectos diferentes. La sola enumeración de los asuntos que abraza el estudio de la historia nos permite afirmar, sin temor de equivocarnos, que casi no hay ciencia que no auxilie de algún modo sus investigaciones.

La principal entre sus coadyuvantes es, por ejemplo, la Arqueología; pero ésta se ayuda á su vez de la Filología, Geografía y Cronología, de las artes de la Litografía y Cromolitografía etc., etc., y estas últimas nada serían sin los adelantos contínuos de la Física y la Química.

La Astronomía, cultivada por varones tan ilustres como Copérnico, Galileo, Kepler, Newton etc., puede servirnos para confirmar la fecha de algún acontecimiento que sólo se nos indique por haber coincidido con tal ó cual terremoto, fase de la luna ó aparición de algún cometa; el arte de la Bibliografía ayuda á descubrir los autores de los escritos anónimos; y la Prehistoria hace conjeturar los sucesos verificados en los pueblos, mucho antes de sernos conocidos.

En verdad, casi no hay ciencia que, dada la universalidad de materias con que se roza la historia, no preste su contingente, ya pequeño, ya importantísimo, al interesante estudio de los siglos que nos precedieron en la existencia. No obstante, las siguientes merecen un examen especial por cuanto contribuyen directamente á facilitarnos la perfecta investigación del pasado.

En sentido usual se llama *Arqueología* la ciencia que tiene por objeto analizar las obras materiales que los antiguos pueblos transmitieron á la posteridad; mas como esto abraza un campo inmenso de estudio, se ha seguido por algunos el sistema de dividirla en tres secciones, lo cual parece por demás justificado. Adoptando este método, se llama *Arqueología literaria* la que se refiere á toda especie de escrituras; *artística*, en cuanto examina los monumentos; y *de usos y utensilios*, aquella que estudia lo que su nombre indica.

La primera comprende la *Diplomática* elevada, según parece, al rango de ciencia por Mabillon, arqueólogo francés, á quien se debe la gloria de haber trazado, con innumerables adelantos, el camino por donde fueron á la celebridad Leuber, Conring, Montfaucon etc., pero especialmente en el siglo XVII el muy ilustre jesuita Daniel Papebroch. Constituye su objeto el conocimiento de los diplomas (1), cartas ú otros documentos oficiales, probando su autenticidad, verdad é integridad.

La *Paleografía* no es sino una parte de la Diplomática en cuanto nos hace la descripción del documento y examina la sustancia sobre la cual se ha escrito, las materias que han servido para trazar los signos, abreviaturas, monogramas etc., etc.; en menos palabras, de todo lo que sirva para descifrar la edad del documento, v. gr.: si los caracteres son cuneiformes ó geroglíficos, si se han grabado sobre corteza de árbol, papiro, madera, ladrillo, pergamino etc.

Determinada la autenticidad, fecha y materiales del

(1) En *Diplomática* tiene esta palabra un sentido especial. Se llama así, toda carta que remonta á cierta antigüedad, y particularmente las que emanan de los soberanos.

diploma, aún nos resta su lectura, y la *Epigrafía* viene á completar la obra. Desde la fundación de la Academia de las Medallas por Luis XIV, ha tomado esta ciencia un tan considerable vuelo que aquella corporación es más bien hoy Academia de las Inscripciones, ocupándose en leer é interpretar éstas para obtener de ese modo útiles y positivos resultados. Innumerables son los auxilios que ha traído á la historia, pero para su aplicación requiere gran prudencia y sagacidad, porque es arma peligrosa en manos de un mal epigrafista, así como ha hecho inmensos descubrimientos manejada por el hábil poder de los Mabillon, Montfaucon ó Papebroch. Una palabra, un signo ó una abreviatura mal interpretada, pueden inducirnos á un error trascendental y hacernos perder para siempre el conocimiento perfecto de importantes sucesos. Mucho deben á esta ciencia las historias de Roma, Grecia, Egipto, Babilonia, Asiria y otros pueblos de la antigüedad, pero aún le queda largo camino que recorrer.

La *Arqueología artística* es tal vez más importante que la anterior, siendo su estudio, en lugar de penoso, cansado y difícil como aquél, admirable y encantador. Las bellas artes despiertan por sí mismas en el espíritu del hombre, verdadero entusiasmo y ardiente deseo de conocerlas.

La *Arquitectura* proporciona ruinas y edificios colosales que han sido en nuestros tiempos sorpresa de las generaciones, ya por su remota antigüedad, ya por su belleza ó buen gusto. Tan grandes son sus progresos, que muestra con claridad los diversos grados de civilización y cultura porque ha atravesado el arte del hombre, desde la tienda primitiva construída en los campos

hasta los soberbios edificios que adornan hoy nuestras ciudades. Estos señalan claramente en sus distintos estilos, ya sean *toscanos*, *dóricos*, *jónicos*, *corintios*, *góticos* ó *compuestos*, los progresos de la inteligencia y del trabajo constante de nuestros antepasados. Analizando prolijamente los templos y las casas, las termas y los muros, los obeliscos, pirámides, teatros y sepulcros etc., encontramos en cada uno de estos objetos un soplo, por decirlo así, del genio de la antigüedad. El adelanto en las construcciones y el arte de la guerra, marcan con frecuencia el estado de civilización de un pueblo; es, pues, importante la fecha de estos acontecimientos, y no encontrándola escrita la deducen los peritos por *sincronismo*, es decir, por el estilo del monumento.

Si la Arquitectura estudia estatuas, bustos, bajorelieves, adornos ú otras representaciones, ha llegado á toda su perfección y delicadeza, y toma entonces el nombre de *Escultura*.

Compañera inseparable de las anteriores es la *Pintura*, una de las artes de origen más remoto, é inmortalizada por Apeles, que le dió su nombre. Da vida á las grandes concepciones del talento con sus coloridos, y es poderoso auxiliar para conocer las costumbres y vestiduras antiguas. Aquel célebre pintor griego, hizo notar al mundo sus bellezas más de tres siglos antes de Jesucristo, y hoy basta pronunciar su nombre para involuntariamente unirlo á los de Parrasio, Zeuxis y Protógenes que le precedieron, como á los de Rafael, Giotto, Guido-Reni, David, Murillo, Velarde y tantos otros, gloria de los tiempos modernos. Los que marchan tras sus huellas coleccionan frescos, estatuas, pinturas sobre piedras, maderas, metales, papiros, lienzos, mosaicos etc.,

y otros elementos de la misma especie en que se nos han transmitido las glorias de la clásica antigüedad.

Pero el arqueólogo historiador va todavía más adelante y encuentra una nueva ciencia que proporciona no pocas luces para rehacer los anales del pasado: la *Glíptografía* ó descripción de las piedras grabadas. Entre los antiguos alcanzó tan alta perfección el arte de grabar que nos queda esparcidas por todas partes una inmensa cantidad de estas piedras bajo la forma de pirámides y mausoleos, cuyas figuras, adornos y leyendas suministran abundante luz sobre sus creencias religiosas, costumbres, personajes y hechos de armas.

El análisis de las producciones artísticas de nuestros antecesores, ha hecho amontonar un crecido número de datos heterogéneos que la paciencia erudita de los sabios ha unido y ordenado, coadyuvando así á la formación de partes de la historia que, ó eran desconocidas ó se habían comprendido mal.

Por mucho que se diga, jamás se ponderará suficientemente las obras inmortales de Miguel Ángel y Rafael, Roselini y Alberti, Vinci y Lazzari, Peruzzi, Fontana, Bernini y otros mil de aquella ilustre pléyade que allanó el camino á los célebres trabajos de Spon, Ernesti y Montfaucon, y más tarde, en el período verdaderamente científico, á Winkelman y Champollion, á Millin y Monges, Taylor y Letrone, Lenoir, Muller etc., etc. Sus nombres quedarán para siempre grabados como timbre de honor que marcan su época; y el viajero, al recorrer hoy las bibliotecas y colecciones del Vaticano y del Capitolio, del Louvre en París, y del gran Museo de Londres, se siente pequeño y como ofuscado ante sus obras y su inmensa gloria.

Riquísima mina en constante labor, ha sido también, para los progresos de la historia, la *Numismática* que analiza las monedas y medallas, estudiando sus grabados y llamando en su auxilio á la *Epigrafía* para descifrar las inscripciones. La ciencia de Eckel y Mionnet ha venido á llenar repetidas veces la falta de fechas y nombres de grande importancia. Sucede á menudo que las monedas de origen muy remoto, y las medallas que se acuñaron más tarde, llevan grabado el nombre de los reyes, v. gr.: los *Daricos* y los *Cresos* de oro de Persia y Lidia; otras llevan el nombre de algún lugar, suministrando de este modo á los numísmatas datos para deducir de ahí, como de su forma, material, valor ó peso, la nacionalidad y fecha de ellas. Algunas contienen datos tan importantes, que ha llegado á hacerse una descripción exacta de las carreras que tenían lugar en el Circo Máximo, por las figuras y leyendas de las medallas acuñadas para repartir en aquella fiesta.

"El espíritu de investigación, dice el señor Barros Arana, ha avanzado adelante; y en los retratos y las estatuas, en los trajes y los adornos de los personajes de los tiempos pasados, ha encontrado las bases de una nueva ciencia auxiliar de la historia, que ha llamado *Iconografía* ó conocimiento de las imágenes." (1) Entre los antiguos solíase acompañar las narraciones históricas con figuras de los individuos cuya vida se contaba; pero eran más bien pinturas caprichosas que no daban ni una vaga idea del verdadero protagonista. En la actualidad queremos su retrato, con su semblante, facciones y propias vestiduras, de tal manera que nos haga ver al hom-

(1) Artículo crítico sobre la «Iconografía Española» por don Valentín Carderera—ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

bre tal como fué, descubriendo en su mirada su interior, las inclinaciones de su corazón, sus costumbres etc., «encontrando en sus armas y en sus adornos, dice el autor citado, la explicación de ciertos detalles históricos que sirven para comprender mejor los hechos».

Puede decirse que la Iconografía comenzó á dar sus primeros pasos en 1517, cuando Mazzochi escribió su notable obra «*Ilustrium imagines*»; pero decayendo más tarde, á pesar de los esfuerzos de Juan Ángelo y Antonio Canini, sólo se ha reconocido toda su importancia en nuestro siglo con los célebres trabajos de Visconti y Carderera.

Nuevos inventos, apoyados en la Química, facilitan los progresos de este género de estudios y reproducen con exactitud las grandes creaciones hechas por la Pintura, Escultura y artes plásticas en general: la Cromolitografía, por ejemplo, permite obtener sobre una piedra las diversas gradaciones de un color; la Fotografía multiplica á voluntad las copias; la Litografía coadyuva reproduciendo las letras y los signos originales etc., etc.

La *Arqueología de usos y utensilios* comprende, bajo el nombre general de usos, las costumbres públicas y domésticas, fiestas religiosas, civiles y militares, y en consecuencia, los códices, índices y exerptas en donde se contienen las instituciones y leyes que los regían, puesto que toda ley no es producción caprichosa del legislador, sino impuesta por las necesidades de cada pueblo y de cada época. Los utensilios fueron tan diversos como sus instrumentos sagrados y funerarios, militares y civiles; sus adornos, vasos, vestiduras etc. Por insignificante que parezca á primera vista el estudio de tales elementos, contribuye, sin embargo, á pintar con exactitud

os últimos detalles de la sociedad en que vivieron nuestros antecesores.

"La historia sin *Cronología*, ha dicho Rivarol, carece de autoridad, de testimonio y de orden, y la Cronología reducida á sus datos es una galería sin estatuas ni pinturas."

Unida con la *Geografía* ó descripción de la tierra, se les ha denominado por el insigne Bacon "los ojos de la historia"; y efectivamente que un relato en el cual no se designa *cuando* y *donde* se han verificado los acontecimientos, sólo es un cuerpo sin pies ni cabeza.

Asimismo están íntimamente relacionadas con este género de estudio, ciertas cuestiones que en su investigación han sido el origen de nuevas ciencias: se averigua el número, religión, sexo, idioma, edad, profesión ó estado etc., de los habitantes de un país; se enumera los elementos de su riqueza ú otras circunstancias análogas, y nace la *Estadística:* estúdianse las lenguas en general, comparándolas unas con otras y buscando la lengua madre, por decirlo así, del género humano, y se forma la *Lingüística*, que algunos denominan *Idiomografía:* compáranse, por fin, los idiomas que formaron las antiguas literaturas, relacionándolos con la Gramática y la Historia, y nace de aquí la *Filología* clásica ú oriental, ciencia distinta, por consiguiente, de la anterior.

Marchando por el mismo camino, y dejando por el momento los hechos bíblicos, se han preguntado los eruditos si la especie humana es una, ó si las distintas razas que pueblan nuestro globo son vástagos de distintos troncos, como creyeron muchos en la antigüedad. En no pocos apuros se les ha visto envueltos para resolver la duda. Examinando las distintas razas vieron

las relaciones de filiación que conservan los pueblos entre sí, y auxiliados por las leyes fisiológicas de la Antropología y de la Anatomía comparada, solucionaron el problema, estableciendo como evidente la unidad de la especie humana. De este modo se formó la *Etnología*, aplicada, según parece, como auxiliar de la historia por el célebre Leibnitz, siguiendo sus inmortales huellas Anquetil, Duperron, Remusat, Champollion, Humboldt, Schlegel, Young y tantos otros cuyas labores han producido benéficos resultados.

Mucho se ha discutido sobre si la *Mitología*, propiamente dicha, la *Teogonía* é *Idolología* del antiguo paganismo, merecen el honor de ocupar un puesto entre las ciencias auxiliares de los progresos históricos; sin embargo, en nuestros tiempos podemos aseverar como indiscutible su importancia, puesto que nos da á conocer las creencias religiosas é ídolos y dioses de la supersticiosa antigüedad. Sin estos conocimientos sería imposible purgar de sus falsedades las crónicas primitivas y establecer con fijeza los límites de las épocas fabulosas, de las verdaderas adornadas por la poesía, y de aquellas en que se narra con sinceridad y pureza. Entre los dioses de los paganos, que según algunos autores pasaron de treinta mil, se encuentran algunos hombres célebres (como Julio César, divinizado más tarde por los poetas Ovidio y Virgilio) (1), y las cualidades que se les atribuyen y las hazañas que se cuentan suelen tener muchísimo de verdad. Parece fué costumbre en tiempos tan remotos deificar sus héroes, como nosotros les decreta-

(1) «La *Mitología* ¿es parte de la historia?»—Memoria presentada á la Real Academia de la historia, por el ilustrado español don Francisco Miguel de la Huerta.

mos hoy honores nacionales. Los problemas encomendados al examen de estas ciencias, son, pues, difíciles y se requiere gran prudencia y penetración para aplicar las reglas sugeridas por la práctica de los numerosos sabios que de esta materia se han ocupado.

No pequeño contingente presta al estudio de los primeros tiempos, la *Geología* en general y especialmente una de sus partes, la Paleontología, que considera los seres antiguos ó fósiles. Su nombre sólo, basta para unirlo con el recuerdo de Jorge Cuvier y de los paleontólogos que le siguieron en la difícil tarea de explorar y escudriñar las diversas capas geológicas, descubriendo los restos y las huellas de los seres que existieron antes que se perfeccionase nuestro globo.

Los estudios heráldicos y genealógicos tienen todavía grande importancia en las naciones regidas por gobiernos monárquicos. En las repúblicas, abolidos felizmente los privilegios de la nobleza, no tienen sino un carácter histórico en cuanto sirven para enlazar y conocer mejor á nuestros antepasados. Ya no hacemos gala de sus títulos y divisas para fundar en ellos nuestro orgullo, sino que los buscamos como un objeto digno de curiosidad ó como un auxilio para inquirir las causas peculiares de ciertos acontecimientos. Las biografías, tan abundantes en nuestros tiempos, reclaman con imperiosa necesidad una noción preliminar sobre el origen, títulos y servicios de sus protagonistas y antecesores de éstos, haciendo necesario, por consiguiente, al biógrafo el estudio de la *Genealogía* y *Heráldica*.

La historia, pues, tal como se la comprende en nuestros días, rodeándose de ciencias auxiliares, semeja un astro de primera magnitud escoltado por numerosos sa-

télites que marchan ó se detienen á compás con él. Los progresos de estas ciencias. son su propio progreso; si no adelantan, también ella se detiene y permanece estacionaria. Las investigaciones verdaderamente laudables, hechas por las principales que hemos nombrado, explican lo bastante los rehacimientos y alteraciones que diariamente experimenta la relación de los tiempos transcurridos.

§ III

Después de los estudios y exploraciones científicas hechas por los sabios del *Renacimiento* á la Grecia, al Egipto y á todos los países donde quiera que encontraran algunos restos de la antigua civilización, no se ha descansado un instante explorando, á costa de mil sacrificios, hasta los pueblos de más incultas é inhospitalarias tierras. Los viajes de Humboldt prueban, por ejemplo, los benéficos resultados que dan para las ciencias esta clase de excursiones; aun los más bárbaros habitantes, con sus tradiciones y costumbres, suministran abundantes datos que, ó sirven para el descubrimiento de nuevos hechos, ó rectifican y confirman los ya conocidos. Mas civilizadas la Rusia y la Turquía, abiertas las puertas del Japón y de la China, y posesionados los europeos de gran parte de la India, son hoy los centros principales donde los eruditos dirigen sus pasos en busca de nuevos descubrimientos.

En tanto que los intereses temporales obligan á los hombres á visitar aquellos países, siquiera un tanto civilizados; el espíritu de amor y sacrificio que comunica el catolicismo, lleva también sus misioneros hasta las ardientes arenas del África y los apartados mares de la

Oceanía. Los ANALES DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE publicados por los predicadores católicos, al mismo tiempo que dan cuenta del resultado de sus trabajos, exponen las creencias, fiestas y costumbres de los infieles, describen los lugares, sus producciones y principalmente las tradiciones peculiares que conservan de sus padres. Así ha llegado la ciencia á obtener datos de hechos ó cosas que por largos años le fueron desconocidos; así le han servido siempre los hijos de esa religión que tan poco se comprende en nuestros días, y que, sin embargo, protege al mundo hace diez y nueve siglos.

§ IV

Los adelantos de la crítica histórica no han contribuído menos que los medios anteriores á rehacer las crónicas de los tiempos transcurridos; con ella se han borrado de sus páginas preocupaciones y errores, hanse rectificado fechas y nombres de grande importancia, llenado los vacíos y modificado los juicios que el odio y la pasión habían sentado como verdaderos. La crítica arqueológica investiga nuevamente los útiles y monumentos, y encuentra á cada paso errores tan trascendentales, como el de haberse tenido por pintura ó estatua de una virgen del cristianismo lo que era una Venus ú otra diosa de la antigüedad pagana.

Mientras la crítica literaria investiga cuidadosamente los autores de las obras anónimas, las escrituras é inscripciones y manuscritos falsos etc, la crítica numismática reconocer las monedas y medallas que no son auténticas, ó que siéndolo, son de fiecha distinta de aquella que se les atribuye. Fueron tantas las adulteradas por

los romanos, que un autor dice: «Hasta los mismos emperadores falsificaron las monedas de plata, porque pagaban el honorario á los empleados y el sueldo á los soldados con ellas, mientras que se debía pagar á ellos los derechos en oro.» (1)

Cada una de las ciencias que facilitan los progresos históricos ejercita la crítica de un modo peculiar, llamando ante ella, como supremo tribunal, á cada uno de los hechos, juicios y teorías comprendidos dentro de la órbita de sus estudios. Es, en fin, el último crisol por donde pasan los acontecimientos, saliendo en definitiva como ciertos, falsos ó dudosos.

ALEJANDRO ÁLAMOS JARA-QUEMADA

(Concluirá)

(1) *Memoria sobre Numismática*, presentada á la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en 25 de julio de 1859, por don Justo Florián Lobeck.

EL VIENTO

(IMITACIÓN DE GŒTHE)

De mi balcón, que está al frente,
observo el de mi vecina:
ya se agita suavemente
la cortina,

y se entreabre la ventana...
Quiere ella verme... ¡Oh fortuna!
ya cesas de ser tirana
é importuna.

Mas... ¡no asoma mi vecina!...
¡Y está con otro!... ¡oh tormento!...
Mas ¿quién movió la cortina?
Nadie... el viento.

JOSÉ GREGORIO OSSA

EL DESENGAÑO DE UN ARTISTA

Á MI AMIGO ANÍBAL BARROS B.

I

Enrique es un joven alto, de unos veintiocho á treinta años, rico y de simpática presencia. Difícil, si no imposible, considero trazar con fidelidad su retrato, y temo, además, que á sus manos lleguen estas cuantas líneas y que, sea por esta ó aquella razón, no se encuentre enteramente satisfecho de mi pincel; pero, en fin, lector, básteos saber que son sus cabellos castaños y bien recortados, su barba perfectamente afeitada, su bigote bien poblado y de un color rubio dorado; bajo sus cejas espesas y oscuras, brillan dos expresivos ojos verdes; es, para no cansarte, lector, en una palabra, un guapo mozo.

Nacido en Santiago, de muy buena familia, estudió en el Instituto Nacional, donde á una fina educación llevada de su hogar, supo unir una sólida instrucción, adquirida por un constante estudio.

Nuestras relaciones de amistad datan de aquel tiem-

po y, merced á sus bellas cualidades, hemos conseguido mantenerlas hasta la fecha. Estudioso en sus clases; franco, elocuente y hasta satírico, sin ser mordaz, en sus charlas de recreo, era una de aquellas naturalezas ardientes, vivas, locuaces, que jamás se están quietas, que siempre poseen en sus labios una frase, una palabra, prontas para solucionar cualquiera discusión, ó para envolverla y hacerla más borrascosa, si fuere necesario.

Desde los primeros años, notábase en él una afición exagerada por el estudio de las bellas artes. Concurrió á las clases de dibujo y pintura, sobresaliendo siempre, entre sus compañeros, por ese gusto y disposición natural que caracteriza á los verdaderos artistas.

Leía con mucho placer todo trabajo que se relacionara con el arte en general; pasaba horas enteras dibujando el jardín, las puertas, las ventanas del establecimiento, y en fin, cuanto cuadro le presentaba la fantasía de su imaginación.

Sin tener necesidad de carrera alguna para vivir, estudió, sin embargo, leyes, no costándole muchos años obtener el fin de ella; que, en aquel tiempo, no regían en los estudios legales las disposiciones que más tarde hánse introducido, sin otro fin al parecer que retardar más aún el premio debido á la inteligencia y aplicación del alumno. Pero no es éste el lugar á propósito para analizar estos hechos, que más bien pertenecen á la historia de la instrucción universitaria en nuestro país, que á una historia individual. Día vendrá, sin embargo, en que podamos hacerlo con más libertad, con mayor discernimiento que hoy y ayudados con la experiencia que las medidas que se han tomado, nos sugieran.

.....

Enrique tenía veintiún años cuando recibió el título de abogado.

No era, con todo, la carrera del foro la que él eligiera, si esta decision hubiese dependido de su libre voluntad. Tenía su padre, hombre anciano ya y sumamente severo. Político hábil, jurisconsulto notable, creía sí, que el mejor modo de servir a su país, consistía en proteger á cada uno de los ciudadanos contra la injusticia: al inocente contra la calumnia; á la víctima contra el verdugo; al huérfano, á la viuda, contra la miseria y el hambre.

Ninguna carrera, á su juicio, más apropiada para conseguir estos nobles fines que la del foro, pues ella le aseguraría á su hijo un brillante porvenir, y á él el mantenimiento de su ya prestigioso nombre.

Un día Enrique presentaba á su padre el diploma de bachiller en humanidades; el anciano, trémulo de emoción, cogió el papel, leyólo dos ó tres veces y abrazó á su hijo.

Mas, pasados los primeros momentos de entusiasmo, le preguntó por la carrera que pensaba seguir:

—Quisiera ser artista, papá—dijo el joven.

Esta respuesta era la que menos esperaba el anciano; por eso, todo sorprendido, y cambiando enteramente de tono:

—¿Cómo, artista?—interrumpió—¿Qué significa eso de artista? ¡Ah! hijo ingrato! ¡Qué mal correspondes á los sacrificios de tu padre! ¿Qué sangre corre por tus venas? ¿no es la de tu padre?... entonces ¿por qué buscas entretenimientos en vez de trabajo? ¿por qué eliges una carrera propia para mujeres y no para un hombre, que debe ser útil á su patria?... ¡Después que has estu-

diado tantos años!... ¡El nombre de mis padres, de mis abuelos, hasta hoy respetado por todo el mundo, por haber servido á nuestro país, ó empuñando la espada ó dictando leyes para constituir un pueblo libre!... quieres empañarlo ahora introduciendo, ¿qué?... ¡un artista, un pintor ó un músico!...

—Pero, padre mío...

—¡Eh! no me repliques. No serás lo que tú quieras, no; aún eres demasiado niño y yo, que soy tu padre, estoy en el deber de impedir que incurras en semejante locura, encaminándote, al mismo tiempo, por la senda que te corresponde.

—¡Oh! pero...

—¡Amiguito! Usted estudiará ... lo que sea conveniente.

—¡Papá!...

—Estudiará leyes, mal que le pese.

—¡Pero si yo!...

—Lo mando.

Y, volviendo las espaldas, se retiró. Enrique tuvo que ceder, y tres años más tarde era abogado, pero ya había perdido á su padre.

En la Universidad continuamos siendo tan amigos como lo habíamos sido en el colegio. Su amor por el arte no había disminuído, y con frecuencia me decía:— "Mi padre se ha opuesto á que siga la carrera de mi preferencia, y es porque ignora lo que es el arte, porque no conoce esa bella inspiración de la inteligencia humana, que copia fielmente los sentimientos del alma, reproduciéndolos en seguida, con toda exactitud, con toda su belleza, con todo su aroma, por medio del arte. ¡Ay! amigo, la riqueza aún se mantiene reñida con el arte. Si

yo hubiera sido pobre, nadie se habría opuesto á mis inclinaciones naturales.

Y en seguida hablaba de la pintura, de la poesía, de la música, dejándose llevar por un arrebato de verdadero entusiasmo artístico; concluyendo con esta peregrina reflexión:—"¡No seré artista, porque soy rico!"

Y si yo le expresaba que ese no era un sólido argumento, y que, por el contrario, á mi juicio, la pobreza entorpecía el desarrollo del arte, oponiéndose al cultivo de inteligencias bien organizadas y haciendo estallar concepciones divinas, el niño del colegio renacía, y con febril calor:

—Error, error, amigo mío—exclamaba—¿Cuántos artistas millonarios has conocido tú? ¿No es ya proverbial que los poetas se mueren de hambre? Y ¿cuántos maestros en la música han vivido en la opulencia? ¿Cuántos artistas, que merezcan el nombre de tales, han nacido entre sábanas y colchas de seda? ¿Qué hombre suficientemente rico que se haya dedicado al arte, ha producido una obra maestra? ¿Los reyes? ¿Julio César? ¡Ah! pero fuera de éste y de unos pocos que pertenecen al arte literario, los demás no han sido sino protectores de las bellas artes, pero jamás artistas, y si alguna vez han querido serlo, no han conseguido otra cosa que producir abortos, verdaderos monstruos ó ridiculeces, como el imbécil Nerón. El arte, se encuentra en las chozas, en las más humildes cabañas y tiene su cuna ordinariamente en la casa de Expósitos!

Y hablaba y hablaba sin fatigarse jamás, accionando con ambos brazos, con los ojos abiertos y las narices dilatadas de entusiasmo.

Esta pasión por las bellas artes, fuése desarrollando

en el espíritu de Enrique paulatinamente, trastornando así su razón; no fijando en su mente otro ideal que el arte, ni otro sentimiento en su corazón que el amor por el arte.

II.

Jamás faltaba al teatro.

Y á propósito de teatro: hay un pasaje, demasiado interesante, que se relaciona con él y con la historia de nuestro amigo, para que lo pasemos por alto.

Una noche de invierno dábase en el Municipal, *Lucía*, en cuya música, Donizetti supo inspirarse en la sensibilidad más exquisita, en los sentimientos más sublimes del arte, alcanzando á lo divino.

El teatro estaba repleto y magníficamente alumbrado. Las mujeres, con sus vestidos y flores, hacían realzar su juventud y belleza, presentando el más arrebatador golpe de vista.

Los jóvenes, la flor y nata de los elegantes, invadían la platea, paseando de un palco á otro sus gemelos y encontrando en más de alguno, una simpática respuesta. Sin embargo, había un hombre, cuya atención, muy lejos de las damas y de los palcos, se concretaba toda ella en el desarrollo de la acción escénica y en las notas que la orquesta ó el pecho de los artistas lanzaba.

Este hombre estaba nervioso; seguía con sus ojos, con sus labios, con el cuerpo todo, los menores movimientos del actor, dando ruidosas trompadas en los brazos de la luneta.

El drama se desarrollaba con todo esplendor y lucidez.

El silencio era universal. La atención se redoblaba por instantes.

En un momento dado y al concluir una escena, el tenor sostiene por algunos segundos una nota magnífica.

Nuestro hombre—que no era otro que Enrique—frenético, pónese de pie, y con un entusiasmo indescriptible lanza un *¡Bravo!* usando de todas las fuerzas de sus pulmones. Aquella voz atronadora é inesperada que resonó como un pistoletazo, hizo saltar á más de un nervioso sobre su asiento, y poner como nieve el rostro de más de una dama.

Todas las miradas, todos los gemelos, dirigiéronse entonces, hacia el centro de la platea, buscando el origen de aquel aplauso atroz.

Enrique, que se había dejado caer inmediatamente después en su luneta, habia vuelto ya sobre sí mismo y, comprendiendo su situación, miraba vagamente, como los demás, á su alrededor. Uno de sus vecinos, que sabía que él era, y viéndole tan sereno, lanzó una carcajada, aplaudiendo con ambas manos; aquello fué la señal: el teatro estalló en un aplauso inmenso y prolongado.

Nadie se preocupó de averiguar el nombre de aquel personaje singular. Hiciéronse varios comentarios sobre el particular, pero sin resultado alguno.

Al día siguiente los diarios, chistosamente, relataban el hecho.

Yo le encontré aquella misma noche en el *foyer*; él no se dió por aludido, pero alabó muchísimo á los artistas.

En el entreacto fuímonos á la platea.

Algunos vecinos á su luneta le miraban al pasar con una sonrisa de compasión, diciendo muy por lo bajo: "Ese es",—"¡Pobre joven, está loco!"

—¿Conoces—interrogué á Enrique, para distraerle de esas miradas y secretos—la familia del cuarto palco de la segunda fila?

—Es la familia del señor B.

—¡Ah! y esa niñita tan encantadora que, precisamente en este momento, dirige sus gemelos hacia acá ¿es su hija?

—Sí—me respondió sonriendo y saludando á la del palco.

—Tienes amistad con ella, según veo.

—Mucha. ¿Te gusta?

—Palabra de honor.

—Pues, entonces vamos allá, y te la presentaré.

—No, no hagas tal—le dije—otro día será. Lo que ahora puedes hacer es ir al palco—yo quería alejarle de la platea—y pedirles permiso para llevarme á su casa, que ésta no me parece ocasión para que me presentes.

—¡Hombre! si soy como de casa...

—No, no importa, hoy no quiero. Me alegraría muchísimo verte al lado de esa señorita, pero desde mi butaca. Vamos, te acompañaré hasta allá.

—En fin, como quieras. Pero... voy á perder el tercer acto...

—No lo pierdas; cuando se dé principio, atiendes, y se acabó.

Así conversando, atravesamos la platea, salimos por el pasillo de la izquierda y, después de subir unas cuantas escaleras, nos hallamos frente á una puerta marcada con el número 17.

—Ya estamos—dijo Enrique.

—Entonces, hasta luego.

Abrió la puerta y desapareció.

Yo volví sobre mis pasos y no tardé en encontrarme nuevamente en mi luneta.

Desde ahí divisaba perfectamente á Enrique, quien conversaba muy acalorado, al parecer.

No dudé que la música sería su tema.

Levantóse el telón. Enrique enmudeció y dedicóse, como era su costumbre, enteramente á la ópera.

Otro tanto hice yo, siguiendo con extraordinaria atención el desarrollo del drama, hasta tal punto que, en la última escena, el desgraciado fin de Edgardo conmovióme profundamente.

Permanecí en mi asiento larguísimo rato.

Cuando atendí á mirar al palco donde mi amigo estaba, vílo completamente abandonado, encontrándome yo casi solo en el teatro.

Apresuréme entonces á salir, y allá en el vestíbulo encontré á Enrique que me aguardaba.

—¿Qué tal?—me interrogó al verme—parece que te hubieras quedado dormido, amigo mío.

—No Enrique, por el contrario; la ópera me ha gustado hoy más que nunca.

—¡Al fin vas comprendiendo la belleza del arte!—me contestó dando un fuerte suspiro.

—Y ¿cómo te fué con tu rubiecita?

—Bien.

Salimos á la calle y tomamos la dirección de la casa de Enrique.

Por el camino me dijo:

—La familia tendrá el mayor gusto conociéndote, según me acaban de manifestar; puedes avisarme, pues, cuando desees ir. Es gente muy buena, sencilla y nada orgullosa. Julia, que así se llama la que tú has visto y que

tanto te ha llamado la atención, es un ángel. Inteligente, virtuosa y de exquisito trato, hará la felicidad de quien deba, mereciéndola, tomarla por esposa.

—¿Quieres que te diga, Enrique?—interrumpí.

—¿Qué?

—Cuando estabas ahora al lado de ella, figuróseme que no se encontraría una pareja mejor.

Enrique, por de pronto, no contestó, pareciendo reflexionar profundamente. Al cabo de un momento:

—M.—me dijo—tú eres mi mejor amigo y no temo que, haciéndote esta revelación, seas indiscreto alguna vez. Pues bien, has de saber que yo la amo y creo que ella me corresponde. Mi padre quería que nos casásemos; pero ¡ay! cuando debía hablarse del asunto... él murió! Mi madre sería gustosísima de tenerla por hija... porque ella también la ama.

—Y la familia de Julia ¿gustaría?

—En el acto.

—Entonces ¿por qué vacilas?

—¡Ah!—me respondió enardeciéndose por grados—¿por qué? ¿por qué?... Porque ella para mí tiene un gravísimo defecto, insubsanable...

—Ella tan buena, tan hermosa, tan inteligente; de una familia tan honorable, como me acabas de decir ¡tiene también un defecto!...

—Sí, amigo mío, y este defecto es para mí, espantoso...

—¿Cuál es, Enrique?

—¡No conoce ni la pintura, ni la poesía, ni la música; en una palabra, no conoce el arte!...

Á la confusa luz de un farol miréle con asombro y pude distinguir sus facciones pálidas y desencajadas.

Habíamos llegado frente á su casa. No encontré palabras con qué contestarle.

Él bajó la cabeza y con voz ahogada:

—¡Buenas noches!—me dijo.

—¡Buenas noches!—repetí yo y me alejé.

Mi corazón quedó tan entristecido con aquella respuesta inesperada, que le tuve por loco, y esto conmovióme tanto más, cuanto que Enrique era un joven de inteligencia nada común y de sanísimo juicio.

III

No se crea que exagero al pintar la pasión que por el arte tenía mi amigo Enrique. Es esto tan común, por desgracia, entre nosotros, que no há mucho me sorprendió vivamente la noticia de un caso de enagenación mental, ocurrido en un joven de las principales familias de Santiago.

La causa es, más ó menos, la misma: buscar un imposible.

Preocupado desde tiempo atrás en formar el árbol genealógico de su familia, el joven en cuestión, perdióse entre los viejos pergaminos de la Biblioteca Nacional. Y lo que es más curioso aún, arrastró en su locura á varios de sus compañeros de estudios.

.....

En cuanto á Enrique, desde aquel día, ó mejor, desde aquella famosa noche del teatro, me fué imposible verle hasta después de dos años.

Un asunto de familia me obligó á ausentarme de Santiago por ese tiempo, no pudiendo aún, tan repentino

fué aquel viaje, despedirme de mis amigos, incluso de Enrique.

Sin embargo, mantuve con él curiosísima correspondencia. Sus cartas no trataban, como debe suponerse, de otra cosa que del arte; del arte considerado en todas sus formas y analizado con el entusiasmo tan patético y con la elocuencia tan sublime de mi amigo Enrique.

«No salgo—me decía en una de ellas—á ninguna parte; de noche me llevo en mi pieza leyendo las producciones de los poetas españoles modernos; de día, estudio la pintura, las flores, que son el lenguaje de la naturaleza; la música, que lo es del amor».

Cuando volví á Santiago fuí á abrazar á mi amigo.

Por la noche me dirigí á su casa. Híceme anunciar; me condujeron á su dormitorio y allí, sentado en un sillón, estaba Enrique con un libro en sus manos.

Grande fué el placer que ambos tuvimos al volvernos á ver después de dos años de ausencia.

Yo no había ido á su casa desde el fallecimiento de su padre, y nuestras relaciones de amistad habíanse mantenido, ó en la calle, ó en los paseos públicos tan sólo. Por eso me admiré cuando vi el cambio radical que había sufrido su pieza.

Á la seriedad y elegancia que tenía en vida de su padre, había sucedido la fantasía del artista.

Numerosos cuadros pintados al óleo, pinceles, paletas, bastidores etc. Dos hermosos estantes de ébano, cubiertos de lujosos y escogidos libros, daban frente á una chimenea de mármol con incrustaciones de cobre; una tupida alfombra de vivísimos colores venía á formar, juntamente con un peinador cubierto de todos los

útiles necesarios y una docena de sillas bajas, echadas atrás, el complemento de aquella salita elegante, como el dormitorio de una mujer; pero al mismo tiempo, con todo el desorden de un joven de trabajo.

Las pequeñas estatuas de yeso, bustos de los hombres más notables del mundo en las artes y en las ciencias, los menores adornitos, las más insignificantes chucherías colocadas sobre pequeños esquineros, indicaban los secretos y preferencias de aquel joven bullicioso y jovial que había conocido yo en el colegio, sufriendo ese régimen de hierro, que se emplea en los internados.

Alguien ha dicho: «El estilo es el hombre» ¿Podríamos decir que el dormitorio también puede serlo?

Enrique, como ya lo tengo dicho, es muy instruído; de un trato social alegre y picaresco, tiene una facilidad asombrosa para expresarse, y sus cuentos ó historietas están siempre salpicados con anécdotas, sátiras y frases que cautivan; no tenía otro defecto, en la época en que le he presentado al lector, que esa pasión monomaniática por el arte, que se despertaba en él cuando se le tocaba por incidencia, aunque fuera, ese asunto.

Durante esta visita nuestra conversación versó, como es costumbre en semejantes casos, en mi viaje y en la vida que llevaba Enrique.

Después de ésta, hícele muchísimas otras, verdaderas veladas literarias.

En cierta noche hablábamos sobre las últimas producciones francesas y españolas; tuvimos una acaloradísima discusión de cerca de dos horas. Él la terminó de una manera extraña, pero que refleja su carácter.

De repente púsose de pie, dirigióse á un estante, tomó un libro y acercándose á mí me preguntó, con un

tono que parecía indicar que ese libro concluiría con la discusión:

—¿Conoces á Heine?

—No, le repliqué.

—¡Ah!—me dijo entonces—es el escritor de la época; sus obras son actualmente las más apreciadas, por ser las mejor escritas. Aquí tienes *Gœthe* de Heine. Aunque ésta no es una de sus mejores producciones, sin embargo, puedes juzgar por ti mismo del mérito de este grande hombre. Escucha un momento.

Y abriendo el libro principió á leer con su habitual entusiasmo, vertiendo del francés al castellano, unas cuantas páginas, posesionándose é identificándose por grados con la inspiración del autor.

Leía con tal arte y expresión, que no pude menos de escucharle con vivísima atención, hasta el punto de olvidarme del asunto que discutíamos.

Cuando hubo terminado un párrafo que concluye con éstas palabras: «Los dioses se van, los hombres quedan: Gœthe ha muerto», interrumpió su lectura y me preguntó con interés:

—¿Qué te parece ese pensamiento?

—Excelente, amigo, excelente; pero hazme el favor de seguir.

—No, me dijo, no quiero cansarte, ni abusar de tu paciencia; bástete, me parece, con que sepas que toda la obra está tan bien escrita como esa línea.»

—Dime—le interrogué después de un momento de silencio—¿porqué no ejerces tu profesión?

—Porque no me gusta. Porque la he seguido contra mi voluntad, y tan sólo por darle gusto á mi padre. Porque en Chile hay un abogado para cada cliente; porque

no tendría á quién defender, y por último, porque algunos tienen la triste idea de que el abogado no es el sacerdote destinado á defender los bienes, el honor, la vida de los ciudadanos; ni á sustraer al hombre débil, indigente, virtuoso, de la opresión ó de la rapacidad del hombre injusto, rico y poderoso, sino que es un bandido, peor que los que las cárceles encierran, cuya vergonzosa misión sólo es robar, saquear, destruir las fortunas y la vida de la humanidad, amparándose y cubriéndose con un mito extraño que se llama justicia.

—Pero esa opinión es insensata, Enrique; esa opinión es nacida de la más crasa y estúpida ignorancia; quiénes la sustentan son los que han perdido sus fortunas entre-entregándose á sus desenfrenados vicios, ó aquellos que son impotentes para arrebatarlas á los demás. Esos niegan la justicia, ó quisieran hacerla desaparecer, para entregarse, de lleno, al espíritu de vandalaje que los domina.

—Sí, también soy de tu opinión—me contestó;—mas yo prefiero, cuando no tengo necesidad de ella, vivir esta vida que llevo, apacible, inofensiva y feliz...

—¡Ah! eso es otra cosa; y á ésta y á las primeras razones, nada tengo que decir.

De esta manera pasábamos las noches de invierno; leyendo, charlando, recordando nuestra vida de colegio, nuestras bromas y jugarretas de niños.

MARCIAL VALENZUELA SILVA

(Concluirá)

VIDERES SUSTUM

(INÉDITA)

Á la memoria del ilustre Prelado colombiano Monseñor Vicente Arbeláez

¡Era el varón sin dolo y sin falsía!...
Dulce en su fe, benigno en su templanza,
en cada acción grababa una enseñanza,
y hacerse amar y persuadir sabía.

Fué cual la roca que la mar bravía
airada azota y á mover no alcanza...
Sereno en la tormenta y la bonanza,
era la mansedumbre su energía!..

La muerte sobre él nada ha logrado:
su cuerpo, en dulce faz, yace en su suelo
por el signo del Gólgota escudado;

y ajeno de ambición y de recelo,
¡como siempre! de Dios acompañado,
su espíritu inmortal vive en el cielo!...

José Antonio Soffia

1884

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Todo esto es perfectamente exacto, si no se dan á *valor* y á *precio* otros significados que aquellos que Mora se limita á considerarles.

Pero es el caso que, según el DICCIONARIO de la Academia, *valor* significa no sólo el grado de utilidad ó aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades, ó proporcionar bienestar ó deleite», sino también «la cualidad de las cosas en cuya virtud se da por poseerlas cierta suma de dinero ó algo equivalente, y *precio*, no sólo «el valor pecuniario en que se estima una cosa», sino también «estimación ó importancia».

Valor, en ciertas ocasiones, puede tener un significado diverso que *precio;* pero, en otras, tiene uno enteramente análogo.

Igual cosa puede decirse de *precio.*

Esto es lo que explica que *avaluar*, *valuar*, *valorar*,

valorear signifiquen "poner precio á las cosas vendibles", y que *avalorar* signifique "dar valor ó precio".

Estimar puede usarse en dos acepciones diversas que corresponden á las dos recordadas de *apreciar*.

1.ª "Poner precio y tasa á las cosas"; esto es, *avaluarlas*, *valuarlas*, *valorarlas*, *valorearlas*, *apreciarlas* en la primera de las acepciones de este verbo.

2.ª "Hacer aprecio y estimación de una persona ó cosa".

Resulta que *estimar* en la primera de estas acepciones significa lo mismo que los otros verbos aludidos.

Otro tanto puede decirse de *justipreciar*, que equivale á "apreciar ó tasar una cosa".

Tasar, entre otros, tiene dos significados, que hacen al caso que consideramos.

1.º "Poner precio fijo á las cosas vendibles".

2.º "Graduar el *valor* ó *precio* de las cosas".

Haré notar de paso que la Academia Española, en la presente definición, declara, como lo he manifestado antes, y contra la opinión de Mora, que *valor* y *precio* tienen un mismo significado.

Como se ve, *tasar* en la segunda de las acepciones mencionadas, puede usarse en vez de cualquiera de los otros verbos antes enumerados.

Me parece oportuno reproducir aquí lo que los abogados españoles Manresa, Navarro, Miquel y Reus dicen acerca de esto en la obra titulada LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL, parte 1.ª, título 10, sección 1.ª, segundo período:

"La palabra *avalúo*, aunque técnica en el lenguaje rentístico, era poco usada en el forense, en el cual se daba la preferencia, y no sin razón, á sus equivalentes

tasación, aprecio y *justiprecio;* pero desde que ha sido adoptada por la nueva ley (la de 1855) para expresar el *aprecio* ó *tasación* de los bienes hereditarios, debe también considerarse como técnica del foro, y por eso venimos usándola casi exclusivamente en ese sentido».

Hay, pues, ocho verbos que pueden emplearse indiferentemente en el sentido de «poner precio».

Como si esto no fuera bastante, los chilenos usan además en igual sentido el verbo *valorizar*, á que el DICCIONARIO no da cabida en sus columnas.

AYUDANTÍA

Una ley de 13 de diciembre de 1876 dice así:

«Las *ayudantías* de las comandancias generales de armas de las provincias podrán ser desempeñadas por oficiales de las clases de sargentos mayores ó capitanes.»

La palabra *ayudantía*, para denotar el cargo de ayudante en un departamento cualquiera, es muy usada en las piezas oficiales de Chile.

Indudablemente está tan bien formada, como *capitanía, mayoría, oficialía, secretaría* y otras análogas; pero el DICCIONARIO de la Real Academia no la menciona.

BAJAR

Entre las acepciones que el DICCIONARIO de la Real Academia Española *reconoce* el verbo *bajar*, se enumeran:

1.ª La de «minorarse ó disminuirse alguna cosa: *bajar la calentura, el frío, el precio, el valor*».

2.ª La de «reducir alguna cosa á menor estimación,

precio y valor del que antes tenía: *bajar la moneda, el censo*».

Francamente no percibo cuál es la diferencia que hay entre estas dos definiciones.

Como si las dos mencionadas no bastaran para expresar distinciones que no se comprenden bien, el DICCIONARIO define como sigue otra de las acepciones que señala al verbo *bajar*.

«En los contratos de compra y venta, disminuir el precio puesto ó pedido».

Parece que esta acepción se encuentra incluida en cualquiera de las dos antes citadas.

Pero supóngase que no lo estuviera.

En tal hipótesis, habría debido decirse que *bajar* se aplica á la disminución del precio, no sólo en la compra-venta, sino también en el arrendamiento, y á la disminución de lo que se ha pedido ó estipulado pagar en cualquiera otro contrato.

BALIJA

La Real Academia Española en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1880, enseña que la ortografía de esta palabra, como la de tantas otras, es dudosa, y que se escribe de estas dos maneras: *balija* ó *valija*.

La Academia prefiere *valija*.

En Chile, por el contrario, esta palabra se escribe casi siempre con *b (balija)*, como puede verse en muchos decretos insertos en el BOLETÍN DE LAS LEYES Y DECRETOS DEL GOBIERNO, y en otros documentos públicos y privados.

Como el DICCIONARIO da cabida sólo á *valija* y no á *balija*, hago la advertencia para que aquel que busque esta palabra únicamente escrita con *b* evite el error de creer que no se encuentra autorizada.

BALSEADERO

Don Manuel E. Ballesteros, en el INDICE GENERAL del BOLETÍN DE LAS LEYES, artículo destinado á *Derechos de pasaje de los ríos*, se expresa así:

"Se dicta un reglamento sobre *balseadero* de los ríos de la provincia de Maule".

Evidentemente, *balseadero* significa en la frase precedente lugar donde hay embarcaciones para pasar un río.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española trae, en vez de *balseadero*, *balsadera* y *balsadero* para denotar el "paraje donde hay balsa para el paso de los ríos".

El DICCIONARIO advierte que estas dos palabras son anticuadas.

Y no podía ser de otro modo, puesto que la balsa es una embarcación demasiado primitiva, para que continúe usándose en los países adelantados.

Efectivamente, en Chile, cuando los ríos son caudalosos y no tienen puentes, se opera el paso de ellos, no en balsas, sino en barcas ó en lanchas.

Así, no se deben designar los lugares de nuestros ríos donde hay embarcaciones para atravesarlos, ni con los nombres de *balsadera* ó *balsadero*, ni mucho menos con el de *balseadero*.

Los decretos expedidos por los presidentes de nuestra república para reglamentar el servicio en estos lugares los designan por lo general, llamándolos *pasaje de ríos*.

Como esta palabra es genérica, convendría apelar á otra más específica.

¿Podría ser esa *barcaje?*

El DICCIONARIO de la Real Academia enseña que ésta tiene sólo tres acepciones, á saber: 1.ª transporte de efectos en una barca; 2.ª precio ó flete que por él se paga; 3.ª precio ó derecho que se paga por pasar de una á otra parte del río en una barca.

Sin embargo, el DICCIONARIO reconoce (como no podía menos de hacerlo, porque así es la verdad) que *pasaje*, amén de otras, tiene, no sólo esas mismas tres acepciones de *barcaje*, sino también la de sitio ó lugar por donde se pasa.

Siendo esto así, me parece que, en vez de apelar á la la catacresis de llamar *balsadera* ó *balsadero* á un lugar donde no hay *balsa*, sería un pecado muy venial y aún justificado el de denominarlo *barcaje*, en obedecimiento de la ley de analogía.

No vería tampoco ningún inconveniente en que se dijera *lanchaje* para designar tanto el lugar, como el derecho ó precio.

BALSEO

En el BOLETÍN DE LAS LEYES Y DECRETOS DEL GOBIERNO de Chile, tomo 42, un decreto expedido de acuerdo con el Consejo de Estado, en 15 de mayo de 1884, lleva por título «Ordenanza de *balseos* acordada por la municipalidad de Carelmapu».

Se trata en este decreto de establecer, á beneficio de esa municipalidad, un servicio de botes transportes en ciertos ríos y en ciertos canales.

El DICCIONARIO de la Real Academia da cabida en

sus columnas al verbo *balsear* en el significado de "pasar en balsa los ríos", pero no admite el sustantivo *balseo*.

Y aun cuando aceptase este último vocablo, *balseo* no podría indicar con propiedad un servicio de botes-transportes.

BANCARROTA, FALENCIA, QUIEBRA

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no hace ninguna diferencia entre los significados de *bancarrota* y de *quiebra*.

Hé aquí las definiciones que da de estas dos palabras.

Bancarrota es la "*quiebra* de mercader ú hombre de negocios".

Quiebra es "la acción y efecto de cesar uno en el comercio por falta de caudales con qué satisfacer á sus acreedores, perdiendo el crédito".

En Chile, como en las otras naciones españolas se usa *bancarrota*, y no *quiebra*, en la expresión *hacer bancarrota;* pero, en los demás casos, se prefiere *quiebra* á *bancarrota*.

El artículo 1,325 del CÓDIGO CHILENO DE COMERCIO dice así:

"*Quiebra* es el estado del comerciante que cesa en el pago de sus obligaciones mercantiles."

Don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, enseña sobre este punto lo que sigue:

"Considerada en general, la *bancarrota* es la *quiebra* de un comerciante ú hombre de negocios, esto es, la cesación ó suspensión que hace un comerciante de su giro ó tráfico, sin pagar sus deudas. La misma significación

tiene propiamente la palabra *quiebra*, de suerte que *quiebra* y *bancarrota* son sinónimas, y ambas denotan la situación de un comerciante ó banquero que, por el mal estado en que se hallan sus negocios, *rompe* ó *quiebra* el curso de ellos. Pero la palabra *bancarrota* es más odiosa que la palabra *quiebra*, porque aquella lleva consigo la idea de fraude, ó á lo menos de faltas graves; y ésta se acompaña más bién de la idea de la desgracia. Así es que el DICCIONARIO de la Academia, aunque en las definiciones respectivas no hace distinción entre una y otra, sin embargo, en las traducciones latinas que pone á continuación, llama á la *bancarrota*, *creditorum fraudatio*, y á la *quiebra*, *comercii ob inopiam disolutio*.

"Conforme á estas ideas, se ha dado en el uso común el nombre de *quiebra* á la insolvencia en que cae un comerciante por causa de pérdidas ó desgracias que no ha podido cortar; y el de *bancarrota* á la insolvencia que proviene de culpa ó de mala fe. Todavía la *bancarrota* se ha dividido en *simple* y *fraudulenta*, llamándose *simple* cuando no ha tenido otra causa que la culpa ó algunas faltas graves del quebrado, y *fraudulenta* cuando hay fraude ó dolo de parte de éste.

"La palabra *bancarrota*, y juntamente su odiosidad, traen su origen de la antigua y famosa feria de Medina del Campo, villa situada en el corazón de Castilla, y en otro tiempo una de las principales plazas de comercio de Europa. Los genoveses, que eran los que allí ejercían el giro de letras y el cambio de monedas, se colocaban en la plaza principal con sus mesas ó mostradores, y un banquillo de madera para sentarse; y cuando alguno de ellos faltaba maliciosamente á la buena fe, los cónsules ó magistrados de la feria le imponían, entre otras

penas, la de hacer quebrar solemnemente ante el gentío inmenso el citado banquillo, declarándole al mismo tiempo indigno de alternar con los hombres de bien, y excluyéndole para siempre de la feria de Medina. Este rompimiento de la banca ó banquillo dió lugar á la formación de la palabra *banca-rota*, que luego se generalizó en Europa para designar el estado de insolvencia culpable ó fraudulenta.

"Mas nuestro CÓDIGO DE COMERCIO de 1829 no se sirve de la palabra *bancarrota*, sino sólo de la de *quiebra* diciendo que se considera en estado de *quiebra* á todo comerciante que sobresee en el pago corriente de sus obligaciones, y distinguiendo, para los efectos legales cinco clases de *quiebras:* 1.ª suspensión de pagos; 2.ª insolvencia fortuita; 3.ª insolvencia culpable; 4.ª insolvencia fraudulenta; 5.ª alzamiento."

El artículo 1,330 del CÓDIGO CHILENO DE COMERCIO declara que la *quiebra* es fortuita, culpable ó fraudulenta.

Resulta que, como el Código español de 1829, el nuestro no establece entre *bancarrota* y *quiebra* la distinción á que don Joaquín Escriche alude en el trozo antes copiado del DICCIONARIO RAZONADO.

En Chile, se emplea muy amenudo la palabra *falencia* para designar la *quiebra* de un comerciante, ó la *insolvencia* de un individuo cualquiera.

Este es un provincialismo en que no debe persistirse.

Falencia significa únicamente "engaño, ó error que se padece en asegurar una cosa".

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

UN DESAPARECIDO

NOVELA ORIGINAL

I

Una tarde lluviosa del mes de julio de 18..., una anciana de cincuenta años próximamente, cosía algunas piezas de blanco lienzo á la luz vacilante de una vela, en el desmantelado cuarto de una casita situada en la calle de ***, barrio de Santiago habitado en la generalidad por gente obrera.

Á su derecha había un montón de ropa cosida ya, y á su izquierda esperaban el turno de la aguja diversas piezas de lienzo burdo, dispuestos en rollos simétricos, y atados con tiras sobrantes del mismo género.

La anciana, á pesar de su contracción en la costura, ponía atento oído á los rumores exteriores, como si esperara la llegada de alguna persona cuya tardanza le inquietara.

Dos ó tres veces abandonó su silla de paja, raída por el uso, y se acercó á la puerta con pasos precipitados

para su edad, pintándose en su semblante una plácida sonrisa, y las mismas veces volvió á su asiento, pronunciando entre suspiros esta frase:

—No es él; es el viento que anuncia la proximidad de la lluvia.

La anciana volvía entonces á su tarea con más ahinco, acaso porque la obra emprendida era urgente, acaso porque de este modo distraía su impaciencia.

Eran las seis de la tarde, es decir, había cerrado completamente la noche, cuando se dejaron sentir tímidos golpes á la puerta.

La anciana se levantó presurosa.

—Esta vez no me engaño; es él—murmuró, abandonando la costura y abriendo la puerta.

Un joven de veinte á veintitrés años, musculoso, bien constituído y de correctas facciones, apareció en el umbral. Lo que desde luego llamaba en él la atención, era la melancólica expresión de su fisonomía. Diríase que la nostalgia le había mordido en mitad del corazón y que reclamaba su presa.

Era la nostalgia, sí; no la proveniente por la ausencia de la patria amada, pero sí la resultante de la pobreza, esa otra nostalgia que devora víctimas por millares.

—¿Nada aún?—preguntó tímidamente la anciana.

—¡Nada!—respondió el joven con amargura.

—Luego ese empleo que creíamos seguro...

—Cuando llegué, ese empleo tenía un reemplazante. ¡Parece que está escrito que nunca he de llegar á tiempo!

—No te desalientes. Tal vez mañana...

—Mañana, madre, será como hoy. ¿Cuántas veces no me he levantado con iguales esperanzas, y he vuelto con idénticas decepciones?

Diciendo esto, fué a sentarse en una silla, y tropezó con un montón de la ropa que cosía la anciana. Á este contacto, el joven se extremeció, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Cálmate!—murmuró la anciana con dulzura—¿Qué te sucede? ¿por qué te afliges?

—Porque veo, madre, el ímprobo trabajo que por mí se impone usted,—exclamó el infeliz hijo, designando con un gesto las piezas de costura.—¡Ah! yo estoy lleno de salud, lleno de vida, y como permanezco ocioso, usted se ve obligada á trabajar para usted y para mí!

Pronunció el joven con tan lastimero tono estas palabras, que la anciana, enternecida, se enjugó los ojos con la punta de su delantal.

—¿No lo hago con gusto?—murmuró cuando pudo dominarse.

—Sí, lo hace usted con gusto, pero esto no impide que yo no me conforme con esta situación. Si mañana no encuentro donde emplearme, siento plaza de soldado en cualquier regimiento.

—¡Edgardo!

—Al menos así ganaré para mi sustento y mi vestido.

Hubo un momento de silencio.

Carmen (éste era el nombre de la anciana) se acercó á su hijo, y le interrumpió diciéndole:

—Sentarás plaza de soldado, tendrás que seguir á tu regimiento, cuando lo releven, y me quedaré sola, sola en el mundo...

—¡Madre mía!

—No, no fué para esto, Edgardo, que hice el sacrificio de tu educación; voy á recordártelo, tú me obligas á ello con tus crueles palabras. Escucha...

—Madre mía—repuso el joven—mi intención no ha sido entristecerla; es mi desesperada situación lo que me impulsa á aceptar cualquier compromiso, con tal que me proporcione los medios de mi subsistencia, y poder ahorrarle de este modo un trabajo excesivo á su edad, y superior á sus fuerzas. ¡Cómo permanecer impasible, cuando hasta hoy usted me alimenta y me viste á costa de repetidas veladas!

—¿Cómo sabes?...

—¡Ah! ¿usted se imagina que duermo cuando á la una ó dos de la mañana se recoge silenciosa, por temor tal vez de despertarme? No, yo también velo, y si sus ojos se anublan, ofendidos por la luz de una mala lámpara, los míos también se empañan, en la penumbra de esa misma lámpara, dejando huellas sobre mi almohada. Entonces me digo: soy yo quien debía velar, y mi madre dormir tranquilamente.

—Eres un buen hijo, Edgardo, y tienes nobles sentimientos.

—¡Tengo gratitud, y la amo, madre mía! ¡Ah! cuándo querrá el cielo ponerme en circunstancias de devolverle cuanto hace usted por mí!

—Me das, y con usura, la recompensa con tus palabras, hijo mío. Vamos, ten calma. Recuerda que no por falta de diligencia has dejado de emplearte, que lo puedes estar en breve tiempo, y que una pasajera ociosidad, en tales términos, no es vituperable. Voy á recordarte tiempos peores, los tiempos de tu educación, sólo con el propósito de que comprendas que tus estudios no son para perderlos en las salas de un cuartel.

Diciendo esto, Carmen acarició las mejillas de su hijo,

y él, tomándole ambas manos, las llevó repetidas veces á sus labios.

—Vamos, tontuelo, siéntate y escúchame, que será por breves momentos—dijo sonriéndose la anciana costurera.

II

—Nuestra situación, ahora, es relativamente holgada —comenzó por decir la excelente madre.—Tus gastos son tan insignificantes, tan reducidos, que llego á creer que tienes un cuerpo glorioso.

Edgardo se sonrió.

—De veras—insistió Carmen—un traje te dura hasta lo increíble, de suerte que es un acontecimiento renovártelo. ¡Ah! cuando pequeñito sucedía otra cosa; todos los días era preciso remendarte algún rasgón de la ropa, y no recuerdo que una blusa te acompañara más de quince días.

—Yo entonces, madre, ignoraba sus sacrificios y sus desvelos para mantenerme con vestidos presentables entre mis camaradas de colegio.

—Naturalmente, los niños no tienen juicio para pensar en esas cosas; eras como todos, es decir, travieso; pero como no te faltaba aplicación y sabías sacarte algunos premios, todo lo daba yo por bien empleado. Mi constante preocupación era hacerte ir decente, que no aparecieras como un lunar entre tus compañeros; que no se repitiera, en una palabra, la escena que, afligido y lloroso, me contaste cierta tarde. ¿Te acuerdas?

—No, madre mía.

—Yo no la he olvidado, y no la olvidaré jamás mientras viva.

—¿Qué escena fué esa?

—Voy á recordártela. Yo había vendido hasta el último objeto de plata, restos de la opulencia, cuando vivía tu padre, y como recién me dedicaba á la costura, tenía muy pocas obras, y mi pobreza era extremada. Fué un día de exámenes, bien lo recuerdo: la lavandera no pareció, no tenía una sola camisa limpia, pobre hijo de mi corazón, y para disimular esta falta te abroché la blusa hasta la garganta, y te puse el único cuello presentable de que podía disponer.

—¡Ah! ya me acuerdo!—exclamó Edgardo, animándose su rostro con una sonrisa, al traer á su memoria este accidente de su niñez.—¡Ah! ya me acuerdo: uno de mis camaradas, ese tronera de Damián, con quien jugaba al pillarse, para detenerme, me cogió del cuello, quedándose con él entre las manos, y gritó entonces, poniendo en alto la prenda de su triunfo:—«Edgardo lleva cuellos postizos! ¡lleva cuellos postizos Edgardo!»—Mis compañeros me rodearon, quisiéron examinar si mi camisa estaba rota...

—¡Y como te encontraron sin ella, se burlaron de ti hijo mío! ¡Ah! cuánto sufrí, cuando á tu regreso, avergonzado aún, me lo referiste! Yo entonces procuré tranquilizarte, pero estaba herida aquí—dijo la anciana llevando la mano á su corazón—y la enfermedad que entonces me acometió no tuvo otro origen. Esos sí, fueron tiempos angustiosos, y habría sucumbido sin los oportunos recursos que me prodigó Marcos por intermedio de su hija Julia, ese ángel que veló á mi cabecera con la misma solicitud que si yo hubiera sido su madre.

Al nombre de Julia y á los elogios que le prodigó Carmen, Edgardo se ruborizó.

—Ni aun entonces—prosiguió la anciana—quise sacarte del colegio; y considera de cuántos expedientes y de cuántos recursos tendría que valerme, á fin de que en medio de mi escasez, no volviera á repetirse la escena del cuello sin camisa.

—Al presente que ya soy un hombre lo comprendo, y la admiro, querida madre.

—Y ¿así quieres, como bagaje inútil, echar á la espalda tus estudios y sentar plaza de soldado?

Un ruido espantoso que se dejó sentir fuera cortó esta conversación.

Edgardo se lanzó á la puerta y de ahí á la calle, diseminando á su paso los rollos de costuras.

La anciana, trémula en el primer momento, permaneció inmóvil.

Puso el oído, y oyó carreras, patadas y relinchos de caballos que ahogaban gritos de terror.

III

La noche estaba encapotada. De trecho en trecho, sin embargo, se veían espacios de cielo azul, en los cuales solían fulgurar los destellos de una luna llena, haciendo aparecer rojiza la luz de los faroles.

Cuando salió Edgardo, un espectáculo conmovedor se presentó á sus ojos.

Los caballos de un coche particular se habían desbocado, á causa tal vez de alguno de los relámpagos y truenos que se hacían sentir en esa noche tempestuosa, y lo habían estrellado contra la pared de la casa de Carmen, en el zócalo precisamente de una de las ventanas, inhabilitando, por esta causa, una de las portezuelas. Los

brutos, detenidos en su furiosa carrera por esta resistencia inusitada, se habían echado hacia atrás y pateaban á porfía, dificultando el escape por la única portezuela libre. El cochero, sin fusta y sin sombrero, conservaba las riendas flojas en la mano, procurando aquietar los caballos con la voz.

Del interior del carruaje salían gritos pidiendo socorro, y podía verse por momentos la pálida fisonomía de un caballero que pronunciaba palabras que nadie oía en el tumulto.

Edgardo valientemente tomó las riendas en el hocico mismo de los caballos, y los tiró, procurando dejar libre la portezuela, para que se salvaran los pasajeros.

Empeño inútil; los caballos amusgando las orejas, erizadas las crines y estirando el cuello retrocedieron aún más, envolviendo completamente el carruaje, sobrepasando casi la trasera.

Con el arrojo que suele inspirar el miedo, el caballero ganó la ventanilla, saltó por sobre los lomos de los caballos que redoblaron sus furiosas coces, y cayó en los brazos de Edgardo, que le preguntó con solicitud, notando su cenicienta palidez:

—¿Está usted herido?

—No, creo que no—dijo el interpelado, y palpándose los miembros primero y examinando después su traje á la luz del farol, repitió con la satisfacción de quien ha escapado de un gran peligro:—no; no tengo nada felizmente.

—Si quiere usted sentarse para reponerse, puede hacerlo allí; es mi casa—dijo Edgardo señalándola con el dedo.

—No es necesario, pero si me proporcionase un vaso de agua...

Carmen que oyó desde el dintel de su cuarto estas palabras, corrió en busca de lo que se pedía.

Los caballos, entretanto, continuaban su obra de destrucción, bufando y repartiendo coces como en el primer momento.

La tranquilidad del caballero, y el silencio que reinaba en el interior del carruaje, hacían presumir que nadie había dentro.

Edgardo, no obstante, creyó oír un suspiro.

—¿Quedó alguien dentro? ¿no viene usted solo?—preguntó.

—No, no venía solo.

—¿Hay, pues, alguien?

—Sí.

—¿Quién?

—Lucía.

—¿Sirviente de usted?—preguntó Carmen.

—No, mi hija.

—¡Su hija! una mujer! y no había dicha nada!—prosiguió la costurera, sorprendida de esta egoísta indiferencia.

—En los momentos de peligro es prudente el axioma «Sálvese quien pueda», para evitar víctimas inútiles.

Á Carmen se le cayó de las manos el vaso de agua, á tiempo que lo iba á tomar don Marcelo, que tal es el nombre del personaje que hemos puesto en escena.

La mayor parte de las personas que componían el corrillo de curiosos que se había formado á su alrededor, se apartaron con evidentes señales de disgusto.

—¡Y es su hija!—murmuró Carmen juntando las manos y elevando los ojos al cielo—¡su hija!...

IV

Tan pronto como don Marcelo contestó que alguien había dentro del carruaje, Edgardo se precipitó de nuevo hacia el coche con ánimo de salvar á la persona que estaba en peligro.

Como la posición de los caballos era la misma, el abnegado joven se valió, para entrar, de los mismos medios de que don Marcelo para salir, esto es el lomo de los indómitos animales, lo que ejecutó con felicidad.

Sobre los cojines del coche, desvanecida aún, estaba una hermosa niña de trece á quince años de edad. De sus párpados cerrados se deslizaba una lágrima, y de su entreabierta boca salía una respiración desigual y fatigosa.

Edgardo la tomó en sus brazos, y asomándose á la portezuela, gritó:

—¡Aquí! ¡Socorro! ¡Aquí! ¡Está desmayada!

De entre la multitud, no había un corazón como el de Edgardo. Se arremolinaban alrededor, pero nadie se acercaba.

—¡Tiren los caballos de las riendas! ¡Dejen libre la portezuela! ¡Facilítenme una guasca!—gritaba el cochero.

—Pásenle este bastón, que, por su flexibilidad, puede servir para el objeto—dijo don Marcelo avanzando y retrocediendo, según la posición que, en su inquietud, tomaban por segundos los caballos.

Un alma caritativa tomó al fin el bastón, y lo puso en manos del cochero.

Éste se afirmó en el pescante, tiró las riendas, logrando por un momento enderezar los caballos, y azuzándolos

con la fusta y con la voz, logró por un momento dejar libre la portezuela.

—¡Pronto, amigos míos, pronto! No hay peligro—gritó Edgardo, sacando á medias el cuerpo de la niña.

Veinte manos entonces se apoderaron de ella, y cuando, viéndola en salvo, saltó Edgardo, sin tocar la pisadera, uno de los caballos, volviendo violentamente á su primitiva posición, le asestó una patada en medio del pecho arrojándolo á diez pasos de distancia.

Cuando volvió de su momentáneo aturdimiento, tuvo un acceso de tos, y escupió sangre.

—¡Está herido!—exclamó una de las personas que le ayudaron á levantarse.

—¡Silencio!—murmuró Egardo divisando á su madre que se presentaba otra vez en el dintel de su casa—¡silencio! que ella no lo sepa; no será nada.

El noble mancebo reprimía, dominaba su dolor para evitar alarmas á la adorada autora de sus días.

En el entretanto la niña había vuelto de su desmayo, y preguntaba por su salvador.

—Allí lo tiene, allí está—exclamaron varias voces.

—Vámonos, ya es tarde, y puede acometerte una nueva fatiga—dijo don Marcelo.

—¿Sin despedirnos ni expresar nuestro agradecimiento al joven que ha expuesto su vida por salvarnos?—murmuró tímidamente la niña.

—¡Ah! es cierto—respondió don Marcelo reprimiendo un gesto de desagrado, y tomando del brazo á su hija se acercó á Edgardo.

—Se ha expuesto usted mucho esta noche, y mi hija le debe un particular reconocimiento—murmuró.—Sírvase admitir...

Y le pasó un billete.

Edgardo frunció el entrecejo, y avanzó su mano, no para recibir sino para rechazar el dinero con que se pretendía recompensarlo.

—Señor—dijo Lucía, la joven salvada, con voz dulce y acento de gratitud—le debo la vida. ¿Querría usted, como recuerdo, conservar este medallón y esta cadena? Son de oro falso—continuó, notando la vacilación de Edgardo—tan falso como es sincero mi reconocimiento.

El joven tendió la mano, y la niña, gozosa, la estrechó entre las suyas murmurando:

—Gracias, gracias, por haber aceptado.

Y le presentó su frente para que la besara.

Edgardo quiso responder y salió por entre sus labios una nueva bocanada de sangre.

—¡Aquí me hielo, puedo coger una pulmonía fulminante!—exclamó impaciente el padre de Lucía.

Ésta inclinó la cabeza, y se dejó conducir, dando una última mirada a su joven salvador.

Aunque los caballos se habían al fin apaciguado, y declaraba el cochero que respondía de ellos, padre é hija hicieron el camino á pie hasta llegar á su casa. Durante el trayecto, y ya recuperado de las emociones del accidente, dijo don Marcelo con áspero tono:

—Tienes, en verdad, ideas bien raras; ¿por qué te dejaste acariciar por ese muchacho? ¡un hombre del pueblo!... un desconocido!

—Á ese desconocido le debo mi salvación—repuso Lucía.

—El riesgo no fué tan inminente como pareces presumirlo.

—Lo ignoro, porque me desmayé cuando se desbo-

caron los caballos, pero recuerdo que uno, uno sólo de entre tantos fué el que, con peligro de su vida, me puso en salvo.

—¡Por el interés de la recompensa! Sería el más necesitado de los presentes; hé ahí el origen de su arrojo.

—Padre mío ¿se ha olvidado usted de que rehusó con altivez su dinero?

—Le parecería poco.

—¿Por qué—exclamó Lucía con acento á la vez de protesta y de dulce reproche—por qué juzga usted tan mal á los hombres?

—Los juzgo mal porque los conozco bien—repuso don Marcelo.—Observa, si quieres convencerte, la conducta de ese Edgardo que supones tan desinteresado y tan noble. Retira la mano para admitir mi liviano billete la estira para recibir tu medallón.

—Yo le advertí que era de oro falso.

—Hiciste bien, porque si sabe que es de oro fino...

—No la habría admitido.

—¡Inocente! Te lo habría arrebatado.

Lucía protestó interiormente de estas pesimistas teorías de su padre, que no lograron disipar de su corazón la gratitud.

Don Marcelo (tendremos ocasión de hacerlo conocer en el curso de esta relación) era uno de esos hombres raros, por fortuna, que habiendo nacido con depravados instintos, y siendo capaz de las acciones más vituperables, sin exceptuar el crimen mismo, juzgaba las acciones de los demás por su propio corazón que jamás sintió latir á impulsos de un sentimiento levantado y generoso.

De espectable posición social, comprometía su mo-

desta fortuna en aventuradas especulaciones, procurando acrecentarla en breve tiempo para hacerla servir de base de sus pretensiones á los puestos públicos, que ambicionaba escalar con tenebrosos designios.

En la época en que le presentamos en escena, sus especulaciones á la gruesa ventura habían sido desgraciadas, y su situación financiera era crítica.

Á pesar de esto, no disminuyó su fastuoso tren, procurando rehacerse por medio de la economía. Se valió, al contrario, de mil intrigas para sustraerse á las importunidades de sus acreedores, y, cual jugador que á la desesperada pone al azar en una carta el resto de su fortuna, resolvió invertir cuanto le quedaba del naufragio de sus dudosas negociaciones en hacerse elegir miembro de una de las cámaras del poder legislativo.

—Una vez en ese puesto—se dijo—yo sabré resarcirme del dinero que invierta, y recuperaré con creces las pérdidas que han embarazado momentáneamente mis finanzas.

Tal es el hombre que hablaba con altanero desdén del arrojo de Edgardo, á cuya casa volveremos para saber las consecuencias de su accidente.

V

Carmen, cuyos ojos estaban debilitados por la edad y por el exceso de su trabajo en la costura, no se había apercibido de la herida de su hijo, ocasionada, como hemos expresado, por la coz de uno de los caballos.

Oía con arrobamiento las felicitaciones de su vecino Marcos, viejo teniente retirado del ejército, que había

acudido al tener conocimiento del suceso; y deseando Carmen que su hijo participara de ellas, lo llamó.

Acudió Edgardo, procurando dominar su dolor, con una sonrisa.

—¡Bravo! muy bien!—exclamó Marcos—al verlo, te has portado con un arrojo que da á conocer el temple de tu alma; á mí me gustan los valientes. Venga un abrazo.

Diciendo esto, estrechó contra su pecho á Edgardo que exhaló un grito.

Marcos, sorprendido, lo miró con fijeza, y desabrochándole la blusa en donde Edgardo ponía su mano notó su camisa manchada con sangre.

—¿Qué sucede? ¿qué tiene mi hijo?—preguntó Carmen con angustia.

—Nada, poca cosa—repuso Marcos, comprendiendo una mirada de inteligencia de Edgardo.

—Está herido, sin embargo: ha retirado usted su mano ensangrentada.

—Es sólo una ligera contusión; yo mismo voy á hacerle la primera curación—dijo Marcos, conduciendo á Edgardo á su alcoba.

Antes de llegar á su lecho el joven se desmayó.

—¡Dios mío! mi hijo se muere!—exclamó Carmen juntando las manos.

—Reprima usted su exquisita sensibilidad; es llegado el momento de ponerse á la obra—dijo Marcos con cierta autoridad.—Ayúdeme á poner á este muchacho sobre su cama, y yo responderé de todo.

—Pongo en usted toda mi confianza.

—Y hará usted bien; en materia de heridas, se las apostaba, en mis buenos tiempos, al cirujano del regimiento. Páseme una esponja y una palangana con agua.

Carmen llevó una esponja y su canasto de costura.

—Está visto; no lograremos entendernos—dijo Marcos haciendo un significativo movimientos de hombros—llámeme á Julia.

Salió Carmen en obedecimiento de lo que se le decía, y el flamante cirujano, desgarrando la camisa del paciente, le descubrió el pecho amarotado y sangriento en varias partes, por efectos de la herrada pata del caballo.

—No hay, felizmente, fractura de ningún hueso—murmuró entre dientes.

Continuó en su examen, no obstante, y concluyó por decir:

—Es necesario aplicar algunas sanguijuelas ó hacer algunas incisiones. Estoy por las incisiones—dijo después de algunos momentos de meditación—esto es más rápido y no sangrará la exigua bolsa de mi vecina.

Así diciendo, sacó un cortaplumas, y con firme pulso introdujo repetidas veces una de las afiladas hojas en los amoratados bordes de la herida.

Edgardo abrió los ojos.

—Estás en buenas manos—le dijo Marcos;—pero te confieso que no habría dado por tu vida una mala punta de cigarro, si la pata del animal se baja una línea, porque entonces habría comprometido el estómago. Respira con fuerza. ¿Qué sientes?

—Un dolor local.

—Ya me lo decía. ¿Has escupido sangre?

—Tres ó cuatro veces.

—Desecha todo cuidado; no está comprometido ningún órgano importante.

—¿Y mi madre?

—Salió en busca de Julia.

—¿Por qué se ha ido á incomodar á la vecinita Julia?

—Mi hija es buena enfermera, y además necesitaba alejar á tu madre para sondar la herida.

Edgardo, velados los ojos por lágrimas de agradecimiento, tendió la mano al ex-teniente, que se la estrechó de una manera significativa.

Trajo agua en seguida, y humedeciendo la esponja, comenzó á lavar la parte afectada, de la mejor manera que le fué posible.

Cuando Edgardo encogía el cuerpo, murmuraba:

—Conozco que no tengo la mano perfectamente suave; pero peor sería que la señora Carmen se desmayara practicando por sí misma esta operación.

—Obre sin cuidado—respondió Edgardo animándolo;—son extremecimientos involuntarios; pero tengo energía.

—Eso se conoce á las primeras de cambio. Yo también tenía estos involuntarios extremecimientos cuando me curaban de un balazo que recibí en una pierna, y que me sirvió más tarde para obtener mi retiro con goce de uniforme y medio sueldo. ¿Sufres mucho?

—Muy poco.

—Quéjate, sin embargo, si quieres; estamos solos, te guardaré el secreto.

—Tiene usted una mano ligera.

—No lo creía así un oficial de mi regimiento, que en un desafío recibió un sablazo, y á quien le hice también la primera curación.

—¿Gritaba el infeliz?

—Como un endemoniado. Grita, pues, si con eso has de sentir algún alivio; aunque no; silencio, que ahí diviso á Carmen y á mi Julia.

—¿Cómo se encuentra Edgardo? ¿Cómo se siente?—preguntó Carmen.

—Edgardo estará tan bueno como yo al cabo de una semana—contestó Marcos.

—Tranquilícese, madre mía; esto no será de consecuencias. Buenas noches, señorita Julia.

—Se las deseo muy felices—contestó ésta ruborizada.

Marcos tomó el pulso de Edgardo, é hizo un movimiento de extrañeza.

—¡Qué pulsación tan rápida!—murmuró.

—¿Se habrá declarado la fiebre?—preguntó Carmen.

—Así lo creo—contestó Marcos; mas notando que la frente de Edgardo no estaba menos ruborosa que la de su hija:—Esto es natural—dijo dirigiéndose á Carmen.—No tenga usted cuidado; le recomiendo sí el reposo y la tranquilidad del enfermo.

Dicho esto, tomó su sombrero.

—¿Se retira usted?—dijo Carmen.

—Sí—contestó Marcos;—esta noche tengo que perorar en el club de mi circunscripción.

—¿Está mezclado en política?—preguntó Edgardo.

—Hasta la médula de los huesos, y en favor de don Marcelo X, diputado de oposición al Gobierno.

—¡Don Marcelo!—exclamaron á la vez Carmen y Edgardo.

—¿Lo conocen ustedes?—preguntó Marcos sorprendido.

—¿Es un señor de regular estatura, espaciosa frente, barba ligeramenta rubia, de labios gruesos y pobladas cejas, de mirada torva?—dijo Carmen.

—El parecido es exacto, quitándole la mirada torva—repuso Marcos.—¿Dónde lo han visto?

—Es el caballero que venía en el coche de los caballos desbocados.

—¡Ola! Edgardo ha tenido la fortuna de prestarle un servicio á mi candidato, nada menos! Por supuesto que se te manifestaría muy impresionado y reconocido...

—Me quiso pagar, pasándome un billete—murmuró Edgardo con acento de cólera.

—Acaso en la oscuridad de la noche te tomó por otra clase de persona—dijo Marcos—yo lo garantizo.

—Cuando se puso en salvo, no se acordó del peligro que corría su hija—dijo Carmen;—ese hombre debe ser un perverso.

—¡Vamos, vamos!—dijo Marcos con acento conciliador—por un rasgo sólo no es posible calificar el carácter de un hombre. Yo tengo frecuentes ocasiones de tratarlo, y lo he encontrado invariablemente amable, agradecido é insinuante.

Carmen meneó la cabeza.

—No insisto en desengañar á usted—dijo Marcos sonriéndose—porque se me hace tarde, y Edgardo no es aún ciudadano activo con derecho á sufragio. Buenas noches; á mi regreso del club pasaré por Julia.

Y diciendo esto salió con rápido paso en dirección á la calle.

VALENTÍN MURILLO

(Continuará)

PROGRESO DE LA HISTORIA

Y SUS CIENCIAS AUXILIARES

SEGUNDA PARTE

RESUMEN.—§ I. Importancia y aplicaciones que tiene el estudio del pasado.—Marcha que ha seguido la historia en cuanto al modo de escribirla, y consideración sobre los métodos *ad narrandum* y *ad probandum*.—§ II. *Historiología* ó «ciencia que trata de la filosofía de la historia».—§ III. *Historiografía* ó «arte de escribir la historia».—§ IV. Crítica histórica.—§ V. Conclusión.

§ I

Es tan necesario é interesante el estudio de la historia, que sin él, no podríamos darnos cuenta exacta de la serie de acontecimientos verificados en el universo desde su creación hasta llegar á los días de nuestra propia existencia. Sin la historia, nos pareceríamos, según la bella comparación de Cantú, «al niño nacido á media noche que al ver salir el sol lo creyera acabado de crear en aquel momento» (1). Y en verdad, si algún suceso ex-

(1) *Discurso sobre la Historia Universal.*

traordinario hubiera extinguido por completo el recuerdo de las tradiciones que nuestros antepasados comunicaron á sus descendientes, no seríamos hoy capaces de darnos cuenta del origen y fin de la sociedad. La ciencia no existiría, y privados de las saludables lecciones que nos suministra la experiencia, sin conocimientos ni cultura, sólo en brazos de la naturaleza, estaríamos en iguales circunstancias que las tribus más salvajes del universo.

Cuando la sonrisa del primer hombre saludó el Paraíso terrenal, reveló Dios á Adán y Eva la historia del mundo y su creación. Este revelamiento fué como la primera piedra colocada en el edificio que han continuado después los historiadores, perpetuando de este modo el recuerdo y las enseñanzas de la humanidad.

¡Cuán profundo es el lenguaje de Cicerón llamando á la historia «maestra de los hombres»! ¿Habrá alguna ciencia cuyos principios no sean confirmados por ella? Digna de estudio es entonces; si la despreciamos, examinándola con ligereza, veremos solamente «la debilidad y constante movilidad de las obras del hombre; éste vaga por todas partes presidiendo la destrucción, derramando á torrentes sus lágrimas y su sangre; parece que corre tras un bien desconocido que no puede alcanzar sin devorar las entrañas de sus propios hermanos, sin dejar de perecer él mismo bajo el hacha exterminadora que agita sin cesar contra lo que le rodea» (1) Pero si reflexionando detenidamente hacemos pasar ante la vista los más ínfimos detalles de los hechos, reconoceremos con Cantú que «el destino de la humanidad es progresar

(1) Don Victorino Lastarria, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile.*

padeciendo y caminar fatigosamente á la adquisición de la verdad» (1).

Los sucesos se repiten de tiempo en tiempo, y una vez acaecidos, analizamos las causas, efectos y circunstancias que les acompañaron, deduciendo la experiencia que, por el estudio del pasado, augura el porvenir. Por esto el ilustre Chateaubriand había dicho ya: «La historia no es más que la repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y á épocas diferentes» (2); y Mr. de La Mothe la define: «El retrato de los siglos pasados puesto á los ojos de los presentes y venideros para que les sirva de lección y escarmiento».

Si es la esperanza la cadena que eslabona los actos de nuestra vida, es la historia, en las calamidades, su fundamento, su ayuda y fuente de consuelo. «Nunca más que en tales ocasiones, necesita el pensamiento público meditar sobre la marcha constante de la humanidad, para no desesperar por los males que experimenta, descubriendo en la ley providencial é infalible que rige sus destinos, los secretos y los consuelos de menos azaroso porvenir» (3).

Como consejera de nuestra vida, es la historia «la filosofía práctica de la humanidad; el *noscete ipsum*, grabado en el frontispicio del templo de Delfos» (4); la que indica el camino por donde debemos marchar, señalando el premio que en otro tiempo recibieron los que obraron bien, y el timbre de infamia que marcó los infractores de toda ley divina ó natural. «No hay mejor

(1) Prólogo á la *Historia Universal*.

(2) *Memorias de Ultratumba*.

(3) Don Modesto Lafuente, *Historia General de España*, Prólogo.

(4) Don Francisco Larriva en un artículo sobre la «Floresta Española-Americana».

medio, dice Bossuet, para descubrir lo que pueden las pasiones y los intereses, los tiempos y las ocasiones, los buenos y los malos consejos» (1).

Finalmente, en nuestros tiempos, la historia es el prólogo necesario de toda ciencia é investigación, el hilo que nos conduce á deshacer todos los nudos que presenta nuestra vida. Entre los modernos historiadores, todos están de acuerdo en reconocer su importancia; pero no acontece lo mismo en cuanto al modo de escribirla.

Cada generación la estudia desde el punto de vista que más la preocupa, dando á sus relatos el carácter de la época en que se escribe, sus tendencias y necesidades. En los tiempos primitivos estuvo reducida á simples tradiciones familiares y sencillas que, multiplicándose demasiado, se conservaron en canciones y romances guerreros, llegando á constituirse en verdaderos poemas ó confusión de fábulas y verdades. Aislados los hombres más tarde, se escribieron las crónicas, incompletas y relatando tan sólo la vida ó acciones de guerra de sus reyes y emperadores; sólo desde los días del *Renacimiento* se investigaron detalladamente las artes y las ciencias, las religiones y costumbres. En el siglo pasado, brotó de en medio de la revolución francesa el espíritu demócrata, y la historia, aristocrática hasta entonces, por decirlo así, comenzó á preocuparse más del pueblo, consignando entre sus páginas sus libertades y cadenas. Mas, apenas había dado un paso por buen camino, cuando el siglo XVIII, con tendencias manifiestas á la incredulidad, y apelando solamente á la razón, á la práctica y á la experiencia, expuso á la risa y al ridículo hasta lo más sagrado bajo

(1) *Discours sur l'Histoire Universelle.*

la capa de un falso racionalismo. Voltaire, Raynal, Hume, Gibbon etc., narraron con un carácter indigno y temerario, y otros escritores, no menos notables, llegaron al extremo en la forma literaria.

En los tiempos actuales, en que el conocimiento de las ciencias políticas parece dominar, el escritor, una vez fijados los hechos con precisión, pasa ligeramente sobre ellos, estudiando con prolijidad sus causas, encadenamiento y consecuencias para averiguar por qué se han producido y se volverán á producir; estudia la naturaleza de los gobiernos, su organismo, sus leyes y constituciones, y todo cuanto puede servir para augurar los males futuros y su remedio más pronto y eficaz.

Juzgar á los pueblos por sus reyes ó sus guerras solamente, como los antiguos, no puede menos de ser un grande error. Es cierto que en los combates de la antigüedad se reflejaban, como en espejo, la industria, arte y virtud de los pueblos contendientes; pero no es menos cierta esta idea de Lord Macaulay: «Las naciones pueden ser desgraciadas en medio de las victorias, y prósperas en medio de sus derrotas». La felicidad de un país se funda en sus instituciones, en su moralidad, paz y tranquilidad del comercio, de la industria, de las ciencias y de las artes etc.

Al rehacerse la historia, tomando en cuenta esa multitud de circunstancias y detalles que los pasados narradores creyeron insignificantes, ha dado un gran paso á su perfección. «Como en la cosecha de las mieses van quedando desdeñados por la guadaña el grano empobrecido y el amargo abrojo, que el menesteroso rebuscador coge en seguida y confía á la savia fecundante de la tierra que los devuelve en frutos; así los que llegamos tras

los pasos de los grandes exploradores del pensamiento, hacemos el acopio de lo que pasó desapercibido á su mirada escrutadora, sea la flor humilde del campo, sea la espina desgarradora del zarzal» (1). La vida del pueblo es, pues, más importante que la de sus soberanos y combates; oprimido casi siempre por los tiranos, es el héroe en los campos de batalla y el mártir resignado en las pobrezas del hogar; conocer sus glorias y remediar sus sufrimientos es lo que interesa hoy á la humanidad. Para esto se requiere reflexionar sobre el pasado después del estudio perfecto de los hechos, y este es el sistema seguido por los modernos historiólogos que han adoptado en sus composiciones el método *ad probandum*. Si los sucesos están bien comprobados, sólo los refieren en cuanto dan ocasión para filosofar sobre la organización política de los Estados, de sus costumbres y sus leyes, de las artes y las ciencias, y en general, sobre todo lo que atrasa ó adelanta su civilización. Si las investigaciones han comenzado apenas sobre los acontecimientos, será necesario sentar primero la verdad y aclarar todas las dudas importantes, y, en tal caso, la circunstancia misma de marchar sobre un terreno poco conocido, parece exigir el método *ad narrandum*. Se referirá con más ó menos adornos poéticos, pero sin comentarios ó siendo éstos muy rápidos y escasos.

Á primera vista se nota que ambos métodos presentan sus ventajas é inconvenientes; pero hablando en general, creemos lo mejor, una vez investigada suficientemente la veracidad y circunstancias de los hechos, seguir, como dice don Miguel Luis Amunátegui, un mé-

(1) Don Benjamín Vicuña Mackenna, *La Guerra á Muerte*, Introducción.

todo *narrativo-filosófico*, esto es, una mezcla de ambos sistemas.

El lector inteligente y desapasionado debe juzgar por sí mismo en vista de los sucesos; no se le anticipen juicios que puedan ser parciales ó imprudentes, déjesele en aptitud de juzgar con los mismos datos que servirían al autor para emitir sus opiniones, y será semejante al viajero conducido por el historiador, como por un *cicerone*, al través de las edades históricas, deteniéndose de cuando en cuando á reflexionar sobre lo que oye, ve y palpa, lucubrando por sí mismo ó á una pequeña insinuación del *cicerone*.

§ II

Esta tendencia á dar á la historia un carácter filosófico, el más conciliable, por cierto, con el adelanto de los estudios constitucionales y políticos que tan profundamente preocupan á nuestro siglo, es lo que ha dado origen á la *Historiología* ó ciencia que trata de la filosofía de la historia. Esta es de dos clases, escribe don Andrés Bello: «La una no es otra cosa que la ciencia de la humanidad en general, de las leyes morales y de las leyes sociales independientemente de las influencias locales y temporales, y como manifestaciones necesarias de la íntima naturaleza del hombre. La otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época, no de otro modo que de los hechos de un individuo deducimos su genio y su índole» (1). La primera es una

(1) El Araucano, 1845. «Modo de escribir la historia.»

misma en todos los países, puesto que se refiere á la humanidad en general. Sus reflexiones pueden ó no tener cabida en la segunda que es peculiar de cada pueblo, y estudia, por consiguiente, todo lo que puede arrojar alguna luz sobre él, como es el clima, religión, leyes y costumbres, las artes y las letras, los gobiernos, guerras y revoluciones etc. Sólo así, por los hechos de un pueblo, individualizados, con todas sus circunstancias y detalles, es como podemos llegar á la filosofía de la historia de ese pueblo. La bondad de la primera se deduce de la misma utilidad de la historia, en cuanto nos explica perfectamente los acontecimientos del pasado haciéndonos coger la experiencia para el porvenir. «La utilidad de la historia, dice don Lucas Alamán, consiste, no precisamente en el conocimiento de los hechos, sino en penetrar el influjo que éstos han tenido los unos sobre los otros; en ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos, y en éstos la consecuencia precisa de aquélla, con el fin de guiarse en lo sucesivo por la experiencia de lo pasado» (1). Sacando estos resultados de utilidad para el género humano, es como han escrito los historiólogos modernos. Han considerado á la humanidad como una inmensa fábrica en que al menor movimiento de una de sus partes corresponden otros, como consecuencia del primero; fábrica movida y guiada por un Ordenador que promueve la voluntad del hombre á que obre, pero sin coartar su libertad, é influye sobre las leyes físicas y sociales sin quebrantarlas. «La humanidad, dice don Zorobabel Rodríguez, no es arrastrada por las fuerzas físicas

(1) Prólogo á su *Historia de Méjico.*

y sociales, como el planeta por las leyes de la gravedad, ó siquiera como el viajero por la locomotora; pero, por desgracia, tampoco sería exacto afirmar que dirige á su arbitrio los sucesos, como el jinete que guía libremente su corcel» (1). La verdad está entre ambos extremos; por consiguiente, el buen escritor resolverá de este modo la cuestión, acercándose más á Bossuet, Vico, Cantú y otros, y no á los falsos filósofos que siguen el fatalismo ó el ridículo ateísmo.

En cuanto á la segunda especie de filosofía de la historia, que toma en cuenta los hechos de una raza en un pueblo ó en una época determinada, para deducir de ahí las peculiaridades inherentes á dicha raza, tendremos que hacer algunas consideraciones distintas de las de la primera.

Es natural que en un país donde los acontecimientos se producen rara vez, haya menor número de datos para nuestros juicios, y, por consiguiente, no pueden aplicarse á determinados pueblos las conclusiones generales que sacamos para la humanidad. Conocidos los sucesos con todos sus detalles, nos importa darnos cuenta de los efectos que han producido la felicidad ó desgracia de los habitantes, la religión y las luces de la ciencia, las virtudes y los vicios, las artes, costumbres y preocupaciones etc. Debemos buscar su riqueza en los talleres y los campos, en su religiosidad, moralidad é instrucción, y no en suntuosos palacios y paseos; no en leyes escritas, violadas á menudo, sino en su recta aplicación y observancia. Es buen gobierno el que hace predominar á los hombres de talento y honradez, y no aquel en que sólo disfrutan

(1) *Miscelánea literaria, política y religiosa*, tomo II, página 125.

del poder los nobles y los ricos cargados de fatuas condecoraciones que, muchas veces, no corresponden á sus méritos. Si la filosofía se aplica á la historia no es por vanas pretensiones, sino buscando la ley fundamental; averiguando la influencia social que rige la marcha de la humanidad, averiguando la influencia social que cada acontecimiento ejerció en la suerte del país, las modificaciones que produjo en el Estado como cuerpo político, y los agentes que concurrieron á su engrandecimiento ó decadencia, los progresos operados por todo elemento benefactor y el bienestar ó desazón que es el fruto de las instituciones públicas.

La Historiología es, en este concepto, un tribunal en que el historiólogo es su juez; él es el llamado á oír las razones de todos las partes litigantes, á examinar sus pruebas y documentos, calculando siempre lo que callan ó exageran los testigos, y á dar su fallo, apelable á la posteridad mientras se hagan nuevos descubrimientos.

Bossuet, Vico, Voltaire, Herder, Cantú etc., han sido proclamados separadamente como los fundadores de esta ciencia; pero, en nuestro modo de pensar, creemos que, aunque el primero es el que tiene más derecho á cargar este honor, no es su creación obra de un autor determinado, sino formada poco á poco como la mayor parte de los descubrimientos. San Agustín y Orosio dan una idea entre los antiguos, Bossuet la deja establecida en su *Discours sur l'Histoire Universelle*, Vico la ilustra en Italia á fines del siglo XVII, y Herder, á quien Quinet llama «el Heródoto de la filosofía de la historia», la deja establecida en Alemania.

Tambien Voltaire, Millot, Gibbon, Raynal y Hume

etc., aunque la tuercen al racionalismo, la comentan en Francia é Inglaterra.

Sólo en los últimos tiempos se ha visto revestir á la historia de sus más bellas cualidades por la pluma de escritores como Robertson y Macaulay en Inglaterra; Sismondi, Barante, Guizot, Thierry y Thiers en Francia; César Cantú en Italia; Balmes y el joven Menéndez y Pelayo en España. Sólo éstos y muy pocos otros, han comprendido, á nuestro juicio, la verdadera misión de los estudios históricos en nuestros días, su verdadera filosofía, la sencillez y elegancia del estilo y la sana crítica que los preserva de adulteraciones y errores.

Para no ser demasiado extensos en este trabajo, diremos, por fin, que algunos escritores contemporáneos, cansados de disertaciones políticas y filosóficas, sostienen nuevamente la conveniencia de un nuevo método narrativo, pero con el colorido propio del asunto que se describe, dándole un carácter dramático que se asemeja en algo á la novela. No es extraño. Ya lo hemos dicho, la historia cambia de aspecto en cada generación y toma el modo de ser de la época en que se escribe, estudiándola desde el punto de vista que más la preocupa.

Divididas las facultades del hombre en memoria, razón é imaginación, se ha dicho que hay una historia narrativa fruto de la primera facultad, otra filosófica fruto de la segunda, y una poética ó artística elaborada por la última; para nosotros, que la querríamos lo más práctica posible, creemos que con el método *narrativo-filosófico* se podría componer la mejor y la que más simpatizara con el moderno espíritu de ilustración.

§ III

Es indudable que la historia tiene también su parte estética, y que el arte en la composición es uno de los requisitos indispensables al historiador para ordenar los acontecimientos, haciendo resaltar el bien ó el mal, según las circunstancias, y estimulando al lector á amar la virtud y aborrecer el vicio, pero revistiendo sus datos, para no fatigarle, con una narración ordenada, sencilla y elegante. Á este arte de disponer y escribir los hechos pasados, con las condiciones más apropiadas al buen gusto é ilustración de nuestros tiempos, es á lo que se ha dado el nombre de *Historiografía*. Su estudio ofrece un inmenso campo al genio y al talento, y sus resultados dan claramente á conocer las buenas ó malas disposiciones del historiógrafo de nuestros días. «Yacen como en sepulcros, dice un autor español, gastados ya y deshechos en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvo y cenizas, ó cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos cuya memoria casi del todo pereció; á los cuales para restituirles vida el historiador ha menester, como otro Ezequiel vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles, para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas, vestirlos de carne, con raros y notables apoyos, extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y últimamente, infundirle un soplo de vida, con la energía de un tan vivo

decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata en medio de la pluma y el papel» (1).

La habilidad del historiógrafo consiste, no simplemente en narrar con exactitud los sucesos, sino en presentarlos al lector con vida, sin salir de la verdad más pura, y variando los tonos naturalmente, según lo demanden las circunstancias; no en reunir y ordenar los hechos, sino en apreciarlos con erudición y crítica, dando de este modo una prueba de su talento y de su experiencia; consiste también en seguir el espíritu moderno que ha enmendado la historia, con desinterés é imparcialidad, revocando sentencias, rehabilitando nombres, glorias é ignominias, por medio de investigaciones profundas que revelen su perspicacia; y, finalmente, en no abandonar ni el más pequeño detalle, siempre que sirva para darle una idea más clara ó más exacta de los tiempos que estudia, pues, muchas veces, una mínima investigación viene á ser base para construir la historia de algún suceso desconocido. «Así como el geólogo, dice un escritor colombiano, que con un hueso reconstruye un animal antidiluviano, el historiador, con un derruído monumento, con una leyenda popular, con un manuscrito desenterrado de algún polvoriento archivo, resucita toda una sociedad que fué, y así viva la exhibe y la estudia» (2). Tratará, por consiguiente, el historiógrafo de reunir sus datos del mejor modo posible y, penetrando los secretos de los gabinetes de gobierno, analizará sus

(1) Fray Jerónimo de San José en su obra *Genio de la historia*.— Transcrito por don Marcelino Menéndez y Pelayo en su «Discurso de Incorporación» en la Real Academia de la Historia, en el año de 1883.

(2) Don Carlos Martínez Silva en su «Discurso de Incorporación» en la Academia Colombiana el 23 de abril de 1879.

propósitos é inquirirá las causas y efectos de los sucesos, aplaudiendo siempre lo bueno y reprobando con firmeza lo contrario. La responsabilidad de los actos la hará recaer no solamente sobre los soberanos, como en la antigüedad lo hicieron muchos escritores, sino en quien corresponda, bien se llame Gobierno, Emperador ó Rey, bien sea sobre el pueblo y sus partidos ó sobre la influencia maléfica ejercida por algún individuo particular. Contará el pasado con sinceridad, haciendo el retrato de los acontecimientos y personajes, de las tradiciones y costumbres de toda especie; pero sin entregarse jamás á la risa ni á la burla, como muy mal lo hicieron algunos contemporáneos de Voltaire. Es necesario tomar siempre en cuenta los tiempos y circunstancias que rodearon los acontecimientos, pues no es mucha gracia reconocer hoy los yerros de ayer. «No puede establecerse una ecuación entre el pasado y el presente, sin incurrir á la vez en una injusticia y en un absurdo, ya que el presente no es otra cosa que una suma compuesta de esos infinitos sumandos sucesivos que forman el pasado; idea que expresaba muy pintorescamente lord Macaulay, cuando decía que los historiadores á que nos referimos le traían á la imaginación ciertos niños traviesos y regalones que, montados á horcajadas sobre el cuello de sus padres, y mirándolos de alto á bajo, suelen exclamar con infantil orgullo: *¡Somos más grandes que papá!* (1).

No, no es la historia tribunal de risas ni de burlas. Queden éstas relegadas á la prensa humorística ó á la novela, que es aquélla el santuario en donde la humani-

(1) Don Zorobabel Rodríguez, *Miscelánea literaria, política y religiosa*, tomo II, página 133.

dad conserva el recuerdo de sus glorias y sufrimientos para experiencia y enseñanza de sus hijos. No se abuse de ella, que es arma siempre poderosa, inmensamente benéfica en manos de los hombres honrados, terrible en en las de los imprudentes, y peligrosa ó envenenadora en poder de los malvados.

Sintetizando en pocas palabras las cualidades primordiales del buen historiógrafo, es decir, del historiador artista, transcribiremos aquí las maestras pinceladas con que el inmortal Cantú las ha dibujado:

"Quisiera erudición para ver, exactitud para averiguar, discernimiento para escoger, método para ordenar, imaginación para describir, justicia para fallar, virtud segura para no deslumbrarse por la prosperidad, profundo sentimiento de la verdad, de modo que aun engañándose, aparezca su error como procedente del entendimiento, no del corazón; valor para sacrificar el amor propio y el deseo de adquirir fama y de presentar novedades por medios extraños, y aquella sencillez de estilo que es prenda de sinceridad y, sin embargo, no se separa del triple efecto del arte, ilustrar, pintar y conmover. Lo quisiera prudente, no frío; constante en las indagaciones y en la exposición, sin mostrar ni impaciencia en el curso de su narración, ni la ligereza que hace emprender inconsideradamente un gran trabajo, seguirlo con negligencia y terminarlo con disgusto. Quisiera que tratase no tanto de hacer que se lea como de hacer que se piense; de mostrar menos conocimiento que juicio; de hacer un libro por el cual fuese querido el autor, y que no se soltase de la mano sin haber concebido una idea más clara y sublime de la misión del hombre sobre la tierra, sin creer profundamente en el reinado de la jus-

ticia, y sin sentirse más capaz de una acción buena ó generosa.

«No se dedique, por tanto, á escribir la historia quien no haya sentido aumentarse los latidos del corazón ante un hecho grande, quien no haya compadecido la maltratada virtud y experimentado aquella indignación contra el mal, sin la cual no hay amor al bien; quien haya escarnecido leales intenciones, ó hablado ligeramente de lo que es más sagrado al hombre: la familia, la patria y las creencias» (1).

Los adelantos extraordinarios de nuestro siglo, facilitan, en gran parte, las tareas del historiógrafo; hoy es más que nunca exigible la exactitud en los datos puesto que los descubrimientos arqueológicos se suceden diariamente, y los ferrocarriles y telégrafos, y los vapores y periódicos, y las mil maneras distintas que tenemos de utilizar estos descubrimientos, nos obligan á no escribir antes de haber puesto en práctica todos los medios posibles de investigación y estudio.

§ IV

La crítica histórica, que vamos á considerar, es el último auxilio que poseemos para llegar á la más perfecta adquisición de la verdad. Mientras los antiguos historiadores nos legaron sus conocimientos tales como los habían heredado de sus padres, ó acaso un tanto amortiguados sus recuerdos por el transcurso de los años, los sabios del *Renacimiento* dieron el ejemplo de comenzar una nueva éra poniendo en duda, hasta probar nueva-

(1) César Cantú, *Historia Universal*, tomo I, página 37.

mente, un gran número de hechos referidos. De existencia tan moderna como la Historiología, la crítica histórica ha sido el arca de salvación para preservar el recuerdo de la vida y hechos de las pasadas generaciones del diluvio de errores, preocupaciones, vacíos y demás defectos que recargaban las antiguas crónicas y leyendas. Al mismo tiempo que revé las lenguas y literaturas de la clásica antigüedad, revisa las historias, códices é instituciones de toda especie, y, ayudada por la crítica arqueológica, descubre, desentierra, analiza y rectifica, á fuerza de disertaciones ilustrativas, las dudas y errores que se habían consignado como indiscutibles verdades. Por desgracia, en otros tiempos no sucedía así. «Los escritores, faltos, por lo común, de crítica, dice un anticuario español, se citaban, se copiaban, salían unos garantes de las relaciones de los otros, y al cabo, por el testimonio uniforme de muchos, un suceso, hallado quizá en un solo manuscrito anónimo y publicado después por autores, no digo coetáneos, sino muchos siglos distantes de la época en que se aseguraba acaecido, subía á tan alto grado de autoridad, que el impugnarle se habría tenido por efecto de furor ó de demencia» (1).

No pasa esto en nuestros días. Para dar crédito á un suceso, no basta la tradición del pueblo, ni el hecho de encontrarlo escrito en cien autores; es preciso indagar con prolijidad la fe que merecen los que lo refieren, si son de diversos lugares, de distintas fechas é ideas etc. Se comparan sus expresiones, pésanse los argumentos en que se fundan, se reconocen los certificados y docu-

(1) Don Juan Sanz y de Barutell en su «Memoria sobre el incierto origen de las barras de Aragón», leída en la Real Academia de la Historia, el 17 de julio de 1812.

mentos que le sirven de apoyo, y, examinado todo cuidadosamente en el tribunal de una crítica severa, pero adecuada, se determina el grado de asenso que nos merece, califícase de cierto, falso ó dudoso y se le asigna, por último, el lugar que le corresponde en la historia ó queda relegado á la fábula y la novela.

Con el entusiasmo por los estudios, despertado á fines del siglo XV, nació, por decirlo así, la verdadera crítica histórica, concienzuda é investigadora, ilustrativa é imparcial. Maquiavelo, en su *Historia de Florencia* y Guicciardini en la de Italia, dejaron muy adelante esta nueva faz del arte histórico, pero incomprensible en sus intenciones el primero, recto y verídico el segundo. Después de ellos, en casi todos los trabajos de notables historiadores, se encuentran iniciadas ó resueltas algunas cuestiones de esta naturaleza, contribuyendo así á depurar las narraciones de los equívocos y errores que contenían.

El moderno espíritu científico ha impulsado por todas partes la fundación de academias que se ocupan en dilucidar estas cuestiones, y los soberanos de todos los países se esmeran en proteger aquéllas dotando sus dominios de bibliotecas, museos y colecciones que suministran á los aficionados los materiales necesarios para solucionar las dudas.

§ V

Recorridas ya gradualmente las principales ciencias auxiliares de los progresos históricos, y los requisitos exigidos al historiógrafo por el adelanto de los tiempos, réstanos solamente exponer algunas costumbres de cier-

tos autores modernos, las cuales contribuyen á comprobar más y más los hechos, despertando la confianza en los lectores y haciendo á la vez sus obras más amenas á la vista y más agradable su lectura.

El espíritu humano, como hemos dicho, tiende en nuestros días á la experimentación en todo y para todo; conserva aún algo de esa duda universal que caracterizó el siglo XVIII por su falta de fe, su falso filosofismo y falta de honradez. Risible, irónico y sarcástico, el siglo de Voltaire, Rousseau y Montesquieu, legó á la posteridad sus varios adelantos; mas el fruto de ellos no ha podido cogerse, sino envuelto entre la lava espesa y fría de irreligiosidad y social indiferentismo en que dejó sepultados á los pueblos el volcán de la revolución francesa. Resuenan todavía los ecos de los que proclamaron á la diosa *Razón* como reina y señora de toda creencia, y para quienes la *Duda* era el único móvil que dirigía el universo. Ahora mismo, para dar asenso á lo que se cuenta, debe rodeársele de pruebas muy claras y precisas; de otro modo, se dudará de la veracidad del autor y de sus narraciones.

Por esto hoy, más que nunca, necesita el historiador justificar sus opiniones y afirmar, por todos los medios posibles, los hechos en que se apoya. Si adiciona documentos inéditos, testifica siempre su origen y autenticidad; si el punto es oscuro coloca al pie de su escrito notas aclaratorias; si cita algún autor para robustecer sus opiniones, lo hace anotando el título de la obra de donde transcribe la cita, haciéndolo muchas veces en el mismo idioma y hasta con la misma ortografía usada por aquél. Así, no habrá lugar á una traducción equivocada, ó á mudar involuntariamente el genuino sentido de las

ideas ó de las palabras. Los más estrictos agregan al citar, el número de la edición, su fecha y hasta el lugar en donde se imprimió la obra.

Pero no satisfechas con esto las generaciones de nuestra época, gústales conocer á fondo el corazón, el alma, por decirlo así, la vida y costumbres privadas de los personajes. Quisieran llegar á vislumbrar, juzgando por el exterior, las pasiones más ocultas del individuo y explicarse por este medio ciertas peculiaridades que tal vez habrán sido la causa de importantes sucesos. Razón es ésta por la cual, casi todas las obras históricas se ilustran con copias autorizadas de los retratos originales de cada protagonista, de sus armaduras y blasones, trajes, útiles, etc. ó con facsímiles de sus firmas, diseños de medallas, monedas, mapas de los lugares más notables, de batallas, ruinas, y todo cuanto puede contribuir á hacernos fácil é interesante el aprendizaje de los tiempos transcurridos.

Inútil sería encarecer la importancia de estas prácticas, cuyas ventajas palpamos día á día. Es sabido que, tratándose de estudios científicos, ni las pruebas ni los detalles están nunca demás.

ALEJANDRO ÁLAMOS JARA-QUEMADA

Santiago, 1.° de abril de 1887

En la puerta del horno...

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

PERSONAJES

Don Cleto, padre de
Juliana, dama joven.
Don Julián, vejete almibarado y muy cegato.
Miguel, galán joven.

ACTO ÚNICO

Una sala muy modesta, con puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA

Don Cleto, Juliana

(Aparecen por la izquierda con dirección al foro; don Cleto con sombrero de copa alta y bastón muy grueso; Juliana tratando de detenerlo. La moda de la ropa de don Cleto bastante anticuada.)

Cleto ¡Jesús! ¿Cuándo has de acabar?...

(Tapándose los oídos.)

JULIANA Papá, la verdad te digo.
CLETO Si quiero salir contigo.
JULIANA Pues, señor, no hay más que hablar.
Ya que te has empecinado,
yo tengo que obedecer,
que soy tu hija y soy mujer;
pero te digo ¡cuidado!...
CLETO Pero, hija, cuando pretendo
pasear contigo, me sales
con que hay tal peligro y tales
tropiezos que... ¡yo no entiendo!...
(Todo acongojado.)
JULIANA (Es que Miguel va á venir
(Aparte picaresco.)
y quiero verle.)
CLETO ¡Qué mañas!
Pues si tú no me acompañas...
(Gritando.)
JULIANA ¿Qué?
(Encarándosele.)
CLETO Que solo me he de ir.
(Con gran pachorra.)
¡Mujer al fin!... Pues ¿qué más?
¿Las llegaré á comprender?
Sólo tuve una mujer...
y no la entendí jamás.
(Con entera convicción.)
Viví bajo un mismo techo
trece años con más un día
con ella, y no la entendía
yo ni al revés ni al derecho.
Se murió. Aunque no me pete

contarlo, al postrer minuto,
al morir, me dijo: "¡Bruto!"
se calló y torció el rosquete.
Salir con tal *exabruto*
cuando la estaba cuidando...
Trece años que estoy pensando
por qué me diría ¡Bruto!

JULIANA ¿Trece años, papá?

CLETO ¡Qué quieres!
y no lo sé todavía...
Esto se llama, á fe mía,
no entender á las mujeres.
De un Bruto guarda memoria
la historia... persa...

JULIANA Romana.

CLETO Lo mismo es Chana que Juana,
que al fin y al cabo es historia...
Puesto que ése de Dios goza
yo seré el Bruto novel...
¡Sin duda que el hombre aquél,
tampoco entendió á su esposa!...

JULIANA Conque ¿estás de broma?

CLETO ¡Toma!
¿Con recuerdo tan ingrato?
¡Vaya que fué bueno el rato
para que yo hable de broma!
Pero, á decir la verdad,
me consuelo y no disputo:
el vástago de este bruto
no ha sido brutalidad.
(*Señalando á Juliana y mirándola con cara de bobo.*)

JULIANA ¡Papá!

CLETO — No, si no lo ha sido...
cuando yo te lo aseguro
créelo; porque te juro
que, en conciencia, no he mentido.
Pero, muchacha ¡qué pena
que no hayas sido varón!
el cielo sin compasión
á ver faldas me condena.

JULIANA — Ya verías ratos buenos
(Con sorna.)
sin mi alegre compañía.

CLETO — Lo peor es que cada día
te voy entendiendo menos.

JULIANA — Culpa tuya.

CLETO — Pues ¿qué quieres?
¡Cuando yo te lo decía!...
Pero, señor ¿quien creería
que no entiendo á las mujeres?
De la mejor no me fío,
que vosotras, voto á bros,
podríais hacer que á Dios
le atacara... un calofrío.

JULIANA — ¡Ay! qué falso testimonio
nos levantas tú, papá!
Si fuéramos malas, ya
no existiera...

CLETO — ¡Ni el demonio!...
(Interrumpiendo.)
Voy á casa de Julián...
(Hace que se va, y vuelve.)
Y, á propósito ¿has notado
que se queda embelesado,

mirándote, y que se van
sus ojos detrás de ti?

JULIANA Sí, papá, bien lo he notado
(Riéndose.)

CLETO Se habrá acaso enamorado
Julián de...

JULIANA Puede que sí.
(Riéndose.)

CLETO ¡Ay, ay! qué cosa tan rica!...
(Palmoteando y riéndose á carcajadas.)

(¡Librarme de esta cadena!)
(Aparte, señalando á Juliana, muy entusiasmado.)

JULIANA (La ocasión está muy buena
(Aparte.)

para hablarle.) Papá...
(Con gazmoñería.)

CLETO ¿Chica?

JULIANA Hoy tienes ganas de broma,
por lo visto.

CLETO No, Juliana;
broma no; si tengo gana
de decir verdades.

JULIANA ¡Toma!
si vas por ese camino,
te aseguro que no irás
sin que te siga detrás.

CLETO ¿Cómo?
(Sin entender jota.)

JULIANA Tal es lo que opino.

CLETO Vamos á ver, chica; explica
lo que me has dicho, mejor.

JULIANA Que voy á hablarte, señor,
la verdad.
CLETO Pues díla, chica.
JULIANA Tú eres muy bueno, papá.
(Acariciándolo con zalamería.)
Te quiero mucho...
CLETO ¡Dios mío!
(Haciendo aspavientos.)
del prólogo desconfío.
¡Qué prólogo!
JULIANA ¡Ja, ja, ja!
CLETO ¡Y así son todas! ¡qué horror!...
"Eres ángel celestial"
(Imitando la voz de mujer.)
dicen, y es seña mortal
de que quieren un favor.
Si así comienzas, Juliana,
con proemio tan peregrino,
juzgo que no desatino
en dejar para mañana
el asunto... ¡No hay audiencia!
(Tapándose los oídos y marchándose.)
JULIANA Pero, papá...
(Sujetándolo de un faldón de la levita.)
CLETO Vamos, vamos;
(Volviendo.)
sigue de donde quedamos,
que me armaré de paciencia.
JULIANA Hoy cumplo diecinueve años,
como tú sabes.
CLETO Cabal:
diecinueve años... ¡Fatal

edad, de enredos y engaños!
(Con cómica gravedad.)
Y ¿á qué viene esto, por Cristo?

JULIANA Como tú sabes muy bien...

CLETO ¡Qué! ¿que lo sé yo también?
Pero, señor, por lo visto,
no te podré comprender:
ó hablas tú, ó habla el demonio
ó yo soy un gran bolonio...
¡Bien se ve que eres mujer!

JULIANA Si no me dejas decir
(Fastidiada.)
todo lo que se me ocurra,
aunque me des una zurra,
nada te he de referir.

CLETO Pues á paseo me largo.
(Yéndose apresuradamente.)

JULIANA Bueno... Vuelve, papacito,
(Lo primero enojada. Lo segundo corriendo hacia él y sujetándolo del faldón de la levita, á tiempo que iba á salir.)
vuelve, que te necesito,
que voy á hacerte un encargo.

CLETO Á ver ¿qué encargo?
(Volviendo.)

JULIANA Sigamos.
Á esta edad, el corazón...
padece una inclinación...
de que pocos nos libramos.

CLETO ¡Hola! ¿que es lo que me has dicho?
(Muy satisfecho.)
Acaso el amor...

JULIANA Dispuso
(*Mirando al suelo avergonzada.*)
que mi corazón...
CLETO ¡Qué intruso
(*Interrumpiéndole.*)
es ese malvado bicho!
JULIANA Entonces ¿tú apruebas?...
CLETO ¡Zape
¡Cómo no lo he de aprobar!...
Y si se quiere escapar
yo no quiero que se escape.
Aunque partido algo... añejo..
JULIANA ¡Cómo añejo!...
(*Interrumpiéndole.*)
CLETO Es buen partido.
JULIANA Y joven...
CLETO ¡Qué es lo que he oído
(Casi como yo es de viejo
(*Aparte, asombradísimo.*)
Julián... Prodigio asombroso,
que sólo al amor es dable:
¡encontrar joven y amable
á un viejo ciego... y gotoso!)...
JULIANA Conque... apruebas...
CLETO Sí, hija mía.
(¡Por eso, cuando á Julián
(*Aparte.*)
le nombré, se puso tan
risueña; si lo quería!)
JULIANA Entonces... me das permiso
para decirle...

CLETO ¿Estás loca?
á mí ese asunto me toca.
Y puesto que el cielo quiso
que un hombre tan campechano
y una mujer tan completa
se tocaran la chaveta,
Dios los tenga de su mano.
Pronto arreglaré el asunto.

JULIANA Papá...

CLETO Rico...
(*Interrumpiéndola é imitándole el tono.*)

JULIANA Papá...
(*Siempre acariciándolo.*)

CLETO Bueno...
(*Como antes.*)
Aquí yo soy el que sueno
y otro el ídolo, barrunto...
Vaya; lo voy á buscar;
pronto vuelvo.

JULIANA Él vendrá luego...

CLETO Yo iré antes.

JULIANA Pues te ruego...

CLETO Bien. Calla y déjame obrar.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
Aunque hay muchos pareceres
sobre ese sexo enemigo,
por mi parte... ¡Si yo digo
que no entiendo á las mujeres!...

(*El actor debe fijarse bien en hacer un ademán muy marcado como para dar una opinión respecto del sexo; mas después de una larga pausa, dice el final con desesperación grotesca. Don Cleto va á salir por el foro á tiempo que entra don Julián apresurado, y le*

da un encontrón. Don Cleto retrocede llevándose las manos á la nariz, y don Julián le pasa su sombrero, creyendo que es algún criado. Don Julián es un vejete acicalado, ridículamente vestido con colores chillones; tiene gran nariz, un enorme lunar en ella, las cejas muy pobladas y la cabeza calva.)

ESCENA II

DICHOS, DON JULIÁN

(*Don Julián debe hablar muy pausadamente.*)

JULIÁN Mozo, toma mi sombrero.
CLETO ¡Cómo! Amigo don Julián...
JULIÁN ¡Don Cleto! estoy á las manos
(*Todo turbado.*)
de usted... no... quiero besar
sus pies...
CLETO ¡Jesús!
JULIÁN ¡No!... tampoco!...
es decir... las manos... Ah!...
(¡No sé por dónde van tablas!)
(*Aparte.*)
Dispense mi atrocidad.
CLETO Á los pies de usted, mi amigo;
no hay aquí qué dispensar...
(¡Es tan ciego el pobre!)
(*Aparte.*)
JULIANA (¡Bestia...
(*Aparte.*)
De verlo bascas me dan!)
JULIÁN Julianita, oh! muy amable
Julianita ¿cómo está?...
(*Saludándola.*)

JULIANA Muy bien, señor... siempre amiga
del ilustre don Julián
(¡Viejo hostigoso!)
(*Aparte.*)

CLETO (¡Uy! qué frases!
(*Aparte.*)
¡Digo... cuánto lo querrá!...)

JULIÁN (Apostara que ya tengo
(*Aparte, con complacencia.*)
á la niña hecha un volcán....
Yo tengo mucho ojo... Ahora
sólo me falta... el papá...)

CLETO Muy luego, si Dios me ayuda,
(*Bajo á Juliana.*)
el asunto he de arreglar.

JULIANA Bueno, quedo muy contenta.

(*Bajo á don Cleto. Se va por la derecha. Don Julián la sigue abobado con la mirada hasta que desaparece. Don Cleto, entretanto, observa á don Julián sonriéndose maliciosa y placenteramente.*)

(¡Á qué hora Miguel vendrá!)

(*Aparte. Antes de entrarse, Juliana se vuelve: hace una cortesía burlesca á don Julián, que se la devuelve muy gravemente.*)

CLETO (¡Ay, si son dos pichoncitos!
¡Qué saludo tan galán!...)
(*Aparte, complacidísimo.*)

ESCENA III

DON CLETO, DON JULIÁN

JULIÁN (Cuando yo digo que tengo
(*Aparte.*)
mucho ojo...)

CLETO ¡Bribón!...

(*Palmeándolo cariñosamente.*)

JULIÁN ¿Eh? ¿Qué hay?...

CLETO ¡Nada, hombre, nada!... ¡Je, je!...

(*Riéndose maliciosamente.*)

Y ¿qué tal vamos? qué tal?...
¿Y la gota?...

JULIÁN Está en las piernas...

CLETO Sí; pero ¿pasa?...

JULIÁN Ya, ya...

CLETO ¿Y la vista?...

JULIÁN Veo poquito
y muy nublado, además.

CLETO Á Cupido pintan ciego,
picaruelo ¿no es verdad?

JULIÁN Pero yo tengo mucho ojo...

(*Con malicia.*)

eso sí ¡mucho!...

CLETO ¡Ya, ya!...
Y... ¿qué tal?

(*Con mucha malicia.*

JULIÁN ¿El ojo?

CLETO ¡El ojo!...
¡Quién habla de ojo!

JULIÁN Yo.

CLETO En paz
déjeme usted.

JULIÁN Sí, repito
que tengo mucho ojo.

CLETO ¡Hay tal!
Y se hace el desentendido

á fin de no confesar...
Pero, hombre, si lo sé todo,
si lo sé todo, Julián.

JULIÁN ¿Con que usted lo sabe todo?
(*Sin entender lo que quiere decir don Cleto.*)

CLETO Sí, hombre, sí.

JULIÁN Bien está;
que le haga mucho provecho.
Laus dedos... y no más.

CLETO ¿Qué dice?

JULIÁN Pues ¿qué otra cosa
me toca á mí contestar?

CLETO Quien lo aprovecha es usted.

JULIÁN Bien, hombre. Choque no habrá
por tan poco.
(*Aparece Juliana, que atisba desde la puerta.*)

JULIANA (¡Todavía
no se ha ido don Julián!)

CLETO Venga usted.

JULIÁN (¡No entiendo jota!)
(*Aparte.*)

CLETO Vamos la boda á arreglar...

JULIÁN ¡Ah!... ¿La boda?... ¡Oh!... Sí, la boda!...

CLETO Pero ¿qué tiene?

JULIANA (Se van.)

ESCENA IV

DICHOS, JULIANA *(al paño)*

(*Don Julián coge á don Cleto de un brazo, lo lleva al medio de la escena, y parece como que va á decirle algo misteriosamente; de pronto se aparta y dice con fatuidad:*)

JULIÁN Tengo mucho ojo...

(*Se lleva una mano á la cara, y con un dedo se estira el párpado inferior del ojo derecho á tiempo de decir lo anterior.*)

CLETO ¡Qué antojo!

(*Fastidiado.*)

¿No es ciego usted?

JULIÁN Bien ¿y luego?

(*Picado.*)

CLETO ¡Hombre, que todo el que es ciego
no puede tener... mucho ojo!

(*Imitando la acción de don Julián.*)

JULIÁN Solemne mentira, digo,
digna de un hombre grosero.

CLETO ¡Caballero!

JULIÁN ¡Caballero!

CLETO ¿Con quién habla usted?

JULIÁN Conmigo.

(*Después de una gran pausa.*)

JULIANA (¡Qué pleito!)

CLETO ¡Ah!... bah!... yo creí

(*Riéndose.*)

que usté á mí se refería...

JULIÁN Vaya, hombre ¡qué tontería!

CLETO Bien, bien. Vámonos allí.

(*Se van por la izquierda. Sale Juliana.*)

ESCENA V

JULIANA

JULIANA ¡Á qué hora vendrá Miguel!...
¡Qué contento va á quedar,
ya que para nuestra boda

su beneplácito da
mi padre!... Pero no quiere
que yo nada le diga... ¡Ay,
si ya tengo comezón
en la lengua por hablar!
¡Si esto de guardar sigilo
es una barbaridad!...
No he visto cosa más tonta
que ver, oír... y callar...
¡Bueno!... No le diré nada;
que se lo diga papá
para que tenga más gusto
con la noticia... oficial.

ESCENA VI

JULIANA, MIGUEL *(por el foro)*

MIGUEL Si ustedes me dan permiso...
JULIANA ¡Miguel!
MIGUEL ¡Qué! ¿Solita estás?
JULIANA Ya lo estás viendo.
MIGUEL ¿Y don Cleto?
JULIANA Adentro, con don Julián.
MIGUEL Siempre ese viejo ridículo
tan pegado á tu papá...
Podía darle un ataque
de colerín, y espichar...
JULIANA ¡Ay, qué malas intenciones
para ese pobre galán!
¿Qué te ha hecho?
MIGUEL Que te mira
más de lo que es regular...

y con unos ojos de hambre...

JULIANA Vaya, dejémosle en paz.

MIGUEL Pero si es un esperpento
á quien no puedo tragar...

JULIANA Y mucho que te diviertes
á costa suya.

MIGUEL Es verdad.

JULIANA ¿Por qué has venido tan tarde?...

MIGUEL Si apenas las ocho dan.

JULIANA Por lo menos son las nueve...
por lo menos...

MIGUEL Ya verás
(*Sacando el reloj.*)
¿No ves?

JULIANA Tu reloj atrasa.
Estaba temiendo ya
que no vinieras... es cierto
que se hace una eternidad
un minuto, si se espera
á quien nos robó la paz...

MIGUEL ¡Bendigo yo esas palabras
porque saben regalar
al corazón tal dulzura,
al alma alegría tal!

JULIANA Vaya, que no me avergüences...

MIGUEL ¡Cómo te he de avergonzar,
hermosa esperanza mía,
diciéndote eso, si más,
mucho más mereces tú,
criatura angelical!...

JULIANA Calla, que no te oiga alguno...
No sé qué he de contestar

cuando estás tan obstinado...

MIGUEL Que tu siempre me amarás,
que cuanto antes serás mía,
Julianita ¿no es verdad?

JULIANA Pero eso mismo mil veces
te lo he repetido ya.

MIGUEL Pues repítelo otras tantas
y nunca me cansarás...
Y acerca de nuestros planes
¿algo has dicho á tu papá?

JULIANA (¡Más que le cuento!...) Es preciso...
(*Aparte.*)
ocasión propicia hallar...

MIGUEL Sí, sí.

JULIANA Y entonces decirle
con toda serenidad:
Yo... quiero mucho á Miguel...

MIGUEL Yo á Juliana mucho más.

JULIANA ¡No! eso no ¡eso sí que no!
(*Con viveza.*)

MIGUEL Será nuestro amor igual...

JULIANA Pues él será mi marido...

MIGUEL Ella mi esposa será...

JULIANA Si tú, papá, lo consientes...

MIGUEL Si usted me quiere aceptar...

JULIANA Dirá que sí...

MIGUEL Nos casamos...

JULIANA Y se acabó...

MIGUEL No, no hay tal;
pues vendrán los chiquitines...

JULIANA ¡Jesús, qué barbaridad!...
(*Tapándose la cara.*)

MIGUEL Que á él le dirán «Abuelo,»
á ti te dirán «Mamá»
y me dirán «Papá» á mí
con su gracia angelical...

JULIANA ¡Ay, Dios! ¡qué castillos formas!

MIGUEL No se desmoronarán.
Y así, en medio la familia,
en grata tranquilidad,
gozaremos de la dicha
que habremos sabido hallar.

JULIANA ¡Dios quiera que se realicen
esos sueños!

MIGUEL Lo querrá.

JULIANA Alguien se acerca... me voy.
Ya volveré...

MIGUEL ¡Adiós, mi ideal!...

JULIANA (¡Qué alegre se va á poner
(Aparte.)
cuando le diga papá...)

(Vase por la derecha. Sale don Julián, haciendo aspavientos, levantando los brazos al cielo con mil demostraciones del más loco júbilo.)

ESCENA VII

MIGUEL, DON JULIÁN

JULIÁN ¡Oh fortuna inesperada!...
¡Oh fortuna tan completa!...
¡Uf! Yo pierdo la chaveta!...
La ventura me anonada!...

(Ve á Miguel, y tomándole por Juliana se arroja de rodillas á sus pies exclamando:)

¡Oh, ángel del puro amor...

pongo á tus pies mi existencia!...

MIGUEL ¡Quite usted!... ¡tal indecencia!...
(*Dándole un empujón.*)

JULIÁN ¡Ah! Eh! Ih!...
(*Poniéndose de pie, turbado.*)

MIGUEL ¡Oh! Uh!
(*Remedándolo.*)

JULIÁN ¡Señor!...
¡Miguel!... Era usted!

MIGUEL Yo.

JULIÁN ¡Cielo!...
(¡Yo creí que era Juliana!...)
(*Aparte.*)

MIGUEL Disculpo de buena gana
su acción, merced á ese velo
que tanto empaña su vista
y le causa tanto engaño.

JULIÁN Engaño sólo en mi daño
que mil males me conquista.
Y ¿cómo está usted?

MIGUEL Muy bien,
¿Y usted?

JULIÁN ¡Con gozo infinito!...
Eso sí... veo poquito
y muy nublado también.

MIGUEL Lo creo sin gran trabajo,
por su palabra de honor.
(¡Me estaba haciendo el amor
(*Aparte.*)
este solemne espantajo!...)
Pero, amigo don Julián,
descifrar ahora intento
por qué está usted tan contento,

y con tal ardor y afán...

JULIÁN ¡Es cuento muy divertido!...
(*Interrumpiéndole.*)
El corazón me rebosa
de alegría... es una cosa...
¡Oh!...Vea usted, he perdido
entera mi gravedad...

MIGUEL (Mas ni pizca de ceguera)
(*Aparte.*)

JULIÁN ¡Oh fortuna lisonjera!...
¡Oh grata felicidad!...

MIGUEL Si está hecho una tarabilla;
pero al grano, amigo, al grano.

JULIÁN ¡Si digo que estoy insano!...
¡Si parece maravilla!
¡Quién me lo dijera ayer
que era un hombre desgraciado,
que hoy me vería elevado,
á la cumbre del placer!...
Pero yo tengo mucho ojo...

MIGUEL ¡Se conoce!
(*Burlándose.*)

JULIÁN ¡Oh! mucho, mucho!...

MIGUEL (De veras que este avechucho
(*Aparte.*)
ya me está causando enojo.)

JULIÁN ¡Deje usted!... ¡Fraternidad!...
(*Abrazándolo.*)
apriete, hombre, no se aflija
á ver si se trasvasija
á usted mi felicidad!

MIGUEL (Sospecho que hay aquí un lío.)
(*Aparte.*)

Pues, amigo don Julián,
tengo un verdadero afán
de saber...

JULIÁN Amigo mío,
(*Interrumpiendo.*)
¡es cuento muy divertido!...

MIGUEL Me lo ha de contar usté.

JULIÁN Sí que se lo contaré...
(*Sale don Cleto.*)
¡Don Cleto!

MIGUEL (¡Á qué habrá venido!)
(*Aparte.*)

ESCENA VIII

DICHOS, DON CLETO

(*Colocación comenzando por la derecha: 1.º Miguel; 2.º don Julián; 3.º don Cleto.*)

CLETO Es don Julián un hombre
de pelo en pecho.
Miguel, amigo mío...
(*Saludando.*)

MIGUEL Señor don Cleto.

CLETO Y ¿cómo vamos?

MIGUEL De cuerpo estoy muy bueno;
de alma... no tanto.

JULIÁN Pues vea usted, yo nunca
me había hallado
del hogar de los muertos
como hoy lejano.

CLETO ¡Eh, bien lo creo!
(*Con malicia.*)

puesto que se le cumplen
hoy sus deseos.

MIGUEL ¡Ay! ojalá á los míos,
que ya no puedo
resistir, les corrieran
tan buenos vientos.

CLETO No hay que cejar:
para lograrlo basta
la voluntad.

JULIÁN Dice verdad, don Cleto.

CLETO Pues, don Julián...
¿Qué tal la Julianita?
(*Bajo á don Julián.*)

JULIÁN ¡Je!... no anda mal
(*Bajo á don Cleto.*)

MIGUEL (¿Qué diantre es eso;
(*Aparte.*)
Me dan muy mala espina
con sus secretos.)

CLETO ¿Y?...
(*Á don Julián.*)

JULIÁN ¡Ah!...

CLETO ¿Dijo?...
(*Á don Julián.*)

JULIÁN ¡Oh!...

CLETO ¿Sí?...
(*Á don Julián.*)

JULIÁN ¡Uiii!...

CLETO (Pero ¡qué necios
son los enamorados!)
(*Aparte. Sigue conversando bajo con don Julián.*)

MIGUEL (¡Par de camuesos!
(*Aparte.*)

Y por lo visto,
entre los dos se entienden
por monosílabos)

CLETO Hace poco, Miguel,
usted me dijo
que si era el cuerpo sano,
no era lo mismo
el...

MIGUEL Sí, señor.
(*Interrumpiendo.*)

CLETO Y ¿por qué causa, amigo?

JULIÁN ¿Por qué razón?

MIGUEL Porque así como al alma
daña el dolor,
así también á veces
le hace impresión
algún cariño...

CLETO ¡Hola!...

MIGUEL Que la sujeta
á su dominio.

CLETO ¡Hombre!

JULIÁN ¡Qué bien parlado!
¿Con broma empieza?
(*Bajo á Miguel.*)

MIGUEL Sí, pues.
(*Bajo á don Julián. Don Cleto y don Julián hablan entre sí.*)
(Aprovechemos
(*Aparte.*)
la ocasión esta
para imponerlo,
indirectas usando,
de mis deseos.)

CLETO Con que... usted está amando,
por lo que veo.
MIGUEL Sí, señor.
CLETO ¡Hola!
JULIÁN ¡Hola!
(¡Je!... le remedo!)
(*Aparte.*)
CLETO Y á usted ¿lo quieren?
MIGUEL Señor don Cleto, mucho,
según parece...
La niña está segura,
mas no estoy cierto
de obtener de su padre
consentimiento...
Su padre es hombre
muy honrado... un anciano...
usted... lo oye...
(*Con suma intención.*)
JULIÁN Pero ese caballero...
CLETO ¿Es algún ogro,
(*Interrumpiéndole.*)
algún fiero animal?
MIGUEL De ningún modo.
CLETO Y bien, ¿por qué
no habla usted con él, hombre?
Vamos á ver.
MIGUEL Porque yo lo respeto
más que á mi padre...
(Echémosle rociadas
(*Aparte.*)
que mucho valen!)
Y no me atrevo

á decirle de frente
—«Señor; yo quiero
á la Jul..» ¡Jem!
(*Tosiendo por disimular.*)

CLETO ¡Qué!
(*Inquieto.*)

JULIÁN ¡Cómo!
(*Azorado.*)

(¡Con sólo un *iana*
(*Aparte.*)
Juliana era, sin duda!)
(*Don Cleto y don Julián hablan aparte.*)

MIGUEL (Por poco salta
(*Aparte.*)
el nombre grato
que por siempre en el pecho
llevo grabado.)

CLETO ¿Que Jul... dice usted, hombre?

MIGUEL Jul... digo, y Ana

JULIÁN ¡Diantre!
(*Dando un salto de sorpresa.*)

CLETO ¡Juliana dice!...

JULIÁN ¡Hombre! esto carga!...

MIGUEL ¡Qué!... No, mi amigo,
Julia y Ana son dos...
(*Señalando con los dedos.*)
dos... muy distintas...
(Y un nombre verdadero)
(*Aparte.*)

CLETO ¡Vaya!
(*Respirando.*)

JULIÁN Acabáramos.

CLETO Si me ha dejado lelo.

JULIÁN Y á mí... pasmado.
Son muy pesadas
(*Bajo á Miguel.*)
estas bromas Miguel.

MIGUEL Aún no bastan.
(*Bajo á don Julián.*)

CLETO Yo creí que este bárbaro
(*Bajo y rápido á don Julián.*)
iba á decir...

MIGUEL La broma es necesario
(*Bajo y rápido á don Julián.*)
llevar á fin...

(*Don Julián atiende ya á uno ya á otro, alternativamente. Este juego de teatro con suma viveza. Don Julián, poco á poco, irá poniendo cara de desesperado.*)

CLETO Que Julianita
con su amor le obsequiaba...

MIGUEL Á ver si trina...

CLETO Cuando la chica, sólo
por usted pena...

MIGUEL Porque ha puesto una cara
como de fiera...

CLETO Y á usted tan sólo...

MIGUEL Es hombre divertido...

CLETO Quiere de novio...

JULIÁN ¡Jesús!
(*Aturdido.*)

CLETO ¿Qué le dice ése?
(*Bajo á don Julián.*)

MIGUEL ¿Qué dice el viejo?
(*Bajo á don Julián.*)

JULIÁN ¡Que usted... es... hombre honrado!
(*Bajo á don Cleto.*)
¡Que usted... es... bueno...!
(*Bajo á Miguel.*)

CLETO (Me hace justicia.)
(*Aparte.*)

MIGUEL (Me mira bien don Cleto.)
(*Aparte.*)

JULIÁN (¡Ay Julianita!)
(*Dando un resoplido de descanso. Pausa larga.*)

CLETO Amigo don Miguel,
(*Retirándose.*)
con su permiso...
con don Julián lo dejo,
que es casi mi hijo...

MIGUEL ¿Eh?... vaya usted...
es muy dueño...
(*Sorprendido. Don Cleto marcha por la izquierda. Don Julián lo acompaña hasta la puerta, y allí le dice con suma complacencia por lo bajo.*)

JULIÁN Adiós... suegro

CLETO ¡Je, je, je, je!

ESCENA IX

DON JULIÁN, MIGUEL

MIGUEL (Más que nunca ahora sospecho...)
(*Aparte.*)
¿Qué tal la broma?

JULIÁN ¡Tremenda!...

MIGUEL Ahora que estamos solos
cuénteme usted la historieta...

JULIÁN ¡Soy el hombre más feliz

que hoy día pisa la tierra!
Dígame usted ¿qué diría
(*Recalcando el verbo.*)
si de pronto le dijeran
que cierta muchacha dijo
que digan á usted... que sea...
su marido?

MIGUEL ¿Cómo?... ¿Cómo?...

JULIÁN Pero, hombre ¿por qué se inquieta?
(*Riéndose.*)
¿acaso no es partidario
del matrimonio?... (¡Qué bestia!)
(*Aparte.*)

MIGUEL Es que, señor don Julián,
(*Disimulando.*)
me duele algo la cabeza...
(Ya estoy viendo que hay un lío.)
(*Aparte.*)

JULIÁN Si usted sufre, amigo, de ella,
(*Con tono doctoral.*)
sinapismo... Á ver ¿qué haría
en ese caso?...

MIGUEL Dijera...
que... que... ¡qué sé yo!... diría
que la chica era una necia...

JULIÁN ¡Cáspita! ¡Caspitina!... ¡Oooh!

MIGUEL Como lo oye...

JULIÁN Hombre; eso fuera
un enorme disparate.

MIGUEL Pues que fuera.

JULIÁN Nunca hiciera
yo tal torpeza.

MIGUEL — Cada uno
obra según sus ideas.
JULIÁN — Pero debe rehusarse
con más corteses maneras,
aunque sea únicamente
por salvar las apariencias.
MIGUEL — ¡Váyanse al diablo! ¡Canastos!
(Gritando.)
JULIÁN — ¿Aún le duele la cabeza?
(Inquieto.)
MIGUEL — Sí, señor.
JULIÁN — He de quitarle
el dolor con la historieta.
Cuando no hace mucho rato
aquí llegué, en esta pieza
estaba el señor don Cleto
con la Julianita bella...
¿Aún se siente usted mal, hombre?
MIGUEL — No es gran cosa, no; refiera
usted... continúe; atento
estoy.
JULIÁN — "Bien venido sea,
(Imitando á don Cleto.)
amigo Julián—me dijo
el señor don Cleto.—Llega
á muy buen tiempo; tenemos
que arreglar cosas muy serias."
Me lleva á su cuarto; allí
toma una silla, se sienta,
y, alargándome otra á mí,
comienza de esta manera:
"Juliana...
(Con suma calma.)

MIGUEL ¿Eh?
(Inquieto.)
JULIÁN "Me ha dicho...
MIGUEL ¿Y?...
(Impaciente.)
JULIÁN "Que...
MIGUEL ¡Oh!
(Enojado.)
JULIÁN Hombre, paciencia, paciencia.
MIGUEL (¡Me parece que á este tío
(Aparte.)
Voy á romperle la médula!...)
¡Siga usted!...
(Gritando.)
JULIÁN ¿Qué?
(Retrocediendo asombrado.)
MIGUEL Continúe...
(Conteniéndose.)
JULIÁN Mas, cólera tan tremenda...
¿por qué causa, señor mío?
MIGUEL (Vamos, una estrajema
(Aparte.)
para que termine pronto.)
Muy justa encuentro su queja,
don Julián, y es menester
que desde ahora usted sepa
que la lengua me hace hablar
cosas que yo no dijera;
pero estas cosas, amigo,
son ataques de... difteria...
También, á veces, me dan
unos sudores de piernas
que... ya, ya...

JULIÁN Pero...
(*Inquieto.*)
MIGUEL También,
(*Impertérrito.*)
á veces ¡suerte más negra!
me corren unos calambres
medio á medio de la médula
de la espina dorsal...
JULIÁN ¡Hombre!
(*Asustado y apartándose de él.*)
MIGUEL Y me hacen ver las estrellas.
JULIÁN ¡Zambombita!... Si las plagas
de Egipto en su cuerpo encierra!
MIGUEL También...
JULIÁN ¡Todavía!...
(*Espantado.*)
MIGUEL Á veces
¡ay! se me alargan las muelas...
JULIÁN ¿Se le alargan?... Corrimiento...
(*Como haciendo una medida con las manos.*)
Hojas de zapallo tiernas.
MIGUEL Ya puede usted continuar,
y disculpe la molestia.
JULIÁN Corriendito. (La camisa
(*Aparte.*)
al cuerpo ya no me llega.
¡Ay! si este hombre es un museo
de enfermedades.)
MIGUEL (Ya tiembla.)
(*Aparte.*)
¿En resumen?...
(*Acercándosele.*)
JULIÁN En resumen
(*Retirándose.*)

después de muchas revueltas,
me dijo el señor don Cleto
que la Julianita bella...

MIGUEL Siga, siga.

JULIÁN Calma, amigo,
que no le dé la difteria
y no vayan, en seguida,
á alargársele las muelas...

MIGUEL ¿Eh? No tenga usted cuidado.

JULIÁN Ya concluyo la historieta:
Juliana dijo al papá
que á su turno me dijera
que quería ser mi esposa
y cuanto antes se pudiera.
¡Je, je, je, je!
(*Con una explosión de júbilo.*)

MIGUEL ¡Carambola!...

JULIÁN ¡Je, je, je, je!... ¡La historieta!...
Julianita esposa mía!...
¡Si tengo... mucho ojo!... ¡Oh bella!
Ríase, hombre...

MIGUEL ¡Que me ría!
(*Furioso.*)

JULIÁN Que no se alarguen las muelas...
¡Je je!...

MIGUEL ¡Calle, seor belitre!...
(*Sacudiéndolo fuera de sí y dándole un empellón.*)

JULIÁN (¡Ay! ya le da la difteria!...)
(*Muy asustado.*)
Hasta luego, hasta la vista...
(*Yéndose apresurado.*)
(Muy pronto daré la vuelta.)

ESCENA X

MIGUEL

MIGUEL ¡Es posible que!... *(Pausa.)* No, no
ese belitre se engaña
Decirme que quiere ser
su novia mi amada. ¡Cáspita!
¡Ajah!... ya caigo... de fijo
que es una broma pesada
que le está haciendo don Cleto:
con él tiene gran confianza...
Es broma, es broma, no hay duda...
¡Vaya, y yo que me apuraba!...

ESCENA XI

MIGUEL, DON CLETO

CLETO Hola, Miguel ¿y Julián?
MIGUEL De aquí salió hace un momento.
CLETO ¿Sin despedirse de mí?
ya se vé, volverá presto...
(Riéndose.)
Es muy bueno este Julián.
MIGUEL (Broma, broma, bien lo veo.)
(Aparte.)
CLETO Es de esos que con cualquiera
noticia se quedan lelos.
MIGUEL (¿No decía que era broma?...)
(Aparte.)
CLETO Y se les baraja el seso.
MIGUEL Lo tiene muy barajado.

CLETO La cosa no es para menos:
va á casarse de aquí á poco.
MIGUEL ¡Ja, ja, ja! ¡qué casamiento!
á cualquiera se la doy:
el de más brillante ingenio
se quedara, con tal broma,
enredado en el enredo.
CLETO ¿Broma dice usted?
MIGUEL Sí, broma.
CLETO Es casamiento, y bien serio.
MIGUEL ¡Oh! sin duda, sí, sin duda!...
(*Riéndose.*)
CLETO Vaya, no sea usté incrédulo.
MIGUEL (Es preciso confesar
(*Aparte.*)
que buena maula es el viejo.)
CLETO ¿Usted sabía ya todo?
MIGUEL Sí, señor: todo.
CLETO ¡Tan luego!
MIGUEL ¡Si al punto le he adivinado!
CLETO Y ¿qué le parece?
MIGUEL ¡Bueno!
Muy bien hecho. ¡Si es usted
hombre de mucho talento!
CLETO En confianza le diré
que yo he prestado mi asenso
para que la Julianita
le dé un abrazo...
MIGUEL ¡Oh don Cleto!...
(*Abrazándolo entusiasmado.*)
¡Es usted el mejor hombre
que se halla bajo del cielo!...

CLETO (Me da por Julián las gracias;
(*Aparte.*)
es muy noble este sujeto.)

MIGUEL Entonces ¿le habló Juliana?...

CLETO Pues si no fuera por eso...
Ha de ser Juliana suya,
y el abrazo es un pequeño
favor que hago á buena cuenta...

MIGUEL Ese es un favor inmenso
á que estaré agradecido
á toda hora, en cualquier tiempo.

CLETO Es usted muy buen amigo,
pues se toma tal empeño
en darme las gracias por...

MIGUEL Señor, hago lo que debo
(*Interrumpiendo.*)
Llámela usted, señor, llámela,
quiero verla...

CLETO Bueno, bueno...
¡Juliana! hija, Julianita! ..
(*Llamando.*)

JULIANA Allá voy, papá, corriendo.
(*Dentro.*)

ESCENA XII

DICHOS, JULIANA

(*Sale corriendo y se precipita en brazos de Miguel.*)

MIGUEL ¡Oh, mi amada Julianita!...

JULIANA ¡Miguel! mi bien adorado!...

CLETO ¡Cómo!... Habráse visto!... niña! ..
(*Muy enojado, separándolos.*)
en mi casa tal escándalo

y en mis barbas!... ¿Cómo es esto?...

JULIANA ¡Papá!...

(*Con suma extrañeza.*)

MIGUEL ¡Don Cleto!...

(*Lo mismo.*)

CLETO ¡Qué diablos!...
¿Habráse visto igual cosa
ni entre los pueblos malayos?
Que en presencia de su padre
dé una niña tal abrazo...

JULIANA ¡Papá!...

(*Como antes.*)

MIGUEL ¡Don Cleto!...

(*Lo mismo.*)

CLETO ¡Amiguito!...
váyase usted, con mal año,
antes que haga un estropicio
con usté, y no vuelva!... ¿Estamos?...

MIGUEL Pero...

CLETO ¡Váyase, ó le rompo

(*Levantando una silla.*)

la crisma de un silletazo!...

JULIANA ¡Miguel espera!... Papá

(*Á Miguel que se iba.*)

escúchame, por los santos!...

(*Colgándosele al cuello.*)

CLETO Vaya, habla, pues.

JULIANA No dijiste
á tu hija, hace poco rato:
—«Juliana te doy permiso
para que des un abrazo
á tu novio»?

CLETO — Bien ¿y qué?
(*Admirado.*)

JULIANA — ¡Y qué!...

CLETO — Que no se lo has dado...
y que en lugar de venir
con ese respeto innato
que al padre deben los hijos,
hace un momento has llegado
para abrazar á Miguel,
y has formado aquí un escándalo.
No, hija mía, no, ¡el permiso
no lo dí yo para tanto!...

JULIANA — Pues, abrazando á Miguel
del permiso no he abusado.

MIGUEL — ¡Pero si yo soy su novio!...

CLETO — ¿Acaso se están burlando?...
(*Furioso.*)

JULIANA — Nada, papá, es la verdad.

MIGUEL — En burlas no hemos pensado.

CLETO — ¿Estamos aquí ó en Prusia,
(*Estupefacto.*)
ó en la China, ó en el Cairo,
ó en el Japón, ó en Turquía
ó... ó en el infierno estamos?...

JULIANA — No encuentro, papá, motivos
para que estés tan pasmado.

CLETO — Pero... pero... pero, niña,
que no me dijiste acaso
que hablara...

JULIANA — Sí, con mi novio.

CLETO — ¡Pues con tu novio hablé!

JULIANA — ¿Cuándo?

CLETO No hace mucho.
JULIANA Pues entonces
¿por qué estás tan admirado?
CLETO ¿Por qué?.. Porque no es Miguel
MIGUEL (¡Esto sí que me ha gustado!...)
(*Aparte.*)
JULIANA Y ¿quién es?
CLETO ¡Julián!
MIGUEL ¡El otro!...
JULIANA ¡Ay! papá ¡frescos estamos!...
(*Riéndose.*)
CLETO ¡Tú estarás, que lo que es yo,
estoy que me lleva... el diablo!...
JULIANA ¡Pues ya sabes que es Miguel!
CLETO ¡Qué equivocación ¡zapazo!
(*Agarrándose la cabeza. De pronto se endereza y dice con tono de triunfo:*)
¡Mi mujer me dijo ¡Bruto!
con motivo muy fundado,
y lo vengo á comprender
cuando han pasado trece años!
Y ¿cómo la componemos?
JULIANA Sencillamente: á ese trasto
de don Julián, se le dice
que tú te has equivocado...
CLETO ¡Jesucristo, señor nuestro!
MIGUEL ¿Se aprueba?
JULIANA ¡Papá!
(*Suplicando.*)
CLETO ¡Aprobado!
(*Dando un gran suspiro.*)
MIGUEL ¡Que viva el señor don Cleto!

JULIANA ¡Que vivas, papá, mil años!...

(*Siguen hablando aparte. Don Julián aparece en el fondo con unos grandes anteojos de teatro y con ellos mira desde allí.*)

ESCENA FINAL

DICHOS, DON JULIÁN *(al fondo)*

JULIÁN (Me valgan estos anteojos
para no darme un petardo.
(*Mira.*)
Allí está mi Julianita.
¡Le voy á dar un abrazo!...)
(*Se dirige á Juliana con los brazos abiertos, pero se interpone Miguel al verlo. Don Julián lo abraza una y otra vez.*)
¡Oh! Julianita de mi alma!...
¡Oh! mi cara esposa bella!...

JULIANA ¡Ja, ja, ja, ja!

CLETO ¡Je, je, je!
¡Qué furia!...

MIGUEL ¡Suelte el trompeta!...
(*Dándole un empujón y separándose.*)

JULIÁN ¡Oh!... Miguel!... usted!... usted!...
(*Muy turbado.*)
(¡Ay! malhadada ceguera...
(*Aparte.*)
Abrazo un tremendo macho
en vez de abrazar una hembra!)
Yo... buscaba á Julianita,
mi novia.

JULIANA ¡Novia que fuera!...

JULIÁN ¡Y que es!

CLETO ¡No!

JULIÁN ¡Cómo!
(*Espantado.*)
CLETO ¡No lo es!
JULIÁN ¿Qué contra usted se rebela?
(*Afligido.*)
CLETO Nada de eso, don Julián.
Es que, amigo, erré las cuentas...
¡Si digo que á las mujeres
el diablo que las entienda!...
Á usted le he hablado creyendo
que usted era el novio... ¡y no era!...
JULIÁN Y ¿con quién se casa?
(*Muy afligido.*)
MIGUEL Con
su servidor.
JULIÁN ¿Y yo?
(*Aún más afligido.*)
JULIANA ¡Vean!...
(*Riéndose.*)
MIGUEL ¿Usted? con la sepultura,
que hace tiempo que lo espera,
JULIÁN ¡Yo voy á volverme loco!...
¡voy á perder la cabeza!
CLETO Como no pierda el... ¡mucho ojo!...
que usted tiene...
MIGUEL (¡Sóplate esa!)
(*Aparte.*)
JULIÁN ¡Y se casa usted!...
MIGUEL ¿Pues no?
JULIÁN Pero ¡y las plagas aquellas!...
la difteria, los sudores,
los calambres y las muelas,

los nervios y las... y los...
y los... y las...

MIGUEL ¡Y ellos y ellas!...

JULIÁN ¡Esto es inicuo!

MIGUEL ¿Eh?

CLETO ¿Qué dice?
(*Amostazado.*)

JULIÁN (¡Me está dando una rabieta
(*Aparte.*)
que voy á cargar con todos!)
¡Sí! inicuo!...

CLETO ¡Tenga esa lengua!

MIGUEL Desde hoy sepa, don Julián...

JULIÁN ¡Cállese usted! Qué bochorno!
(*Interrumpiendo.*)

MIGUEL ¡Que hasta en la puerta del horno
á veces se quema el pan!

JULIÁN ¡Es usted un animal!
(*Á don Cleto. Se va apresuradamente.*)

CLETO ¡Espera, bribón espera!
(*Cogiendo una silla. Don Julián, creyendo que va á salir por la puerta se estrella en la pared y se pega en las narices.*)

JULIÁN ¡Ay!...

CLETO ¡Me vengó tu ceguera!

JULIÁN ¡Voy sin narices!...
(*Saliendo.*)

JULIANA ¿Qué tal?
(*Al público.*)

CAE EL TELÓN

ANTONIO ESPIÑEIRA

UN DESAPARECIDO

(Continuación)

VI

Á poca distancia divisó nuestro ex-teniente á un señor embozado paseándose sin salir de un radio cuyo centro era su casa.

—Me parece que conozco á ese sujeto—exclamó Marcos— ¿Quién puede ser?

Su curiosidad no tardó en verse satisfecha. El embozado le salió al encuentro, y tendiéndole la mano exclamó con la satisfacción de quien ha tenido una larga espera.

—¡Al fin!

—¡Cómo! ¿Es usted, señor don Marcelo?

—El mismo; estoy aquí desde hace una hora larga esperando su regreso.

—¡Mil truenos! ¡cuánto lo siento! ¿Por qué no me había comunicado su deseo de verme?

—Porque no es posible abusar de los buenos amigos.

—Es usted extremadamente delicado i bondadoso. Cuando desee verme, avísemelo y me trasladaré sin demora á su casa.

—¡De ninguna manera! Siendo yo el necesitado ¿había de imponerle esa molestia?

—¿Necesita, pues, de mí?—preguntó Marcos lisonjeado.

—¡Brava pregunta! ¿á quien voy á deber entonces mi asiento en el Congreso?

—Á su popularidad, á sus méritos.

—Vamos, mi querido teniente, eso está bueno para decirlo en la asamblea y en los clubs á la muchedumbre que no entiende una palabra de cómo se hacen las elecciones; pero aquí estamos solos y podemos hablar con entera franqueza: mi diputación la deberé á usted, á usted sólo.

—¡Exagera usted!

—Es usted modesto, mas yo sé apreciar las cosas en su justo valor, y le aseguro que esa virtud, cuando es exagerada, nos mantiene en la oscuridad y nos conduce á la ruina. ¿Qué otra razón, aparte de la ingratitud del Gobierno, es la causa de que le hayan hecho calificar servicios en un grado tan subalterno y sólo con una parte de su renta? Créame, amigo mío—continuó don Marcelo, con marcada intención y con su más melosa sonrisa—créame; si una persona de influencia, de posición espectable (permítame la expresión), hubiera desenmascarado su modestia y puesto de relieve sus buenos servicios é indiscutibles méritos, otra sería su suerte. Pero no importa, andando el tiempo, acaso no será tarde para reparar pasadas injusticias.

—Me colma usted de satisfacción, se lo juro.

—Con obras y no con palabras desearía yo probarle mi agradecimiento. Á propósito ¿cómo marchan los trabajos?

—Á paso de carga y á tambor batiente—exclamó Marcos exaltado por las palabras de don Marcelo.

—¿Cree, en conciencia, que el éxito no será dudoso?

—Lo creo, y respondo del resultado.

—Mucho decir es eso.

—La ganaremos canónica.

—Se alucina usted; las influencias del Gobierno son siempre muy poderosas, y temibles los elementos de que puede disponer. Ahora mismo, y prevenir á usted era el objeto de mi visita, ahora mismo uno de mis partidarios ha puesto en mi conocimiento que el intendente piensa mandar al club policiales disfrazados.

—¿Para qué? ¿Para interrumpir con alborotos la reunión?

—Justo.

—¡Que vengan!—exclamó Marcos con exaltación;—¡que vengan y verán cómo se conduce un ex-teniente del regimiento de Granaderos!

—Prudencia, amigo mío.

—No, ¡mil truenos! ojo por ojo, diente por diente.

—Ya que no puedo disuadirle...

—En estos lances déjeme obrar con entera independencia.

—Sin embargo...

—¡Cualquier otro temperamento sería aconsejarme la cobardía ¡mil y mil truenos!

—Esperaba esta resolución de su parte.

—Y hacía usted bien ¡por vida mía!

—Sólo que, no queriendo exponerlo sin defensa á los golpes de los contrarios...

—¿Había resuelto espaldearme con algún fantasma?—dijo Marcos, vivamente sublevada, con la amenaza del peligro, su sangre de soldado.

—Dice bien, he resuelto hacerle acompañar por un fantasma que vele por sus preciosos días.

—Y ¿donde está ese fantasma? Quisiera verlo.

—Nada más fácil: aquí lo tiene Ud.

Diciendo esto puso en manos de Marcos un objeto.

—¡Ah! por vida de... Esto es otra cosa—repuso éste cambiando de tono.—Es un lindo puñal.

—Que guardará usted desde hoy como un recuerdo.

—Y vale la pena; un puñal primorosamente cincelado.

—Y hoja de Toledo.

—Lindo juguete.

—Que en sus manos será la espada del Cid.

—Oirá usted hablar de él, si chistan más de lo justo los policiales disfrazados.

—Espero que desistan de sus malévolos propósitos, y que no se presente la ocasión.

—Para mí es igual, aunque desearía revolcar un poco á esos satélites de la autoridad.

Don Marcelo se detuvo.

—¿Se va usted?—preguntó Marcos.

—Sí, tengo que informarme de la correspondencia de mis partidarios.

—Entonces, adiós.

—Una palabra.

—¿Qué ocurre?

—Pienso en la contrariedad que hubiera experimentado á no haberlo visto esta noche.

—Me detuve en... Á propósito ¿parece que esta tarde estuvo su vida en peligro?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por el mismo muchacho que le prestó tan oportuno auxilio, y á quien tuve oportunidad de hacerle la primera curación.

—¿Quedó herido?

—De una patada que le dió uno de los caballos. ¿No lo sabía?

—No, imaginé que no había sufrido accidente alguno. Parece un joven arrojado.

—Y susceptible.

—¿Cómo así?

—Quedó quejoso de que le ofreciera dinero.

—Lo comprendí, y reparé inmediatamente mi falta haciendo que mi hija le regalara un medallón que, pendiente de una cadena de oro, llevaba al cuello.

—Y ¿admitió?

—Sin duda, un regalo de esta naturaleza no es de despreciar. ¿Conoce usted á ese joven?

—Es mi vecino, un excelente muchacho, que tiene, y con justicia, un culto de adoración por su excelente madre.

—Si se presenta ocasión, y usted se interesa por el muchacho, puede decirle que con el modesto obsequio de Lucía no queda saldado mi reconocimiento.

—Para destruir infundadas prevenciones, con motivo del dinero ofrecido, haré presentes los levantados sentimientos de usted. Pero antes de este incidente, me hablaba de...

—Sí, de la contrariedad que hubiera experimentado no pudiéndole instruir en tiempo oportuno del proyectado

asalto de la policía, y desearía, con este motivo, obviar de alguna manera la dificultad.

—No siempre tendré heridos á quienes poner vendaje.

—No obstante, pudiera tener otras atenciones, y como es usted mi brazo derecho y tendré que verlo con frecuencia á medida que se acerque la elección, muchas veces de una manera sigilosa, pues que acostumbro consultarle en todo, sería conveniente que, en vez de rondar por la calle, como esta noche, expuesto á ser reconocido, me proporcionase una llave de la puerta de su casa, para, en caso de ausencia, dejarle escritas en una pizarra, en signos convencionales cuya clave le daría, las advertencias urgentes y de importancia que pudieran ocurrir.

—No veo inconveniente—contestó Marcos.

—La pizarra podría usted colocarla en el pasadizo.

—Ó en mi pieza; soy hombre llano y no hago misterio de mi vida.

—¿Me faculta, pues, para mandar hacer la llave?

—Yo mismo se la entregaré mañana.

Don Marcelo, como si diera poca importancia á la adquisición de la llave, no dijo una palabra más sobre este punto, y abrió su reloj.

—¿Qué hora es?—preguntó Marcos.

—Las ocho.

—Me he retrasado... Hasta mañana.

—Hasta mañana y prudencia, si no por usted, al menos por mí, pues en sus manos está el éxito de mi elección.

Dicho esto se separaron.

—Vamos á ver á otro jefe de club—dijo don Marcelo.—En cuanto á éste está seguro, y, con sus resabios de soldado, será fácil comprometerlo cuando se muestre exigente.

Marcos se alejó prendado aún más del franco y noble proceder de su candidato, soñando un poco con las charreteras de capitán en servicio activo.

VII

La herida de Edgardo, aunque no grave, puesto que no tenía ningún miembro fracturado, no era insignificante, y la fiebre le acometió en las primeras horas de la noche.

Para Carmen habría sido muy gravoso el pagar la asistencia de un médico á domicilio; y como estaba, por otra parte, muy lejos de querer enviar á su hijo á un hospital, lo curó con remedios caseros, dándole á beber, por de pronto una tisana compuesta de hierbas, cuyas virtudes refrescantes aliviaron al enfermo.

Julia había ayudado á la confección de la tisana, y dijo á Carmen, cuando terminaron esta tarea:

—Sería conveniente que se procurara usted algunos momentos de reposo, mientras yo velo á Edgardo, esperando el regreso de mi padre.

—De ninguna manera. Estoy inquieta por la fiebre que se ha apoderado de este niño.

—Precisamente, porque la veo con cierta inquietud, le doy este consejo. Duerma hasta la hora que llegue mi padre, y podrá entonces, sin extenuar sus fuerzas, velar á su hijo hasta el amanecer, hora en que vendré á relevarla.

—¡Siempre buena y servicial, noble hija mía!

—Vamos, no pierda usted momento—exclamó Julia ruborizándose, por temor sin duda de que se llegara á vislumbrar que sus servicios no eran del todo desinteresados

Carmen juzgó prudente el consejo de Julia, y lo siguió en cierto modo tranquila, con la promesa que le hizo ésta de no descuidar, de hora en hora, la administración de la tisana.

Sí, ya lo hemos dejado presumir: Julia amaba á Edgardo. Habían crecido juntos, veíanse con frecuencia, y la niña, cuando cumplió sus diecisiete años, en sus horas de soledad, no podía menos de comparar las bruscas maneras de los amigos de su padre, soldadotes de guarnición, acostumbrados á un lenguaje libre y á galanteos de dudosa moralidad, con el carácter tímido, dulce y melancólico de su compañero de colegio, pues juntos aprendieron las primeras letras, en una de las escuelas mixtas de su barrio.

Recordaba igualmente que ese tímido niño la había defendido más de una vez como un león, cuando alguno de sus camaradas había pretendido ofenderla y burlarla á la salida de la escuela.

¿Le correspondía Edgardo?

Esta pregunta se la había dirigido más de una ocasión sin darse jamás respuesta satisfactoria, y la duda, en lugar de adormecer ó extinguir el germen de su pasión, la había avivado, por el contrario.

Sus ojos interrogadores en vano se fijaban en los de Edgardo, porque éste bajaba los suyos ruborizándose, como una doncella cuyo corazón trata de sondear el amante.

Esa noche la pobre niña creyó tener un desengaño.

La fiebre de Edgardo fué creciendo en intensidad, y á media noche deliraba.

Julia, á esa hora, le pasó la bebida.

—¡Jamas!—exclamó el herido incorporándose en su le-

cho y rechazando bruscamente la taza que se le presentaba—¡jamás! Cuando un joven como yo expone su vida, no se le recompensa con dinero, como á un villano.

—Yo estoy muy distante de hacerle semejante ofensa. Tome usted—murmuró Julia.

—¡Ah! es usted—repuso Edgardo, cuyas facciones se dulcificaron como por encanto—¡sí, de usted todo!

Y apoderándose de la mano de Julia la cubrió de besos apasionados.

—Tome usted la tisana—dijo la pobre niña procurando sustraerse suavemente á estos arranques de ternura que la hicieron extremecerse á impulsos de vagas y dulcísimas esperanzas.

—Lo conservaré como un recuerdo mientras viva—murmuró Edgardo.

Y luego, siguiendo la ilación de sus ideas en medio del delirio:

—¿Cómo se llama usted?

—Vamos ¿tan pronto ha olvidado mi nombre?—dijo Julia con sorpresa.

—No, no lo he olvidado; quería que lo repitiera para sentir acariciados mis oídos con el eco de su voz; ¡Tiene usted un nombre tan armonioso!

—¿Lo cree usted?

—Sin duda; y sus facciones corresponden á su nombre.

—Está usted muy galante, vecino.

—¿Yo?

—Y llego á temer que sea el resultado de la enfermedad.

—No, Lucía, está usted en un error.

—¡Lucía!

—¡Cuán dulce es oírlo de su boca!

—¡Lucía!

—Pronúncielo otra vez; jamás me cansaré de oírlo.

Julia comprendió su engaño, y con dolorosa sorpresa exhaló un ligero grito.

—¿Que sucede? ¿por qué gritas?—preguntó Carmen despertando con sobresalto.

—Creo que Edgardo delira—murmuró Julia—rehúsa tomar la tisana y llama á personas que no conozco.

—¡Lucía!—repitió Edgardo.

—¿Oye usted?—repuso Julia.

—Es el nombre de la niña que salvó esta tarde—dijo Carmen.

Julia se puso pálida y se llevó la mano al corazón, para comprimir sus latidos.

—¿Es muy hermosa?—se aventuró á preguntar después de algunos momentos.

—No alcancé á verla—dijo Carmen—pero supe que había reparado con finura y distinción la grosería de su padre, cuando pretendió recompensar con dinero el arrojo de mi hijo.

Á este tiempo se sintieron unos golpes en la puerta. Era Marcos que regresaba del club.

—¿Cómo está el enfermo?—preguntó.

—Tiene mucha fiebre—contestó Julia.

—Eso es natural, no es para alarmarse.

Y tomando el pulso del paciente, agregó:

—Poca cosa; mañana ó pasado amanecerá completamente bueno. Doblemos la hoja. Y ¿sabe usted, señora Carmen—prosiguió en tono confidencial—sabe usted que esta noche he estado hablando con don Marcelo?

—¿Y qué?

—Se manifestó, como yo lo presumía, muy apesarado

de haber ofrecido dinero á Edgardo, pues hizo inmediatamente que su hija disipara la mala impresión, obsequiándole una cadenita que llevaba al cuello. Han juzgado mal á ese señor.

Carmen movió negativamente la cabeza.

—¿Se obstina usted aún?—dijo Marcos.

—Me obstino. ¿Cómo puede justificarse su impasibilidad á la vista del peligro que corría su hija? Créame, ese hombre es malo; tiene un corazón de fiera.

—Ahora es muy tarde para desengañarla; otro día la haré variar de opinión. ¿Vamos, Julia?

Los dos vecinos se despidieron.

Julia, al acostarse, trajo á su memoria la impresión tan tierna que experimentara al sentir en sus manos los besos de Edgardo, las ilusiones de su amor, su cruel desengaño, y sin poder reprimirse, estalló en sollozos, protegido su secreto por las sombras de la noche.

VIII

La rapidez de la luz y de la electricidad es nada en comparación del pensamiento humano.

En los breves momentos en que Julia se creyó amada, su imaginación le hizo ver un campo inmenso de risueñas perspectivas.

Ser correspondida en su amor; tener novio; pasar con él largas horas, formando castillos en el aire, mientras llegara el instante de la deseada realización; mostrarlo con orgullo á sus amigas, que seguramente lo encontrarían hermoso; hacer un gesto de desdén á los camaradas de su padre, pronunciando, como único desquite, el querido nombre de su Edgardo; ser esperada por éste á la salida

de la iglesia, interceptar sus miradas; salir á pasear juntos en un día de fiesta, dejando en pos de sí miradas envidiosas; esto y mil otras de esas pequeñeces que forman el encanto de los amantes, pasaron al través del cristal de la fantasía de Julia, hasta que la realidad la lanzó desde el cielo de sus ilusiones, á las amargas ondas del desengaño.

En el primer momento, dándose cuenta de su caída, pero ignorando la profundidad del abismo, quiso sondearlo, sin salir aún de su aturdimiento, y de ahí la pregunta que dirigió á Carmen:—"¿Es muy hermosa Lucía?"

Aunque, como se recordará, no tuvo contestación esta pregunta, Julia, además de rica, pues gastaba coche, lo que para ella era un signo inequívoco de opulencia, se la fingió hermosa, y en un arranque de desesperación, cruzó los brazos sobre su pecho redoblando la intensidad de sus sollozos.

¡Pobres ilusiones! ¡Apenas nacidas... muertas, sin vivir siquiera el espacio de una mañana, como la rosa del poeta!

Esa noche no durmió, y apenas clareó el alba se dirigió á la pieza de su vecina.

Entró en puntillas, como se hace en la casa de un enfermo, y preguntó á Carmen:

—¿Cómo se siente, cómo ha pasado la noche Edgardo?

—Mejor, la fiebre hizo crisis más ó menos á las dos de la mañana.

—¿No hay, pues, peligro?

—Ninguno, hija mía.

—Mi presencia tenía por objeto ofrecerle mis servicios, y como veo que no son necesarios...

—¿Quién está ahí, madre?—preguntó Edgardo.

—Nuestra vecinita.

—¡Ah, Julia, cuánto tengo, una vez más, que agradecerle su benévola conducta para conmigo!—murmuró Edgardo con acento de la más viva gratitud.

—Es un deber entre vecinos—contestó Julia con voz triste.

—Entra, acércate para que no esfuerce la voz—dijo Carmen.

Accedió Julia, y dirigió sobre el herido una mirada fija é interrogadora. Lo encontró hermoso con su palidez, con sus grandes ojeras y sus revueltos y ensortijados cabellos.

—Está usted mucho mejor—le dijo para justificar tal vez la duración de su mirada.

—En efecto, anoche tuve vértigos que desaparecieron con el frescor de la mañana.

—Y esos vértigos ¿eran penosos?

—Experimentaba un dolor intenso, y mis ojos nublados apenas percibían los objetos; sin embargo, hubo instantes en que la reconocí, así como otros en que perdí la conciencia de mí mismo.

—Lo velé hasta las doce.

—Me lo dijo mi madre.

—Y puedo asegurarle que esos instantes en que perdía el conocimiento, parecía usted muy dichoso.

—¿De veras?

—Lo pude deducir por sus palabras.

—Luego ¿hablaba?

—Tan claramente como ahora.

—¿Qué decía?

—Pronunciaba usted un nombre.

—¿Qué nombre?

—Uno muy dulce y armonioso.

—¿El suyo, por ventura?

Julia se enderezó en su asiento al oír estas palabras, y dirigió á Edgardo una mirada indefinible de sorpresa y de reproche.

—Perdóneme usted, no supe lo que dije, no pensé agraviarla—exclamó el infeliz, interpretando en armonía con su íntima preocupación, la mirada de Julia.—Bien sé que un joven pobre, como yo, y sin destino, á nada debe atreverse, á nada puede aspirar.

Diciendo esto, se cubrió el rostro con los cobertores de su lecho.

Julia permaneció perpleja. ¿Qué alcance tenía el delirio de Edgardo, y que significación estas palabras?

Deseando esclarecer este punto tenebroso que abría nuevos mirajes á sus más caras esperanzas, murmuró:

—No me ha comprendido usted, y califica mal mis sentimientos. Un hombre, por el hecho de serlo, tiene abiertos mil caminos en el horizonte de la vida, y la fortuna puede darle hoy lo que le negaba ayer. El nombre armonioso que usted pronunciaba anoche, con febril entusiasmo, en medio de su delirio, no era el de Julia, el mio.

—¿Cuál, pues?

—El de Lucía.

—El de...

—Sí, el de la joven que usted salvó ayer tarde con riesgo de su propia vida.

Edgardo quedó mudo.

Á ese tiempo, Carmen decía desde afuera:

—Éntre usted, señorita, si lo quiere; Edgardo está mejor.

—Esto me basta—respondió una voz juvenil.—Mi objeto era informarme de la salud de mi salvador, y doy gracias al cielo de que su herida no haya tenido fatales consecuencias. ¿Le dirá usted que he estado personalmente á informarme de su salud?

—Con mucho gusto, mi querida niña.

—Y ¿se encargará de informarme, si por alguna desgracia se interrumpiera su mejoría?

—Se lo prometo.

—Vamos pronto, Lucía; se hace tarde, y pudiera saber don Marcelo que habíamos torcido el camino del colegio—dijo otra voz, que era la del aya.

—Vivo en la calle de Huérfanos número...—continuó Lucía.—Espero que no olvidará las señas.

—Pierda usted cuidado.

—Adiós, señora.

—Dios me la guarde, hija mía.

Mientras tenía lugar este diálogo, las miradas de Edgardo y de Julia se habían encontrado.

Al final, ésta salió precipitadamente, y divisó en la calle á una pequeña niña de gentil y airoso cuerpo, con un canastillo colgado al brazo, que se alejaba seguida de una sirviente.

No pudo, pues, ver su rostro, pero fijó su atención en sus trenzas de un rubio espléndido, sin más adornos que una cinta azul flotando sobre su espalda á impulsos del aire matinal.

—Es una colegiala... ¡una chiquilla!—murmuró Julia, con cierto aire de satisfacción.

Después, meditabunda y preocupada, tomó silenciosamente el camino de su casa.

IX

Ocho días después Edgardo, bastante restablecido, tocaba la campanilla de la reja de hierro que existía en el zaguán de la casa de don Marcelo.

Lucía, que jugaba en el patio, salió á recibirle.

—¡Ah! es usted—dijo la niña corriendo hacia él al divisarlo.—¿Qué lo trae por acá?

—Pedirle un servicio.

—¡Un servicio!

—Sí, señorita.

—¿Á mí?

—Á su señor padre.

—¡Ah! creía que á mí, é iba á contestar, como el rey Herodes: «Pedid, y aunque sea la mitad de mi reino, os será concedido». ¿Sabe usted historia sagrada?

—Un poco.

—¿Recuerda este pasaje?

—Perfectamente.

—Pues yo hubiera cumplido mi promesa, segura de que usted no me pediría la cabeza de San Juan.

—No, seguramente—respondió sonriéndose Edgardo.

—Lo decía por chanza—agregó la encantadora niña. —Ni yo soy reina, ni usted tiene, á Dios gracias, un alma tan cruel como la de Herodes. ¿De qué se trata?

—De obtener una carta de recomendación.

—¿Para quién?

—Para el administrador de los ferrocarriles.

—¿Va usted á viajar?

—Voy á emplearme, voy, al fin, á cumplir mis deseos, voy á estar en aptitud de socorrer á mi virtuosa y buena

madre. ¡Ah!—continuó Edgardo, animándose á medida que pronunciaba sus palabras—usted que ha nacido en la opulencia, es muy difícil que comprenda el indefinible gozo que experimentará mi corazón, cuando lleve á mi madre mi sueldo, y pueda decirle: «En lo sucesivo no se inquiete, como hasta hoy, ni por su alimento ni por su vestido, porque seré yo quien se los proporcione con mi trabajo».

—¿Quiere usted, pues, mucho á su madre?

—La adoro. ¡Oh! si usted supiera cuántos sacrificios ha hecho por mí, cuánta ternura le debo, y cuán noblemente ha tomado para sí la parte amarga de la vida por dejarme á mí la mejor!

—Es usted buen hijo, Edgardo. ¿Dice que necesita esa carta?

—Me la han exigido como condición indispensable para ponerme en posesión del empleo; y habiéndome acordado de usted y de su padre...

—Ha pensado usted en nosotros; es muy justo. Espere, voy á prevenir á mi padre, y muy pronto le conduciré á su gabinete.

Lucía se dirigió á las piezas interiores, abrió una puerta, sin llamar y se encontró en presencia de su padre, que en el primer momento se extremeció, ocultando algunos papeles.

—¿Quién entra así en mi gabinete?—preguntó con mal segura voz.

—¡Es gracioso! ¿No me conoce usted? ¿Necesito acaso anunciarme?

—¡Ah! ¿eres tú, Lucía?

—Llego á dudarlo—exclamó ésta con un gracioso mohín.

—¡Estaba tan abstraído en mis cálculos, agrupando las cifras que me deben, y que me precisa cobrar sin dilación!

—Siento haberme presentado en tal momento.

—Sepamos. ¿Qué ocurre? ¿Qué necesitas?

—Necesito una carta.

—¿Una carta?

—Sí, de recomendación.

—¿Para quién?

—Para Edgardo.

—¿Quién es Edgardo?

—El joven que nos salvó en noches pasadas, con peligro de su vida.

—¡Con peligro de su vida! No es la primera vez que te digo que exageras. Y ¿para quién solicita esa carta?

—Para el administrador de los ferrocarriles, en donde piensa emplearse.

—Soy enemigo de dar cartas de recomendación; además no conozco á ese muchacho; puede ser un...

—Padre mío, le debemos, al menos, gratitud.

—¿Gratitud? ¿Por qué?

—Se expuso por salvarnos... Salió herido.

—Y fué ampliamente recompensado. ¿Que más quiere?

—Le he prometido esa carta.

—Mal hecho, y te prohibo que en adelante lo hagas sin mi consentimiento.

—Lo haré así; pero por ahora...

—Por ahora véte, estoy muy ocupado.

—¡Una simple carta!

—¿Quién me garantiza que no me dejará mal?

—¡Yo!

—¿Tú?

—¿Qué más garantías que su comportamiento de esa noche, y el amor que profesa á su madre, de quien será el único sostén?

—¿No tiene tíos, hermanos, parientes?

—Son solos en el mundo.

Meditó don Marcelo, hojeó sus apuntes, y luego palideciendo, no obstante que una sonrisa de chacal asomó á sus labios, dijo:

—Ya veremos; díle que éntre.

Ignorando Lucía que en ese breve instante se había jugado al azar la vida de Edgardo, como lo veremos más adelante, corrió á su encuentro gozosa y desalada.

—Mi padre lo espera—dijo.

La inocente paloma llevaba al cordero al antro de la fiera.

Edgardo, guiado por las señas de Lucía, llegó al gabinete de don Marcelo y golpeó.

—Adelante—dijo éste.

El pobre muchacho, acaso por instinto, se detuvo trémulo, y don Marcelo pudo examinarlo á su sabor.

Después de algunos instantes le preguntó:

—¿Va usted á emplearse en la empresa de los ferrocarriles?

—Así me lo han prometido.

—¿Con cuánto sueldo?

—Con treinta pesos.

—Eso es una miseria—dijo don Marcelo, alargando desdeñosamente los labios.

Edgardo lo miró sorprendido.

Su madre, trabajando hasta altas horas de la noche,

no ganaba la mitad de esa suma; de manera que un sueldo de treinta pesos mensuales le parecía un verdadero hallazgo.

—¿Qué estudios ha hecho usted?—siguió preguntando don Marcelo.

—Soy bachiller en humanidades.

—Y un bachiller en humanidades, valiente por añadidura ¿se contenta con un sueldo tan mezquino? No, yo sería un ingrato si lo permitiera.

—Señor...

—Tengo para con usted una deuda de gratitud, y ahora es el momento propicio para saldarla.

—Será usted tan bondadoso...

—Es para mí un deber.

—Le quedaré eternamente reconocido. ¿Me dará, pues, la carta?

—Algo mejor que eso.

—¡Cómo! ¿usted mismo me recomendará, en persona?

—No, seguramente.

—Tenga á bien disimular mis cortos alcances; no le comprendo.

—Pienso proporcionarle un destino de cincuenta pesos, con menos trabajo que en los ferrocarriles.

—¿Es eso posible?

—Si usted lo quiere, será un hecho.

—He sufrido, señor, tantos desengaños antes de ver, como ahora, tan de cerca la posibilidad de ocuparme...

—Más cerca aún está la proposición que acabo de formular. ¿Lo duda?

—¿Quién me dará esa ocupación y ese sueldo?

—Una persona que le está agradecida.

—¿Agradecida á mí? Creo que usted se equivoca. Yo

no he tenido la fortuna de hacerle á nadie ningún servicio.

—¿Está usted seguro?

—Naturalmente.

—Es usted el equivocado. Yo no soy olvidadizo, y por lo tanto reconozco que le soy deudor de la vida de mi hija.

—Señor...

—Ya lo ha oído usted.

—Luego... ese destino.

—Ese destino y esos emolumentos se los proporciono yo. ¿Le conviene?

Edgardo quiso arrojarse á los pies de don Marcelo.

—Valiente mozo—dijo éste golpeándole el hombro—ya veremos más tarde si se puede hacer algo más en su obsequio. Le advierto que el sueldo le correrá desde hoy, no obstante que le dejo el día libre.

Salió Edgardo como un ciervo á quien por descuido se le abre la puerta que lo retenía prisionero. Murmuró medias palabras de agradecimiento y sin detenerse por Lucía, que le salió al encuentro, preguntándole si había obtenido la carta de recomendación, exclamó:

—Don Marcelo... cincuenta en lugar de treinta... ¡Vuelo á casa de mi madre!

Voló en efecto, y también con entrecortadas palabras y riéndose, refirió á Carmen su entrevista con don Marcelo.

—¿De manera que has aceptado?

—Seguramente.

—Y ¿eres su empleado?

—Desde mañana, pues el sueldo me corre desde hoy; abráceme, madre mía.

Ésta se puso muy pálida y permaneció inmóvil.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Edgardo con zozobra.

—Tengo que algo me dice el corazón que serás desgraciado al servicio de un hombre que no siente en su pecho los dulces sentimientos de padre. Vé nuevamente á su casa, hijo mío, díle que no aceptas su proposición, que te conviene emplearte en los ferrocarriles, díle cualquiera cosa, en fin, pero respeta mis presentimientos.

—Después de su doble oferta y de mi aceptación, no es posible, no me atrevo.

Dos lágrimas brillaron en los ojos de Carmen.

—Tal vez mis angustias no tengan fundamento. Voy á pedir informes de ese hombre. Ya veremos.

Diciendo esto, se envolvió en su manto y salió á la calle.

X

Durante este corto tiempo, Julia había enflaquecido. La pobre niña se juzgaba desdeñada, y es siempre muy cruel la pérdida de las primeras ilusiones. Al subsiguiente día de los primeros sucesos ocurridos en la casa de Carmen, cuando aún Edgardo no se movía de su lecho, Julia se levantó muy de mañana, y cual centinela avanzado, se instaló inmóvil en el umbral de la puerta de la calle.

¿Á quién aguardaba?

El lector lo habrá adivinado. Aguardaba el paso de Lucía, para verle el rostro, pues tan sólo había divisado sus trenzas de oro.

Lucía no se presentó, sin embargo; acaso tuvo voluntad de ir, pero se lo impidió su aya, temerosa de que lo supiese don Marcelo.

Julia, perdida la esperanza, abandonó su puesto de observación cuando la llamaron á almorzar.

¿Sería más afortunada al siguiente día?

Su impaciencia era muy grande para esperar veinticuatro horas.

En la misma tarde tomó su puesto de observación frente al colegio de la señora B... prestigiosa educacionista en ese entonces, y esperó pacientemente la salida de las alumnas externas.

Á las cinco vió entrar en el colegio al aya de Lucía, á quien reconoció sin ninguna dificultad.

—¡Voy á ver, por fin, á la joven por quien equivocadamente me besó Edgardo las manos, con besos ardientes que me queman aún, á pesar de haberlos humedecido con tantas lágrimas!

Á los pocos momentos salió el aya, acompañada de dos niñas de pelo rubio, tomadas de las manos.

¿Cuál de ellas era Lucía?

Tenían las dos la misma estatura, cuerpo gentil, iguales trenzas, pero muy distinto rostro.

La una, era notablemente hermosa, de grandes ojos negros, de fisonomía un tanto triste, y de tez blanca y pura como el armiño.

La otra de ojos azules, risueña, de nariz picaresca, un poco remangada, y de rostro deslucido por las pecas.

Ambas estaban en los límites de la niñez y de la pubertad. Acaso el vestido de cola bastaría sólo para transformarlas en mujeres, quitándoles su infantil vivacidad.

Julia estuvo perpleja, y no queriendo retirarse sin averiguar la verdad, se dirigió á ellas con resolución, y cuando estuvo á unos cuantos pasos:

—Señorita Lucía—dijo.

Las dos niñas se volvieron al mismo tiempo.

Julia se había dicho para sí:

—Si mi rival es la de ojos negros, estoy perdida, mas si fuera la de ojos azules, acaso habría esperanza comprometiéndome en la lucha. Ella me superará en riquezas, mas no en hermosura.

Y con esta reflexión, tan natural en las jóvenes pobres que se encuentran en la situación de Julia, abordó á las dos amigas.

La ilusión fué corta.

—¿Qué me quiere usted?—preguntó la de los ojos negros, revelando ser su nombre el de Lucía.

—Como sé que usted se interesa por la salud de Edgardo...

—Ciertamente. ¿Cómo sigue?

—¡Jesús!—exclamó el aya—ya todo el mundo sabe que hemos estado en casa de ese muchacho. Don Marcelo va á despedirme.

—Tranquilízate—contestó Lucía—yo le diré que has cedido á mis instancias.

—¡Bueno es él para escuchar razones!

—Se le hará entrar en vereda—intervino la de ojos azules.—En estos tiempos no surgen los tiranos. ¡Viva la libertad! ¿De qué se trata?

—De una visita... tú conoces el incidente del carruaje... de una visita hecha en casa de mi salvador para informarme de su salud.

—¿Y después?

—Nada, á esto se reduce todo.

—¡Valiente majadería!

—Señorita ¡si conociera usted á don Marcelo!—observó el aya.

—Supongo que sea un tigre—respondió con volubilidad la de los azules ojos.—Pues bien, los mismos tigres tienen condescendencias con sus hijos. Has hecho bien, Lucía; yo en tu lugar, habría obligado á acompañarme en la visita á mi mismo padre.

—Á mí me consta que don Marcelo, si sabe nuestra escapada, se pondrá furioso—dijo el aya.

—¿Por qué?—continuó la de azules ojos.—¿Teme que Lucía se enamore de ese muchacho y que de ahí resulte un casamiento por inclinación?

Diciendo esto rió como una loca, sin notar que se ponía pálida y encendida Julia.

—¿Es buen mozo ese... Edgardo? ¿No es así como se llama tu salvador?

—Ese es su nombre.

—Y ¿tiene buena cara? te pregunto; ¿es gentil? ¿es simpático?

—Apenas le vi un momento y la noche era oscura—murmuró Lucía.

—No hay oscuridad que valga cuando quieren ver los ojos de una niña. ¿Es gentil Edgardo? Responde.

Julia escuchaba anhelante la respuesta que iba á dar Lucía, y encontraba ya que no era fea la de ojos azules, con la animación que invadía su rostro cuando conversaba.

—No hablen ustedes de esas cosas, señoritas—dijo el aya.

—¿Por qué no hemos de hablar? Si es pecado, sería únicamente venial, y lo borraremos con agua bendita el domingo próximo. ¿No es verdad, Lucía?

—Así lo creo—respondió ésta bajando los ojos.

—Pero nada me has dicho aún de Edgardo. ¿Es feo?

—No—dijo Lucía.

—Eso no es bastante. ¿Es bien parecido?

—Qué preguntas tan raras tienes tú, Adela.

—¿Raras? Nada de eso; lo raro es que trepides en contestar mis inocentes preguntas. ¿Es buen mozo?

—Sí.

—¿Y simpático?

—También.

—¿Y joven?

—¿Acabarás alguna vez tus eternas preguntas?

—Sí, tan pronto como obtenga tu respuesta.

—Pues bien, es joven.

—No necesito más. Te aconsejo que te hagas hacer sin demora vestidos largos, y que tomes al tal Edgardo por esposo.

Se oyeron á la vez estas tres exclamaciones.

—¡Adela!

—¡Dios mío!

—¡Esto es inaudito; no hay niñas en estos tiempos!

Estas exclamaciones correspondían respectivamente á Lucía, á Julia y al aya.

—Lo que te propongo sería una excentricidad—exclamó riéndose Adela—y yo me muero por lo excéntrico. ¿Te acuerdas de que nos hizo mucha gracia el caso que leímos de una joven *lady*, que, sacada sin sentido de las aguas de un estanque, prometió, al volver en sí, dar á su salvador su mano y sus millones, y que no cumplió su palabra por cuanto su salvador había sido un perro de Terranova?

—Sí lo recuerdo.

—Pues bien, yo he meditado en ese asunto, y, en el en el caso de la joven *lady*, habría cumplido mi palabra.

—¿Te habrías casado con un perro?

—Dicen que los perros son más fieles que los hombres.

—Adela, tú estás loca.

—Esto que digo, lo habría repetido el mundo entero, habría adquirido inmensa popularidad, y todos saldrían de sus casas para verme pasar con mi perrito atado con un cordón de mis propios cabellos. No hay duda, yo pertenezco á la escuela de Alcibíades.

—Preferiría, señoritas, que hablaran de sus estudios —dijo el aya.

—Se conoce que no sabes de clase, ni sospechas lo que es una indigestión de ciencia—murmuró Adela.—Á su tiempo nos ocuparemos de los libros.

—Advierto—dijo Lucía—que aún no sabemos cómo sigue la salud de Edgardo.

—Eso es hablar razonablemente. ¿Cómo se encuentra ese heroico muchacho, por cuya suerte futura también me intereso?—murmuró Adela.

—Está completamente restablecido—contestó Julia—Hoy se ha levantado, y como esta noticia pudiera serle agradable...

—Agradable en grado sumo—dijo Adela.

—Me he tomado la libertad de ponerla en su conocimiento—continuó Julia.

—Doy gracias al cielo porque la herida de Edgardo no ha tenido consecuencias desagradables—murmuró Lucía.

—Y déle expresivos recuerdos en nuestro nombre—dijo Adela, mirando á hurtadillas á su amiguita.

Julia se retiró con el corazón oprimido.

El avaro teme por su tesoro y lo oculta de los hom-

bres más honrados; el amante es avaro de su amor, y aunque sea su condición humilde, teme que se lo arrebaten las personas más encumbradas y virtuosas.

El desaliento se apoderó del alma de la pobre niña, y regresó á su casa, herida de muerte en sus ilusiones.

VALENTÍN MURILLO

(Continuará)

EL DESENGAÑO DE UN ARTISTA

(Conclusión)

IV

De cuando en cuando hacíamos también composiciones literarias, y nos las leíamos mutuamente. Una noche le hallé radiante de júbilo. Recibióme con este saludo;

—¡Quién lo creyera! soy poeta! ¡Oh! arte! ya te poseo!—

y agitaba frenético un manuscrito que tenía en la mano.

Indicóme un asiento, y, con el mismo calor que á mi llegada, declamó íntegra una *Oda al arte* que comenzaba así:

> Tu numen quiero que me dés ¡oh musa!
> para cantar del arte las bellezas;
> quiero cantar de Apolo las proezas,
> y del divino Fidias la escultura.
> etc. etc.

En ella recorría el arte en medio de sus grandes movimientos de todos los países y de todos los siglos: en

los salones, en los teatros, en las exposiciones de la naturaleza, manifestando que ésta se revela por medio del arte, y éste por medio de aquella bajo todas sus formas. Estudiar el arte era estudiar la naturaleza creadora del universo. El arte lo abarcaba y lo comprendía todo. Los grandes artistas eran la encarnación de la divinidad etc. Aquella oda, á mi juicio, no era otra cosa—buen cuidado tuve de no expresárselo—que la manifestación más elocuente del trastorno de su cerebro.

Pero cuando vi que después de su lectura, su alegría trocábase en delirio, preguntéle si iba á publicar la *Oda.*

—¡Oh! no—me replicó arrojando con desprecio el manuscrito sobre el escritorio—no, amigo mío; yo no conozco los clásicos, y nuestros compatriotas se reirían de mí si oyeran decir, que me *botaba á escritor*, careciendo de esos conocimientos, para ellos necesarios. En Chile ya no se puede escribir para el público sin haberse aprendido de memoria á Horacio, Aristóteles, Homero, Virgilio etc. Si un joven, aunque para ello tenga disposición, quiere publicar, único premio á que aspiran los escritores noveles, una obrita y no cita en cada página veinte veces á estos maestros, es un loco, ó cuando menos, un pretencioso, fatuo, que jamás hará otra cosa que desprestigiar nuestro Parnaso.

Hube de encontrarle muchísima razón, pues recordé, á este propósito, una obrita nacional, publicada el año de 1882, que sobre este asunto había leído. Es una colección de artículos de costumbres.

En el primero, el autor reprueba con energía que los jóvenes publiquen sus trabajos, sin haber estudiado prolijamente cinco ó seis años los clásicos del idioma. En los demás, él no hace otra cosa que enumerar, con pési-

mo y cansadísimo estilo, los grandes maestros, colocando en cada página dos ó tres citas en latín, inglés ó francés...

Enrique, entretanto, habíase entregado á la más espontánea alegría; discutiendo jocosamente el mérito de nuestro Parnaso.

Sin embargo, un acontecimiento inesperado vino á turbar nuestro pasatiempo.

El reloj acababa de dar las once de la noche; repentinamente noté que el semblante de mi amigo cambiaba: á la alegría sucedió una seriedad extraordinaria. De pie ante mí, con la cabeza inclinada, había caído en un estupor repentino, pareciendo reflexionar profundamente.

De súbito irguió la cabeza, aplicó el oído, como queriendo escuchar un ruido lejano. Yo seguía con la vista todos sus movimientos, y temiendo algún accidente:

—¿Qué te pasa?—le interrogué—¿Te sientes mal?

—No—me dijo clavando en mí sus ojos desmesuradamente abiertos, y con la voz bajísima.—No hagas ruido—agregó.

Pasaron cinco minutos, un silencio sepulcral nos rodeaba.

De repente hirió su oído un ligero murmullo; sus ojos entonces brillaron; sus cabellos se agitaron y colocándose el dedo índice sobre los labios:

—¡Chit!... ¿oyes?—me dijo con misterio.

Percibí el sonido de un piano, de cuyas notas una mano experta arrancaba con magistral sentimiento el *Miserere* del *Trovador*.

Sin comprender la impresión que aquella música hacía en mi amigo, me aventuré á interrogarle con la vista.

—¡Es *Ella!*—me respondió con el mismo misterio.

Escuchamos ambos largo rato: Enrique excitado, seguía con los brazos, con los ojos, con la cabeza, en fin, toda la inspiración, todos los movimientos que el autor había querido expresar con aquella pieza.

Cambió la pieza, y cambió también él la pantomima. La pasión se desarrolló con mayor energía: ya tocábase el corazón para indicar dolor, ya se tomaba la cabeza con ambas manos para indicar la desesperación.

Sin preocuparse para nada de mi presencia, dejóse arrastrar por un entusiasmo indescriptible; parecía un actor representando un difícil papel en las tablas. Por fin, sentóse sobre un sillón, pálido, extenuado, fatigado por sus esfuerzos inauditos, murmurando:

—¡Qué lindo!...

Yo le había visto ponerse de pie ante una aparición invisible, dirigirse á ella, hablarla, expresarla sus sentimientos con su corazón, con sus ojos, con todas sus menores acciones; después caer, como herido por un rayo, pesadamente sobre una silla y permanecer extenuado, sin hacer el menor movimiento; con la cabeza caída sobre el pecho, y como envuelto en un éxtasis misterioso.

Al cabo de un rato pareció reponerse; me miró con una sonrisa lastimosa.

—¿Estás aquí?—me dijo—¡Qué necio soy! me habrás tomado por un loco, sin duda. Pero, amigo mío, esos sentimientos de piedad, de fiereza, de alegría, de furor que me has visto expresar, *Ella*, con su música, los ha hecho concebir y penetrar en mi alma, antes que mi razón pudiese darse cuenta de ellos y de sus efectos.

"¡La música es el primer arte y el arte por excelencia!

"¡Orfeo pasó por hijo de un dios, antes que Homero consiguiese altares! Sí; por eso me has visto como un loco, porque esa mujer sabe dar el alma, la vida, la poesía á la música; porque el sonido de su piano, despierta en mi corazón sensaciones extrañas: me conmueve, me aterra, me desespera, según las intenciones que el autor quizo expresar en el trozo que *Ella* ejecuta."

Y con nueva fuerza volvió Enrique á emprender un análisis completo del arte musical y de las sensaciones que él despierta, cual brioso caballo que, desbocándose, se carga al freno, atraviesa el espacio como una flecha, rompe cuanto encuentra en su vertiginosa carrera y no se detiene sino cuando el cansancio, cuando sus fuerzas extenuadas lo rinden. Después, tomándome de la mano y acercándose á la chimenea, descubrió un retrato al óleo, que una cortinilla de tul impedía hasta entonces ver.

Lancé una exclamación de asombro. Era una mujer encantadora; jamás la mano de un artista habría podido concebir nada parecido. El *¡Parla!* de Miguel Ángel á su estatua de Moisés, estaría mejor aplicado á esta bella figura.

Enrique, cuyos nervios fuertementes excitados hacía poco, se habían ya calmado, mirábame con una sonrisa de satisfacción.

—Es *Ella*, es Virginia—me dijo.

—¿Quién? ¿la del piano?—le interrogué.

—Sí.

—¿Quién ha hecho este retrato?

—Yo.

—Entonces ¿la conoces?

—¡No!

—Y... ¿la has visto alguna vez?

—Nunca.

—¿Cómo...?

—Jamás.

—¿Has comprado su fotografía, te la han regalado?

—No, ni lo uno, ni lo otro.

—Entonces ¿cómo has hecho este retrato, sin haberla visto jamás, sin que nadie te la haya mostrado? cómo has sabido, en fin, que se llama Virginia? Porque esa mujer existe, el retrato lo manifiesta. No, no puede ser una ilusión.

—Hay algo que me la ha mostrado.

—¿Qué?—interrumpí con ansiedad.

—Su música—me replicó con suma gravedad.

—¡Oh! eres un loco! eso es imposible!

—¡Un loco! un loco! imposible!—repitió con amargura. Sí, es imposible; sólo un loco puede saber que la música tiene un lenguaje particular, como todas las bellas artes; como la bella literatura, que también es un arte; lenguaje que ofrece los medios de transmitir nuestros pensamientos, nuestras sensaciones; de representar, de pintar á nuestra vista todo lo que hay de grande y de pequeño en el mundo; sí, ¡esto es imposible!... Y, sin embargo, yo he analizado, he razonado las piezas que ella toca, y he concluído por concebirla en mi imaginación tal cual es, tal cual la estás viendo. ¡Soy un loco! Pero ¡qué locura tan feliz! ¡No me volváis ¡Dios mio! la razón, si realmente estoy loco!...

Y después de una pausa.

—¡Imposible!—murmuró—¡imposible! ¿Conoces a Víctor Hugo? Cuando leí *Los Miserables*, ya me lo figuré: de rostro pálido, de largos cabellos lisos, con esa mirada profunda e investigadora del genio; carirredondo, tosco

y con profundas quebraduras en la frente; de cejas espesas y apartadas; de bigote y barba nevados por el hielo de los años y por el peso de su imaginación.

"Días después, en una tienda, divisé ese retrato exacto: entré, pregunté y ¡era Víctor Hugo!

"Esto lo puede la poesía, el arte literario; pero es una locura, es imposible que esto mismo lo consiga la música.

"Bellini, Mozart, Verdi, Donizetti, tenían los ojos azules; ya lo ves, *Ella* también los tiene del mismo color, y debe tenerlos, porque *Ella*, como aquellos autores, ha identificado su naturaleza con el arte.

"Ha sido preciso imaginar un lenguaje universal, para expresar un sentimiento también universal: el amor. Ese lenguaje es la música que me dice que *Ella* es sensible, cándida, pura y... ¡Virjinal!

"Sí, ella me habla con la música, y esos cabellos rubios, esa nariz judía, esa mirada pensativa, atrevida, dura, si quieres; ese rostro ovalado, ese color pálido, esa frente pura, y en fin, cada una de esas facciones que ves, me las ha reflejado cada nota, cada compás, cada harmonía que ejecuta en el piano.

"No la he visto nunca ¡sí! y eso importa, por ahora, tan poco! La conozco imaginariamente y ese retrato me la dará á conocer real y verdaderamente, ya que todas las diligencias que he hecho para conseguirlo me han fallado. Jamás, amigo, se la ha visto en la calle; sus sirvientes la niegan, ó contestan con una carcajada estúpida cuando les interrogan los míos por su ama.

"¡Cuánto diera, porque esos ojos y esos labios que no se mueven en esta tela, se agitaran algún día!

"¡Ah! soy desgraciado en medio de mi opulencia! Yo la

amo, sí, con todo mi corazón, con toda mi alma, ¿y ella? ¡Ella ni sabe siquiera que existo!»

Y así concluyó su discurso y sus lamentaciones, desesperado y trémulo de emoción. Es difícil convencer á un loco y más aún consolarle. Y si esa locura tiene por causa el amor... ¡ay! vale más hacer hablar las rocas! Y sin embargo:—Enrique, me aventuré á decirle, no te abatas así; reflexiona mejor este asunto; piensa que puedes ser víctima de una ilusión, de un engaño nacido de tu pasión por el arte...

—¡Engañarme!—me interrumpió moviendo tristemente la cabeza—¡engañarme! jamás!—y levantó los brazos dejándolos caer en seguida desesperada y enérgicamente.

Quien le hubiera visto en esa situación, habría creído que un dolor inmenso, la pérdida de un sér querido, de su madre, de un amigo quizás, manteníale así, y sin embargo, no era sino la pérdida de una ilusión artística.

Después de un momento de silencio, despedíme de mi amigo, no queriendo yo interrumpirle más su dolor.

—Vendré á verte otra vez—le dije—y salí.

Yo también había sufrido con esta escena.

Sin tomar gran parte en ella, mis nervios, que habían seguido, sin quererlo, todos los movimientos de los de mi amigo, estaban excitados y mi espíritu tan inquieto, como cuando se ha visto representar en el teatro un drama terrible. Encamíneme á casa, analizando la extraña actitud que Enrique había manifestado aquella noche.

Ahora mi imaginación presentábame en medio de una inmensa oscuridad, un letrero luminoso; pero de mayor intensidad que en otra ocasión semejante, lúgubre, terrible, que anunciaba el fin del último vástago de una familia ilustre: «*¡está loco!*» decía aquel letrero.

V

Tres días después de los sucesos que acabo de referir, fuí llamado urgentemente por Enrique. Le encontré en cama; una congestión cerebral le mantenía en un estado lastimoso de enfermedad.

Su anciana madre, desesperada, temía por la vida de su hijo. Los médicos decían que el caso era grave y que, indudablemente, había provenido de un desarreglo que podía traer fatalísimas consecuencias.

Enrique estaba ahí, con los ojos cerrados, sumido en una especie de sopor, de entorpecimiento de todas sus facultades.

Su rostro pálido y demacrado indicaba el sufrimiento. No podía incorporarse en el lecho, y, cuando me acerqué á él, abrió los ojos y apenas pareció reconocerme.

Por entre las sábanas sacó su mano derecha paseándola con movimientos vagos é inciertos; toméla entre las mías, entonces él estrechándolas convulsivamente:

—¡Gracias, amigo mío!—murmuró.

Á los pies de la cama, su madre, sentada en un sillón, velaba por su hijo.

Supliquéla me cediera su lugar:

—Yo cuidaré de mi amigo, señora, miéntras usted toma algún reposo, agregué.

Ella no quería apartarse de Enrique.

Trabajo me costó hacerla desistir de tan peligroso empeño; pues, temía que, antes de poco, en lugar de un enfermo, hubiera dos.

Cuando quedamos solos, Enrique, haciendo un esfuer-

zo, se incorporó apoyándose sobre el codo lenta y penosamente, y con voz apagada:

—¿Por qué no has venido anoche?—murmuró.

—No sabía que estuvieras enfermo, pero ya me tienes á tu lado, y no me moveré hasta que estés completamente restablecido.

—¡Gracias, amigo mío, qué bueno eres! No es gran cosa lo que tengo; ya estoy bien. ¡Ah! pero he hecho sufrir tanto á mi pobre madre! Tú la reemplazarás ¿no es cierto?

—Sí, Enrique; pero, no estés así; te vas á agravar.

—¡Uf! esta ropa me da calor!

Y dejóse caer nuevamente en el lecho.

—Tengo sed—balbuceó.

Cogí una copa que la señora me había indicado para este caso, y acerqué á sus labios un líquido escarlata.

—¡Gracias!

Y en seguida bebió con avidez. La medicina produjo su efecto: Enrique cayó en un letargo que pronto trocóse en un apacible sueño.

Dos horas después, el doctor se presentó.

Inclíneme á su entrada; él me respondió de la misma manera. Es un hombre de regular estatura, de cuarenta y cinco á cincuenta años; barba á la española.

Si está de pie, mantiénese asombrosamente recto, moviendo tan sólo la parte superior del cuerpo con tanta agilidad cual si fuera mono dè goma; si anda, da pasos cortos y con tanta ligereza que hace reír; si habla, atropella las palabras, dándoles un sonido semi-francés; en fin, usa antiparras sobre una no muy despreciable nariz, con un tinte un si es no es francés también.

—¿Cómo sigue el enfermo?—me interrogó.

—Regular, señor; sin embargo, creo que la debilidad aumenta....

—¡Oh! eso es natural—dijo.—Bien—agregó—¿le han dado todas las medicinas prescritas?

—Sí, señor.

Acercóse al enfermo:

—Duerme; bien; tanto mejor—repitió. En seguida examinándole el pulso.

—Bien, esto... marcha bien; ya está fuera de peligro—murmuraba el doctor.—Le dejaré una recetita, señor, que tomará según indicación. Antes de tres días—continuó, dirigiéndose al escritorio—le aseguro á usted que estará perfectamente bueno. Aún tiene fiebre; bien, es necesario prevenir una crisis.

Tomó papel y pluma y escribió unos cuantos renglones.

—¿Conoce usted, señor, el origen de la enfermedad?—le interrogué cuando hubo concluído.

—Un desarreglo; un acceso de locura; mucho trabajo intelectual; la preocupación constante de un mismo asunto; un trabajo extraordinario en la masa cerebral; en fin, una irritabilidad excesiva en los órganos del corazón.

Y daba esta enumeración con tanto desprecio como si fuera la cosa más natural del mundo.

Cuando le interrogué, sacó un pañuelo de narices, que ejecutó su papel en cada pausa que el doctor hacía; pero con tanta fuerza que no corneta, sino trueno semejaba.

El enfermo, á este espantoso ruido, agitóse en el lecho; pero al doctor no le llamó la atención y continuó:

—Usted es su amigo, bien; le recomiendo mucha quie-

tud, mucho cuidado, pues podemos perder mucho con un desarreglo cualquiera.

Enrique tosió fuertemente.

—¡Ah! ¿cómo se siente, amigo mío?

—Mejor, don Carlos—contestó el enfermo con voz sorda y apagada.

—¿Débil?

—Algo.

—Bien; haga que le den un buen caldo, caballero, me dijo.

Tomé el cordón de la campanilla y llamé.

—¿Antes del remedio, señor?

—Antes ó después, lo mismo da; pero deje pasar una hora, por lo menos, entre uno y otro.

El mozo acudió:

—Que lleven esa receta a la botica—dije—y que traigan caldo para Enrique.

—Bien—repetía el doctor;—mucho cuidado Enrique, en no hacer desarreglos como los niños. Ya está usted casi bueno; pero un desarreglo cualquiera...

—No lo haré, doctor.

—Bien; entonces, hasta mañana, mi querido amigo; ¡ah! y ¿la señora?

—Se ha ido á descansar, don Carlos.

—Bien, muy bien, perfectamente—decía el facultativo—¡mucho cuidado con la señora!

—Enrique ¡hasta mañana! Señor—dirigiéndose á mí y alargándome la mano—un servidor de usted.

—Igualmente, doctor; hasta mañana.

El sirviente volvió con el caldo. El enfermo bebióselo y se sintió aliviado.

—¿Por qué ha dejado de tocar Virginia?—me preguntó.

—Porque estás enfermo, amigo mío.

—Y ¿quién se ha atrevido á decirle que dejara de tocar?—repitió, incorporándose en el lecho.

—¡No sé!... por los sirvientes habrá sabido que te encuentras enfermo; pero cálmate, si no quieres perder completamente la esperanza de verla algún día. Ya has oído lo que el médico ha dicho.

—El médico es tan estúpido como mis sirvientes—dijo dejándose caer.—¡Ah!—volvió á decir—hazme el servicio de mandar á su casa; y que la digan que no es verdad que estoy enfermo; que si tuve una pequeña indisposición, ya estoy bueno! Yo quiero oírla; quiero oírla una vez más siquiera.

—Lo haré, pero si te moderas—le dije.

En este momento entraba la señora al dormitorio.

Púseme de pie.

—No se incomode usted—me dijo amablemente la anciana.

—¿Cómo sigues, hijo mío?

—Bien, mamá, me siento mejor.

—¿Estuvo el doctor?

—Sí, señora.

—¿Y...?

—Dijo que dentro de tres días podría dejar la cama.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Ha sufrido tanto mi hijo!

Eran ya las cuatro de la tarde; entonces me retiré, prometiendo volver en la noche.

La señora expresóme sus buenos sentimientos, y me acompañó hasta la puerta.

VI

Por la noche, como lo había prometido, volví á casa de Enrique.

Al penetrar en su dormitorio, hallé á su madre muy inquieta. Recibióme con muchísimos cumplimientos y atenciones; pero, al mismo tiempo, tan acongojada, que, por de pronto, y consultando la expresión de su semblante abrigué serios temores por la salud del enfermo.

Casi en secreto, le pregunté, indicando al que yacía en el lecho:

—¿Cómo está?

—¡Mal, tiene fiebre, ahora delira!—me dijo con la misma fuerza de voz.

Cedióme su sillón.

—Voy á dejar á' Ud. un momento—agregó—luego volveré.

—Está bien, señora.

Salió, y yo me acerqué al enfermo.

En este momento le repetía el delirio:

—¿No oyes?—me dijo al verme.—Es ella... es ella, es Virginia... el *Miserere*... ¡como aquella noche!... Ahora *Fausto*... Esta es la marcha... ¡Qué bien!... ¡Virginia!... siga, nó, no se detenga; esa pieza es muy linda... ¿fea?... ¡ah! no... tóquela usted... ¿no?... ¿*Norma*?... ¿Que va á tocar?... ¡No, eso no!... ¡Eso me espanta!... eso es terrible... ¡Una marcha fúnebre!... ¡Jone!... ¡La muerte!... ¡oh! no... ¿Quién habla de muerte?...

Un sudor frío bañaba su frente; y después de pronunciados estos jirones de frases, caía en un profundo ador-

mecimiento murmurando aún algunas otras palabras ininteligibles.

Preparé una poción del remedio que el doctor había prescrito en el día, y acercándome al enfermo:

—Enrique, amigo mío—le dije—toma esta cucharada, te hará bien.

Y le puse la cuchara en la boca.

Después que hubo bebido:

—¡Ay! eres tú; mi buen amigo—respondió como despertando de un profundo sueño—esta fiebre me mata; ¿y mi madre?

—Ya viene, Enrique.

—¡Ay!... balbuceó.

Un momento después, la señora apareció.

Eran las once y media de la noche. Miró á su hijo, que en este momento dormía profundamente, á juzgar por su respiración más uniforme ya.

—¿Mucho ha delirado?—me preguntó.

—No, señora, creo que se ha dormido—la dije.

—Tiene unos sueños terribles; habla de la música, del arte, del piano; mezclando en todo esto, el nombre de una mujer... ¿La conoce usted?

—No, señora.

Suspiró la anciana y agregó:

—¡Pobre hijo mío! ¡Es tan reservado con su madre!

—Señora ¿por qué no se va usted á descansar, ahora que él duerme? Yo puedo velar, soy más resistente.

—¡Usted ha trabajado tanto!...

—¡Pero entonces aquí estoy demás! Déjeme esta noche, y mañana de día le corresponderá á usted. Créame que, al suplicarla se retire, lo hago porque temo que una trasnochada podría hacerla mucho daño, y por-

que quiero cumplir con una promesa que hice á Enrique.

—¡Sea, señor!—me dijo suspirando.—¿Tiene todo lo necesario?

—Creo que sí, señora.

—Vaya, pues; buenas noches. Si ocurre algo, llame á la puerta de mi pieza.

—Está bien; buenas noches, señora.

Acomodéme entonces, lo mejor que pude en el sillón; coloqué una almohada bajo mis hombros; cubríme con una colcha de pieles que la señora había tenido la amabilidad de traerme, y tomando un libro, me creí suficientemente fuerte para sostener esta velada.

Sin embargo, al cabo de algún rato, las letras hacíanseme más difusas, el libro lo sentía horriblemente pesado y los párpados rebeldes.

De repente parecíame que la cabeza se iba, y reteniéndola con energía, daba fuertes balanceos á un lado y á otro; en fin, apoyándome en el respaldo del sillón, sentí que el libro se escapaba de mis manos, y no tuve fuerzas para sostenerlo...

VII

Las primeras luces de la aurora me despertaron de tan pesadísimo sueño; miré á Enrique y éste permanecía aún en él; pero no tardó mucho en agitarse en su cama, y después de algunos minutos, abrió los ojos y echó alrededor una vaga mirada: no pudo disimular su sorpresa al verme ahí de pie.

—¡Ah!—balbuceó.— ¿Por qué has trasnochado tú?

—Amigo mío, porque era necesario... ¿Cómo te sientes?

—Paréceme que estoy mejor... ¿Qué hora es?

—Cerca de las seis.

—Pero ¡ya es suficiente con lo que te has mortificado! Es necesario que tomes algunas horas de descanso... Yo ya me siento mejor. Anda, pues, á acostarte, que si algo se me ofrece, ya es de día y puedo llamar.

—No, Enrique, todavía no me iré. Espero á tu mamá, y sobre todo, no creas que por la noche no he dormido....

—Me das prueba de rara abnegación para con tus amigos, de lo que te quedaré profundamente agradecido; pero me agraviaría contigo, si aún permanecieras en pie...

Yo, que realmente me sentía un tanto cansado, y viendo que el enfermo estaba tan sereno.

—Cúmplase tu voluntad—le dije.

Y recomendándole mucho cuidado y tranquilidad, despedíme de mi amigo, no sin avisarle, al mismo tiempo que volvería por la tarde. Así lo hice, efectivamente, teniendo el placer de encontrar á Enrique casi del todo restablecido.

La convalecencia duró unos pocos días. Inútil me parece decir que el piano vecino, causa de esta enfermedad, no se había oído durante toda esta época. Á juzgar por el aspecto de las cosas, Enrique ya no se acordaba de Virginia, y su enfermedad había sido un remedio eficaz para su monomanía:

Es á veces lo cierto inverosímil.

Todo marchaba, pues, perfectamente; mas una noche le encontré sumamente preocupado. Estaba más

reservado que nunca, y á las preguntas que yo le dirigía, contestábame con monosílabos, nada propios, por cierto, para animar una conversación.

Preguntéle entonces si había sabido de la señorita Julia.

—No—me dijo—y es porque ahora nada me importa ella; y tú, has averiguado por qué la señorita Virginia no toca ya el piano? ¿Creías que todo lo había olvidado? ¡Ah! te equivocas, amigo mío, porque siempre la amo, y ahora más que nunca!

Esta declaración lanzada á quema ropa me dejó un tanto desconcertado; pero reponiéndome:

—¡Ah!—le respondí.—Jamás me imaginé que esa ilusión por una persona para ti y para el mundo totalmente desconocida, se mantuviese aún en tu corazón! Pero desgraciadamente me había engañado. Sin embargo, Enrique, es necesario que esto concluya de una vez y creo que ahora se nos presenta la oportunidad.

Ya estás enteramente restablecido; tú tienes conocimiento de las atenciones que esa familia te ha prodigado, enviando diariamente á saber por el estado de tu salud y dejando Virginia de agitarte los nervios.

—¡No blasfemes!—me interrumpió.

—¡Como quieras! Lo que debes hacer ahora, es presentarte en la casa á manifestarles tu reconocimiento, y á conseguir con Virginia que continúe haciéndote tan feliz.

—Empezaré por reprobarla que haya dejado de tocar, —murmuraba en voz baja.

—Tú te avendrás con ella como puedas—continué: que en cuanto á mí, si deseas que te acompañe, puedo encargarme de entretener á la señora. ¿Te resuelves?

Pensó un momento y después me dijo:

—Y ¿cuándo podemos hacer esa visita?

—Mañana mismo, si quieres.

—Está bien, iremos.

—Entonces, mañana á las cuatro de la tarde te encontrarás dispuesto.

—Sí—me respondió con aire pensativo.

Dejé sumido á Enrique en sus profundas meditaciones y me retiré.

Al día siguiente, á las tres y media dirigíme á su casa, y ya le encontré tan elegante y perfumado, que figuróseme otro Gil Blas dispuesto á asistir á la cita que la bella Aurora le diera.

Nos encaminamos, pues, á la casa vecina.

Muy poco tuvimos que andar para llegar á ella.

Enrique iba trémulo de placer; sumamente preocupado de su figura y de las arrugas de los guantes—cosa que me admiró muchísimo, pues él jamás tenía las pequeñas preocupaciones de las damas en el vestir.

Tiró del cordón de la campanilla y un criado acudió.

Éste, que ya nos conocía, por habernos visto en más de una ocasión, parece que comprendió el objeto de nuestra visita, porque desapareció, volviendo un momento después á decirnos que la señora nos suplicaba tuviéramos á bien pasar á la antesala y que en un momento más estaría con nosotros.

Y el mozo, abriendo una puerta nos indicaba con la mano derecha y con una profunda inclinación de cabeza, la sala de espera.

Mientras yo inspeccionaba aquella elegante salita, Enrique me decía en voz baja:

—¡Cómo se hace notar, amigo, la mano de una mujer

bonita! Mira, contempla el orden, la simetría con que están colocadas todas estas cosas. ¡Oh! ahora me convenzo más aún... ¡el aire que aquí respiro me embriaga!

Dos cortinas de seda que cubrían una puerta del frente se agitaron y una señora baja, morena y de unos cuarenta y ocho á cincuenta años, nada mal parecida, dejóse ver.

Vestía de color negro.

Pusímonos de pie y nos inclinamos respetuosamente; ella nos respondió con otra inclinación de cabeza majestuosa y llena de coquetería, invitándonos al mismo tiempo, á que tomáramos nuevamente nuestros asientos.

Enrique tomó entonces la palabra, manifestando con ella el objeto que ahí nos conducía, cual era, como dejo dicho, mostrar sus agradecimientos y ofrecer nuestros respetos.

—He sentido mucho su enfermedad—dijo ella á Enrique—pero supongo que ahora se encuentre usted bien...

—¡Oh! completamente señora, y he lamentado muchísimo que usted, por mi causa, se haya impuesto tantas molestias....

—Creo que usted exagera, señor—replicó ella con un acento de duda acompañado de una galante sonrisa.

—¿Que exagero? Llama usted exagerar, señora, haber dejado, desde que yo caí enfermo, de oír las admirables piezas de música que toca su...

—¡Ah!...

—¿Llama usted exagerar—continuó Enrique con vehemencia—cuando usted se ha tomado la molestia de enviar diariamente á saber por mi salud?

—Pero esas cosas, señor, son obligaciones que nos de-

bemos los buenos vecinos. Siento, sí, no haberle conocido antes....

—¡Oh! señora!...

—Pues habría tenido el mayor gusto habiéndole ido á servir de enfermera. Pero como desde el fallecimiento de mi marido me impuse como un deber no salir á ninguna parte....

—¡Ah! ¿es usted viuda, señora?—le interrumpí yo.

—Desgraciadamente, señor; y con un hijo.

—¡Cómo! ¿con un hijo?—preguntó Enrique con ansiedad y horriblemente pálido.

—Sí, señor.

—Creo que usted se equivoca, señora.

—¿Equivocarme?—replicó ella sin poder reprimir la risa.

—Entonces tendrá dos, señora; un hombre y una mujer.

Ella, ya no se contuvo y lanzó una carcajada.

En este momento, una escala cromática, admirablemente bien tocada en el piano, dejóse oír.

—Es él—dijo ella—y ustedes me harán el servicio de permitirme un momento; voy á advertirle. Dirigióse á la puerta de cortinajes y desapareció. Enrique me miró con espanto.

—Se ha equivocado—murmuró—ó me engaña; no puede ser. Ha dicho *hijo* por *hija*.

—¡Quién sabe, Enrique!—balbucié.

—Me desengañaré yo mismo—dijo, y se dirigió á la puerta por donde había desaparecido la señora.

No alcanzó á concluir su intento. Retiró súbitamente sus manos del cortinaje, como si hubiese recibido una terrible impresión; vile palidecer, abrir desmesuradamente los ojos, erguirse, retroceder y dando pasos

inciertos como un beodo, bambolear, buscando una poyo.

Apresuréme á socorrer á mi amigo, y al sostenerle en mis brazos, levanté también la cortina, buscando la causa de este accidente.

Si no sufrí las mismas impresiones, poco faltóme para ello.

La persona que tocaba el piano; el ideal de mi amigo Enrique; el sér que le había vuelto loco por tanto tiempo; el ensueño de su vida; quien le había hecho tan elocuente cuando se trataba del arte musical; la música que le había hecho concebir ese retrato de mujer tan perfecta que ostentaba en su dormitorio: en fin, ese ángel de cabellos rubios, de nariz judía, de mirada pensativa, de rostro ovalado, de color pálido, débilmente sonrosado, de frente pura, ceñida con la aureola de la virginidad, era... era el fenómeno más portentoso que la naturaleza pudo abortar jamás!

Un hombrecillo de cuatro pies de estatura, grueso, rechoncho; con una cabeza que apenas podían sostener sus hombros; con una frente de tan cortísimas dimensiones que desaparecía entre sus cabellos, crespos como los de un negro; cejas espesísimas confundiéndose en una sola; los ojos fuera de sus órbitas, los labios gruesos y amoratados; pero con una sonrisa en ellos sumamente coquetona, que permitia ver la extensión de su boca totalmente desamueblada; en fin, este monstruo tan grotesco, feo y repugnante, estaba ahí, de pie ya ante el piano, inclinándose hasta el suelo y como dándonos la bienvenida.

Parecía uno de esos horribles personajes de resortes que se exhiben en las tiendas de juguetes, más para atemorizar á los niños, que como tipo raro.

Como arrastrando á Enrique, nos separamos de aquella puerta.

En este momento, la señora, que ya volvía, penetraba en la sala, interrogándonos sobre lo que pasaba.

Yo que estaba menos afectado que mi amigo, pude responderle:

—Un accidente, señora, que le ha sobrevenido á Enrique, y que desgraciadamente no nos permite prolongar por más tiempo nuestra visita; pero puedo asegurar á usted que en otra ocasión, aprovechándonos de la amabilidad que hoy ha tenido para con nosotros, volveremos á ofrecerla nuestros respetos.

La señora manifestóse sumamente consternada con esto, y en medio de ofrecimientos y de galanterías, que nosotros no estábamos dispuestos á retornarle, nos acompañó hasta dejarnos á la puerta.

¡Cuántas veces no nos engañamos como nuestro amigo Enrique! ¡Cuántas veces entregamos á una mujer, á quien anticipadamente hemos concebido como la Virginia de Enrique, nuestro corazón, nuestros pensamientos, cada uno de los instantes de nuestra vida, y después, un acontecimiento cualquiera, una simple casualidad, nos da el más horroroso desengaño!

Inútil me parece agregar que no volvimos á la casa vecina.

En cuanto á Enrique, á consecuencia de esta nueva impresión, volvió á caer enfermo, pero ya no como la primera vez. Antes de una semana se hallaba totalmente restablecido, tanto de su enfermedad física, como de la moral, concluyendo para siempre, juntamente con el retrato de Virginia imaginaria, del cual hizo un auto de fe, loco de furor, su pasión por el arte.

Dedícóse más tarde al ejercicio de su profesión, sin otro objeto que servir á la humanidad y cumplir con los deseos que su padre le había manifestado.

Hoy, ya casado con la señorita Julia y con un guapo heredero, ocupa honrosamente un sillón del Parlamento.

El día en que las bodas tuvieron lugar, de las cuales dióme el honor de hacerme su padrino, recordamos, con placer, nuestra aventura del enano, y convinimos ambos en presencia de la novia, en que no siempre el arte se encuentra unido á la hermosura.

MARCIAL VALENZUELA SILVA

ROPA VIEJA

TRADICIONES

I

La primera campana de Lima

En cierta tarde de septiembre del año de 1535 hallábanse, en un huerto situado en el terreno que hoy se llama El Martinete, y que fué el lugar donde Pizarro estableció el primer molino de trigo y la primera panadería, empeñados en una partida de *bochas* y palitroques, cuatro caballeros, flor y nata de los hombres de la conquista.

Eran éstos el marqués don Francisco Pizarro, gobernador del Perú por su majestad don Carlos V; el capitán de arcabuceros y falconetes don Pedro de Candía, caballero de espuela dorada; el alcalde de la ciudad don Nicolás de Rivera, el Viejo, y don Blas de Atienza, compadre de Su Señoría el marqués, cumplido hidalgo

y que fué uno de los once que, en Cajamarca, se opusieron al suplicio de Atahualpa.

—Truco y retruco—dijo don Francisco lanzando la bola ó *bocha* que en la mano tenía.

—Buen golpe, señor gobernador—exclamó Pedro de Candía.

—Mingo, monigote y palos, retrucar es—añadió Rivera, aplaudiendo la destreza de Pizarro.

—La *oración*, caballeros, interrumpió Blas de Atienza.

Y todos se quitaron los chambergos, se persignaron y rezaron entre dientes, á la vez que en la calle se oía un recio toque de corneta y atambor.

Ocho meses de fundada llevaba la ciudad de los Reyes; y para congregar á misa al vecindario, así como para designar la hora del *Angelus* y demás actos de religiosa práctica, empleábanse los instrumentos bélicos.

Terminada la plegaria y vuéltose á cubrir los caballeros, dijo Blas de Atienza, que era hombre por quien Pizarro tenía gran respeto á la par que mucho cariño:

—Paréceme, don Francisco, que más que vida de ciudad hacemos vida militante, y ¡pardiobre! que las verdaderas cornetas del Señor son los bronces sagrados, que no bocinas y parches.

—Tiene razón que le sobra vuesamerced—contestó Pizarro—y holgárame de hallar, entre nuestros compañeros, artífice que de fundir campanas entendiera.

—Pues poco han de valer mis trazas é ingenio—dijo Pedro de Candía—si en mí no tiene Su Señoría al hombre que há menester para el empeño.

—Vengan esos cinco, capitán, que la palabra le tomo —repuso el marqués, estrechando la mano del hidalgo.

—Y yo, en nombre del cabildo—agregó Rivera el

Viejo—me obligo á suministrar los metales y cuanto el horno demande.

—Pues á la obra desde mañana, caballeros; y volvámonos á casa, que ya la noche se nos viene encima á todo venir.

Y en efecto. Al día siguiente se principió el acopio de materiales, y en breve estuvo funcionando el horno, cuyos fuelles manejó constantemente el mismo don Francisco Pizarro.

La campana, que pesaba mil trescientas libras, y que resultó muy sonora, se dejó oír por primera vez en la Nochebuena de diciembre, con gran contentamiento del vecindario limeño. El pueblo la bautizó con el nombre de *La marquesita.*

Fatalmente, esta campana apenas funcionó por menos de nueve años; pues, en 1544, antojóse de ella el virrey Blasco Núñez de Vela para fabricar arcabuces. Verdad es que ya no hacía gran falta; porque domínicos, mercenarios y franciscanos habían fabricado campanas, siendo una de ellas del peso de veinte quintales.

En cuanto á reloj público, el primero que poseyó Lima fué uno que, en 1555, compró el cabildo y que costó dos mil doscientos pesos de oro, según lo afirma el padre Cobo en su interesante libro.

II

Las cuatro P P P P de Lima

Arzobispo de Guatemala era, por los años de 1750, el peruano don fray Pedro Pablo Pardo; á la vez que el cargo de capitán general, gobernador y presidente de la

real audiencia guatemalteca, era desempeñado por otro peruano, el señor don José de Araujo y Río.

Del último no sé más sino que, antes de ser trasladado á Guatemala, había servido, en Quito, los cargos de oidor y presidente de la audiencia.

En cuanto á don fray Pedro Pablo Pardo Figueroa, sé que nació en Lima; que perteneció á la orden de mínimos de San Francisco de Paula; que como procurador de su convento pasó tres años entre Madrid y Roma; y que fué el último obispo y el primer arzobispo que tuvo Guatemala. Consiguió lo que en vano habían pretendido sus dieciocho antecesores; esto es, que la catedral de Guatemala fuese, en 1742, elevada á metropolitana.

En tiempo no remoto se ha dicho que Lima tiene tres M M M notables: mujeres, médicos y músicos. En los antiguos, es decir, hasta antes de que *entrara la patria*, todo el mundo decía que Lima era la ciudad de las cuatro P P P P. Viejos y mozos hablaban de estas cuatro letras, sin cuidarse de averiguar á qué aludían. Gracias al Inca *Concolorcorbo* y á su desvergonzado librejo *Lazarillo de caminantes*, he logrado averiguar la significación de las enigmáticas letras.

Cuenta Concolorcorbo que un día, y escrita con almagre, apareció en la puerta de la casa arzobispal de Guatemala, la siguiente copla:

> Regalo cincuenta pesos,
> con más un refresco encima,
> al que á descifrarme acierte
> las cuatro P P P P de Lima.

Aquella noche fué el acertijo tema obligado de conversación en la tertulia de Su Ilustrísima; y como nadie

diese en bola, y fuesen los asistentes cortesanos y aduladores, dijo un canónigo:

—¿Á qué devanarnos más los sesos, caballeros? Las cuatro P P P P quieren decir: Pedro, Pablo, Pardo, Perulero.

Y todos aplaudieron; y ya iba á darse por ejecutoriada la lisonjera solución, cuando entró de visita un caballero limeño que estaba, á la sazón, de tránsito en Guatemala y que, á juzgar por la gallardía y compostura de su persona y traje, debía ser hombre de fuste, de mucho fuste.

Vestía el tal, sombrero *caramanduca* con toquilla de cinta de la China, asegurada por hebilla de oro guarnecida de brillantes, abrigándose el cuello con un pañuelo de *clarín*, bordado de seda negra. La capa era de paño azul de Carcasona, y la chupa de terciopelo negro con botones de oro. Los calzones eran de los llamados *tapabalazo*, también de terciopelo, y remataban sobre la rodilla con una charretera de tres dedos de ancho, de galón de oro. Las medias eran de las mejores de seda filipina, y los zapatos de cordobán de lustre, á doble suela, con estrellita de oro sobre el empeine. En la mano lucía seis ó siete riquísimas tumbagas; y de un ojal de la chaquetilla pendía gruesa cadena con esmeraldas por eslabones. La camisa parecía ser de finísimo *elefante* (imitación de olán-batista) con tres andanadas de trencillas de Quito y encarrujados de encajes de Flandes.

Descrito el traje, mis lectores convendrán conmigo en que no era un pelafustán, sino muy empingorotada persona el limeño que de visita entrara al salón de su paisano el arzobispo.

—Á buen tiempo llega vuesamerced—le dijo el arzo-

bispo después de las fórmulas de saludo—que estos caballeros andan, desde hace una hora, dándose cabeza con cabeza por desenmarañar cierto enigma.

Y lo puso al tanto de lo que ocurría.

—¡Bah! bah! bah!—contestó el limeño, sacando una caja de oro, que bien pesaría libra y media, y sorbiendo una narigada del cucarachero—¿y en tan poca agua se ahogaban vuesasmercedes? Pues sepan, de hoy para siempre, que las cuatro P P P P de Lima son Pila, Puente, Pan y... Peines.

Yo sabía que el virrey Amat, cuando su querida *Perricholi* le preguntaba qué novedades había en Lima, solía contestarla:

La Pila, el Puente y el Pan,
como se estaban están,

pero esto de los Peines... ¡cuerno! la verdad sea dicha, no estaba en mis libros.

Ahora, en el último tercio del siglo XIX, prometo yo de regalo, no los cincuenta duros y el refresco del curioso coplero guatemalteco, sino... cualquiera futesa, que no sea plata ni cosa que lo valga... al que me averigüe qué pudieron ofrecer de notable los peines de cuerno que se fabricaban en Lima en el siglo de nuestros abuelos.

III

¡Córdova!

(Á ANÍBAL GALINDO)

De heroísmo verdadero,
fué una edad que ya se aleja.

¡Os hace falta un Homero,
tiempos de la patria vieja!
De aquel valiente que pudo,
de Ayacucho en la victoria,
dejar de palmas desnudo
todo el árbol de la gloria;
del bravo entre los mejores
que dijo:—*¡Arma á discreción*
y paso de vencedores! (1)—
oídme una tradición.

Espartano en bizarría
era, y gallardo el doncel:
mozo que á nadie cedía
del entusiasmo el laurel.
Es la civil disensión
y es un campo de batalla:
de ancho llano en la extensión
siembra muertos la metralla.
Héroe de la antigua Grecia
transportado al Mundo Nuevo,
allí do el combate arrecia
se ve impávido á un mancebo.
¡Oh! cuánta estéril hazaña!
¡Cuántos tajos y reveses!
¡Así bajo la guadaña
del segador caen las mieses!
—*Ríndete*—le grita alguno—
tu esperanza es ilusoria...
Somos ciento y eres uno,
y es nuestra ya la victoria (2).
Con tranquilo parecer
y sereno sonreír:
—*Si es imposible vencer,*
no es imposible morir—(3)
dijo el soberbio adalid
y, espoleando su bridón,
cayó en la revuelta lid
destrozado el corazón.

(1) Histórico.
(2) Id.
(3) Id.

IV

Historia de un cañoncito

Si hubiera escritor de vena que se encargara de recopilar todas las agudezas que del ex-presidente gran mariscal Castilla se refieren, digo que habríamos de deleitarnos con un libro sabrosísimo. Aconsejo á otro tal labor literaria, que yo me he jurado no meter mi hoz en la parte de historia que con los contemporáneos se relaciona. ¡Así estaré de escamado!

Don Ramón Castilla fué hombre que hasta á la Academia de la Lengua le dió lección al pelo; y compruébolo con afirmar que desde mas de 20 años antes de que esa ilustrada corporación pensase en reformar la ortografía, decretando que las palabras finalizadas en *ón* llevasen la *ó* acentuada, el general Castilla ponía una vírgula tamaña sobre su *Ramón*. Ahí están infinitos autógrafos suyos corroborando lo que digo.

Si ha habido peruano que conociera bien su tierra y á los hombres de su tierra, ese, indudablemente, fué don Ramón. Para él la empleomanía era la tentación irresistible y el móvil de todas las acciones, en nosotros, los hijos de la patria nueva.

Estaba don Ramón en su primera época de gobierno, y era el día de su cumpleaños, 31 de agosto de 1849. En palacio había lo que, en tiempo de los virreyes, se llamó *besamano*, y que en los días de la república, y para diferenciar, se llama lo mismo. Corporaciones y particulares acudieron al gran salón á felicitar al supremo mandatario.

Acercóse un joven á Su Excelencia y le obsequió, en prenda de afecto, un dije para el reloj. Era un microscópico cañoncito de oro, montado sobre una cureñita de filigrana de plata: un trabajo primoroso, en fin, una obra de hadas.

—¡Eh! gracias... mil gracias por el cariño—contestó el presidente, cortando las frases de la manera peculiar suya y sólo suya.—Que lo pongan sobre la consola de mi gabinete—añadió, volviéndose á uno de los edecanes.

El artífice se empeñaba en que Su Excelencia tomase en sus manos el dije, para que examinase la delicadeza y gracia del trabajo; pero don Ramón se excusó diciendo:

—¡Eh! No...no...está cargado...no juguemos con armas peligrosas...

Y corrían los días y el cañoncito permanecía sobre la consola, siendo objeto de conversación y de curiosidad para los amigos del presidente, quien no se cansaba de repetir:

—¡Eh! caballeros...hacerse á un lado... no hay que tocarlo... el cañoncito apunta... no sé si la puntería es alta ó baja... está cargado... un día de estos hará fuego... no hay que arriesgarse... retírense... no respondo de averías...

Y tales eran los aspavientos de don Ramón, que los palaciegos llegaron á persuadirse de que el cañoncito sería algo más peligroso que una bomba Orsini ó un torpedo Withehead.

Al cabo de un mes el cañoncito desapareció de la consola para ocupar sitio entre los dijes que adornaban la cadena del reloj de Su Excelencia.

Por la noche dijo el presidente á sus tertulios:

—¡Eh! señores... ya hizo fuego el cañoncito... puntería baja... poca pólvora... proyectil diminuto... ya no hay peligro...examínenlo.

¿Qué había pasado? Que el artífice aspiraba á una modesta plaza de inspector en el resguardo de la aduana del Callao, y que don Ramón acababa de acordarle el empleo.

Moraleja: los regalos que los chicos hacen á los grandes son, casi siempre, como el cañoncito de don Ramón: traen entripado y puntería fija. Día menos, día más pum! lanzan el proyectil.

RICARDO PALMA

SAINT-SIMÓN (PADRE)

Á MADAMA DE SEVIGNE

INÉDITO

(Á Javier Porto—Seguro Ovalle)

En repetidas ocasiones me habéis interrogado sobre mi carácter zumbón, mi espíritu desengañado, mi lenguaje burlesco; en unas con cierto interés, aparente al menos; en otras con burlas tan finas y maliciosas que he necesitado de más penetración de la que poseo para librarme de responderos una candidez y caer, en consecuencia, en vuestras garras... (perdonad, mi bella señora, esta expresión; sabéis que yo ya no soy galán)... ó en vuestras lindas manos, si la verdad os place.

Aquí, sobre mi escritorio, tengo vuestro muy insinuante y perfumado billete, y en él leo:

"Años atrás há que os pregunto la causa de vuestro modo de ser, y nunca habéis tenido la atención, ni aun por mera cortesía, de satisfacer la gran curiosidad de esta vuestra amiga que os aprecia tan de veras. Por ello

¡cuántas veces os he tachado de brusco, desatento, *chinchoso*, mal caballero! Y ¡cuán inútilmente! Á lo que cualquiera otro me hubiera replicado con un enojo olímpico, vos os contentabais con sonreíros. Con semejante conducta, á un motivo de desagrado añadíais simplemente otro, pues también me contrariaba el no poder enfadaros.

«Ya es tiempo de que me habléis con toda verdad, de que seáis franco para conmigo, siquiera alguna vez en vuestra vida. No me digáis más, amigo mío, que siempre habéis sido el mismo; nó ¡por Dios! mi querido duque, que bastante os conozco. Compañeros de la infancia (1), recuerdo perfectamente que hasta los veintidós años fuisteis otro, otro muy distinto: alegre, atolondrado, espontáneamente risueño, muy habladorcito, casi pedante, casi majadero—pero un majadero muy simpático—animabais una reunión cualquiera sólo con vuestra presencia. Recién cumplisteis los veintidós, mi marido, como recordaréis, fué nombrado gobernador del Havre (2), y pasé tres años sin veros. Cuando de nuevo os encontré, ¡cuán mudado estabais! Saint-Simón no era Saint-Simón; ya no era el mismo, sino el mismo que actualmente es. ¡El ardiente iluso convertido en un frío escéptico! Pierda yo vuestro cariño si en ese tiempo no sufristeis muchas decepciones.

«Os hablo en este momento con toda sinceridad; y

(1) *Compañeros desde la infancia.* Si tuviéramos la completa seguridad de que este documento es auténtico y no apócrifo, como pretenden algunos, diríamos que las palabras subrayadas podrían servir de excelente argumento á los que niegan el hecho de haber nacido Madama de Sevigné en la Borgoña.

(2) *Nombrado gobernador del Havre.* Hé aquí un hecho que no vemos confirmado por la historia. Empero, encargados de traducir esta pieza original, estamos obligados á guardar la mayor fidelidad posible. No somos críticos; somos sencillamente traductores.

creedme, Luis, creedme, pues aunque soy mujer suelo ser sincera. Bien me conocéis para dudarlo.»

He copiado las anteriores líneas tanto por el placer que siempre experimento en repetir vuestras palabras cuanto por tener más presente vuestra petición, á la cual voy á acceder en el acto. Quiero no incurrir más en vuestros reproches. De hoy en adelante ya no podréis decirme: «Os suplico seriamente que por esta vez no tratéis de desvanecerme con vuestras andanadas de frases galanas—brillantes espumas, deslumbradores globitos de jabón—en las que, si bien manifestáis vuestra habilidad en el arte de hablar mucho sin decir nada, en cambio no probáis, por más que afirméis lo contrario, buenos deseos de complacerme.» Hace tiempo que de buena gana hubiera hecho lo de ahora; pero me ha detenido ¿á que no os lo figuráis? una vana vergüenza, mi amor propio... ¡tan pequeños y pueriles han sido los motivos de mi cambio, para un hombre tan grave, serio, rabioso y moderado como yo; de este cambio tan violento y opuesto! Creía, á la verdad, caer mucho en vuestra estimación el día ó la hora inoportuna en que os revelase mi secreto. Mas ahora estoy resuelto, suceda lo que suceda. ¿Os reiréis, como de costumbre, un rato de mí? Está bien; en cambio, mi dulce señora, yo me he reído no poco de vos. No nos perjudicará el que haya alguna compensación en nuestra antigua amistad. Convenidos en este punto, me tenéis á vuestros pies, contándoos una parte de la muy insignificante historia de mi vida, de los veintidós á los veinticinco años, precisamente de la época que vos, con vuestra encantadora gracia, llamáis de las decepciones. Ruégoos encarecidamente no bostecéis.

El año de gracia de 1643 abandonaba, dando saltos de puro gusto, las aulas del colegio-castillo y entraba al mundo sonriente, generoso, amigo y amante, por la dorada puerta de la juventud. ¡Oh época deliciosa! Era en los alegres días del tiempo feliz de la Regencia. Una noche, sin igual, en que París entusiasmado celebraba la victoria de Rocroy, me dirigía al baile de palacio después de haber ocupado cinco largas horas en el arreglo de mi *toilette*, durante las cuales mi persona feliz se probó veinte trajes distintos sin apartarse del espejo un minuto, se bañó tres veces, quince se peinó, cuatro estuvo con Vaubán, el real peluquero, y cien se ocupó en otras bagatelas de igual jaez. No os aburriré hablándoos de las esperanzas, temores, ilusiones que en aquella noche concebí; tampoco de las necedades, torpezas. . . . . .

Aquí, como en otros puntos, el manuscrito está tan borrado, los caracteres tan desleídos, que ni al través de la luz ni con ayuda del lente pudimos descifrar las palabras finales de la última frase. En adelante continuaremos señalando estos vacíos con puntos suspensivos.

Sólo os diré que, embriagado, idiota, loco de contento, radiante de júbilo, á las dos de la mañana recibía yo, yo ¡un chiquillo! un ramo de flores de la dama más linda que la corte de los reyes de Francia ha visto en día alguno y que más tarde el palacio de Versalles haya recibido en sus salones. ¡Qué Julia de Angennes, Diana de Longueville, duquesa Genoveva... sombras opacas todas ellas! Alta, de ojos azules, pelo castaño, trigueña, tenía esa doble hermosura irresistible que atrae á la vez con los dulces encantos de las rubias y con los picantes atractivos de las morenas. Mas no pretendo hacer comparaciones ni retratos: ¡vos la conocisteis!

Jamás olvidaré aquel momento de suprema felicidad. La dije, la prometí, la juré por la tierra hermosa, por el cielo tachonado de estrellas, por el techo tupido de arañas, que conservaría más allá de mi tumba el ramo; no lo trocaría ni aun por el mismo cielo; me moriría cien veces antes de sufrir la pérdida del más pequeño pétalo de la última de sus flores: ese ramo era mi talismán, mi sino, mi estrella; mi porvenir estaba en la mano, mi camino por este valle de miserias sembrado de rosas. Juraba con tal ardor, que en mi petulancia inaudita hubiera deseado tener ante mí á todos los dioses del Olimpo, á todas las negras potestades del Averno para que, presenciando mi juramento, fuesen testigos algún día del modo cabal como cumple su palabra un niño, si se quiere, pero agigantado por la fuerza vivificante de un amor espontáneo.

Nadie vió terminarse la fiesta con más pena que yo; pero ninguno se recogió á su hogar más contento y lleno de ilusiones.—Vacilaciones inquietantes asaltáronme al tiempo de acostarme, encerrado ya en mi dormitorio. ¿Dónde colocaría el ramo? Lo dejaría prendido en mi casaca, ó remojándose en un florero? Cuestión importante, gravísima. ¿Cuál sería la mejor manera? Cuál? cuál? Ésta? nó; ¿esta otra? tampoco; ¿aquélla? menos. Consultaba á los muebles, las paredes, el piso, el techo; desperté al pobre viejo de mi camarero, que me respondió casi con un rezongo. Acomodábalo con todo cuidado en una copa, y luego quitábalo de ahí y lo ponía en otra parte, y de esta en otra y otra, y volvía á colocarlo en los mismos puntos y en todos lo encontraba mal. Al fin, después de un par de horas de meditar y cavilar, una idea súbita y brillante iluminó mi inteligencia. »¡Ahora

sí!—exclamé todo alborozado—me lo prenderé en mi camisa y dormiré con él respirando su aroma, recordando mi amor. Mi corazón dará calor á sus flores y mi aliento, fresco rocío.» Hícelo así en efecto, y á pesar del cansancio que sentía, esquivaba las caricias de Morfeo á fin de gozar con mis fantasías.

Á la mañana siguiente, á medio día, desperté. La idea fija ¡el ramo! me asaltó. Instantáneamente la vista y las manos llevé á mi pecho. ¡Santo cielo! se había desprendido de la camisa. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba? De un movimiento me incorporé en la cama y con rabiosa inquietud sacudí la ropa buscándolo. ¡Nada! Salté del lecho sin apartar las cortinas; busqué nerviosamente por debajo, por encima, y registré toda la pieza. ¡Inútilmente! Entonces legiones de ideas absurdas acudieron alborotadoras á mi fantasía: alguno debía haber entrado en puntillas durante mi sueño, algún insolente, uno de esos amigos de confianza que acostumbran tomársela en demasía, un pesado, ¿acaso un misterioso rival? Pero si las puertas estaban herméticamente cerradas; buen cuidado había tenido yo de echarles llave al recogerme. ¡Oh! aquello ya era para volverse loco de desesperación. Mi razón vacilaba.

Desconsolado, profundamente abatido, me senté en un sillón, los codos en las rodillas y las manos en mi abrasada frente. ¡El suicidio! pensé por un momento.

Paseaba mis extraviadas miradas sobre el pavimento de la pieza cuando la casualidad quiso que las fijara debajo del catre. Mi rostro se bañó de un sudor frío. ¡Ah fatalidad, perpetua burladora de los designios y promesas de los hombres! ¡Allí... flotaba mi ramo!—Antes de cerrar los ojos y mesarme los cabellos me pareció ver á

Cupido que, con un aire socarrón, endiabladamente sarcástico, me mostraba sumergidos ¡en ese fondo! todos mis soberbios juramentos de aquella gran noche ya pasada.

Habéis oído, mi bien amada señora, la historia de mi primera decepción, harto ruda por cierto. Sino estáis aburrida, pronto estoy para contaros la segunda y tercera. Estas no os fastidiarán tanto, las hallaréis más interesantes, aunque para mí lo sean mucho menos. Lo que acabáis de oírme no es para vos, para vos, respecto de quien, las malas lenguas dicen—únicamente las malas—que el brillo de vuestra inteligencia apaga nn tanto el fuego de vuestro corazón. . . . . .

En esta parte así como en las siguientes hay manchas y unos lamentables mordizcos de ratón goloso que hacen imposible su lectura. Los tres pliegos que faltan se encuentran en el mismo estado y quizá peor. Por esta causa no podemos dar á nuestros amables lectores la traducción íntegra de este documento inédito, contentándonos forzosamente con el fragmento anterior.

ALBERTO VALENZUELA C.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Tal significado corresponde á la etimología de esta palabra, que proviene de *fallens-fallentis.*

Una de las acepciones de la palabra *fallido*, á saber, la de *quebrado* ó *sin crédito*, puede haber inducido en esta equivocación.

BARATEZ

Un decreto del gobierno de Chile, expedido con fecha 19 de enero de 1826, empieza así:

«La libertad y concurrencia es el origen de la *baratez* y comodidad pública.»

En vez de *baratez*, debió decir *baratura.*

La palabra *baratez* no se usa al presente en Chile.

BARATILLERO

El DICCIONARIO de la Real Academia Española da á *baratillo* el significado de «conjunto de *trastos* de poco precio que están en venta en parajes públicos.»

Advierte que, «en algunos pueblos, se llama también así el sitio fijo en que se hacen estas ventas.»

En Chile, se da á *baratillo* una acepción diferente, pues se designa con este nombre una tienda pequeña en la cual se venden al por menor algunas de las telas y de las mercaderías más usadas en la vida ordinaria, como percales, géneros de algodón, cintas, utensilios de costura, botones, hebillas etc., etc.

Pero ya sea que se tome *baratillo* en el sentido que el DICCIONARIO de la Academia le señala, ya sea que se tome en el sentido con que se usa en Chile, es preciso que haya una palabra para denotar la persona que se dedica á esta clase de comercio.

La que se emplea para esto en Chile es la de *baratillero.*

El DICCIONARIO de la Academia no la reconoce; pero Salvá, Domínguez, Barcia y otros la incluyen entre las castizas.

Excusado parece advertir que estos últimos, concordando los significados de *baratillo* y de *baratillero*, entienden que *baratillero* denota un vendedor de *trastos* de poco precio.

Salvá aun dice que equivale á *ropavejero*..

Sin embargo, como en Chile se da á *baratillo* el significado de tienda pequeña á que he aludido, era natural que se introdujera en el de *baratillero* la modificación correspondiente.

BARNIZADOR

Nadie niega ni podría negar que *barniz* y *barnizar* sean muy buenas palabras castellanas.

Pero la existencia de esas dos palabras exige la de otra que sirva para designar la persona que da el *barniz* ó que *barniza*.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española admite el sustantivo *barniz* y el verbo *barnizar*; pero no el vocablo *barnizador*, que es indispensable.

Barnizador es muy usado en Chile, y debe serlo en todas las naciones de nuestra raza.

Efectivamente, los diccionarios de don Ramón Joaquín Domínguez, de una sociedad literaria y de don Roque Barcia le dan cabida en sus columnas.

Don Vicente Salvá no hace igual cosa en el suyo de la lengua castellana; pero el NUEVO DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL que don J. B. Buin compuso con presencia de los materiales reunidos para una obra de esta especie por aquel distinguido y laborioso gramático traduce el vocablo francés *vernisseur* por el castellano *barnizador*, «el que barniza».

El DICCIONARIO de la Academia, verbigracia, reconoce que existe el verbo *bruñir*, «acicalar, sacar lustre ó brillo á una cosa, como metal, piedra etc.», el sustantivo *bruñido*, «acción y efecto de *bruñir*, y el adjetivo, á veces empleado sustantivadamente, *bruñidor*, *bruñidora*, «que bruñe».

Siendo esto así, no se comprende por qué habría de reprobarse el uso de *barnizar*, de *barniz* y de *barnizador*, que son tres formas completamente análogas á las mencionadas.

Barnizador no podría ser reemplazado por *bruñidor*. Los significados de estas dos palabras son manifiestamente distintos.

BARRETA, BARRETEAR, BARRETERO

Entre las herramientas que se fabricaron en Chile desde los primeros tiempos de la conquista española, se cuentan el hacha, la hoz, la barrena, el azadón, el almocafre, el pico, la azuela, el escoplo, la barreta, como puede verse en el acta de la sesión celebrada par el cabildo de Santiago el 22 de febrero de 1548, esto es, á los siete años de la fundación de esta ciudad.

El arancel contenido en la citada acta de 22 de febrero de 1548 determina que los herreros sólo pueden «llevar en esta ciudad de Santiago y en todos sus términos», tres pesos por la hechura de una *barreta* de hasta doce libras, y dos tomines (reales) «por *auzar* una *barreta*».

Haré notar de paso que este verbo *auzar* es evidentemente una corrupción del verbo *aguzar*.

Hay constancia de que los conquistadores del siglo XVI daban también á la *barreta* el nombre de *barra*.

En las actas de las sesiones celebradas por el cabildo de Santiago el 10 de diciembre de 1548, y el 1.º de julio de 1549, se registran dos nuevos aranceles que modifican ó completan el de 22 de febrero de 1548, en los cuales se llama *barra* á lo que antes se había llamado *barreta*.

La herramienta llamada *barreta* por el arancel de 1548 conserva hasta ahora en Chile este nombre, el cual parece propio, desde que el DICCIONARIO de la Real Aca-

demia Española enseña que *barreta* es diminutivo de *barra*, y que este vocablo tiene, entre sus acepciones la de "pieza de metal, madera ú otra materia, de forma prismática ó cilíndrica, y siempre mucho más larga que gruesa".

Los chilenos, desde la conquista acá, llamamos *barreta* á una *barra* no muy pequeña de hierro, y de forma cilíndrica, la cual es más larga que gruesa.

Aparece entonces que aplicamos á un objeto especial un nombre genérico que cuadra igualmente á varios otros.

El artículo 21, título 12, de las REALES ORDENANZAS PARA LA DIRECCIÓN, RÉGIMEN Y GOBIERNO DEL IMPORTANTE CUERPO DE LA MINERÍA DE NUEVA ESPAÑA, dice así:

"Si algún *barretero* ú otro operario ó sirviente de minas extraviase la labor dejando respaldado el metal, ó lo ocultare de otra manera maliciosamente, se procederá á su castigo en los mismos términos que se prescriben en el artículo 19 de este título."

Efectivamente, el DICCIONARIO de la Real Academia Española define *barretero*, "el que trabaja con barra, cuña ó pico."

En nuestro país se llama *barretero* sólo al que mnaeja la herramienta antes mencionada.

Como lo he demostrado, no puede de ningún modo censurarse los significados que se dan en Chile á *barreta* y *barretero*.

Siendo así, como lo es, parece que debería también confirmarse el empleo de *barretear* en el sentido de cavar la tierra, ó de labrar una mina, según se usa entre nosotros.

Mientras tanto el DICCIONARIO de la Real Academia

Española reconoce á este verbo únicamente el "afianzar ó asegurar alguna cosa con barras de metal ó de madera, como se hace con los baúles, cofres, cajones etc."

BENEFICIARIO

El Diccionario de la Real Academia declara que esta palabra sólo significa "el que goz un territorio, predio ó usufructo que recibió gratuitamente de otro superior á quien reconoce".

Don Andrés Bello, en los artículos 1259, 1260, 1261, 1262 y 1263 del Código Civil Chileno, la aplica al que acepta una herencia con *beneficio de inventario*.

El Código Chileno de Comercio denomina en el artículo 623 *tomador* ó *beneficiario* "al que adquiere una letra mediante un valor prometido ó entregado".

BENEFICIO

El Diccionario de la Real Academia Española da á este vocablo, entre otras acepciones, la forense de "derecho que compete á uno por ley ó privilegio".

Sin embargo, ha juzgado necesario definir separadamente lo que significa *beneficio de inventario*, esto es, "el derecho que tiene el heredero que acepta la herencia con esta condición, de no quedar obligado á pagar á los acreedores del difunto más de lo que importe la herencia misma, con lo que se compromete á hacer inventario formal de los bienes en que consiste".

Pero por la misma razón, debió expresar lo que significan el *beneficio de competencia* de que hablan los artículos 1625, 1627 y 1626; el *beneficio de excusión* de que

hablan los artículos 2357 y 2358; y el *beneficio de separación* de que hablan los artículos 1378, 1379 y 1380 del Código Civil Chileno.

BIEN, BIENES

Don Andrés Bello, en la Gramática de la lengua castellana, párrafo 75, incluye, entre los nombres apelativos que carecen de singular, á *bienes* por la hacienda ó patrimonio.

Sin embargo, advierte que, en Chile, se usa un *bien*, significando una finca.

Bello, conforme á esta doctrina, ha empleado siempre á *bienes* en plural en la significación de *hacienda*, *riqueza*, *caudal*, pero hasta ahora, abogados chilenos distinguidos dicen y escriben: un *bien raíz*, y otras expresiones análogas.

El Diccionario de la Real Academia hace notar que antiguamente se usaba *bien* en el sentido de *hacienda* ó *caudal*.

Sin embargo, declara que, en el día, sólo se usa en plural, y trae un gran número de ejemplos.

BIMESTRAL

Este adjetivo, según el Diccionario de la Real Academia Española, significa "que dura dos meses"; esto es, se encuentra, según el Diccionario, en el mismo caso que *semestral*, el cual significa "que dura por espacio de seis meses".

Así, podrá decirse "un curso *bimestral* ó *semestral* de tal ramo"; pero no podría decirse "una revista *bimestral*

ó *semestral*» por una que apareciese cada dos meses ó ó cada tres meses; ni tampoco «renta *bimestral* ó *semestral*» por una que se percibiese cada dos meses, ó cada tres.

Mientras tanto, *mensual*, según el DICCIONARIO, significa «que es de cada mes»; y *anual* puede usarse en dos acepciones: 1.ª «que se hace ó sucede cada año»; y 2.ª «que dura un año».

El DICCIONARIO no admite el adjetivo *cuatrimestral*.

BIMESTRALIDAD

El artículo 3 de los estatutos de la Sociedad de Beneficencia de Osorno, declarada persona jurídica por decreto del Presidente de la República fecha 16 de mayo de 1884, dice así:

«*Artículo 3.* Toda persona que quiera formar parte de la sociedad deberá contribuir:

«Con tres pesos al menos los que se inscriben desde la fecha, y hasta un año desde hoy.

«Con seis pesos al menos después del primer año;

«Y además con un mínimun de cincuenta centavos mensuales pagados en *bimestralidades* anticipadas durante todo el tiempo que quieran pertenecer á la asociación.»

Manifiestamente, este vocablo ha sido formado á imitación de *anualidad*, que significa «importe anual de cualquier renta»; y de *mensualidad*, que significa «sueldo ó salario que corresponde en cada mes á cada individuo de los que lo devengan, ó á todos los que sirven en una misma dependencia»; pero el DICCIONARIO no admite *bimestralidad*, ni las palabras análogas.

Lo que en el documento citado se llama *bimestralidad*, se denomina en buen castellano *bimestre*.

BOCATOMA

En Chile son muy usadas las palabras *bocatoma* y *toma*.

Se llama *bocatoma* la parte de la ribera de un río ó corriente natural donde, mediante la ejecución de obras más ó menos sólidas, y la abertura de un canal más ó menos ancho y profundo, se da á una cierta porción de agua un curso determinado para llevarla hacia un lugar que convenga.

Esto mismo, en ocasiones, suele denominarse simplemente *toma*.

Sin embargo, esta denominación de *toma* se aplica más especialmente á la parte de un canal artificial de donde, por el procedimiento antes descrito á la ligera, se saca y aparta una cantidad de agua.

Don Claudio Gay ha resumido en el capítulo 15, tomo 1.º, de su obra titulada LA AGRICULTURA DE CHILE, la historia del canal de San Carlos, ó sea del canal de Maipo, en las inmediaciones de Santiago.

Hé aquí algunas de las frases que se leen en ese capítulo:

«Gracias á la solicitud de O'Higgins, las obras del canal continuaron con bastante rapidez para que, en 1820, el día de San Bernardo, su patrón, pudiesen los directores abrir la *bocatoma*, y hacer llegar el agua hasta el Mapocho» (página 253).

«Uno de los primeros acuerdos de la sociedad fué el de mandar que se reparase la *bocatoma*, y que se hiciese

un marco de cal y ladrillo, medidor de toda el agua en la boca de los tres canales San Francisco, San Bernardo y San Carlos» (página 255).

Bocatoma significa manifiestamente en las dos frases precedentes el paraje del río de donde se saca el agua para darle el curso conveniente.

«La vigilancia del canal está á cargo de los jueces de agua, y de los aguadores, pagados por la sociedad: los unos debiendo permanecer cerca de la gran *bocatoma*, para observar día y noche la acción del poderoso río torrencial Maipo; y los otros, recorrer los canales y sus brazos para examinar, al menos una vez por semana, las *tomas*, y cuidar de que las aguas no sean llevadas más que por su cauce legal» (página 259).

En esta frase, se emplean las palabras *bocatoma* y *toma* en los sentidos respectivos de que he hablado.

El inciso 1.º, artículo 118, de la *Ley de organización y atribuciones de las municipalidades* dice á la letra como sigue:

«Los ríos y demás corrientes de agua del uso común de los habitantes, estarán sujetos á la acción de las municipalidades en cuanto á establecer reglas para el buen uso de las aguas mientras corran por el cauce natural y ordinario, y para determinar generalmente las formas y seguridades con que deben construirse las *tomas ó los marcos de las acequias ó canales que de dichos ríos se saquen*».

Toma se halla empleado aquí por *bocatoma*.

El artículo 83 de los estatutos de la sociedad del canal de Maipo, aprobados por decreto del presidente de la República fecha de 4 de julio de 1873, empieza así:

«Habrá un ingeniero, cuyos deberes son:

"1.º Recorrer y examinar constantemente el estado de las *bocatomas* y canales de la empresa, así como los partidores y canales particulares".

El artículo 84 de los mismos empieza así:

"Habrá un inspector de las *bocatomas* con la obligación de residir precisamente inmediato á ellas; y sus obligaciones son:

"1.ª Dar inmediato aviso al ingeniero de cualquiera variación que se presuma ó espere en el agua del río, y de cualquiera daño que pueda sobrevenir en los malecones y *bocatomas*, y de todo aquello que, á su juicio, pueda favorecer ó perjudicar los derechos de la sociedad."

Bocatoma, en los trozos precedentes, se halla empleado en el sentido de paraje del río dedonde se saca el agua.

El artículo 83, que, como se ha visto, determina los deberes del ingeniero, dice así, en el número 10:

"Estudiar con detención el mejor sistema de destribución de las aguas, y proponerlo al directorio con la brevedad posible para que, cumplido el requisito que exige el número 4 del artículo 66, y aprobado por el directorio, se plantee poco á poco, tanto en los canales, como en las *tomas y marcos particulares;* pero debiendo evitar que, por la realización parcial, se favorezca á unos con perjuicio de otros".

Evidentemente aquí *toma* designa el paraje del canal dedonde se saca una cierta cantidad de agua.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

UN DESAPARECIDO

(Continuación)

XI

Carmen conservaba algunos amigos de sus buenos tiempos de próspera fortuna, y fué á consultar al más prominente de entre ellos, á don Luis Bolívar, hombre de recto criterio, profunda ciencia y maneras muy distinguidas é insinuantes.

La recibió este caballero con exquisita cortesía, é impuesto de los temores de Carmen para que Edgardo entrara como empleado en casa de don Marcelo, se quedó largo tiempo pensativo.

—Estoy en el deber de hablarle con toda franqueza—dijo al fin.—Don Marcelo es un hombre de carácter tenaz, ambicioso, y tiene una idea depravada de los hombres, acaso porque los juzga mirándolos en el espejo de su corazón. Esto no obstante, no lo creo capaz de des-

cender hasta el crimen, si bien me inquieta que en el instante de salvarse del carruaje, no se preocupara de la suerte de su hija, verdadera joya por su educación y su belleza. Si Edgardo renunciara á la ocupación propuesta y admitida, sin una causa ostensiblemente justa y aceptable, la cavilosidad de don Marcelo se pondría en actividad, é irremediablemente se harían ustedes de un enemigo temible y peligroso. Ya que no puede usted desechar negros presentimientos, como me lo ha dicho, yo procuraré encontrar para su hijo un empleo con expectativas de ascenso, y que será la razón que haga valer para el objeto que nos proponemos. Á mí tampoco me gusta ese hombre; he solido interceptar en sus miradas un destello que sólo es propio de la raza felina, y he visto con horror el tinte ceniciento que toma su rostro cuando se encoleriza.

Aunque estos antecedentes no eran tranquilizadores, Carmen, siguiendo el consejo, resolvió no poner inconvenientes, por entonces, á lo que Edgardo llamaba su porvenir. ¡Ah! ¡cuán bien habría hecho Carmen dejándose guiar por sus presentimientos; presentimientos de madre, que son, por lo general, anuncios del cielo!

Don Marcelo era hombre malo, de intenciones torcidas, y que no reparaba en los medios para llegar, por el camino más corto, al fin que se proponía.

Ya lo hemos visto, en su conferencia con Marcos, haciéndose el humilde, para ganar un palmo de terreno é insinuarse en el ánimo de sus satélites.

Hábil en estas maniobras y perseverante en sus empresas, llegó á adquirir un gran prestigio entre sus electores, cuyo centro era la casa de Marcos.

Ahí don Marcelo, es ya tiempo de decirlo, conoció á

Julia, y el amor, ó simplemente el deseo, enardeció su sangre.

La gentil niña tenía una de esas bellezas virginales, atrayentes, que cuando son revestidas con el ropaje de la pobre medianía, estimulan las acechanzas de los hombres poco escrupulosos y de sentimientos bastardos.

Don Marcelo, bastante astuto para no dejar traslucir sus intenciones en prosecución de sus ocultos designios, se limitó, al principiar sus maniobras, á multiplicar sus halagos y sus visitas al bueno de Marcos, que se manifestaba muy envanecido de la distinción con que le favorecía el intrigante.

Una noche le dijo éste, llamándole aparte con misterio:

—Mi candidatura, gracias á sus esfuerzos, lleva buen rumbo, y puedo considerarla como un hecho.

—Como un hecho consumado.

—Es también mi opinión.

—¿Qué desea, pues?

—Deseo que triunfen igualmente mis correligionarios políticos, para formar en el Congreso una falanje poderosa y formidable. ¡Ah! si en cada departamento tuviéramos un hombre como usted!

—Los habrá igualmente decididos.

—Decididos tal vez, mas no con la actividad é inteligencia que á usted caracterizan.

—Lisonjea usted mi amor propio.

—Nada de eso; y la prueba...

—Continúe usted.

—Y la prueba es que ayer mismo, conversando con X., el candidato de oposición en el departamento de la

Victoria, que se lamentaba de no tener una persona bastante sagaz y segura que pudiera pulsear, por decirlo así, el contingente de sus fuerzas y el prestigio de sus adversarios, me acordé de usted.

—¿De veras?

—Y tanto, que X., á quien le hice presente su práctica, su integridad y su tino en asuntos de esta naturaleza, me conjuró para que interpusiera mi influencia con el propósito de decidirle á practicar una visita en ese departamento.

—¿Se trata, según entiendo, de hacer un cómputo de las fuerzas con que cuentan ambos lados?

—Justamente.

—Y ¿qué respondió usted al señor X?

—Como se trataba de un correligionario que, en caso de triunfo, me debería en parte su elección, consentí en hablarlo. ¿He procedido mal?

—De ninguna manera.

—Esperaba esta contestación, y en consecuencia acepté de X. esta letra por valor de 500 pesos.

—¿Para qué?

—Para sus gastos de viaje, y para promover una reunión, en caso necesario.

—En todo piensa usted.

—Sin dinero, amigo mío, no se hace nada. ¿Quedamos, pues, en que se trasladará usted al vecino departamento?

—Quedamos en eso.

—¿Cuándo?

—Hoy es miércoles. Será al fin de la semana.

—¿Y permanecerá usted ahí?...

—Dos ó tres días: es lo bastante para el objeto.

—Creo lo mismo, y voy, sin pérdida de tiempo, á trasmitir á X. esta buena noticia.

Temiendo don Marcelo, á pesar del dominio que tenía sobre sí mismo para disimular sus impresiones, temiendo que revelara su rostro el placer que experimentaba su alma, tomó el arbitrio de alejarse, apretando contra su pecho la llave de la casa de Marcos, que éste le suministrara en virtud de su oferta, como lo recordará el lector.

Julia, entristecida por las causas que hemos expuesto en los capítulos anteriores, oyó sin alterarse y sin emoción la noticia del viaje de Marcos.

—¿Quieres acompañarme?—le dijo éste.

—No padre mío, prefiero quedarme en casa.

—Bien mirado, haces bien. Mi viaje será corto, y además mis ocupaciones no me dejarían tiempo para sacarte á paseo.

—Razón de más, ir á otra parte y no pasear...

—No por eso me olvidaré de ti; si encuentro algo que me guste, te traigo un bonito regalo.

Por los labios de Julia vagó una triste sonrisa.

¿Para qué quería obsequios cuando llevaba el luto en el alma? Lo que quería era el silencio y la soledad para entregarse sin testigos á sus tristes pensamientos.

¿No existe un secreto placer en mortificarnos moralmente, en circunstancias idénticas á las de Julia? Sí, ese placer existe, placer de los desgraciados, que acaso sienten alivio derramando amargas lágrimas!

Marcos, por su parte, estaba contento, y cada vez más decidido y más empapado en las cualidades de don Marcelo.

¡Es tan difícil ver el verdadero rostro de los hombres cuando lo cubre la máscara de la hipocresía!

¡Es tan difícil divisar tras la piel de la inofensiva oveja la terrible boca del lobo dispuesto á herir, al menor descuido, á cuantos caen en la red de sus falaces halagos!

XII

Edgardo había entrado en el ejercicio de su empleo con todo el ardor y el entusiasmo de quien, por largo tiempo, ha pretendido un puesto remunerado.

Don Marcelo era laborioso y se encontraba con un auxiliar que le secundaba admirablemente.

Hubo noches que, despachando correspondencia, se retiró Edgardo á la una de la mañana, contento como si hubiera estado en un sarao y no de cabeza en su escritorio.

Cierta tarde dijo alegremente á su madre, besándola en la frente:

—¡Qué dicha trabajar para usted! ¿Está contenta?

—Estoy resignada.

—¿Nada más?

—No puedo desechar mis prevenciones.

—Don Marcelo se conduce bien conmigo; me trata con consideración ¿qué más puedo desear?

—¡Es cierto! acaso no tenga razón. ¡Dios lo quiera!—exclamó Carmen con un suspiro.

Y luego, como pesarosa de haberse dejado arrastrar contra la corriente de sus presentimientos:

—¿Cómo se explica—dijo—que tratándote don Marcelo con consideración y habiendo realizado tus deseos de emplearte en un puesto lucrativo, estés siempre triste?

—¿Yo triste, madre?

—Tú, tú mismo. ¿Crees acaso que esta anomalía ha pasado desapercibida á mis ojos?

—Repito que no estoy triste.

—Triste ó preocupado es lo mismo. ¿Cuál es la causa?

Edgardo se ruborizó.

—¿Ves? No me había engañado—exclamó Carmen. ¿Qué causa es esa? Talvez don Marcelo...

—No, madre mía.

—Explícate entonces.

—Ya le he dicho, está usted equivocada; yo no estoy triste.

—Procuras disimularlo en mi presencia; eso es todo. ¿Por qué no confías tus penas al corazón de tu madre?

—No son realmente penas. Le diré: he notado...

—¿Qué cosa has notado? Continúa.

—Es algo mío propio, distinto de lo que usted piensa.

—No importa, dímelo.

—He notado que Julia desde hace días evita mi presencia.

—¿Es eso todo? Pues tranquilízate; la pobre niña está preocupada con el próximo viaje de su padre.

Edgardo movió negativamente la cabeza.

—Sepamos—dijo Carmen después de algunos momentos de silencio—¿tú amas á esa niña?

Edgardo guardó silencio.

—¿La amas?—insistió Carmen.

—¡Ah! siempre Julia tan buena, tan servicial para nosotros. ¿Se acuerda que cuando estuvo usted enferma?...

—¡Dios me libre de olvidar todo aquello por lo cual debo gratitud! Responde á mi pregunta ¿la amas?

—Sí, madre mía.

—Y ella ¿te corresponde?

—No lo sé.

—¿Nunca la has dicho tu amor?

—Jamás; antes de ahora no me habría atrevido. Vivía á expensas de usted; hoy que he logrado ocuparme, evita encontrarse conmigo.

—¿Sin ninguna causa?

—Ninguna, al menos que yo sepa.

El rostro de Carmen irradió felicidad.

—Me acabas de proporcionar un gran placer, hijo mío—murmuró—tu enlace con Julia ha sido el constante ensueño de mi vida.

—Madre ¡cuán bondadosa es usted!

Carmen abrió sus brazos, y Edgardo se precipitó en ellos, manteniéndose así unidos por largo tiempo.

Edgardo fué el primero en decir:

—¡Cuán feliz soy y qué distante estaba de prever este resultado!

—¿Por qué distante?

—Se lo confesaré. Creí, y lo encontraba justo y estaba á ello resignado, creí que usted no me permitiría pensar en mi amor, antes de satisfacer, siquiera en parte, lo que le debo, madre mía.

—Las madres no son egoístas; cumplen sus deberes para con sus hijos sin pensar jamás en la recompensa.

Edgardo volvió nuevamente á acariciar á Carmen, estrechándola con ternura.

—¡Qué buena y qué noble es usted!—repitió con una especie de éxtasis.

—Descendamos á la realidad—dijo Carmen, enjugando las dulces lágrimas que asomaban á sus ojos.—¿No sabes si Julia te corresponde?

—Lo ignoro completamente—murmuró Edgardo, cuya frente se oscureció.

—¿Desde cuándo notas que Julia evita tu presencia?

—Desde el día en que abandoné mi lecho, después del accidente del carruaje.

—Ya veremos eso—murmuró Carmen.—¿Tienes que volver á casa de don Marcelo?

—Sí, madre mía; hay un trabajo extraordinario con motivo de la correspondencia política.

—Está bien; á tu regreso acaso te tenga buenas noticias.

—Sí así fuera, diría que todo bien sobre la tierra me viene de usted.

Edgardo se retiró á continuar sus tareas, y pocos minutos después, Carmen se dirigió á casa de Marcos.

Subió sin anunciarse á las habitaciones de Julia, y, con gran sorpresa, la encontró llorando.

—¿Qué tienes, hija mía?—la dijo con tierna solicitud.

—Nada, no sé, estoy nerviosa—respondió Julia, confundida de que la sorprendieran en esa situación.

—Acaso la ausencia de Marcos...

—Sí, eso es, la ausencia de mi padre—exclamó Julia con un apresuramiento que evidenciaba su falta de veracidad.

—Si te alarma la idea de quedar sola, y encuentras deficiente la compañía de la servidumbre, sería tiempo de pensar en establecerte—dijo Carmen con una sonrisa.

Julia la miró con expresión de desconfianza, y creyendo encontrar ironía en las bondadosas palabras de Carmen, murmuró con acritud:

—Si no he comprendido mal, me propone usted casarme... Si es así, le contestaré que tengo desprecio por los hombres.

—¡Desprecio!

—Sí, desprecio, porque á los hombres cualquiera honra los envanece. Yo tengo padre y esto me basta.

—Nunca te había oído hablar en esos términos.

—No se había ofrecido.

—Mi consejo, hija mía, al formularlo, creí que sería oportuno, y además es también la idea dominante en todo el mundo.

—Quiere decir que yo seré una excepción.

—Lo siento en lo íntimo de mi alma.

—¿Por qué? Desaría saberlo.

—Porque tenía mis proyectos.

—¿Usted?

—Yo.

—¿Con relación á mí?

—Precisamente.

—No le comprendo. ¿Qué proyectos son esos?

—Sería inútil significártelos. Acaso más tarde, cuando varíen tus ideas...

—No variarán, porque para eso sería preciso que variaran también los hombres, lo que es imposible.

—¿No haces ninguna excepción?

—Ninguna.

Carmen exhaló un suspiro.

—Veamos—dijo Julia con exaltación nerviosa, afrontando la situación.—¿Qué pensaba usted decirme si hubiera aceptado su consejo?

—Pensaba decirte, pensaba suplicarte que hicieras la felicidad de Edgardo.

Julia, en su sorpresa al oír estas palabras, cambió bruscamente de posición en su silla.

Por el tono con que fueron pronunciadas no podía imaginar razonablemente que envolvieran una burla ó un sarcasmo.

Después de algunos minutos de silencioso recogimiento dijo:

—¿Ignora usted que Edgardo es el amado de Lucía?

—¿Quién es Lucía?

—La hija de don Marcelo.

Asomó á los labios de la madre de Edgardo la más neta sonrisa de incredulidad.

—Y es correspondido—agregó Julia.

Carmen comprendió entonces el desvío, las lágrimas de Julia, su uraña actitud, y sus raros conceptos, y tomándole las manos que estrechó entre las suyas,

—Tú amas á mi hijo—murmuró—y eres una loca.

—¿Que yo amo á Edgardo?

—Sí, lo amas, como él te ama, hija querida.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡Y yo he sido una ciega, en no haberlo comprendido! ¡Sí, eran jovenes—continuó Carmen como hablando consigo misma—eran buenos y se amaban!

—¿Quién le ha dicho que Edgardo me ama?—insistió Julia.

—El, hija mía.

—¡Él, Edgardo!

—Hace sólo un momento. El pobre muchacho estaba también triste porque evitabas su presencia, y creía que lo despreciabas.

Julia no se pudo contener, y sollozando se abrazó al cuello de Carmen. ¡Pobre niña! partiendo de vagas pa-

labras y de exagerados temores, habíase mortificado sin motivo, tomando por el cuerpo, fantásticas sombras que se desvanecieron al primer rayo del sol de la realidad.

XIII

El siguiente día era sábado, y cumpleaños de Lucía.

Edgardo, cuyos trabajos se prolongaron hasta muy tarde de la noche, estaba en su gabinete, en casa de don Marcelo, abstraído en hacer copias y sacar anotaciones, cuando sintió que le pusieron una mano sobre la espalda.

Se volvió inmediatamente, y con gran sorpresa se encontró delante de una joven de rostro jovial, de expresivos ojos, y de picaresca nariz un tantito arremangada, que sonreía con malicia.

Esta joven llevaba con cierto embarazo, pero con pretensiones de soltura, un largo y rico vestido de terciopelo guarnecido de blondas y de encajes de Inglaterra.

Valiosos aderezos de brillantes adornaban su cuello, sus manos y sus orejas.

Diríase una joven reina ensayando el traje de su mayor edad.

—¿Sabe usted—dijo á Edgardo, que permanecía de pie y silencioso, sin reponerse de su sorpresa—¿sabe usted la fábula con que se inician los cuentos árabes *Las Mil y una noches?*

—No, señorita.

—¡Es lástima! quería sólo hacer la aplicación de la moraleja, y me veo obligada á entrar al argumento. Es el siguiente: "El amo de una casa se moría, y la servidumbre toda estaba contristada, los animales inclusive.

"Sólo un gallo de larga espuela y de rosada cresta, hacía gala de seguir como de costumbre, ejerciendo las funciones de sultán en su serrallo...

Edgardo se ruborizó, y la joven, para quien, estamos seguros, pasaba desapercibido lo escabroso del apólogo oriental, continuó sin inmutarse:

—"Un perro, escandalizado de la conducta del alado califa, le reprendió con acritud su indiferencia..." ¿Le interesa mi relato?

—Mucho, señorita.

—Lo siento.

—¿Por qué razón?

—Porque para mi objeto basta con lo dicho. ¿Comprende usted?

—Ni una sola palabra, se lo confieso.

—¿No comprende que es usted actualmente el gallo de la fábula?

—Por Dios, señorita, que yo soy el...

—El gallo, ni más ni menos, sí; aunque por antítesis.

—¡Ah!

—Y yo el perro, también por antítesis. Yo, el perro que vengo á decirle: ¿cómo es posible que festejando todos en la casa el cumpleaños de Lucía, sea usted el único que permanezca indiferente?

—Me ocupo en mi trabajo.

—Eso es precisamente lo vituperable.

—Obrando así, señorita, cumplo con mi deber.

—Su deber es participar del regocijo general.

—¿Yo?

—No creo que haya otro en este recinto—respondió la niña, paseando con actitud cómica sus miradas por todos los ámbitos de la pieza.

—Yo—repuso Edgardo—no me creo con derecho para participar de los festejos que, con motivo de su cumpleaños, se hacen á la señorita Lucía.

—¿Es usted menos acaso que el perro y el gallo de la fábula? Es usted demasiado modesto. Venga conmigo.

—¿Á dónde?

—Al salón, endonde se baila y se charla á las mil maravillas.

—En mi posición, sería eso una temeridad. ¿Qué diría don Marcelo?

—Previendo sus resistencias he mandado á paseo á ese viejo gruñón. ¿Qué le parece?

—Me parece que es usted muy bondadosa.

—¿Nada más?—preguntó la niña abriendo y cerrando con destreza su abanico, en el cual estaba pintado al fresco un maravilloso Cupido disparando sus flechas sobre una Náyade.

Edgardo bajó los ojos.

—Veo que es necesario animarle—continuó la joven, recogiendo la amplia cola de su vestido.—Voy á destruir sus escrúpulos.

—¿De qué manera?

—Suplicándole que me sirva de caballero.

—Señorita ¿ha pensado usted?...

—He pensado en todo.

—No obstante...

—¿Cómo? ¿Rehusaría Ud. mi brazo?—dijo la niña, tomando una actitud de majestad que esta vez no era fingida.

—De ninguna manera rehusaría ese honor, y sólo consideraciones de otra naturaleza, que usted bien comprende, han impulsado mi vacilación.

—Á quien yo elija se le abrirán todas las puertas—murmuró la niña con orgullo, guiando á Edgardo á los salones de don Marcelo.

Había reunidas allí hasta veinte personas de ambos sexos, la mayor de las cuales no excedería de quince años, exceptuando al aya de Lucía, que ocupaba un asiento bajo, cerca del sofá, y un señor picado de viruelas, todo rapado, de edad indefinible, de cabellos ensortijados con media caña, y vestido con un traje de irreprochable corte, pero de colores abigarrados.

Se comprenderá, por esta descripción, que sus padres habían dejado á Lucía amplia libertad para divertirse á su manera, ausentándose ellos advertidamente del salón, á fin de que reinara la mayor franqueza entre los convidados de su hija.

—¿Vendrá?—decía Lucía á la infantil corte que la rodeaba.

—Vendrá, pero sola—decían algunos, pues todos parecían estar en el secreto.

—¡Cuánto la vamos á burlar!

—¡Sería chasco!

—Perderá su apuesta.

—La despojaremos de sus joyas.

—Y de los vestidos.

—Yo seré su ayuda de cámara—dijo gravemente el de la edad indefinible.

—Ayudas de cámara tienen los caballeros, y damas de honor las señoras. Este olvido ó ignorancia es imperdonable en un artista de su mérito—dijo desde afuera una voz.

—¡Es Adela!—gritó el enjambre de voces infantiles.

—¿Sola?

—Acompañada.

—Bien decía que Adela se saldría con la suya—exclamó Lucía.

Adela, la colegiala de precoz inteligencia que ya conocemos, y que para realizar una de sus excentricidades se había adornado con las joyas y vestidos de la madre de Lucía, entró al salón y presentó á Edgardo á la concurrencia.

—Mucho has tardado—le dijo Lucía para interrumpir el silencio que se había producido con la entrada de estos personajes.

—Pero nada tienes que reprocharme; hemos hablado de amor ¿no es cierto, Edgardo?

El pobre joven sintió que le flaqueaban las piernas y Lucía se ruborizó.

—Me cree su rival—continuó Adela con tono confidencial, inclinándose al oído de Edgardo.—Vaya sin demora á desvanecerle sus sospechas infundadas.

Edgardo, más aturdido que si el techo hubiese caído sobre su cabeza, quedó inmóvil.

—¿Será preciso que yo misma lo conduzca de la mano? ¿Dónde se ha visto que se desechen oportunidades que en tan raras ocasiones se presentan?

Así diciendo, Adela condujo al lado de Lucía á su compañero, que se dejó guiar como un autómata.

Seguidamente se dirigió al de la edad indefinible, y le dijo con dulzura:

—Tenga usted á bien tocar unas cuadrillas, señor Otelo.

—Abelardo, señorita, si usted gusta.

—Más me agrada darle su nombre de guerra.

—¿Por qué razón?

—Porque así sueño que yo soy Desdémona.

—¿De veras?

—Como lo oye, y en la noche sueño con usted y despierto sobresaltada creyendo sentir en mi cuello la terrible impresión de sus dedos de acero.

—Si yo fuera Otelo y usted Desdémona, no sería cruel como ha pintado el maestro á su Moro de Venecia; la tragedia no existiría.

—Me desencanta usted; suspiraba por ir al teatro; me había apasionado de usted creyéndolo capaz de poner por obra y sin dilación los papeles que tan admirablemente representa. Ya no lo quiero, ya no suspiro por ir á verlo representar.

Abelardo se sonrió; y al dirigirse al piano, pues era buen músico y regular actor, decía para sí:

—Esta muchacha es rica; tiene ideas fantásticas y no carece de hermosura. ¡Quién sabe! puede ser! no es imposible!

—¿Qué murmura usted entre dientes?—dijo Adela que había tenido el capricho de seguirlo con pasos silenciosos.

—Me preguntaba—contestó Abelardo sin desconcertarse—cuál es el motivo por que le hago impresión representando el Moro de Venecia y no Romeo, por ejemplo.

—Porque representando Romeo disimulaba usted su fealdad.

—¡Gracias!

—Y á mí me gustan los hombres horrorosos—dijo riéndose Adela.—Estos hombres son raros, salen de la vulgaridad, y deben, se me figura, ser capaces de grandes hechos.

Entretanto Edgardo decía á Lucía, para iniciar una conversación cualquiera:

—¡Qué espiritual parece la señorita Adela!

—Más que espiritual, es una loca; una loca de atar. ¿Qué le decía?

—Me habló con volubilidad de tantas cosas, y todas ellas tan fantásticas, que ya no me acuerdo.

—Por mala memoria que tenga usted, recordará lo que le dijo al oído trayéndole de la mano.

—Me dijo una enormidad.

—¿No puede usted repetirla?

—La repetición, saliendo de mis labios, bastaría para ponerme en el mayor ridículo.

—No lo creo. Adela, en sus conceptos al parecer más extravagantes, tiene un fondo de verdad y de buen sentido.

Edgardo miró con sorpresa y con ojos interrogadores á Lucía.

Á ese tiempo se gritaba en todos los tonos:

—¡Cuadrillas, cuadrillas! ¡Fórmense las parejas!

Los cuadros se arreglaron; preludió la música, y Edgardo permanecía en su asiento.

Adela, que lo notó, dijo á su acompañante, separándolo suavemente con la mano:

—¡Quita allá, no me llegas á la mitad de la pierna, y bailando contigo no sabría qué hacer con mi larga cola. Cuando cumplas veinte años te prometo un vals en la Filarmónica.

Diciendo esto se acercó á Edgardo y le dijo:

—Continúe siendo usted mi caballero; haremos vis á vis con Lucía.

Edgardo no pudo excusarse, y pronto se vió compro-

metido en las figuras, encontrando verdadero placer en danzar con esa niña que exageraba sus actitudes, abandonándose indolentemente entre sus brazos.

En los ratos de conversación le decía:

—Tenga cuidado; se va usted á hacer esta noche de un enemigo terrible é irreconciliable.

—¿Qué enemigo?

—Ese feo que toca las cuadrillas, ese perro de presa que cuando sonríe muestra los dientes, como si fuera á morder. No se ría. Es mi pretendiente. Le gusta estar á mi lado, y no se enmienda, aunque suelen decirle que hace la figura de Satanás á los pies de San Miguel, ¿No cree usted que, atendiendo al buen lugar que me asignan en ese grupo de ángel y demonio, debo aceptar sus galanteos?

Felizmente Adela no exigía contestación, y Edgardo, pensativo por las palabras de Lucía, podía guardar silencio, prestando atención sólo á medias á su picaresca pareja.

Pero se sintió aún más intrigado, cuando en los cambios de la sansimoniana, Lucía, que era su vis á vis, le dijo con la voz anhelante, tal vez por las vertiginosas vueltas:

—¿Conserva usted el recuerdo que le dí la noche que me salvó?

—Sin duda, señorita.

—Llámeme usted por mi nombre, me agrada más. ¿Lo lleva consigo?

—No, al menos ahora.

—Entonces sólo ha hecho de él un pequeño aprecio.

—Lo llevaré en adelante sin separarme jamás de él.

Concluyeron las cuadrillas, y el aya declaró que era hora de recogerse.

Aunque hubo protestas, fué preciso obedecer. Era media noche.

Edgardo se retiró preocupado, mas luego, encogiéndose de hombros, sacudió las fantásticas visiones que le habían hecho entrever algunas de las frases de Adela y de Lucía, y se encaminó á su casa, reflejada en su cerebro la imagen de Julia á quien amaba.

Al enfrentar la casa de ésta, vecina á la suya, como sabemos, creyó sintir ruido en el interior y un débil grito.

Alarmado, se paró, y como el rumor continuara y trajera á su memoria la ausencia de Marcos, se apoderó del llamador y golpeó la puerta.

XIV

Don Marcelo, en cuanto dejó en libertad de divertirse á su manera á la infantil sociedad de su hija, se dirigió á la casa de Marcos, y penetró silenciosamente en ella á favor de la llave que poseía.

Nadie lo sintió.

Puso el oído, y percibiendo movimientos producidos acaso por los últimos rumores de la servidumbre antes de acostarse, dejó que se extinguieran, y entonces encendió luz en el gabinete de Marcos.

Aunque el paso era premeditado, conoció que su situación era embarazosa.

Cuando se apercibieran de la presencia de un extraño en el interior de la casa, habría alarma, y esta alarma transmitida á la servidumbre impediría la prosecución de sus designios.

E ra, pues, necesario obrar con extremada prudencia

Don Marcelo, después de algunos momentos de meditación, se formó su plan y lo puso inmediatomente por obra.

Como no existían cañerías de gas en esa apartada casa, recortó hasta reducir á candil la vela de que se había servido para orientarse y poner en desorden algunos papeles, y se dirigió á la pieza de Julia.

La niña estaba despierta y mantenía la luz encendida.

El reciente conocimiento de su correspondido amor la había desvelado tanto ó tal vez más que los imaginarios desdenes de Edgardo.

La diferencia consistía en que los primeros eran penosos, y plácidos los segundos.

Esta satisfacción, este bienestar realzaba la belleza de Julia, dando á sus ojos una expresión y un brillo irresistibles.

Cuando don Marcelo con pasos de lobo se dirigía á su pieza, ella vestía una bata de mangas cortas que dejaba al descubierto sus brazos admirablemente modelados, y el nacimiento de sus redondos hombros, que cualquier mujer habría envidiado.

Vagaba en sus labios una sonrisa. Se miró al espejo, bostezó al dirigirse á su lecho, dejando ver su blanca dentadura por entre sus labios de coral.

Don Marcelo, que había apagado el candil, la observaba por la ventana, merced á lo ralo de la cortina, que permitía ver los objetos interiores un tanto indecisos, como al través de un tejido de mallas.

Julia, dando vuelta la espalda á la ventana, rezó sus oraciones, soltó los cordones de su bata y el lazo de sus cabellos, que, cual regio manto, cubrieron su desnuda espalda.

Don Marcelo la vió en seguida inclinarse: se descalzaba, sin duda; después volverse, recogiendo pudorosamente la boca de la camisa con la mano izquierda, subir al lecho y acostarse.

La visión, aunque corta, fué un verdadero cuadro plástico y de los más incitantes.

Don Marcelo, ahogando una exclamación, se precipitó á la puerta, cual potro salvaje que percibe el acre olor de la dehesa.

La puerta resistió al empuje.

—¡Está cerrada!—dijo con rabia.

Julia exhaló un grito preguntando atemorizada:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

No se imaginó ni por un momento que fueran ladrones: su pobreza la ponía á cubierto de un golpe de mano.

¿Sería Edgardo, con quien no había hablado después de su conversación con Carmen?

Esta suposición, indecorosa como era, y ajena al carácter tímido de su amante, la desechó bien pronto.

—Soy yo, un amigo de su padre. ¿No me conoce?

—¿Quién es usted?

—Marcelo.

—¡Don Marcelo! ¿Cómo ha penetrado usted aquí?

—Á favor de una llave que su mismo padre me ha proporcionado para mantener el sigilo de nuestras reuniones políticas.

—¿Qué quiere usted?

—Necesito un papel de importancia que debo transmitir inmediatamente por telégrafo á su padre.

—¿No tiene usted la llave de su gabinete?

—Sí, pero no hay vela y venía á pedírsela.

—Espere usted, y hágame el favor de llamar, mientras tanto, á alguno de mi servidumbre.

—No es necesario; proporcióneme lo que le pido, es cosa de un instante.

Julia apagó la luz y se vistió á oscuras precipitadamente.

—No está todo perdido—murmuró don Marcelo—en cuanto abra la puerta, aprovecharé la ocasión para tranquilizarla.

Con tanta sorpresa como cólera notó que Julia abría un batiente de la ventana que le había servido de observatorio, diciendo:

—Tome, aquí tiene la vela que me pide.

—¿No abre la puerta?

—¿Para qué?

—Ya que la fortuna y la casualidad me han conducido á esta situación, podríamos conversar.

—¿Qué tiene usted que decirme?

—Abra la puerta y se lo diré.

—Estoy sola, caballero.

—Esto no sería un inconveniente.

—Para usted no; pero sí para mí.

—¿Qué podría usted temer, Julia? Soy casi un viejo, como habrá tenido ocasión de notarlo.

—No importa, tome usted la vela y apresúrese, ya que es tan urgente la copia de ese documento.

Don Marcelo, junto con la vela, se apoderó de la mano de Julia, y la cubrió de ardientes besos.

Ésta exhaló un primer grito, grito que fué oído por Edgardo.

—¡Déjeme usted!—dijo—¡me lastima, me hace daño!

Sin escucharla, don Marcelo la tiró con fuerza y logró acercarle el rostro á los barrotes.

Cuando Julia sintió en su mejilla el entrecortado hálito del audaz, dió otro grito que decidió á Edgardo á golpear la puerta de su amada.

—¡Voto al infierno!—ahulló don Marcelo que había logrado apoderarse del talle de la niña.—¿Quién golpea? ¿Quién puede ser?

—¡Suélteme usted! cualquiera que sea será para mí un salvador—exclamó Julia.

—Nos verán juntos y quedará usted deshonrada. Capitulemos. No la quiero mal por su resistencia; estoy pesaroso de haberme dejado arrastrar por el poder de su hermosura; quiero salvarla.

—Nadie sospechará de mí; usted está fuera y yo encerrada.

—El menos malicioso creerá que usted se ha encerrado al sentir los golpes.

Julia comprendió la verdad de la observación, y como sabía que la virtud de una mujer debe estar exenta aun de sospechas, preguntó:

—¿Qué debo hacer?

—Abrir la puerta.

—Jamás.

—Abrir la puerta de calle.

—Nunca.

—Yo me instalo tranquilamente en el escritorio, y explico de una manera satisfactoria, por la posesión de la llave, sus gritos imprudentes.

—Ese un nuevo lazo que usted me tiende.

—Le juro que no.

—¿Quién me lo garantiza?

Los golpes redoblaron.

—Decídase. Mientras más tiempo pasa, más difícil se hará una explicación satisfactoria.

—¿Qué sucede? Abra, Julia—dijo de fuera una voz.

—¿Qué voz es esa?—preguntó don Marcelo.

—Es la de Edgardo—respondió Julia, á la vez regocijada y temerosa por la presencia de su amante.

—¿Conoce á ese joven?

—Es mi prometido.

—Estamos salvados. Explíquele su alarma por haber visto luz en la pieza de Marcos, y no olvide que con una palabra, con una sola, podría perderla. Haga lo que le digo, y asegure á Edgardo que ignora aún quién es la persona que se encuentra en el gabinete de su padre, adonde inmediatamente me dirijo.

Segundos después, Julia, trastornada por las palabras amenazadoras de don Marcelo, abría la puerta á Edgardo.

—¿Qué sucede en su casa, Julia? ¿Quién gritaba?

—Gritaba yo.

—¿Por qué?

—Iba á recogerme, cuando vi luz en la pieza de mi padre.

—Y ¿esa luz?

—No lo sé; mi padre, como usted sabe, está ausente.

—Tranquilícese, está usted trémula. ¿Quién habrá encendido esa luz?

—Lo ignoro; en cuanto me apercibí de ella, he gritado pidiendo socorro... ¡Qué á tiempo ha llegado usted, amigo mío!

—Y esa luz ¿ha desaparecido?

—No, está aún ahí.

—Es extraño. Espéreme aquí y voy en un momento á averiguarlo.

—No se exponga.

—Pierda cuidado. Al subir he divisado á un policial que ocurriría al menor grito de socorro.

—¿No sería prudente que lo hiciera entrar y proceder juntos al registro?

—Nó, usted está sola Julia; acaso alguno de los sirvientes dejó encendida la vela por descuido. Se entraría en averiguaciones, y al explicar mi presencia á estas horas y á su lado, esa gente sin principios y viciosa podría acaso creer... Nó, lo prudente es que vaya solo.

Edgardo se encaminó resueltamente al gabinete de Marcos, y lo abrió con violencia de par en par.

Un hombre que trabajaba en el escritorio, dando vuelta la espalda, levantó la cabeza.

—¡Don Marcelo!—exclamó Edgardo.

—¡Hola! es usted. ¿Cómo se encuentra aquí?—preguntó don Marcelo con imperturbable tranquilidad.

Y como Edgardo, no repuesto de su sorpresa, guardaba silencio, continuó:

—Más tarde me explicará eso, y ya que tan á tiempo viene, reemplácemе en el escritorio, y continúe escribiendo esta carta que necesito con urgencia transmitir á un agente electoral en la Victoria.

—¿Al ex-teniente Marcos?

—Al mismo.

Obedeció Edgardo, y cuando hubo concluído, dijo don Marcelo con la misma serenidad, encendiendo un cigarrillo.

—Ahora, explíqueme su presencia en esta casa. ¿Aca-

so Marcos le ha suministrado una llave como á mí, con el objeto de verlo reservadamente para asuntos políticos?

—No, señor, Marcos no me ha suministrado ninguna llave; pero al pasar por frente á esta casa oí gritar...

—¡Gritos! ¡Imposible! yo los habría sentido, porque estoy aquí desde hace una hora ocupado en buscar este documento, cuya copia necesitaba con urgencia para transmitírsela, como se lo he dicho, á Marcos, que, obedeciendo mis instrucciones, se encuentra en San Bernardo por asuntos políticos.

—Presumo que, abstraído como estaba usted en la pesquisa de ese documento, no haya oído.

—Sí, eso es posible. Y ¿quién gritaba?

—Julia.

—¿Quién es Julia?

—La hija de Marcos.

—¿Marcos tiene una hija?

—Sí, señor.

—Lo ignoraba, y á haberlo sabido acaso no hubiera entrado á tan altas horas de la noche en esta casa. Y ¿por qué gritaba?

—Se amedrentó al ver luz en el gabinete de su padre.

—¿Ella se lo ha dicho?

—Sí, señor.

—¿Por qué no llamó á su servidumbre? Era lo más sencillo.

—Acaso en su atolondramiento no lo pensó.

—Es posible. Y ¿decía usted que pasaba por frente á esta casa?

—Por casualidad, sí, señor.

—Y resolvió usted quebrar una lanza en favor de la belleza atribulada. ¡Muy bien!

—Julia es mi vecina.

—¡Ah! ya caigo, su prometida quizá.

Edgardo bajó los ojos.

—Perfectamente—murmuró don Marcelo.—Presumo que la tranquilizará usted... mañana. Yo, por mi parte, he concluído.

—Le sigo, señor.

—Sea, y diga mañana á la señorita... ¿qué nombre me ha dicho?

—Julia.

—Pues bien, le dirá á la señorita Julia que deseando neutralizar la alarma que inocentemente le he ocasionado esta noche, pensando en su porvenir he resuelto duplicarle á usted su sueldo.

—¡Señor!...

—Lo tiene usted merecido; le doy un trabajo extraordinario y es justo que me ocupe un poco de su bienestar. Espéreme abajo, salgo en un momento más, mientras pongo en orden estos papeles.

Salió Edgardo con una precipitación que hizo sonreír á don Marcelo.

Calculaba éste, y sus deducciones fueron fundadas, que Edgardo transmitiría á Julia la conversación que acababa de tener lugar entre ellos.

Contando, sin embargo, con las confidencias de Julia, que diferidas para más tarde, no tendrían valor en las declaraciones mismas de Edgardo, salió de la pieza en el tiempo estrictamente necesario para la prosecución de sus designios.

Tomó entonces familiarmente el brazo de Edgardo, y saludando á Julia que abría la puerta:

—Ignoraba hasta hace un momento—dijo con la tran-

quilidad de un justo—que hubiera sido causa de alarma para usted mi presencia en el gabinete de mi querido y abnegado amigo Marcos. Ya verá usted, señorita, cómo reparo yo mis faltas, aunque estas faltas sean involuntarias... Hasta la vista.

—Buenas noches, Julia—murmuró Edgardo.

Julia, como quien va por primera vez al teatro, permaneció muda, creyendo que la representación era verdadera.

Ese hombre que pasaba con tanta calma y tranquilidad dirigiéndole un cumplido ¿era verdaderamente el mismo que momentos antes la atraía brutalmente por entre los barrotes de la ventana, exhalando gritos salvajes, mientras ajaba sin pudor las mangas de su vestido?

VALENTÍN MURILLO

(Continuará)

DECEPCIÓN

Otra vez de la vida en el sendero
volvimos á encontrarnos:
tú siempre alegre, fugitiva, hermosa;
yo triste y cabizbajo.
Al mirarte, exclamó el corazón mío:
—La niña que amé tanto...
Sí, son esos sus ojos y pestañas,
y su torneada mano,
sus mejillas de rosas y su pelo
sedoso y ondeado,
su garganta de Edit y esbelto talle,
su pié lleno de garbo.

En mí tus negros y sombreados ojos
la mirada fijaron,
y una sonrisa seductora y vaga
se dibujó en tus labios.
Di ¿por qué tu sonrisa y tu mirada
á mi alma no llegaron?

¿Por qué todo mi sér no conmovieron
como en tiempos pasados?
Sobraba fuego en tus miradas, niña,
eran ardientes rayos;
y el hechizo sobraba en tu sonrisa...
Mas faltábale algo,
y era eso la inocencia, de los ángeles
el poderoso encanto.

Si otra vez de la vida en el sendero
volvemos á encontrarnos,
al verte, exclamará el corazón mío:
—Es tan sólo el retrato
de la niña hechicera y candorosa
á quien yo amaba tanto.
¡Ya sois recuerdos, ilusiones mías
de aquel tiempo pasado!
¡Huísteis, esperanzas lisonjeras,
cual meteoros rápidos!

José Gregorio Ossa

1881

FUERA DE LA PATRIA

(Episodio de la guerra del Pacífico)

I

En la noche del 18 de septiembre de 1879, una mujer atravesaba con paso rápido la plaza principal de La Paz, se internaba en la calle de Madera, y se detenía á la puerta número 89, frente al cuartel ocupado por el batallón Bravos de Beni, que el gobierno deseaba enviar al teatro de la guerra, y que los aliados reclamaban con instancia. Parece que el patriotismo boliviano no pensaba exactamente como el gobierno ni como los aliados, á juzgar por la lentitud con que se llenaban los cuadros del batallón naciente. El hecho es que la Alianza principió á padecer en Pisagua, murió en Tacna y fué sepultada en Arica, y los Bravos de Beni no llegaron nunca.

La mujer de que hemos hablado, cuya juventud se revelaba en lo ágil y flexible de su cuerpo, y que debía

de ser hermosa, atendida la gracia de sus movimientos, llamó con discreto sigilo á la puerta del número 89, como quien no necesita anunciarse demasiado, porque sabe que se le espera.

—¿Quién?—contestó, en efecto, al primer golpe, la voz de alguien que vigilaba.

—¡Ernesto!

—¿Eres tú, Eloísa?

—Abre pronto.

Por más prudente que fué el llamado, y por breve y silencioso el diálogo, el centinela del cuartel lo había percibido.

—¿Quién vive?—gritó á su vez.

Ernesto y Eloísa estaban, sin duda, más interesados en entenderse entre sí que con el centinela, porque el grito no tuvo respuesta.

—¡Viva Bolivia!—repitió el soldado con más fuerza.

Dos voces ¡dos almas! le respondieron entonces, confundidas en este solo grito:

—¡Viva Chile!

La bala del centinela penetró al interior de la casa, cuya puerta se abría en ese instante para dar paso á Eloísa.

La alarma dada inmediatamente en el cuartel hizo que algunos Bravos de Beni se levantaran soñolientos y acudieran á la guardia, dispuestos á preguntar:

—¿Qué nuevo presidente tenemos?

El centinela, señalándoles la puerta del frente se limitó á exclamar, más con el gesto que con la voz:

—¡Chilenos!

El efecto de esa palabra fué formidable: los soldados acudieron en tropel á la cuadra, se armaron copiosamen-

te como hombres precavidos, y algunos minutos después la puerta número 89 caía hecha astillas á los esforzados culatazos de los Bravos de Beni.

En vano, empero, registraron la casa maldita tan prolijamente como si buscasen un anillo de diamante. Los chilenos habían volado. Se rodeó la manzana, se despachó un piquete en persecución de los fugitivos, se dió aviso á todas las autoridades civiles y militares: ¡nada! Y ocho días después, cuando la ciudad de La Paz, habituada á los tumultos y á las alarmas, había pasado por una verdadera crisis, y cuando los Bravos de Beni habían emprendido una verdadera campaña, aquella misteriosa desaparición no estaba más explicada que el primer día.

—Después de todo—dijeron los optimistas, al convencerse de que la presa se había escapado—tanto mejor; eran, sin duda, dos espías. ¡Ya estamos libres de ellos!

Al decir espías, los buenos paceños pagaban seguramente un pomposo tributo á su amor propio: suponían que los medios de moverse y comunicarse estaban en Bolivia bastante adelantados para permitir á una nación extranjera mantener espías en su capital.

¿Quiénes eran, pues, aquella entusiasta y atrevida pareja que vitoreaba á la patria ausente y siempre amada, en el centro de la ciudad enemiga, y á las puertas mismas de un cuartel?

II

Ernesto Rivas, espíritu inquieto, independiente y emprendedor, había salido de Copiapó á los veinte años

«á rodar tierras». Rodó, en efecto, hasta un establecimiento de minas en Bolivia, donde se empleó con buen sueldo y mejores esperanzas.

Su inteligencia y su actividad le ganaron pronto el aprecio de su patrón; sus músculos de acero le conquistaron las consideraciones respetuosas de sus compañeros de trabajo. Las primeras tareas y las primeras comisiones que se le confiaron fueron desempeñadas de manera que le valieron su ascenso en la escala de los empleados; al primer altercado que quiso promoverle el mayordomo de las minas, un Hércules cobrizo, lo tendió en el suelo de un puñetazo, y desde ese momento quedó proclamado el primer puño del establecimiento, y el protector esforzado de todos los oprimidos.

Después de seis años de buenos trabajos, reunió sus sueldos rudamente ganados, y viéndose dueño de una regular fortuna, se dirigió á La Paz, esperando un momento oportuno para cambiar por pesos sus bolivianos, y á La Paz por Santiago.

El 24 de octubre de 1878 entraba á la ciudad de Daza con sus talegas y sus proyectos, dos fardos bien dulces para sus veintiséis años.

Algunos días después conoció en casa del que había sido su patrón á Eloísa Torreblanca, y la amó; cuando supo que era chilena, la adoró.

Eloísa era hija de una familia acomodada de Santiago; á los diez años había quedado huérfana de padre; á los quince perdió á su madre, y tuvo que acogerse al lado de una tía, único pariente que le quedaba en el mundo.

Allí la conocieron el señor don Juan Hilario Sorata, rico y viejo boliviano, y su esposa doña Pascuala Ma-

moré, boliviana vieja y rica, que estaban ya más cerca de los sesenta años que de los cincuenta, y que habían pasado su matrimonio sin tener un hijo, esta bendición de Dios.

Don Juan Hilario y doña Pascuala resolvieron un día, de común acuerdo, venir á Chile, por ver si los médicos podían darles lo que Dios les había negado. La Facultad declaró á la solitaria pareja que si hubiesen pensado en consultarla algunas primaveras antes, tal vez habría sido tiempo de dar un heredero á su elevado nombre y á su maciza fortuna; pero, desgraciadamente, llegaban tarde. Árboles ya añosos, y en el invierno, no dan fácilmente frutos de bendición.

Con lo cual don Juan Hilario y doña Pascuala se dispusieron tristemente á hacer sus maletas, sin el consuelo de tener que echar en ellas mantillas, babaderos, cuadros ni batas.

Entretanto, los encantos de Eloísa, que alcanzaba ya la plenitud de su desarrollo y de sus gracias, habían cautivado al sensible matrimonio.

—¡Si pudiéramos llevarla!—había deslizado un día doña Pascuala á don Juan Hilario con un acento preñado de ilusiones.

Y don Juan Hilario había respondido con una voz llena de ensueños:

—¡De veras, si pudiéramos llevarla!

En seguida, para desvanecerse mutuamente las objeciones que podían surgir en el espíritu de cada uno, agregaron á duo:

—No es imposible, después de todo, puesto que está sola en el mundo.

Formulado el proyecto, menudearon sus visitas y sus

regalos á la tía y á la sobrina, hasta que, creyendo bien preparado el terreno, insinuaron con claridad la esperanza acariciada. Ellos eran ya viejos; necesitaban un cariño para entibiar su ancianidad; el cielo no les había dado hijos; no tenían ni siquiera parientes; su cuantiosa fortuna se perdería después de su muerte; si alguna joven quisiera acompañarlos para iluminar con un rayo de alegría y juventud los pocos años de peregrinación que aún les quedaban, la querrían como á una hija y la nombrarían desde luego su heredera absoluta.

En fin, recurrieron á toda la persuasiva elocuencia que podía caber en los ciento doce años cabales que contaban por junto, y con miradas más elocuentes todavía dieron á entender á la tía que la heredera que buscaban podía llamarse muy bien Eloísa.

La tía comprendió. Vió allí un brillante porvenir abierto para su sobrina por la mano de la Providencia, porvenir de que ella misma podía gozar también en sus últimos años, y después de algunas formalidades y de vencer á medias la viva resistencia de Eloísa, la hermosa joven pasó á ser la hija adoptiva del señor don Juan Hilario Sorata y de la señora doña Pascuala Mamoré, de la alta sociedad boliviana.

III

Ernesto Rivas tenía, pues, veintiséis años y Eloísa Torreblanca diecinueve, cuando el destino los juntó una noche de octubre en el salón del rico minero de La Paz.

Los dos jóvenes se comprendieron muy pronto, y se entregaron por completo el uno al otro. Aquel amor, que llenaba todos los sueños y todas las aspiraciones de

sus almas ricas de savia y de sentimientos, los envolvía también como en un vago perfume de la patria ausente, y eso lo hacía más vivo y más profundo.

Por lo demás, don Hilario y doña Pascuala, que al principio habían tratado á Eloísa con el cariño de á quienes les queda poco tiempo para querer, se acostumbraron muy pronto á tener una hija adoptiva, y la joven pasó á ser la cuidadora sacrificada de su fastidiosa y monótona vejez. Las caricias y los regalos cedieron su lugar á las exigencias y al mal humor; Eloísa, que había seguido contra su voluntad al viejo matrimonio, sintió que perdía con justicia la poca gratitud que pudo tenerles, y escribió repetidas veces á la tía que le libertase de aquel pesado yugo.

Desgraciadamente, la tía no pudo oírla: había muerto. La joven lloró tristemente el abandono en que quedaba, y cuando se creía sola en el mundo, Ernesto vino á abrirle un horizonte de luz y de esperanza. Concentró en él todo el tesoro de sus afectos y todas las caricias sin expansión de su alma generosa. Ernesto, chileno y enamorado, fué para ella todo en la tierra: su patria y su familia. Si él le hubiera dicho:—¡Ven!—y por otro lado sus padres adoptivos le hubieran dicho:—¡Quédate!—no habría vacilado. Habría ido. Obedecía á la voz de su patria, de su hogar, de su amor.

La hora de la prueba iba á sonar.

El año de 1879 amaneció con un cielo cargado de nubes turbulentas. Voces de guerra, rumores vagos de una lucha gigantesca cruzaban por la atmósfera americana. El señor Videla, Ministro chileno en La Paz, no vacilaba en decir á sus amigos que estuviesen preparados, y éstos, á su vez, prevenían á todos nuestros compatriotas.

—¡Estar prontos!—era el saludo que se repetían al oído dos chilenos que se encontraban al pasar.

Era candor esperar en Bolivia las garantías que existen en todo país civilizado: declarada la guerra, los intereses ni la vida de los chilenos estaban seguros. Nuestros hermanos lo sabían muy bien, y todos salían ó estaban listos para salir.

Ernesto, como todos. Pero mientras su patriotismo y su seguridad personal lo llamaban lejos de La Paz, su amor lo retenía. Quería esperar hasta el último momento; y luego, no quería salir solo.

El rayo estalló al fin.

Era en los últimos días de febrero. La postrera remesa de los derechos sobre el salitre de Antofagasta había llegado al erario boliviano, y el presidente Daza la aprovechaba en darse una de sus orgías habituales. La fiesta duraba ya tres días, cuando un edecán se atrevió á enturbiar el vino de Su Excelencia, entregándole un pliego llegado del litoral con carácter de urgentísimo. Daza lo tomó, lo sepultó en el ancho bolsillo de su casaca, y apuró el vaso. El edecán, no sin temblar un poco, le observó que el chasque había recibido orden de matar caballos para hacer llegar cuanto antes el pliego á manos de Su Excelencia.

Su Excelencia se dignó leer.

Á las primeras líneas se puso lívido de cólera y de sorpresa, y al concluir se irguió sobre sí mismo, tomó la espada de su edecán, y blandiéndola con fuerza lanzó un sonoro grito de—¡Viva Bolivia!—¡Viva!—contestaron cien voces que salían avinadas por la boca de las máscaras.

Su Excelencia leyó entonces á la concurrencia aquel pliego que anunciaba conjuntamente la ruptura de las

hostilidades, y la ocupación de Antofagasta por fuerzas chilenas. Se comprende con qué rapidez cundiría la noticia por la ciudad.

Á la mañana siguiente, principió la caza de chilenos y el saqueo de sus propiedades.

Ernesto como los demás que aún quedaban en La Paz, tuvo que esconderse con sólo el dinero que pudo llevar consigo. Aún era tiempo de escapar; á medida que avanzase la guerra y que los ánimos se enardecieran, la salida se haría más y más difícil, si no imposible. Pero ántes tenía que ver por última vez á Eloísa.

Buscando un lugar seguro para ocultarse, tomó la casa número 89 de la calle de Madera.

—Supongo—se dijo—que no han de venir á buscarme al cuartel de sus soldados.

En efecto, la vecindad del cuartel salvó aquella casa de sospechas y de pesquisas. Durante un mes tuvo Ernesto que ocultarse á todas las miradas, saliendo solamente de noche y disfrazado, más que por buscar su alimento diario, por buscar una ocasión de encontrarse con Eloísa.

Llegó abril y con él los acontecimientos tomaron un nuevo carácter y las pasiones se exaltaron. Se recibió la noticia de la declaración de guerra que Chile hacía al Perú, y se hablaba de la alianza tramada en las sombras, desde tiempo atrás, por esta república y la de Bolivia, alianza que ya era hora de hacer efectiva.

Ernesto luchaba cruelmente con su destino: la voz de la patria lo llamaba al pie de su bandera; la voz de Eloísa lo retenía al pie de su amor. Pero cuando supo que dos naciones se unían para atacar á Chile, cuando vió que el peligro era grave, ya no vaciló un momento.

¡Chile ante todo!

Resolvió hacer un último esfuerzo por dar el adiós á su amada, y ponerse en camino para ocupar un puesto en las filas de sus hermanos, que se agrupaban á millares, llenos de fe y de entusiasmo, bajo los pliegues del glorioso tricolor.

Arregló rápidamente su plan, y esperó el día siguiente para ponerlo en obra.

Era domingo. Aún no asomaban las primeras luces del alba, cuando Ernesto salió sigilosamente de su casa, disfrazado de mendigo y apoyado en un grueso bastón. Si alguien hubiese registrado los harapos de aquel pordiosero, habría encontrado su cintura ceñida por una faja de cuero de la que pendían dos excelentes revólvers. En caso de ser descubierto, ellos le servirían para morir como chileno: matando enemigos.

Se dirigió con paso lento á la Catedral, y se sentó en el umbral de la puerta principal. Desde que los fieles comenzaron á llegar, nuestro mendigo se puso de pie y esperó con visible ansiedad. Pasó una hora, dos, tres, y aquel hombre parecía una estatua de hierro, siempre de pie, sin dar señales de fatiga ni de cansancio. Si alguien lo hubiese observado, habría extrañado, sin duda, la resistencia poderosa de aquel cuerpo que parecía agotado por la debilidad.

Se habría sorprendido, sobre todo, notando el relámpago que cruzó repentinamente por los ojos del mendigo y el ligero temblor que se apoderó de su cuerpo al ver venir á una hermosa joven, pálida, de grandes ojos negros, que revelaban estar constantemente humedecidos por este amargo y doloroso riego del alma que sufre, el llanto.

Cuando la joven pisaba el umbral de la puerta, el mendigo, que hasta entonces había permanecido mudo, y que había recibido con indiferencia, más bien con repugnancia, las limosnas que buenamente le habían dado, desplegó por primera vez sus labios, y con un acento vibrante y juvenil, que hizo un extraño contraste con su apariencia agobiada por los años y por la miseria, le dijo al pasar:

—¡Mi buena señorita, una limosna por amor de Dios!

Al oír aquella voz, la joven se extremeció como la caña sacudida por el huracán, y miró con ojos anhelantes al mendigo, en cuya mirada lucía un signo de inteligencia y de ternura infinita.

Reconoció á Ernesto.

—¡Una limosna, señorita!—repitió Ernesto, como advirtiendo á Eloísa que no prolongase aquella escena, y tendiéndole una mano que, como todos los actos de aquel singular mendigo, tenía la particularidad de extenderse cerrada para recibir.

Eloísa comprendió el gesto de su amigo; hizo ademán de sacar algo de su bolsillo, llevó su mano hasta la de él, y cogió rápidamente un pequeño papel que le pasaba. En seguida, acariciando á Ernesto con una mirada en que iba envuelto todo su amor, penetró al templo.

Buscó el rincón más retirado y solitario, y desdoblando cuidadosamente el billete leyó en él estas palabras:

«Esta noche, á las doce, por los pies de tu casa. Escalaré la muralla del fondo. ¡En nombre de nuestra patria y de nuestro amor, no faltes!»

La joven alzó la frente, antes pálida, ahora teñida por el hermoso rosado de la dicha, y levantó sus ojos en que

brillaba la esperanza, dirigiendo á Dios una ardiente plegaria.

Cuando salió de la iglesia, el mendigo había desaparecido.

IV

Á las doce de la noche Eloísa cruzaba como una sombra el patio de su casa, y llegaba á la huerta, al pie de la muralla del fondo, que daba á una calle solitaria y sin edificios.

Pocos instantes después sintió una voz bien conocida para su corazón, que le llamaba como un soplo.

—¡Ernesto—murmuró ella—que Dios te proteja!

Una escala de cuerdas cayó al interior, y un segundo después Eloísa se echaba trémula de emoción y de amor en brazos de Ernesto.

Largo rato confundieron los dos jovenes los latidos de su corazón, el calor de su frente, su aliento, su vida entera, en un solo latido y en un solo aliento. Después, sentados uno al lado del otro en la espesa oscuridad de la noche y de los árboles, se dijeron aquellas confidencias íntimas de los que se aman y han sufrido ausentes.

De pronto, Ernesto soltó la mano que estrechaba entre las suyas, y se puso de pie.

—Eloísa—dijo con una voz en que se adivinaba todo el martirio de su alma—había olvidado en medio de mi felicidad momentánea toda la crueldad de mi destino. Es fuerza que nos separemos.

—¿Separarnos?—exclamó ella como si dudase de haber oído semejante palabra—y ¿por qué?

—¡Cómo! ¿Acaso no sabes que nosotros no tenemos aquí derecho al aire ni á la luz? Nos vemos obligados á

escondernos como criminales ó como cobardes. ¿Lo oyes Eloísa? ¡Escondernos, cuando Chile llama á su lado á todos sus hijos! Te amo, amiga mía, tú serás el único amor de mi vida; pero siento constantemente en mis oídos el grito de guerra de Chile, y me avergüenzo de no estar allá. Eloísa, tú no tendrás celos de este amor á mi patria.

—¿Y bien?—preguntó Eloísa con una calma que entristeció á Ernesto, pensando que la pasión había hecho morir en el corazón de su amada el santo recuerdo de la patria.

—¡Y bien!—replicó con dolorosa firmeza—soy chileno, Eloísa, y Chile está acostumbrado á no llamar dos veces á sus hijos en la hora del peligro, aunque se encuentren en el fin del mundo. Hay un puesto vacío en los batallones de mis hermanos, hay un fusil que espera el brazo que debe cargarlo en defensa de la patria: ese puesto es el mío, y ese brazo, joven y robusto, permanece ocioso. De nuevo, Eloísa ¡Dios sabe si te amo! pero acuérdate de que soy chileno. Déjame partir, y cuando la guerra termine, si vivo todavía, vendré aquí á recordarte tus promesas y á cumplir mis juramentos.

Eloísa había oído en silencio; sus ojos brillaban con extraordinario fulgor, como dos diamantes en la oscuridad.

—Ernesto—dijo con profunda energía—¿olvidas acaso que yo también soy chilena? Si tú anhelas volver á nuestro cielo ¿crees que yo estoy contenta aquí?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Ernesto con ansiedad.

—Que el aire que aquí respiro, Ernesto, me ahoga; que cada paso que doy en este suelo enemigo de mi pa-

tria me quema los pies; en fin, que si tú te vas, y junto con mi amor pierdo hasta la esperanza de volver á mi cielo y á mi cuna, cuando vuelvas, hará ya mucho tiempo que yo me habré ido para siempre.

—¡Dios mío!—murmuró Ernesto con sombría desesperación.

—¿No me comprendes, Ernesto?

—¡Sí! me exiges que me quede ¿no es verdad? Piensa, Eloísa, que cuando mis hermanos vuelvan á nuestra patria vencedores, cuando recuerdes que mientras ellos han peleado y han sufrido yo he permanecido inactivo é indiferente, entonces ya no me amarías, porque no sería digno ni de tu desprecio!

—Anda—replicó ella con voz vibrante—hazte digno de la patria; eso es lo que te pido. Pero hace una hora que no quieres entenderme: no deseo que te quedes conmigo, sino que me lleves contigo.

Ernesto vaciló, como si sus oídos lo hubiesen engañado.

—¿Es verdad—preguntó ávidamente—es verdad lo que me has dicho?

—Y ¿por qué nó?—dijo ella con tranquila resolución.

—¡Oh, mi Eloísa; porque no me habría atrevido á proponértelo, porque no me habría atrevido ni aun á soñarlo!

—¿Cuándo nos vamos?—preguntó ella.

—Cuando tú puedas; tú eras lo único que aún me retenía aquí.

—Pues bien, estoy pronta.

Calmado el arrebato del primer momento, y cuando la tranquilidad dejó un pequeño lugar á la reflexión, se presentaron al espíritu de Ernesto los inconvenientes y

las responsabilidades de aquella resolución. ¿Podría soportar Eloísa las fatigas y las penalidades de una fuga desde La Paz hasta la costa, al campamento chileno. Si él mismo no sabía cómo llegar hasta los suyos ¿expondría á su amada á los peligros de aquella penosísima marcha? ¿Con qué derecho aceptaba el sacrificio de aquella animosa joven, sacándola de las comodidades de una vida opulenta para darle todos los suplicios de la fuga, de las privaciones y del desierto? Todas estas reflexiones, agolpándose á su imaginación, apagaron la alegría de sus ojos y el eco de su voz, y nublaron de tristeza su frente.

Eloísa notó aquel repentino cambio.

—¿Qué te pasa?—le preguntó con ternura.

—Eloísa—respondió Ernesto con profunda angustia y como si temiese que sus palabras hicieran vacilar la resolución de su amada—¿has pensado en lo que dejas y á lo que te expones?

—He pensado que vuelvo á mi patria y que voy contigo.

—Eres la única heredera de una fortuna opulenta y vas á perderla.

—Desde este momento soy tu esposa ante Dios, y debo seguirte.

—Vas á atravesar un desierto inmenso, donde muchas veces no tendremos ni una gota de agua para la sed abrasadora, ni una hoja de árbol que comer, y donde no encontraremos á nadie, ó encontraremos sólo enemigos.

—Voy en busca de mi cielo y de mi libertad, y dejaré este suelo que aborrezco.

—¿Es decir que tu resolución es inquebrantable?

—Si te dejase partir solo, moriría mañana.

—Pues bien—exclamó Ernesto estrechándola con delirio contra su corazón—acepto la dicha y la responsabilidad de salir contigo. Te pagaré lo que pierdes y lo que sufras con el cariño infinito de toda mi vida.

—¿Cuándo nos vamos?—repitió ella.

—Espérame aquí mañana á esta misma hora; procuraremos resolver algo.

Los dos jóvenes se despidieron repitiéndose una vez más sus protestas de amor, y Ernesto se dirigió á su escala de cuerdas. Había dado algunos pasos, cuando oyó la voz de Eloísa.

—¿Me llamas?—preguntó volviendo atrás.

—Mira, hace largo tiempo que guardo en el silencio de mi corazón una palabra que necesito descargar con alguien.

—¿Acaso no tienes confianza en mí?

Eloísa se sonrió, y poniendo sus manos en forma de trompetilla al oído de Ernesto, murmuró con acento de indescriptible cariño:

—¡Viva Chile!

Ernesto la estrechó en un último abrazo, y repitió con efusión:

—¡Viva Chile!

Á la noche siguiente, bajo aquellos mismos árboles, se formuló el primer plan de huida; después de una ligera discusión fué desechado por absurdo. El segundo no fué más feliz. Y el tercero, el cuarto, el quinto, y mil planes, siguieron la misma suerte. En el estado en que se hallaban las cosas, cuando el nombre, la sospecha sólo de chilenismo era una sentencia de muerte, había que acogerse á lo contingente y lo imprevisto, porque lo ordinario y natural era imposible.

Los días, las semanas, los meses pasaban, entretanto, y nuestros jóvenes resolvieron arriesgar el todo por el todo.

Eran los primeros días de septiembre.

—Es necesario partir, al fin—dijo una noche Ernesto.

—De cualquier modo que sea—agregó Eloísa.

—Pero ¿cómo?

—Veamos.

Repasaron de nuevo todo sus proyectos, pero todos parecían ahora aún más irrealizables que antes.

Desesperados ya convinieron en que el 18 de septiembre, el día de la patria, Eloísa iría á buscar á Ernesto, y que desde ese momento se entregarían al destino. Confiaban su suerte á Dios y á la estrella de Chile.

El lector ha visto ya cómo principiaron su odisea.

V

Ernesto había abierto la puerta en el momento preciso para que Eloísa escapase á la bala del centinela. Una vez adentro, no había tiempo que perder. El joven afianzó rápidamente la puerta con una pesada tranca, y tomando la mano de Eloísa, la condujo hasta una puerta excusada, que daba á una calle lateral. En la calle el peligro era el mismo, puesto que los fugitivos no dejarían de ser perseguidos; pero iban impulsados por el amor y el patriotismo, dos alas para volar.

La Paz es una ciudad que se presta bien á las aventuras nocturnas: ni el alumbrado público ni la policía molestan demasiado á los que no quieren ser vistos; es tan fácil encontrar callejuelas que no conocen otra luz

que la del pródigo sol, como difícil de encontrar un guardián público.

Cuando aparecieron las primeras luces de la mañana, nuestros amigos se creyeron salvados: la ciudad y sus peligros quedaban atrás, y respiraron á pulmones llenos el aire libre del campo, precursor del aire de la patria. Se detuvieron un momento para descansar y deliberar un poco, y buscaron con la vista un sitio que les protegiese contra toda indiscreción. Al mirar atrás, Eloísa lanzó un grito de terror y Ernesto una enérgica exclamación de cólera y de sorpresa.

Dos soldados del Beni, más afortunados que sus compañeros, habían encontrado la pista de los fugitivos y los habían perseguido hasta que los divisaron á la distancia. Cuando los jóvenes se detuvieron, ellos se habían detenido también, creyendo que Ernesto los atacaría, ó que, por lo menos, procuraría defenderse. Sin embargo, el joven no avanzaba ni retrocedía: se había colocado delante de Eloísa como para hacerle un escudo con el cuerpo, y esperaba impasible que los soldados se acercasen. En efecto, éstos, al ver al enemigo inerme, adelantaron sobre él, y cuando estuvieron á una distancia segura, apuntaron sus fusiles y descargaron.

Un grito de dolor hizo eco á la doble detonación: Ernesto se llevó angustiosamente la mano al pecho, y cayó desplomado al suelo. Al ver á su amante muerto y á los soldados que se acercaban á la carrera, Eloísa, quebrantada por la fatiga y el temor, cayó á su vez desmayada al lado de su amigo.

Tres pasos lo separaban apénas de sus perseguidores, cuando Ernesto, incorporándose rápidamente, se puso en pie de un salto, con un revólver en cada mano, y los

descargó á quema ropa sobre ellos. Los soldados cayeron sin alcanzar á proferir ni una palabra: las balas habían sido dirigidas por manos firmes y seguras, y habían penetrado directamente al corazón.

En seguida se volvió hacia la hermosa desmayada, y le prodigó todo género de cuidados, hasta hacerla volver en sí.

La joven creyó despertar de un horrible sueño.

—¿No estás herido?—preguntó al convencerse de que aquello no era más que una pesadilla.

—Absolutamente.

—¡Que Dios sea bendecido!

—Sí, porque es el cielo quien ha venido en nuestro auxilio: no teníamos rumbo ni destino, y hemos encontrado brújula y puerto. Estamos salvados.

—¿Y los peligros que aún nos amenazan?

—Ya lo verás: teníamos que atravesar ocultos y fugitivos por el centro de poblaciones enemigas, y ahora pasaremos por ellas como vencedores y á la luz del sol.

—¿Lo dices para tranquilizarme?

—Escúchame, Eloísa: ¿estás dispuesta á obedecerme en todo, absolutamente en todo?

—Y ¿me lo preguntas?

—Pues bien: es necesario dejar ese vestido que puede comprometernos y cargar estos uniformes que el cielo nos envía. Eloísa, somos desde este instante dos abnegados voluntarios que van á engrosar las filas de la Alianza.

La joven no vaciló: la obediencia era la salvación. En un minuto nuestros dos amigos estuvieron vestidos con los uniformes de los Bravos de Beni. Eso sí, como no habían sido hechos sobre medida, los nuevos arreos

venían al uno un poco cortos y á la otra demasiados largos.

—No importa—dijo Ernesto—los valientes no se fijan en esas pequeñeces. Lo que urge es asegurar la retirada.

Y cargando vigorosamente los cuerpos que yacían en el suelo, los condujo hasta una quebrada cercana, los cubrió con su propio traje y con los vestidos de Eloísa tapó el todo con piedras y tierra, y volvió al lado de su amada.

—Señor recluta—le dijo sonriendo—¡en marcha á Iquique, á formar en el ejército del general Buendía!

—¿Me esplicarás antes lo que significaba tu muerte fingida?

—Es muy sencillo: si hubiese mostrado que estaba dispuesto á defenderme y que tenía armas para la defensa, nuestros perseguidores no habrían avanzado; ¡los conozco demasiado! Habrían vuelto á la ciudad en busca de refuerzos, nos habrían alcanzado, y si no se daban el placer de asesinarnos al aire libre, nos habrían conducido de nuevo á la capital, y después de un martirio de una semana, nos habrían descuartizado en homenaje y para entretenimiento del pueblo. Semejante porvenir no tiene nada de halagüeño, y hemos escapado á él de la manera que has visto.

Eloísa miró á Ernesto con ingenua admiración.

—Confío ciegamente en ti—le dijo—pero permíteme otra pregunta aún: ¿qué vamos á hacer al ejército del general Buendía?

—Á esperar alguna oportunidad para desertar y pasar á servir á las órdenes del general Escala.

—Adelante, entonces—concluyó Eloísa.

Y ambos se pusieron en camino.

Al día siguiente el comandante de los Bravos de Beni notaba con satisfacción sólo dos deserciones en su batallón: aquél era uno de los días más parcos.

VI

Como lo había previsto Ernesto, su peregrinación fué desde ese momento fácil y cómoda.

Á su paso por las poblaciones eran objeto de todos los cuidados y simpatías. Los más patriotas se disputaban el placer de dar albergue á esos defensores abnegados de la patria, que dejaban las comodidades de una vida holgada por las privaciones y los peligros de la guerra. Por su aspecto, por sus maneras y por su educación, se conocía que aquellos dos jóvenes pertenecían á familias decentes y acomodadas. En todas partes se les señalaba como ejemplo.

—Éramos soldados del Beni—decía Ernesto—nuestro batallón demoraba en salir, y no hemos podido resistir al deseo de volar en defensa de la patria. Vamos á buscar la victoria ó la muerte.

Después de un viaje que fué como una marcga triunfal, y en que encontraron guías y cabalgaduras á competencia para pasar de un punto á otro, nuestros amigos se encontraron una tarde á las puertas de Iquique.

—Es decir, en la boca del lobo—pensó Ernesto, comprendiendo que allí estaba el peligro supremo.

Y en seguida, dirigiéndose á Eloísa:

—Amiga mía—le dijo—tenemos que separarnos por algunas horas.

—Dispón lo que sea necesario—contestó la joven,

que encontraba en aquel momento crítico toda la energía de su alma de chilena.

—Comprendes que es peligroso para el éxito de nuestros planes futuros que entres en la ciudad con ese traje: verían llegar á dos voluntarios, y al día siguiente, cuando recobrases tus vestidos naturales, serías un desertor, lo que haría recaer fundadas sospechas en mí, que soy tu compañero. Conviene, pues, que entremos á la ciudad yo como voluntario, tú como mi esposa que no ha querido dejarme venir solo al peligro.

—Tienes razón.

—Iré á buscar un traje de mujer, y en seguida podemos entrar los dos sin inconveniente.

—¡Que el cielo te acompañe!

—Volveré en dos horas más—continuó Ernesto, besando en la frente á la joven.

—Esperaré hasta mañana; si junto con el sol no vienes tú...

Y la joven no se atrevió á concluir su lúgubre pensamiento.

—Vamos—dijo Ernesto procurando tranquilizarla y desechar su propia inquietud — abandona esas ideas; la suerte nos ha protegido hasta aquí ¿por qué nos habría de faltar en el mejor momento?

—Si no llegas junto con la luz del día—repitió Eloísa clavando sus ojos en el cielo—no tendrás que esperarme mucho; iré bien pronto á reunirme contigo.

Ernesto besó de nuevo silenciosamente á su hermosa compañera, y puso su alma en aquel beso. ¡Tal vez era el último!

En seguida registró cuidadadosamente sus revólvers, pasó el dedo por el filo de su puñal, buscó un escondite

seguro para Eloísa, y triste, pero resuelto, se dirigió á la ciudad.

VII

Iquique había recobrado algo de su antiguo movimiento y animación desde que nuestra escuadra había levantado el bloqueo en que los marinos de la Moneda habían asesinado moralmente á la más enérgica personificación de nuestras glorias marítimas: Juan Williams Rebolledo.

Riveros se aniquilaba en el hogar, olvidado y desconocido; la figura de Latorre se diseñaba apenas en el ancho horizonte del mar; no teníamos jefe almirante, y, sin embargo, los conductores pigmeos de una guerra titánica no vacilaban en sacrificar el único jefe, al que había visto nacer de las ondas nuestros buques y nuestros marinos.

Tanto como la obra de ese hombre, Angamos fué la consecuencia lógica de un hecho: el levantamiento del bloqueo de Iquique, impuesto por la fuerza, por la desobediencia aún, á los conductores supremos de la campaña. Mientras se tuviese á nuestros buques pudriéndose en una rada para custodiar como avaros imbéciles algunos sacos de salitre, no podían encontrarse con un enemigo que los huía. Necesitaban libertad para surcar las olas en busca del combate y la victoria.

Al ver al *Blanco Encalada*, esa poderosa máquina de guerra, meciéndose indolente y ociosa en la bahía desierta, y acompañado de algunos buques de madera, con sus palos y sus jarcias gimiendo, no al estampido del cañón, sino al arrullo del viento seguro, uno recordaba involuntariamente aquella frase gráfica de La Bruyère:

Il ronfle le jour,
il ronfle la nuit,
il ronfle toujours,
il ronfle en compagnie!

¡Oh! fué necesario que en aquellas mismas aguas la *Esmeralda* borrase más tarde con su epopeya sublime hasta el recuerdo de aquellos días de mercantilismo sin gloria!

Pero no estamos en el tribunal severo de la historia, sino en el hogar de la leyenda. Dejemos para otro lugar el juicio de los hombres y de las cosas, y volvamos á nuestra narración.

Ernesto entró en Iquique sin encontrar ninguna de las dificultades que temía. En aquellas playas, llenas de soldados, un soldado no podía llamar la atención.

Se procuró todo lo necesario para Eloísa, salió sin ser molestado, y en las primeras horas de la noche volvió á entrar con ella en la ciudad.

Al día siguiente se presentó al cuartel general solicitando incorporarse á cualquier batallón. Los jefes quedaron asombrados. Era aquel el primer caso de un entusiasmo tan espontáneo. Y luego, se conocía á primera vista que aquel valiente joven no era un individuo vulgar.

—¿Tu nombre?

—Ramón Soldán.

—¿Edad?

—Veintiséis años.

—¿Lugar de tu nacimiento?

—Cochabamba.

Y fué destinado al batallón Bolívar, en calidad de sargento distinguido.

Ernesto corrió á comunicar á Eloísa la buena nueva.

—Y en adelante—agregó—ten esto bien presente: te llamas Griselda Lavalle, y eres la esposa del sargento Ramón Soldán.

—Y ¿tendré que llamarme Griselda por mucho tiempo?

—No lo creo; espero que el sargento Soldán ha de encontrar pronto una ocasión de desertar al ejército chileno, llevando interesantes noticias del ejército aliado.

La vida de Ernesto y Eloísa fué, desde ese momento, tan tranquila como era posible, si bien mortificada incesantemente por el deseo de volver á la patria. Las horas de servicio, esta larga comedia que Ernesto tenía que representar penosamente, lo desesperaban; sólo encontraba compensación en sus horas de amor, al lado de Eloísa.

Cuando oía, sobre todo, á la grosera soldadesca ó á los oficialillos almibarados expresarse injuriosamente contra Chile y los chilenos, estuvo más de una vez á punto de descubrirse y castigar á los insultadores á costa de su propia vida. Únicamente el recuerdo de Eloísa y la idea de los peligros á que la dejaba expuesta, lo contenían.

No pocas veces sin embargo, encontró ocasión de vengar duramente los martirios que devoraba en silencio. Había entre peruanos y bolivianos una escisión profunda, convertida á menudo en irritada odiosidad, que los hacía formar altercados en que llegaban frecuentemente á las manos.

Aquellos eran los grandes momentos de Ernesto, los momentos del desquite. Como buen boliviano, no perdonaba á sus aliados peruanos ni una sola palabra dura. Al menor pretexto, sin mirar el número de sus adversa-

rios, se lanzaba sobre ellos, y su puño de acero principiaba á caer como martillo sobre sus cabezas.

Estas hazañas domésticas lo hicieron tan temido por los peruanos como adorado de los bolivianos. En todo altercado en que se encontraba el sargento Soldán, el campo quedaba siempre por Bolivia. Su batallón se sentía orgulloso de poseer el primer brazo de la Alianza.

—Ya tendrán que divertirse los chilenos que se encuentren con el sargento Soldán—decían los espectadores, cuando veían jugar aquellos terribles puños.

—Sin duda, si los chilenos fuesen como ustedes—replicaba desdeñosamente Ernesto.

Por lo demás, su irreprochable conducta en el servicio, sus conocimientos, su educación, esas mismas proezas que llegaban á oídos de su comandante, un rudo coronel boliviano, lo habían señalado desde el primer momento como acreedor á un ascenso. Hay dos caminos por los cuales se vuela rápidamente en los ejércitos del Perú y de Bolivia: el de la fuga y el de los ascensos.

Al poco tiempo, Ernesto era alférez de su batallón.

VIII

La barca que conducía á nuestros dos jóvenes se deslizaba, pues, viento en popa. Pero la serenidad del cielo no debía durar mucho, y la nube no tardó en llegar.

Un capitán del Zepita, lleno de galones y de fatuidad, enardecido por la belleza de Eloísa, creyó que la mujer de un sargento sería bien pequeño obstáculo á sus pretensiones; la mujer de un alférez era poco todavía.

Y luego, el capitán Cirilo Panadizo había probado ya los puños de Ernesto en más de una ocasión. La belleza

de la mujer y el odio al marido lo incitaban con igual vehemencia.

Para su desgracia, el capitán Panadizo no había sido más favorecido por Venus que por Marte. Ancho, mofletudo, con una voz de tiple que hacía contraste con su cuerpo regordete, ojos pequeños, sin más expresión que la crueldad y la cobardía, hermanas inseparables, el capitán del Zepita era un don Juan absurdo.

Á sus torpes insinuaciones, Eloísa contestó con el desprecio; á su insistencia, con la repugnancia. El relleno y atiplado Tenorio se constituyó entonces en la grosera y pesada sombra de la desdeñosa joven: lo encontraba á su paso las pocas veces que salía al templo ó á quehaceres urgentes; todos los días estaba segura de recoger en el pasillo de su casa un billete perfumado, que rompía sin leer. Aquella persecución se hizo, al fin, insoportable, y Elisa pensó un momento en avisar á Ernesto; pero el temor de exponer á su amigo á la venganza ruin del capitán, y tal vez á peligros más serios, la hizo devorar en secreto el suplicio de aquella torpe tenacidad.

Un incidente fatal vino á resolverlo todo.

El aviso dado á las autoridades de Bolivia sobre la fuga de dos espías chilenos, había llegado hasta el campamento de los aliados en Iquique. Las señas personales de los fugitivos estaban minuciosamente descritas. Se agregaba, como incentivo á la vigilancia y al celo de los buenos patriotas, que don Hilario Sorata y doña Pascuala Mamoré, que habían acogido en su hogar á la indigna chilena, y cuya generosidad había sido pagada con una vil traición, ofrecían una cuantiosa remuneración al que diese noticias del paradero de la fugitiva. Él se llamaba Ernesto Rivas, y ella Eloísa Torreblanca.

Á pesar del aviso y de las señas, nuestros amigos podían estar tranquilos; durante el tiempo que había tenido que mantenerse oculto en La Paz, Ernesto se había dejado crecer unas espesas patillas negras que lo habrían hecho inconocible para cualquiera; y ella se teñía de rubio sus hermosos cabellos negros, desafiando así todo reconocimiento.

Pero el capitán Panadizo había concebido algunas sospechas, y la casualidad le dió las armas que tanto tiempo buscaba.

Un día que la joven había salido, y en que, como de costumbre, era seguida á pocos pasos por el capitán del Zepita, dejó caer, sin verlo, su pañuelo, al subir á un coche.

El macizo galán se precipitó sobre aquella prenda que le serviría de pretexto para acercarse y hablar á Eloísa. Pero más que un gesto de amoroso triunfo, se dibujó en su ancha fisonomía una mueca de profundo desprecio. En una de las esquinas del pañuelo, había leído estas iniciales bordadas: *P. M. de S.*

El espíritu del malvado tiene para el mal destellos de luz que sorprenden. Aquellas iniciales fueron para el capitán del Zepita una revelación completa: leyó el nombre de doña Pascuala Mamoré de Sorata, y adquirió el pleno convencimiento de que Griselda Lavalle era la chilena Eloísa Torreblanca, y el alférez Soldán el espía Ernesto Rivas, fugados de La Paz. Y á la viva claridad de esta convicción comparó las fisonomías de Ernesto y Eloísa con las señas de los fugitivos, y encontró que unas y otras correspondían perfectamente.

Su primer impulso fué correr á denunciar á Ernesto; pero después reflexionó que aquel pañuelo ponía en sus

manos otro triunfo largo tiempo esperado. Eloísa concedería, seguramente, á la amenaza lo que no había concedido á la pasión. Para perder á Ernesto, siempre sobraría tiempo.

Esperó, pues, que la joven volviese á su casa, y entró tras ella.

IX

Eloísa quedó como petrificada de asombro ante aquella insolente provocación.

—¡Caballero!—exclamó al fin, con voz trémula de indignación—¿me explicará usted lo que esto significa?

—Vamos, paloma, no se enoje usted; hablemos tranquilamente.

—¡Salga usted, caballero! ¡salga usted, y no me obligue á dar un paso de que hasta hoy me he abstenido por respeto á mí misma!

—Espero que nos entenderemos sin necesidad de eso. ¿No pasamos adelante?—agregó el miserable, ofreciendo su brazo á la joven con grotesca galantería.

Eloísa retrocedió vivamente para evitar su contacto.

—Pues bien, no será conmigo con quien tendrá usted que entenderse en adelante. ¿Conoce usted á mi marido?

—¡Oh!—replicó el zepita con odiosa sonrisa:—conozco á Ernesto Rivas tanto como á Eloísa Torreblanca. ¿Me parece que ahora podemos entendernos?

Al oír aquellos nombres, Eloísa quedó aterrada: Ernesto denunciado, preso, muerto tal vez; eso fué lo que comprendió en la frase del capitán.

—Y ¿Ernesto?—preguntó con mortal angustia—¿lo ha vendido usted? ¿lo han muerto?

—Tranquilícese usted, mi hermosa; la suerte de su

marido depende exclusivamente de usted. No tiene más que escoger: si me oye, podremos arreglarnos; si salgo de aquí, será para denunciar al alférez Soldán, á Ernesto Rivas.

Y le ofreció nuevamente el brazo.

La joven, aterrada, viendo que la muerte estaba suspendida sobre Ernesto y ella, penetró al salón.

—Y ¿qué es lo que pretende usted?—exclamó arrojándose sobre una silla y mirando desesperada al capitán.

—¡Ay!—exclamó éste—¿no lo ha comprendido usted aún? ¿he sido tan desgraciado que ni siquiera he sabido manifestar mi amor en tanto tiempo?

—Y usted ¿no ha comprendido tampoco que esa pasión me repugna y me es odiosa?—habría deseado contestar Eloísa; pero procurando conmover á ese hombre, replicó:—¿No ve usted que ese amor es imposible? Seré su amiga, su hermana, pero no me exija usted más; sea usted generoso.

—¿Esa es su última respuesta?—dijo él, poniéndose de pie.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Ya lo ha oído usted: denunciar á Ernesto.

—¡Dios mío!—exclamó ella, retorciéndose con desesperación.

—¡Oh!—continuó el capitán con acento burlón y amenazante—¡pues no eran ustedes pocos atrevidos! ¡Después de La Paz, venir á espiarnos á nuestro propio campamento! De veras, se necesita arrojo para eso.

Eloísa guardó silencio.

—¿No me dice usted nada?—insistió él—¿me acepta usted?

Y se acercó á la joven como para abrazarla.

—¡Atrás, miserable!—exclamó entonces Eloísa, levándose pálida y terrible, y clavando en él una mirada de indescriptible desprecio.

El oficial peruano tuvo miedo, y retrocedió, en efecto, ante aquella mujer imponente y amenazadora en su cólera y en su indignación. Pero aquello duró sólo un momento: el capitán se recobró al considerar que tenía que habérselas con una mujer sola é indefensa, y Eloísa, por su parte, volvió á caer abatida sobre la silla, dominada por lo angustioso de su situación. Si sólo se hubiese tratado de ella, habría tenido bastante energía para resistir aun á la fuerza; pero la idea de que perdía también á Ernesto le agobiaba.

—Piénselo usted por última vez—advirtió el capitán—si usted accede, le juro por mi honor que el secreto no saldrá de mí.

—¡Tu honor!—dijo Eloísa con un gesto de supremo desdén—y ¿quién puede fiar en el honor de un cobarde?

El capitán se dirigió á la puerta.

—Como usted quiera—dijo—puede despedirse desde hoy para siempre de su amigo.

Eloísa tembló.

—¡No, no! ¡deténgase usted!

Él se detuvo. Su fingida retirada no era más que un ardid, puesto que estaba dispuesto á obtener por la violencia lo que no consiguiera con la amenaza.

—¡Sea!—continuó ella, por cuyo espíritu había cruzado una resolución suprema, esperando que Ernesto podía llegar en aquellos momentos.—Si no hay otro medio de salvarlo y de salvarme, sígame usted.

Y la joven se dirigió lentamente á la pieza vecina, su

habitación. El peruano la siguió, radiante de triunfo y de placer. Cuando ambos estuvieron adentro, ella se volvió á la puerta, echó la llave, y se la guardó en el bolsillo. El capitán la dejaba hacer; aquellos preparativos para no ser molestados le parecían perfectamente naturales. Eloísa se dirigió en seguida á su velador, abrió el cajón, y rápida, terrible, con los ojos chispeantes, transfigurada, exclamó con una voz que hizo extremecer al zepita:

—¡De rodillas, miserable!

Y le apuntaba al pecho con su revólver.

Cobarde ante el peligro, como había sido insolente y audaz ante una mujer indefensa, el capitán cayó, efectivamente, de rodillas.

—¡Perdón!—murmuró extendiendo las manos suplicante—¡tenga usted compasión de mí!

—¡Compasión! ¿La habrías tenido tú de Ernesto? ¿la tuviste acaso de mí? ¡Ea! ya es tiempo de que pidas perdón á Dios!

—¡Por piedad!—imploró el pobre soldado, llorando como un niño—le juro á usted...

—Basta de juramentos inútiles; los miserables no tienen derecho á jurar. ¡Oh! creías que yo, la esposa de un chileno, podía entregarme á un peruano...¡y á tí!—agregó con un gesto de repugnancia aplastadora.

El zepita pareció resignarse.

—Pues bien—dijo—ya que he de morir, concédame usted un último favor; también yo tengo una esposa, tengo hijos; déjeme usted enviarles por escrito mi última despedida. Usted misma leerá la carta, si teme una delación. Ellos están en Lima. No me niegue usted este último consuelo.

Eloísa se movió á lástima: también ella había sufrido

cruelmente con la idea de no poder despedirse por última vez de Ernesto. Se dirigió silenciosamente á su mesa para sacar una hoja de papel. En ese momento daba la espalda al capitán. Una sonrisa de alegría feroz brilló en el rostro de éste. Con un rápido movimiento llevó la mano á la empuñadura de su espada, la desenvainó y se lanzó sobre Eloísa, atravesándola por la espalda.

Ella lanzó un grito de agonía, hizo un ligero movimiento con la mano, que aún apretaba entre sus dedos crispados el gatillo de su revólver, y cayó inmóvil y rígida.

El capitán respiró como si le hubiesen quitado de encima un peso enorme, y se dirigió á la puerta.

Pero en el mismo instante, un violento empuje hizo saltar la cerradura, y Ernesto, lívido, con los cabellos erizados, verdaderamente espantoso, apareció en el umbral.

Un rugido ronco, que no tiene nada de humano, se escapó de su garganta, y de un salto, como el tigre que se arroja sobre su presa, cayó sobre el asesino, lo cogió del cuello y lo derribó en tierra.

El capitán hizo un esfuerzo para librarse del anillo de bronce que le apretaba la garganta; pero convencido de que nada podía contra aquellos puños cuya dureza conocía ya, pareció rendirse á discreción. Ernesto le sujetó con la rodilla, recogió del suelo la propia espada del miserable, y se la hundió en el pecho.

Acudió en seguida al lado de Eloísa. La joven estaba muerta: la puñalada le había llegado hasta el corazón. Su rostro conservaba aún la expresión de indomable altivez y de soberano desprecio que tenía momentos antes. Ernesto lanzó un gemido que pareció desgarrarle

las entrañas, besó en la frente á la hermosa y querida muerta y cerró cariñosamente sus ojos.

Luego, como quebrado por el dolor, cayó desplomado sobre una silla, se cubrió el rostro con las manos, y aquel espíritu tan enérgico y audaz, aquel joven de acero, sintió que su corazón estallaba, y lloró como un niño...

.....

En las altas horas de aquella noche un hombre cavaba silenciosamente una fosa en el cementerio de Iquique, al lado de la sepultura de Arturo Prat. Aquel suelo, santificado por los despojos del héroe, era ya chileno antes que lo cubriese la bandera tricolor, y antes de que las bayonetas vencedoras de los invencibles se apoderasen de él como una reparación y un rescate.

Cuando la fosa estuvo abierta, el joven colocó en ella un ataúd que besó por última vez; lo cubrió, cuidando de no dejar señales de la reciente excavación, y doblando después una rodilla en tierra, pareció elevar al cielo una muda y honda plegaria.

—Eloísa—murmuró levantándose y pensando en que pronto podría morir por la patria—Eloísa ¡no estaremos largo tiempo separados!

Y salió con paso rápido del cementerio.

Un caballo lo esperaba á la puerta; subió en él y se alejó al galope.

El generoso bruto parecía orgulloso de su jinete; y como si supiese á donde iba, y como si tuviera también prisa en llegar, volaba como el viento por las calles solitarias: es que era también un caballo chileno ¡un caballo del *Rimac!*

Media hora después, el jinete y el caballo se perdían en la oscuridad gigantesca del desierto.

X

Lucía ya noviembre, el mes de los muertos, con sus flores, sus plegarias y sus recuerdos. En ese mes principió también á abrirse la sepultura de la Alianza, que parecía tener vida más robusta, pero que fué cayendo como caña podrida ante el huracán de fuego y de acero de nuestras bayonetas y cañones.

Pisagua, la inexpugnable, había caído, y sus defensores huían aterrados delante del tricolor, clavado victorioso en trincheras que se elevaban á dos mil pies sobre el suelo. Los titanes de Chile, más esforzados que los de la mitología, habían escalado el Olimpo.

Sabían los aliados que la línea ocupada por el ejército chileno se extendía desde Pisagua á la Encañada de Dolores, y que en este punto había una división que no alcanzaba á cuatro mil hombres. Era una buena oportunidad para atacarlos con los doce mil aliados del general Buendía.

Pusiéronse, pues, en marcha peruanos y bolivianos, y el veinte de noviembre los dos ejércitos se encontraban frente á frente.

Ernesto había recibido con todo su entusiasmo de chileno la noticia de Pisagua; entusiasmo tanto más intenso cuanto era más concentrado y oculto. Desde ese momento quedó decidida en su espíritu su próxima escapada, y ya hemos visto cómo la precipitó la muerte de Eloísa.

No referiremos los numerosos incidentes ni las penalidades infinitas de aquella travesía. La víspera de la batalla, Ernesto llegaba al campamento chileno, donde la vista de los batallones de la patria, de la bandera queri-

da, de todo lo suyo, en fin, borró por un momento el recuerdo de lo pasado.

Tomado al principio como oficial boliviano, se dió luego á reconocer, y fué reconocido por muchos de nuestros jóvenes oficiales y por todos los del Atacama, el batallón de su pueblo.

Ernesto solicitó sentar plaza en el Atacama como agregado, voluntario ó soldado, en cualquier puesto endonde pudiese pelear, y fué aceptado sin vacilar. Pasó la noche con algunos antiguos amigos, á los cuales refirió las variadas peripecias de su larga peregrinación, y al amanecer del día siguiente ocupó el primero su puesto de combate.

La batalla comenzó.

La batería del mayor Salvo era asaltada por el Zepita, y estaba en grave peligro. De repente, los peruanos vuelven cara, y bajan en rápida fuga la pendiente del cerro: habían divisado trepando la cumbre una compañía del terrible Atacama que avanzaba al trote, la bayoneta calada.

Nada resistió al empuje de aquellos soldados, hombres de hierro para el ataque, y con alas para trepar las rocas inaccesibles.

En primera fila se distinguía Ernesto Rivas.

Cuando el Atacama hubo barrido de enemigos el cerro, y cuando volvía á su primera posición después de aquella vigorosa carga, un hombre solo seguía á los fugitivos, olvidado de los suyos, del peligro y del número. Era Ernesto. El joven perseguía al batallón Zepita como quien persigue á un individuo, á un enemigo personal, porque, en realidad, aquel batallón personificaba para él á su muerta: al capitán Panadizo.

El batallón fugitivo se detuvo al fin, y entonces pudo ver á ese atacameño que lo corría solo, y que iba tendiendo á cuantos alcanzaba con la punta de su espada, después de haber agotado los tiros de su revólver.

En un segundo se vió Ernesto rodeado por centenares de enemigos, y después de hacer por algunos instantes prodigios inauditos de bravura, que tenían como suspensos á sus propios adversarios, cayó acribillado de balazos.

Los que recogieron el cadáver de aquel joven extraordinario, que había hecho por sí solo tanto como una compañía entera, contaron en él treintiocho heridas, todas mortales.

Hoy duerme el eterno sueño, casi olvidado entre tantos héroes, en el cementerio de Iquique, bajo la sombra del pabellón chileno, y al lado de Eloísa ¡sus dos grandes amores!

JACOBO EDÉN

LIBRO ÍNTIMO

INTRODUCCIÓN

(Á don Adolfo Valderrama)

Voy por primera vez á alzar el velo
que circunda y abriga mi existencia:
no la del cuerpo, este reptil del suelo,
mas la del alma, la inmortal esencia.
Verás si acaso queda algo del cielo
guardado todavía en mi conciencia,
entre los restos de mi edad pasada...
ó si no queda, por desdicha, nada.

Entro á este oculto albergue, á este santuario
de mis memorias y de ensueños idos,
como á un antiguo templo solitario
donde ya no hay incienso ni sonidos.
Á un lado y otro, como en un osario,
verás ¡ay! de los séres más queridos,

padres, hijos, hermanos, compañeros,
húmedos con mi llanto los letreros.

Allá en la triste oscuridad del fondo
que un tenue rayo de esperanza alumbra;
sobre el sepulcro más antiguo y hondo
se levanta un altar en la penumbra.
¿Quieres saber qué son? ¡Ah! te respondo
que jamás mi memoria los vislumbra
sin que mi corazón lance un gemido...
Sólo por ellos dos soy lo que he sido.

Son... el sepulcro de mi amor primero,
y el puro altar de mi filial ternura:
el germen de mi vida todo entero,
que impidió florecer la desventura.
¡Esas las manos son con que primero
se modeló la frágil estructura
de esta alma, que sin fuerza y desolada
siempre vuelve hacia ellas su mirada!

Fueron, en la mañana de mi vida,
guía y consuelo, apoyo y esperanza,
nube de oro en el cielo suspendida
que á dar abrigo al avecilla alcanza.
Pero la nube está desvanecida,
y el ave, ya desorientada, avanza
herida, fatigada, el ala rota,
bajo de la tormenta que la azota.

Hoy da tregua un instante. Bajo el cielo
de tu patria, al dintel de tus hogares,
reposa un punto del penoso vuelo
desde otras tierras y remotos mares.
Consuelo me será ¡triste consuelo!
que visites conmigo esos altares,
en donde yace cuanto bien me queda...
Iré hasta el fin. Pero... ¿será que pueda?

Nó, no profana este sagrado asilo
la mirada piadosa del poeta
que, en la bondad de un corazón tranquilo,
hasta el error del infeliz respeta.
Vario y confuso es de mi vida el hilo,
vasta la escena y por demás inquieta...
Parezco un sér extraño, algo sin nombre,
¡demasiado infeliz hasta para hombre!

Aquí entrará tu corazón amigo
como á una ruina en apartado yermo,
adonde lleva un bálsamo consigo
para aliviar al solitario enfermo.
Sé bienvenido, pues; entra conmigo
á este recinto en que mi angustia aduermo,
y que nunca mostré á ningún extraño
porque no lo profane el desengaño.

Quizá cuando hayas recorrido el seno
de este rincón oculto á las miradas,

de hojas marchitas y de tumbas lleno
con dolorosa profusión sembradas;
cuando tú, melancólico y sereno,
hayas podido ver cuán torturadas
fueron las horas de mi vida entera;
qué azarosa y amarga mi carrera;

cuando llegues al fin de este relato
veraz, sencillo, de dolor profundo,
veras que nadie mira en mí el retrato
de lo que soy, y que se engaña el mundo...
Mientras que sólo para ti desato
el raudal de mis penas infecundo
no extrañes si se mezclan á mi canto,
con penosa emoción gotas de llanto.

Porque sólo es allí donde alzar puedo
palabras de oración, en paz y oculto;
junto á aquellos que amé, no tengo miedo
del bullicio y del frívolo tumulto.
Allí no me señalan con el dedo
la envidia, ó el desprecio ó el insulto...
¡Envuelto de ese amor en el ambiente
me atrevo casi á ver á Dios de frente!

Allí mi propia pequeñez olvido,
allí á mi innata sed de amor me entrego:
esa amorosa atmósfera es mi nido;
siento allí á Dios cual siente al sol el ciego.

¡Con cuánta fe, del corazón henchido
brota instintivo y fervoroso el ruego!
Vuelvo á ser niño entonces, y á ser bueno...
¡Ah, mundo, allí no llegará tu cieno!

Perdona si del alma conmovida
sale en desorden este canto. Ahora,
contemplando las fuentes de su vida,
más que templar la lira, siente y llora!
Tú lo conservarás. De la partida
quizá se acerca para mí la hora:
pobre poeta yo ¿qué podré darte
sino el último adiós, que ignora el arte?

Quede en tus manos esta pobre prenda,
de simpatía y de amistad tributo,
y en tu memoria algún destello encienda
cuando yo deje de esta vida el luto.
¡Quizás un día en mi canción se aprenda
cuánto es amargo y miserable el fruto
que una ambición superficial é inquieta
produce en el destino del poeta!

José Arnaldo Márquez

(Continuará)

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Los artículos 10 y 15 de la ordenanza sobre la distribución de las aguas en los ríos que dividen provincias ó departamentos, expedida por el presidente de la República con fecha 3 de enero de 1872, dicen como sigue:

"*Artículo 10.* Las mercedes de agua que se concedieren desde la promulgación de esta ordenanza en los ríos que, en ciertas épocas del año, se sujetan á turnos, á causa de que sus aguas no alcanzan á satisfacer las necesidades de las *tomas* existentes, sólo darán derecho á sacar agua cuando dichos ríos no están sujetos á turno; pero mientras lo estén, no tendrán parte en la distribución de sus aguas."

"*Artículo 15.* Los intendentes y gobernadores á quienes corresponda, cuidarán de avisar oportunamente

cuando convenga establecer y suspender los turnos, atendida la escasez ó abundancia de las aguas, debiendo remitir al Ministerio del Interior antecedentes sobre el número de *tomas que existan en una y otra ribera*, sobre la extensión de caja de río que haya que recorrer y vigilar y demás datos conducentes á fijar el sueldo de que debe gozar el juez de aguas, y el número de inspectores que haya de tener á su servicio.»

En estos artículos, *toma* se halla empleado por *bocatoma*.

Don Rufino José Cuervo, en las APUNTACIONES CRÍTICAS SOBRE EL LENGUAJE BOGOTANO, párrafo 541, dice que no usaría *toma* por *acequia* ó *cauce*.

Don Pedro Fermín Cevallos, en el BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LEGUAJE CASTELLANOS, dice que ha de usarse *toma* en vez de *bocatoma*.

Don Vicente Salvá, en el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1857; don Ramón Joaquín Domínguez, en el DICCIONARIO NACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA; y una sociedad literaria en el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, mencionan, entre las diversas acepciones de *toma*, la de «abertura ó boca que se abre en un cauce ó acequia para coger de ella porción de agua».

Lo expuesto manifiesta que se da á *toma* el tal significado, no sólo en la América Española, sino en la Península misma.

Ninguno de esos tres diccionarios trae el vocablo *bocatoma*.

Pero desde que se acepta la palabra *toma* en la dicha acepción, no hay motivo para rechazar á *bocatoma*, que

es un compuesto tan bien formado y tan claro, como *bocacalle*, *bocamanga*, *bocateja*.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no autoriza ni *toma* en el sentido de que se trata, ni mucho menos *bocatoma*.

La palabra que, según él, ha de emplearse en este caso es *bocacaz*, "abertura ó boca que se deja en la presa de un río para que por ella salga cierta porción de agua destinada al riego, ó á otro cualquier fin".

Bocacaz es un sustantivo masculino, y no femenino. Ha de decirse, por lo tanto, *el bocacaz*, y no *la bocacaz*, como sé que se dice en algunas de las otras repúblicas hispano-americanas.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española admite como equivalentes de *bocacaz* las palabras *sangradura* ó *sangría*, á las cuales asigna, entre otras, la acepción de "salida que se da á las aguas de un río ó canal para llevarlas á otra parte".

Dice también que, en Aragón, se emplea en este sentido el vocablo *brazal*, el cual denota "cauce ó *sangría* que se saca de un río caudaloso ó de una acequia grande para regar las huertas y sembrados".

Debo advertir que si en Chile alguien usara las palabras *bocacaz*, *sangradura*, *sangría*, *brazal*, ellas serían tan incomprensibles como si pertenecieran á un idioma extranjero.

En nuestro país, suele decirse *saque de agua* por *bocatoma* ó *toma*.

Sin embargo, el DICCIONARIO de la Real Academia Española sólo da á *saque* las siguientes acepciones:

1.ª "Acción de sacar en el juego de la pelota."

2.ª "Raya ó sitio desde el cual se saca la pelota."
3.ª "El que saca la pelota."

BODEGAJE

El artículo 15 del reglamento para el transporte de la carga por los ferrocarriles nacionales aprobado por decreto del presidente de la República, expedido con fecha de 30 de octubre de 1879, dice textualmente como sigue:

"La carga depositada en las diferentes estaciones que no se saque por sus consignatarios en los dos primeros días hábiles después de su llegada, debe pagar *bodegaje* á razón de tres centavos quintal, ó su equivalente en pies cúbicos, por cada quincena, entendiéndose para los efectos de este artículo concluída la quincena principiada.

"Transcurrido un mes de depósito, el dueño ó consignatario será obligado á sacar la carga, so pena de seguir pagando doble *bodegaje*."

Hay en castellano muchas palabras análogas á *bodegaje* por la forma y por el significado, como verbigracia:

Almacenaje, "derecho que se paga por conservar las cosas en un almacén ó depósito".

Anclaje, "tributo ó derecho que se cobra en los puertos de mar por permitir que las embarcaciones fondeen en ellos".

Barcaje, "precio ó derecho que se paga por pasar de una á otra parte del río en una barca".

Carneraje, "derecho, ó contribución que se paga por los carneros."

Corretaje, "premio ó estipendio que logra el corredor por su diligencia".

Herbaje, "tributo que en la corona de Aragón se pagaba á los reyes al principio de su reinado por razón y á proporción de los ganados mayores y menores que cada uno poseía".

Hospedaje, "cantidad que se paga por estar de huésped".

Muellaje, "derecho ó impuesto que se cobra á toda embarcación que da fondo, y suele aplicarse á la conservación de los muelles y limpieza de los puertos".

Pasaje, "derecho que se paga por pasar por un paraje".

Peaje, "derecho de tránsito".

Pilotaje, "cierto derecho que pagan las embarcaciones en algunos puertos y entradas de ríos, en que se necesita de pilotos prácticos para su seguridad".

Sin embargo, el DICCIONARIO de la Real Academia Española no trae *bodegaje*.

Indudablemente, en vez de este vocablo, puede emplearse el de *almacenaje*.

Pero ha de notarse que no es una misma cosa *almacén* que *bodega*.

Almacén es "casa ó edificio público ó particular donde se guardan por junto ó se venden cualesquiera géneros como armas, pertrechos, comestibles etc."

Bodega, es, "en los puertos de mar, pieza ó piezas bajas que sirven de almacén á los mercaderes".

Aparece entonces que, según el DICCIONARIO de la Academia, hay diferencia entre *almacén* y *bodega*.

Siendo así, si se admite el uso de *almacenaje* ¿por qué se rechazaría el de *bodegaje?*

BOLETA

El artículo 899 del CÓDIGO CHILENO DE COMERCIO empieza así:

"El capitán, antes de emprender el viaje está obligado:

"1.º Á proveerse del certificado de matrícula de la nave, patente de navegación, rol del equipaje, *boleta de sanidad*, pólizas de fletamento, conocimientos de la carga, un ejemplar de este código, y demás documentos que exijan las leyes ó reglamentos".

Boleta se halla empleado, en este artículo, manifiestamente en el sentido de certificado ó certificación.

Don Andrés Bello, en los PRINCIPIOS DE DERECHO INTERNACIONAL, parte 1.ª, capítulo 6, párrafo 6, se expresa así:

"Entre los gravámenes á que está sujeto el comercio en todo tiempo, no debe omitirse la cuarentena. Cuando un buque es obligado á hacerla por venir de un puerto apestado, ó porque hay otro motivo de temer que propague una enfermedad contagiosa, se le pone en un estado completo de incomunicación por un espacio de tiempo que en general es de cuarenta días, aunque pueda ser mayor ó menor según las circunstancias. El principal documento que sirve para averiguar si el buque debe hacer cuarentena y por cuanto tiempo, es el *certificado, boleta ó fe de sanidad*, dado en el puerto de donde procede el buque. En este documento se notifica el estado de salud de aquel puerto. Se llama certificado *limpio;* el que atestigua que el puerto se hallaba exento de ciertas enfermedades contagiosas, como la peste ó la fiebre amarilla; *sospechoso*, si había sólo rumores de infección

y *sucio*, si la plaza estaba apestada. Su falta, cuando el buque viene de paraje sospechoso, se consideraría como equivalente á un certificado *sucio*».

Este trozo de un hablista tan eminente como Bello confirma el significado que el artículo 899 del CÓDIGO DE COMERCIO señala á *boleta*.

Los españoles-americanos emplean esta palabra en la acepción de certificado, no sólo cuando se aplica al instrumento en que se da á conocer el estado de la salubridad en el puerto de donde sale un buque, sino también en otros casos.

Los artículos 23 y 34 de la ley de *implicancias y recusaciones de los jueces* fecha de 2 de febrero de 1837 dicen como sigue:

«*Artículo 23*. Siempre que la ley impone la obligación de expresar causa para la recusación, debe acompañarse á su interposición *boleta* legal de haberse consignado la multa competente; y sin la prestación de esta *boleta*, no se oirá la recusación».

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

UN DESAPARECIDO

(Continuación)

XV

Pronto iban á llegar hasta lo increíble las sorpresas de Julia.

Marcos llegó al siguiente día, y cuando se preparaba para ir á la casa de don Marcelo, llegó éste con su cara risueña y grandes agasajos, dándole la bienvenida.

—¿Tenía usted, por lo que veo, gran curiosidad de saber el resultado de mi viaje?—dijo Marcos. Si es así, lamento que las noticias no sean del todo buenas. El gobierno cuenta ahí con poderosos elementos.

—Más tarde hablaremos de eso; el principal motivo de mi visita ha sido saludarle.

Marcos, que iba conceptuándose con estas lisonjas un gran personaje, se inclinó ante el cumplido de don Marcelo, con la satisfacción de un hombre que lo merece.

Julia, creyendo solo á su padre, entraba en esos momentos, y retrocedió á la vista de su perseguidor de la víspera.

—Éntre usted—dijo don Marcelo—no quiero ser un obstáculo para las expansiones de familia; comprendo y aplaudo lo que es eso.

—Entra—dijo Marcos.

Obedeció Julia, subiéndole los colores á la cara.

—¿Es su hija?—preguntó don Marcelo.

—Sí, señor, mi hija—respondió el dueño de casa.

—Pues bien, hágame usted el favor de presentármela.

Apresuróse Marcos á cumplir con las formalidades de estilo, y cuando Julia le tendió su mano, oyó, con gran estupefacción, que don Marcelo decía, reteniéndosela y observando la muñeca:

—Tiene usted el brazo magullado. ¿Qué le ha sucedido?

—Nada.

—¡Cómo nada!...—repuso. Y volviéndose á Marcos, agregó:—¡Vea usted! Será preciso aplicar algunas sanguijuelas para apresurar la desaparición de estos cardenales.

—¿Cómo te has hecho esto?—preguntó Marcos.

—En los barrotes de la ventana—murmuró Julia, sorprendida de tanta audacia.

—Cualquiera diría que era la impresión de los dedos de una mano—observó don Marcelo, con creciente serenidad.

—¡De los dedos de una mano!—repitió Julia en el colmo de la estupefacción.

—Sí. ¿No es usted de misma opinión, amigo mío?—insistió don Marcelo, dirigiéndose á Marcos.

—En efecto—murmuró éste, tomando el brazo de su hija y frunciendo las cejas.

—Y es cosa reciente—insistió impávido don Marcelo.

—Sí, muy reciente; fué anoche—murmuró Julia, mirando de frente á su acusador, que contestó sin pestañear:

—Malo, estos accidentes pueden ser peligrosos, en ausencia de los padres. Un poco más, y le dislocan la muñeca.

Julia, abismada con esta última observación, bajó la manga de su vestido y salió apresuradamente.

—¿Cree usted—dijo Marcos cuando quedaron solos—que la magulladura del brazo de Julia pueda haber sido ocasionada por la presión de los dedos de una mano?

—Sin duda, y aún podría decir qué mano es esa.

—¿Qué mano?

—La de Edgardo; y ya no me extraña que ayer no hubiera adelantado ni una línea en su trabajo.

—Es decir que durante mi ausencia...

—Ausente ó no, ese muchacho es siempre un haragán, que he empleado únicamente en atención al servicio que me prestó la noche en que se desbocaron los caballos de mi carruaje.

—Yo estaba en la persuasión de que era activo é inteligente.

—¡Que un hombre de su penetración y perspicacia se equivoque tanto!... Quien, como Edgardo, está habituado á la ociosidad, no será nunca un hombre diligente. Para estimularlo, le he ofrecido duplicarle el sueldo, y aún así no consigo que se contraiga á sus deberes.

—Yo pondré orden en estas cosas—murmuró Marcos.

—Hagamos abstracción de este pequeño incidente y hablemos de su viaje.

—Sí, hablemos de mi viaje, cuyo resultado, como le he dicho, no ha sido del todo satisfactorio.

—Pongámonos en camino. En casa nos espera el candidato de oposición el departamento de por la Victoria; y así le evitaré ha blar dos veces sobre el mismo asunto.

Esto diciendo salieron á la calle.

Julia, alarmada, y con justicia, con la escena provocada con tanta audacia por don Marcelo, se encerró en su alcoba, y oprimiéndose la cabeza con ambas manos, necesitó evocar toda la fuerza de sus recuerdos para tener la certidumbre de que no era víctima de un fatal sueño.

Lo que antes hubiera creído imposible era un hecho.

Había un hombre bastante audaz para ir á su casa en altas horas de la noche con el deliberado propósito de atentar á su honra, y este mismo hombre tenía la rara habilidad de disculparse ante su amado; más todavía, de captarse su gratitud, y después el refinado cinismo de acusarla ante su padre, exhibiendo las huellas de sus propios y brutales arrebatos.

¿Diría á su padre lo ocurrido la noche del atentado?

Nó, su padre, después, sobre todo, de sus respuestas evasivas, pondría en duda su declaración, le pediría pruebas, pruebas difíciles de patentizar por el grado de confianza que Marcos tenía en los procedimientos de don Marcelo.

Su primera falta era no haber declarado á Edgardo la verdad de lo sucedido, en cuanto providencialmente se presentó en su socorro, desentendiéndose de las amenazas de don Marcelo.

Éste le inspiraba miedo. Por instinto se consideraba débil para luchar con él, y temió por su amante. Al ver ciego á su padre con respecto al carácter de ese hom-

bre, trajo á la memoria las prevenciones de Carmen, y mirando á su porvenir, lo vió oscuro y cubierto de negros nubarrones.

¡Ah! tan negros como le parecían, la realidad iba pronto á convertirlos en más tenebrosos, más densos y terribles.

Marcos llegó muy entrada la noche, y tuvo con su hija una escena tempestuosa.

—Mira—le dijo, tomándole el brazo con brusquedad y acercándolo á la luz de la vela—mira, don Marcelo tenía razón; estas huellas son causadas por la presión de los dedos de un miserable.

—¡Padre mío!...

—¡Basta de ficciones! ¿Quién es él? ¿No quieres decirlo? Yo pronunciaré su nombre.

—¡Ah! ¿sabe usted?

—Sí, sé que mentías asegurando que te habías lastimado en los barrotes de la ventana.

—Pero ese nombre...

—Ya te lo he dicho, es el nombre de un miserable,

—En efecto, tiene usted razón: es un miserable.

—¿Convienes en ello?

—Sí, padre mío.

—Y ¿sólo se ha limitado á lastimarte el brazo?

—Juro que he sabido defenderme de sus acechanzas.

—Te creo, necesito creerte; pero en adelante te prohibo sus visitas. ¡Prevalerse de mi ausencia! ¡Miserable!

—No deseo otra cosa, padre mío. Que no vuelva jamás.

—Sólo de este modo nos reconciliaremos, Julia. He sabido, además, que ese muchacho es un ocioso, un

perdido, un torpe. Y cuando pienso que su madre, antes de mi viaje, me hizo insinuaciones...

—¿Su madre?...

—¡Es encantadora tu pregunta! ¿Quieres hacerme consentir que eres ajena á las pretensiones de Carmen?

—Luego, padre mío, ese miserable...

—Déjate de comedias, que ahora serían indignas y extemporáneas. Debemos cortar todas relaciones con ese miserable de Edgardo.

—¡Edgardo!

—Basta. Cuando no se es maestra en el arte, las declamaciones se convierten en ridículas. Buenas noches, es ya tarde.

Julia, habiéndose imaginado por un momento que su padre había descubierto la duplicidad de don Marcelo, quedó petrificada al oír el nombre de Edgardo tildado de ocioso, haragán y miserable.

No dudó ya de que en esto había andado la mano de don Marcelo, y su temor no reconoció límites.

Ese hombre era un demonio que, mezclándose en el camino de su vida, cual serpiente astuta la envolvía en sus múltiples anillos, presentándole inesperadamente su dardo envenenado en donde ella se imaginaba encontrar el camino de la salvación.

No vaciló ya, y tomando un papel de esquela, escribió, sin detener su pluma, lo siguiente:

"Querido Edgardo:

"Circunstancias extraordinarias é inesperadas tienden á poner un abismo entre los dos. Necesito hablarle con reserva. Mañana en la noche, si ve luz en mi pieza,

toque sigilosamente con los dedos la puerta de mi casa. Yo estaré ahí para abrir. Pido al cielo que me perdone este paso, y que usted sepa apreciarlo y comprenderlo.

"JULIA."

La pobre niña, no pudiendo conciliar el sueño, se levantó muy de mañana y estuvo en acecho en su ventana hasta que salió Edgardo; entonces le hizo señas para que se acercara, y le tiró la carta, poniéndose el dedo índice en los labios para recomendarle discreción.

Edgardo quiso hacerle algunas preguntas, pero Julia repitió imperiosamente la señal, y cerró de golpe la ventana.

XVI

Ese mismo día se presentó en casa de don Marcelo un señor de traje raído, pero muy cepillado, compuesto de un pantalón de cuadros con trabillas, botones de metal, una chaqueta de casimir oscuro, y un sombrero de copa alta muy inclinado sobre la ceja derecha.

Su rostro hubiera sido vulgar, á no ser por la viveza de sus ojos y la movilidad de su nariz, semejante á la de un conejo cuando devora su ración.

Llevaba un junquillo en la mano y una cartera en la otra.

—¿Cuál es el gabinete de don Marcelo?—preguntó al sirviente que ocurrió á su llamado.

Éste, antes de responder, lo miró con curiosidad y dijo:

—Don Marcelo no está en casa.

—No pregunto si está ó si no está en casa; pido sólo la dirección de su gabinete.

—Su gabinete es aquel.

—Es cuanto necesito.

Y diciendo esto, se encaminó al sitio designado.

—Caballero—dijo el sirviente interponiéndose—le he dicho que el patrón no está en casa.

—¿Te digo yo, acaso, lo contrario?

—Sin embargo, usted se dirige á su gabinete.

—Sin duda.

—Espérelo aquí, ó vuelva.

—Ni una ni otra cosa. Tú has cumplido la consigna, negando á don Marcelo, y yo cumplo con la mía sorprendiéndolo en su retiro.

—Caballero, le prevengo que á esta casa no se entra como á un lugar público.

Se volvió el del raído traje, y detuvo al sirviente amenazándole con su bastón.

En seguida, sereno y moviendo su nariz, empujó la entornada puerta de una pieza, y se encontró frente á frente con don Marcelo.

—¿Por dónde ha entrado usted?—preguntó éste palideciendo ante esa visita.

—Por la puerta—contestó el del traje raído, con indiferencia.

—¿Qué quiere?

—La inmediata cancelación de este documento vencido.

—¡Ah! Es usted...

—Braulio C... para servir á usted; cajero y cobrador del señor N...

—Y ¿quiere la cancelación?...

—Sí, caballero; la cancelación de este documento de cincuenta mil pesos.

—¿Cancelación inmediata?—repuso don Marcelo con irónica sonrisa.

—Si inmediata puede llamarse la espera de un cuarto de hora, sí, señor—dijo Braulio, que con un pronunciado movimiento de nariz había contestado á la sonrisa de don Marcelo.

—Es usted muy amable—observó éste en el mismo tono.

—Es el primero de quien oigo ese cumplido.

—¿Es posible?

—La generalidad de mis clientes me tildan de corazón de león.

—¡Qué injusticia!

—No dejan de tener razón. ¿Quiere usted saber el motivo?

—Si es cosa corta...

—Dos palabras. Me reduciré á un solo caso, en obsequio de la brevedad.

—Si es así, le escucho.

Braulio se arrellanó en un sillón, puso una pierna sobre la otra, y acariciándose el pie, se expresó en estos términos:

—«El señor X, á quien debe usted conocer, por cuanto es una persona tan expectable como relacionada, tenía un documento vencido que ya el señor N. consideraba incobrable, por las infinitas é infructuosas diligencias que se habían practicado para obtener su reembolso.

—«Braulio—solía decirme el señor N.—¿no habrá » medio de reintegrarse siquiera de una parte del valor » de este documento?

—«Señor—le respondía—es necesario buscar una

« ocasión, y si esa ocasión se presenta, y se sabe aprove-
« charla, el dinero íntegro entrará en su caja.

—«Pero esa ocasión...

—«¡Ah! no lo sé; estaremos en expectativa.»

«Pasaron meses, y el señor N., desesperanzado y creyéndome un pollino, probablemente, ordenó que el crédito del señor X se pasara á la cuenta de Ganancias y Pérdidas.

«Yo devoré en silencio esta injuria, porque por tal la tomé, lo que no obstó para que un buen día me presentara al señor N. y le dijera:

—«Ya es tiempo; ya se presentó la ocasión.

—«¿Qué ocasión?

—«La de cobrar el documento del señor X.

—«¡Quite usted allá! Ahora menos que nunca; X va
« á ser elegido senador, va á tener fuero.

—«Senador de oposición—le observé, acentuando mis
« palabras.

—«Y eso ¿qué importa?

—«Importa: he notado que los jueces tienen tenden-
« cias gobiernistas, y no costaría gran cosa obtener un
« decretito de ejecución y embargo, á título de que esto
« algo podría pesar en la balanza política...

Don Marcelo, distraído al principio, escuchaba ahora con marcada atención, y comprendiéndolo Braulio, agitó su nariz é hizo una pausa.

—Prosiga usted—dijo don Marcelo.

—¡Dios mío! el resto se adivina—exclamó Braulio, acariciándose con mano febril sus cariñosas. ¿qué?

«El día en que el señor X salió de su casa para prestar su juramento en la honorable Cámara de Senadores, le salí al encuentro rodeado de receptores, alguaciles

y demás gente que vive de escándalo y de procesos.

—"¿Qué significa esta invasión?—preguntó el señor X " con altivez.

—"Significa—le respondí yo—que con el remate de " sus muebles y cuanto encuentre aquí dentro, voy á " cubrirme del valor de este documento.

—"Esto es una indignidad; protesto solemnemente de " este atropello, de este atentado inaudito en la persona " de un representante del pueblo.

"Y vea usted, el bueno del señor X accionaba como si estuviera pronunciando un discurso en la Cámara de los Padres Conscriptos.

"Quiso subir á su coche, coche magnífico, y yo declaré que el coche era lo primero que debía rematarse, á título de embargo.

"El señor X, se apaciguó, me hizo mimos, me golpeó el hombro, casi me abrazó, y yo le dejé hacer sin conmoverme." ¿Soy, pues, una malva?

—¿Y después?—preguntó don Marcelo.

—Después de agotar las amenazas y las caricias, el señor X acabó por donde debiera haber empezado.

—¿Es decir?...

—Es decir, me pagó íntegramente, y yo quedé rehabilitado en el concepto del señor N. ¿Qué dice usted de este pequeño aprendiz? ¿Desea que le refiera algún otro caso de entre los mil que me han ocurrido en mi larga carrera de cajero y cobrador?

—Señor mío—dijo don Marcelo, convulso y cenicienteo por la cólera—creo que que ha venido usted á provocarme en mi misma casa.

Braulio se echó á reír.

Don Marcelo avanzó dos pasos, su rostro se descom-

puso, y de sus pupilas dilatadas salió tal relámpago de fiereza, que Braulio tuvo miedo, y respondió:

—He venido únicamente á cobrarle este documento de plazo vencido; estoy en mi derecho.

—Vuelva mañana.

—¿Reconoce usted la deuda?

—Soy un hombre honrado.

—Y á fe de hombre honrado ¿me pagará mañana?

—¡Salga, salga usted en el momento!

—Ya que lo toma con tanta altivez, como el señor X, saldré para regresar inmediatamente con el receptor.

—¿Qué receptor?

—El que tengo apostado en la puerta. Soy veterano en el oficio, y cuando entro de guerra es porque estoy espaldeado por la mano de la justicia.

—Le he dicho que venga mañana para cancelar ese documento—dijo don Marcelo, cuya fisonomía había cambiado como la de un actor. Sus ojos no despedían ya esos relámpagos de fiera, y su voz, antes ronca y vibrante, como los ahullidos de un lobo, se había dulcificado.

—Está bien, le hago merced de los abrazos—murmuró Braulio, poniendo en activo moviento su nariz.—Mañana espero que usted habrá de tener el paso franco y el dinero listo.

Hizo un saludo, se encasquetó el sombrero hasta cubrir la ceja del ojo derecho, y salió, haciendo molinetes con el bastón.

—¡Vaya una pieza!—murmuró cuando estuvo en la calle.—Lo he amansado con la historia del señor X, y se ha extremecido al anuncio del receptor, que á estas horas andará á caza de inocentes notificaciones.

Don Marcelo, por su parte, se quedó largo rato inmóvil y pensativo. Gruesas gotas de sudor brotaban de su frente, y, al fin, marcándose en su semblante una sonrisa diabólica, exclamó, dando un golpe sobre la mesa:

—¡Se tentará ese recurso!

Edgardo se presentó en el instante.

—¿Ha llamado usted?—dijo.

Don Marcelo, á la vista de su escribiente exhaló un grito y retrocedió como ante un fantasma.

—¿Qué hace usted aquí?—murmuró.

—He sentido un golpe, y creí que usted me necesitaba

—Nó, es un libro que dejé caer sobre la mesa; retírese.

Edgardo salió sorprendido de la emoción de don Marcelo.

¡Ah! si el pobre joven hubiera sabido interpretar la sorpresa del intrigante, hubiera salido para no volver más á esa casa maldecida.

XVII

Esa noche Edgardo, prevenido por la carta de Julia, pasó bajo sus ventanas al retirarse de su trabajo, y viendo luz golpeó suavemente la puerta.

Julia, que desde hacía un cuarto de hora esperaba en el zaguán, abrió sin pérdida de tiempo.

—Yo me resistía á creer en tanta ventura—dijo Edgardo, estrechando con pasión la mano de su novia.—¿Me ama usted, pues, como yo la amo?

—Amigo mío—contestó la niña con voz dulce y conmovida—sería muy culpable si para hablar de nuestros

amores le hubiera dado esta cita, aprovechando el sueño en que está sumergido mi padre.

—Nada puede temer de mí; la amo, es usted mi prometida, y seré respetuoso como lo sería con mi misma madre.

—Lo sé, le creo, y esa seguridad me ha decidido á tomar esta determinación. ¡Ah! no me quiera usted menos por esto, no piense mal de mí!

—¡Julia!

—Tiene razón, soy una loca.

—¿Por qué tiembla?

—Tiemblo por usted; no estaré tranquila hasta que abandone la casa de don Marcelo, de ese hombre que es un infame.

—La misma idea que no puedo desvanecer en mi madre.

—La misma, con la diferencia de que su madre le tiene horror por instinto, y yo porque tengo pruebas de su infamia.

—¿Qué pruebas son esas?

—Voy á hablarle como hablaría á un sacerdote, es decir á Dios, á quien nada se le oculta.

—Me asusta usted.

—Escúcheme. La noche que usted vino en mi socorro, don Marcelo me había perseguido...

—Él declaró no conocerla, no haberla visto, aún no haber escuchado sus gritos de socorro.

—El miserable mentía.

—Explíquese.

—¡Ah! usted me creerá, Edgardo ¿no es verdad? ¿no tendrá una sombra de duda en su alma?

—Ninguna, Julia.

—Pues bien, esa noche, después de recogida, don Marcelo golpeó á mi ventana, explicando su presencia en el interior por la necesidad de remitirle á mi padre esa misma noche un documento de importancia. Yo ignoraba que era poseedor de una llave de la puerta de calle; pero le creí, y como me pidiera luz, le pasé mi vela de noche al través de la ventana. Ese hombre inmediatamente me cogió de la mano, me arrastró hacia la reja, á pesar de mis gritos de sorpresa y de dolor, y ahí...

—Continúe, y ahí...

—Y ahí sentí su respiración anhelante, oí sus palabras impuras, y experimenté el asqueroso contacto de sus labios.

—¡Dios mío! Y...

—Yo me debatía con todas mis fuerzas sin lograr sustraerme de sus manos que parecían de acero. Hubo un momento, Edgardo, en que temí que ese hombre me sacara al través de los barrotes de la ventana, ó que él mismo penetrara por entre ellos, y fué entonces cuando, esforzando la voz, pedí socorro, y el cielo quiso que usted me oyera. ¡Mire el estado lastimoso en que me ha dejado ese miserable!

Levantó Julia la manga de su vestido, y á través de un rayo de luna, Edgardo pudo ver las magulladuras del brazo de su amada.

Por un movimiento espontáneo, posó éste sus labios en esos círculos amoratados, de color negruzco.

—Si providencialmente no se hubiera presentado usted con tanta oportunidad—continuó Julia, retirando su brazo y apresurándose á cubrirlo con la manga de su vestido—ese hombre acaso me habría muerto.

—Es inconcebible—suspiró Edgardo.—Cuando entré

parecía don Marcelo tan tranquilo, tan sereno, tan dueño de sí mismo.

—Es que ese hombre añade á la hipocresía, la maldad más refinada.

—Para concluir con estas acechanzas, sólo veo, Julia, un expediente.

—¿Qué expediente es ese?

—Que declaremos ante un sacerdote el juramento que hemos hecho de vivir el uno para el otro.

Julia movió con triste desaliento su linda cabeza.

—Ese mismo hombre—dijo—se ha interpuesto, como una sombra fatal, entre los dos.

—¿Qué dice usted? Él...

—Sí, él le ha calumniado ante mi padre, y mi padre me ha prohibido que yo le vea á usted, me ha ordenado olvidarle.

—¡Por Dios, Julia! Aunque es usted una hija modelo, presumo que esa orden de su padre...

—Esa orden me ha herido en el corazón.

—Pero ¿obedecerá?

—¿Lo puedo acaso?

—¡Julia querida!

—Como el único medio de hablarle, he recurrido á esta cita que le prueba mi amor y responde de mis propósitos.

—Con esta declaración, me siento con ánimo para luchar con el mundo entero.

—Don Marcelo es sagaz y rencoroso.

—¿Qué puedo temer?

—Todo, y no viviré tranquila mientras permanezca usted á su lado.

—¿Qué debo, pues, hacer?

—Abandonarlo sin pérdida de tiempo.

—¡Me propone usted quedarme de nuevo con los brazos cruzados, viviendo como antes de ahora, á expensas de mi madre!

—Es preciso; su vida misma no la creo segura de las acechanzas de ese hombre.

—Exagera usted.

—Nó, óigame. Al día siguiente de estos sucesos, don Marcelo ha tenido el descaro de preguntarme delante de mi padre, por el origen de estos círculos amoratados, y culparme á mí con insinuaciones especiosas. ¿Qué dice usted de esto?

—Que el hombre que así procede es, en efecto, capaz de todo.

—¿Lo abandonará, según eso?

—En cuanto me sea posible, buscaré otra ocupación, y cuando tenga una esperanza medianamente lisonjera...

—No debería trepidar. ¡Cuánto placer le daría usted á su buena madre!

—En efecto, mi madre no ha cejado nunca en sus prevenciones.

—Pues bien ¡hágalo por ella... por mí!

Edgardo meditó algunos minutos. Trajo á su memoria el recuerdo del viejo amigo de Carmen, comprometido para buscarle otra ocupación, y cediendo á las instancias de Julia, olvidando sus antiguas decepciones, y deseando, acaso, tener pretexto para pasar otra noche como esa al lado de su amada, contestó:

—Mañana le contestaré.

Los ojos de Julia brillaron de alegría.

—Sea; mañana le espero; pero tráigame buenas noticias.

—¿Me despide ya?

—Es necesario. Es tarde, y, además, Carmen le espera.

—Y dice que me ama...

—Le he amado desde niña, y tanto que he tenido celos ridículos.

—Cuénteme eso. Celos ¿de quién?

—¡Curioso! Se lo diré cuando me traiga buenas noticias. ¡Oigan! ¡Qué hermosa cadenita y qué lindo guardapelo lleva pendientes del reloj!

—Este guardapelo y esta cadenita tienen su historia.

—¿De veras?

—Una historia cuyo origen se lo haré saber más tarde.

—Estoy curiosa por oírla.

—Se la contaré... cuando traiga buenas noticias que suministrarle.

—¡Cuánto ha adelantado! Desde que es usted cajero, paga á la vista. Adiós.

Julia había conducido hábilmente á Edgardo hasta la puerta, y éste tuvo que retirarse, no sin haber impreso antes un beso ardiente en la mano de su amada.

—Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

¡Ah! mañana! ¿No lo ha dicho acaso un proverbio indio?—«El hombre es una débil planta, nacida en la aurora de un día para morir después á los lánguidos rayos de su ocaso.»

¡Mañana! ¡Loco de aquel que con tanta presunción cuenta segura una hora de su existencia!

¡Cuántos que han reclinado la cabeza sobre su almohada con ideas risueñas para el siguiente día, han tenido, al despertar, traicionera muerte!

—Hasta mañana—había dicho alegremente Edgardo.

Veremos si esa mañana iba á lucir para él como aurora ó como ocaso.

XVIII

En cuanto se retiró el inflexible Braulio, que no sabía dar treguas á los movimientos de su nariz, don Marcelo envió un telegrama á Colina, y acto continuo, sereno y sonriente se dirigió á las habitaciones de su esposa, débil y excelente criatura que, cual frágil caña, se doblegaba siempre á la imperiosa voluntad de su marido.

Se sorprendió al ver á don Marcelo, y dejando á un lado la costura,

—¿Qué ocurre?—dijo.

—Nada de particular, nada que pueda alarmarte, ya que hasta ahora todo ha pasado desapercibido para ti.

—Y ¿qué ha pasado desapercibido para mí?

—El estado de debilidad de Lucía.

—¿Lucía débil?

—Hé aquí el ojo previsor de las madres. Débil y enfermiza, sí, señora.

—La niña es cierto que crece.

—Y el crecimiento debilita.

—Puede ser.

—Y su excesiva contracción al estudio hace el resto.

—Nunca, sin embargo, se ha quejado Lucía de tareas abrumadoras.

—Porque es un ángel.

—Sí, cierto que Lucía, ese tesoro, ese encanto de mi vida es un ángel.

—Y por temor de alarmarte...

—¿Es, pues, cosa seria? ¿Quién te lo ha dicho?

—No es nada serio por ahora; pero puede serlo con el tiempo.

—Le daremos tónicos; se hará venir al médico.

—Los médicos, según costumbre, le administrarían drogas sobre drogas sin discernimiento alguno, enfermándola en vez de sanarla.

—¿Qué debe, entonces, hacerse?

—Una cosa tan eficaz como sencilla.

—¿Qué cosa es esa?

—Dar tregua á sus estudios por una semana ó quince días, y hacerla variar de temperamento.

—Los exámenes están próximos, y acaso nuestra hija...

—¡Qué importa lo que sobrevenga en los exámenes con tal que se salve Lucía!

—Tienes razón; la salud, la vida de mi hija es lo primero.

—Eso es hablar razonablemente; lo demás era...

—Calla. ¿Me he opuesto, acaso, á tu determinación? Y ¿á qué parte piensas llevarla?

—A los baños de Colina.

—¿Habrá aposento disponible?

—Eso lo sabré dentro de un momento.

—¿Has escrito?

—He puesto un telegrama.

Mercedes, este es el nombre de la señora, miró con ternura á su marido, que se manifestaba tan previsor ante la enfermedad de su hija querida, y dejándose llevar por la suave pendiente de agradables sensaciones, raras en ella, por cuanto era una mujer mártir de las absurdas exigencias y del brutal egoísmo de don Marcelo, creyó

entonces ver lucir en su hogar un rayo de sol, cuyo centro era el mutuo amor en la gentil Lucía.

Ignoraba Mercedes que su marido había combinado una tragedia, que estaba escogida la víctima, y que representaba en ese momento el primer acto, decidido á llevarla á su fatal término.

Lucía, entretanto, acompañada de su inseparable Adela, concluídas las clases en el colegio, se dirigía á su casa.

—Mira—decía ésta—estoy cada vez más apasionada de mi Otelo, quiero decir de Abelardo.

—¡Loca!

—Te digo lo que siento. Anoche, y vas á encontrarme razón, anoche, á propósito, hubo en el teatro una gran concurrencia. ¿Por qué no fuiste, Lucía?

—Mi padre estaba muy ocupado.

—Los padres deben estar siempre á la disposición de sus hijas.

Lucía se sonrió.

—Yo quisiera ver al autor de mis días privándome de estas inocentes distracciones—dijo Adela, irguiéndose como una ninfa sobre las aguas.

—Tú eres muy mimada, excesivamente mimada, mi buena Adela.

—Excesivamente no; pero confieso que mis viejos papás se desviven por complacerme. Voy á mi cuento.

—¿Á tus amores con Abelardo?

—Tú lo has dicho.

—¿Y quieres á ese?...

—¿Á ese hombre? No sólo lo quiero; lo adoro, y me dejo adorar por él. Imagínate que anoche, ante una gran

concurrencia, como te he dicho Abelardo, representó *Macías* para mí.

—¿Para ti?

—La cosa fué tan transparente, que el público y hasta mi mismo padre lo notaron.

—Cuéntame eso.

—En dos palabras. «Yo conocí desde la primera entrada de Macías en la escena del acto primero que Abelardo me dedicaba la representación, porque á través de su calada visera vi que sus ojos, brillando como dos relámpagos, se dirigían á mí, cuando dijo:

> Hasta aquí, Fortún, entremos
> donde á alguno preguntemos.

«En el segundo acto fué la cosa un poco más transparente, cuando exclamó, mirándome con intención:

> Ven á ser dichosa...
> ¿En qué parte del mundo ha de faltarnos
> un albergue, mi bien? Rompe, aniquila,
> esos que contragiste horribles lazos.
> Los amantes son sólo los esposos,
> su lazo es el amor...

«El público siguió la visual de las miradas de Macías, miradas que yo sostenía imperturbable.

«Comprendiendo lo que iba á pasar en el cuarto acto, y para dar realce á esta segunda representación en que yo era la heroína, me puse á conversar con estudiada vehemencia con un joven que estaba en nuestro palco de visita. ¡Ah! yo te habría preguntado si era feo Abelardo, cuando, adelantándose al proscenio, me dijo juntando las manos y con acento trémulo:

¿Íbate, pues, tanto en la muerte mía,
fementida hermosa, más que hermosa
ingrata?...

«Yo tuve compasión del pobre Abelardo, y dejé con un palmo de narices á mi visitante. Luego quedé recompensada, cuando Abelardo, quiero decir Macías, declamó, con júbilo tan intenso que hizo estallar á la platea en aplausos y bravos:

¡Necio de mí! ¡Qué injusta y locamente
mi fortuna acusé!

—«Ese hombre—dijo mi padre—parece que no tiene «más público que nosotros, según nos mira.»

«Yo que estaba en el secreto me sonreí, y te confieso con ingenuidad que me latía de orgullo el corazón.

«Final: Abelardo obtuvo una verdadera ovación, y como yo era la inspiradora, gocé con sus triunfos.»

—Tú concluirás mal, Adela, siguiendo ese camino,

—Al contrario, acabaré bien.

—Abelardo es impetuoso, y exigirá...

—Cederé á sus exigencias.

—¡Cómo! ¿piensas acaso?

—Sí, pienso darle mi mano; viajaremos por toda Europa, él se hará un gran actor, y, si es necesario, yo le acompañaré en las tablas.

—¡Por Dios, Adela!

—¿Piensas que no seré sobresaliente cuando, representando el rol de Elvira, declame:

Sí, yo también sé amar. Mujer ninguna
amó cual te amo yo. Vuelve, recobra
un corazón que es tuyo; y que más tiempo
el secreto no guarda que la agobia.

«Y Abelardo estará sublime cuando conteste:

Más bajo, por piedad, que envidia tengo
del aire que te escucha...

—Me infundes miedo, Adela.

—Aún soy capaz de empresa más atrevida, pues pudiera suceder que al final de la escena IV del acto 3.º, cuando dijera Macías:

Toma ese acero;
la vida arráncame, pues me has quitado
lo que era para mí más que mi vida,
más que mi propio honor. ¡Desventurado!

«Pudiera ser, repito, que, identificada con mi rol, y compadecida de Abelardo accediera á sus deseos, atravesándole el pecho de parte á parte.

«¿Comprendes, te haces cargo de la sensación que experimentaría la concurrencia?

«Gritos aquí, exclamaciones allá, carreras por doquiera, voces de:

—«Cayó mal herido.

—«Sí.

—«Nó.

—«La estocada fué de veras.

—«Ha sido ficción.

—«¿Ficción? ¿y se oyen distintamente los ayes del moribundo?

—«Sí, para hacer las cosas más al natural.

—«¡Después de bajado el telón! ¿Dónde se ha visto?

«Y los comentarios, lógicos unos, y absurdos otros se prolongarían, hasta que, levantado el telón para satisfacer la ansiedad pública, se viera á Macías, con la espada

perdida hasta la empuñadura, dando su último aliento entre los trémulos brazos de su Elvira.»

—Te digo, Adela, que te calles.

—Pues qué ¿pretendes dejarme bajo la mala impresión de la catástrofe, y envuelta en un proceso? ¡No, por mi vida! Se presentaría entonces algún abogado joven y bien parecido, ofreciendo hacerse cargo de mi defensa, para decir en ella que, identificada yo con la hija de Nuño y arrastrada por lo patético del drama, cometí artísticamente un asesinato involuntario y, por consiguiente, irresponsable. El mundo todo se ocuparía de mí, los maridos, hostiles por supuesto, y por defensores la falanje formidable de la ardiente juventud.

—Te repito que me infundes miedo.

Adela lanzó una carcajada.

—Hablemos entonces de cosas alegres. ¿Á qué altura están tus amores con Edgardo? Te prevengo que el muchacho, despojándolo de su timidez, me gustaría.

Felizmente para Lucía, que se había ruborizado intensamente, llegaron á la casa, y el sirviente le previno que la esperaba su padre.

—Vé—le dijo Adela—te esperaré, con tal que la conferencia no sea larga. Algo me dice al corazón que Edgardo se ocupa de ti.

Mercedes y don Marcelo estaban en la misma habitación cuando se presentó Lucía, ruborosa aún con las últimas palabras de su amiga Adela.

—Te hemos llamado—dijo don Marcelo—para prevenirte que haremos un viaje á Colina.

—Observa los colores de Lucía—dijo Mercedes—no parece ni débil ni enferma.

—Las apariencias engañan—repuso don Marcelo.

—¿Estoy enferma?—preguntó Lucía.

—Así lo cree tu padre.

—Estás un poco débil, necesitas restablecer tu naturaleza. ¿Te desagradaría un corto viaje á los baños de Colina?

—No me desagradaría; pero ¿y el colegio?

—Recuperarás el tiempo perdido con un poco de aplicación—observó don Marcelo.

—Y ¿cuándo será el viaje?—dijo Lucía.

—Mañana.

—¡Mañana!—exclamó Mercedes.

—¡Mira cómo tu previsora madre, tratándose de tu salud, cree que andamos con pasos de plomo! Prepara, pues, sin demora tu equipaje para estar dispuesta á partir en el tren expreso de la mañana.

—Presumo que no iré sola—dijo Lucía.

—Te acompañará Mercedes y toda la servidumbre. He recibido hace un momento un parte, contestación á uno mío, diciéndome que hay lugar en el hotel, y he dado instrucciones para que me tomen un departamento.

—¿Para qué toda la servidumbre?—observó Mercedes.

—Para que nada te falte.

—¿Y tú?

—Yo sólo vendré aquí á dormir.

—Y ¿tu comida? Tú eres muy delicado.

—Me abonaré en un buen hotel, y basta de observaciones. Ocúpate de los preparativos del viaje.

Diciendo esto, salió don Marcelo, seguro de que sus órdenes serían ejecutadas.

Lucía recordó que la esperaba Adela, y fué corriendo á su encuentro.

—Mañana nos vamos á Colina—dijo, palmeando las manos.

—¿Á celebrar tus bodas?

—Á tomar baños y cambiar de temperamento.

—Yo también iré.

—¿De veras?

—Yo soy ejecutiva, y digo siempre lo que siento.

—¿Te dará permiso tu papá?

—Seguramente. ¿No te he dicho que no me contraría jamás?

—¡Ay, qué gusto! ¡Cómo nos divertiremos!

—Así lo espero. Tú me hablarás de Otelo, y yo te hablaré de tu Edgardo.

Diciendo esto, Adela se despidió riéndose, de su amiga.

XIX

Al siguiente día, cumpliendo con las promesas hechas á Julia, Edgardo, muy de mañana, fué á casa de don Luis, el fiel amigo de su padre.

En la noche había meditado maduramente sobre su situación y los sucesos ocurridos con motivo de la doble llave, y estaba resuelto á abandonar á don Marcelo.

Un solo pesar había entristecido su espíritu, al tomar esta determinación: no ver más á Lucía, esa joven de carácter tan dulce, que siempre tenía para él una palabra amable, una sonrisa cariñosa, una espontánea manifestación de agradecimiento por haberla salvado, con peligro de su vida, de entre las patas de los furiosos caballos desbocados.

En aras del amor de Julia, hizo este sacrificio, y se encaminó resueltamente á casa de don Luis.

En cuanto dió su nombre, fué introducido.

—Llega usted muy á tiempo—le dijo éste.—Tengo buenas noticias, y esta tarde precisamente iba á comunicárselas a su señora madre.

—¡Cómo, señor! sería yo tan afortunado...

—Sí, le he conseguido un empleo regularmente remunerado en una respetable casa de comercio.

Edgardo estuvo tentado de saltar al cuello de don Luis.

—Señor, mi agradecimiento...—dijo.

—Ya hablaremos de eso en presencia de Carmen. ¿Sigue siempre con sus prevenciones respecto á don Marcelo?

—No ha podido desecharlas un momento.

—Bien, anúnciele que mañana, ó antes, si me fuera posible, iré á saludarla y á pedirle órdenes.

Edgardo, radiante de felicidad, estrechó la mano de don Luis, y se encaminó á casa de don Marcelo.

Éste se paseaba inquieto, mirando á cada instante su reloj.

—¿Qué puede haber ocurrido?—murmuraba.—Y los minutos son contados...

Al divisarle lanzó un grito de alegría, uno de esos gritos de tigre, al ver á la presa al alcance de sus garras.

—¿Por qué ha venido tan tarde?—murmuró.

—Porque he pensado dejar su servicio.

Don Marcelo dió dos pasos atrás.

—¿No está contento de mí?—preguntó.—Creo, sin embargo, haberlo tratado siempre con atención y cortesía.

—En efecto.

—¿Cuál es, entonces, la causa de su separación?

—Una promesa que he hecho á mi novia.

—La señorita Julia ¿es su novia?

—Sí, señor.

Al pálido semblante de don Marcelo subió un fugitiva ráfaga de rubor.

—Está bien, cumpla su promesa—dijo después de algunos minutos que tardó en resolverse.—¿Cuándo me deja?

—Ahora mismo.

—No será antes que le haya dado una última prueba de la confianza y del aprecio que me merece.

—¿Qué prueba es esa?

—Una que le eximirá en lo sucesivo de solicitar cartas de recomendación.

Diciendo así fué á su escritorio, sacó un cheque y giró por cincuenta mil pesos á favor de Edgardo, borrando la frase *al portador*.

—Cuando se sepa que le he confiado el cobro de esta suma el mismo día en que ha dejado de ser mi empleado, tendrá usted un pasaporte de honradez en cualquier casa ó establecimiento comercial.

Edgardo tembló al recibir ese cheque. ¿Fué esto presentimiento ó se sintió, simplemente, conmovido al recibir esta muestra de confianza de parte de su principal?

No sabríamos decirlo.

Balbució algunas palabras de reconocimiento, y se dirigió al Banco para cumplir su comisión.

En cuanto don Marcelo estuvo solo en esa casa deshabitada, pues sus órdenes se habían cumplido, embarcándose en la mañana, familia y servidumbre en dirección á los baños de Colina, sus ojos tomaron una expresión inaudita de ferocidad, y fué de pieza en pieza derraman-

do en los depósitos el agua de todos los jarros y botellas que encontró á su paso.

Sacó después de una de las cómodas un pañuelo de seda, se envolvió con él el brazo derecho, levantándose la manga de la camisa; se armó de un salva-vidas, teniendo la precaución de ocultarlo en el bolsillo de su gabán, y esperó.

El corazón de ese hombre latía en esos momentos con más precipitación y más violencia que la péndola del reloj colgado en una de las murallas de la pieza.

Tan grande era, no obstante, su fuerza de voluntad, que al sentir pasos en el patio, consiguió, en cierto modo, serenarse.

Era Edgardo.

—¡Qué pronto ha vuelto usted!—le dijo don Marcelo.

—Tuve la fortuna de encontrar un coche á la puerta. Aquí tiene el dinero; cuéntelo usted.

—No es preciso.

—Se lo pido como un favor.

—Sé que viene completo.

—Sin embargo...

—Me impone usted una tarea tal vez superior á mis fuerzas. Durante su ausencia me he caído lastimándome el brazo.

—¿Quiere que llame un médico?

—De ninguna manera; es poca cosa, y estaré bueno con la aplicación de unos cuantos paños empapados en agua. Si quiere usted tomarse la molestia de traerme una taza cualquiera de lavatorio, se lo agradeceré.

Penetró Edgardo en las piezas vecinas, y entonces don Marcelo contó el dinero y encontrándolo cabal, lo escondió en un mueble de doble fondo.

—No hay agua en ninguna parte—dijo Edgardo de regreso.

—¡Pese á mil diablos! ¡Y nadie aquí que saque un poco de agua del pozo!

—Yo iré.

—De ninguna manera; no lo consentiré jamás.

—Es cosa tan sencilla.

—No lo crea; es un pozo muy profundo, y el agua se saca á balde.

—No importa; tendré sumo placer en prestarle este pequeño servicio.

—Me escuece tanto esta herida que estoy por aceptarle.

—No deseo otra cosa.

—Sea, pero yo le acompañaré. Cierre esa puerta, porque el patio quedará sólo, y puede alguien penetrar en nuestra ausencia.

Hízolo así Edgardo, y juntos se encaminaron al patio en que estaba la noria.

El pobre joven iba sereno y tranquilo; y como notase la alteración del semblante de don Marcelo, le preguntó:

—¿Sufre usted mucho?

—Sí, mucho; apresurémonos.

—Es cosa de un instante; beberá un sorbo de agua y se repondrá.

—Así lo espero.

Saltó Edgardo sobre el brocal del pozo, lanzó el balde en el vacío, y cuando lo izaba apresuradamente tirando de la larga cuerda á que estaba sujeto, y lleno ya de agua, el miserable le dió un terrible empujón, tan tremendo, que lo estrelló contra la pared frontal.

Edgardo exhaló un grito, y soltando el balde, logró sujetarse con una mano del brocal de la noria.

Se siguió entonces una escena que, por infame y cobarde, no nos es dable describir.

Don Marcelo procuró desasir con su pie aquella mano que, en las angustias de la muerte, se adhería á los ladrillos del brocal, y no pudiendo conseguirlo, sacó su salva-vidas.

—¡Madre!...¡Julia!... ¡Madre mía!...—gemía Edgardo con indecible angustia, cuando sintió un golpe que le despedazaba la mano.

Segundos después, se sentía otro golpe, sordo y repetido; era el cuerpo del infeliz Edgardo, que rebotando en las paredes del pozo, iba á perderse en el agua, inquieta todavía.

Don Marcelo tuvo aún valor para asomarse á ese antro, y cerciorado de la inmovilidad de su víctima, cubrió el brocal con su sólida tapa de madera, echó llave al candado de que estaba provisto y se alejó, arreglándose los pliegues de su traje.

VALENTÍN MURILLO

(Continuará)

LA ARAUCANÍA ACTUAL

Á MIS AMIGOS DON ONOFRE JARPA Y DON ABRAHAM A. OVALLE

I

La Araucanía es una comarca poco conocida aún por nuestros compatriotas. Cantada por la poesía española, hermoseada por la leyenda heroica, y habitada por una raza especialísima de indomables guerreros, había sido siempre objeto de entusiasta interés para todos aquellos que hallan encanto en el estudio, por imperfecto que sea, de la historia de un pueblo inculto no conquistado y por lo tanto, desconocido.

Todos los esfuerzos de los españoles, que lucharon por más de dos siglos, fueron infructuosos para conquistar ese pequeño é insignificante territorio, y los mismos soldados valerosos, y los mismos hombres emprendedores que plantaban la bandera de España y sentaban sus reales, y fundaban grandes y hermosas ciudades de un

extremo á otro del continente americano, no lograron jamás establecerse á firme en esa comarca, cuyos habitantes disputaron hasta el fin su independencia y su libertad. Los ejércitos invasores fueron destruídos poco á poco, víctimas de una tenaz resistencia; las ciudades fundadas fueron derribadas á sangre y fuego; y siempre quedó en pie la tribu araucana separada del resto de la colonia que formaba el reino de Chile por doble é impenetrable barrera, la una al norte y la otra al sur.

En este siglo acaeció la independencia de nuestra colonia; pero los patriotas que arrojaron á los españoles de nuestro suelo, y nos libertaron del vasallaje de la Península, fueron, á su vez, por muchos años incapaces de arrojar á los araucanos del suyo ó de someterlos á su propio dominio.

No habrá, acaso, ejemplo en la historia de más porfiada y constante lucha, y por eso no podemos menos de admirar la tenacidad y el valor heroicos con que los araucanos se defendían hasta hace poco, á pesar de su número escaso y de sus más escasos elementos de combate.

Tarde ó temprano tenían que ceder, sin embargo, y cedieron ya, en efecto. Fatigados de una resistencia loca, y debilitados hasta el último extremo, hubieron de deponer sus lanzas y sus flechas ante los cañones y rifles chilenos. Muchos se entregaron pacíficamente, pero más desaparecieron para ocultarse en las cordilleras ó en las pampas allende los Andes, á trueque de no ver á los aborrecidos conquistadores enseñorearse de su querido suelo.

Por fin podemos decir que la pacificación de la Araucanía está consumada; que la raza rebelde ha desaparecido; que el Gobierno de Chile está en posesión efectiva de todo el territorio de la República; y que no hay un

palmo de él donde no imperen hoy nuestra Constitución y nuestras leyes.

Todo esto es obra de una labor más paciente que esforzada; era efecto necesario de una causa ostensible. Se había ido preparando el terreno poco á poco, esfuerzo tras esfuerzo, por medio de las armas y por medio de la influencia civilizadora, el soldado con su cañón, el obrero con su trabajo, la industria con sus arados y con su locomotora.

El resultado no se hizo esperar más: manifestóse casi de repente, y de allí que haya sorprendido á muchos el ver evaporarse, por decirlo así, y como por encanto, la raza temida que por tres siglos opuso valla impenetrable á la introducción de los extranjeros.

Hoy la Araucanía de Ercilla es un mito, una leyenda; sus pobladores indígenas un grupo diseminado de labradores holgazanes; y en su hermoso suelo, á las artes de la guerra y á los combates de emboscada han sucedido las artes más benéficas de la paz, cuyos adalides son los industriales y los agricultores.

II

El antiguo territorio de colonización, que encerraba toda la zona limitada entre las dos cordilleras, la de los Andes y la de Nahuelbuta, de oriente á poniente, y del Malleco hasta el Toltén, de sur á norte, acaba de ser administrativamente dividido en dos provincias; la una de Malleco, cuya capital es Angol, y la otra, de Cautín, cuya capital es Temuco, y que está todavía comenzando á organizarse de una manera civil, pues hasta ahora imperaba el régimen militar más estricto.

Esta división del territorio, y la sistematización de gobierno que le ha seguido, no dejará de reportar grandes beneficios á los intereses generales, y ya lo exigían también las circunstancias, pues habían dejado de ser tales que hubieran menester de numerosas tropas ni del odioso sistema que impera en comarcas militarmente ocupadas, y que, por provechoso que sea á veces, debe economizarse cuanto se pueda.

No se crea por un momento, sin embargo, que desconozco la obra ejecutada por nuestro ejército en la Araucanía. Al contrario, y lo he dicho ya, á él es á quien corresponde la principal parte en su pacificación, y nadie se atrevería á desconocer los grandes sacrificios y las duras privaciones que ha debido sufrir en tan larga y menos gloriosa que mortificante campaña.

Pero ya que ella está terminada con tan rara fortuna, y que los esfuerzos militares serán innecesarios para lo porvenir, nada era más cuerdo que la organización estable y definitiva de esas provincias, que de seguro prosperarán más bajo un régimen civil, análogo al del resto de la República, por imperfecto ó viciado que sea. No sería menos cuerdo ir disminuyendo poco á poco las guarniciones, en cuanto el número de soldados excede al requerido en la plana del ejército permanente, porque todo exceso es un gasto inútil para la nación.

III

Previas las anteriores observaciones generales sobre la Araucanía, nombre que ya no existe geográficamente, sino que ha pasado al dominio de los recuerdos, voy á ofrecer á los lectores de la REVISTA la descripción de

un viaje emprendido por aquella comarca, que será acaso de interés para muchos que de ella carecen de noticias.

Pocos son los chilenos que por placer ó curiosidad se han preocupado todavía de conocer una de las partes más hermosas y pintorescas de su país, y hasta ahora, á excepción de los militares, sólo unos cuantos comerciantes locales, ó argentinos negociadores en ganados, cruzan esos caminos y esos bosques, que convidan á las más interesantes excursiones. De ordinario se imagina la gente que allí no puede viajarse sin peligro de la vida, que el país está todavía salvaje, y que atravesar el Cautín, límite por tanto tiempo de la línea de ocupación chilena, es el colmo de la audacia y la temeridad.

Ahora, en cambio, los que así juzgan podrán convencerse de lo contrario, y verán que, no sólo son falsos ó exagerados esos temores, sino que inesperado atractivo aguarda al viajero, que, despreciando un poco las pequeñas molestias, se lanza á reconocer esas lejanas provincias, donde hallará más bellezas naturales y más recuerdos históricos que en cualquiera otra de la República.

Para viajes de esta naturaleza es menester seguir los consejos del popular Bædeker de Leipzig:

Qui songe à voyager
Doit savoir écouter,
Ne point trop se charger,
Dès l'aube se lever
Et soucis oublier

IV

Nuestro viaje fué completamente impremeditado. El 13 de abril nos reunimos en Angol tres amigos, uno de los

cuales artista, con el objeto de atrevesar la cordillera de Nahuelbuta con sus grandiosos pinares, y llegar á Lebu por el lago de Lanalhue y Cañete. Jamás se nos habría ocurrido cambiar totalmente ese itinerario, á no ser por la ponderación de las grandes bellezas que encerraba la ruta de Villarrica, al decir de los amigos de Angol, y por las numerosas recomendaciones de los jefes del ejército y del Estado Mayor, que habían de facilitar nuestra marcha por el interior del territorio.

Ellos mismos temían, sin embargo, que la estación de nvierno estuviese ya demasiado avanzada para llegar á Villarrica, y que las lluvias y mal estado de los caminos en la montaña nos impidieran atravesarla. En otro año cualquiera este temor habría sido más que fundado, pero en el presente, de extraordinaria sequía en todo el país, no alcanzó, por fortuna, á realizarse, como lo prueba el feliz éxito de nuestra tentativa.

Confiando tener un tiempo favorable, y armado del mejor pasaporte contra los materiales obstáculos; el entusiasmo propio y las recomendaciones de extraños, dejamos, pues, á Angol en camino hacia Valdivia, no sin que los amigos de aquella ciudad se despidiesen de nosotros creyendo que muy luego nos volverían á ver allí de vuelta, tanta era su seguridad de que las dificultades serían superiores á nuestro entusiasmo, é insuperables los obstáculos del viaje. Esto mismo, como que toca el amor propio, redobla el ánimo de los viajeros.

V

Por un trayecto de más ó menos doce leguas está abierto al tráfico público el camino de hierro de Angol

al sur. Los contratistas lo trabajan lentamente, y menos se apresuran á entregarlo al Gobierno, pues explotan mientras tanto lo que va terminado de la línea, y cada año les significa pingüe ganancia, sobre todo en la época de la cosecha del trigo, que en ese departamento es más abundante que en cualquiera otro de la República.

El término de esa línea será Traiguén, distante escasamente cinco leguas de Quilquén, estación hasta donde llega hoy la locomotora, La línea central tiene marcado su rumbo, vía Collipulli y Victoria, y ella será la que pondrá en comunicación directa á Santiago con los más apartados departamentos de Valdivia y Llanquihue. Al paso que se tienden sus rieles, algunos años han de transcurrir antes que la veamos llegar á Osorno, y no será extraño que el ferrocarril trasandino ganara la delantera.

En Sauces ó en Quilquén hay de ordinario coches que esperan á los viajeros para conducirlos á Traiguén; pero nosotros tuvimos la desgracia de no encontrarlos, porque el día era lluvioso, y su empresario no contaba con tráfico aquel día. La espera fué, por tanto, larga, y sin más albergue que un miserable despacho, por suerte, de comestibles, donde los indios y demás vecinos del villorrio se surten para sus necesidades.

No puede decirse que los campos entre Angol y Traiguén sean hermosos, ni tampoco pintoresco el paisaje para el artista; pero es alentador siquiera el espectáculo de tan vastos y extendidos lomajes, en que el trabajo del hombre ha venido recientemente á beneficiar la riqueza virgen del suelo, y á dar nueva vida á un ramo de la agricultura que en el resto del país marchaba á grandes pasos á la decadencia y á su agotamiento.

Por leguas y leguas de extensión hase perdido hasta el último vestigio de los primitivos bosques, y se hallará difícilmente una hectárea que no haya surcado el arado, y que no haya recogido en su seno la semilla de trigo, que rinde más tarde valiosa cosecha.

Yo mismo estoy lejos de ser competente en agricultura; pero los que de ello se precian aseguran, y esto se refiere mayormente á la comarca al sur de Traiguén, que mejor negocio ha hecho el fisco rematante que los particulares adquirentes, pues el precio pagado por las tierras fiscales es con mucho superior á lo que en verdad valen, toda vez que no es buena base para cálculos el resultado de la producción de uno ó dos años, cuando la tierra está virgen aún y rinde con vigor extraordinario.

Comoquiera que sea, y sin necesidad de estudiar la conveniencia mercantil de la especulación en terrenos fiscales, ninguno que los recorra puede negar el enérgico impulso que encuentra en ellos la agricultura de Chile, ni desconocer tampoco las enormes ventajas generales que resultan para la comunidad de la introducción del progreso en un dilatado territorio, que de abandonado, inculto y pobre que era hasta hace poco, hase convertido ahora en fuente considerable de riqueza y en centro no despreciable de actividad, merced á esos dos agentes económicos que infaliblemente les dan origen: el trabajo y el capital.

VI

Mi propósito no es escribir historia, ni referir hechos que, por haberse verificado ayer no más, están en la memoria de todos; más modesto mi objeto, se concreta únicamente á dejar consignadas aquí las impresiones de

un viaje, cogidas al vuelo y sin tiempo para profundizar muchas cuestiones de actualidad.

Es cierto también que la historia no parece interesante cuando, por ser demasiado contemporánea, no alcanza aún el velo del tiempo á encubrir ó á dar cierto misterio siquiera á los hechos á que ella se refiere, ó á la memoria de los hombres que los ejecutaron.

Sobrado atractivo habría en el estudio de la nacionalidad araucana, tan poco conocida para la mayor parte, ya que las crónicas que revelan los misterios de ese pueblo son de circulación tan escasa entre nosotros; pero, como acabo de decir, otro es el objeto del presente artículo.

Traiguén es la primera población en que la iniciativa chilena se ha manifestado en la Araucanía. Algunos la juzgan superior y de mayor importancia que Angol, juicio quizás exagerado. Ni una ni otra son poblaciones hermosas; pero aquí no hay que atender á la belleza del aspecto, sino al desarrollo comercial que adquieren.

Traiguén cuenta con muy pocos años de existencia, y ha prosperado considerablemente. Situada en una pequeña ensenada, entre colinas de poca altura, ocupa una posición muy propicia para el incremento que ha de alcanzar más tarde, y desde luego es centro de una extensa comarca agrícola, que comprende las vegas de Lumaco, por el occidente, la colonia Galvarino al sur, y hermosos campos hasta Victoria, por el oriente.

Para continuar hacia Temuco y al corazón de la Araucanía, se ofrecen desde Traiguén dos rutas diversas. La primera, de veinticinco leguas de largo, por Quillem y Lautaro; y la segunda, más larga y dificultosa, por Galvarino, Cholchol y Nueva Imperial. Durante los meses de verano, una y otra pueden atravesarse en carruaje,

gracias á los trabajos del regimiento de Zapadores, que en el último año logró dejar expedito el tránsito por la montaña, que de otra suerte sería en extremo escabrosa.

Nosotros elegimos el primero de los caminos mencionados. En todo su trayecto, que ya es mucho más hermoso y la naturaleza mucho más pintoresca que en las jornadas anteriores, hay buen número de habitantes, y el país está totalmente civilizado. Los fuertes de Quillem y Lautaro, donde ya se levanta un pueblo de consideración, están sólo para recuerdo de la época de combates con los araucanos, pues hoy es tan seguro viajar por allí, ó tal vez más que en los departamentos del norte, de tal suerte que no juzgamos necesario pedir á los jefes destacados los ordenanzas de caballería que el jefe del ejército había tenido á bien poner á nuestras órdenes.

Desde corta distancia de Traiguén comienzan los terrenos que el Gobierno ha entregado á los colonos europeos venidos en los últimos años. Á veces hay grupos de familias, verdaderas colonias; otras veces las habitaciones están aisladas, y cada una de aquellas vive independientemente en la propiedad que de manera tan gratuita recibiera para cultivarla.

En Quino los emigrantes son en su mayor parte franceses; cerca de Lautaro, suizos y alemanes; los vascos, más que á la agricultura, se dedican al comercio de menudeo y de comestibles en las poblaciones.

Aquí viene al caso una palabra sobre la inmigración.

VII

Alentado por el ejemplo de la República Argentina, á cuyas playas veía arribar miles y miles de extranjeros en

busca de trabajo y de sustento, y viendo la grande y absoluta necesidad de mayor número de pobladores en nuestro suelo, propúsose un día el Gobierno de Chile no ser menos que el de la vecina República, y atraerse por cuanto medios estuviesen á su alcance á una parte siquiera de esas desgraciadas familias que debían abandonar á Europa.

Se puso á la obra con la mayor actividad; envió agentes especiales al viejo mundo para que engancharan colonos; no omitió ni esfuerzo, ni sacrificio pecuniario de ninguna especie para traerlos y para establecerlos aquí una vez venidos.

Ahora bien ¿cuál es el resultado? Y ¿habrá correspondido éste á las esperanzas halagüeñas que se cifraban de antemano? En varios años han llegado á Chile escasamente tantos emigrantes cuantos llegan al Plata en un solo mes; se han gastado millones en dinero, no sólo por el desembolso directo de su conducción al país, sino además por el gran valor de las propiedades que se les regala, con grave perjuicio del erario. Si la población de Chile ha aumentado en tres o cuatro mil extranjeros importados con tanto costo, hay que advertir que durante el mismo tiempo casi un número equivalente de nacionales emigraba por la cordillera á las pampas argentinas, de manera que ese aumento de población y el de brazos que ella trae consigo viene á hacerse completamente ficticio.

La inmigración europea para un país como Chile es más que conveniente, es necesaria; pero de la teoría al sistema de colonización implantado en Arauco, hay enorme distancia, y es ese sistema lo que por unanimidad critican y deploran todas las personas que lo cono-

cen, porque saltan á la vista sus consecuencias deplorables, perniciosas y hasta fatales.

Hay defecto en todo el sistema: primero en los colonos que nos envían, y después en la manera como aquí los coloca el Gobierno. Falta discernimiento en los agentes de Europa, porque, al contratar familias de emigrantes, deberían tener presente la ocupación que se les va á dar en Chile, ya que ésta se conoce de antemano, y la clase de gente que nosotros necesitamos. Falta discernimiento en el Gobierno, porque con ese grupo heterogéneo de individuos se ha propuesto colonizar un territorio dado, una comarca que los mismos chilenos se apresurarían á cultivar del todo, si les fuera posible; porque para traer y establecer cómodamente á un extranjero, perjudica á un chileno, y hasta, lo que parece increíble, expropia de sus terrenos á éste con el fin de favorecer á aquél.

Al emitir estas observaciones, más que de la opinión propia, me hago el eco de un clamor unánime en la Araucanía, y de una opinión que me fué corroborada por todo el mundo, paisanos y militares, á medida que avanzaba en el viaje á que me voy refiriendo. El reproche, por lo tanto, es universal, y conviene que ello se repita en Santiago, donde sólo se ha levantado una voz, voz bien autorizada en la materia, para combatir enérgicamente el sistema actual de colonización.

Los colonos europeos están mucho más favorecidos que los pobladores nacionales. Gran número de ellos jamás se habían ocupado en el cultivo de la tierra, trabajo que, por lo tanto, les es totalmente desconocido. Un relojero suizo, de aquellos que durante el largo invierno de las montañas preparaban en su *chalet* las

diminutas piezas para los relojes de Ginebra, se ve de repente en posesión de muchas hectáreas de terreno y no sabe trabajarlas. Otro colono cualquiera no ha puesto nunca sus manos sobre el arado, y después del primer día de faena en que un peón chileno le había enyugado los bueyes, deja á su yunta con el yugo encima por no saber desuncirlos, y así por varios días hasta que los bueyes cayeron muertos; y esos bueyes son facilitados por el Gobierno de Chile.

En Nueva Imperial había grande indignación: decíase que éste iba á dar á un hotelero escocés un lote de más de cien cuadras de tierra á orillas del río Cholchol, y á las puertas mismas de la población. Hay que advertir que esas vegas son las mejores tierras de la Araucanía, y que en esa misma dirección debe extenderse el pueblo en lo porvenir, de suerte que los terrenos inmediatos tomarán mucho mayor valor en poco tiempo. Esta incompetencia agrícola de muchos colonos ha dado origen á la medianería con los labradores chilenos, que pasan á ser inquilinos ó dependientes de aquéllos, cuyo nuevo rol de propietarios del suelo, les exime así del trabajo personal, con el cual necesariamente se contaba al contratarlos.

Podría citar numerosísimos casos análogos á los anteriores, en que la generosidad del Gobierno no tiene razón de ser, y antes bien en que ella y el prurito de atraer inmigrantes, perjudica muy considerablemente á los ciudadanos chilenos ó al fisco mismo; pero con lo dicho ya habrá suficiente para que muchos se convenzan del funesto sistema de colonización que hoy rige en Chile, y de la imperiosa necesidad de modificarlo cuanto antes, sea dejando á un lado la colonización oficial de

un territorio dado, ó sea llevándola á otras comarcas, como las de Villarrica, Valdivia y Llanquihue, de más difícil acceso para los chilenos, y, por consiguiente, de menor valor comerciable.

Se comprende que las primeras colonias, como iniciales que son, ocasionen pesado gravamen al erario; pero como ya ellas están iniciadas, y abierta la corriente de inmigración, debería cuanto antes ponerse fin á sistema tan costoso como poco remunerativo.

VIII

El pueblo de Nueva Imperial sólo cuenta con tres ó cuatro años de existencia, y es uno de los de más porvenir en la frontera. Aunque más pequeño que Traiguén ó Temuco, su aspecto es más uniforme y regular; está situado en una planicie fértil y sin árboles, y en medio de las vegas que miden y deslindan los ingenieros de gobierno, para ser subastadas el próximo año. Casi á las orillas del fuerte se halla la confluencia de los ríos Cautín y Cholchol, que forman el Imperial, el cual, poco más abajo, corre á orillas de las ruinas de la Imperial española, hoy llamada Carahue, ciudad que era la más importante y populosa de las siete que en una noche memorable destruyeron los araucanos.

Tan luego como logren trabajar canales del Cautín, empresa que actualmente ocupa á algunos industriosos propietarios, toda esa comarca adquirirá gran valor, y llegará á ser, sin duda, la más fértil y productiva de toda la zona araucana.

El trayecto entre Imperial y Temuco, de ocho leguas escasas, es quizá el más interesante que hayamos reco-

rrido en toda la expedición, no tanto por la naturaleza agreste de sus montañas, como por la importancia de las antiguas reducciones de indios que lo habitan. En la ribera sur existe todavía la reducción de Boroa, los miembros de cuya tribu tienen la particularidad del cabello rubio ó rojo, atribuída, segun la leyenda que corre, á la descendencia de los náufragos de un barco holandés que encalló en las playas del Imperial en cierto año del siglo XVII. Los holandeses, cautivos y sin esperanza de volver á su patria, hubieron de conformarse con quedar allí y mezclar su sangre con la de los aborígenes, que, como distintivo, conservan aún las señas europeas en el cabello.

Todos los pobladores de la comarca son indígenas, y así lo demuestran las innumerables *rucas* que se encuentran á cada paso, á veces aisladas, y las más en grupos, ya que no en poblaciones, donde el cacique vive rodeado de unas cuantas familias de su dependencia. Las rucas se distinguen desde la distancia por la forma peculiar del techo de paja, que cae en todas direcciones hasta el suelo mismo, dejando siempre una abertura del lado del oriente, alta de menos de dos metros, y única entrada al interior de la choza.

Los caciques, en el trayecto, son numerosos, pero carecen de la autoridad considerable de otros del interior, como el difunto Quilapán, el verdadero toquí, á quien, durante la guerra, obedecían todos los araucanos, ó siquiera como Panguevilo, que vive en la orilla meridional del Cautín.

El mando de los caciques tiene mucho de ilusorio, y su autoridad obedece más bien al sistema patriarcal de tribus no civilizadas que al de un gobierno metódica-

mente constituído. Son jefes de familia más que otra cosa, y si dominan á muchos individuos, debe ello en parte atribuirse á la mayor riqueza que poseen, esto es, á las tierras que cultivan y á los ganados de que disponen, comoquiera que ocupan sus subordinados el puesto de inquilinos de labranza. El régimen araucano es, por lo tanto, democrático sobre manera, y el dominio de los jefes más ilusorio que efectivo.

Nuestra visita al cacique Elgueta merece mencionarse.

Según lo indica su apellido, desciende de raza española, lo que no puede ocultarse al través del velo araucano que la encubre.

Llegados á su ruca, nos hicimos anunciar como amigos del coronel Urrutia, y encargados por éste de hacer una visita en su nombre al cacique. Hay que advertir que los araucanos no han perdido, junto con su libertad, el carácter altivo de su raza, y que tratan de igual á igual con todos los jefes militares ó gobernantes chilenos. El coronel Urrutia, uno de los padres de la Araucanía, según se le llama, tiene relaciones con todos los caciques, de quienes es tan querido como respetado.

Numerosos indios rodeaban al cacique en las inmediaciones de la ruca; los hombres, ociosos, como es costumbre, y las mujeres, trabajando en sus variados menesteres, unas en los domésticos, y otras tejiendo en el telar las mantas de varios colores y á estilo oriental que llevan los hombres, ó hilando con el huso.

Al vernos llegar, ninguno perturbó su ocupación, á no ser dos indias jóvenes que por orden de Elgueta fueron á buscar un banco de madera que nos diera asiento. Una vez sentados, quedamos así un corto rato sin que nadie se preocupara de nosotros. El cacique había desapare-

cido; pero, como luego pudimos ver, con el objeto de buscar al lenguaraz que debía servir de intérprete entre él y nosotros; porque, aunque hablaba suficientemente castellano para que los servicios de aquél fueran innecesarios, no es decoroso hacerlo ante forasteros á un cacique, que siempre desea conservar su dignidad y prerrogativas.

Vueltos ambos, y colocados de pie frente á nuestro asiento, su primera pregunta fué averiguar cuál de nosotros tres hacía cabeza de la embajada, para entablar la conversación con él. Mis compañeros tuvieron á bien designarme á mí para que los representase en la entrevista.

Numerosas preguntas y respuestas se cruzaron de una y otra parte; él quedó impuesto de quiénes éramos, cuál el objeto de nuestro viaje, cuál nuestra influencia en Santiago, cuál el propósito del gobierno al rematar los terrenos de Arauco; y nosotros averiguamos también la extensión de los dominios del cacique; sus temores de ser desposeído por el gobierno de Chile, que eran bien vivos; el número de sus mujeres, tres en la actualidad, pues acababa de perder una; y muchas otras cosas que se ocurrían en el momento.

La hospitalidad araucana es proverbial, y no consintió el cacique que lo dejáramos antes de ofrecernos una cazuela, hecha en cortísimo rato, y que hubimos de comer muy á disgusto, porque era ofrecida en hora inoportuna. Rechazar lo que ellos regalan es grave ofensa que compromete su amistad. Los araucanos, una vez que reciben al forastero como amigo, no omiten sacrificio por festejarlo, pero esperan, á la vez, que esa amabilidad les sea pagada más tarde, si la ocasión se presenta. Así, Elgueta

contaba con hospedarse en nuestra casa cuando emprendiera su deseado viaje á Santiago, pues en esta ciudad carecía totalmente de amigos.

Después de una prolongada visita, en que ninguno de los indios allegados había tomado parte, salvo para recibir los cigarros y el tabaco que pudimos dejarles, nos despedimos del cacique, contentos del curioso episodio que era uno de tantos nuevos atractivos del largo viaje, pero lastimados al propio tiempo ante el espectáculo de la miseria y de la decadencia absoluta en que hoy yace la nacionalidad que antes fuera tan pujante y vigorosa.

Los cementerios araucanos son otra de las curiosidades que se encuentran en el camino que íbamos recorriendo.

Todos ellos pequeños, á lo más de treinta ó cuarenta sepulturas, los hay de trecho en trecho, y á veces en sitio tan pintoresco, que ofrecen al artista un paisaje lleno de poesía melancólica. Las tumbas están cerca unas de otras, y lo único que las distingue es un madero vertical de acaso dos metros de altura, cuya cima tallada da á conocer el estado ó el sexo del difunto. Las de los caciques llevan un sombrero de copa alta; las de los indios cristianos, que no faltan, una cruz; y la mayor parte una figura que sólo se diferencia de la cruz griega por dos brazos transversales á más de los dos que forman á aquélla. Todas estas figuras son toscamente esculpidas sobre un poste ó leño, y apenas revelan las más primitivas nociones del arte.

Los araucanos, antes de enterrar á sus muertos y, á la vez, antes de entregarse á la embriaguez y al desorden que por vía de consuelo tienen lugar después de la desgracia, celebran una sola ceremonia, si así puede lla-

marse la persecución del espíritu malo. *Pillán* es la única divinidad que reconocen; pero es una divinidad temible, odiosa, vengativa y que, sin premiar las buenas acciones, se encarga de perseguir y castigar las culpas. Por esto, apenas muere uno de los araucanos, reúnense todos los amigos ó conocidos, y *corren á Pillán*, según la expresión que ellos usan, corriendo á caballo desaforados al rededor de la casa mortuoria, y esgrimiendo lanzas y demás armas para defender al muerto del dios que, suponen, ha de querer arrebatarlo al infierno.

Junto con el cadáver entierran muchos útiles domésticos y provisiones de alimento, y sobre la tumba misma colocan una canoa de madera, de las que usan en los ríos, para que no falte al fallecido ninguno de los requisitos para el viaje que emprende.

Esta idea de viaje material en la otra vida parece común á muchas tribus salvajes, y encuentro una coincidencia curiosa en la analogía del entierro araucano con el de la tribu idólatra Samoyed, que habita una pequeña isla entre Siberia y Nueva Zembla; por lo que se ve, las dos razas más separadas en todo el mundo. Al excavar los restos de una tumba de aquella isla, encontró el baron Nordenskiold, en su famosa expedición de 1878, una olla de hierro, un mazo, cuchillo, barreno, arcos y flechas, adornos de cobre, y, por último, trozos de corteza y leña, destinados, probablemente, para hacer lumbre; y fuera de la tumba, un trineo, que evidentemente equivale á la canoa de nuestros indios, con la diferencia que éstos se preparancon ella para navegar ríos, mientras quen aquellos habitantes del polo sólo tienen en perspectiva las eternas nieves y los hielos, en que se confunden la tierra con el mar.

IX

Temuco, capital de la nueva provincia de Cautín, y á orillas del hermoso río del mismo nombre, ha adquirido considerable extensión topográfica, y tal vez más de la necesaria, porque, situada, como se halla, en medio de bosques húmedos, se hace muy difícil el mantenimiento de sus calles cual correspondería á una ciudad cabecera de provincia. En ellas la roza de los árboles no está aún terminada, en términos que se tropieza aquí y allá con grandes troncos y raíces; ni nivelado el terreno; ni construídos buena parte de los espaciosos sitios que se intercalan entre las actuales casas. De esta suerte se fundan las ciudades en los Estados occidentales de Norte-América; pero allí el desarrollo que en pocos años adquieren hace necesarias las dimensiones, á primera vista excesivas; al paso que los pueblos fundados en la Araucanía, sin dejar de ser los de más rápido incremento en todo Chile, alcanzan pronto á un límite visible, para aumentar, en seguida, muy paulatinamente, ya que los recursos y el número de habitantes del país no sólo no guardan proporción con los de Estados Unidos, nación de savia extraordinaria, sino que son pequeños y limitados.

En estas poblaciones jóvenes á que me refiero, y especialmente en Temuco, donde por pertenecer todas las tierras al fisco, no hay propietarios ni gente independiente y acomodada, falta completamente la burguesía social, y apenas se encuentra otro elemento importante que el de los empleados gubernativos, sean militares ó civiles, lo que da á los pueblos carácter tan estrecho y restringido, que más parecen colonias fiscales que reu-

nión ó agrupamiento de clases, familias y ciudadanos libres.

Este carácter, sobre manera antipático para el observador extraño, no puede menos de ser transitorio, sin embargo, y se irá perdiendo poco á poco, á medida que las comarcas que las ciudades dominan vayan adquiriendo así importancia como independencia del Estado.

X

De Temuco al sur aprovechamos de la generosidad del ejército. El comandante de Cazadores nos proporcionó caballos de tropa y dos soldados de confianza para escoltarnos. Gracias á unos y otros pudimos llevar á término el viaje, para el cual nosotros mismos carecíamos de todo recurso.

La primera jornada fué bastante corta. Pasado el Cautín, á las puertas mismas de Temuco, se atraviesa una extensa altiplanicie sin árboles y de escaso cultivo, y tres leguas antes de llegar al fuerte Freire penétrase á una espesísima montaña, cuyos bosques, acaso los más grandiosos y salvajes que hayamos recorrido, son tan tupidos en la cima que no dejan penetrar los rayos del sol hasta la tierra. El sendero es muy escabroso, peligrosos los charcos y pantanos por su profundidad, que engaña á los inexpertos, y no menos los puentes, fabricados de maderos redondos y sobrepuestos sin firmeza alguna, en términos que á la menor pisada falsa del caballo no es fácil parar el golpe. Todo esto contribuye á que tales caminos sean intransitables después de las primeras lluvias de otoño.

Freire, que no es pueblo ni nada que lo parezca sino

un cuartel defendido por ancho foso y rodeado de una que otra habitación miserable, ocupa el sitio más aislado del mundo, verdadera isla en medio de un mar de selvas que se extiende por varias leguas á la redonda. Allí el viajero carece de las comodidades más esenciales, de cama y provisiones, pues el teniente jefe de la plaza y de una guarnición de veinte soldados, no se halla en situación de proporcionarlas. Una mala habitación contigua á la cuadra de aquéllos fué lo único que, con su buena voluntad, pudo ofrecernos para pasar la noche.

Al día siguiente, muy de mañana, continuábamos la marcha de veinte leguas hacia Villarrica. Esa jornada es deliciosa, pero más lo hubiera sido á haber ido nosotros mejor provistos de comestibles, de que carecíamos casi por completo, y que no pueden obtenerse en el despoblado araucano.

El camino es variado en extremo; altérnanse los bosques con las más pintorescas llanuras cubiertas de prado en que siempre el volcán Villarrica, con su nevado cono, se destaca al fondo del paisaje. Vadéase el rio Aillipén, bastante caudaloso y profundo; otras corrientes de agua más pequeñas, y se llega en seguida al Toltén, más caudaloso aún que todos los ríos anteriores, y por cuyas márgenes continúa ondeando el camino en espacio de varias leguas.

Nada hay más engañador que las distancias en la montaña de Arauco, y esas leguas se hacían interminables. Nos sorprendió el crepúsculo y luego la noche, sin que hubiéramos alcanzado á atravesar la última selva. La oscuridad se hizo tan intensa que no nos divisábamos el uno al otro á dos pasos de distancia, y era menester

seguir por la voz el rumbo del que marchaba más adelante. El soldado guía perdía á cada rato la senda, y marchaban los caballos á la buena ventura, con gran riesgo de hundirnos en un charco ó de golpearnos contra uno de tantos troncos.

Pernoctar en la montaña era el último recurso, porque, sobre estar demasiado avanzada la estación de fríos, la tarde amenazaba lluvia, y era seguro que el agua iba á descargarse pronto. Nuestros abrigos y cubiertas habían quedado además muy atrás con la carga, de suerte que era de todo punto necesario llegar y cobijarse en Villarrica contra la lluvia próxima y el frío de la noche. Viviendas de indios no había ni para muestra, ni menos, por supuesto, de chilenos.

Afortunadamente logramos al fin divisar una luz lejana, y luego llegar á orillas del lago, hasta donde se avanzan los enormes árboles de la montaña; pero harto peligro hubo de tener que quedar allí toda la noche. La lancha en que se atraviesa el lago ó el río, que allí están confundidos el Villarrica con el Toltén, estaba al lado opuesto en el fuerte, y poca esperanza concebíamos que la enviaran á tales horas, y sin saber el jefe qué clase de gente la necesitaba.

Disparos de carabina, fogatas, gritos, de cuantos medios posibles nos valimos para pedir la lancha, y fué á los disparos á lo que se debió su envío, pues sobrevino la casualidad que ese mismo día aguardasen en la plaza al oficial habilitado que mensualmente lleva el dinero para el pago de las diversas guarniciones; y al habilitado mal podían hacer víctima de tan pesado chasco.

El movimiento de luces, de remos y las voces de los

soldados desde la otra orilla fueron muy celebrados por nosotros, que ya caían los primeros goterones y el frío y el hambre nos mortificaban más que de sobra.

Más celebrada aún fué la llegada al fuerte, y la muy amable acogida del capitán que lo mandaba, quien, bien impuesto de las circunstancias, no omitió sacrificio para favorecernos, al extremo de hospedarnos en su habitación, la única medianamente decente en el cuartel, y de abandonar él y un oficial subalterno sus propias camas para que las ocupáramos, ya que no tenía otras en la plaza para proporcionarnos. Es imposible imaginar una hospitalidad más exquisita que la brindada por ese capitán del 4.º, y yo no sé qué habríamos hecho sin ella en lugar tan miserable como Villarrica, y con lluvia tan torrencial y pertinaz como la que se descargó á nuestra llegada y continuó inundando todo el día siguiente.

XI

Villarrica es un lugar de grande interés histórico. Fué mucho en lo pasado; nada en lo presente. Entonces ciudad populosa, extensa, rica; hoy burgo miserable y sin recursos, y aún si tal título de burgo merece el agrupamiento de un cuartel de tablas á medio construir, que se llama fuerte, un despacho del proveedor de la tropa, una oficina telegráfica del Estado, y acaso otra choza más de un cuarto funcionario público.

Menester sería tener á la vista la *Historia* del padre Rosales para dar algunas noticias históricas de Villarrica. Todo lo que sé es que ella fué ciudad de cien mil almas por lo menos, y que sus ruinas, medio perdidas y ocultas entre los bosques y renuevos de una vegetación

exuberante, se extienden muchas hectáreas cuadradas.

Es difícil, pero no imposible, trazar en los escombros la línea de las plazas, calles, edificios, y aun de las divisiones interiores de éstos con las aberturas de muro que indican las que debieron ser puertas. Por todas partes se encuentran trozos despedazados de ladrillos y tejas que acusan una arcilla y fabricación tan perfecta como no la hay mejor en Chile actualmente. Mientras subsistan esos árboles y esos renuevos embosquecidos, no logrará hacerse verdadero estudio topográfico de la ciudad, ni excavación concienzuda de sus ruinas, que, según es fama, encierran más de un tesoro privado y de la iglesia.

En los últimos años, Villarrica ha sido para los chilenos un fantasma que les aterrorizaba. Creíasela, á no dudar, centro del poder araucano, emporio de su riqueza y, como tal, la llave para la ocupación completa de la Araucanía.

Si resultó verdadero lo último, por cuanto su posición oriental y al extremo del territorio así lo garantía, fué tan falso como ilusorio lo primero; y bien pudo conocerlo el jefe de la numerosa expedición militar que en 1883 marchó hacia ella en són de combate. Al llegar, vió que Villarrica no pasaba de ser un nombre histórico y un montón de escombros, y que unos cuantos paisanos entusiastas, venidos de Valdivia, ganándole la delantera, ya estaban ahí para admirar tranquilamente la belleza del paisaje solitario, después de haber obtenido de los pocos indios vecinos la entrega formal del territorio para el gobierno de Chile.

Villarrica no será nunca ciudad, sino un sitio abandonado y pobre, y sin más atractivo que el panorama es-

pléndido de las montañas, el gran lago y el majestuoso volcán que parece reposarse sobre sus aguas.

Ignoro el motivo que tuviera en vista el Ministro de la Guerra de aquella época al fundar la ciudad al extremo oriental del lago. Pucón, que tal es su nombre, á cinco leguas de Villarrica, está, por cierto, más cerca del paso de la cordillera y de las pampas argentinas, pero se aleja, en cambio, de todo centro chileno, lo que hace más difícil y tardío su desarrollo.

De Pucón hacia el oriente queda sólo un fuerte de Chile, el Palguín, y en seguida comienzan con el Maipú los fuertes argentinos. Toda esa vasta comarca de montañas y lagos, donde los argentinos han tomado tranquila posesión de no pequeña faja de territorio nuestro, por lo cual debería entablarse reclamación diplomática cuanto antes, fué objeto de una interesantísima expedición científica enviada el último verano por el Gobierno, con el fin de hacer estudios el terreno, levantar planos y fijar los verdaderos límites entre Chile y la Argentina.

XII

De Villarrica cambiamos rumbo hacia el suroeste. Los días tan cortos y el mal estado del camino nos obligaron á recorrer en dos jornadas las veinticinco ó más leguas que dista aquella de San José. El trayecto no es menos hermoso que el de los días anteriores, y desde el fuerte abandonado de Meuquén hállanse mayor número de viviendas. Como siempre, encontramos á cada rato indios que marchaban en dirección opuesta, y para quienes teníamos pronto el afectuoso saludo araucano: *may, may pelle.*

Pasado Suto, lugar de alojamiento de la primera noche, y cuyo subdelegado y á la vez capitán de indios es un tiranuelo de sainete que nos hizo pasar un rato más para contado que para estas páginas serias; pasado Suto, comienzan las posesiones alemanas, y con ellas se vuelve á ver ya muestras de país civilizado, cultivo de tierras, molinos, fabricación de chicha de manzana, y otras diversas aplicaciones del trabajo.

Después de vadear tres veces el río Cruces, angosto pero profundo, de atravesar los últimos bosques pantanosos y las últimas llanuras de excelente camino, divisamos por fin, al caer la tarde, la hermosa silueta y el campanario de San José que se destacaban de un horizonte sin más nubes que las que de ordinario se matizan con tintes pálidos en el sereno crepúsculo.

Las campanas de la primera iglesia que encontrábamos desde Angol, repicaban alegremente y en señal de fiesta. Según luego supimos, iba á tener lugar una boda alemana la misma tarde, y la pequeña aldea estaba de regocijo. Y lo estaba tanto que los escasos habitadores poco se cuidaron de los tres forasteros que les pedían hospedaje, y preocupados con tan grande acontecimiento nos cerraron unas tras otras sus puertas en términos harto descorteses é inhospitalarios, y nos hubiéramos visto privados de todo auxilio á no ser por el subdelegado, que, siendo mayor de ejército, nos probó una vez más que los militares de Chile son generosos en extremo y poseen como nadie la virtud de la hospitalidad.

Gracias á él pasamos muy buenos ratos en el simpático pueblo, y no sin tomar parte en la fiesta de bodas que duró la noche y todo el día siguiente.

Aunque San José está á orillas de un río en comuni-

cación con el Cruces, no es navegable desde allí, sino que es menester una última jornada de cinco leguas hasta Cuyingue, para tomar el vapor que hace el servicio de Valdivia tres veces á la semana.

En aquel sitio nos despedimos de los buenos soldados de la escolta y de los resistentes caballos que nos habían traído, sin percance alguno, sesenta leguas por camino difícil y peligroso; y junto con un numeroso grupo de alemanes, alegres como pascuas, puesto que venían frescos del gran sarao de San José, tomamos el vaporcito del Cruces.

La navegación, de tres horas, es preciosa; varios los ríos que se encuentran y que van en parte á formar el gran estuario de Valdivia; frondosa la vegetación de las riberas, y abundantes las habitaciones de alemanes, que ya por su número dan á entender cómo casi toda la provincia les pertenece.

La noche del 25 de abril comíamos en el hotel Rusch, en Valdivia, satisfechos de haber realizado tan interesante como inesperada excursión, á pesar de las previstas dificultades, y deseosos no poco de reposar algo después de los diez días de penuria y de marcha.

WANDERER

Junio de 1887.

AL PARTIR

(Á Trinidad y María J. R.)

Como á los tristes ayes
de un bien perdido
despierta de entre sombras
el denso olvido,
tal á mi acento
se despierten las fibras
del sentimiento.

Y mientras á mi nave,
temblando y solas,
la lleven entre perlas
las níveas olas,
quiero que ardiente
una piadosa lágrima
caiga en mi frente.

Pues yo, que entre mis ansias
y mis temores,
buscado había un ángel
á mis dolores;
yo, leal mendigo,
la piedad y el afecto
canto y bendigo.

Iris en las tormentas
que el alma siente,
con vuestras remembranzas
viviré ausente;
y allí en mis lares
serán esas memorias
mis luminares.

Que del undoso Rimac
á las riberas
tal vez sean las auras
mis mensajeras:
¡ay! para entonce
no sean vuestros pechos,
pechos de bronce.

Ellas traerán de lejos
la triste nota
que hoy nace á vuestro influjo
de un arpa rota.
Del arte agravios,
serán flores mis versos
en vuestros labios.

Y al sentir la caricia
de vuestros ojos,
mostrarán en su ritmo
vagos antojos...
ansia bendita
del que al partir os dice:
¡Dicha infinita!

ROSENDO VILLALOBOS

Lima, 1886.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

"*Artículo 34.* El juzgado, tribunal ó autoridad á quien corresponde conocer en el artículo de recusación declará si la causa propuesta para la recusación es ó no bastante, según la ley.

"Encontrándola bastante, proveerá según la fórmula siguiente:—Es bastante, y se encargan los ocho días fatales de la ley.

"Si no la encontrare bastante, proveerá por la fórmula siguiente:—No es bastante, y póngase en noticia de los ministros de la tesorería (ó tenientes de ministros) que han suscrito la *boleta* de consignación".

Como se ve, en estos artículos, *boleta* vale tanto como *certificado* ó *fe* de haberse depositado la cantidad exigida por la ley.

El artículo 1.º de los aranceles judiciales, decretados con fecha de 21 de diciembre de 1865, dice, entre otras cosas, lo que va á leerse.

"*Artículo 1.º* Los notarios ganarán por el ejercicio de los diversos actos de su ministerio los derechos que á continuación se expresan.

"1.º Por el otorgamiento de todo instrumento público de que no se haga mérito especial en esta ley, dos pesos, y además veinticinco centavos por cada página de escritura; pero no cobrarán nada por la inserción de la *boleta* del contrato, acta de remate, *boleta* de alcabala, certificación de haberse pagado los derechos de pregonería, ni por otra cualquiera inserción".

La palabra *boleta* aparece en el trozo precedente empleada en dos significados distintos: 1.º en el de *borrador* ó *documento privado*; y 2.º en el de *certificado*.

Conviene á mi propósito hacer notar otra acepción que en Chile suele darse á *boleta*.

El número 26, artículo 8, de los aranceles judiciales promulgados con fecha de 21 de diciembre de 1865 determina que los secretarios de juzgados ganen veinticinco centavos "por las *boletas* citatorias en los juicios verbales".

Evidentemente *boleta* está aquí tomado por *cédula de citación*, ú *orden de comparecencia*.

Ninguna de las acepciones á que he aludido se encuentra autorizada por el DICCIONARIO de la Academia, que sólo asigna á *boleta* las que siguen:

1.ª "Cedulilla que se da para poder entrar sin embarazo en alguna parte.

2.ª "Cedulilla que se da á los militares cuando entran en un lugar, señalándoles la casa donde han de alojarse.

3.ª «Especie de libranza para tomar ó cobrar alguna cosa.

4.ª «Papelillo en que se envuelve una corta porción de tabaco.»

BOLETO

Son muchas las especies de *boletos* de que se habla en Chile.

Hay *boletos* de rifa.

Los artículos 3 y 4 de un decreto expedido con fecha de 24 de agosto de 1858 para reglamentar la rifa de bienes raíces, dicen así:

«*Artículo 3.* Los *boletos* serán expedidos bajo el competente sello por la oficina pública que señalare el intendente, y serán entregados á los interesados para que los hagan expender, previa la fianza de devolverlos ó entregar su valor. La entrega de los *boletos* podrá hacerse por partes, de manera que los interesados no reciban unos, mientras no hayan consignado el valor de los otros.»

«*Artículo 4.* El producto de los *boletos* se depositará siempre en una oficina pública, y no será percibido por el dueño del objeto rifado, sino después que al que hubiere resultado favorecido por la suerte, se le haya puesto en quieta y pacífica posesión de la cosa».

Hay *boletos* de sepultura.

El artículo 12 de un decreto expedido con fecha de 5 de noviembre de 1858 para reglamentar el cementerio de la ciudad de los Ángeles, dice así:

«*Artículo 12.* Para la emisión de los *boletos* de sepultura que expide el tesorero, se observarán estas reglas: 1.ª los pobres de solemnidad presentarán el certificado de que habla el artículo 10 al cura párroco, que le pon-

drá su visto bueno, y lo remitirá al tesorero para que, poniéndole el pase, produzca su efecto; 2.ª las *boletas* que diere el cura por los derechos eclesiásticos que, según arancel, correspondan en los casos de pago (cuyos derechos deberán expresarse) se presentarán también al tesorero para el respectivo pase y entero de los derechos que señala este reglamento. El mismo tesorero cobrará la manda forzosa, si hubiere lugar á ella, y el valor del carro de conducción.»

Aparece que, en un mismo artículo, se emplean en acepciones completamente análogas las palabras *boleto* y *boleta.*

Hay *boletos* de remedios.

El artículo 8 de un decreto expedido en 5 de mayo de 1865 para reglamentar la junta de beneficencia y el hospital de San Fernando, dice así:

«*Artículo 8.* Son atribuciones del administrador:

«. . . . . .

«5.ª Expedir *boletos* para los que soliciten remedios de la dispensaría, cuando el solicitante carezca, á juicio del administrador, de los recursos necesarios para comprarlos.»

Hay *boletos* de incorporación en las clases de un colegio.

El articulo 2 de un decreto expedido en 16 de enero de 1886, para reglamentar el liceo de Concepción, dice así:

«*Artículo 2.* Los que soliciten incorporarse en el liceo deberán ser matriculados en los registros del rector, quien les dará un *boleto*, designando las clases á que deben asistir.»

Hay *boletos* de pensiones escolares.

El artículo 7 del citado decreto, dice así:

"*Artículo 7.* Ningún alumno interno será admitido en el establecimiento si no presenta al rector un *boleto* del tesorero por el cual conste que no debe nada á la caja."

Hay *boletos* de exámenes.

El artículo 105 del mismo decreto enumera, entre las atribuciones del presidente de cada comisión examinadora, la de "dar á cada alumno el *boleto* que certifique el examen que ha rendido".

Hay *boletos* de conducción por los ferrocarriles.

Las prevenciones de las tarifas de pasajeros, decretadas en 30 de octubre de 1879, están divididas en párrafos que llevan estos títulos: *Boletos para viajar.—Despacho de boletos de pasajeros y de encomiendas.—Expendio de boletos para los trenes nocturnos.—Todo pasajero debe presentar su boleto ú orden de pasaje.—Pena del que viaja sin boleto.*

Hay aún *boletos* de varias otras especies, como *boletos* de teatro, *boletos* de lotería etc.

Mientras tanto, los diccionarios que conozco, y entre ellos el de la Real Academia Española, no autorizan este vocablo.

Sin embargo, *boleto* tiene curso, no sólo en Chile, sino también por lo menos en el Perú, donde, según Juan de Arona, en el DICCIONARIO DE PERUANISMOS, es de "tantísimo uso".

En nuestro país, *boleto* suele ser reemplazado, conforme á lo que el DICCIONARIO enseña, por *boleta* en la acepción de cedulilla que se da para poder entrar sin embarazo en alguna parte.

Así, verbigracia, en el Código Penal, se leen los artículos que siguen:

«*Artículo 185.* El que falsificare *boletas* para el transporte de personas ó cosas, ó para reuniones ó espectáculos públicos, con el propósito de usarlas ó de circularlas fraudulentamente..... ..... sufrirá la pena de presidio menor en cualquiera de sus grados, y multa de ciento á mil pesos.»

«*Artículo 189.* El que hiciere desaparecer de estampillas de correos ú otras adhesivas, ó de *boletas* para el transporte de personas ó cosas, la marca que indica que ya han servido, con el fin de utilizarlas, y el que á sabiendas expendiere ó usare estampillas ó *boletas* de las cuales se ha hecho desaparecer dicha marca, siempre que, en uno y otro caso, el valor de tales estampillas ó *boletas* exceda de diez pesos, será castigado con reclusión menor en su grado mínimo, ó multa de ciento á trescientos pesos.»

Sin embargo, si hemos de ajustarnos á lo que dice el Diccionario de la Real Academia Española, la palabra por la cual ha de reemplazarse con más propiedad la de *boleto* es la de *billete*, que significa, entre otras cosas, «tarjeta ó cédula que da derecho á entrar en un teatro, ó en otros sitios, ó a ocupar en ellos determinado asiento ó localidad».

También puede emplearse en este sentido, según el Diccionario de la Academia, *boletín.*

BOLSA

El artículo 3 del Código Chileno de Comercio, enumerando los actos de comercio, ya de parte de ambos contratantes, ya de parte de uno de ellos, menciona en el número 12, «las operaciones de *bolsa*».

Don Rafael María Baralt, en el DICCIONARIO DE GALICISMOS, publicado el año de 1855, escribía acerca de esta palabra lo que va á leerse.

"*Bolsa* tiene entre nosotros sus acepciones conocidas; pero es nueva, y tomada del francés, la por todos concepto impropia de—edificio ó lugar público donde á ciertas horas se juntan los negociantes, banqueros y hombres de negocios para sus tratos y comercios, y especialmente para los que tienen relación con la deuda del estado, papel de crédito etc.

"En este sentido, el vocablo francés *bourse*, dedonde procede el nuestro *bolsa* (ya de uso común, y adoptado por la Academia), se formó (dice Bescherelle, DICTIONNAIRE NATIONAL) de *Van der Burse* de Bruges, cuya casa estaba próxima al sitio en que los mercaderes se juntaban para hacer sus compras y ventas.

"Lo que *bolsa* ahora, se ha llamado siempre entre nosotros *lonja* y *casa de contratación.*

"La nueva *lonja* de mercaderes, que también se va
" labrando á toda priesa... será asimismo, después de
" acabada, uno de los famosos y heroicos edificios de
" todo el orbe",—Morgado, *Historia de Sevilla.*"

"Y aún había de haber veedor y examinador de los
" tales (alcahuetes), como le hay de los demás oficios,
" con número deputado y conocido, como *corredores de*
" *lonja*"—Cervantes, *Quijote.*

"Á estos *corredores de lonja*, se llama ahora *agentes de bolsa;* y tenemos el ridículo *bolsista* por *lonjista;* y también *bursátil* del francés *bursal*:

"¡Sea todo por Dios!"

Baralt es, como se ve, un ultra-conservador en materia de lenguaje, para quien nada importan el uso común, ni

la opinión de un cuerpo tan circunspecto como ha sido la Academia Española, desde su fundación hasta la fecha.

El público, en los tiempos modernos, ha dado la más absoluta preferencia á *bolsa* sobre *lonja*.

En Chile, se tendría por incomprensible para muchos y, de seguro, por afectado y pedantesco el que se dijera «la *lonja* de Valparaíso», en vez de «la *bolsa* de Valparaíso».

Entiendo que otro tanto sucede en las demás naciones españolas:

Desde que Baralt reconoció la efectividad de este hecho, no puedo rechazar á *bolsa* sólo porque nuestros escritores de los siglos anteriores reemplazaban la palabra *bolsa*, que aún no se había introducido, por la de *lonja*, que ahora nadie emplea.

Debió tener presente aquella observación de la *Arte Poética* de Horacio, que don Francisco Javier de Burgos ha expresado en romance castellano, como sigue:

> Morirá todo: ¿cómo viviría
> de las voces ó frases la elegancia?
> Unas renacerán que perecieron,
> y otras perecerán que ahora se ensalzan,
> si así lo quiere el uso, que, en las lenguas
> regulador y soberano manda.

La Real Academia Española, que, con sobrada razón, ajusta sus procedimientos en materia de lenguaje á la doctrina de Horacio, ha admitido en el DICCIONARIO la palabra *bolsa* como equivalente de *lonja* desde la quinta edición dada á luz en 1817.

El DICCIONARIO de la Academia autoriza igualmente las palabras *bolsista* y *bursátil*.

Baralt pretende que, en vez de *bolsista*, ha de decirse *lonjista*.

Esto no puede hacerse, según el DICCIONARIO de la Academia, que señala á estas palabras significados muy diferentes.

Bolsista es «el que se dedica á la compra y venta de efectos públicos».

Lonjista es «la persona que tiene tienda donde se vende cacao, azúcar y otros géneros».

BRAZAL

El artículo 7 del decreto expedido por el presidente de la República en 28 de junio de 1879, para aceptar algunos artículos de la convención internacional de Ginebra en la guerra con el Perú, dice así:

«*Artículo 7.* Se adoptará una bandera distintiva y uniforme para los hospitales, ambulancias y evacuaciones que, en todo caso, irá acompañada de la bandera nacional.

«También se admitirá un *brazal* para el personal considerado neutral; pero la entrega de este distintivo será de la competencia de las autoridades militares.

«La bandera y el *brazal* llevarán cruz roja en fondo blanco.»

El artículo destinado á *brazal* en el DICCIONARIO de la Real Academia Española, es el que sigue:

«*Brazal*, sustantivo masculino. Pieza de la armadura antigua que cubría el brazo.—*Embrazadura.*—En el juego del balón, instrumento de madera, labrado por de fuera en forma de punta de diamante, y hueco por dentro, que se encaja en el brazo desde la muñeca al codo,

y se empuña por un asa que tiene en el extremo.—(Anticuado) *Brazalete.*—(Anticuado) *Asa*, primer artículo, primera acepción.—(Provincial de Aragón) Cauce ó sangría que se saca de un río caudaloso, ó de una acequia grande para regar las huertas y sembrados.—(Marina) Cada uno de los maderos fijados por sus extremos en una y otra banda desde la serviola al tajamar, tanto para a sujeción de éste y de la figura de proa, como para la formación de los enjaretados y beques.»

Como se ve, *brazal* no tiene, según el DICCIONARIO el significado que le señala el decreto de 28 de junio de 1879.

Sin embargo, vista la primera de las acepciones que se reconocen á esta palabra, no parece haber inconveniente para denotar con ella, en sentido figurado, la especie de manga, ó mejor dicho, sobremanga de lienzo que sirve de distintivo á los individuos de la cruz roja.

BROCATO

Esta es una palabra ya anticuada, que al presente, se usa en la provincia ó reino de Aragón.

También se emplea bastante en Chile.

Significa tela tejida con oro ó plata de varios géneros.

Sin embargo, el DICCIONARIO de la Academia enseña que ha de decirse preferentemente *brocado*, y no *brocato*.

BUROCRACIA, BUROCRÁTICO, BURÓCRATA

Don Rafael María Baralt escribía en 1855 lo que sigue sobre *burocracia* en su famoso DICCIONARIO DE GALICISMOS:

"Que los franceses de *bureau* (escritorio, bufete, papelera, oficina, despacho etc.) hayan hecho recientísimamente, y dándole un sentido denigrativo, el nombre *bureaucratie* (autoridad, poder de las oficinas del gobierno, cuerpo de empleados etc.) pase, porque están en su derecho. Pero es insensatez en nosotros decir *burocracia*, cuando no tenemos *buró* en significación de oficina, y cuando podemos y debemos emplear en el mismo sentido los expresivos vocablos *covachuela* y *covachuelistas*. Verbigracia:—El espíritu y los intereses de la *burocracia* se opondrán siempre con tesón á las reformas fiscales.—Esta frase, tomada de un periódico contemporáneo, ganaría mucho en claridad y gracia diciendo:—El espíritu y los intereses de la *covachuela*, ó de los *covachuelistas*, se opondrán siempre con tesón á las reformas fiscales."

Es cierto que, como lo advierte Baralt, *buró* no significa *oficina*, ó *despacho;* pero sí significa "especie de escritorio ó papelera con tablero para escribir."

El Diccionario de la Academia, desde la novena edición, año de 1843, le ha dado más ó menos el significado que acabo de expresar.

No falta entonces fundamento para formar los derivados *burocracia*, *burocrático*, *burócrata*.

El Nuevo Diccionario Francés-Español y Español-Francés, arreglado con presencia de los materiales reunidos para esta obra por don Vicente Salvá, que don J. B. Guim dió á la estampa el año de 1874, admite estas tres palabras.

En Chile, son usadas, tanto en los diarios, como en las cámaras.

Covachuela y *covachuelista*, sobre ser de estilo familiar, tienen un origen bastante especial.

El Diccionario de la Academia enseña que se dió el nombre de *covachuela*, ó sea de "cueva pequeña" á cualquiera de las secretarías del despacho universal de España llamadas hoy ministerios, porque estaban situadas en las bóvedas del antiguo real palacio de Madrid; y el de *covachuelistas* á sus empleados, porque trabajaban en esas bóvedas, que se asemejaban á pequeñas cuevas.

No parece entonces que pueden aplicarse estas denominaciones ni á las oficinas modernas, las cuales suelen ser espaciosas, y á veces espléndidas, ni á los oficinistas, los cuales suelen ser hombres de mérito y de prestigio.

BUSÓN

El artículo 48 de un bando general de policía para la ciudad de Santiago de Chile dictado en 28 de junio de 1830, dice así:

"*Artículo 48.* Las pulperías, bodegones y casas-diezmos sólo podrán abrirse después de ser de día hasta las nueve de la noche en invierno, y las diez en verano, en los días de trabajo; y en los domingos y fiestas de rigoroso precepto que constan del indulto apostólico, desde las diez de la mañana hasta las doce del medio día, despachándose en unos y otros en las demás horas por la *ventanilla* ó *busón* de sus puertas, bajo la multa de cuatro pesos."

Busón escrito con *s* no debe confundirse con *buzón* escrito con *z*, el cual, según el Diccionario de la Real Academia, puede significar:

1.º "Conducto artificial ó canal por donde desaguan los estanques."

2.º «Agujero por donde se echan las cartas en el correo.»

3.º «Tapón de cualquier agujero para dar entrada ó salida al agua ú otro líquido.»

El Diccionario no trae la palabra *busón*, la cual evidentemente es una alteración de *buso*, sustantivo anticuado que significa *agujero*, ó sea «abertura, por lo común más ó menos redonda, en alguna cosa, como tela, papel, pared, tabla etc.»

BUZONERO

El artículo 5 de la ley de 9 de noviembre de 1875 dice así:

«Los *buzoneros* de las administraciones de Santiago y Valparaíso tendrán el sueldo de cuarenta pesos mensuales cada uno.

«El ayudante de *buzoneros* y *carteros*, treinta pesos mensuales cada uno.»

El Diccionario de la Real Academia Española no trae esta palabra.

Sin embargo, reconoce la de *buzón*, sustantivo á que, entre otros significados, da el de «agujero por donde se echan las cartas al correo».

En Chile, y en otros países españoles, se usa *buzón* también en la acepción de depósito provisional colocado en un sitio conveniente, donde los interesados ponen sus cartas para que, á ciertas horas, un empleado las conduzca á la oficina principal de correos.

Ese empleado se denomina *buzonero*.

Y á decir verdad, yo no sabría de qué otro modo podría llamarse.

Cartero es el que reparte por las casas las cartas del correo; pero no el que las lleva de los *buzones* distribuídos en las poblaciones á la oficina principal.

El artículo 53 de la ley de 6 de agosto de 1862 que reglamenta los ferrocarriles emplea impropiamente *estafetero* por *buzonero.*

Ese artículo contiene, entre otras cosas, lo que va á leerse:

"*Artículo 53.* Toda empresa de ferrocarril es obligada á conducir gratuitamente:

"1.º . . . . . .

"2.º . . . . . .

"3.º Los *estafeteros* que la renta de correos creyere conveniente establecer en las líneas de ferrocarriles."

Mientras tanto, el DICCIONARIO de la Academia denomina *estafetero,* no al empleado ambulante que va recogiendo las cartas, sino al que cuida y administra la *estafeta,* esto es, "la oficina de correo donde se entregan las cartas que se envían, y se recogen las que vienen de otros pueblos ó países".

Por lo que antecede, se ve que la palabra *buzonero,* muy ajustada á la índole del idioma, es indispensable.

CÁBALA

Unos pronuncian esta palabra, cargando el acento en la sílaba *ba,* y otros en la sílaba *ca;* esto es, unos pronuncian *cabála* y otros *cábala.*

Don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, escribe *cabála.*

El DICCIONARIO de la Academia escribe *cábala.*

Parece entonces que ha de decirse *cábala,* y no *cabála.*

CABALGAR

El artículo 2.º de la ley de 20 de noviembre de 1854 por la cual se crea un impuesto de patentes sobre los carruajes que transitan dentro de la ciudad de Santiago contiene, entre otras disposiciones, la que sigue:

"*Artículo 2.º* Habrá cinco clases de patentes, cuyo producto se invertirá exclusivamente en la mejora y conservación del piso de las calles de Santiago dentro de los límites señalados en el artículo anterior.

" . . . . . .

" . . . . . .

"La cuarta de tres pesos, para los carros ó carretones tirados por animales *cabalgares.*"

El artículo 1.º de un decreto expedido por el presidente de la República en 2 de abril de 1855, dice, entre otras cosas, lo que va á leerse:

"*Artículo 1.º* En el puente de San Felipe, se cobrarán y pagarán los siguientes derechos de pontazgo:

" . . . . . .

" . . . . . .

"5.º Por cada animal *cabalgar* con carga que arrastre, se pagarán cinco centavos.

"6.º Por cada animal *cabalgar* con carga que no arrastre, se pagarán dos centavos.

"7.º Por cada animal *cabalgar* sin carga, esté ó no ensillado, con aparejo ó cualquiera otra especie de montura, se pagará un centavo."

El artículo 1.º de la tarifa de los derechos que deben cobrarse en el pasaje de San Pedro del Bíobío, tarifa aprobada por decreto del presidente de la República

fecha 16 de junio de 1856, dice lo que se copia á continuación:

"*Artículo 1.º* En el pasaje de San Pedro, se cobrarán y pagarán los siguientes derechos, si se efectúa la traslación en lancha:

".....

".....

"4.º Por cada animal mayor vacuno ó *cabalgar* ensillado, aparejado ó no, cinco centavos, y yendo ahorro, dos centavos.

"5.º Por cada animal *cabalgar* ó vacuno menor de dos años, dos centavos, y uno yendo ahorro."

Podrían citarse muchos otros ejemplos sacados de documentos oficiales, en los cuales se toma *cabalgar* en la acepción que acaba de leerse.

Mientras tanto, el DICCIONARIO de la Academia enseña que *cabalgar* es, no adjetivo, sino sustantivo, y que significa "conjunto de los arreos y arneses para andar á caballo".

El adjetivo *cabalgar* debe reemplazarse por el de igual clase *caballar.*

En el último tiempo, se encuentran documentos oficiales de Chile en que ya se practica así.

CALIFICACIÓN

El artículo 9 de la constitución política de Chile, sancionada el 25 de mayo de 1833, dice lo que sigue:

Artículo 9. Nadie podrá gozar del derecho de sufragio sin estar inscrito en el registro de electores á que pertenezca, y sin tener en su poder el *boleto de calificación* tres meses antes de las elecciones".

Boleto de calificación es una expresión que viene también en los artículos 27, 28, 29, 30 y otros de la ley de elecciones de 9 de enero de 1884.

La palabra *boleto* no ha sido hasta ahora aceptada por ningún diccionario.

El uso general de Chile denomina simplemente *calificación* á lo que la constitución y las leyes denominan *boleto de calificación.*

Son muy comunes estas frases: "dispone de muchas *calificaciones*"; "ha comprado muchas *calificaciones*"; "ha sustraído cien *calificaciones*"; y otras análogas.

El Diccionario de la Real Academia Española da á *calificación* sólo el significado de "acción y efecto de calificar".

Miguel Luis Amunátegui

(Continuará)



LIT.P. CADOT Y C.ª

Carlos.

DON CARLOS DE BORBÓN Y DE ESTE

DUQUE DE MADRID

La Revista de Artes y Letras ofrece á sus lectores el retrato de Don Carlos de Borbón y de Este, Duque de Madrid, como un homenaje al noble viajero que hoy visita nuestro país y recibe tan repetidas cuanto sinceras y exquisitas muestras de la galantería y hospitalidad chilenas.

Nos sentimos verdaderamente complacidos de que en el trato de nuestra sociedad el nobilísimo caballero español haya sido objeto de manifestaciones de aprecio y cortesía, si dignas de la alta alcurnia de quien las recibe, muy propias de la caballerosidad de los que las hacen.

Este ilustre vástago de la familia de Borbón nació el 30 de marzo de 1848. Cuenta, por consiguiente, treintinueve años de edad.

Refiere un escritor español que, casado el 6 de febrero de 1847 Don Juan de Borbón—segundo hijo de Don

Carlos V y de su segunda esposa Doña María Francisca de Portugal—con Doña María Beatriz de Borbón y de Este—hija de Don Francisco IV, Duque de Módena y nieto de la emperatriz María Teresa de Austria—fuése en el primer año de su matrimonio á vivir á Venecia con su virtuosísima y augusta esposa. «Pero habiendo estallado la formidable revolución de 1848, que hizo bambolear todos los tronos, incluso el de España, viéronse precisados los augustos cónyuges á dejar su residencia precipitadamente.

«Hallábase en cinta Doña Beatriz, y aunque no creía muy próximo su alumbramiento, deseaba llegar pronto á Viena con el fin de esperar tranquilamente este suceso.

«Mas no quiso Dios que se cumpliesen los deseos de la augusta princesa, la cual, al llegar á una modesta fonda de Leibach, vióse acometida repentinamente de la indisposición que esperaba, aunque no tan pronto, y don Carlos de Borbón vió la luz.

«Su augusta madre no tuvo siquiera en qué envolverle. El hijo de cien reyes nacía pobremente. Esta humildad en el nacimiento es una satisfacción y una honra para un monarca cristiano.

«Trasladáronse luego los ilustres esposos á Inglaterra, donde nació su alteza el infante Don Alfonso. Hubo de regresar doña Beatriz á Módena, y allí comenzó la educación de los dos augustos jóvenes, Don Carlos y Don Alfonso.

«Estalló la guerra de Italia en 1859, año en que Don

Carlos cumplía el onceno de su vida; y habiéndose apoderado la revolución de los estados del señor Duque de Módena, vióse precisada Doña Beatriz con sus hijos á buscar un refugio en Praga, en el palacio del emperador Fernando, casado con la princesa Mariana de Saboya, tía carnal de Doña Beatriz.

"No parece sino que la revolución perseguía á Don Carlos en todas partes, hasta en su infancia, como si previese que en aquel augusto niño había de tener con el tiempo un enemigo terrible é irreconciliable.

"Continuó en Praga la educación de Don Carlos bajo la dirección de un excelente eclesiástico español.

"Nada más conforme con las tendencias y gustos de Don Carlos que estar dirigido por un español. Su mayor placer era hablar esta hermosa lengua y de este hermoso país, por el cual suspiraba como un desterrado suspira por su propia patria. La misma agitación en que había vivido continuamente, yendo de un punto á otro, sin tener apenas residencia fija, y hasta la casual circunstancia de haber nacido, como de paso, en una fonda, eran parte á que Don Carlos mirase doblemente á España como á su verdadera patria.

"Si España no era su patria ¿qué país podía serlo? Viajero forzoso y perpetuo, aun antes de nacer, Don Carlos atravesaba ciudades, aldeas y campiñas sin dejar en ninguna parte ni un pedazo de su corazón, porque el punto adonde miraba y el término de su viaje era España: sólo España.

«Al fin del año de 1863, cuando Don Carlos tenía quince, Doña Beatriz, por motivos de salud, tuvo que trasladarse á Venecia, donde primeramente había residido en compañía de Don Juan, y donde á la sazón residía el señor Conde de Chambord (Enrique V), casado con la hermana mayor de Doña Beatriz.

«Á principios del año siguiente llegaron también á Venecia Doña María Luisa de Borbón, Duquesa de Parma, con sus dos hijos mayores, Don Roberto y Doña Margarita.

«La nueva familia que venía á aumentar el número de los augustos desterrados, había conocido ya á la de Don Carlos en Módena, que dista tres horas de Parma; pero no habían vuelto á verse desde la revolución de 1859.

«Reanudaron, como era natural, sus amistosas relaciones, y bien pronto llegaron á hacerse más íntimas cuando Don Carlos y Don Alfonso se unieron en estrecha amistad con el joven y simpático príncipe Don Roberto, y don Carlos comenzó á admirar las altísimas dotes de la princesa Margarita. Murió la Duquesa de Parma por aquel entonces, y con tan triste motivo Don Roberto y Doña Margarita fuéronse á vivir en compañía de su tío el señor Conde de Chambord, hermano de la Duquesa.

«Estrecháronse allí más y más las relaciones de los augustos primos Don Carlos y Doña Margarita, hasta que finalmente pidió Don Carlos la mano de la princesa.»

Don Carlos apenas contaba dieciséis años, por lo cual se aplazó el matrimonio hasta el año de 1867.

El 4 de febrero de ese año tuvo lugar la ceremonia solemne en el castillo de Frohsdorff.

Á fines del mismo año, y retirado á la ciudad de Gratz, comenzó á preocuparse seriamente de los negocios de España, y á comunicarse con personajes conspicuos de la Península, rodeado de españoles adictos á su causa y á su persona.

En octubre del año siguiente, es decir, de 1868, pasó una circular á todos los soberanos europeos para comunicarles la abdicación de su padre Don Juan. Héla aquí:

"SEÑOR:

"Mi nacimiento y el estado actual de España me obligan á poner en conocimiento de V. M. la siguiente abdicación de mi augusto padre:

"No ambicionando más que la ventura de los espa-
" ñoles, es decir, la prosperidad interior y el prestigio
" exterior de mi querida patria, creo de mi deber abdi-
" car, y por las presentes abdico todos mis derechos á
" la corona de España en favor de mi muy querido hijo
" Don Carlos de Borbón y de Este. Dado en París el 3
" de octubre de 1868.—(Firmado)—JUAN DE BORBÓN Y
" DE BRAGANZA."

"Si Dios y las circunstancias me colocan en el trono de las Españas, me esforzaré en conciliar lealmente las instituciones útiles de nuestra época con las indispensa-

bles de lo pasado, dejando á las Cortes generales, libremente elegidas, la grande y difícil tarea de dotar á mi querida patria de una constitución que, según espero, será á la vez española y definitiva. El día en que logre tanta dicha, estrecharé con V. M., cuanto sea posible, mis relaciones personales, y con vuestro pueblo las de mi pueblo. Recibid, señor, la seguridad de mi más alta consideración.—(Firmado.)—CARLOS DE BORBÓN Y DE ESTE.»

Después de esto dió grande impulso á sus asuntos en España, hasta que él mismo atravesó las fronteras en mayo de 1872, para ponerse al frente de más de cincuenta mil hombres y dirigir las operaciones militares de una campaña que duró cuatro años, y que, puede decirse, terminó con la toma de Estella, ante cuya plaza rindió la vida el valeroso general Concha, cuando ya mandaba en jefe los ejércitos el rey Don Alfonso XII, hoy finado.

En estos cuatro años, dió don Carlos grandes muestras de actividad, reinando de hecho en las provincias vascongadas y de Navarra, instalando ayuntamientos, y diputaciones elegidas por sufragio universal, ferrocarriles, telégrafos, sellos de correo etc.

En Cataluña, Valencia y Aragón era apoyado por otro ejército de cuarenta mil hombres, al mando de su hermano el infante Don Alfonso, hasta que el 28 de febrero de 1876, vencido por la suerte contraria, doblegado por la fortuna, que le negaba sus favores, atravesó el Bidas-

són, camino del destierro, «escoltado por veinte mil soldados fieles».

El 7 de septiembre de 1868 nació su primogénita Doña Blanca. Después ha tenido un varón y tres mujeres más: Don Jaime, Doña Elvira, Doña Beatriz y Doña Alicia.

Para concluir, citaremos lo que decía de él un escritor español, el año de 1869; nuestros lectores están en situación, diecinueve años después, de constatar ó rectificar dichas apreciaciones:

«Don Carlos de Borbón es de estatura extraordinaria.

«Joven y todo, como es, su presencia llena de noble majestad, inspira respeto hasta á los ancianos.

«Nótanse en su cuerpo las líneas delicadas y elegantes del aristócrata, junto con las formas robustas del atleta.

«Su trato es lo más sencillo y afable que puede darse.

«Su voluntad es de hierro, como su brazo.

«Su inteligencia es serena y perpicaz.»

Por nuestra parte, diremos, antes de poner punto final, que estamos seguros de que nuestro ilustre huésped el señor Duque de Madrid, ha de recordar siempre con gusto allá, en su residencia de Venecia, que, si sabemos ser republicanos, sabemos también ser caballeros: lo cortés no quita lo valiente.

UN DESAPARECIDO

(Continuación)

XX

Braulio, exacto como un inglés, á la cita del día anterior, se presentó en casa de don Marcelo, á la última campanada de las doce.

Movió su nariz al notar el silencio que reinaba á su alrededor, y dijo para sí:

—Si el pájaro se me ha escapado, soy un necio. Debí haberle leído las leyes penales como á los reos en capilla... en el acto de ejecutarlo. ¿A qué fin adelanté esos oficios? Ahora me contestarán que ha ido á los baños, que ha tomado el camino de su hacienda. Veremos; si es esto último, reventaré un caballo, y cobraré el precio de dos; si lo primero, tomaré el ferrocarril, y salado me haré pagar el hospedaje.

Llegó así al gabinete que ya bien conocía, y con cierta timidez y desconfianza abrió la puerta.

—¡Edgardo al fin!—murmuró don Marcelo.

—Se equivoca usted, soy Braulio, su seguro servidor —respondió éste con una sonrisa de triunfo.—¿Me esperaba?

—Ciertamente.

—¿Con el dinero en la mano?

—Espero á Edgardo á quien hace una hora, mandé al Banco.

—¿Á qué Banco?

—Al Banco de...

—Y ¿dice usted que no ha vuelto hace una hora?

—Una hora, sí señor.

—Y ¿fué á cobrar?

—Cincuenta mil pesos.

Braulio agitó su nariz y movió la cabeza.

—Esperaría hasta el fin de los siglos—murmuró—esos famosos cincuenta mil pesos; y como yo estoy precisado y en el valle de Josafat sólo debo esperar la resurrección de la carne...

—Iremos los dos al Banco, si gusta... Acaso haya surgido algún inconveniente...

—Ninguno, si tenía usted depositada esa cantidad; sin embargo, no rehuso su compañía por el honor que me reporta.

—Cuento con esa suma para cubrirle el pagaré.

—¿No dispone usted de otra?

—Nó, caballero.

Se pusieron ambos en camino. Llegaron á los pocos momentos al Banco de... y don Marcelo, sin necesidad de fingir emoción, pues sufría en realidad, la influencia de los graves acontecimientos que hemos referido, preguntó al cajero:

—¿Ha venido mi dependiente á cobrar un cheque?

—Sí, señor.

—¿Por qué suma?

—Por cincuenta mil pesos.

—Y ¿se los ha entregado?

—Naturalmente; el cheque venía en toda forma. Hélo aquí. ¿No es esta su letra y su firma?

—Sí, señor.

—Es cuanto me concierne por lo que respecta á las formalidades del Banco. ¿Qué ocurre?

—Ocurre que mi dependiente no parece.

—Hace hora y media, sin embargo, que estuvo aquí.

—¿Se habrá fugado?

—Es posible.

—Iré á su casa—dijo don Marcelo.

—¿Á qué? ¿Á dar la voz de alarma?—replicó Braulio. Diríjase á la policía, estimule su celo, reparta agentes disfrazados en todas las estaciones, y sobre todo, mucho sigilo.

—Le dan un buen consejo—observó el cajero.

—Ayúdeme, caballero—dijo don Marcelo á Braulio; —le recompensaré sus servicios, y recuerde, sobre todo, que si no recupero esa suma me hallaré en la imposibilidad de pagarle. ¿Podía contar, acaso, con este contratiempo, con este robo escandaloso?

Varias personas habían formado corrillo, y cuando se retiró don Marcelo principiaron á comentar el percance.

—¡Qué impresionado estaba el pobre hombre!—decía uno.

—¡Creía que se iba á caer muerto!— exclamaba otro.

—No es para menos. ¡Cincuenta mil pesos!

—Y ¿cómo se llama el bribón?

—Edgardo.

—Alguna Lucía debe haber de por medio.

—Naturalmente; faldas nunca faltan en aventuras de esta naturaleza.

—¿Lo pillarán?

—Es seguro. No ha tenido tiempo de tomar el ferrocarril.

—Se habrá ocultado aquí mismo.

—No será tan tonto. ¿Cómo podría disfrutar de su improvisada fortuna?

Y seguían discutiendo en este sentido.

El hecho se hizo luego público, y si en alguna parte se ignoraba, era en el domicilio de la infeliz Julia y de la infortunada Carmen.

En efecto, ahí no había llegado el eco de esas suposiciones injuriosas.

Eran las doce de la noche, y Julia tras de la puerta de su casa esperaba á Edgardo, creyéndolo ver llegar de un momento á otro.

Al principio le pareció extraño este retardo. ¿No tenían que hacerse recíprocas confidencias?

Más tarde se impacientó, experimentando verdaderos impulsos de despecho con la tardanza.

¿No tenía curiosidad Edgardo de conocer el nombre de la persona de quien ella había tenido celos?

—Mucho—murmuraba—me haré de rogar antes de ser condescendiente, y es indispensable que sus disculpas sean muy satisfactorias para que me decida á romper el silencio... ¿Quién—agregaba en seguida, siguiendo el hilo de sus volubles ideas y la obsesión de su pensamiento dominante—quién le habrá obsequiado esa cadenita y ese guardapelo que Edgardo lleva siempre consigo, y que

estrechó entre sus manos como un tesoro cuando exten dí mi brazo hasta casi tocarlo con el dedo? Alguna mujer hay de por medio. Se lo haré confesar antes de imponerle de mis celos. ¡Ay! cuando pienso en esa noche, en la manera cómo, en medio de su fiebre, pronunció el nombre de Lucía! ¡Creí que era amada y correspondida y, entonces, Dios mío, comprendí cuánto lo amaba! Mas ¿por qué tarda Edgardo? Son las doce; algo debe haberle sucedido—exclamó Julia contando las horas que daba el reloj de la vecina iglesia.

Y la pobre niña, dando tregua á su cólera y á su impaciencia, sintió que estas impresiones eran reemplazadas en su corazón por la duda y la alarma.

Procuró serenarse, sin embargo, diciéndose:

—Le habrá manifestado á don Marcelo la resolución de abandonar su servicio, y estará trabajando para dejar en regla su archivo y sus documentos.

Invocada así, la tranquilidad se presentó, pero fugaz y transitoria.

Las horas pasaban, el reloj marcaba las cuatro de la mañana y Edgardo no parecía.

Presa de las más negras inquietudes se retiraba ya á su pieza, cuando sintió golpes repetidos y furiosos en la puerta de calle.

Conteniendo las lágrimas en sus ojos y los latidos de su corazón se dirigió á abrir, cuando al pasar de puntillas frente á la alcoba de su padre, oyó que éste exclamaba:

—¡Al diablo con los impertinentes! ¿Quién puede llamar á esta hora á la puerta de mi casa?

Los golpes se dejaron oír con más fuerza.

Creyendo Julia que era Edgardo, tentada estuvo de

correr á prevenirle; pero luego Marcos salió envuelto en un abrigo, y refunfuñando entre dientes:

—¿Quién está ahí?

—Yo. ¿No ha oído usted que golpean? Iba á abrir.

—Sí he oído; esos golpes son capaces de despertar á un muerto.

—Yo, que he alcanzado á vestirme, iré á abrir. Vuelva á su lecho, padre mío.

—De ninguna manera. Quiero ir yo mismo para echar á puntapiés al importuno.

—Sea prudente.

—¿Con los que echan abajo á media noche la puerta de mi casa? ¡Vaya!

Bajó Marcos, sin preguntar quién llamaba, abrió la puerta, y se encontró frente á frente de Carmen.

—¡Usted!—exclamó—¿Qué viene á hacer á esta hora?

—Mi hijo no ha vuelto—murmuró la angustiada madre.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las cinco de la mañana.

—¿Nunca se ha quedado fuera?

—Jamás.

—¿Nada le ha prevenido?

—Nada.

—Es extraño.

—Sí, es muy extraño. ¿Qué habrá ocurrido?

—Lo ignoro.

—Tengo un miedo y unos deseos de llorar...

—No los reprima. ¿Qué quiere de mí?

—Que me acompañe á casa de don Marcelo. ¿Usted sabe la casa?

—Sí.

—Él podrá decirme la hora á que se ha retirado Edgardo.

—¿No cree que perdería en el concepto de don Marcelo, si la demora de su hijo proviniera de una calaverada de muchacho?

—¡Quiero tener noticias de mi hijo, quiero salir de la angustiosa incertidumbre en que me encuentro!

—Si está tan decidida, espéreme; en dos minutos estoy á su disposición. ¿Quiere entrar?

—Nó, vecino; y disculpe á una madre que le haya arrancado de su sueño.

Julia vió entrar á su padre, y le volvió á ver salir en seguida, cerrando tras sí la puerta; pero nada se atrevió á preguntarle.

La infeliz niña se quedó en una incertidumbre difícil de describir.

Esos anuncios del corazón que se llaman presentimientos invadieron su alma.

Sintió que le flaqueaban las piernas, experimentó honda congoja, y amargos é incontenibles sollozos extremecieron su cuerpo, sin que las lágrimas viniesen á aliviarla.

¿Qué sucedia?

Lo ignoraba; no sabía aún ni podía calcular la extensión de su desgracia.

XXI

No obstante de que Marcos era ágil, tuvo necesidad de grandes esfuerzos para seguir á Carmen, que parecía no tocar el suelo con sus pies.

Llegados frente de la casa de don Marcelo, Marcos pretendió deliberar sobre si debía ó nó llamar á esa

puerta á hora tan intempestiva, cuando se sorprendió viendo que Carmen se colgaba del llamador, con la energía de un náufrago que se apodera de una tabla de salvación.

—¿Qué hace usted?—le preguntó sorprendido.

—Llamo para tener noticias de mi hijo... Pero ¿oye?

—No oigo nada.

—Creí haber escuchado un gemido.

—Será el eco del llamador.

—Es un quejido lastimero.

—Se engaña; es el eco, ó la brisa que agita las hojas de los árboles.

—Nadie viene.

—En eso tiene usted razón; parece una casa deshabitada.

Así diciendo, Marcos, aunque con el mismo resultado, llamó más violentamente.

Comenzaba á amanecer.

Tres ó cuatro hombres de rara catadura se dirigieron á Marcos, y uno de ellos, guiñando el ojo le dijo:

—¿No hay nadie dentro, camarada?

—Así parece.

—Y ¿tiene buenas noticias? ¿Ha sido afortunado?

—Afortunado ¿en qué?

—Á un lado el disimulo. Aunque por distinta cuerda, buscamos al mismo pájaro.

—¿Qué pájaro?

—El que ha volado.

—¿De qué parte?

—De las estrellas—contestó el interlocutor con impaciencia.—¿No le he dicho acaso que tanteamos la misma cuerda?

—No le comprendo.

—Veamos claro. ¿Ha ganado la gratificación?

—No he ganado gratificación alguna.

—Lo dice por excusarse de gastar con nosotros una copa—dijo otro de los de rara catadura.

—Á fe mía, que no les comprendo—murmuró Marcos.

—¿Por qué golpea entonces á esa puerta?

—Para saber del...

—Del paradero del pájaro; ó mejor dicho para denunciar su guarida. ¿No se lo decía, camarada? Ha sido más afortunado que nosotros, y no por eso le guardamos rencor.

—Sobre todo, si con esa ganancia, nos invita á beber una copa que pueda desentumecernos del frío de la mañana.

Eran griego para Marcos estas palabras, é iba á averiguar su significado, cuando se presentó don Marcelo, que venía del hotel donde había pasado la noche.

Saludó á Marcos, abrió la puerta, y lo invitó á entrar.

Los de la rara catadura conversaron entre sí, y se alejaron formando grupo en la pared del frente.

—¿Qué es de mi Edgardo? ¿Qué es de mi hijo?—preguntó Carmen en el momento de salvar el umbral de la puerta.

—Eso se lo debería preguntar yo—dijo volviéndose don Marcelo con voz alterada y fruncido el ceño.

—¿No ha estado ayer en su escritorio?—preguntó Marcos.

—Sí, si estuvo, por desgracia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que le mandé cobrar cincuenta mil pesos y se ha fugado.

—Luego esos hombres que esperaban á la calle...

—Son agentes de la policía secreta.

—¿Dice que mi hijo se ha fugado?—preguntó Carmen, dirigiéndose á Marcos.

—Con cincuenta mil pesos; sí, señora, eso he dicho—contestó don Marcelo.

Irguióse entonces ella, se acercó dos pasos hacia el que formulaba esa acusación, y con voz firme y acento penetrante:

—¡Miente!—le dijo.

—Señora...

—¡Miente usted!

—¿Puede decirme entonces en qué parte se encuentra Edgardo con mis cincuenta mil pesos? Mientras no me responda satisfactoriamente á esta pregunta, sostendré que su hijo me ha robado.

—¡Robado!... él!...

—Á Marcos había ya tenido ocasión de instruirlo acerca de la mala conducta de ese muchacho.

Quiso volverse Carmen como para interrogar con la mirada á su vecino; pero abrió los brazos, exhaló un grito, y de golpe cayó al suelo, sin sentido.

Sin tiempo para pedir explicaciones, Marcos, suspenso con lo que acababa de oír, se ocupó en socorrer á Carmen, á quien quería y respetaba, y en un carruaje la transportó á su casa.

La fuga de Edgardo era, entretanto, del dominio público, con tanta mayor razón, cuanto que don Marcelo desplegaba un verdadero lujo de pesquisas para descubrir al culpable.

Mas ¡ay! el pozo guardaba el secreto, y era en vano que se pusieran en la pista á los más hábiles sabuesos.

El dolor de Carmen era uno de esos martirios tanto más terribles cuanto más silenciosos.

Las palabras que pronunció desde entonces fueron contadas, y aún las recuerdan las personas que las oyeron.

Julia, en cuanto supo estos rumores, corrió á casa de la madre de su amante, y se abrazó de ella sollozando.

—¡Lo calumnian!—exclamó, después de algunos minutos, enjugándose las lágrimas.—Edgardo llegará de un momento á otro.

Carmen, que permanecía con los ojos enjutos, movió negativamente la cabeza.

—¿No cree usted que volverá?—preguntó Julia, cuyas lágrimas se secaron por efecto de la sorpresa.

—Nó—murmuró Carmen, acomodando una mesita en forma de altar, á los pies de su lecho, y ocupándose de otros menesteres, al parecer, ajenos á su situación.

—¿Qué hace usted?— preguntó la niña, maravillada de estos aprestos.

—Voy á reunirme con mi hijo.

—¿Con Edgardo?

—Sí.

—¿Pero no ha dicho usted que no volverá?

—Por eso voy hacia él.

Y como comenzara á desnudarse, y, por fin se recogiese, Julia atribuyó á delirio estas palabras, cuya significación bien pronto iba á cumplirse.

—¿Está usted enferma? ¿Qué desea?

—Un sacerdote.

—¡Un sacerdote! ¿para quien?—preguntó entrando un nuevo personaje.

—¡Ah! don Luis, llega usted muy oportunamente—murmuró Carmen.

—Pero ese sacerdote...

—Es para mí.

—¿Se siente mal?

—Sólo me restan algunas horas de vida.

—¡Oh! exajera usted, ciertamente.

—Deseo la muerte y la siento venir, oigo sus pasos. ¡Bendito sea Dios que se muestra conmigo tan clemente!

—¿Usted sabe, según eso, lo que se murmura en el público?

—Lo sé.

—Venía á decirle que Edgardo estuvo conmigo ayer, y que habiéndose manifestado tan complacido, tan alegre y sereno con la expectativa que le ofrecí, á nombre de una casa comercial, de un empleo, era sumamente absurdo y ridículo dar crédito á los rumores que circulan.

—¿No ha dudado usted, pues, de la honradez de mi hijo?

—Se lo juro.

—¡Ah! usted es como siempre el noble y leal amigo de mi esposo.

Sus ojos se fijaron en la imagen que tenía á los pies de su lecho, mientras sus labios se agitaban por algunos momentos murmurando una oración.

Julia, que había querido satisfacer los deseos de aquella madre sin ventura llegó en ese instante acompañada de un sacerdote que encontró con facilidad en la cercana parroquia.

—Señor—preguntó Carmen—¿me permite hacer mi confesión delante de las personas que se encuentran reunidas aquí?

—¿Confesión en voz alta?

—Sí, padre mío.

—Nó, no es posible, no es conveniente.

—Pues bien, amigos míos, despídanse de mí. Adiós, Julia; adiós, don Luis, adiós para siempre.

—No considero tan grave su estado—dijo con dulzura el sacerdote.

Carmen se sonrió con tristeza y repuso:

—Aquí, en mi lecho de muerte, próxima á comparecer ante Dios, delante de un viejo y leal amigo, y del sacerdote que va á oírme en confesión, juro, tal es mi convicción y mi evidencia, juro que han calumniado á mi hijo.

—¿Quién es su hijo?—preguntó el sacerdote.

—Se llamaba Edgardo—repuso Carmen.

—Y lo acusa don Marcelo de haberse fugado con una suma de dinero—agregó don Luis.

—¡Ah!—exclamó el sacerdote—he oído hablar de eso.

—Un hijo que deshonra su limpio nombre, y que deja á su madre sumida en la vergüenza y en la miseria, ese, amigos míos, ese no es Edgardo.

—¿Qué ha sido de él?—preguntó el sacerdote.

—Lo han asesinado.

—¡Asesinado!...

—Sí; asesinado. ¿Creen que de otra manera, yo que soy su madre, permanecería en la inacción, esperando la muerte, no sólo resignada, sino con placer, por cuanto es éste el único medio de reunirme con mi hijo?

Los interlocutores de esta escena extraña y lúgubre se miraron en silencio.

—¿Conoce usted al asesino?—preguntó don Luis.

—Sí lo conozco—respondió ella sin vacilar.

—¿Quién es?—preguntaron al mismo tiempo don Luis y el sacerdote.

Carmen se incorporó en su lecho; sacó de entre los cobertores su brazo pálido como su rostro; sus ojos, agrandados por un círculo oscuro, se fijaron en la imagen de su improvisado altar, y con voz profética y segura pronunció:

—Don Marcelo.

Un triple grito se dejó oír en la habitación.

El sacerdote, don Luis y Julia, se habían acercado al lecho de Carmen.

—Esta es una acusación muy terrible—murmuró el sacerdote.

—Una acusación muy solemne—dijo don Luis.—¿Cree usted que don Marcelo?...

Su pregunta no tuvo respuesta; no podía tenerla.

La desgraciada se había desmayado. El primero en apercibirse de ello fué el sacerdote.

—Caballero, ayúdeme por si aún es tiempo—dijo levantando la cabeza de Carmen, que había caído inerte sobre la almohada.

Pero la muerte no viene siempre que se la desea.

Traicionera, con sobrada frecuencia suele dar vuelta la espalda, y desentenderse de aquellos que la evocan como el supremo bien, para desplegar sus alas segando existencias en flor, que aspiran á gozar, y tienen derecho, del banquete de la vida.

Carmen volvió de su desmayo, sintiendo renovarse sus crueles sufrimientos, cual Prometeo cuando el implacable buitre le roía las entrañas, tan pronto nacidas como devoradas por el ave carnicera.

Vivió todavía, si eso se llama vivir, pero pobre, harapienta y desgraciada, sin más socorro que la caritativa y amorosa mano de Julia.

Cuando la infeliz tocó los sombríos umbrales del hambre, dijo con un acento que salía de lo íntimo de su alma:

—Nó, mi hijo, mi Edgardo, no me habría dejado jamás en este abandono, exponiéndose á que lo maldijera mi descarnada mano; nó, á ser cierta la calumnia de ese hombre, me habría hecho saber el rincón de su residencia para socorrerme; nó, yo conozco el hijo que dí al mundo, y juro, por el sol que hoy me alumbra, y que mañana ó ahora mismo no lucirá ya para mí, que don Marcelo lo asesinó.

Pero la infeliz anciana comprendió los sacrificios que hacía Marcos para socorrerla por mano de su hija, y como un medio de que ese honrado y pobre hogar no sufriera escaseces, se hizo conducir y fué llevada y admitida en una de las salas del hospital.

Allí fué Julia con frecuencia á mezclar con ella sus amargas y ardientes lágrimas; pero Carmen, á pesar de sus insinuaciones, rehusó constantemente volver á su casa.

—Aquí, en este lugar de sufrimiento, siento algún alivio—decía—y sé que ese Cristo (señalando al que dominaba el frontispicio de la sala) volverá á mí los ojos cuando yo expire.

La muerte, al fin, fué piadosa y veló sus ojos y enfrió su cuerpo que iba á cubrir bien pronto la tierra de la fosa común.

Julia no la abandonó tampoco en ese supremo momento. ¡Pobre niña á quien su amor por Edgardo, hizo bienaventurada, porque se cumplen siempre á la letra las palabras de Cristo: "¡Felices los que sufren resignados sus penalidades sobre la tierra!"

También estuvo presente don Luis, noble emblema

de esas viejas amistades cuyos eslabones se estrechan en la hora de la aflicción y de la prueba.

Con los ojos clavados en el cielo, y las manos juntas, oraba, siguiendo, en cuanto podía, las preces del sacerdote que ayudaba á la pobre Carmen á bien morir.

Y antes que el fúnebre velo se deslizara sobre su rostro, para ocultar á los vivos la terrible majestad de la muerte, oyeron distintamente á Carmen que repetía, con la convicción de aquellos que están próximos á comparecer ante Dios, á quien nada se oculta:

—Á mi hijo, á mi Edgardo lo asesinó don Marcelo.

Palabras que oyeron extremecidos los circunstantes como un eco acusador del otro mundo.

Dos lágrimas, la últimas que exprimió su cuerpo, quedaron sobre su pupila, como elocuente expresión de un dolor infinito.

Todo había concluído.

Julia se precipitó sobre el lecho, y se abrazó de aquel cuerpo que comenzaba á tomar la regidez de un cadáver.

XXII

Días después regresaba de los baños de Colina la familia de don Marcelo.

—Hénos aquí de nuevo ante el negro fantasma de las tareas estudiantiles—dijo Adela, que, según su propósito, había acompañado á Lucía á su expedición.—¿Qué hacerle? El tiempo pasa, y, á decir verdad, bien nos hemos divertido.

—Tú te has divertido por las dos—contestó Lucía.

—¿Haciendo rabiar á Abelardo? Tienes razón. ¿No-

taste, cómo, á mi capricho, ese hombre era unas veces tierno, otras terrible, pero siempre apasionado?

—Lo noté, y creo que te comprometes en un juego peligroso.

—¿Conque esa estampa de Satanás haría á lo vivo el papel de Otelo, estrangulándome como á Desdémona?

—No se puede hablar contigo; eres una loca.

—No soy loca, sino fantástica.

—Fantástica y loca.

—No es lo mismo.

—Te aseguro que puede sucederte una desgracia si continúas por ese camino.

—No tengas miedo. Si no encuentro en el mundo otro más feo que Abelardo, me caso con él. ¡Ah! si yo tuviera tu linda cara, no me preocuparía, es cierto, de los contrastes, y buscaría en el mundo á un...

—¡Calla!

—Á un Edgardo.

—¿Quién pronuncia ese nombre?—dijo con voz chillona el aya, que salía de las piezas interiores.

—Yo, y hablo de Edgardo, y digo que es un joven que me gusta—dijo Adela.

—¿No sabe entonces, señorita?...

—¿Qué quiere usted que sepa?

—Lo que ha hecho ese tunante, ese perdido, ese... ¡Y cuando pienso que estuvo en el salón, con personas honradas como nosotras!

Las dos niñas se miraron en suspenso.

—¿Ha perdido usted el juicio?—dijo Adela.

—¿Con qué derecho se expresa en esos términos de Edgardo?—preguntó indignada Lucía.

—Veo que defienden á ese muchacho abominable—

replicó el aya, complacida en retardar la noticia que en esos momentos acababa de saber.

—¡Basta, por Dios!—dijo Adela.

—¡Salga usted!—exclamó Lucía.

—Saldré, ya que usted me lo manda, señorita—repuso el aya con sonrisa incisiva—mas nó antes de decirle que ese muchacho tan calorosamente defendido, es un ladrón que se ha fugado con cincuenta mil pesos pertenecientes á don Marcelo.

—Eso es una impostura—dijo Adela.

—Dígaselo á don Marcelo, que para cubrir sus deudas, se verá precisado á vender esta casa, si no obtiene alguna clemencia de sus acreedores.

—¿Qué dices de esto, Lucía?—preguntó Adela, volviéndose hacia su amiga.

Lucía, como una muerta, había caído sobre una silla y respiraba apenas.

—¡Aquí! ¡Pronto! ¡Mi pobre Lucía se muere!—exclamó asustada Adela, volando al socorro de su amiga, que estrechó tiernamente entre sus brazos.

Días después, Lucía se encontraba en el último patio de la casa, mirando sacar agua de la cañería que diligentemente había hecho colocar don Marcelo, para que no se usara la del pozo, cuando pasó el aya y le dijo:

—No es prudente que permanezca en este patio, señorita; se siente mal olor, y aún está usted débil; podría enfermarse. ¿No siente?

—En efecto; y es extraño, pues el patio esta limpio.

—Pero no el pozo.

—¿Qué tiene el pozo?

—Mientras estábamos en Colina, según ha dicho don Marcelo, se cayó un gato. ¡Feliz caída!

—¡Cómo puede usted decir eso! ¡Pobre animal!

—Lo digo, porque gracias á ese incidente, se ha puesto la cañería de agua, que nos liberta del trabajo de sacar á cubo la del pozo.

—¿No se procuró salvar á ese gato infeliz?

—¡Qué sé yo!

—¿Estará aún vivo?

—¡Vaya una ocurrencia! ¿No siente que hiede á muerto desde lejos?

Lucía, guiada por un espíritu de compasión, se acercó á ese pozo, del cual todos se alejaban; vió relucir un objeto entre las junturas del brocal, acercóse á reconocerlo, se apoderó de él, y después de un ligero examen, exhaló un grito terrible y cayó al suelo desvanecida.

Desde ese día, la hermosa niña se encerró en un mutismo, que sólo quebrantaba al hablarse de la fuga de Edgardo; sin embargo, supo manejarse de tal modo, que en breve tiempo se impuso de todas las versiones que corrían á este propósito, sin exceptuar el juicio de Carmen en su lecho de muerte.

Hizo llamar entonces á su padre que acudió muy sorprendido.

—¿Qué me quieres?—le preguntó.

—Deseo hablarle reservadamente.

—¿Tan importante es el asunto?

—Sí, padre mío.

—Pues bien, habla.

—Antes será bien cerrar la puerta, para que no se nos oiga.

—¿Sabes que, en cierto modo, me asustas con tus pa-

labras y tus precauciones? Pues bien, ya está cerrada la puerta.

—Padre—dijo entonces Lucía, poniéndose muy pálida—quiero entrar en un colegio de monjas.

—Y para decirme esto ¿ha sido necesario usar tanto misterio? ¿Por qué quieres entrar en un colegio de monjas?

—Para hacerme religiosa más tarde.

—¿Pretendes tomar el hábito?

—Sí.

—¿Tú has perdido la razón?

—Nó, padre mío.

—Tú has debido suponer una terminante negativa de mi parte.

—En efecto.

—Y ¿te has provisto de los medios necesarios para hacerme desistir?

—Me he provisto de esos medios.

Miró á su hija don Marcelo, y como no viera en su semblante ninguna alteración que le inquietara, á no ser su extraordinaria palidez, repuso:

—Tus palabras encierran algún enigma.

—Yo le daré la clave.

—¿Qué clave es esa?

—Aquí la tiene—murmuró Lucía, sacando de su seno una cadenita.

—Me confundes, no te entiendo.

—Esta cadenita pertenece á un guardapelo.

—¿Y bien?

—Este guardapelo y esta cadenita se los obsequié á Edgardo, la noche que me salvó del incidente del carruaje.

Don Marcelo se extremeció.

—Edgardo, desde el día de mi santo, llevaba siempre sobre sí estos objetos; y ayer, esta cadenita la encontré...

—¿En dónde?

—En una grieta del brocal del pozo.

Los cabellos del culpable se erizaron.

—Y pretendes, haciéndote monja...

—Sí, rogar toda mi vida por usted y por él.

Don Marcelo se paseó indeciso á lo largo de la habitación.

—Irías, has dicho, á rogar por él. ¿Quién es él?

—Edgardo.

—El ladrón de los bienes de tu padre, que eran también los tuyos.

—Ese es un secreto que podría revelar...

—¿Quién? ¡dilo, desgraciada!

—El pozo, padre mío.

Salió precipitadamente aquel hombre, acaso para ocultar á su hija la impresión que le causaran estas palabras, y Lucía, con la cabeza entre las manos, sollozó por largo tiempo.

Algo se había serenado, cuando llegó Adela á visitarla.

—¿Cómo sigue esa importante salud?—dijo.—Poco se avanza, ó por mejor decir, mucho se retrocede.

—No estoy enferma—repuso Lucía, dibujándose en sus labios una triste sonrisa.

—Castiga entonces á tu rostro, porque hace muy mal en aparentar lo que no existe.

—Mi rostro revela lo que existe.

—¿Cómo se entiende?

—Acabo de tomar una resolución.

—¿Qué resolución es esa?

—Hacerme monja.

—¡Monja! ¿Sabes lo que dices?

—Es una resolución inquebrantable. Ya se lo dije á mi padre.

—Y tu padre...

—Consiente.

—¿Tu palabra?

—Te lo juro.

Quedó Adela por algunos minutos pensativa, y luego con esa impetuosidad y convicción que le eran propias:

—Te sigo, me tendrás por compañera de hábito— murmuró.

—¿Tú hacerte religiosa?

—Sí, me acabas de proporcionar una salida que andaba buscando desde hace días.

—Una salida ¿para qué?

—Para desprenderme de Abelardo, que ya me cansa con sus asedios y con su eterna cantilena. Lo desafío á que haga de don Juan, y me arranque como á Inés, de la celda de un convento.

—Esas resoluciones, Adela, se meditan mucho antes de tomarlas.

—¿La has meditado tú?

—Sí.

—Yo también. Abelardo (te lo diré en confianza), Abelardo, con el frecuente roce con el mundo y la alta sociedad, ha perdido sus gustos raros y sus genialidades que lo sacaban del común de los hombres, y conserva sólo su espantosa fealdad, lo que no me conviene. He llegado también á convencerme de que es un poco avaro, y que por sobre mi palmito ama mi herencia, y yo no

quiero tener semejante rival. Volvamos ahora á ti. ¿Qué causas han influído en tu voluntad para tomar el velo?

—No me lo preguntes; no puedo decírtelo, es el único secreto que reservo de ti—exclamó Lucía abrazándose de Adela y sollozando.

—Basta, no temas que en lo sucesivo sea ni importuna, ni indiscreta—contestó Adela también muy conmovida.—Cuando tomemos el velo me arrodillaré al lado tuyo, oraré por tu intención, y tú sólo a Dios revelarás el secreto que quieres ocultar sobre la tierra. Lo único que te pido es que seamos siempre unidas, y que me ames como yo te amo.

Y la excelente criatura redobló sus caricias á Lucía.

VALENTÍN MURILLO

(Continuará)

Á LA VENTURA

ROMANCE DEDICADO Á FRANCO DE SENA

(Don Francisco M. Melgar,
gentilhombre de cámara del señor Duque de Madrid)

I

El sol llegaba al ocaso
en días de primavera.
Las altas cumbres andinas
alumbraba, ya sin fuerzas,
su rayo postrero y daba
brillo á las nieves eternas,
blanco sudario perpetuo
que pone naturaleza
en todo cuanto pretende
al cielo allegar la tierra;
acaso sangrienta burla
con que abate á la soberbia,
desde el tiempo de la torre

que fué confusión de lenguas
después de ser amenaza,
hija de humana torpeza,
al soplo desvanecida
de divina omnipotencia.
Quizás en ignotos signos
tiene la naturaleza
estampadas para el mundo
disposiciones secretas,
y en los átomos del aire
poniendo mil voces ledas,
por todas partes al orbe
su voluntad así expresa:

II

"Limo de la tierra, escucha:
yo matizo las praderas
con grama, árboles y flores
donde insectos y aves juegan;
con el sol les doy la vida,
y con la brisa discreta
dulces rumores del río
que murmura en sus arenas;
yo desprendo vagos sones
del follaje de las selvas;
por mí el rocío del cielo
baja en la noche serena
escondido en los efluvios
de las lejanas estrellas,
y en el albor matutino
mil himnos de amor se elevan,

arrullos que finge el viento;
misteriosas cantinelas
que en alas de ángeles suben
hacia la morada excelsa.
Todo es sonrisa en el llano,
todo en él vive y prospera.
Pero surgen las montañas
que á los espacios inquietan
con sus altos farellones,
con sus gigantes siluetas,
con sus anchos contrafuertes
y con sus moles de piedra;
se avecinan á los astros
que la inmensidad ostenta...
y entonces pongo huracanes
en sus atrevidas crestas,
y les doy por armonías
el rugir de la tormenta
y el chasquido de los rayos
entre las hórridas breñas;
por grama les doy los hielos
como una sábana inmensa,
por brisa los vendabales,
por cielo las nubes negras,
por dulces rumores truenos
y por toda gala peñas...»

III

Considerar es preciso
la rigorosa sentencia
por voluntad soberana

que todo lo rige, impuesta;
pues no bastara en el orbe
la voz de naturaleza
para ensalzar lo pequeño,
para abatir la soberbia:
hacer el llano fecundo
y árida la cumbre enhiesta.

IV

El sol llegaba al ocaso
en días de primavera
entre nubes que del cielo
amenguaban la pureza.
Se mezclaba la ceniza
al azul como por befa,
á trechos espolvoreada,
á trechos cual masa densa.
Por eso forman las nubes
en la altura enormes grietas,
caprichosas hondonadas,
escarpadísimas crestas,
grupos de árboles frondosos,
ó bien dilatadas selvas,
cuando no toscas figuras
de hombres, pájaros ó bestias.
Se arreglan y se deshacen
con tan rara ligereza
que apenas dan á los ojos
tiempo para conocerlas.
Impelidas por el viento
corren, chocan y se estrechan

y en cada instante que pasa
toman vida y forma nueva;
truécanse en hombres los pájaros,
de estaturas gigantescas
y los gigantes en brutos
y los brutos... no; éstos medran.
Ya aparece un templo gótico
ya un campanario de aldea
ya un castillo señorial,
que con sus torres y almenas
trae al punto á la memoria
los tiempos de la Edad Media.

V

¡La Edad Media!... Para el niño
rica fuente de leyendas
que, si á veces lo espeluznan,
otras veces lo embelesan,
y ocasión de desvaríos
para la alma adolescencia,
pues la fantasía abulta
lo que la mente recuerda.
Las lidias y los torneos;
las sortijas; las querellas,
á menudo motivadas
por alguna futileza,
pero en palenque cerrado
y por las armas, resueltas;
el grave juicio de Dios,
escabrosísima prueba
que de los desesperados

era esperanza suprema;
las empresas temerarias,
fiel pintura de la época;
todo, á través de los siglos,
vese entre lumbre poética
que mientras sus rayos luce
las manchas oscuras cela.

VI

En ella, el alma ardorosa
de la juventud, envuelta
olvidando lo prosaico,
celestes visiones crea;
oye mágicos laúdes
y ternísimas endechas,
y ve la banda que al brazo
el campeón atada lleva,
donde el bordado precioso
de su enamorada prenda
dice, á todo el que lo mira,
en caracteres que incendian:
«Soy de Dios y de mi dama;
alma y vida son ajenas.»

VII

En medio á todo este lujo
de imaginaciones bellas,
del soberbio castellano
se dibuja la silueta,
vestida la férrea cota,

calzada la aguda espuela,
al cinto la atroz espada
y el guantelete en la diestra.
Á pesar de su figura
que tan sombría se ostenta
y, de tal guisa, parece
más que de paz de pelea,
llega á la mente el recuerdo,
como por extraña influencia,
de aquel famoso *derecho*
que la historia nos atesta,
por el cual el castellano,
señor de vidas y haciendas,
recogía impunemente,
si no de grado, por fuerza,
las primicias de las novias
de sus vasallos... *¡O tempora!*

VIII

¡Qué mucho que, á tal recuerdo,
la juventud inexperta,
entre cálidas sonrisas,
forje visiones poéticas!

IX

Bien se están en el pasado
los tiempos de la Edad Media;
tiempos de vahos y sombras
en la humana inteligencia;
tiempos en que el más fornido

de cuerpo, y de alma dispuesta
á dar fendiente ó mazazo
de Dios abajo á cualquiera,
era el más favorecido
de las damas de altas prendas,
encanto de trovadores,
argumento de poetas,
cuco de reyes y príncipes
y marido de Ximenas;
á los botes de su lanza
se escondían las estrellas,
y de su espada los tajos
abrían al mundo brecha;
era su veste más grata
la pesada cota férrea,
y sus últimas razones
los mandobles de su diestra.
¡Bien se están en el pasado
los tiempos de la Edad Media!

X

En todo esto y mucho más
la imaginación inquieta
se distrae, cuando mira
que forman las nubes densas,
al pasar por las alturas,
templos, castillos ó aldeas,
cuando el sol llega al ocaso
en días de primavera.

XI

Todo pasa cual las nubes
ó se transforma como ellas.
De las antiguas edades
tan sólo el recuerdo queda.
¿Dónde las generaciones?
En desconocida huesa.
¿Dónde sus notorios hechos?
En la historia ó la leyenda.
¿Cuáles son los altos premios
que da el mundo á sus proezas?
Consignar en bellas páginas
su veneración sincera.
Mas ¿de qué estos premios sirven
á los que, polvo y materia,
en polvo se convirtieron
entre paladas de tierra?
¡Ah no, pobre humanidad!
Cuando en la diaria refriega
entre la vida y la muerte
se corrompe el limo y rueda,
no queda todo perdido
en la cárcel donde bregas.

XII

En esa hora melancólica
en que ya la luz postrera
del sol ha desparecido
y la sombra al mundo llega;

como ave errante, perdida
del nido que la calienta,
se agita el alma; sacude
el polvo vil de la tierra
y en alas del pensamiento
á las alturas se eleva,
donde la fe la encamina
y la esperanza la alienta;
al cruzar el ancho espacio
pordonde los astros ruedan,
mientras más sube á la altura
más á su creador se acerca.
Cae la noche, y el alma
aún nuevo vigor despliega,
porque más brilla en la noche
la luz que en sí propia lleva.
Sus nobles destinos busca;
de las celestes esferas
torna á su cárcel la vista
y halla... ¡sombras en la tierra!

XIII

¡Bien está: que el limo ruede
y entre las sombras se pierda;
pero, libre de los lazos
de la envoltura terrena,
subirá el Soplo de Dios
á confundirse en su Esencia!

ANTONIO ESPIÑEIRA

QUEVEDO

(*Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo*, por E. Mérimée, París, Picard, 1886.)

El boletín bibliográfico de una revista europea daba noticia, en el año pasado, de un estudio de M. E. Mérimée sobre Quevedo. La noticia decía puramente que en Francia se holgarían mucho de conocer al autor de *Don Pablos de Segovia*, una de las obras maestras del género picaresco. Con esto se daba á entender que el mejor título del insigne satírico español para que los franceses se tomaran el trabajo de conocerlo, consistía en haber escrito la citada novela. Creí yo que esta manera de recomendar al ingenio más agudo que ha existido desde que el mundo es mundo, le habría sido sugerida al redactor del boletín bibliográfico por el libro de M. Mérimée, y me entró gran curiosidad de conocer cómo este autor se las habría compuesto para meterse en el laberinto de las obras de Quevedo y salir de él con *Don Pablos de Segovia*, como lo mejor que había encontrado. Encargué, pues, el libro. Me llegó, lo leí, y créanme que me

engañé de medio á medio al imaginármelo como librillo de poca monta, ó por lo menos, plagado de los errores tan comunes entre la gente que tiene para risa las «cosas de España». Sin duda alguna, el redactor del mencionado boletín, ó no leyó el libro de de M. Mérimée, ó no conocía, como francés ilustrado, otra cosa de Quevedo sino *El Buscón don Pablos.*

En el libro de M. Mérimée, la crítica literaria, las observaciones referentes al mérito de las obras de Quevedo y á las tendencias peculiares y distintivas de este ingenio son escasas, y las pocas que encierra son tímidas, vagas y, en ocasiones, confusas. Me explico la timidez y poca firmeza de los juicios de M. Mérimée. Desde el principio manifiesta el deseo de atraer la atención de sus compatriotas hacia la literatura española, mirada por ellos con injustificable desdén, y dice que con este fin ha elegido por objeto de su estudio á uno de los escritores más populares de España. Tanto esta causa, como las muy señaladas atenciones y facilidades para su trabajo que recibió en España de personas eminentes en la república de las letras, debieron de influir en su ánimo para ser reservado y cauto en sus apreciaciones, para mirar con cierta condescendencia los defectos de Quevedo, y no herir con viveza la opinión de aquellos que lo consideran como muy excelente en los distintos géneros que cultivó, así literarios como filosóficos.

Hay vez, empero, en que M. Mérimée se propasa á lisonjas bien poco acertadas. En una parte compara á Quevedo con Cervantes, y atribuye al primero no menos inventiva que al último. Procurando explicar en seguida cómo Cervantes ha dejado una obra maestra in-

discutible y Quevedo no ha alcanzado igual suerte, da por razón que Cervantes tenía bantante juicio y sensatez *(raison, bon sens)* para manejar ordenadamente la fantasía, al paso que la pasión y el instinto arrastraban á Quevedo. Hablaré más adelante de la inventiva de éste, y ahí se verá cuánto hay de exagerado en la comparación de M. Mérimée. También es de notar en ella el papel importante y decisivo que el autor da á la sensatez en las creaciones de la fantasía. El juicio, el buen gusto ó el arte, servirán á un escritor para pulir y presentar en su propio lugar las creaciones de la fantasía; pero no para cambiar la naturaleza de ellas. Un tipo original, vigorosamente concebido, perderá algo de su viveza con los afeites del mal gusto; pero un ojo experimentado no tarda en descubrir su bondad, como tampoco tarda en descubrir una concepción vulgar á través de las galas del arte más refinado. Y es de advertir que una concepción vigorosa casi siempre señala y suministra naturalmente los recursos para exponerla en todo su esplendor, y por eso los grandes genios son por instinto grandes artistas. *El Buscón* ofrecía ancho campo para ejercitar la facultad creadora y, sin embargo, no hay rastros de creación en don Pablos; y eso que esta novela, aparte de notorios resabios de mal gusto, podía muy bien ser digna de la sensatez de Cervantes. Con la misma sensatez escribió Cervantes el *Quijote* y los *Trabajos de Pérsiles*, aún en esta última novela echó mano de todos los recursos de su arte, y ciertamente no es posible comparar las dos obras. La sensatez no es más que un accidente en las creaciones de la fantasía. Lo que, en este punto, separa á Quevedo de Cervantes es la falta de genio creador, y no de otra cosa.

Si el libro de M. Mérimée es deficiente para darnos á conocer la naturaleza del ingenio de Quevedo (y tales cosas no son de extrañar en obras de eruditos) en cambio es lo que hay que leer para ponerse bien al cabo de su vida y de las circunstancias que precedieron y ocasionaron la concepción de sus obras, ó influyeron de algún modo en ellas. M. Mérimée es de vastísima erudición, admirable en un extranjero, penetradora, guiada por un método de los más rigorosos y sostenida con verdadero talento. Nunca se pierde y enreda en pormenores inútiles, y no por esto omite cosa alguna que pueda traer nueva luz. En los puntos enmarañados, sólo pisa en lo firme y da noticias de lo oscuro. No hay obras y estudios medianamente notables acerca de Quevedo que no haya consultado. Excusado es decir que conoce á fondo el castellano. Cita y maneja los manuscritos como si fuesen libros manuales. Finalmente, la claridad de su método, la seguridad de sus disquisiciones, el profundo conocimiento de todo lo que se relaciona con el autor que estudia, y, por otra parte, la timidez y parsimonia en lo meramente crítico, tientan á cualquiera que haya leído á Quevedo para repasar sus obras y formarse acerca de ellas un juicio independiente. Yo he cedido á la tentación, y mucho me temo haber caído en verdadera flaqueza.

Me parece conveniente recordar desde luego algunos datos biográficos de Quevedo.

Nació en 1580, de padres hidalgos. Antes de tomar el hábito de Santiago, nuestro autor probó ampliamente, como lo exigían los estatutos, que sus abuelos nunca habían trabajado en nada, sino que habían vivido de sus

rentas, en noble ociosidad. Perdió á su padre en edad temprana, y quedó á cargo de su madre y de un tutor, los cuales velaron cuidadosamente por su educación. Estudió primero en un colegio de los jesuitas, y entró á los quince años á la Universidad de Alcalá. Aquí hizo admirables progresos en filosofía, humanidades y lenguas clásicas, y fueron tales que, á los veinticuatro años, Quevedo se carteaba con el célebre Justo Lipsio, de quien recibió sinceros y merecidos elogios. Concluídos sus estudios, fuése á la corte; pero pronto tuvo que salir de España, por causa de un duelo en que mató á su adversario Se refugió en Sicilia, de la cual era virrey su amigo y protector don Pedro Girón, duque de Osuna. Con él pasó después á Nápoles. El duque arrastró á Quevedo en su caída, y nuestro autor hubo de retirarse á sus posesiones de La Torre de San Juan Abad. Volvió á la corte cuando subió al poder el conde-duque de Olivares con Felipe IV. Bajo este omnipotente ministro, Quevedo fué desterrado dos veces: en la una, por intrigas de sus émulos; y en la otra, por un famoso memorial en verso que encontró el rey en su servilleta, y que fué atribuído á Quevedo. Lo encarcelaron, sin consideración á sus achaques y edad avanzada, en el convento real de San Marcos de León, y murió poco después de haber recobrado su libertad, en el año de 1645.

Tales fueron las varias fortunas que pasó nuestro autor: habrían dado lugar, á un hombre noble y recto, para ejercitar sus virtudes; desgraciadamente, sólo vinieron á poner de manifiesto las flaquezas de una grande alma. Quevedo es un notable ejemplo de hombre inconsecuente. Era tan ardiente católico, de fe tan viva, había penetrado de tal suerte la miseria y vanidad humanas, que

debió haber sido un santo, y fué pecador como tantos otros y más que muchos otros. Justo apreciador y admirador entusiasta de los procederes rectos, debió haber sido honrado á carta cabal, y, sin embargo, por servir á otros anduvo en negocios poco limpios, como decimos ahora. Era altivo é independiente, y se humilló ante el poderoso y ensalzó al tirano. Amaba á su patria y á la libertad en extremo, y la pasión ó el interés le ofuscaron hasta el punto de abogar por el absolutismo del monarca y en contra de los fueros provinciales. No cometió bajeza sin que el caso pudiera disculparse; pero tampoco se hallan en su vida acciones dignas de admirarse ó que exigieran no común grado de virtud.

Alguna explicación de esta inconsecuencia puede hallarse en el temperamento fogoso y condición apasionada de Quevedo; en su adolescencia alejada del hogar doméstico, del cual ningún recuerdo hace en sus numerosas obras; en el conocimiento íntimo de un gobierno corrompido; y en el trato de mujeres perdidas. Circunstancias son éstas que, si bien no lograron malear á un espíritu verdaderamente superior, habían de infundirle cierto egoísmo, enervarle la voluntad en la práctica del bien y matarle las ilusiones, semilla de los grandes actos.

Mencionaré ahora algunos sucesos de la vida de nuestro autor, en corroboración de lo que se acaba de decir.

Aludí más arriba al lance que obligó á Quevedo á huir á Sicilia. Ni las biografías más abreviadas lo omiten; tiene algo de quijotesco á primera vista, y es muy propio para excitar imaginaciones juveniles. El caso pasó de esta manera. Un Jueves Santo asistía Quevedo á las tinieblas en una iglesia. Á su lado estaba arrodilla-

da una señora. Cierto individuo se puso á disputar con ella y, en lo mejor, le da una bofetada. Como era natural, todos los presentes se indignaron, no tanto por el ultraje á la dama como por la falta de respeto al lugar y á la solemnidad del día. Quevedo trató de apaciguar á ese irreverente mal criado; pero sus esfuerzos aumentaron la rabia del otro, el cual manifestó intenciones de seguir adelante. Entonces Quevedo lo provoca, lo saca de la iglesia, se baten y poco después moría el individuo, que resultó ser un personaje. El lance, si bien se mira, no tiene nada de extraordinario, porque continuamente estamos viendo algo parecido, bien que con distinto resultado. No nos pongamos en Jueves Santo, ni en una iglesia, ni en el caso de que se injurie á una dama. Pongámonos en un teatro: un individuo de la platea se pone á hacer manifestaciones indebidas, á meter bulla, ó á incomodar de otra manera. Sus vecinos lo llaman al orden; el otro insiste. Alguno, más fogoso, toma la cosa á pechos, provoca al otro, salen afuera, andan las bofetadas por alto, y el sujeto va á parar á la policía. En aquellos tiempos la policía estaba muy en embrión, y, en vez de bofetadas se usaban cintarazos; pero es lo cierto que, entonces como ahora, un hombre tímido habría escabullido prudentemente el bulto y dejado á otros el castigo. Quevedo obedeció en este caso á impulsos caballerescos y generosos que, de buenas ganas, uno se imagina hallar patentes en toda su vida.

Véase ahora una acción indigna de un caballero.

En una de las misiones que el virrey duque de Osuna confió á Quevedo para la corte, le encargó que procurase llevar á cabo cuanto antes el casamiento del marqués de Peñafiel, hijo del duque, con una hija del duque de Uce-

da, personaje de gran valimiento. El virrey estaba interesadísimo en este enlace, y Quevedo no anduvo con escrúpulos para complacer á su protector. Era el caso que el joven marqués estaba enamorado de una doña Julia, y se negó redondamente á sacrificar su amor en aras de la ambición paternal. Mandatos, amenazas, consejos acerca de lo ventajoso del matrimonio, todo resultó inútil. ¿Qué se hizo entonces? Algo muy sencillo, y lo dice la siguiente partida de las cuentas de Quevedo: «Por robar de Madrid á doña Julia, 2,000 ducados.» Pero el joven no cedió con el robo de su amada y, antes que dar su mano á la hija del duque de Uceda, huyó de Madrid. Realmente, el marqués de Peñafiel se hace en extremo simpático. Nuevas diligencias. Fué preciso averiguar el paradero del marqués y, una vez descubierto, se despachó allá un fraile, el cual, mediante 300 ducados, se apersonó con el enamorado mancebo, le refirió mil desórdenes de doña Julia, y lo amonestó hasta el punto de que el pobre amante, desalentado ya, consintió en el aborrecido matrimonio. Celebróse éste con grandísima pompa, y Quevedo corrió con todos los gastos. Don Quijote, y no hay que dudarlo, lo habría retado á él y á sus cómplices, uno por uno ó todos juntos, como quisieran.

Mientras Quevedo acompañó al duque de Osuna en el virreinato de Nápoles, le servía de secretario, consejero, embajador y aun de compañero en correrías nocturnas. Por tanto, no es de extrañar que el duque lo recomendase, y bien puede uno mirar con desconfianza tales recomendaciones. Se cita como testimonio de la acrisolada honradez de Quevedo, un párrafo de cierto despacho del duque á su majestad, en el cual,

entre otras alabanzas viene la siguiente: «Pues es de suerte que sé cierto que, aun sin hacer cosa mal hecha, tuviera hoy don Francisco de Quevedo cincuenta mil ducados, con tal que hubiera propuesto disimulación ó flojedad.» Nunca tuvo el autor de los *Sueños* 50,000 ducados ni cosa que lo pareciera, y, por otra parte, del proceso que más tarde se siguió contra el duque de Osuna, no resultaron graves cargos contra su embajador y consejero. Sin embargo, el cardenal Zapata, uno de los sucesores de Osuna en Nápoles y que no tenía enemistad con él, escribía quejándose de los despilfarros y «poltronerías» de la administración del duque, y añadía que ojalá pudiera tener allá, para tomarles estrecha cuenta, á don Francisco de Quevedo y demás servidores del antiguo virrey. De todo esto puede, á mi entender, sacarse en limpio que el que propuso disimulación ó flojedad no fué Quevedo al duque, sino éste á aquel, y que Quevedo tendría con el duque complacencias como no las habría tenido un hombre recto y escrupuloso. Si, por agradarlo, echó mano de medios vedados para llevar á cabo un casamiento; si se prestó á servir de agente al duque para corromper con dádivas á los ministros del rey, es muy de presumir que, guardando cierta neutralidad y reserva, contribuiría á la administración ambiciosa y despótica del duque, ó, por lo menos, se dejaría llevar por la corriente.

Como ya se ha dicho, el último destierro de Quevedo fué ocasionado por un memorial en verso que Felipe IV encontró, al sentarse á la mesa, en los dobleces de su servilleta. El conde-duque de Olivares era muy paciente en todo lo que á él solo se refería, y dejaba hablar y escribir de él lo que se les ocurriese; pero no toleraba que

se dirigieran al rey directamente en demanda de justicia. Atribuyó el memorial á Quevedo y lo mandó prender; parece casi seguro que de él era el memorial, sin embargo de que lo negó. Pero lo que aquí importa advertir es que nuestro autor trató de ablandar al ministro, se humilló, lo ensalzó, lanzó invectivas contra los que intentaban sublevarse. El conde-duque no se dió por entendido. Quevedo, entonces, hizo de necesidad virtud y se resignó como pudo.

Pero ¿qué mayor inconsecuencia que la de su casamiento? ¡Casarse el eterno satírico de los maridos y de las mujeres! ¡Y casarse á los cincuentiséis años, cuando ya su «espada había perdido el acero», como él mismo lo decía á la condesa de Olivares, que fué la que anduvo más empeñada en este asunto! Por lo demás, está averiguado que el tal matrimonio no fué feliz, y, aun cuando doña Esperanza de Aragón era señora mayor, no falta quien crea que también Quevedo llegó á parecerse á las «bestias que son como maridos».

De todo lo anterior y de otros casos que callo por no alargarme, resulta (y es la impresión que deja el exámen de la vida de Quevedo) que siguió en esta vida el mismo camino que seguirían muchísimos otros que no podían comparársele en ingenio ni en grandeza de alma.

Que era de grande alma lo prueban, si no sus actos, las obras filosóficas, políticas y morales que escribió en gran número, las cuales, respecto á él, se comprenden generalmente en la clase de sus *obras serias*. Esto, empero, no quiere decir que manifestase en ellas un ingenio superior.

Llama la atención el empeño de sus admiradores en hacerlo aparecer como igualmente eximio en los diversos

géneros en que se ejercitó. Quieren que lo tengan por tan buen filósofo, político, ascético, moralista, poeta, como fué buen satírico. Y es lo curioso que, junto con encomiar esta general excelencia, confiesan que solamente los eruditos leen ahora sus obras serias. Los eruditos, es decir, nadie en buenas cuentas; porque, por profesión ú oficio, tienen que leer desde lo mejor hasta lo más tonto que se haya publicado. Y que los eruditos encomien las obras serias de Quevedo, nada prueba á favor del mérito de ellas, porque los tales suelen ser gente de dudoso gusto ó, por lo menos, carecen de suficiente independencia de juicio, pues de tal suerte llegan á penetrarse el espíritu y el gusto de la época que estudian ó de las obras de un autor que analizan hasta en sus mínimos pormenores, que juzgan como en obra propia ó como juzgarían los que estaban infiltrados del gusto dominante en aquella época.

Hace ya más de dos siglos y medio que escribió Quevedo; tiempo sobrado para que la posteridad haya pronunciado su fallo inapelable. Las obras que le han dado fama universal son puramente las satíricas y jocosas. Los escritores contemporáneos suyos han sido definitivamente juzgados. ¿Por qué él había de ser excepción? ¿Por qué habían de estar todos cegados respecto á sus méritos como filósofo ó moralista? Y por respetables que sean muchos de sus admiradores, uno no puede acompañarlos, á despecho de la evidencia, por decirlo así.

Nunca me entrará, afírmelo quien quiera, que el estilo de Quevedo en sus obras serias es recomendable, salvo en cuanto á la pureza del lenguaje. Es un estilo generalmente oscuro, de concisión forzada, sin armonía ni gracia, cortado bruscamente, con pretensiones á pro-

fundidad, lleno de amplificaciones de mal gusto, erizado de citas pueriles las más veces y sacadas con grande aparato, y sin que, por cierto, escaseen impertinentes retruécanos y juegos de palabras. Es un estilo capaz de arredrar á cualquiera persona medianamente cuidadosa de la forma, un estilo que á menudo obliga á cavilar sin fruto, porque las frases oscuras no suelen ocultar sino puras analogías que no añaden ni quitan al pensamiento.

Todavía se podría arrostrar el estilo si tras él apareciese universalidad de miras, profundidad ingenua y sencilla, algún sistema original ó peculiar manera de conocer las cosas; pero, por desgracia, tales dotes se hallan en las obras serias de Quevedo sólo en el grado que tienen en los filósofos de ocasión.

El verdadero filósofo persigue la verdad abstracta, y una vez que ha creído encontrarla, se aferra de ella, se lanza en atrevidas especulaciones, inventa hipótesis, crea sistemas. Que el vulgo los halle impracticables y ridículos, eso no le importa. Ama la verdad con amor desinteresado y á ella no más ama. Hay algo de grandioso y poético en esa audacia increíble, en ese soberano desprecio de todo lo transitorio, en ese amor vigoroso y potente hacia concepciones que de ordinario juzgamos fórmulas vanas y problemas inútiles. Y más uno lo admira cuando piensa que pasión tan ardiente, que tanta fuerza de voluntad, se han anidado en hombres de hábitos sencillos, compasivos, generosos, humildes. Felices con creerse en posesión de la verdad y con poder comunicarla á otros, parece que sólo aspiran en la vida á ser agradables y útiles á sus semejantes.

Hay otros filósofos que también persiguen directamente la verdad; pero que no la aman con desinterés,

sino que quieren poseerla para aplicarla en la práctica y llevar nueva y útil luz al entendimiento humano. Y finalmente hay otros que odian simplemente el error, que tienen especiales aptitudes para descubrirlo, lo cual arguye especial conocimiento de la verdad; pero que no se remontan á contemplarla en sí misma para desenvolverla ó aplicarla, sino que parten del error, no lo pierden de vista y sólo muestran de la verdad lo que importa. Tales son los filósofos de ocasión.

Esta especie de filosofía sirve de ordinario como de telón de fondo á ciertos géneros literarios, especialmente al satírico y de costumbres. Los escritores que los cultivan son instintivamente filósofos de ocasión. Los errores y ridiculeces de la humanidad los hieren con extraordinaria viveza, y los indignan ó ponen de buen humor, según la forma en que se les representan; pero se comprende que este conocimiento de lo malo y de lo ridículo presupone una percepción igualmente viva de lo bueno y de lo racional en el caso de que se trata. Y para que el satírico despierte en los demás lo que él ha sentido, necesita manifestar el despropósito de lo que sucede, poniendo á la vista la verdad de las cosas, según él la entiende.

Quevedo era de genio esencialmente satírico y tenía, por consiguiente, miras filosóficas; pero llegaba á la verdad empujado por el error, por cierto error: era filósofo por accidente. Sin embargo, intentó serlo directamente; pero no porque á ello lo impulsase la naturaleza de su ingenio, sino por las tendencias de la cultura intelectual de su época. Creo que si hubiese vivido ahora, se habría contentado con ser satírico y hacer, cuando más, ligeras excursiones en otros terrenos. En su tiempo,

era casi vulgar el conocimiento de las obras antiguas, y muy especialmente las filosóficas; se publicaban acerca de ellas apologías y comentarios innumerables; provocaban ardentísimas polémicas; en las universidades constituían los principales ramos de estudio; las citaban á cada paso; las escudriñaban hasta en sus puntos más escondidos; las miraban con cierta veneración que hoy nos parece ridícula. Quevedo, desde muy temprano, poseyó á fondo las lenguas clásicas, y se familiarizó con los filósofos, moralistas y padres de la iglesia. Estos estudios ensancharon considerablemente sus miras filosóficas, y le infundieron, como era natural, el deseo de manifestarlas en forma apropiada, cuanto más que sólo así, con obras serias, podría adquirir reputación entre los doctos, para los cuales un satírico (de su tiempo, bien entendido, y no de los antiguos) no estaba á dos pasos de ser puro bufón, y no economizaban el vocablo por poco que el hombre les disgustase.

Pero así como el conocimiento de una cosa, por profundo que sea, no basta para formar al artífice, si, por otra parte, falta el genio, la inspiración ó la inventiva; así Quevedo, á pesar de lo mucho que entendía en filosofía, no llegó á ser verdadero filósofo. Su obra más puramente filosófica es el tratado de la *Providencia de Dios*. Hablando con el debido respeto, un lector moderno lo que más saca de este libro es cansancio y modorra. El plan es vasto y ordenado, á juzgar por la enunciación; pero la ejecución es desigual: precipitada aquí, omisa allí, y deficiente á veces. Argumentos vulgares, amplificaciones de predicador, dificultades resueltas á puras citas, sutilezas enmarañadas, chispazos de ingenio inoportunos, que son desahogos del satírico; de

todo esto se halla junto con observaciones realmente profundas y argumentos serios. Es evidente que nuestro autor conocía bien su asunto y las opiniones y doctrinas de los maestros; pero también aparece que le falta personalidad, que no se ha asimilado esos conocimientos haciéndolos servir para un desenvolvimiento propio del espíritu de un filósofo (1).

En política, no ideó sistema alguno de gobierno, ni república donde de alguna manera se armonizasen los derechos de la sociedad y del individuo; sino que señaló, de un modo general, los males de los gobiernos existentes y los remedios que convenía aplicar, remedios que, por no provenir de un sistema preconcebido, eran más bien «de actualidad» y podían servir para «salvar la situación», según la frase corriente en los periódicos.

(1) Don Juan Valera es grande admirador de la filosofía de Quevedo. Ha visto en ella profundidad, originalidad y muchas otras cosas; dice también que nuestro autor ha presentido y predispuesto la filosofía por venir. Era de creerlo por la seguridad con que lo afirma; pero, de algún tiempo á esta parte, tengo á don Juan Valera por crítico sospechoso. Hé aquí una de las razones en que me fundo para juzgarlo así. En el prólogo á la versión castellana de las obras Shakespeare de don Jaime Clark, dice don J. Valera lo siguiente: «Ni mi escasa anglomanía, ni mi poco fervor romántico, ni mis inveteradas preocupaciones en pro de la medida, orden, reposo y arreglo de los poetas griegos y latinos, ni mi *amor á mi propia casta y nación* y á los grandes ingenios que ha producido, entre los cuales Cervantes y Lope, y tal vez Tirso, se levantan á mis ojos sobre Shakespeare, consienten que yo adopte por míos tan superlativos encomios.» Poco después dice: «En segundo lugar, me consuela la consideración de que, si yo rebajo á Shakespeare, siempre le dejaré bastante alto para los españoles, poniéndole, como le pongo, ya que no á la altura de Cervantes, al nivel de Calderón y casi hombreándose con Lope.» Á lo que parece, el amor de don Juan Valera á su propia casta y nación es un tanto desordenado. Yo también la quiero; *sed magis amica veritas*. Y con ser así, el ilustre académico tiene un modo de decir las cosas que, aun cuando sean notoriamente erradas, nos gustan y las celebramos más que verdades mal dichas.

Esto es lo que uno nota en el *Gobierno de Dios y Política de Cristo* (sin perjuicio de admirar las sentencias de general aplicación que andan esparcidas en la obra), y tanto es así, que para penetrar bien y comprender este tratado, es menester informarse de la historia de España en aquella época. Se publicó cuando subió el conde-duque de Olivares con Felipe IV, y todos vieron en dicho libro una alusión clara y pintura viva del gobierno del duque de Lerma, el ministro de Felipe III. Y aquí conviene notar que Quevedo sirvió en los virreinatos de Sicilia y de Nápoles cuando gobernaba el duque de Lerma, que entonces anduvo de embajador en España, que corrompió á los consejeros del ministro para que secundasen las miras y propósitos del duque de Osuna, y que, por tanto, no era de esperar que saliese después haciendo tantos ascos de una administración en que había tomado parte. Cuando el conde-duque comenzó á malear y á seguir el mismo camino que su antecesor, no faltó, por cierto, gente maliciosa que aplicaran la *Política de Dios* al poderoso ministro.

Donde puede verse brevemente y con claridad que no tenía ideas preconcebidas en política, es en el párrafo XL de *La Hora de todos y la Fortuna con seso.* Ahí aparece un noble saboyano que, cansado del gobierno monárquico, pena por la república, y discute el asunto con un jenovés plebeyo que, cansado de la república, pena por la monarquía. Habla el uno, habla el otro y, al fin, resulta que ambos tienen razón, y que los que no la tienen son los bellacos que administran los Estados para sí y no para el bien de la comunidad.

Entre las obras políticas de Quevedo, suele hacerse mención honrosa de la *Vida de Marco Bruto.* Respecto

de ella, diré en confianza al lector que es libro tan insoportable y pesado para mí, que nunca he podido leerlo por entero; y lo digo á riesgo de que se crea que me ha pasado igual cosa con otros tratados tan amenos y divertidos como el *Marco Bruto*.

Los tratados morales son comentarios y consideraciones inspiradas en obras de la antigüedad clásica y de los padres de la iglesia. En ellos se ciñe, naturalmente, á la moral cristiana, como base y fundamento de doctrina. Aquí, como en lo demás, profundiza la materia; pero no la hace suya. Tiene numerosos rasgos dignos de fray Luis de León ó de Granada; pero le falta generalmente esa caridad cristiana, esa triste compasión por las flaquezas del hombre, que nunca pierde el verdadero moralista, ni aún en sus más apasionados arranques. Sobre todo, cuando toca á la mujer, llega hasta olvidar el papel de moralista. La trata ni más ni menos como en sus obras satíricas, esto es, como instrumento del demonio para perder á los hombres. Y por este encono contra la mujer que se advierte en todas las obras de Quevedo, uno puede sospechar que fué principalmente cierta poderosa inclinación á la sensualidad lo que á menudo le obligó á seguir un camino diverso del que le señalaba su alma religiosa y honrada y clarísimo ingenio. Casi uno se siente tentado á atribuir sus obras morales al deseo de compensar las faltas que acababa de cometer y que cometería tal vez mañana, procurando apartar á otros de aquellos peligros que lo cegaban y atraían con fuerza tan irresistible.

Por otra parte, difícil me parece que personas medianamente conocedoras de la vida de Quevedo, puedan sacar gran provecho de la lectura de sus obras morales.

Dígolo por si á otro pasa lo que á mí: al leerlas se me figura estar oyendo al diablo predicador. Y cuando la gravedad de la materia me pone meditabundo, digo para mí: si este hombre tan lleno de fe, que veía con tanta claridad el camino de la verdad y del bien, fué pecador insigne ¿qué no se nos podrá disculpar á nosotros?... Se exige del orador que sea *vir bonus;* pero un buen orador nos encanta, hechiza y deslumbra de tal modo mientras le estamos escuchando, que sin el menor inconveniente creemos en su honradez, sinceridad y en cuanto quiera decirnos. Un escritor ascético difícilmente nos hará olvidar los ejemplos de su vida, si ellos han sido tales que pugnen abiertamente con los consejos que ofrece con tanta liberalidad. Es indudable que la *Introducción á la vida devota* de San Francisco de Sales, que tradujo Quevedo, es cien veces más provechosa y persuasiva que todas las obras morales de nuestro autor, bien que el santo no gasta retóricas.

Quevedo escribió innumerables poesías, pero no fué poeta en el elevado sentido de la palabra. Puede decirse de él con toda verdad que fué un satírico que manejaba con igual desenvoltura, gracia y donaire la prosa y el verso. Cuando domina la inspiración satírica, los pensamientos agudos, ingeniosos, profundos, saltan á cada paso, centellean, se precipitan, á veces se enredan por su abundancia misma, estallan como chispas á diestra y siniestra, sin descanso, sin que se agote esa portentosa fecundidad. Y el verso es fácil, corre con admirable soltura, con viveza encantadora, y tiene sabor y corte verdaderamente popular. Pero cuando Quevedo va tras de la belleza poética pura, la inspiración es fría y ficticia, los pensamientos son laboriosos y de ordinario rebusca-

dos y mediocres: ofrece muchos ejemplos de culteranismo, como en sus obras serias. Hay, por cierto, algunas poesías bastante bellas y que son conocidas, como el soneto á la muerte del duque de Osuna, á las ruinas de Roma, á la muerte; pero son pocas y casi desaparecen en el mar de versos que escribió nuestro autor. Me parece que puedo ofrecer un ejemplo de cómo con una misma inspiración satírica manejaba la prosa y el verso, en el romance que tiene el número 25, musa Thalía, en la edición de Ochoa, la más conocida entre nosotros. Léanse las cartas del caballero de la Tenaza y el romance dicho, y se verá que el romance podía ser una carta del caballero de la Tenaza, tan ingeniosa como las otras, y escrita con la misma espontaneidad y soltura.

Antes de considerar á Quevedo como satírico, es preciso mencionar el *Buscón*, que es, como se dijo, una de las novelas más excelentes del género picaresco. Es defecto general en Quevedo la falta de arte y muy frecuentes resabios de mal gusto; pero en el *Buscón* no sale mal librado de estos cargos. Es tal vez la obra más natural y sencilla que escribió. Abunda en ella la observación ingenua, viva y penetradora, y el estilo la manifiesta con muchísima gracia. Pero esta novela no muestra más que una parte del ingenio de nuestro autor: su talento de observación.

Sólo en las obras satíricas y festivas, y muy especialmente en las escritas en prosa, lo encontramos tal cual es, en su propio y verdadero género, con el libre uso de sus facultades. En dichas obras vemos la intuición viva, pronta y espontánea de lo ridículo, unida á la percepción filosófica y moral que ahonda y generaliza las

observaciones, y á las dotes necesarias para exponerlas con vigor.

Paso ahora á declarar las peculiaridades, adversas unas y otras favorables, de la sátira de Quevedo.

Ella es singularmente subjetiva. El *yo* de Juvenal puede siempre suplirse por «un hombre honrado»; pero el *yo* de Quevedo está por él mismo y por nadie más. Hago esta observación porque lo singularmente subjetivo en la sátira pide y aun parece exigir la forma narrativa; y tanto es así que, cuando al escritor satírico absorbe por completo su personalidad real ó ficticia, el género satírico pasa á humorístico, el cual no se concibe sino en forma narrativa. En esta forma escribió Quevedo sus más afamadas sátiras; y, cuando no la adopta, casi siempre es imitador, como en la *Sátira del matrimonio*, la cual hace recordar á Juvenal más de lo que uno quisiera. Ahora bien, considerando la sátira del autor de los *Sueños* en este punto de vista, creo que uno puede y debe tacharla de defectuosa, porque las concepciones que han de manifestarse en forma narrativa exigen cierto grado de fantasía, y la fantasía de Quevedo era pobrísima. Extraño y hasta atrevido parecerá lo que acabo de afirmar; pero tal vez lo pueda probar. Y advertiré desde luego que aquí empleo la palabra «fantasía» en su sentido propio, esto es, como nombre especial de la imaginación, en cuanto crea. Hay otra operación de la imaginación cual es la de descubrir analogías, y ya procuraré manifestar más adelante que la imaginación tomada en este último sentido, fué la cualidad dominante sin ser la fundamental del ingenio de Quevedo, y que éste la poseyó como nadie, en grado eminentísimo.

Sus obras más afamadas, aparte del *Buscón*, son los

seis *Sueños*, *El entremetido y la dueña y el soplón*, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, *Las cartas del Caballero de la Tenaza*, *Las Prématicas* y otras de menor importancia. Los *Sueños* resumen en sí, más que ninguna de las otras obras, el ingenio del satírico español y á ella he de referirme especialmente.

Puede notarse desde luego que la ficción de un sueño para dar libre vuelo á la fantasía, es recurso vulgar que usan con mucha parsimonia los escritores de valía. Si aquí lo encontramos empleado tan de seguida, bien podemos atribuirlo á falta de cosa mejor. Pero esto no sería de reparar, si los *Sueños* fuesen distintos unos de otros. No lo son, como salta á la vista: en todos ellos aparece más ó menos el mismo asunto, esto es, diablos, condenados y un visitante ú oyente, salvo en la *Casa de locos de amor*. Y todavía esta repetición ligeramente variada de una misma ficción podía dispensarse, si las escenas estuvieran presentadas de tal suerte que nos pudiéramos imaginar que el autor las había presenciado, aun cuando hubiese sido en sueños; pero están descritas con tal incoherencia, con tan pocas señales de visión, con tan poco arte y novedad que el lector no puede transportarse á donde se quiere llevarlo. Y cuando un autor no consigue despertar en los demás la sensación de la realidad que él finge sentir, manifiesta claramente que su propia sensación fué vaga, laboriosa y deficiente; en una palabra, que carece de fantasía. Y esta propia escasez de inventiva se advierte en las demás obras citadas. Á *El entremetido* nada le falta para entrar en los *Sueños:* es la misma historia del infierno y de diablos. La *Hora de todos* es, como si dijéramos, una recopilación de cuarenta casos fallados por un mismo tribunal. Las cartas

del Caballero de la Tenaza son veintidós, y pudieron haber sido doscientas si á Quevedo se le hubiese ocurrido escoger otros tantos pedidos de una atenazadora. El *Buscón* es una sucesión de escenas de la vida ordinaria hilvanadas de una manera pasable, observadas con gran perspicacia y manifestadas con extremado donaire.

Pero la fantasía no sólo crea mundos imaginarios. Su creación más noble, aquella en que manifiesta todo su poder, es la de seres humanos que reúnan en sí los caracteres generales del género y el sello individual que los distinga de todos los otros seres de su especie. Pues bien, en las obras que estamos examinando no se encuentra, no existe ninguna de estas creaciones que llamamos tipos: lo que sí se halla son caricaturas más ó menos divertidas. Si Quevedo hubiese podido crear un tipo, éste habría sido seguramente don Pablos; pero en el *Buscón* tan sólo sabemos lo que ha pasado á don Pablos, y don Pablos viene á ser un quídam, cualquier persona, un individuo que de por sí no llama la atención ni inspira interés alguno. Los demás personajes que aparecen en el *Buscón* carecen por completo de individualidad: sólo tienen los caracteres generales de cierta especie de gente. En los *Sueños* y demás obras nombradas se puede observar igual cosa; las clases de la sociedad, que son el blanco predilecto de nuestro satírico, es decir, alguaciles, despenseros, médicos, alquimistas, cocheros etc., aparecen siempre en grupos y, cuando habla uno solo, lo hace como personero ó diputado para manifestar los sentimientos de la comunidad, sin encarnar en una individualidad los caracteres de la especie. Y á esta encarnación llega irremediablemente el escritor de verdadera fantasía, porque concibe las ideas

y se le representan en forma sensible, como si las estuviera viendo, y no vagamente, sino con maravillosa nitidez y claridad. Las descripciones de Júpiter, de Plutón, del Ángel del juicio, de la Belleza, de la personificación de los celos, son simples obras de retórica y no del mejor gusto. Y si se quiere palpar la enorme distancia que separa á las frías y trabajosas concepciones de un retórico de la visión de un poeta, no hay más que leer la descripción de la muerte en la *Visita de los Chistes* y la sublime de Milton en el *Paraíso perdido.*

Ofrécese á menudo como muestra de la habilidad de Quevedo para retratar personas, las descripciones del licenciado Cabra en el capítulo III del *Buscón*, y la del licenciado Calabrés en el *Alguacil alguacilado.* Leídas con atención resultan caricaturas, así del interior como del exterior de las personas, y por el estilo de aquella del soneto: «Érase un hombre á una nariz pegado.» Lo que manifiestan dichas descripciones es finísima percepción de lo ridículo y gracia incomparable para exagerarlo.

La falta de fantasía en obras satíricas, que la necesitaban por la forma en que habían sido concebidas, debilita naturalmente el alcance de la sátira ó, por lo menos, reduce la generalización que de ella se desprende. M. Mérimée dice de paso que Quevedo no tiene la profundidad de Rabelais. Yo no lo creo: á mi juicio, es tan profundo como Rabelais; pero la fantasía del satírico francés es incomparablemente superior á la del español, y por eso parece más profundo. La fantasía, que en este caso particular es, como si dijéramos, también el arte, ocasiona ilusiones en el entendimiento, como la perspectiva en un cuadro ocasiona ilusión de óptica. Ra-

belais, con arte maravilloso, instintivo, da forma viva y animada, con todos los caracteres de la realidad, hasta á las más desaforadas extravagancias. Coloca en primer término á hombres que reconocemos como tales, por fenomenales que sean; los describe; narra sus actos; y, al hacerlo, va á dar, al parecer incidentalmente, en el objeto de la sátira encarnado en ellos. El lector, por poco que medite, ve á este objeto como en perspectiva: más general y más profundo. Quevedo, que carece de este arte, ataca directamente; expone de una vez sus ideas; las presenta todas en primer término, y el lector, que ve luego el fondo, lo encuentra menos profundo.

Pondré un ejemplo. Rabelais tiene también una bajada á los infiernos en el capítulo XXX del libro II de *Pantagruel*. En una batalla cortaron la cabeza á Epistemón. Pegósela Panurgo de la manera más sencilla, y luego Epistemón se pone á contar lo que ha visto en el otro mundo. Dice, entre otras cosas, que vió á Epicteto rodeado de talegas bien repletas de dinero, acompañado de muchachas bonitas, pasando la vida en continuos banquetes. Apenas vió á Epistemón lo saludó cortesmente y lo invitó á beber. En esto, Julio César, que andaba pobrísimo y sin tener qué comer, se acercó á Epicteto y le pidió humildemente que le hiciese la limosna de darle algunos centavos. «¡Dejarse de estos pedidos!» le contestó Epicteto. «Yo no doy centavos sino escudos. Toma, bellaco, y pórtate bien.» El pobre César se fué muy contento y agradecido; pero, en la noche, Alejandro Magno, Darío y otros reyes tan necesitados como él, le robaron cuanto tenía.

La sátira es completa en el capítulo nombrado; sólo he querido poner aquí un rasgo de la manera de Rabe-

lais. En el caso referido, con sólo ver á Epicteto rico y á César limosnero, se nos ocurren mil reflexiones y nos imaginamos sin dificultad que todas ellas las tuvo en cuenta Rabelais. Quevedo, en un caso semejante, habría presentado delante de Epistemón la sombra de algún orgulloso potentado cubierto de andrajos, y se contentaría con poner en boca de él un discurso acerca de la vanidad de la humana grandeza. Si se nos ocurre alguna reflexión que no se halle en el discurso, creeremos que no la tuvo presente el autor. Y que así lo habría hecho no cabe duda: ejemplos sobran y, por no citar más de uno, véase en *El entremetido* la escena en que Julio César se presenta á Plutón acusando á los que lo habían asesinado.

Pero estos defectos y otros más—como ser la grosería y mal gusto, el odio inexorable á las mujeres, el encono con que persigue á un tropel de pobres diablos que bien podrían merecer algunos zurriagazos de pasada, pero no una tenacidad que parece mal en una alma superior—estos defectos, digo, quedan eclipsados, desaparecen delante de la agudeza pasmosa, increíble, materialmente inagotable de Quevedo. Ha recorrido toda la escala, desde el juego de palabras trivial y chocarrero, como recordar un plato grande á propósito de Platón, hasta las más profundas analogías de pensamiento; desde la alusión torpe y grosera hasta la indecencia más fina y delicada. Nos sorprenden y admiramos las agudezas tan oportunas é imprevistas que hallamos en Larra, por ejemplo. Pues bien, cuatro versos ó renglones de Quevedo suelen contener más agudezas que diez páginas de Larra. A veces saltan las agudezas como las chispas de carbones mal prendidos: están amontonadas de tal

suerte y se siguen con tal rapidez, que llegan á cansar, marean y uno se resuelve á dejarlas pasar sin comprenderlas. Me ha acontecido descubrir en cada lectura de Quevedo, analogías en que antes no había reparado, y encontraré seguramente otras nuevas cuando vuelva á leerlo. Y la agudeza era cualidad innata en él; lo dominaba, no podía resistirla: en sus obras serias á duras penas se contiene, y cuando puede entregarse libremente á ella, como en la conversación, en las cartas familiares, en las obras jocosas, abusa hasta no poder más; la reparte, la siembra, la derrocha con una fecundidad que confunde y abisma. En ocasiones parece que ha dicho cuantas agudezas puedan imaginarse acerca de un asunto; más allá lo coge otra vez, y descubre nueva é inagotable veta. Generalmente hace las observaciones satíricas por medio de agudezas.

M. Mérimée no ha hecho alto en esta cualidad que es la más original de Quevedo. Sólo habla de ella á propósito del culteranismo y del estilo conceptuoso, y la toca más bien para manifestar la influencia del mal gusto de aquella época en el ingenio de nuestro autor. Es cierto que abusó de su agudeza sin consideración alguna; pero el uso de ella debe atribuirse á una condición natural de su ingenio, y sólo el abuso debe achacarse al gusto de la época. Por otra parte, la agudeza es cualidad de la imaginación, tan recomendable como cualquiera otra, eficacísima en la sátira, y tanto que, bien empleada, compensa el poderoso auxilio de la fantasía. Quevedo tiene muchísimas agudezas redondamente tontas; pero en él se hallan infinitas de maravillosa perspicacia, que no manifiestan esfuerzo ni rebusque alguno, y que ocasionan un goce especial, indefinible. En las *Cartas del*

Caballero de la Tenaza, por ejemplo, se encuentran tan en su lugar como no puede desearse más.

Aun cuando los autores hacen poco hincapié en esta cualidad de Quevedo, tal vez por considerarla de poca monta, es lo cierto que, cuando citan muestras de su ingenio ó estilo, no escogen las partes más profundas sino las más chispeantes, como puede verse en los ejemplos que da la *Literatura General* de don Manuel de la Revilla. Y otros que pretenden levantarlo á la altura de los más grandes filósofos y moralistas, ocupan más espacio en referir ó citar chistes de Quevedo, que en analizar sus doctrinas, como Ochoa en el prólogo á su colección.

Á mi entender, la opinión vulgar y corriente que lo tiene por el hombre más agudo y chistoso que ha existido, es la verdadera, en cuanto la agudeza fué, como he dicho, su cualidad dominante y la más original en él, cualidad que nunca desmintió en su vida, como hombre y como escritor.

En resumen, muchos filósofos y moralistas lo han sobrepujado. Como poeta es mediocre, bien que versifica con pasmosa facilidad, brío y donaire. Su sátira, encerrada de ordinario en campo estrecho y á veces mezquino, á ninguna cede en profundidad, perspicacia y vigor; pero Rabelais le aventaja en fantasía y arte, Juvenal en honradez y nobleza, y la sátira de Luciano, tal vez no tan viva, puede agradar más por su elegancia y finura. Pero como satírico agudo, Quevedo no tiene rival que se le acerque.

PEDRO N. CRUZ

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

CANCHA

El inca Garcilaso de la Vega empieza así el capítulo 9, libro 8, parte 1.ª de los COMENTARIOS REALES.

"Los frutos que el Perú tenía, de que se mantenía antes de los españoles, eran de diversas maneras: unos que se crían sobre la tierra, y otros debajo della. De los frutos que se crían encima de la tierra, tiene el primer lugar el grano que los mejicanos y los barloventanos llaman *maíz*, y los del Perú *zara*, porque es el pan que ellos tenían. Es de dos maneras: el uno es duro, que llaman *muruchu;* y el otro tierno y de mucho regalo, que llaman *capia*. Cómenlo en lugar de pan, tostado ó cocido en agua simple: la semilla del maíz duro es la que se ha traído á España; la del tierno no ha llegado acá. En

unas provincias se cría más tierno y delicado que en otras, particularmente en la que llaman Rucana. Para sus sacrificios solemnes, hacían pan de maíz, que llaman *zancu;* y para su comer, no de ordinario, sino de cuando en cuando por vía de regalo, hacían el mismo pan, que llaman *huminta;* diferenciábase en los nombres, no porque el pan fuese diferente, sino porque el uno era para sacrificios y el otro para su comer simple. La harina la molían las mujeres en unas losas anchas, donde echaban el grano, y encima de él traían otra losa hecha á manera de media luna, no redonda, sino algo prolongada, de tres dedos de canto.»

El inca Garcilaso describe prolijamente la molienda del maíz.

En seguida continúa así:

«Todo lo cual vi por mis ojos, y me sustenté hasta los nueve ó diez años con la *zara*, que es el *maíz*, cuyo pan tiene tres nombres: *zanco*, era el de los sacrificios; *huminta*, el de sus fiestas y regalos; *tanta* (pronunciada la primera sílaba en el paladar), es el pan común. La zara tostada llaman *cancha;* quiere decir *maíz tostado;* incluye en sí el nombre adjetivo y el sustantivo; háse de pronunciar con *m*, porque con la *n* significa *barrio de vecindad* ó *un gran cercado.* A la zara cocida, llaman *mus ti* (y los españoles *mote);* quiere decir maíz cocido, incluyendo en sí ambos nombres.»

El Diccionario de la Real Academia Española declara legítimo el uso de varios de los nombres que se empleaban en el antiguo Perú, según el inca Garcilaso en el trozo precedente, para designar ciertos comestibles.

Se encuentran en esta categoría:

Zara, "maíz", que el DICCIONARIO de la Academia autoriza, aunque sin hacer notar que ha sido tomado textual é íntegramente del *quichua*.

Morocho, "maíz americano cuyo grano se distingue del común por su dureza, y el cual se emplea en diferentes potajes". Este vocablo proviene de *muruchu*, como lo atestigua el inca Garcilaso. El DICCIONARIO enseña equivocadamente que *morocho* es un adjetivo que sólo se usa modificando al sustantivo maíz, cuando las más veces, y quizá siempre, sólo se usa sustantivadamente. Habría convenido se hubiera expresado el origen de este vocablo.

Humita, "pasta de harina que se hace en el Perú, muy agradable al paladar". El inca Garcilaso hace saber que esta palabra viene de *huminta*, pero el DICCIONARIO no lo indica.

Mote, "maíz desgranado y cocido que se emplea como alimento en alguna parte de América". Esta palabra se deriva de otra perteneciente al *quichua* que, según el inca Garcilaso, se pronuncia y escribe *musti*, y según otros, *mutti*. Sin embargo, el DICCIONARIO no lo hace presente.

Los enumerados no son los únicos vocablos tomados por el castellano al *quichua* que el DICCIONARIO de la Real Academia ha admitido sin expresar su origen.

Pertenecen á esta clase los siguientes:

Guanaco, "cuadrúpedo rumiante, llama doméstico de las cordilleras de la América del sur".

Llama, "cuadrúpedo del género del camello, con los dedos separados y el lomo liso".

Mate, "taza en que toman en América la bebida de este nombre".

Mita, "repartimiento que, en América, se hacía por sorteo en los pueblos de indios para sacar el número correspondiente de vecinos que debían emplearse en los trabajos públicos.—Tributo que pagaban los indios del Perú".

Pampa, "llanura de mucha extensión, cubierta de yerba, de que hay varias en la América Meridional".

Poroto, "especie de alubia".

Totora, "especie de enea que se halla en la laguna de Chucuíto".

Me he atrevido á insinuar la precedente observación, porque he visto que, en otros casos, el DICCIONARIO cuida de advertir que tal ó cual palabra proviene del quichua ó idioma peruano, como sucede, verbigracia, en los que siguen:

Caracha ó *carache* (del peruano *carache)*, "enfermedad que padecen los pacos ó carneros del Perú, semejante á la sarna ó roña".

Carpa (del quichua *carppa)*, "tienda de campaña".

Guano (del peruano *huano)*, "planta de la América meridional parecida á la palma baja.—Sustancia de color amarillo oscuro, compuesta en varias proporciones de sales amoniacales, que se considera formada por las deyecciones de las aves."

Quincha, voz quichua, "pared formada de cañas y barro".

Y ya que toco este punto, permítaseme, antes de continuar, introducir aquí una corta digresión que tiene alguna conexión con este asunto.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española dedica tres artículos á la palabra *papa*.

El segundo dice así:

"*Papa* (del latín *papa*, comida), sustantivo femenino, *patata*.—Plural, *puches*.—(Figurado y familiar). Cualquier especie de comida.—Sopas blandas que se dan á los niños.—Por extensión, cualesquiera sopas muy blandas."

Acepto que esta palabra provenga del latín en todas las acepciones mencionadas, menos en la de *patata*.

Es ésta el bulbo de una raíz á que los indígenas del nuevo mundo daban la denominación de *papa*, aun antes de la venida de los españoles, como lo prueba el siguiente pasaje del inca Garcilaso, COMENTARIOS REALES, parte 1.ª, libro 8, capítulo 10:

"Otras muchas legumbres se crían debajo de la tierra, que los indios siembran y les sirven de mantenimiento, principalmente en las provincias estériles de Zara. Tiene el primer lugar la que llaman *papa*, que les sirve de pan; cómenla cocida y asada; y también la echan en los guisados; pasada al hielo y al sol para que se conserve, se llama *chuñu* (chuño)."

Para convenir en que el nombre americano de esta raíz ó bulbo es latino, sería menester admitir como fray Gregorio García, en la obra titulada ORIGEN DE LOS INDIOS DEL NUEVO MUNDO, libro 4, capítulo 19, párrafo 1, que el quichua tiene más de una semejanza con el idioma de los romanos, y tener por comprobante de ello que uno de los incas del Perú se llamó *Paulo*, "apellido y sobrenombre de la familia *Emilia* en Roma".

Me ha movido también á hacer notar que las palabras citadas traen su origen del quichua el deseo de cumplir en cuanto de mí dependa el encargo contenido en el siguiente pasaje del prólogo del DICCIONARIO, duodécima edición:

«En la de 1869, la Academia Española omitió, razonando su acuerdo, las llamadas *correspondencias latinas* que siempre había llevado este libro; y ahora en vez de tales *correspondencias*, da las etimologías de los vocablos españoles; pero lejos de estimar del todo acabado y perfecto su trabajo en tan ardua materia, no ve en él sino tentativa sujeta á corrección. La necesidad de llevarle á cabo perentoriamente para que, por mucho tiempo, no careciese el público de este DICCIONARIO, cuya última edición estaba agotada, ha sido causa de que en la nueva no se atribuya etimología ninguna á voces de origen que no se podía desentrañar sin más largo y feliz estudio. En caso de duda, ha parecido preferible, á omitir la etimología, darla con signo de interrogación. Si filólogos españoles ó extranjeros hicieran acerca de esta peligrosa labor útiles observaciones, la Academia se complacería en aprovecharlas.»

Pero, poniendo término á esta digresión sobre las palabras tomadas del quichua que aparecen en el DICCIONARIO de la Academia con mención ó sin mención de tal circunstancia, vuelvo á tratar de aquella á que el presente artículo se halla destinado.

El inca Garcilaso, en el trozo del capítulo 9.º, libro 8.º, parte 1.ª de los COMENTARIOS REALES antes citado, asevera que, en la lengua peruana, había dos palabras muy parecidas, las cuales se diferenciaban únicamente por una *m* y una *n: camcha* y *cancha.*

La primera, según Garcilaso, significa «maíz tostado»; y la segunda, «barrio de vecindad ó un gran cercado».

El jesuíta Diego González Holguín dió á luz el año de 1608 una obra titulada VOCABULARIO DE LA LENGUA

GENERAL DE TODO EL PERÚ, LLAMADA LENGUA QUICHUA Ó DEL INCA.

En ella señala á *cancha* dos acepciones: 1.ª "el patio ó corral"; 2.ª "empeine".

Como se ve, la primera de ellas se conforma más ó menos con la señalada por Garcilaso.

El padre González Holguín no da cabida en su VOCABULARIO á *camcha*.

El misionero fray Honorio Mossi imprimió en Bolivia el año de 1860 una obra titulada: DICCIONARIO QUICHUA-CASTELLANO Y CASTELLANO-QUICHUA.

En esa obra, se dan á *cancha* dos acepciones: 1.ª "el patio ó corral"; y 2.ª "maíz tostado".

Aparece que el padre Mossi asigna á *cancha* escrita con *n*, no sólo el significado que, según Garcilaso y González Holguín, corresponde á esta palabra, sino también el que, según el primero de estos autores, pertenece á *camcha* escrita con *m*.

El DICCIONARIO de la Real Academia ha admitido, desde su undécima edición, año de 1869, la palabra *cancha* en el sentido de "maíz ó habas tostadas que se comen en la América del sur".

En la duodécima edición de 1884, advierte que esta palabra proviene "del quichua *camcha* (escrita con *m*)—maíz tostado".

Juan de Arona, ó sea don Pedro Paz Soldán y Unanue, en el DICCIONARIO DE PERUANISMOS, describe lo que es una de las especies de este maíz tostado llamado *cancha*.

"Cuando por la acción del fuego, y ser un maíz especial, el grano ha revantado completamente hasta volverse del revés, y tomar un color blanco albo y una forma

esponjada, se le denomina *cancha blanca*, y en España, *palomitas*, nombre mucho más poético y significativo. En Egipto, hemos visto á los naturales usar la *cancha blanca* con el nombre de *dourah*».

En Chile, *cancha* no se ha usado ni se usa en este sentido.

Lo que, según el señor Paz Soldán, se llama en el Perú *cancha blanca*, en España *palomitas*, y en Egipto *dourah*, se llama en nuestro país *curagua*.

El significado que, tanto en Chile, como en el Perú y Bolivia, se da frecuentemente á *cancha*, es el de «patio ó corral destinado á algún entretenimiento ó diversión, y así se dice *cancha de bolas, de gallos, de pelota* etc.»

La precedente es definición de don Vicente Salvá en el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1846 y de 1857.

Salvá advierte que este vocablo, en el sentido mencionado, es provincialismo de la América meridional.

La sociedad de literatos que dió á luz un DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA en 1853 y en 1864, reproduce esta definición.

Don Roque Barcia, en el DICCIONARIO ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, da á *cancha* únicamente el significado de «maíz ó habas tostadas que se comen en la América del sur»; pero basta leer sus definiciones de *cancheaje* y de *canchero* para conocer que ha omitido por un error de pluma ó de imprenta la acepción asignada á esta palabra por Salvá.

Hé aquí las definiciones de Barcia á que aludo.

«*Cancheaje*, masculino americano. Derecho que pagan los dueños de las *canchas*».

«*Canchero, canchera*, americano. El dueño de una *cancha*».

La palabra *cancha* se aplica en la América meridional, no sólo á los lugares destinados al juego de bolas y de pelota, y á la riña de gallos, sino también al destinado á la carrera de caballos, el cual es más extenso y comunmente abierto.

El Diccionario de la Academia no autoriza esta acepción de *cancha*.

Sin embargo, en Chile, y en la América meridional, se usan mucho, como Salvá lo asevera, las expresiones *cancha de bolas, de pelota*, y de *gallos*, y también, como acabo de hacerlo presente, la de *cancha de carreras*.

El artículo 1.º de un decreto expedido por el presidente de la República con fecha 20 de febrero de 1854, dice, entre otras cosas, lo que sigue:

«*Artículo 1.º* Para abrir cualquier clase de establecimientos de diversiones públicas en el departamento de San Felipe, se sacará por sus empresarios la patente que corresponda según su calidad. Para este fin, habrá cinco clases de patentes.

«Se comprende en la primera clase. . . . . .

» . . . . . .

» . . . . . .

«En la quinta, á las *canchas de bolas* con rancho, siete pesos; y las mismas con ramada en cinco pesos, ambas por cada año».

Son muy numerosos los documentos oficiales de Chile, antiguos y modernos, en que se usa la expresión *cancha de bolas*.

Se habrá notado que Salvá dice *cancha de bolos*, y no como en Chile, *cancha de bolas*.

Efectivamente, el DICCIONARIO de la Academia establece diferencia entre *juego de bolas* y *juego de bolos*.

El juego de *bolas* «consiste en tirar con la mano una bola de hierro, á pie quieto ó de carrera, según se conviene, y en el cual gana el jugador que, al fin de la partida, ha pasado con su bola más adelante».

El de *bolos* «consiste en poner sobre el suelo nueve bolos derechos, formando tres hileras equidistantes, y en derribar los que pueda cada jugador, tirando con una bola desde una raya señalada».

Los españoles europeos dicen, como se ve, *juego de bolos*, en vez de *cancha de bolos* ó *de bolas*.

Juego, conforme al DICCIONARIO de la Real Academia Española, significa, «seguido de la preposición *de*, y de ciertos nombres, casa ó sitio endonde se juega á lo que dichos nombres expresan. *Se reunieron en el juego de pelota*».

El paraje de la ciudad de Santiago, llamado hoy *plaza de Bello* en honor de don Andrés Bello, se ha llamado por muchos años *plazuela de la cancha de gallos*.

Los españoles europeos denominan *reñidero* «el sitio destinado á la riña de algunos animales, y principalmente á la de los gallos».

En Chile, se ha usado *reñidero*, en vez de *cancha de gallos*, como puede verse en un reglamento decretado por el intendente de Santiago con fecha 21 de agosto de 1846.

Lo que los habitantes de la América Meridional denominan *cancha de carreras* es llamado por los peninsulares *hipódromo;* pero ha de observarse que los sitios ó lugares á que se aplican estas dos denominaciones dife-

rentes, aunque destinados á un mismo objeto, no tienen condiciones iguales.

Cancha se usa igualmente en sentido figurado, de lo cual suministra ejemplo nada menos que don Andrés Bello en la siguiente octava del canto I de EL PROSCRIPTO.

> De varias trazas eran, genios, modos;
> y aunque de armas tomar ninguno fuera
> (porque de los cincuenta pasan todos),
> son por una mismísima tijera
> cortados en tratándose de godos;
> y si de Elvira el nombre no sirviera
> de protección, tuvieran hoy la *cancha*
> en parte no tan fresca, ni tan ancha.

Cancha se usa también mucho en la acepción que da á esta palabra el siguiente artículo del CÓDIGO CHILENO DE MINERÍA:

"*Artículo 155.* No podrán ser reivindicados de ninguna manera los minerales comprados en las *canchas* de las minas, ó á minero conocido, ó á presencia de juez ó de testigos que no sean empleados del comprador; ó mediante un certificado de la autoridad del asiento del mineral en el cual conste que el vendedor explota actualmente mina del metal vendido, ó que ha adquirido dichos minerales por título legítimo".

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

ÍNDICE DEL TOMO IX

Álamos-Jara Quemada Alejandro.—Progresos de la Historia, págs. 193 y 260.

Amunátegui Miguel Luis.—Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile especialmente en el lenguaje legal y forense, págs, 69, 140, 232, 390, 474, 544 y 628.

Cruz Pedro N.—Flor del campo, novela original (continuación), págs. 5, 81 y 153.—Quevedo, pág. 601.

Darío Rubén.—El fardo, pág. 113.

Edén Jacobo.—Fidelidad (poesía), pág. 120.—Fuera de la patria (Episodio de la guerra del Pacífico), pág. 432.

Espiñeira Antonio.—En la puerta del horno... (comedia en un acto y en verso), pág. 280.—Á la ventura (poesía), pág. 591.

Larraín José C.—La Mignone, pág. 122.

Márquez José Arnaldo.—El mundo (poesía), pág. 30.—Libro íntimo, introducción (poesía), pág. 469.

Montt y Montt Ambrosio.—Á orillas del Rhin (poesía), pág. 190.

Murillo Valentín.—Un desaparecido (novela original), págs. 241, 321, 401, 481 y 568.

Ossa José Gregorio.—El viento, imitación de Gœthe (poesía), pág. 214, —Decepcion (poesía), pág. 430.

Palma Ricardo.—Ropa vieja (tradiciones), pág. 373.

Poirier Eduardo.—Revista literaria. «Abrojos», pág. 73.

Soffia José Antonio.—Videres sustum (soneto), pág. 230.

Valenzuela C. Alberto.—Saint Simon (padre) á madama de Sevigné (inédito), pág. 383.

Valenzuela Silva M.—El desengaño de un artista, págs. 215 y 349.
Villalobos Rosendo.—Al partir (poesía), pág. 541.
Wanderer.—Finanzas de Estados Unidos, traducción (conclusión), página 34.—La Araucanía actual, 513.
——Don Carlos de Borbón y de Este, Duque de Madrid. pág. 561.